

**JOHN
CROWLEY**



AEGYPTO

Lectulandia

El héroe de la historia, un fracasado profesor de historia llamado Pierce Moffett, tiene una obsesión, *Ægypto*, un misterioso país oriental que se parece poco al Egipto del mundo cotidiano. Enraizado en parte en las fantasías infantiles de Pierce, y en parte en libros de alquimia, magia, astrología e historia especulativa, *Ægypto* cobra una misteriosa y resplandeciente realidad propia. No tiene existencia terrenal y tangible, pero está muy presente como historia paralela y secreta que ha venido desarrollándose desde hace siglos, todo el tiempo...

Pierce conoce bien las novelas de Fellowes Kraft que cuentan la vida del doctor John Deed, el sabio astrólogo y lector de espejos que vivió en la época de Isabel I. Cuando llega a Blackbury Jams en busca de tranquilidad, se encuentra inevitablemente con otro lector de estas novelas, la atractiva Rosie Rasmussen. La realista historia de amor de una pareja de nuestro tiempo es de pronto parte de una más amplia y compleja ficción sobre la historia, la ficción histórica y la tradición hermética...

«Una de las novelas más originales de la última década». —Chicago Tribune

«Crowley nos devuelve de lo fantástico a lo mundano en esta hermosa novela, soberbiamente bien escrita, con escenas de una poesía y un poder asombrosos; y sin embargo, como los elementos feéricos de Pequeño, Grande, la Ægyptología acrecienta singularmente la humanidad del relato y nos despierta a todas las maravillas de la realidad...». —David Pringle, *Las 100 mejores novelas de la literatura fantástica*

«Recuerda la maravillosa novela de Thomas Pynchon, La subasta del lote 49». —USA Today

«Un maestro del lenguaje... Crowley triunfa en esta novela oculta y hermética, persuasiva y visionaria». —Harold Bloom

Lectulandia

John Crowley

Ægypto

ePub r1.0

GONZALEZ 05.04.15

Título original: *Ægypt*
John Crowley, 1987
Traducción: Matilde Horne

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Como lo son la mayoría de los libros, también este libro es —y más aún que la mayoría— un libro hecho de otros libros. El autor desea reconocer la profunda deuda que ha contraído con aquellos escritores cuyas obras se ha tomado la libertad de saquear y ofrecerles sus excusas por el uso que ha hecho de ellas: Joseph Campbell, Elizabeth L. Eisenstein, Mircea Eliade, Peter French, Hans Jonas, Frank E. y Fritzie P. Manuel, Giorgio di Santularia, Stephen Schoenbaum, Wayne Shumaker, Keith Thomas, Lynn Thorndike, D.P. Walker y, sobre todo, Dame Francés Yates (ahora fallecida), de cuyo inagotable venero de erudición se ha nutrido en abundancia esta fantasía en torno a sus temas.

He utilizado también, para mis fines, las especulaciones de John Michell y Katherine Maltwood, Robert Graves, Lois Rose y Richard Deacon, así como las traducciones y notas de la *Hermética* de Walter Scott y la versión de Gilbert F. Cunningham de las *Soledades*, de Luis de Góngora.

No obstante, lo que sigue es, todavía, una ficción, y no ha de pensarse que los libros mencionados, buscados con afán, leídos y citados desde el texto mismo, sean más reales que las personas y los lugares, las ciudades, pueblos y caminos, las figuras de la historia, las estrellas, piedras y rosas que aparenta contener.

PRÓLOGO EN EL CIELO

Había ángeles en el cristal, dos cuatro seis... numerosos ángeles, entrando sin cesar y poniéndose en fila arrastrando los pies, cual magistrados del reino durante la procesión del Lord Mayor. Ninguno de ellos vestía de blanco; algunos ostentaban cintas enlazadas en la cabellera suelta, o guirnaldas de flores y hojas verdes; y en los ojos, el resplandor de una extraña alegría. Y otros seguían entrando, de a uno y de a dos, siempre sitio para uno más; se cogían del brazo o entrelazaban las manos por detrás de la espalda y miraban sonrientes a los dos mortales que los observaban. Todos sus nombres comenzaban con A.

—Mirad —dijo uno de los hombres—. ¡Escuchad!

—Yo no veo nada —dijo el otro, el más anciano, que a menudo pasara horas infructuosas a solas delante de esa misma piedra, infructuosas pese a haberse preparado con prolongadas oraciones y una intensa concentración—. Yo nada veo. No oigo nada.

—Anael. Y Anacor. Y Anilos. Y Agobel —dijo el más joven—. Dios nos guarde y nos proteja de todo mal.

La piedra que scrutaban era un globo de cuarzo del color de la piel del topo y el tamaño de un puño, y tanto se había acercado a ella el vidente que la rozaba con la nariz y le bizqueaban los ojos; alzó las manos y la rodeó, protegiéndola como protege un hombre la temblorosa llama de una vela para impedir que fluctúe o se apague.

Ni un cuarto de hora hacía que se afanaban delante de la piedra cuando apareció la primera criatura; sus plegarias en voz baja y sus invocaciones habían cesado, y por un momento el único sonido perceptible fue el castañeteo de los maineles en el áspero viento de marzo que dominaba la noche. Cuando el más joven de los dos, el señor Talbot, arrodillado delante de la piedra, empezó a temblar, como de frío, el otro le rodeó los hombros para calmarlo; mas, como los temblores persistían, se había levantado para atizar el fuego; y fue ése el momento en que el vidente dijo: *Mirad. Aquí hay uno. Aquí otro.*

El doctor Dee, el más anciano, a quien la piedra pertenecía, se volvió con presteza. Un temblor le corrió por la médula, en la nuca se le erizaron los cabellos y una ola de calor le subió por el pecho. Inmóvil, contempló el doble fulgor de la llama de la vela, en la superficie del cristal y en sus profundidades. Sentía en la estancia los hálitos del viento que soplaba afuera, y escuchaba sus suaves gemidos en la chimenea.

—Decidme lo que veis —rogó en un murmullo—, y yo anotaré lo que describáis.

Soltó el atizador, cogió una vieja pluma y la entintó. En la cabecera de una hoja de papel escribió de prisa la fecha: *8 de marzo de 1582*. Y aguardó, los ojos grandes, redondos, atisbando ya detrás de los redondos espejuelos con montura negra, lo que el otro le fuera a describir. El corazón le latía fuerte en los oídos. Nunca hasta esa

noche un espíritu había acudido tan prestamente a su cristal. Él, él mismo, nunca había podido ver las criaturas que invocaba, pero solía esperar sentado o hincado en oración junto a sus médiums o videntes una hora, dos horas, antes de que alguna aparición ambigua fuese vislumbrada. O ninguna.

No esta noche: no, no esta noche. En toda la casa, como si el viento de marzo que soplaba fuera hubiese ahora penetrado y se paseara a la ventura por las habitaciones, se oía un repiqueteo de golpecitos secos, aporreos y aldabonazos; en la biblioteca, las páginas de los libros que quedaran abiertos se volvían una por una. En su alcoba, la esposa del doctor Dee se despertó y al separar los doseles del lecho pudo ver que la vela que dejara encendida para su marido vacilaba y se extinguía.

Pronto los ruidos y el viento cesaron, y un silencio descendió sobre la casa y sobre la ciudad, sobre Londres y sobre toda Inglaterra, como una respiración contenida, una pausa tan repentina y total que en Richmond, la reina se despertó y al asomarse a la ventana vio la cara de la luna que la miraba.

El hombre joven alzó las manos hasta el cristal y en voz baja, confusa, apenas más audible que el rasgido de la pluma del doctor, empezó a hablar.

—Aquí está Anael —dijo—. Anael que dice que él es quien responde por esta piedra. Que la misericordia de Dios sea con nosotros.

—Anael —dijo el doctor Dee, y escribió—: Sí.

—Anael que es el padre de Miguel y de Uriel. Anael que es el Explicador de la obra de Dios. Él ha de responder a cualquier pregunta que le sea formulada.

—El Explicador. Sí.

—Mirad ahora. Mirad cómo se abre las vestiduras y muestra su pecho. Dios nos ampare y nos proteja de todo mal. En su pecho, un cristal; en el cristal, una ventana, una ventana semejante a esta ventana.

—Me apresuro a escribirlo.

—En la ventana, una niñita armada, una niña-soldado se diría, que a su vez lleva un cristal, no, una piedra como ésta, pero no ésta. Y en esa piedra...

—En esa piedra —repitió el doctor Dee. Alzó los ojos de la página cubierta ahora hasta la mitad de los garabateados renglones de su escritura agitada, temblorosa—. En esa piedra...

—Dios nuestro Padre Celestial santificado sea tu Nombre. Cristo Jesús Hijo Unigénito de nuestro Señor ten piedad de nosotros. Algo más grande se aproxima ahora.

El vidente ya no veía, ya no oía, tan sólo era; en el centro de la pequeña piedra que la niñita sonriente llevaba entre las manos había un espacio tan inmenso que las legiones de Miguel no podían colmarlo. Hacia el interior de aquel vacío, a una velocidad aterradora, fue disparada como una flecha su alma vidente; con la garganta cerrada, zumbantes los oídos, hacia él se lanzó, irremisiblemente, como si resbalara por un precipicio. Y de pronto no hubo allí nada, nada más que la nada.

Y de ese vacío inmenso, de esa oquedad infinita y vibrante, mas grande que el

universo y a la vez alojado en su centro, de esa nada algo fue gestándose laboriosamente, con exquisito dolor naciendo, algo semejante a una gota. Nada podía ser más pequeño ni estar más lejano que esa gota de nada, esa semilla de luz; cuando eón tras eón hubo viajado hacia fuera, era apenas un poquito más grande. Al fin, no obstante, los atisbos de un universo empezaron a aglomerarse en torno de ella, la estela de su propio y penoso tránsito, y la gota cobró peso; la gota se transformó en un grito, el grito en una carta, la carta en un niño.

A través de los entrelazados firmamentos avanzó, y a través de oscuros cielos sucesivos que se abrían como cortinados. Las sorprendidas estrellas se volvían al grito de su santo y seña y se apartaban para abrirle paso; joven, potente, la cabellera suelta flameándole a la espalda, los ojos de fuego, llegó hasta el linde de la octava esfera y allí se detuvo, como en un muelle colmado de gente.

Parte, ponte en camino. Tan lejos había llegado ya que el vacío de donde viniera, ese vacío más grande que el ser, se empequeñecía dentro de él, era ya una semilla apenas. Una gota. Había olvidado cada santo y seña tan pronto como lo pronunciara; se había dejado envolver en su travesía como en un ropaje caluroso y pesado. Al cabo de otras eternidades, después de inconcebibles aventuras, perdida ahora la memoria, ofuscada la mente, envejecido, arribaría al fin, por mar, tierra y aire ¿a Dónde? ¿A quién tenía él que hablar? ¿Para quién era la carta, a quién debía despertar el grito?

Cuando subió al navío para hacerse a la mar, aún lo sabía. Subió al navío; la muchedumbre que colmaba el muelle retrocedió, murmurando: ha puesto el pie en el puente, ha asido los cordajes. Se hizo a la mar bajo el signo de Cáncer pintado en la abombada vela mayor; y al cabo dos luces se encendieron en los penoles. ¿Eran Castor y Pólux? *Spes próxima*: lejos, muy lejos, una ágata azul apareció, una gema láctea.

PRÓLOGO EN LA TIERRA

Una oración a su ángel de la guarda a la hora de acostarse bastaba, siempre, para que su prima Hildy se despertara a la hora que necesitaba levantarse; eso decía ella. Decía que pedía que la despertasen a las seis o las siete o las siete y media, y que se dormía con la imagen mental del reloj con las manecillas en esa posición, y así las encontraba cuando volvía a abrir los ojos.

Él no podía hacer lo mismo, y tampoco estaba seguro de creer que Hildy pudiera, pero no había forma de rebatir lo que ella decía. Tal vez —como Pedro al caminar sobre las aguas— podría, si al menos tuviera suficiente fe, emplear el método de Hildy, pero no la tenía, y si no se despertaba a tiempo faltaría a la misa, con sus incalculables consecuencias; y el cura, con su cara de rana triste, se volvería tal vez hacia los feligreses, y preguntaría si alguien de los presentes podría ayudar en el Oficio; y quizás un hombre en ropas de trabajo subiría al altar y, levantándose las rodilleras de los pantalones, se hincaría en la primera grada, allí donde debería estar él, pero no estaba.

De modo que le despertó el sonido de un reloj de latón provisto de cuatro patitas y en la parte superior una campanilla a la que dos badajos golpeaban alternativamente, como si quisieran extraerle el cerebro a martillazos. Tan fuerte sonaba que, en sus comienzos, el campanilleo no parecía simplemente un ruido, sino algo mucho peor, una calamidad; y se despertó y se sentó en la cama antes de comprender que era el reloj el que vociferaba y se desplazaba sobre sus patas a través de la cómoda. Su prima Bird, en la otra cama, se agitó un momento apenas bajo las mantas, y siguió durmiendo apaciblemente tan pronto como él paró la alarma.

Estaba despierto, pero le era imposible levantarse. Encendió el velador; la pantalla tenía un paisaje borroso, y un cubre-pantalla transparente con un tren pintado en él. Había un libro al pie de la lámpara, el que dejara abierto cara abajo la noche anterior; lo cogió. Casi siempre dedicaba el tiempo entre la hora de despertarse y la de levantarse al libro que antes de dormirse dejaba abierto sobre la mesilla de noche. Tenía once años.

En sus últimos años, Giordano Bruno evocaría a menudo con afecto su infancia nolana. Aparece con frecuencia en sus obras: el sol napolitano sobre las doradas campiñas y los viñedos que engalanan el monte Cicala; los cuclillos, los melones, el sabor de la *mangiaguerra*, el espeso vino negro de la región. Nola era una ciudad vieja, entre el Vesubio y el monte Cicala; en el siglo XVI podían verse aún sus ruinas romanas, el templo, el teatro, los pequeños santuarios de misteriosa procedencia. Ambrosius Leo había llegado a Nola en los albores del siglo para relevar el plano de la ciudad, con sus murallas circulares, sus doce torres, y descubrir la geometría que —como en toda ciudad antigua, pensaba— debió presidir su trazado.

Bruno creció en el suburbio de Cicala, cuatro o cinco casas apiñadas fuera de los

antiguos muros nolanos. Su padre, Gioan, un ex-soldado pobre pero altivo, recibía una pensión y cultivaba un huerto. Solía llevar a su hijo de expedición cuesta arriba por las vertientes de las montañas. Bruno recordaba cómo, visto desde las verdes laderas del Monte Cicala, el Vesubio parecía desnudo y desolado; pero cuando lo escalaban, el Vesubio revelaba ser igualmente verde, igualmente fértil, sus uvas igual de dulces; y cuando, al anochecer, él y su padre se volvían para contemplar el monte Cicala, de donde regresaban, era el Cicala el que parecía ahora pedregoso y desierto.

En su proceso, Bruno declaró que ya entonces había descubierto que la vista podía ser engañosa. En realidad, había descubierto algo mucho más fundamental para la evolución de su pensamiento ulterior; había descubierto la Relatividad.

Ahora, al calor de la bombilla, el tren de la pantalla había empezado a avanzar con extrema lentitud a través del paisaje borroso. Las agujas del reloj marcaban una hora tardía. En las mañanas de los días laborables, la misa se celebraba a las siete menos cuarto, y esa semana él estaba de servicio hasta la primera misa dominical; después, otro monaguillo lo sustituiría en el oficio cotidiano y él ayudaría sólo los domingos, ascendiendo en la escala horaria hasta la misa cantada de las once. Luego, todo volvía a empezar, otra vez una semana de mañanas oscuras.

Este sistema peculiar de la pequeña iglesia de madera acurrucada en el hueco del valle había sido inventado por el cura para sacar el mejor partido posible de los apenas cinco o seis monaguillos con que contaba; para los muchachos tenía, sin embargo, la fuerza de una ley natural: como el desarrollo de la misa misma, decía el cura, inoperante a menos que cada palabra de la liturgia fuese pronunciada con claridad.

Era un niño que veía espíritus en los bosques de hayas y laureles, aunque también era capaz de permanecer sentado pacientemente a los pies del padre Teófilo de Nola, que le enseñaba el latín y las leyes de la lógica, y le decía que el mundo era redondo. En sus *Diálogos* Bruno da algunas veces el nombre de ese sacerdote, Teófilo, al portavoz de su propia filosofía. En *De monade*, su último largo poema en latín, escribe: *Tiempo ha, en mi adolescencia, comenzó la batalla.*

Cuando, después de vestirse, de ponerse las zapatillas con suela de caucho y el pantalón vaquero, y las dos camisas de franela que usaba una encima de otra, hizo el largo trayecto a través de la casa en penumbra hasta la cocina, ya estaba allí su madre, y le había preparado la leche.

Cambiaron apenas las pocas palabras necesarias, demasiado somnolientos los dos para hacer algo más que preguntar y responder. Su madre, él lo sabía, no le perdonaba al cura su insistencia en pretender que un niño de once años tuviera edad suficiente para levantarse y asistir a la misa a horas tan tempranas. En estas latitudes, había dicho el cura, los muchachos de once años ya están en pie a esa hora, trabajando, y trabajando duro. Su madre, aunque no lo dijera, pensaba que el cura se había

condenado por su propia lengua. ¡Trabajando!

A la luz de la lámpara de la cocina, la mañana era noche todavía, pero cuando abrió la puerta y salió, el cielo ostentaba ya un suave resplandor, y el sendero allá abajo, al pie de la colina, aparecía nítido entre los setos sombríos. Era el ocho de marzo de 1952. Desde el amplio porche de la casa alcanzaba a divisar, del otro lado del valle, la cima de la colina más cercana, gris y desnuda, y en apariencia sin vida; pero él sabía que allí habitaba gente, personas que cultivaban narcisos en sus jardines, que ahora estarían arando la tierra y preparando la siembra y que tendrían fuegos encendidos. La iglesia no era visible, pero estaba allí, bajo el ala de aquella colina. Tampoco desde la iglesia podía verse el porche de la casa.

Relatividad.

Se preguntó si, además del latín, el cura conocería las leyes de la lógica. ¡Las leyes de la lógica! En su imaginación, un sabor extraño, potente, fluía de las consonantes líquidas de la frase. El cura sólo le había enseñado el latín de la misa, memorizado fonéticamente. *Introito ad altare Dei*.

Él sabía, naturalmente, que la tierra era redonda; nadie había tenido que explicarle eso.

Valle abajo, más allá del pueblo, un tren carbonero que había permanecido inmóvil toda la noche, una caravana de bestias oscuras todas iguales, arrancó con un prolongado estremecimiento. Podía tener cien vagones: él había contado a menudo trenes más largos. Los vagones eran cargados en la quebradora, cerca de la bocamina, y el tren tardaba horas en partir y cruzar el pueblo y el valle en viaje hacia su destino. La locomotora que lo remolcaba resollaba lenta y penosamente como un viejo que escalara paso a paso una colina. Uno. Uno. Uno.

Su sendero descendía hasta el camino principal, a la vera del río, que atravesaba el pueblo y llegaba más allá de la iglesia. Pensando en los perros madrugadores, echó a andar, hundiendo las manos en los sucios y familiares bolsillos de su chaqueta, familiares pero de algún modo no suyos. *Yo no soy de aquí*, pensó, lo cual, porque era verdad, parecía justificar esa retracción de todo su ser, esa repugnancia de sus tiernos impulsos vitales a todo contacto con el entorno: esa despiadada medialuz del alba, ese camino, ese tren negro y su humareda. *Yo no soy de aquí; soy de un lugar distinto de éste*. A esa hora el camino parecía más largo que a la luz del día. Al pie de la colina, el mundo estaba aún a oscuras, y el amanecer todavía lejano.

LAS SOLEDADES

I - VITA

Uno

Si alguna vez un poder sobrenatural (genio, hada madrina, anillo talismánico) apareciera ante Pierce Moffett con tres deseos para concederle, no lo encontraría del todo desprevenido, pero tampoco enteramente preparado.

En otros tiempos, la decisión no le habría parecido difícil: utilizaría el tercero de sus tres deseos para obtener otros tres, y así *ad infinitum*. Y en otros tiempos, tampoco habría tenido ningún escrúpulo en formular deseos que pudieran redundar en distorsiones horribles de su propio universo y del universo de los demás: trocar su cabeza por la de otro por un día; que los británicos hubieran podido ganar la guerra de la independencia (de niño, había sido profundamente anglofilo); que las aguas del océano se secaran para que él pudiera ver desde su orilla esas montañas y valles fabulosos que, había leído, yacen en el fondo de los mares, más altos y más profundos que todos los de la tierra.

Con una cadena infinita de deseos él podía, teóricamente claro está, reparar los daños que infligiera; pero a medida que se hacía mayor, menos seguro se sentía de su sensatez y de su capacidad de hacer las cosas de modo que todo resultara para bien. Y a medida que se imbuía de las moralejas de las docenas de cuentos admonitorios que leía, cuentos de deseos horriblemente malgastados, de deseos que arteramente se volvían en contra de sus deseadores, deseos mal expresados o formulados a la ligera, que precipitaban al codicioso, al estúpido, al atolondrado, a los abismos que ellos mismos creaban, empezó a reflexionar más largamente sobre la cuestión. Pata de mono: devuélveme a mi hijo muerto; y la criatura macabra llamando a la puerta. Muy bien: prepárame un Martini. Y Midas, primer ejemplo y de todos el más terrible. Y no porque ellos, esos poderes que otorgan los deseos, decidió Pierce, buscaran nuestra destrucción, ni tampoco nuestra instrucción moral: sólo están compelidos, cualesquiera que sean las circunstancias, a hacer lo que nosotros requerimos de ellos, nada más, nada menos. Nadie pretendió darle a Midas una lección sobre valores falsos y verdaderos; el demonio que le concedió su deseo nada sabía de tales valores; no sabía, ni le importaba, por qué Midas podía desear su propia destrucción. Era su deseo y le fue concedido. Midas se abrazó a su esposa; tal vez el demonio haya quedado por un momento perplejo ante la desesperación de Midas. Pero al no ser él mismo humano, al ser tan sólo un poder, no pensó más en ello, y partió al encuentro de otros deseadores, prudentes o temerarios. Nada imaginativos, profundamente estúpidos desde el punto de vista humano, niños fuertes capaces de romper a la ligera como un juguete, el curso natural de las cosas, y de destrozar también corazones humanos lo bastante insensatos como para no comprender cuánto aman ese curso natural de las cosas, y cuánto necesitan de él: a esos poderes era preciso enfrentarlos con cautela. Pierce Moffett, al descubrir en sí mismo, con el correr del tiempo, una veta de prudencia, incluso de aprensión, que moderaba los arrebatos de una naturaleza profundamente ávida e impulsiva, comprendió que si quería salir sano y

salvo con lo que deseaba necesitaría trazar planes.

Eran tantas sin duda las posibles variantes que había que considerar —sin contar con la naturaleza también cambiante de sus propios deseos— que ahora, hombre adulto, profesor, historiador, no había concretado aún sus formulaciones. En los espacios de tiempo inútiles, inevitables en toda vida, en las salas de espera o en las demoras horarias —o como en esta mañana de agosto, mirando pasar los campos a través de la ventanilla ahumada de un autobús de largo recorrido— se sorprendía a menudo rumiando posibilidades, rebuscando giros arteros del lenguaje, sutilizando frases.

Había pocas cosas que a Pierce le resultaran menos placenteras que un viaje largo en autobús. Aborrecía en general tener que desplazarse, y cuando se veía obligado a viajar trataba de elegir el medio más rápido aunque más agobiante (el avión), o el más placentero, con el mayor número de respiros y amenidades (el tren). El autobús era una tercera opción lamentable, tediosa, lenta y sin distracción alguna. (El automóvil, la elección de la mayoría de la gente, no estaba a su alcance: Pierce nunca había aprendido a conducir un coche). Y el odio y el desdén que sentía por los autobuses le era retribuido casi siempre por la forma en que éstos lo trataban: si no se veía obligado a esperar transbordos durante horas en terminales sórdidas, lo arrumbaban en medio de bebés diarreicos o lo sentaban al lado de embusteros con un aliento infame, que le torturaban los oídos y acababan durmiéndose sobre su hombro; era inevitable. Esta vez, sin embargo, había tratado de afrontar la horrible necesidad a medias: con una cita hoy en la ciudad de Conurbana, una oferta de trabajo en el Peter Ramus College, había resuelto tomar el lento pero no atestado coche local, para viajar confortablemente a través de las Colinas Lejanas, echar una ojeada al pasar a sitios que desde tiempo atrás conocía de nombre, pero todavía más o menos imaginarios; y al menos salir al campo por un día, porque sin duda le hacía falta un descanso. Y le pareció, sí, cuando el autobús, dejando atrás las autopistas, lo zambulló en campos estivales, que había escogido bien; se sintió repentinamente capaz, en virtud del mero movimiento, de liberarse de un estado de ánimo que se había tornado opresivo e insulso, y de entrar en otro, o en muchos otros, como esos paisajes que ahora le eran exhibidos uno por uno, cada uno al parecer el umbral de venturosas posibilidades.

Se levantó de su asiento, sacó de su mochila de lona el libro que había traído para matar el tiempo (era las *Soledades*, de Luis de Góngora, en una nueva traducción: tenía que escribir una reseña crítica para una pequeña revista trimestral) y se encaminó a la parte trasera del coche, donde estaba permitido fumar. Abrió el libro pero no lo miró; miró por las ventanillas el opulento agosto, los sombreados jardines donde los dueños de casa regaban el césped, los niños chapoteaban en brillantes piscinas de plástico, los perros jadeaban en los frescos porches. En las afueras de la ciudad el autobús se detuvo en un cruce, considerando las posibilidades ofrecidas por un alto letrero verde: New York City, pero de allí era de donde venían; Conurbana, que Pierce no quería todavía contemplar; las Colinas Lejanas. Con un meditado

cambio de marcha, optaron por las Colinas Lejanas, y cuando el vehículo, tras una serie de ascensos suaves, ganó cierta altura, Pierce supuso que aquellas colinas, verdes primero, luego azules, después tan borrosas que se desleían en el horizonte pálido hasta desaparecer, eran las Lejanas.

Lió un cigarrillo y lo encendió.

Los dos primeros de sus tres deseos (y por supuesto serían tres: Pierce había estudiado las tríadas que aparecen por doquier en la mitología nórdica —de donde le parecía más probable que fuera a provenir su fortuna— y tenía además sus propias ideas de por qué debían ser tres y no más ni menos) habían persistido desde hacía algún tiempo en su forma actual. Le parecían herméticos, seguros, a prueba de falacias, y hasta los había recomendado a otros como pautas lícitas y usuales.

Deseaba, ante todo, larga vida y permanente salud mental y física y seguridad para él mismo y para sus seres queridos, nada que pudiera requerir un deseo subsiguiente para abrogar este primero. Algo así como un deseo-baúl; pero una pieza cautelar absolutamente necesaria, dadas las circunstancias.

En segundo lugar, deseaba una renta, no abrumadoramente inmensa pero suficiente, a salvo de las fluctuaciones de la vida económica, que requiriese poca o ninguna atención de su parte y no distorsionara su carrera natural: un billete de lotería premiado, junto con algún asesoramiento fiable en materia de inversiones: ésa era la idea, más que, digamos, un libro que él pudiera escribir y que fuera lanzado mágicamente a la lista de los grandes éxitos, con toda la horrible secuela de charlas y comentarios y presentaciones y entrevistas; cualquier placer que pudiera obtener de semejante fama y fortuna, lo echaría a perder su convicción de que todo era falso, que estaría vendiendo su alma al diablo, lo cual conduce por definición a fines nefastos; no, él aspiraba a algo mucho más neutro.

Lo cual le dejaba un deseo más, el deseo impar, el aberrante: Pierce se estremecía sólo de pensar qué habría sido de él si una u otra de sus versiones adolescentes de este deseo le hubiera sido otorgada; en épocas posteriores de su vida lo habría malgastado para tratar de salir de aprietos y dificultades de los que había salido, de todos modos, sin la ayuda de un deseo. E incluso si pudiera ahora, decidir qué era lo que deseaba, cosa que nunca había hecho definitivamente, necesitaría prudencia y coraje; y astucia; en ello residía el peligro, pero también la perspectiva de una extraña bienaventuranza. El tercer deseo de la tríada era el de cambiar el mundo, y estaba erizado en su imaginación de prohibiciones y tabúes, de imperativos morales y categóricos: porque para Pierce Moffett en todo caso, el juego perdería su gracia si no podía prever todas las consecuencias de cualquier deseo hipotético, si no podía imaginar, con genuina e intensa vividez, cómo sería el mundo real si ese deseo le fuera concedido.

La paz mundial y otros desmesurados altruismos similares, los había desechado hacía tiempo como imposibles, o peor que imposibles, fantasías en el fondo solipsistas de la especie Midas, sólo que altruistas en vez de egoístas: el reverso de la

misma moneda falsa. Nadie podía ser lo bastante sabio para medir las consecuencias de imponer al mundo tamañas abstracciones; era imposible saber qué alteraciones de la naturaleza y de la vida humana serían necesarias para alcanzar ese fin y, por lo demás, como le enseñaran en St. Guinefort los Hermanos de la Doctrina Cristiana, si uno desea el fin, debe axiomáticamente desear los medios. Si había algún poder lo bastante fuerte como para transformar todo el ancho mundo en algo más cercano a lo que el corazón anhela, Pierce no tenía, en todo caso, ningún deseo de competir con él. No: cualquiera que fuese el destino que sus tres deseos impusieran a un hombre, ridículo, trágico o placentero, era *su* destino, así como también eran suyos sus deseos; dejaría que fuera el mundo, quien deseara sus propios deseos.

Poder. En algún sentido, por supuesto, todo deseo es un deseo de poder, poder sobre las circunstancias ordinarias de la vida a las que uno está sujeto; pero otra cosa muy distinta es desear el Poder por el Poder, la sumisión de otros a tu voluntad, el sometimiento de tus enemigos. No: en cierto modo, ese inmenso campo del deseo humano le había sido extraño, nunca el poder había sido objeto de sus fantasías, no podía imaginarlo en sus manos, sólo que pudiera ser utilizado en contra de él; ser libre, *libre de cualquier forma de poder*, tal era, dentro de esa perspectiva, su único deseo verdadero, y los deseos negativos siempre le habían parecido mezquinos.

Se le había ocurrido (como se le antojara en el cuento a la mujer del Pescador) que podía ser agradable ser Papa. Tenía una cantidad de ideas propias acerca de la ley natural, la liturgia y la hermenéutica y suponía que, desde esa encumbrada posición, un hombre de gran sensibilidad histórica, capaz de enunciar la voluntad de Dios e imponerla por mandato, sin las interminables contiendas de voluntades interpuestas entre el Sanctissimus y la ejecución de Sus pronunciamientos, podría en verdad hacer mucho bien. Pero esas gratificaciones no podrían jamás compensar el espantoso tedio de un cargo oficial; y en todo caso, era probable que la jerarquía no estuviera hoy en día tan dispuesta como debiera a acatar las bulas y encíclicas como lo hiciera antaño. Quién demonios podía saberlo.

Amor. Pierce Moffett había sido a la vez afortunado y desdichado en el amor, y su buena y mala fortuna eran, en parte, la razón por la cual viajaba ahora en este autobús a través de las Colinas Lejanas, el amor lo que ocupaba, bajo una u otra forma, la mayor parte de sus ensoñaciones; porque él, al igual que cualquier otro hombre, no podía por menos que acariciar fantasías de poderes hipnóticos, encantamientos irresistibles, el mundo su harén, o, inversamente, de un ser único, perfecto, modelado a la medida exacta de sus deseos, de la especie que los corazones solitarios describían con detalles tan reveladores en la sección «Personal» de ciertas revistas a las que Pierce estaba suscrito. Pero no: no era bueno utilizar ese tercer deseo para forzar el corazón. Era nefasto. Peor aún, no daría resultado. Para Pierce Moffett no había felicidad comparable a la de sentirse libremente elegido por el objeto de su deseo; no, ninguna que ni remotamente pudiera comparársele. La maravillada gratificación del descubrimiento, la repentina certeza, como si un halcón eligiera descender del cielo

para posarse en su muñeca, salvaje aún, todavía libre, pero suyo. Y eso ¿quién, quién podía forzarlo? El corazón cerrado de las prostitutas, la amargura en los rostros de las rezagadas, las que esperaban —última esperanza— la fortuita aparición de un posible cliente. Pierce, con una dosis suficiente de coca o alcohol en el cerebro, podía fingir durante una hora o una noche, como podían ellas. Pero.

Y si el halcón alzaba el vuelo, si, como antes eligiera posarse, eligiera ahora volver a remontarse, y él no comprendiera por qué... bueno, tampoco había comprendido antes por qué razón eligiera posarse. Y estaba bien, tenía que estar bien que fuera así, si uno iba a amar a los halcones. Los gentiles, benévolos-cruels halcones.

Chalkokrotos:

Yo deseo, pensó, yo deseo, deseo...

Chalkokrotos, tintineo de bronce. ¿Dónde había tropezado él con esta idea? El epíteto de alguna diosa: *Chalkokrotos* por el color de bronce de sus cabellos y el tintinear de sus pulseras cierta noche; *Chalkokrotos* por sus armas y sus alas.

Santo Dios, pensó, jugueteando con su libro y cruzando las piernas. Tiró el cigarrillo al suelo, en medio de la sórdida alfombra de colillas, y se aconsejó a sí mismo que soñar despierto no era tal vez algo que debiera permitirse precisamente ahora, esta semana, este verano. Miró por la ventanilla, pero el día había cesado de fluir hacia él, o más bien él de fluir hacia el día. Por primera vez desde que decidiera realizar este paseo, tenía la sensación de estar huyendo y no paseando, y aquello de lo cual huía acaparaba ahora toda su atención.

De niño, cuando viajaba desde la fortaleza de su hogar en Kentucky hacia el este y el norte, a Nueva York, donde vivía su padre, había visto letreros que dirigían a la gente a estas mismas Colinas Lejanas que ahora atravesaba, pero el inmenso Nash cargado con sus familiares nunca aceptaba la invitación de las flechas que apuntaban en esa dirección.

Iban, tío Sam al volante (tío Sam se parecía muchísimo al Tío Sam que viste de blanco, rojo y azul, aunque sin la barba de chivo; y su traje era marrón o gris, o de algodón rugoso en aquellos viajes estivales), y la madre de Pierce a su lado, con el mapa en la falda, para timonear, y al lado de ella, en estricta rotación, uno u otro de los chicos: Pierce, o uno de los cuatro de Sam. Los demás se disputaban el espacio del ancho sofá del asiento trasero.

El Nash, aunque a duras penas, los contenía a todos, los flancos hinchados y el gordo trasero de su cuerpo de monstruo prehistórico parecían a punto de estallar con todos ellos y sus equipajes. Sam llamaba a su coche la Cerda Preñada. Fue el primer automóvil que Pierce conoció íntimamente: el recordado olor de la tapicería gris y el tacto fofo de sus agarraderas todavía significaban Automóvil para él. Había un algo de penitencial en aquellos largos viajes inolvidables, y aunque Pierce no tenía nada contra el Nash, «viajar en automóvil» y «placer» seguirían constituyendo toda su vida una antinomia.

Dejando atrás los bosques y las colinas de Kentucky, erosionados y con aspecto un tanto inconcluso, descendían a través de una región no muy diferente si bien, de tanto en tanto, con una nueva perspectiva de serranías a la luz del sol que significaba Pensilvania; y luego, en virtud del tránsito ritual a través de anchos portales y la adquisición de un largo billete, entrarían en la flamante autopista de Pensilvania; y ya sobre su ancho dorso, serían transportados a regiones a la vez nuevas y viejas, regiones que eran a un tiempo la Historia y el límpido y brillante Presente. La Historia y las verdeazules lejanías de una tierra libre, una terranova no circunscrita, fértil —algo que Kentucky no le parecía, aunque así es como se describía América en los libros de texto escolares— estaban para él contenidas no sólo en las ondulantes colinas que atravesaban, sino también en el rodar de los nombres de Pensilvania en su lengua y en su oído: —Allegheny y Susquehanna, Schuylcill y Valley Forge, Brandywine y Tuscarora. Nunca alcanzarían a ver nada de Brandywine ni de esos otros parajes, nada excepto los restaurantes de la autopista cercanos a ellos, pulcros, idénticos, soleados, con idénticos menús e idénticas malvalocas y camareras, que en realidad no eran idénticos, puesto que cada uno ostentaba en su fachada de piedra rústica uno de aquellos preciosos nombres. Pierce sopesaba mentalmente la diferencia entre Downingtown y Crystal Spring mientras desayunaban manjares exóticos, imposibles de encontrar en su pueblo, sentados alrededor de una larga mesa: zumo de tomate (de naranja siempre y exclusivamente en casa) o salchichas que tenían la forma de pequeñas hamburguesas, o bollos daneses, y hasta potaje de avena para Sam, el único de la familia que lo encontraba delicioso.

Dejando atrás los bosques y las colinas de Kentucky, erosionados y con aspecto un tanto inconcluso, descendían a través de una región no muy diferente si bien, de tanto en tanto, con una nueva perspectiva de serranías a la luz del sol que significaba Pensilvania; y luego, en virtud del tránsito ritual a través de anchos portales y la adquisición de un largo billete, entrarían en la flamante autopista de Pensilvania; y ya sobre su ancho dorso, serían transportados a regiones a la vez nuevas y viejas, regiones que eran a un tiempo la Historia y el límpido y brillante Presente. La Historia y las verdeazules lejanías de una tierra libre, una terranova no circunscrita, fértil —algo que Kentucky no le parecía, aunque así es como se describía América en los libros de texto escolares— estaban para él contenidas no sólo en las ondulantes colinas que atravesaban, sino también en el rodar de los nombres de Pensilvania en su lengua y en su oído:

—Allegheny y Susquehanna, Schuylcill y Valley Forge, Brandywine y Tuscarora. Nunca alcanzarían a ver nada de Brandywine ni de esos otros parajes, nada excepto los restaurantes de la autopista cercanos a ellos, pulcros, idénticos, soleados, con idénticos menús e idénticas malvalocas y camareras —que en realidad no eran idénticos, puesto que cada uno ostentaba en su fachada de piedra rústica uno de aquellos preciosos nombres. Pierce sopesaba mentalmente la diferencia entre Downingtown y Crystal Spring mientras desayunaban manjares exóticos, imposibles

de encontrar en su pueblo, sentados alrededor de una larga mesa: zumo de tomate (de naranja siempre y exclusivamente en casa) o salchichas que tenían la forma de pequeñas hamburguesas, o bollos daneses, y hasta potaje de avena para Sam, el único de la familia que lo encontraba delicioso.

Y luego, otra vez en camino, a través de regiones arboladas y cultivadas, y en apariencia subpobladas y aún por explorar (esa ilusión del viaje por autopistas, de que la tierra está vacía, e incluso es virgen, era más intensa en aquellos tiempos en que los automóviles abandonaban por primera vez los viejos caminos trillados, flanqueados por vallas publicitarias, para tomar los atajos recién pavimentados) y —lo mejor de todo, lo más emocionante— penetrar en la serie de túneles cuyas entradas de espléndida mampostería aparecían a la vista repentinamente: los chicos voceaban el nombre, porque cada túnel tenía el suyo, el nombre del inflexible accidente geográfico que tan ingeniosamente, tan airosamente salvaba y dejaba atrás —la Montaña Azul y el Cerro Laurel (en un tiempo Pierce podía recitarlos todos, como un poema, ya no), Allegheny y Tuscarora... ¿Qué otros?

—Tuscarora —dijo Pierce en voz alta, en el autobús. Oh Pensilvania de los nombres. Scranton y Harrisburg y Allentown eran difíciles, tupidos de tráfico; pero Tuscarora, Shenandoah, Kittatinny. (¡Ése era el último túnel! ¡El Monte Kittatinny! Se zambullían en la oscuridad, pero el corazón de Pierce se elevaba, como al ritmo de una música, hasta la altura de un aire estival). Ni una sola vez había el Nash abandonado la autopista, ni una sola vez respondió a aquellas señales que invitaban a ir a Lancaster o a Lebanon, pese a que allí habitaban los amonitas, o a Filadelfia, fundada hacía muchísimo tiempo por el hombre de la caja de los copos de avena Quacker; siempre seguían en línea recta hasta la autopista de Jersey, que a Pierce no sabía por qué, se le antojaba una pálida sombra de la de Pensilvania: tal vez era porque se acercaban a Nueva York y a su antigua realidad, saliendo de la Historia y del espléndido Presente para penetrar en su pasado personal, empujándolo hacia las calles de Brooklyn que él tendría que recoger y ponerse como si fueran ropas viejas y demasiado conocidas, y más estrechas cada vez que volvía a verlas.

Siempre habían existido otras opciones, hasta el último momento, hasta la autopista Pulaski en todo caso, después de la cual era ya inevitable el túnel Holanda, como un cuarto de baño interminable y oscuro. Podían virar (Pierce buscaba los lugares en el mapa que su madre sostenía) hacia el norte, hacia esos parajes con extraños nombres holandeses, o hacia el sur, hacia las playas de Jersey —la sola palabra *playa* significaba para él chillidos de gaviotas, ramblas entarimadas y encaladas. Hubieran podido, en camino, visitar el inimaginable Cheesequake. O tomar hacia las Colinas Lejanas, que no parecían tan lejanas; salir de la autopista justo allí, y dejar pronto atrás las Montañas Jennyjump para penetrar en el País de Nuncajamás. Eso decía el mapa.

Él no podía imponerle a Sam que cambiara de rumbo, el viaje tenía una lógica demasiado poderosa, el Nash era un monstruo prehistórico sometido al hábito de la

autopista. Y no porque él no quisiera, en realidad, ir a ver a su padre en Brooklyn. No obstante, deseaba en silencio: *Ahora desearía ir a este lugar*, mientras lo tocaba, lo cubría con la mano: cerrando, incluso, los ojos y echando a los vientos toda prudencia: *Desearía estar allí ahora mismo*, y no porque esperase en realidad que el rugido del motor y el alboroto de sus primos fuese sustituido por un silencio mágico y un gorjear de pájaros, el olor de la tapicería recalentada al sol por fragancias de prados; y un momento después abría otra vez los ojos a la autopista, que todavía rutilaba a lo lejos con falsos estanques de agua plateada y los letreros de las vallas que anunciaban las atracciones que había en la ciudad que, velozmente, se aproximaba.

Y una cosa buena al menos, dentro de todo, pensó ahora Pierce, avizorando los prados, los estanques y los pequeños pueblos de la región. Todo era bastante bonito, sin duda; más que bonito, deseable, pero no como ese más allá, el más allá soñado donde la hierba es siempre más verde. No podía saberlo de niño —no siempre lo sabía de hombre—. Anhelar: pero desear no es lo mismo que anhelar, un movimiento del alma hacia la paz, la resolución, la restitución o el reposo; un ardiente deseo de felicidad, que parece por un momento encarnada por ese estanque con patos allá, a la sombra de los arcos, por esa hermosa casa de piedra cuyos visillos de encaje invitan a aposentos frescos con el edredón replegado en la alta cama. Una sabiduría duramente conquistada distinguía entre esos impulsos dirigidos a objetos meramente fugaces y el deseo verdadero, el que con tanto celo va forjando su objeto que éste no podrá jamás decepcionarte.

Goshen. West Goshen. East Bethel. Bethel. La opción es entre Stonykill, a tres millas, y Bella Vista, a cuatro; bien, eligen Bella Vista. *Desearía estar allí ahora mismo, en Bella Vista, en las Colinas Lejanas*, y allí, o casi allí estaba ahora, sólo que un cuarto de siglo más tarde.

Pero mientras tanto algo había empezado a fallar en el autobús en que viajaba. Estaba pujando por remontar una larga cuesta curva, menos escarpada que muchas que ya había salvado; algo jadeaba ahora en sus entrañas con la insistencia de un arduo ritmo de *basso*, como si el corazón le chocara contra las costillas. El ruido se atenuó cuando el conductor intentó un cambio de marcha para que el motor se sintiera más relajado, pero tan pronto como la cuesta se hizo más empinada, recrudeció otra vez. Ahora avanzaban como a rastras; parecía obvio que no completarían el ascenso, pero lo lograron, a duras penas, el autobús jadeó y resopló como un caballo extenuado, y allí estaba la bella vista, enmarcada por una oscura ala lateral de árboles de altas copas frondosas como en un paisaje de Claude; un primer plano bañado por el sol, un río de plata zigzagueando entre verdes riberas, una humedad lejana que se diluía en el cielo pálido y las nubes algodonosas. La sombra del follaje los envolvió y una terrible vibración estremeció al vehículo de largo a largo —un ligamento roto, un ataque de apoplejía, no, evidentemente no lo habían logrado—. El motor trepidó otra vez y enmudeció de golpe. En silencio —Pierce

podía oír el rasgido de los neumáticos sobre la carretera— el autobús bajó en punto muerto la cuesta más empinada hasta la aldea al pie de la colina, un puñado de casas de piedra y madera, una iglesia de ladrillo, un puente de un solo tramo sobre el río; y allí, ante la mirada curiosa de unos pocos lugareños congregados en el porche de la gasolinera-tienda de ramos generales, se detuvo en seco.

Bueno, caray.

El conductor se apeó, dejando a sus pasajeros en sus asientos, todos mirando al frente como si todavía estuvieran viajando, sólo que sin viajar. Hubo ruidos en el compartimiento del motor cuando el hombre lo abrió para auscultarlo; luego entró en la tienda y desapareció durante un largo rato. Cuando salió, se deslizó de nuevo en su asiento y cogió su micrófono —aunque de haber encarado a sus más o menos quince pasajeros hubiera podido hacerse oír sin dificultad, tal vez se sintiera cohibido— y anunció metálicamente:

—Bueno, amigos, me temo que no podemos ir más lejos en este coche. —Protestas, murmullos—. He telefoneado a Cascadia y nos van a mandar otro tan pronto como les sea posible. Cuestión de una hora o dos. Hagan el favor de ponerse cómodos, aquí en el coche, o salgan, como gusten.

Siempre le había sorprendido que, cualesquiera que fuesen los engorros en que lo metían a uno los autobuses y sus secuaces, nunca olvidaban sugerir que estaban ofreciendo comodidades, lujo, incluso placeres. Guardó su libro de las *Soledades* en el bolsillo lateral de su mochila, cargó ésta al hombro y se apeó, siguiendo al conductor, que intentaba al parecer hacerse humo en la tienda.

—¡Perdone usted!

¡Pero qué día, realmente, qué día! El aire auténtico que quemó sus pulmones cuando tomo aliento para llamar de nuevo a conductor, era dulce y fragante después del aire adulterado del autobús.

—¡Perdone usted!

El hombre se volvió, enarcando las cejas, ¿en qué podía ayudarlo?

—Tengo un billete para Conurbana —dijo Pierce—. Tendría que coger otro autobús al llegar a Cascadia. ¿Lo perderé?

—¿A qué hora?

—Las dos.

—Yo diría que sí. Lo lamento.

—Caramba. ¿No podrían retenerlo?

—Lo dudo. Mucha gente toma ese autobús para Conurbana. También ellos tienen que hacer el trasbordo. —Una pequeña sonrisa. Cosas de la vida—. Hay otro sin embargo, creo, desde Cascadia, a eso de las seis.

—Magnífico —dijo Pierce, tratando de no irritarse, el pobre hombre al fin y al cabo no tenía la culpa—. Tengo una cita allí a las cuatro y media.

—Oh —dijo el conductor—. Oh, caray.

Parecía sinceramente afligido. Pierce se encogió de hombros y miró en derredor.

Una brisa ligera levantó el reclinado follaje de los árboles que formaban una techumbre sobre la aldea, pasó, y devolvió la calma al mediodía. Pierce pensó insensatamente en alquilar un taxi, no, no habría ningún taxi aquí, en hacer autostop... no hacía autostop desde sus días de estudiante. Recobró la cordura y se encaminó a la tienda, mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de una moneda.

Hasta ese verano, Pierce Moffett había enseñado historia y literatura en una pequeña universidad de la ciudad de Nueva York, una de esas instituciones que tras las revueltas de los años sesenta se esforzaban por satisfacer sobre todo a esa juventud inquieta, esa gitanería estudiantil que parecía, en ese entonces, estar nutriéndose de una pintoresca cultura nómada de su propia invención, beduinos acampando en el ajeteo general de la urbe, levantando sus tiendas y cambiando de sitio cuando sentían su territorio amenazado por las irrupciones de la civilización, viviendo al día nadie sabía de que, del tráfico de drogas y del dinero que recibían de casa. Habían convertido el Barnabas College en su caravasar y Pierce, durante algún tiempo, había sido un profesor muy popular entre ellos. Su asignatura principal, Historia 101 —motejada por los estudiantes Misterio 101—, había atraído durante varios semestres a un alumnado muy numeroso; porque Pierce, al abordar su materia, se daba maña para insinuar a sus oyentes que poseía un secreto inaudito acerca de ella, una historia para contar, que él había llegado a conocer a costa de grandes esfuerzos, y que estaría dispuesto a revelarles si ellos quisieran tan sólo hacerle el favor de sentarse y escuchar en silencio. Es verdad que, recientemente, cada vez menos estudiantes seguían siéndole fieles hasta el final; pero no era ésa, o no sólo ésa, la razón por la cual Pierce no volvería al Barnabas College en otoño.

El Peter Ramus College, hacia el cual estaba ahora en camino, era, hasta donde él podía juzgar, una institución bastante diferente; una antigua fundación hugonote que todavía imponía un código de vestimenta (eso le habían dicho, no podía ser), y que ocupaba varios edificios ennegrecidos por el humo en los suburbios de una ciudad decadente. La carta del decano, que Pierce extrajo de su bolsillo un poco ajada y manchada de sudor, la carta que lo invitaba a presentarse para una entrevista, reproducía en un pequeño grabado la sede de la institución, con una cúpula como si fuera un pequeño palacio de justicia de provincia o una iglesia de la Ciencia Cristiana. Pierce podía imaginar los nuevos dormitorios y laboratorios de hormigón poroso recientemente incorporados a los edificios. Al pie del grabado encontró el número de teléfono.

Un letrero de latón que publicitaba una marca de pan, la niñita rubia con su rebanada untada de mantequilla, borrosa y desvaída, estaba adosado a la puerta mosquitera del pequeño comercio; hacía añares que Pierce no trasponía una puerta con un letrero como aquél. Y en el interior reencontró también ese olor frío e indefinible, algo así como a naftalina y uvas pasas y migas de galletas que es el eterno olor de los negocios como aquél, y que nunca parecen tener los comercios de la ciudad que venden las mismas, mercancías. Mientras discaba el número, se sintió

bruscamente transportado al pasado.

No había alma viviente a esa hora, en ese mediodía de agosto, en el Peter Ramus a no ser los ayudantes de otros ayudantes; nadie fijó un nuevo horario para su entrevista, ni él se atrevió a cancelarla definitivamente; dejó una serie de mensajes vagos que fueron aceptados sin demasiada convicción, dijo que volvería a llamar desde Cascadia y, ya de nuevo en su limbo, colgó el receptor.

Cerca del mostrador principal encontró un refrigerador de bebidas gaseosas, uno de esos estilo sarcófago como el que había en la tienda de Delmont del pueblo de su niñez, el mismo rojo oscuro con la pesada tapadera bordeada de zinc, y en el interior un sombrío estanque de hielo y agua y botellas frías que se entrechocaron cavernosamente cuando eligió una. Sacó un par de gafas de sol de un expositor que estaba al lado del que exhibía postales; consideró por un momento la posibilidad de adquirir un ejemplar del periódico local, también apilado allí, pero desistió. Se llamaba *El Pregón de las Lejanas*. Pagó la Coca Cola y las gafas, sonriendo a la niña plácida que recibió el dinero con una sonrisa, y salió de nuevo a la luz del día, sintiéndose mágicamente libre, como si hubiese sido depositado por la marea en una, playa, o hubiera luchado contra ella para ganar la orilla. Se puso las gafas nuevas, que transformaron aún más el día en un paisaje de Claude, las tonalidades ambarinas, la suntuosa oscuridad: sereno.

Había suspendido su viaje, probablemente con mucho que perder, y mucho que pagar sin duda en tedio o algo peor; pero no le importaba, por el momento le daba igual, ya que tampoco tenía demasiado interés en llegar a destino, o en volver a su punto de partida. Si algo quería era, pura y simplemente, ir a sentarse allá, a esa mesa de *picnic* de madera a la sombra, no estar en movimiento, beber a pequeños sorbos su Coca Cola e impregnarse de la profunda paz de lo que parecía ser un día festivo sereno y universal. Serenidad. Ahora podía, sin poner condiciones, desear una vida serena, una permanente vacación interior, la evasión anhelada hecha realidad. Que esa placidez que penetraba en él junto con el aire dulce que respiraba fuese de algún modo y para siempre su clima interior.

Pero desear cualidades morales, serenidad, tolerancia, también planteaba problemas. La prohibición (que a Pierce le parecía obvia) de desear cosas tales como habilidades artísticas —sentarse al piano y que la *Appassionata* le fluyera súbitamente de los dedos se aplicaba también en algún sentido a la sabiduría, a la clarividencia, a la intuición, inútiles a menos que fueran adquiridas, y en ello, en el esfuerzo de haberlas adquirido consistía sin duda su único valor.

Lo mejor. Pierce respiró hondo, ya antes había llegado la misma conclusión. Lo mejor sería rechazar de plano la oferta. Gracias pero no, gracias. Con seguridad era ya lo bastante sensato —o al menos lo bastante leído— como para saber que en la naturaleza misma de los deseos realizados había muy probablemente un elemento corrosivo de la felicidad universal. Lo sabía, sí. Y sin embargo. Sólo podía esperar que, cuando los deseos le fueran ofrecidos, estuviera en condiciones de actuar con

serenidad, no con irreflexiva avidez, en su sano juicio. No enceguecido por uno u otro de sus codiciados objetos de deseo; no en los avalares de alguna circunstancia aterradora de la que sintiera la imperiosa, desesperada necesidad de salir; en otras palabras, no hoy. Entonces, aún en el caso de que no pudiera rechazarlo del todo, podría al menos adoptar la alternativa más sensata posible, una opción que desde hacía tiempo consideraba como razonable, en realidad demasiado razonable para él: o sea, una vez formulados y obtenidos sus dos primeros deseos prácticos de salud y riqueza, utilizar el tercero para desear simplemente poder olvidar todo eso, como si nunca le hubiera sucedido: con su tranquilidad y su bienestar mágicamente asegurados, olvidar que alguna vez había sabido que los deseos podían ser realizados, recobrar su antigua (actual) ignorancia de que la irrupción de esos poderes en el mundo, de poderes que no vacilarían en ponerse a su insensata disposición, era real y verdaderamente posible.

Real y verdadera y genuinamente posible. Pierce bebió su Coca Cola. De un camino lateral, por detrás de la iglesia, emergió, como desorientada, una oveja y se encaminó hacia la autopista.

Y era posible, claro está, que todo eso hubiera acontecido ya. Que su tríada más sensata de deseos estuviera ahora en vías de realizarse, concedida ya, el genio recluido otra vez en su lámpara, la lámpara en el pasado, y el proceso todo en el olvido. Pierce ignorando su inmensa buena suerte, todavía barajando posibilidades. A primera vista, parecía improbable, considerando su situación de desempleo, y su salud mental, que no le parecía demasiado robusta. Pero no había forma de saberlo. A lo mejor había sido visitado por la gracia esa misma mañana. Ese día, ese día azul, podía ser el primer día de su buena fortuna, este momento el primer momento.

Varias ovejas más habían salido del camino lateral y, apiñando y balando, erraban por la carretera. Uno de los lugareños sentados en el porche, que hasta ese momento había parecido inamovible, se puso en pie, se subió los pantalones y se encaminó a la carretera para detener la circulación, haciendo señales de advertencia con la mano a una camioneta que se aproximaba, espere un momento, tenga paciencia. Un perro daba vueltas alrededor de las ovejas, ladrando de tanto en tanto de una manera perentoria, tratando de guiarlas (había docenas ahora, y seguían emergiendo más y más del camino lateral, como por arte de magia) hacia el puente sobre el río, que los animales parecían poco dispuestos a cruzar.

De pronto, a la retaguardia del rebaño, apareció un pastor alto, cayado en mano, con un deshilachado sombrero de paja en la cabeza. Vio en el camino la impaciente camioneta y sonrió de oreja a oreja, como si le causara gracia haber provocado semejante alboroto; con un golpecito del cayado mandó de vuelta al rebaño a un corderito que intentaba escapar y, lanzando un grito reunió a sus pupilas y las guió hacia el puente.

Pierce contemplaba la escena, consciente de que una cadena de asociaciones se iba enlazando dentro de él sin que él lo hubiera elegido, un arqueo de sus archivos

más recónditos cuya finalidad ignoraba. La conclusión se le reveló, al fin, abruptamente. Se levantó con lentitud, no seguro aún de creer lo que estaba viendo.

—Spofford —dijo, y luego gritó—: ¡Spofford!

El pastor se volvió, se echó hacia atrás el sombrero y vio a Pierce que corría hacia él, y una oveja de cara negra también se volvió para mirarlo. El conductor del autobús, que salía de la pequeña tienda para hacer el recuento de su demorado rebaño, vio que uno de sus pasajeros se alejaba, se reunía con el pastor en medio del puente y lo abrazaba.

—Pierce Moffett —dijo el pastor, mientras lo observaba sonriendo a una brazada de distancia—. ¡Quién lo hubiera pensado!

—Eras *tú* nomás. Me pareció que eras.

—¿Has venido a visitarme? No puedo creerlo.

—No exactamente. Ni siquiera tenía intenciones de parar.

Explicó la situación. Conurbana, el percance, la cita cancelada.

—¡Mira por donde! —dijo Spofford—. Náufrago de un autobús.

—Creo que he sido yo el que provocó el naufragio —dijo Pierce e buen humor. Los dos contemplaron el autobús encallado, los pasajeros que daban vueltas y vueltas sin saber qué hacer.

—Que se vaya al demonio —dijo Spofford repentinamente—. Olvídate de él. Ven a visitarme. No estoy lejos. Quédate una temporadita. Hay sitio. Quédate todo el tiempo que quieras.

Pierce dejó de mirar el autobús para contemplar la pradera que se extendía del otro lado del río, por donde ahora las ovejas se dispersaban, pastando gozosas.

—¿Quedarme aquí? —dijo.

—Tenemos que ponernos al día —dijo el pastor—. La vieja *alma mater*. El viejo barrio.

—Los he abandonado.

—¿De veras? —Señaló con su cayado cuesta arriba, las tierras que había más allá de los prados—. Mi casa está allá —dijo—. En la montaña.

Y por qué no, qué demonios, pensó Pierce. De algún modo, la idea de fuga lo había estado rondando todo el día, toda la semana; a decir verdad, todo el verano. Hasta aquí había viajado, camino del Deber y del Futuro, y lo habían dejado en la estacada. No por su culpa. De acuerdo. Sea.

—¡Qué demonios! —exclamó, y una euforia extraña le subió repentinamente del pecho a la garganta—. ¡Por qué no, qué caray!

—Claro, hombre —dijo Spofford. Silbó una nota que puso a su rebaño nuevamente en marcha, y cogió a Pierce por el brazo; Pierce se reía, el perro ladraba, y la desordenada procesión se alejó de la aldea.

Unos años atrás el tal Spofford había sido, durante un tiempo, alumno de Pierce en el Barnabas College, en realidad uno de los primeros inscritos del Programa GI

para ex-combatientes de la Segunda Guerra o su equivalente para los de Vietnam. Pierce lo recordaba en su curso de historia, serio y atento con su casaca de fajina (su nombre Spofford inscrito en el bolsillo del pecho), siempre con un aire de estar fuera de lugar, un desplazado. Era sólo tres o cuatro años más joven que Pierce, quien en aquel entonces hacía, por así decir, sus verdaderas primeras armas; mientras Pierce jugaba a hacerlas en sus largos años de universidad, Spofford había hecho las suyas en el Vietnam; con el mismo dinero de su beca de estudios, había montado un pequeño taller de ebanistería en el barrio de casas baratas en que vivía Pierce y confeccionaba muebles sueltos y objetos preciosos con una habilidad que Pierce le envidiaba y que le fascinaba observar. Se habían hecho amigos, y hasta habían compartido por algún tiempo una novia —literalmente una noche, una noche memorable—, y aunque muy diferentes en muchos aspectos, nunca se habían distanciado del todo, a pesar de haber seguido cada uno su propio camino. Spofford pronto había abandonado los estudios y luego la ciudad, para regresar con sus talentos a su tierra natal, y Pierce recibía de tanto en tanto una carta en la menuda y perfectamente legible letra de Spofford, en la que le comentaba sus progresos y lo invitaba a visitarlo.

Y ahí estaba al fin. Spofford, bronceado y saludable, con su desflecado sombrero de paja y su cayado, tenía buen aspecto; Pierce sintió una oleada de una emoción semejante a la gratitud. Las calles de la ciudad pululaban de Spoffords que no se habían salvado. Cuando éste le sonrió, mirándolo de soslayo, sin duda evaluándolo a su vez, sus dientes resplandecieron blancos en la ancha cara, excepto uno central superior, gris y muerto.

—Así que aquí lo tienes —dijo, ofreciendo su mundo con un gesto envolvente del brazo.

Pierce paseó una mirada en torno. Habían escalado la pradera de las estribaciones de una elevada colina; arriba, por encima de sus cabezas, se alzaban las cumbres boscosas; abajo, a sus pies, se tendía el valle y su río centelleante. Hay casi una música en esos paisajes estivales, una armoniosa exhalación de voces soprano. Pierce no sabía si la música que casi siempre acompaña a las escenas iniciales de las películas de dibujos pastorales, sobre todo las de Walt Disney (esa música que las colinas y los árboles animados cantan y bailan con suaves contoneos) era esta música que ahora le parecía escuchar, o si esta música era tan sólo su propio recuerdo de aquella otra. Se echó a reír al escucharla.

—Me gusta —dijo—. ¿Qué río es éste?

—El Blackberry —respondió Spofford.

—Me gusta —dijo Pierce—. El Blackberry.

—La montaña es el Monte Randa —dijo Spofford—. Desde la cima pueden verse tres estados diferentes, arriba Nueva York, abajo Pensilvania y a lo lejos Nueva Jersey. Un panorama grandioso. Hay un monumento en la cumbre, donde un fulano tuvo una visión.

—¿De tres estados?

—No sé. Algo religioso. Creó una religión.

—Humm. —Pierce no veía ningún monumento.

—Podríamos subir. Hay un sendero.

—Podríamos, sí —dijo Pierce, el aliento ya entrecortado después del suave repecho. *Bucanero*, el perro ovejero, ladraba impaciente a la cabeza de la procesión: su grey cuadrúpeda estaba portándose bien, eran los bípedos los que ahora hacían travesuras.

—A propósito, ¿son tuyos todos estos bichos? —preguntó Pierce en medio del rebaño, observando las caras tontas y atentas de las ovejas.

—Míos —dijo Spofford—. A partir de hoy. —Golpeó ligeramente con un experto movimiento de la punta de su cayado las patas traseras de una rezagada, la oveja lanzó un balido y echó a correr—. Hice algunos trabajos para un ganadero este verano. Le construí un granero, carpintería, esas cosas. Hicimos un trueque.

—¿Necesitabas ovejas?

—Me gustan las ovejas —dijo Spofford con dulzura, contemplando las suyas.

—Vaya, a quién no —dijo Pierce riendo—. Ovejas.

—Y entonó, con la música del *Mesías* de Haendel:

—Todos todos como ovejas... Todos todos como ovejas...

Spofford cogió la melodía (él y Pierce la habían cantado a coro, en una versión paródica, cierto invierno en el Village) y siguieron cantándola mientras escalaban los prados:

A todos nos gustan las ovejas. Todos todos como ovejas. Todos todos como ovejas. Nos hemos descarriado; cada cual por su lado Cada cual por su lado.

Dos

El río Blackbury (no Blackberry, como entendiera Pierce) nace como un riacho poco promisorio en los Catskills de Nueva York; alimentado por canales y arroyos, sobrepasa o incorpora a sus afluentes, y se convierte en río a medida que se acerca a la frontera, donde desemboca en un embalse montañoso redondo y plateado como una moneda, que por esa razón, u otra distinta, recibe el nombre de lago Níquel. En el lago Níquel limpia sus aguas del limo que ha recogido en su travesía por Nueva York, y cuando sale de él, purificado, se precipita, caudaloso, por una serie de rápidos de piedra y cascadas bajas, en medio de los bosques de álamos temblones que crecen al pie de las Colinas Lejanas septentrionales. En el largo valle central de las Lejanas se encuentra a sí mismo; cuando la gente habla del Blackbury, se refiere a este río, cuyo cauce se ensancha y se estrecha y fluye más lento cuando atraviesa serpenteando, como si se pasara por ellas, sus plácidas tierras de aluvión. Alo largo de los siglos, mientras maduraba, el río ha tomado unos pocos atajos a través del suelo de este valle; en 1857 los pobladores descubrieron, después de una semana de violentas lluvias primaverales, que había irrumpido a través de una ancha curva de sí mismo, dejando atrás un meandro lacustre y acortando en dos millas el tramo navegable entre Ashford Haven y Bella Vista.

El Blackbury, en la mayor parte de su trayectoria, ha sido siempre un río poco navegable; flanqueado como está en ambos márgenes por las pedregosas Lejanas (el Monte Randa se eleva en una sucesión de estribaciones desde las riberas occidentales), carece de un verdadero estuario; archipiélagos de pequeñas islas coronadas de árboles cada milla —poco más o menos— dificultan la navegación. Una franja de campos fértiles entre el río y las montañas es apta para el cultivo de cereales y hortalizas, pero se inunda con desastrosa frecuencia, y al buscar una salida del valle, sus orillas se vuelven más escarpadas, su cauce más estrecho, el suelo más anfractuoso y menos fértil, los bosques más antiguos, las riberas menos pobladas.

El río parte desde el valle a través de un barranco llamado el Pórtico de David, entre empalizadas de piedra que configuran el pie deforme del Monte Randa, luego entra en súbita confluencia con el mucho menos caudaloso río Sombra, que ha corrido rizándose y cortando camino a lo largo de la ladera occidental, más escarpada, del Monte Randa, antes de incorporarse al cuerpo principal; y allí, construido sobre las empalizadas, y accesible por dos puentes, uno sobre el río Sombra y el otro sobre el Blackbury, se alza el pueblo de Jambas de Blackbury, así llamado por el encabalgamiento de los dos ríos, o porque ocupa las jambas del Pórtico de David. Estas dos explicaciones, y otras más, circulan en la región.

A veces, cuando el tiempo es propicio o la luz adecuada, es posible ver, desde Jambas de Blackbury, los dos ríos corriendo a la par y virando hacia el sur, pero sin mezclarse; las aguas del Blackbury son ahora otra vez legamosas debido a su lenta travesía por el valle, y menos espejeantes, menos brillantes que las del Sombra, más

rápido y más frío; dos aguas diferentes corren, por un momento, hombro con hombro. Los peces podrían cruzar a nado, se diría, de una a otra, como a través de una cortina. Luego, ese momento ha pasado; todo es un solo río. (Sin embargo, también sobre *este* punto hay discrepancias; hay quienes afirman que la visión de dos ríos es una ilusión óptica, o incluso una leyenda, algo que nunca ha visto nadie. Los que lo han visto —o conocen a otros que lo han visto— se limitan a reiterar su convicción. Las discrepancias parecen no tener fin).

A Jambas de Blackbury se puede llegar desde el norte, tomando el camino que bordea la orilla oriental del río, y cruzando el puente a la altura del Blackbury meridional; o cruzarlo más arriba, en Bella Vista, y tomar un camino más corto, subiendo y bajando pequeñas elevaciones, y llegar a los altos de la villa —porque jambas de Blackbury es uno de esos poblados que tienen un arriba y un abajo. Este último es el camino que toman invariablemente las gentes del lugar; y el que siempre tomaba Rosie. Mucho —que en un tiempo había sido del lugar y estaba en vías de volver a serlo— cada vez que iba a las Jambas desde su casa en Stonykill, pese a que su vieja camioneta, grande como una barca, cabeceaba y rolaba, también como una barca, por el escarpado camino de montaña.

Rosie Mucho (*née* Rosalind Rasmussen, y pronto también en vías de volver a serlo) tenía una lista más bien larga de recados, algunos agradables, otros no tanto, uno ni siquiera un verdadero recado, aunque ella había decidido considerarlo como tal, y lo había puesto en su lista mental junto con la guardería, la parada en Automotores Bluto y la biblioteca. En el coche, iban con ella su hija de tres años, Sam, sus dos perros ovejeros australianos, su carta natal en un sobre de manila marrón, una novela histórica de Fellowes Kraft para devolver, y el almuerzo de su marido, en un envoltorio de plástico; amén de todas las naderías, bagajes y avíos que invariablemente se acumulan en un vehículo de esa especie y edad. A su lado, en el asiento del acompañante, iba el espejo retrovisor, que se había desprendido del parabrisas esa misma mañana, cuando Rosie intentaba asegurarlo. Allí, en el asiento, no reflejaba nada útil, sólo la cara de Rosie, la de su hija, la radiante mañana de agosto y la fronda del camino.

Las calles de Jambas de Blackbury son una serie de arterias transversales a la rambla principal que une entre sí los dos puentes. Allá, en los altos, la edificación consiste a menudo en las lóbregas casas de madera con su escalerilla exterior al primer piso, ropa tendida en cuerdas desde las ventanas, y una empinada escalera de entrada; porque hasta hace poco, nadie hubiera podido considerar a Jambas como un pueblo bonito, o un pueblo próspero; era un pueblo de gente trabajadora. Hoy en día hay tiendas de alimentos dietéticos, hay comercios con nombres ingeniosos en los bajos de algunas viviendas, hay galerías en los antiguos almacenes; pero todavía persiste, sobre todo cuando hace mal tiempo, una imagen más antigua, menos alentadora, una fotografía en blanco y negro: chiquillos carisucios, una campana de iglesia destemplada, humos de carbón, los olores de la cena de las cinco. A Rosie, que

la recordaba así, la alegraba la nueva pulcritud, el nuevo color de la villa; y la divertía, además, su aire endomingado. Hizo un viraje, enfiló la enorme camioneta cuesta abajo, se internó en una calle sombreada por árboles frondosos —la calle de los Arces— y frenó de golpe (la pronunciada pendiente requirió cierto esfuerzo) delante de una casa grande, una de esas casas cuyo tejado a cuatro aguas parece abultar como preñado, y cuyo porche profundo está sostenido por gruesos pilares de mampostería. Por la pared lateral, la típica escalera exterior subía a un apartamento del primer piso.

—¿Vamos un ratito a ver a Beau? —le preguntó su hija Sam.

Era el eufemismo que empleaban cada vez que Rosie tenía que dejarla en la guardería.

—Ahá.

—¿Puedo subir?

—Puedes subir —respondió Rosie, abriendo la portezuela de la camioneta— o puedes quedarte en el patio. —El minúsculo patio tenía sus atracciones: había un número variable de niños que vivían en la casa, y sus juguetes, camiones y camionetas, y una motocicleta de plástico de colores chillones yacían dispersos aquí y allá. Sam prefirió el patio y solemnemente, como por obligación y no por placer, se encaramó en la moto. «Equipo de demolición», llamaba Mike, el marido de Rosie, a esos juguetes. Los críos eran los demoledores. Los apartamentos con escaleras exteriores, como el de Beau, eran «apartamentos criadero». En sus tiempos de estudiante, Mike Mucho se había ganado la vida vendiendo enciclopedias puerta a puerta y había adoptado la jerga del oficio. Los «apartamentos criadero» con equipo de demolición en el patio eran indicativos de «buenas perspectivas»: parejas jóvenes casadas con críos.

Al igual que tantas otras certezas, ésta pertenecía al pasado. Hoy en día podían ser más bien indicativos de la existencia de una guardería, tres o cuatro o cinco mujeres solteras con o sin oficio o empleos a la vista, un par de ellas con críos propios, y seis u ocho chiquillos a su cuidado, para ayudar a pagar el alquiler, como en este caso, el del primer piso. Y a Beau, no podía vendérsele una enciclopedia o, en todo caso, no una de las que en sus tiempos había vendido Mike.

Tendría que haberse dedicado a eso, pensó Rosie, mientras subía al primer piso. Apuesto cualquier cosa a que era bueno para eso. Me juego la cabeza. Útil. Buen consejero. Estamos haciendo un sondeo en esta comunidad, señor y señora Mark. Deseamos dejar estos libros en su hogar, sin inversión alguna de su parte, ahora o después.

—Hola, Beau —llamó a través de la puerta mosquitera—. ¿Estás levantado? —Ahuecó las manos sobre la frente contra el tejido de alambre para escrutar el interior.

—Hola, Rosie. Entra.

Estaba sentado en posición de loto sobre el colchón forrado de blanco, vestido con un caftán blanco. El pequeño apartamento también era blanco, paredes, cielo raso

y pisos; un largo camino de alfombra oriental unía una mesa de cocina de metal esmaltado de blanco, la cama blanca y un balconcito en el fondo, que daba al pueblo y al río. El sendero de Beau.

—No puedo quedarme —dijo Rosie, deteniéndose en el umbral—. No quiero interrumpirte. Vamos, no te desenrosques por mí. Beau se echó a reír, mientras se levantaba. —¿Qué pasa?

—¿Puedo dejarte un rato a Sam? Tengo unas cuantas cosas que hacer.

—Claro que puedes.

—Sólo un par de horas. —Era consciente de que no había pagado la cuota del mes, y no traía el cheque; y éste no era uno de los días en que habitualmente dejaba a Sam con Beau. Un imprevisto. Los imprevistos y el dinero hacían que se sintiera un poco cohibida en presencia de Beau, quien no parecía reaccionar ante lo uno ni lo otro de manera ordinaria.

—De acuerdo —dijo Beau—. ¿Quieres una taza de té? ¿Quién está abajo?

—No me he fijado. No puedo quedarme. De todos modos, Beau empezó a preparar el té. Rosie observó cómo ponía el agua a hervir sobre el calentador, sacaba el té y las tazas y las disponía encima de la mesa. Todavía sonreía ligeramente, Beau siempre sonreía. Rosie pensaba que acaso fuera sólo la forma de su boca lo que le hacía parecer sonriente, un repliegue hacia arriba de las delicadas comisuras, como una arcaica estatua griega, una boca hermosa, pensó, un hombre hermoso. Su cabello largo, negro y ondulado tenía un lustre brillante, sus ojos aterciopelados eran dulces; la nariz larga y fina, esa boca, y la barba bien cuidada le conferían el aire del más bello Jesús del Renacimiento, un cortesano joven y fuerte que se había vuelto translúcido a fuerza de santidad.

—Y bien ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo está Mike?

Rosie avanzó unos pasos por el sendero de Beau, con los brazos cruzados hasta los hombros.

—Perfectamente —dijo—. Divirtiéndose. Divirtiéndose a montones. Está en su año de Tránsito Descendente.

—¿Qué es eso?

—La Climateria. Su invento. Cada siete años. Las cosas suben y bajan. Una especie de curva.

—Ah, sí. Ahora recuerdo. Me lo explicó una vez. Se refería a eso.

A Mike, Beau no le caía bien y no le gustaba que Rosie dejara a Sam a su cuidado. Un par de veces, cuando Mike había llevado a Sam, Beau había intentado romper el hielo con él; Beau (Rosie lo había comprobado) era capaz de romper el hielo con casi todo el mundo, pero no con Mike.

—Sí —dijo Rosie—. Su año de Tránsito Descendente. A punto de llegar al fondo de un ciclo. Se siente muy tierno. Eso dice. Sus necesidades ¿sabes? —soltó una risa breve—. Sus necesidades que empiezan a despuntar.

Beau destapó una caja de galletitas de porcelana que tenía la forma de un cerdito

gordinflón y sacó una pasta parda, redonda y aterronada, una de sus recetas, supuso Rosie. Beau cocinaba para las mujeres de la planta baja y cuidaba de sus críos; las sacaba de apuros; ésa era su única ocupación: algo, pensaba Rosie, entre gurú y sirviente, y a la vez una especie de mascota, animal de compañía. Qué otras relaciones podía tener con ellas, Rosie lo ignoraba, no porque él o nadie las ocultara, sólo que eran demasiado amorfas, o demasiado fuera de lo común para que uno se atreviera a hacer preguntas sobre ellas en voz alta. Hasta donde ella sabía, Beau era casto además de santo. Casto: viéndolo masticar con lenta concentración, sintió el impulso de acariciarlo como un gato.

—Lo que yo creo es que él es un alma joven.

—¿Ah sí?

—Y pienso —dijo Beau— que es por eso que ha sido un mal viaje para ti. —Ella nunca le había dicho a Beau que su vida con Mike había sido un mal viaje—. Tú eres un alma vieja —prosiguió Beau—, y él no está en el mismo punto que tú.

—Un alma vieja, —dijo Rosie, riendo—, un alma vieja pero alegre, como la del viejo rey Colé de la canción.

Abajo, en el patio, sonó un chillido y Beau, sin darse prisa, depositó su taza sobre la mesa y salió. Sam y Donna, una niña de cara feroz, de quien Rosie desconfiaba, tironeaban cada una de uno de los manubrios de la motocicleta de plástico, y se miraban con furia.

—Hola, Sam —dijo Beau, observando la escena con las manos en pantalla sobre los ojos, como un explorador.

—Hola, Beau. —Sin soltar el vehículo. Donna lanzó otro chillido amenazante.

—A ver, a ver —dijo Beau—. ¿A qué viene todo este desgaste de energía? ¿Qué sucede? A ver, hablemos un poquito.

—Tengo que irme, Beau —dijo Rosie, sacando del bolsillo de su mono un manojo de llaves—. Hasta luego, Sam. Pórtate bien. No tardaré. —Sam ya había iniciado negociaciones con Beau (que se había puesto de rodillas para escuchar mejor a las dos niñas), y casi no se dio cuenta de que su madre pasaba a su lado y se marchaba. Rosie, mientras ponía la camioneta en marcha, volvió la cabeza para mirarlos, y tuvo una súbita visión, una idea para un cuadro, que la hizo reír. Un gran cuadro. Sería una versión de esa antigua pintura religiosa que se veía en todas partes: Jesús sentado sobre una roca, y alrededor de él todos esos niños de rostros dulces, de todas las naciones, con los ojos brillantes. Sólo que en su cuadro, alrededor del mismo Jesús (Beau en su caftán) habría niños del mundo real, niños de hoy: niños codiciosos, aferrados con dedos rapaces a armas de la televisión, niños con pañales de plástico, niños en camisetas mugrientas con leyendas chistosas estampadas en el pecho, con los ombligos al aire y las barbillas pegajosas por el helado de naranja, con tiritas en las rodillas; niños llevando a remolque muñecos superhéroes y mantitas deshilachadas y baratijas y chucherías de toda especie, niños cabalgando en motocicletas de plástico rojas y amarillas que hacen rum-rum. Tan claro lo veía, que

ahora se reía a carcajadas. La Guardería del Jesús Indulgente. Soporta con paciencia a los pequeños demolidores. Al final de la calle de los Arces tuvo que parar un momento, incapaz de dar la vuelta, con tanta risa, tantas tantas carcajadas y los oídos cuajados de lágrimas.

Devolvió la novela, con una semana de retraso, en la biblioteca de la calle de los Puentes, uno de esos mamotretos románicos pesados y grises que Andrew Carnegie prodigó a manos llenas a través de toda América, con pilastras, arcadas, muros de piedra rústica de imitación y cúpulas, a la vez fantásticos y deprimentes. Las gradas de piedra están hoy en día desgastadas como viejos salegares, en parte por los jóvenes pies de la Rosie de antaño; y en la pared del vestíbulo puede verse, a la entrada, una especie de baldosa de barro prehistórico, petrificada hace cincuenta millones de años, con la huella claramente visible de la zarpa de un dinosaurio. Rosie, de niña, solía detenerse un largo rato delante de esa zarpa, pensando: cincuenta millones de años, y años después la había descrito muchas veces a otros, la vieja biblioteca con la inmensa huella de un monstruo prehistórico. Inmensa: cuando ya adulta Rosie volvió a las Lejanas, la huella había encogido hasta el tamaño de una zarpa de mono, o de una mano humana indicando *tres*: trivial, ridículamente pequeña. Bueno, también ella lo había sido, cincuenta millones de años atrás. Penetró en la penumbra interior.

—¿Y qué tal era ésta? —le preguntó Phoebe mientras Rosie rebuscaba en sus bolsillos las monedas para pagar la multa. Esta Phoebe era la misma Phoebe a la que Rosie había pagado, en otros tiempos, multas por *El jardín secreto* y *Los raterillos*, también ella ahora muchísimo más pequeña.

—Buena —respondió Rosie—. Bastante buena.

—Yo nunca la he leído —dijo Phoebe—. Tendría que hacerlo, supongo. Nuestro famoso escritor coterráneo.

—Sí, es buena —dijo Rosie—. Te gustará.

—En un tiempo fueron muy populares —dijo Phoebe, dando vuelta entre sus manos al ejemplar de *Anochece en la llanura* y observando a través de la mitad inferior de sus bifocales la cubierta desgastada y descolorida, una borrosa escena de caballeros con armadura batiéndose unos con otros—. Hay muchas más.

—Más de la misma especie, ajá —dijo Rosie. Pagó la multa y vagabundeó un momento entre las estanterías. Podría llevarse otra. En realidad, pensaba reservarlas para el invierno, cuando, si las cosas se daban como ella suponía que lo harían, iba a necesitar distracciones largas y placenteras, una especie de refugio. Pero *Anochece en la llanura* no la había dejado del todo satisfecha, como a al relato, colorido y cautivador como era, le faltara algo para ser una historia verdadera; ella necesitaba más que *eso*. Pasó la mano por los lomos de los libros, incapaz de pensar cómo elegir, cómo decidirse por uno o por otro; conocía apenas —si los conocía— los rudimentos de los hechos históricos reales en que estaban basadas las novelas (en realidad, esperaba aprender de ellas mucha historia), y todas parecían ser poco más o menos la

misma cosa, cada una con su anticuada pintura a la acuarela en la cubierta, con el título sobreimpreso en negras cursivas, cada una con el sello editorial en la parte inferior del lomo: un diminuto perro-lobo en pleno salto. Sacó una al azar: *Bajo el signo de Saturno*, una novela sobre Wallenstein. Más batallas. ¿Y quién era el tal Wallenstein? Otra: la cubierta de ésta mostraba una multitudinaria escena isabelina, un tablado en el patio de una posada, vendedores de naranjas, señores ricamente vestidos con espadas al cinto, un aprendiz o alguien que, de espaldas a la escena, con la mano a guisa de trompeta, llamaba a voces al espectador, señalando a los cómicos: *Esto sí que parece divertido. Entremos*. Bueno, muy bien, ésta parecía interesante. Se intitilaba *Manzanas mordidas*.

Rellenó la ficha de préstamo y, con el volumen de hojas de borde picoteado bajo el brazo, salió de la biblioteca, sintiéndose misteriosamente protegida. Sólo un par de cosas le quedaban por hacer antes del almuerzo de Mike. El almuerzo de Mike, que sería su último almuerzo. Estirando el cuello hacia uno y otro lado, para ver si había alguien a quien pudiera atropellar, consiguió sacar la voluminosa camioneta del sitio en que la dejara aparcada; el carburador gritó, un humo aceitoso salió con un pedorreo por el caño de escape, los perros ladraron. Rosie viró hacia el oeste, cruzó el puente y salió del pueblo pensando: *el último*.

Entre Jambas de Blackbury y Cascadia el río cobra, brevemente, un amplio y repentino señorío: hay fabricas de papel y fábricas de muebles en este tramo, y unas cuantas altas chimeneas de ladrillo, y trechos en que las aguas corren canalizadas, entre diques. La mayor parte de estas construcciones de la Edad del Hierro se encuentran hoy en día abandonadas, los edificios industriales sin ventanas, las obras ribereñas se caen en ruinas; las gentes que en el siglo pasado visitaban las Lejanas se quejaban amargamente de las negras fábricas satánicas y de la intrusión del Gran Dios Dólar en la belleza silvestre del paisaje, pero el ladrillo rosado y la silenciosa pasividad de las fábricas actualmente en desuso parecen hoy bastante inofensivos, y hasta románticos en ciertas épocas del año. Un pequeño edificio recubierto de hiedra, en otros tiempos una fábrica de sillas, es ahora una especie de monasterio; hay servicios abiertos al público los fines de semana, y danzas extáticas. La gente del lugar prepara e incluso vende tisanas y cordiales a base de hierbas, pero hay viejos automóviles en los patios, y equipo de demolición; los que allí habitan no son célibes. Otras de las antiguas usinas permanecen aún marginalmente vivas, utilizadas un poco como depósitos, o arrendadas en parte para la instalación de pequeños talleres.

En una de éstas, que en una de sus esquinas alberga el taller Bluto Automotores, entró Rosie. En el letrero de la entrada, una sonriente bestia barbinegra de los dibujos animados caminaba a largos trancos, apretujando en una de sus patas delanteras un silenciador de escape y en la otra una llave inglesa; el mecánico residente era, sin embargo, un hombrecito enclenque y apocado, con una rala barba rubia y una nuez de Adán prominente, un rostro al que las gafas sin montura que usaba le conferían un aire casi doctoral. Miró el espejo retrovisor que Rosie le entregaba como si nunca en

su vida hubiera visto un objeto semejante, pero cuya utilidad podría tal vez descubrir si contaba con el tiempo suficiente para estudiarlo.

—Va pegado —explicó Rosie.

El hombre puso el pie cromado del instrumento en el lugar del parabrisas de donde se había despegado. No pasó nada.

—No puedo ver lo que hay atrás —dijo Rosie—. No puedo saber lo que pasa.

—Epoxy —dijo el hombre con aire pensativo—. Cuestión de un minuto.

Entró con el espejo en su taller. Rosie abrió la puerta de la camioneta para que los pacientes perros salieran a retozar tan pronto como comprendieron que les estaba permitido, escaparon de un salto y echaron a correr, persiguiéndose uno a otro por el astroso patio del taller; con este calor, pensó Rosie, podrían derretirse como los tigres de Sambo, batirse hasta volverse suero y mantequilla. Caminando al azar, había llegado hasta el parapeto de ladrillo hormigonado que cercaba el solar a la orilla del río. Se acodó sobre él y, encorvando el torso y estirando el cuello, alcanzó a divisar a lo lejos, río abajo, las torres de Butterman que, emergiendo del río se elevaban a través de la niebla del mediodía, como un castillo de hadas.

Incluso en ese tramo del Blackbury, profundo y lacustre, hay islas que despuntan sus cabezas, islas grandes y pequeñas; y años ha, en una de esas islas alguien llamado Butterman había edificado un castillo. Un verdadero castillo, con sus torreones, sus murallas y sus almenas; sobre la fachada de piedra roja había hecho grabar su nombre, butterman, en grandes letras góticas, y en un tiempo había alojado una cervecería al aire libre y un teatro de variedades. Las gentes del lugar que iban de excursión a las Lejanas cien años atrás, no necesitaban ir más lejos. Un vapor mantenía en ese entonces un servicio regular durante todo el verano, partiendo de un muelle especial de acero en Cascadia (Pórtico de las Lejanas), con una escala en Butterman en su travesía de ida hasta Jambas de Blackbury y otra en el trayecto de regreso a Cascadia. El Butterman es ahora una ruina, y del embarcadero de Jambas de Blackbury no queda nada más que la escalerilla al borde del agua: Boney, el tío de Rosie todavía se acordaba del vapor, y ella se lo imaginaba a menudo, cargado de veraneantes y excursionistas vestidos de blanco, los silbidos estridentes del vapor de la caldera, los toldos a rayas. Rosie no había estado nunca en las ruinas de Butterman, pero de pequeña solía decirse que cuando fuese mayor, y no necesitara permiso, organizaría una excursión al lugar, porque el castillo era suyo, al menos en parte.

Las propiedades de los Rasmussen no son hoy en día tan extensas como en otros tiempos; la casa grande de Cascadia fue vendida, para una escuela de varones, veinte años atrás, y en la época en que Rosie crecía, viviendo con sus padres en el Medio Oeste, todo el tejido de los bienes de la familia se había ido deshilacliando un poco. «Arcadia», la residencia de verano, en las alturas de Bella Vista, con sus prados y sus bosques, todavía les pertenece, si bien, hablando estrictamente, no es ya propiedad de Boney Rasmussen, que vive en ella, sino de la Fundación Rasmussen. Rosie, de pequeña, no había percibido este declive, si lo hubo, de los Rasmussen; tenía un

Abuelo Rasmussen y una Abuela Rasmussen, además del tío Boney, y también un padre, y primos, y sus visitas de los domingos eran siempre a una u otra satrapía rasmussiana; pero ya en ese entonces una especie de abstracción estaba en proceso, en realidad en proceso bastante avanzado, de la que la huida de su padre primero al oeste, y luego a las insondables tinieblas de su propia alma (había muerto de una sobredosis de morfina cuando Rosie tenía catorce años) había sido sólo el ejemplo más extremo.

Cuando Mike consiguió su empleo aquí en Los Leños (en parte gracias a la influencia de Boney, la Fundación Rasmussen todavía contribuía al mantenimiento del hospital psiquiátrico) y Rosie regresó a las Lejanas, se sintió un poco como una princesa que despierta después de haber dormido cien años; sus abuelos habían muerto, sus primos se habían marchado, las casas familiares habían sido vendidas a desconocidos, nuevas autopistas de cemento y centros comerciales de plástico ocupaban los lares que antes fueran de los Rasmussen, sus praderas y sus caballerizas. Sólo Boney, el hermano mayor de su abuelo, el más viejo de la familia, viejo ya incluso cuando Rosie era pequeña, sobrevivía aún, los había sobrevivido a todos. Y el Butterman, su castillo, en la medida en todo caso en que la memoria de Boney era de fiar, todavía era de ella, o de él: *su* castillo, acerca del cual durante la larga temporada que viviera lejos, nunca había cesado de contar historias, a otros o a sí misma. Entre ella y Mike, sobre todo, había creado al principio un vínculo muy singular: el castillo de Rosie en Las Lejanas, su dote, de la que irían juntos a tomar posesión cuando fueran a vivir a la región.

Un hilo de sudor le resbalaba por el flanco, bajo la camiseta.

La fiesta de Spofford es mañana por la noche, pensó. Fiesta de Luna Llena a la orilla del río. El corazón se le ensanchó, o se le encogió. Abajo, en las ondas cristalinas del remanso, flotaban vanos patos, dando vueltas, ociosos, chapoteando, trepándose a las rocas y sacudiéndose de la cabeza a los pies siempre con el mismo instantáneo movimiento.

Una zambullida. Una larga zambullida en la oscuridad del agua. Siempre ese instante, al dar el salto, en que el agua apetecida te asustaba, el instante en pleno aire en que casi cambiabas de idea, desistías casi de la zambullida —el estremecido oh, no — barrido ya por la fría solidez del agua ya hendida y la felicidad de estar en ella.

—Ya está, oye. —Gene, el mecánico, la llamaba.

Rosie volvió a la camioneta. Gene estaba estirado en el asiento delantero, contemplando su obra desde distintos ángulos, en tanto los perros le olisqueaban las perneras de los pan talones. El cielo, en el oeste, se había cubierto de espesos nubarrones; retumbó un trueno. En el calor, Rosie se estremeció. Una tormenta inminente.

Volvió a enfilar hacia Jambas de Blackbury, pero en vez de cruzar el puente para entrar en la villa, tomó el camino de la izquierda y siguió hacia el norte, costearo el río Sombra cuyas aguas, en pleno mediodía, no estaban en sombras: resplandecían,

rutilantes, irisadas de gotas de sol, un sol cuyos rayos se filtraban diluidos a través del follaje de los álamos temblones y los abetos oscuros para penetrar hasta el profundo lecho del río. Saltaban, gorgoteando alegremente por encima de sus cascadas, contorneando las botas altas de un pescador de truchas.

El Sombra es un río recreativo, para paseos y excursiones, o por lo menos así se lo califica, y desde hace mucho tiempo, en los folletos de promoción turística. Aguas abajo, cerca de las Jambas, las residencias de verano que se elevan en medio de los abetos son rígidas estructuras desnudas de vidrio y madera, con terrazas y balcones voladizos y los tejados en declives de ángulos sorprendentes; en realidad, son «residencias para todo el año», y en algunas de ellas habitan durante todo el año psiquiatras y empleados administrativos de Los Leños, profesionales en vacaciones permanentes. Un poco más lejos, el estilo cambia, y las hoy anticuadas casas tipo chalet con techo a dos aguas, en boga diez o veinte años atrás, conviven con las cabañas de troncos y hasta con algunas caravanas trabajosamente remolcadas hasta el lugar y que, pertrechadas con cobertizos, porches y cocheras, se han convertido con el tiempo en verdaderos «inmuebles»; pero es en las estribaciones del monte Merrow y del monte Whirligig donde se encuentran las construcciones más vetustas, grupos de bungalows y cabañas, colonias de vacaciones y hostales que datan de los tiempos de la depresión, o incluso más lejanos, viviendas alegremente adosadas «mejilla contra mejilla» alrededor de algunos lagos pequeños en vías de extinción, o enhebradas a lo largo de las márgenes del río, en los trechos en que su curso se ensancha momentáneamente, con una plaqueta adosada a la puerta ostentando un nombre, el nombre de la casa, y piedras encaladas bordeando los minúsculos caminos de entrada, flamencos y molinos de viento y barras de gimnasia y subibajas y columpios dispuestos todo alrededor.

Rosie llamaba al estilo general de estos campamentos Más-Menos-que-Más; su pequeñez la había intrigado cuando era niña, su pequeñez y la buena vecindad entre las diminutas parcelas contiguas, el alboroto de los niños, los perros, las comidas al aire libre. Su infancia había transcurrido en otra escala, una escala más amplia, más espaciosa y menos ruidosa; todo lo que allí veía le había parecido un mundo hecho para niños. Y la impresión persistía. Ahora, cuando pasaba por allí camino de Los Leños o del «Albergue Lejanas» de Val, aminoraba la marcha, sin dejar nunca de reparar en algo nuevo y sorprendente. Alguien había cercado una parcela de terreno sembrado de agujas de pino con un parapeto de hormigón, una torrecilla en cada esquina, todo incrustado con trocitos de vidrios de colores, culos de botellas, fragmentos rutilantes de esto y aquello. La gente de clase obrera que venía aquí de vacaciones, hombres barrigones de Conurbana, no parecía saber lo que era descansar: levantaban tapias de cemento, cavaban fosos para barbacoas y adornaban sus porches diminutos con calados y relieves. O lo habían hecho en un tiempo, en todo caso. Rosie descubría cada vez más cabañas vacías, más terrenos en venta. ¿A dónde irían ahora? *Laar-Voleda* (¿qué quería decir eso?): *Laar-Voleda* estaba en venta. Ah, «¡La

Arboleda!». Pasó por el almacén de ultramarinos y por la tienda de artículos de pesca *El hansudo* ¿No sabe usted cómo se escribe «anzuelo», don? Claro que lo sé, pero así siempre entran en mi tienda montones de personas, sólo para decirme como se escribe. Estos dos comercios y una iglesia de bloques de cemento baja y achaparrada eran los únicos edificios del abortado municipio de Las Animas, una urbanización que años atrás proyectaran construir en aquellos pequeños valles, con su centro en el cruce de los dos caminos.

Al llegar a la encrucijada, Rosie hizo un alto. Un poco más adelante, río abajo, vivía Val; le hubiera gustado ir a verla, había traído su carta natal para que Val la estudiase y le aconsejara y le hubiera apetecido, de paso, tomar un trago. Echó una ojeada a su reloj. No. Viró a la izquierda y un momento después traspuso un portalón, grandes troncos toscamente desbastados, y se internó en un camino privado que subía por el flanco del monte Whirligig. El camino estaba flanqueado por un cerco de gruesas estacas de madera; de tanto en tanto, se abrían desvíos y senderos con flechas que orientaban a los caminantes hacia la Gruta, las Cascadas, la Serpentina. Al final del camino, en medio de plantaciones bien cuidadas, había una gran pancarta de madera rústica y trabajada a mano, pero barnizada y autoritaria, con la inscripción: centro de psicoterapia «los leños». Un sendero circular partía de esta pancarta y conducía al Centro propiamente dicho.

Los Leños es un edificio largo, con numerosos ángulos; cuatro pisos de madera pintados de blanco, con chimeneas de piedra rústica y profundas terrazas. Construido después de la Primera Guerra Mundial, había sido originariamente un lugar de veraneo, el tipo de establecimiento que las familias de clase media elegirían para pasar sus vacaciones estivales en las montañas, para respirar el aire saludable de los pinos y disfrutar de las copiosas comidas comunitarias servidas en largas mesas, pollo todos los domingos, y sentarse en los sillones de mimbre en las terrazas, o jugar al *bridge* en las espaciosas salas de estar; fuegos artificiales el 4 de julio y el tradicional paseo en carretas de heno al finalizar la temporada. No era por cierto un hotel de lujo; había visillos de encaje en las ventanas de las habitaciones, pero no alfombrillas al pie de las camas, que eran de hierro; y los baños estaban en el vestíbulo de la planta baja. En los años veinte se agregó al complejo un campo de golf de tres hoyos y varias pistas de tenis. El esparcimiento vespertino lo proporcionaba una pianola. Hacia los albores de la Segunda Guerra, y pese a contar con una clientela leal aunque envejecida, Los Leños fue perdiendo su atractivo y empezó a declinar. Rosie tenía un claro recuerdo del salón-comedor en los años cincuenta, desastrado y de aire carcelario, las camareras ya ancianas. Debió de ser, pensaba, uno de los últimos lugares de veraneo donde se servían guisantes en conserva. Cerrado en 1958, no había vuelto a abrir hasta 1965, cuando Rosie vivía en el Medio Oeste, y como hospital psiquiátrico privado.

Con buen tino, los directores decidieron conservar el lugar lo más parecido posible a como lo encontrarán, fuera de limpiarlo a fondo y acicalarlo, renovar las

cocinas y los cuartos de baño y equiparlo de pabellones para el personal, de oficinas y una enfermería. Los grabados de Maxfield Parrish desaparecieron en los despachos o las casas de los directores, y una cabeza de alce fue descolgada de la gran chimenea de piedra del salón, tal vez porque se pensó que podía inquietar a los pacientes; pero el mobiliario de mimbre y las mesas de comedor de pino, el olor fresco de los salones artesonados, las cortinas de encaje, todo quedó tal cual. Los Leños, en tanto que clínica psiquiátrica, debía poseer las mismas propiedades sedantes de los tiempos en que era un lugar de veraneo, y los principios que lo rigen son, en ciertos aspectos, igualmente comunitarios, incluyendo los cantos en grupo alrededor del fuego y hasta los paseos en carreta.

Con la aparición, en la última década, de tranquilizantes mas potentes, Los Leños ha vuelto a declinar; hasta los enfermos más profundamente perturbados, incapaces de vivir en el mundo, pueden ahora permanecer en sus hogares y flotar a la deriva en las lejanías de mares apacibles. Los pacientes que hoy en día acuden a Los Leños no son en general enfermos de pronóstico tan desesperado, aunque su infelicidad puede inducirles a pensar que lo son; son, como el personal de la clínica comenta con los lugareños, personas que «necesitan reposo»; y si reposo es lo que necesitan, Los Leños está tan en condiciones de brindarlo como siempre lo estuvo, aunque es muchísimo más caro.

Rosie aparcó la jadeante camioneta, que se estremeció y tembló todavía un momento después que hubo apagado el motor —al vehículo no le gustaban nada esas ascensiones por la montaña—, y se disculpó ceremoniosamente con los perros. Sólo un ratito, chicos, prometió; se apeó y echó a andar, para volver al instante, a recoger el almuerzo de Mike, que, envuelto en celofán, había dejado en el asiento delantero. Se había ablandado con el calor y estaría pringoso, pensó Rosie, y sin duda más incomible que nunca. Daba igual. Daba igual. Recientemente, Mike había decidido cambiar su alimentación y había adoptado una nueva dieta bastante severa que consistía, en esencia, en ciertas combinaciones de cereales integrales. Rosie confeccionaba las tartas y las compotas requeridas, pero ella misma ni las probaba. Comida beige.

Un ancho pórtico en el centro de la fachada, desde el que se alcanzan a ver los porches y prados del fondo, divide el cuerpo de Los Leños en dos alas; observado desde ciertos ángulos, ese porreo confiere al conjunto un aire bidimensional, de construcción de utilería, de telón o biombo desplegado, que en cualquier momento se podría replegar y retirar. Los zuecos de Rosie repiquetearon sobre las baldosas de la galería; eludió la mirada de uno o dos pacientes que parecían merodear sin rumbo en las cercanías del tablero de información —si tenía la mala suerte de atraer la atención de uno de esos desdichados, corría el riesgo de quedar atrapada allí horas y horas— y enfiló hacia el ala este, empujando las viejas puertas de vaivén que resonaron vivamente detrás de ella. En el fondo, le tenía cariño a este lugar. Qué lástima. En la recepción, preguntó por el doctor Mucho, mientras comprobaba en el reloj de entrada

que sólo llevaba unos minutos de retraso.

—Toma, aquí lo tienes —dijo, cuando él acudió. Le entregó la comida—. Tengo algo que decirte.

La mujer de la recepción alzó la vista con disimulada curiosidad. Mike, pastel en mano, la miró de soslayo y luego miró a Rosie. Meneó pensativamente la cabeza, rumiando la proposición.

—De acuerdo —dijo—. Vayamos al Picamaderos.

Las distintas dependencias, salas, salitas y talleres de Los Leños llevan los nombres de los pájaros de la región. En las puertas hay placas de madera pulida con la forma del Martín pescador, del Picamaderos, del Petirrojo. El Picamaderos es la sala de estar del personal y a la hora del almuerzo, a no ser por la presencia de uno o dos dietómanos más, se encontraba casi desierta. Mike se sentó y empezó a forcejear con el envoltorio de su almuerzo, que se había adherido al amasijo que contenía. Rosie, que lo observaba sintiendo que sus axilas le manchaban la camisa de sudor, como la de un obrero, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno —dijo—. Es tu último almuerzo.

—Rosie —dijo Mike, sin levantar la vista—. No te pongas críptica.

Nunca debió dejarse crecer ese bigote, pensó Rosie. Esas puntas caídas no hacían más que acentuar el mohín lloricoso de su boca y la rechonchez de sus mejillas. Empezó a pasearse en círculo, dos pasos, vuelta, dos pasos.

—Me voy a vivir a casa de Boney esta tarde. Me llevo mis cosas. No volveré.

Siempre sin mirarla, una máscara de calma profesional sobre su rostro, Mike se levantó y fue a buscar un tenedor de plástico en un recipiente de la mesa vecina. Volvió a sentarse y empuñó el tenedor como si fuera a utilizarlo, pero no lo utilizó.

—Convinimos —dijo— que por ahora, *justamente ahora*, y por un tiempo, no ocurriría nada de esto.

—No —dijo Rosie—. No convinimos. *Tú* conviniste. Los ojos de Mike señalaron con una mirada rápida a los otros ocupantes de la sala de estar.

—Si quieres —dijo—, podemos ir a alguna parte, afuera...

—Me llevo la calculadora —dijo ella—. Si estás de acuerdo. Ya sé que tú la utilizas todo el tiempo, pero yo la compré y no puedo arreglarme sin ella.

—Rosie. Estás haciendo teatro. —Al fin la miró, de frente. Sus ojos entrecerrados irradiaban dominio y candor—. Sabes lo que me parece, Rosie. Tengo la sensación de que estás queriendo romper un vínculo. Como una niña chica. Como si no me vieras, no pudieras verme a mí como persona. Habíamos quedado de acuerdo en que, con mi trabajo, y mis investigaciones y mis... que postergaríamos para más adelante cualquier discusión. —Había bajado la voz, ahora casi un murmullo—. Hasta un momento propicio.

—Hasta tu año de Tránsito Ascendente. —Rosie había dejado de pasearse por la habitación—. También con respecto a Rose habíamos llegado a un acuerdo.

Mike inclinó la cabeza, apesadumbrado, como si esa observación fuera injusta. Su

tenedor contó cuatro tiempos en el aire.

—No podemos hablar de esto aquí, podemos hablar, si quieres...

—No hay nada más que hablar —dijo Rosie—. Ya te lo he dicho.

—¿Y Sana? —dijo él, alzando nuevamente la vista.

—Sam se va conmigo.

Ahora Mike meneaba la cabeza lentamente, como si estuviera apenado pero no sorprendido.

—Así de sencillo —dijo.

Rosie se sonrojó. Ése era el punto más difícil de tratar. También para este aspecto tenía ella argumentos, pero argumentos que nunca le habían parecido del todo convincentes, y no se atrevía a embarcarse en una discusión sobre ellos.

—Por un tiempo —dijo, escuetamente.

—Y Beau Brachman se encargará de cuidarla y educarla.

Rápida como una gata que se siente atacada, Rosie devolvió el zarpazo:

—¿Y al cuidado de quién la dejarías tú? ¿De Rose?

De nuevo Mike bajó la vista. Luego sonrió, meneó la cabeza y, con una risa breve, cambió de estrategia.

—Rosie —dijo—. Rosie, Rosie, Rosie. ¿De veras estás celosa de ella? —La sonrisa se había difundido ahora por todo su rostro—. ¿Realmente? ¿O hay algo más? Algo más respecto de Rose, quiero decir.

Siempre cruzada de brazos, Rosie lo miraba ahora fijamente.

—No, de veras. Tú y ella hicisteis buenas migas por un tiempo. Eso pudo crear tensiones. Caramba, *los tres* hicimos buenas migas, lo sabes, una vez, una noche. — Su voz, que había vuelto a convertirse en un murmullo, transformaba en una mueca horrible su ancha sonrisa—. Yo *pensaba* que tal vez sentirías algún afecto por ella.

No podía tirarle a la cara su pastel de cereales, se desparramaría, pero lo agarró con las dos manos y se lo estampó en la sonrisa de forma tan repentina que él no pudo esquivarlo.

—*Toma, para que aprendas* —dijo, más para sí misma que para nadie, y giró sobre sus talones mientras Mike, furioso, se incorporaba de un salto y se quitaba el salvado de la cara. También los otros se habían levantado y se apresuraban en salir de allí, pero ya Rosie había salido y se alejaba taconeando a paso firme, rápido, por el enmaderado corredor, al ritmo de los acelerados y firmes latidos de su corazón, sacudiéndose de los dedos los restos de la pegajosa pasta.

Para que aprendas, se dijo de nuevo cuando estuvo sentada en la sofocante camioneta. *Para que aprendas, para que aprendas de una vez, para que aprendas*. Los perros la olisqueaban y jadeaban de impaciencia mientras ella esperaba que su corazón se serenara.

Estúpida. Qué reacción tan estúpida, la suya.

Pero qué espanto, qué espanto de hombre, qué imposible. Introdujo la llave de encendido, la hizo girar: no pasó nada, y tuvo una visión súbita, horripilante, de toda

una cadena de acontecimientos, incluyendo el regreso a Los Leños, llamadas telefónicas, un camión de auxilio, disculpas, una vuelta a casa con Mike, y fue entonces cuando reparó en que la palanca de cambios no estaba en posición de arranque. La corrigió, y el motor se puso en marcha con un rugido.

Casi como si él mismo eligiera ser tan insoportable. No tenía porqué ser así, pero era. Era imposible que fuera así, pero es lo que parecía. Era difícil perdonarlo. Siempre había sido difícil, siempre. Mientras los ojos se le llenaban de lágrimas ardientes, estiró el brazo para ajustar el espejo retrovisor. Se le quedó en la mano.

Tres

—Lo que ahora quiero hacer —dijo Spofford— es casarme.

Sentados en el porche de la pequeña cabaña de Spofford en lo alto de la colina, los dos amigos conversaban, poniéndose mutuamente al tanto de novedades y proyectos. En el prado rocoso, las ovejas pastaban y de tanto en tanto erguían las testas como para admirar el paisaje.

—¿Sí? —dijo Pierce—. ¿Y tienes a alguien en vista?

—Ahá.

—¿Y para cuándo?

—Bueno, no lo sé. No de momento, tal vez. Ella está... cómo te diré, no es libre por ahora.

—Casada.

Spofford asintió.

—Con un tal Mucho. Mike Mucho. —Mientras hablaba, sus manos, con sólo una pequeña hacha como herramienta, tallaban un mazo en un tronco de leña, girándolo hacia uno y otro lado a fin de perfilar con delicadeza los planos y las curvas—. Así que por el momento está más bien en capilla, portándose bien. Es comprensible. Pero para eso son las ovejas, en cierto modo. También a ella le gustan las ovejas. Le gustaría criar algunas. Eso tendríamos en común. En un tiempo, las ovejas fueron en estos contornos un filón, una fuente de actividad productiva, quiero decir. Estos pastos de altura son ideales para las ovejas. Por qué cambiaron las cosas, no lo sé. Pero podrían volver a serlo.

Spofford había heredado esa propiedad de sus padres, cuando éstos decidieron recientemente retirarse e ir a vivir a Florida: hectáreas que la familia había conservado durante años, inútiles por cierto, pero siempre conservadas, de todos modos. Florida: Spofford escupió. Qué más inútil que eso, pero para qué hablar. Pierce meneó la cabeza: también su madre había elegido no hacer mucho ese lugar de residencia, con los de la tercera edad.

—En fin —dijo Spofford—. Me han quedado estas tierras, buenas para las ovejas, y estoy construyéndome una casa. O estoy por empezar a construirla. Tengo algunas ideas de cómo ha de ser la casa donde quiero vivir. La construiré en esa cresta, en lo alto del antiguo huerto. Mirará a los dos lados ¿te das cuenta? Quedan allá unos viejos cimientos y la piedra del hogar. Eso me gusta. Puedo edificar mi casa sobre ellos. He talado una buena cantidad de troncos, ahora están curándose. Los utilizaré para construirla. Para eso es esto. —Sopesó en la ancha palma morena la herramienta aún sin terminar. Tenía un tatuaje en el dorso de su mano, un pez volador, pálido, azul como sus venas—. Para partir los troncos, las tablillas de pino para el tejado.

—¿No las hay en venta? —preguntó Pierce—. Yo habría pensado que venderían tejas en estos tiempos, materiales ya listos para techar, quiero decir.

—Claro que sí —dijo plácidamente Spofford—. Pero prefiero fabricarlas yo

mismo. Es algo así como un regalo... esta casa, quiero decir. Mi casa. Mis árboles. Talar los árboles, los árboles para hacer los tablones, los tablones para construir la casa; torneear el mazo para partir las tejas, las tejas para el tejado, el tejado que nos protegerá de la lluvia y... si entiendes lo que quiero decir.

Pierce, hipnotizado por la habilidad con que las manos de Spofford torneaban el mazo, y por las cadencias de su voz trazando planes, se limitaba a asentir; la herramienta, no una maza toscamente labrada sino un verdadero utensilio de trabajo, tallado en bisel y modelado con una gracia natural, lo fascinaba.

—Un regalo —dijo Spofford otra vez, contemplando su obra—. Ya la conocerás. Hay una fiesta mañana. La fiesta de la Luna Llena. Irá mucha gente. Ella estará.

—Ah —dijo Pierce—. ¿Y qué hace la gente para festejar la Luna Llena?

—Lo habitual —respondió Spofford—. Nadar. Comer. Beber. Y un poco de droga.

—¿Y cómo se llama esa dama?

—Rosalind.

Pierce soltó una carcajada. Spofford lo miró de soslayo y dijo:

—Tú nunca sucumbiste, ¿eh?

—Si lo que quieres decir con eso es si alguna vez he pronunciado juramentos, la respuesta es no.

—Ajá —dijo Spofford.

—En cuanto a sucumbir, sí. No una sola vez. Más de una.

Enlazó las manos por detrás de la cabeza. Spofford continuó trabajando y no hizo más preguntas. El atardecer era extrañamente bullicioso. Las cigarras en contrapunto y mil otros insectos menos musicales llenaban el aire de un matizado canturreo. El sol, a espaldas de ellos, se deslizaba hacia su escondite al pie de las montañas.

—Justamente por eso, porque sucumbí y perdí pie, dejé mi empleo —dijo Pierce al cabo.

—Tenía entendido que te habían echado.

—Lo dejé, me echaron. No hace falta hilar tan fino.

—Y el amor fue la causa.

—El amor y el dinero. —*Chalkokrotos*—. Es una larga historia.

—De ahí el viaje al College Nosécuánto. En busca de otro empleo.

—Peter Ramus.

—No creo que te gustara mucho Conurbana. ¿Y quién demonios es ese Peter Amos?

—Hazme un favor —dijo Pierce—. Por ahora, sólo por ahora, y ya que estoy en fuga, no hablemos de Conurbana. Ni de Peter Ramus. Es el tipo que inventó, entre otras cosas, el cuadro sinóptico.

Spofford se echó a reír, y probó contra la palma de la mano la tersura de su obra. Pierce se quitó las gafas de sol; una oscuridad crepuscular cayó de repente cuando el sol tocó el borde de la montaña, y a través de las hierbas amarillas se proyectaron

unas sombras largas.

Había sido ella quien arrastrara a Pierce a esa zarabanda endemoniada, y en fogosa compañía por añadidura. Los peligros en que vivía y a los que siempre estaba en un tris de sucumbir, lo habían excitado —también a ella la excitaban— y la excitación era magnificada por el champán que ella deseaba y conseguía, por las largas noches sobre la ciudad y los intensos amaneceres que pasaban juntos y a solas; y la vida de efervescencia permanente alimentada por la coca y a la vez solventada por ella, o por lo menos en su mayor parte —y, como culminación, como único remanente de todo ese despliegue, el terrible atolladero en que a la larga Pierce se encontraría atrapado—. Ella pensaba en él como en un refugio; con su gran osamenta, sus manazas, siempre había dado esa impresión de fortaleza, lo cual no era del todo una ilusión; pero además lo había creído equilibrado, y en eso, desde luego, se había equivocado por completo.

Desde el comienzo, Pierce se había implicado, con pequeños aportes, en el tráfico que ella practicaba en mayor escala. No podía esnifar su capital gratuitamente, y comprárselo al menudeo le parecía sórdido; tampoco podía ciertamente refrenarse, no si iba a pasar con ella a solas aquellas noches gélidas, ni quería, si acaso hubiera podido, refrenarse: la nieve que ella conseguía era buena, de la mejor. Pierce, que con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas trataba al día siguiente de explicar a sus estudiantes el Siglo de las Luces, no podía quejarse.

—¿Cómo era aquello —le preguntó ella—, que decía esa vieja, esa *Lady* Mohosa Pelambrosa Quesécuánto?

—*Lady* Mary Wortley Montagu —dijo Pierce, concluida la clase, la lengua ahora destrabada por la coca y el champán—. Nunca lamentar. Nunca explicar.

—Eso mismo —dijo ella—. Ése es mi lema. Nunca lamentar. Nunca explicar.

Y se atenía a él. El negocio prosperaba, y se volvía más peligroso. Sacó a Pierce de su viejo apartamento de los arrabales, que él nunca, ni en las duras ni en las maduras, había querido abandonar, y lo instaló en un edificio de vidrio y cemento con suelos de cerámica y un panorama de las feéricas torres del negro puente de Brooklyn. Más céntrico. Para participar en este negocio, él se había endeudado hasta los tuétanos con la Unión de Créditos Barnabas; su sueldo, nunca generoso, volaba a través de aquellos altos ventanales, en tanto ella distraía su parte de la renta en un negocio que la haría crecer como bola de nieve.

—Como una bola de nieve —decía ella riendo. Pierce era consciente de que se tambaleaba, pero tambalearse ¿o es aún caer? Era consciente de que tenía miedo, y un hombre que tiene miedo no puede impedir que se note que puede trastabillar y perder pie. Él hacía lo posible porque no se notara: deseaba, sobre todo, que ella no pensara que no daba la talla. Las decisiones súbitas que ella le requería ratificar —el apartamento, los gruesos fajos de billetes y qué hacer con ellos, las proposiciones de fantasías amorosas de las que él jamás había oído hablar—, la coca le ayudaba a afrontarlas, la coca era decisiva, pero era también caprichosa: te hacía responder, sí,

con gestos y movimientos rápidos y seguros, pero a menudo te hacía andar a tientas, a los bandazos; el suelo del apartamento estaba sembrado de los añicos que nadie barría de las copas de champán que él había asido con demasiado brío, el denodado brío que te insufla la coca. La cama era el único lugar seguro. La acicalaron con edredones y con sábanas tornasoladas, la reflejaron en espejos y la recamaron de cojines. Pero cuando estuvo al fin bellamente enjaezada, ella empezó a pasar las noches fuera de casa.

El teléfono era un ruido aterrador en aquel edificio de piedra a las cuatro de la madrugada. Pierce, a solas, encogido como un feto en una orilla de la inmensa cama, tuvo la impresión de haber tardado horas en desprenderse de los edredones espumosos y acudir al alarido del teléfono.

Era el negocio fabuloso, por supuesto, el que le devolvería a él todo su dinero y quizá el doble, que había zozobrado. En el retrete de señoras del edificio de un estadio de béisbol, la noche de la inauguración de la temporada, lleno de tipos raros y verdaderamente temibles.

—¿Estadio de béisbol? ¿Qué estadio de béisbol?

—Yo qué sé... No sé nada de béisbol.

Todo se había perdido, el dinero perdido, el alijo perdido. Pierce nunca llegaría a conocer toda la historia.

—Al menos tú estás sana y salva, tú estás sana y salva —dijo.

—Oh, sí, yo estoy a salvo. No es eso. Te debo un montón de dinero.

—Olvídalo. Vuelve a casa.

—No puedo. No volveré, no volveré... por un tiempo. Cambia el teléfono. Cambia las cerraduras. En serio. Pero escucha, escucha. Te lo devolveré todo, como te he dicho. Y más. Ten paciencia.

—¿Qué importa eso. ¿Dónde estás? ¿A dónde piensas ir?

—Estaré bien.

—Es que no puedes esconderte sola...

—No estaré sola. —Hubo un silencio, un silencio lo bastante prolongado como para contener toda una historia, una explicación, un pretexto. Luego—: Hasta pronto, Pierce.

La primera vez que Pierce la había visto estaba desnuda y enmascarada, y era su madre quien le pagaba a él para que la acariciara.

Era, por la rama materna, en parte judía y en parte gitana, y, por vía paterna, mayormente rumana, o tal vez de un origen por completo diferente; de su paternidad, ella dudaba. Creía que el matrimonio de su madre había sido puro; su padre, un boulevardier de Broadway a la antigua usanza, alegre y afable, tenía una pena o una debilidad secreta, de la que nunca se hablaba, pero que hacía que se fuera a dormir temprano y que a menudo pareciera un tanto ambiguo, aunque siempre acicalado y elegante con su chalina de seda y su cuidada barba blanca; estaba «semijubilado». Había sido antaño un celebrado compositor de canciones sentimentales y *de jingles*

de TV, y un virtuoso del violín. Excelente anfitrión, ofreció a Pierce el champán de Nochebuena y cigarrillos negros de los Balcanes antes incluso de que el recién llegado le fuera presentado, y lo interrogó con interés, adoptando una pose atenta (era un exquisito adoptador de poses anticuadas), si bien no pareció escuchar las respuestas.

Había sido Sid, el chichisbeo de su madre, que era amigo de Pierce y dueño de la casa donde vivía, quien concertara aquel primer encuentro, y también quien, poco tiempo después, en una noche de cellisca, lo llevaría al apartamento de los padres de ella a celebrar las Navidades. Axel, el padre de Pierce, con quien éste pasaba habitualmente la Nochebuena, estaba hospitalizado, y Sid, a quien esas fechas, por razones que Pierce no alcanzaba a comprender, ponían profundamente sentimental, había insistido en que su amigo, después de las penosas horas de visita, lo acompañase a esa fiestecita en vez de volver (como era su intención) a su apartamento vacío y sentarse a leer.

Reconoció al instante la sortija que ella llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Usaba varios anillos de delicada plata, pero el del anular de la mano izquierda era una imitación florentina, con una gran piedra lustrosa. Con ocasión de aquel primer encuentro, habían pasado juntos varias horas, los dos desnudos, y él había tenido tiempo para estudiarlo, entre otros detalles ahora ocultos a sus ojos. Tomó la mano de Pierce con una sonrisa de reconocimiento, porque ella había visto su rostro. Aquel día, un mes atrás, Pierce había llegado con retraso a la inmensa buhardilla excesivamente caldeada, en algún lugar de los West Forties (nunca más volvería a encontrar ese sector de la ciudad); los otros ya se habían despojado de sus ropas invernales y se habían puesto las máscaras; Pierce recordaba la extraña sensación de encontrarse vestido pero desnudo de rostro en medio de toda esa gente desnuda pero enmascarada.

—Ya nos conocemos —dijo ella, cuando su padre intentó hacer las presentaciones, aunque ya no recordaba el nombre de Pierce—. Hola. Disculpa, Papi, Effie quiere verte, quiere ver a todo el mundo, acaba de despertarse.

Su madre —ella llamaba Papi a su padre putativo y Effie a su madre irrecusable, tal vez por un vago deseo de establecer un cierto equilibrio— estaba en cama con gripe, pero no quería perderse nada. Pierce le llevó la caja de bombones, que era la única *delicatessen* que había podido adquirir en Brooklyn a última hora de la tarde en la víspera de Navidad, y Effie la abrió y ofreció a los amigos reunidos alrededor de la cama.

—¿Ha venido Olga? —preguntó Effie—. Oh, espero que pueda venir. Con Olga nunca se sabe, pero lo prometió. —Effie llevaba perlas con su mañanita de satén crudo, una mujer atractiva, mucho más joven que su marido, y que al mismo tiempo parecía pertenecer a una década posterior a la de él, la de los años cincuenta si él era de los veinte, o los veinte si él era de los noventa.

Su hija se sentó a los pies de la cama.

—Ya conoces a Pierce —le dijo a Effie—. Es actor. Ya lo has visto antes. —Effie comió un bombón, y le sonrió con la misma sonrisa ladina con que le sonreía su hija.

—Ah —dijo su padre (sin entrar del todo, desde el dintel, con una mano, excepto el pulgar, en el bolsillo de su *blazer*, la otra sosteniendo la copa de champán)—, ¿es por eso entonces que conoce a Sid? ¿De las películas?

—En cierto modo —respondió Pierce, que de actor no tenía realmente nada, aunque cuando Sid lo había reclinado para una jornada de rodaje le había asegurado que eso no tenía ninguna importancia. El propio Sid, aunque podía describirse a sí mismo con convicción, incluso con cierta petulancia, como un «cineasta», era en realidad un propietario, un propietario nato en todo sentido, y como tal había empezado a tratarlo y conocerlo Pierce, ya que el inmueble que le arrendaba requería la constante y minuciosa atención de Sid, quien se habría sentido mucho más a gusto dedicando su tiempo a su otra empresa, a las películas.

—Una secuencia onírica —le había explicado Sid ese noviembre, mientras trataba de invocar calor del averiado radiador de Pierce—. Una sola jornada de trabajo, nada más. Menos. Y veinte dólares para ti, no porque te hagan falta, desde luego. —Sid acababa de adquirir los derechos de una película japonesa, una obra moderadamente erótica que según él podía atraer a cierto público, y que no incluía desnudos masculinos; sin embargo, un alto tribunal había admitido recientemente que la desnudez masculina no era en sí misma pasible de procesamiento, y Sid estaba convencido de que si su película llegaba al límite absoluto, y se la podía publicitar en esos términos, rendiría beneficios mucho mayores. Reparando en una escena en que la heroína, extenuada, cae en un profundo sueño, Sid había pensado en intercalar en ella una secuencia onírica tan poblada de hombres (y mujeres) desnudos como fuera posible, una escena orgiástica, en realidad, aunque «todo simulado, todo simulado», había añadido, mientras sugería *No* con un ademán de la mano que empuñaba la llave inglesa. Y todos enmascarados, para disimular el hecho de que los protagonistas de la orgía que había contratado no eran orientales ni aparecían en ninguna otra parte de la película y para dar, al mismo tiempo, el adecuado toque surrealista.

De modo que cuando la habían emparejado con Pierce ella estaba enmascarada, y parecía más abstracta aún a causa de la luz chillona, que empalidecía su piel morena casi hasta la transparencia, irreal como una muñeca. Su madre, aficionada a varias artes, había confeccionado las máscaras, que por cierto eran ingeniosas: simples chalinas de una tela fina, sedosa, casi transparente, sobre las que Effie había pintado rostros Kabuki, cejijuntos y con barbillas prominentes. Cuando la chalina se tensaba sobre la cara, el relieve de las facciones reales otorgaba cierta vida y movilidad a las pintadas, en verdad espeluznantes, pesadillescas. También era su madre quien, gracias a ciertos fondos personales de que disponía, financiaba el rodaje. Su marido lo ignoraba.

En aquel entonces, Pierce no estaba enterado de esos pormenores; para él, todos

eran desconocidos, excepto Sid; y fue Sid quien lo puso al tanto aquella Nochebuena en breves cuchicheos apresurados mientras subían juntos al apartamento. Sid no aclaró sin embargo —Pierce no recordaba que lo hubiera siquiera mencionado— que la propia hija de Effie se contaba entre los orgiastas del sueño. O a lo mejor lo había mencionado en algún momento, sólo que entonces no le habría impresionado como ahora, en medio de la familia, en Nochebuena, bebiendo el champán de su padre.

—Oh, ha sonado el timbre —dijo ella. Se levantó de un salto de la cama y corrió a abrir la puerta.

—¿Vas a tocar más tarde? —preguntó Effie a su marido, quien adoptó una nueva pose, tímida, modesta.

—Claro que sí —dijo Sid—. *Debes* hacerlo. Sin ello, no sería Nochebuena.

—Olga ha llegado —dijo su hija, asomándose.

—Ah, dile que entre —dijo Effie—. *Necesito* hablar con ella. A solas. Un momento apenas. —Le entregó a Sid la caja de bombones y se esponjó el pelo y la mañanita.

Olga era vieja, una cabeza envuelta en un turbante con un par de ojos incisivos, implantada sin cuello directamente sobre un cuerpo minúsculo y rechoncho, una pelota de playa en vestiduras flotantes y recamada de pesado oro. Saludó a Pierce, al serle brevemente presentado, con una mano infantil recargada de anillos, y con un «cómo está usted» en un tono de voz absurdamente grave, con un ampuloso acento extranjero que hubiera podido provenir de la garganta de Bela Lugosi.

—Es prima de mi madre —dijo ella cuando Olga hubo desaparecido en la alcoba de Effie—. Por la rama gitana. —Condujo a Pierce hasta el aparador, donde estaba servido el bufé, provisto por una empresa especializada, nadie en esa casa sabía cocinar. Hablaba deprisa, sus largos pendientes, que hubieran podido pertenecerá Olga, temblaban cuando se reía o se inclinaba sobre la mesa, mientras explicaba la historia de su familia, las ratinas navideñas (la visita de Olga, el recital de violín de su padre). Con la mano cuajada de anillos se llevó a la boca una galletita con caviar; sus pechos estaban sueltos bajo el jersey de cachemira, pechos que él conocía. Ella lo sorprendió mirándolos.

—Tiene gracia ¿no? —dijo, sonriendo su sonrisa franca y astuta.

Había pasado toda aquella mañana trezándose con ella en contorsiones de exagerada lascivia sobre las duras plataformas revestidas de un terciopelo negro teatral y polvoriento (la escenografía, dado que la orgía onírica tenía lugar en Ningunaparte, no era nada costosa). La acción que Sid había pergeñado sugería algo así como una cruce de la antigua vanguardia con algunas de las depravaciones de Cecil B. de Mille, un simulacro de desenfreno que a Pierce le había resultado penoso y nada erótico; sin embargo, entre una toma y otra, pudo simplemente mirarla a ella, ausente detrás de su máscara (una vez colocadas, no se las quitarían en toda la mañana), y una sensación de libertad absurda, inexplicable, casi le hizo reír. Ella dijo

que le vendría bien fumar un porro, y que se preguntaba qué tendrían que hacer en la escena siguiente; Pierce dijo que él no estaba seguro, pero que probablemente todos los hombres amenazarían, simularían atacar a la vez a la heroína, una joven de piel oscura cuya máscara ostentaba unas tristes cejas horrorizadas y una angustiada boca escarlata. Y se preguntó en voz alta si parte de la pesadilla de la pobre muchacha japonesa no consistiría en que los hombres con los que soñaba fuesen a la vez peludos y circuncisos. Desde detrás de sus ojos de gata —era una esfinge kabuki, aunque sin las alas—, su pareja los observó uno por uno y se echó a reír: era verdad. Distraídamente, con la mano del anillo florentino, se enjugó el sudor de los pechos (era un trabajo que hacía entrar en calor), y el pene de Pierce, que durante toda su actuación en la película había permanecido discreta y delicadamente impasible, reaccionó y se irguió.

—Me acuerdo de este anillo —dijo, tomando de la mano de ella una galletita. Siempre esfíngea, más parecida a su máscara de lo que él habría imaginado—. Es interesante.

—Feo ¿verdad? —dijo ella—. Pero tiene un secreto.

—¿De veras?

Ella lo miró un momento, como evaluándolo, y luego paseó una mirada en derredor. Sid y su padre daban la bienvenida a nuevos invitados (¿abuelos?, uno de ellos se apoyaba en un bastón ortopédico).

—Ven conmigo —dijo.

Lo guió por un corredor, pasaron delante de la puerta de Effie, que estaba entreabierta; Olga y Effie, cogidas de las manos, conversaban en voz baja.

—Ella te adivinará la suerte más tarde. En serio. —Empujó a Pierce a través de otra puerta, a un cuarto de baño, y la cerró detrás de ellos—. También echa las cartas, si prefieres. —Se sacó un pendiente y lo puso encima de la cisterna del inodoro. Luego levantó la mano del anillo, mirando fijamente la piedra como si fuera una bola de cristal, y con la uña del pulgar de la otra mano abrió el engarce y retiró la piedra.

—Una sortija envenenada —dijo Pierce.

—Con cuidado —dijo ella—. Con mucho cuidado. —En el hueco de la piedra había una mota de un polvillo blanco. Con pericia y cautela cogió el pendiente e introdujo en el anillo la paletilla de plata; sacó una dosis, la alzó hasta su nariz y mirándose en el espejo del lavabo, inhaló deprisa; las aletas de su nariz se contrajeron con avidez al sorberla—. ¿Por qué será que la gente cree que los gitanos pueden adivinar el porvenir? ¿Por qué será eso?

Él podía explicarle eso. Observaba, asombrado, este cuarto de baño, un lugar muchísimo más extraño que aquella buhardilla con su *ersatz* de sexo. Ella volvió a hundir el pendiente en la sortija y, con los labios apenas entreabiertos, lo levantó hasta la nariz de Pierce, alimentándolo, la enfermera solícita administrando un polvo, esperando que el paciente inhale toda la dosis, qué chico bueno. Otra vez.

—Yo podría explicártelo.

—¿Qué?

—Por qué los gitanos pueden adivinar el porvenir.

—Olga lo hace bien —dijo ella—. Podría revelarte algunas cosas.

Él podía explicarlo, podía explicarlo, no porque supiera mucho más, pero eso sí que lo sabía; y mientras la miraba servirse por segunda vez, sintió de pronto puertas dentro de él, detrás de él, puertas, puertas que se abrían, de golpe, una tras otra en instantánea sucesión, puertas que conducían al país de esa explicación, y eso le hizo sonreír. Ella cerró la sortija y mirándose en el espejo volvió a ponerse el pendiente, no sin antes tocar la punta empolvada con la punta de su lengua.

En el momento en que ella se volvía del espejo, él la tomó en sus brazos, no bruscamente, sino con gracia, como en un paso de baile o un abrazo de dos estrellas de la pantalla, y ella se fundió con él como nunca lo hiciera en el sueño de Sid, aunque a juzgar por lo que ahora parecía, dispuesta sin duda a consentirlo. Pierce estaba maravillado; era como si le hubiesen concedido un deseo, uno de sus deseos de adolescente: poder saber con certeza que, si abrazaba a una mujer, su abrazo sería bienvenido; que cuando tuvo la primera oportunidad de tomarla en sus brazos, él hubiera podido ya, de algún modo, abrazarla.

Llamaron a la puerta.

—Un segundo —dijo ella por encima del hombro de Pierce. Permanecieron inmóviles, abrazados, escuchando los pasos que se alejaban del otro lado de la puerta; se besaron de nuevo, ya irrevocablemente transformados en fuego y hielo.

—Será mejor que volvamos —dijo ella.

El salón era un lugar nuevo, los libros y los cuadros y el acebo en las guirnaldas de oropel y las lucecitas que se encendían y apagaban, todo más alegre ahora aunque más lejano, divertido, suntuosamente festivo.

—Esta señora es prodigiosa —le dijo Sid, al cruzarse con ellos camino del bufé y señalando con el pulgar a la vieja tía gitana—. No te la pierdas.

Olga se había instalado en un rincón, a la luz de una lámpara, delante de una mesa pequeña sobre la que barajaba, esparcía, recogía y volvía a esparcir, un mazo de naipes.

—Ahora me toca a mí —le cuchicheó al oído ella, la que un momento antes lo había besado—. Me voy de viaje.

—¿Ah sí? —dijo Pierce—. ¿No se supone que es *ella* quien debe predecírtelo?

—Necesito que me aconseje. Estaré ausente por algún tiempo. Un sentimiento de desolación, absurda y total, inundó el corazón de Pierce, a la vez que, por alguna razón misteriosa, acrecentaba la extraña felicidad que lo embargaba.

—¿A dónde?

—A Europa. Con una troupe de teatro y de mimos.

—¿Una troupe de mimos?

—¿Has olvidado que soy actriz? —dijo ella con una sonrisa—. Algo así como mimos. Teatro espontáneo. Tenemos fechas y todo. —Lo cogió del brazo—. Tengo

un nombre artístico —susurró.

—¿Qué nombre?

Una expresión de superestrella, soñadora y burlona a la vez, afloró a su inteligente máscara de zorra.

—Diamante Solitario —dijo.

Desde su rincón, Olga le hizo con una mano seña de que se acercara, mientras con la otra continuaba barajando y esparciendo las cartas.

—Oye —dijo Pierce—. ¿Podríamos ir a algún lado?

—Claro que sí —dijo ella—. Más tarde. ¿A dónde?

—A mi casa.

—Seguro.

Seguro. La dejó ir, y fue en busca de más champán; estaba sediento y se sentía exultante, como en éxtasis. Un trémolo sostenido, un temblor cadencioso se sucedía en él, una onda estacionaria de júbilo y triunfo semejante a la que hace tremolar en el viento una bandera de seda.

¿Qué le había dicho Olga a él acerca de su futuro? Después de aquella noche nunca pudo recordarlo con claridad; sentado junto a ella, había tenido por primera vez la sensación de ser realmente un actor, un actor en una comedia brillante e ingeniosa que observaba a la vez como espectador, desde su palco, en la noche de estreno, mientras se preguntaba qué sorpresas le depararía el argumento y divirtiéndose a mares.

Un hiato en su actividad: algo así creía recordar, algo inacabado, le había dicho ella, aunque no sabía bien qué, una escultura titánica (pensaba él, o quizá lo había sugerido ella), cuya conclusión le tomaría muchísimo más tiempo de lo que él había supuesto al comenzarla, tendría que ser paciente. Y —dado que estaba pensando en irse a vivir fuera de Nueva York (cosa que él ignoraba)— se permitió darle un consejo: que escribiese a las cámaras de comercio de las ciudades que contemplaba, y se informara sobre oportunidades de empleo, alojamiento y todo lo demás; sugerencia que él encontró sensata, sensata y eminentemente razonable, y sorprendente en labios de una vieja gitana en aparente estado de semitrance. También recordaba que del otro lado de la ventana caía nieve y que la lámpara se reflejaba en ella.

Todavía nevaba horas más tarde del otro lado de la ventana de su modesto dormitorio, una sedosa bandera estacionaria de nieve que a la luz espectral de las farolas de la calle, llenaba la noche con sus ondulaciones.

La película de Sid nunca llegó a estrenarse. Ese mismo mes, o el siguiente, aparecieron en los teatros comerciales, en las salas de los barrios elegantes de la ciudad, películas que abrían de paren par la caja de la que Sid prometía una visión furtiva y fugaz: y nada de máscaras ni tapujos en ellas, nada.

Oh la antigua inocencia, pensó Pierce, viendo despuntar el alba desde la alta torre a la que finalmente ella lo llevara; oh los inocentes días perdidos que imaginábamos tan absolutamente, tan brutalmente desenfrenados.

Diamante Solitario.

Ella se había marchado a Europa en la primavera, pero había vuelto; había bailado aproximándose y alejándose de él durante un año, antes de que se hicieran pareja; y después, la danza había proseguido, siempre en un do-si-do de ires y venires, cada figura concluyendo con un golpe de palmas frente a frente y una voltereta.

No esta vez, sin embargo, esta vez, no. Por qué estaba tan seguro, no lo sabía, pero estaba seguro.

Volvió al crédito sindical del Barnabas para «renegociar» sus préstamos; para vender, si ellos la aceptaban, su alma a la compañía que los financiaba. Transcurrió una larga semana de angustiosa espera, mientras estudiaban sus perspectivas financieras y académicas (Pierce gemía, insomne en su cama, pensando en las clases que había perdido, en las horas de trabajo administrativo que había cancelado, un poco con demasiada frecuencia en los últimos meses, y en los demasiado numerosos amaneceres cenicientos en esa cama también por demás grande y segura), y la decisión, en dos partes, le fue comunicada al fin por el decano de artes y ciencias, Earl Sacrobosco.

En principio, estaban dispuestos a renegociar sus préstamos, sólo que en condiciones mucho más rigurosas que las que él había esperado.

—¿A qué se deben tus problemas de dinero, Pierce? —preguntó Earl—. Tu situación financiera no parece muy buena. ¿No estarás coqueteando con la bolsa?

Pierce no abrió la boca. Nunca lamentar, nunca explicar.

La segunda parte de la decisión, un curso especial al que Pierce había consagrado largas reflexiones, un programa concebido por él recientemente y que deseaba poner a prueba con los jóvenes el próximo semestre, la Junta Calificadora lo había rechazado. Lo cual a su vez, Earl tenía que hablarle con franqueza, no iba a facilitarle las cosas con la Comisión Directiva, y eso sin contar con la historia de los préstamos y, seamos sinceros, con la aparente dificultad de Pierce para jugar en equipo, por así decir. Hombre prevenido vale por dos: no parecía probable que, en esta coyuntura, Pierce tuviera muchas posibilidades de que le ofrecieran una titularidad en el Bamabas.

—Tengo la impresión —dijo Pierce— de que me están echando.

—Tienes un contrato asegurado para el próximo año académico —dijo Earl con voz grave—. Estoy seguro de que todo esto habrá tomado, para ese entonces, un cariz diferente. El hecho de que hayas venido a verme es ya un paso en esa dirección. Tal como yo veo las cosas.

—Me queréis hacer pasar por un período de prueba. —Una furia fría se abría paso dentro de él, lo desbordaba: postergado, rechazado, y ahora puesto en penitencia y humillado; ya había aguantado bastante—. Es absurdo, Earl.

—Una vez que tus dificultades actuales hayan...

—Es simplemente absurdo. He enseñado aquí unos cuantos años, Earl. No creo

que realmente necesiten ponerme a prueba, como si fuera una criada.

Estaba temblando, y Earl lo notó. Confundido, dijo:

—Bueno, tomaremos nota de todo esto, lo tendremos en cuenta. Y tú, recapacita, piénsalo un poco más.

—No. —Pierce se levantó, derribando casi su silla, la cólera siempre acentuaba su torpeza natural—. No y no —dijo, dominando desde su altura al doctor Sacrobosco, que ahora lo miraba con una expresión de alarma gratificante—. No y no. Olvídalo, Earl. Esto se acabó —y sin una palabra más (a través del zumbido atroz de sus oídos, pudo oír que no decía una palabra más), salió como una tromba del decanato.

Se acabó, se decía a sí mismo mientras recorría sin verlos los suelos de mosaico aglomerado de los vestíbulos del Barnabas; esto se acabó, *se acabó, se acabó*. Con esta última reiteración, aunque silenciosa, hizo un violento ademán hacia atrás con la mano, como si apartara de su lado a un acompañante invisible.

De vuelta en su torre, retiró la baldosa de obsidiana negra y con una hojilla de afeitar de un solo filo trituró sobre ella las últimas migajas de su reserva, más preciosa que el oro, mucho, sí, mucho más preciosa. Sacó un billete nuevo de veinte dólares de su cartera (pocos quedaban ya en ella), lo enrolló como un tubo, y colocándose debajo de la nariz aspiró la sustancia en largas y ardientes inhalaciones, exhalando el aire con cautela, lejos del polvo, y recogiendo luego el resto con la yema del dedo para depositarlo dentro de su labio superior, donde los finos capilares lo absorberían.

Ese hijo de perra de Earl Sacrobosco, pensó. ¡La Junta Calificadora! Era cosa de Earl, de Earl y de nadie más. No, Earl sólo quería a Pierce para su proletariado; trabajo a destajo, paga a jornales, y en junio sin duda de patitas en la calle. Y se imaginaba que Pierce cedería, claro, a causa de los préstamos.

Pues bien, está equivocado, profunda, absolutamente equivocado, muy, muy equivocado.

Sacó del refrigerador una botella de vodka —no le quedaba nada, ni una gota de champán— y la destapó. Afuera, en la ciudad, luces verdes como linternas japonesas se encendían en sucesión y avanzaban, delineando los puentes, y luces anaranjadas bordeaban, perfilándola, la autopista del este. Pierce abrió las ventanas y aspiró una bocanada de brisa tibia y salobre. Mayo, el alegre mes de mayo.

Debajo de la ventana, sobre el largo radiador de aire climatizado, un ejemplar del proyecto que redactara para su nuevo y ahora rechazado curso abría sus páginas una por una.

Pierce lo cogió, y se puso a leerlo, apretando las mandíbulas ya tan insensibles como para una extracción.

El curso había sido concebido para que fuera un complemento del de Historia 101, su contenido tan indisolublemente ligado al de su curso de historia como lo están los sueños y el despertar. Historia 101 sería un requisito indispensable para acceder a él. O, mejor aún, los dos tendrían que cursarse simultáneamente.

La primera frase decía: «¿Por qué cree la gente que los gitanos pueden adivinar el porvenir?». Y la última decía así: «Existe más de una historia del mundo».

Con el vodka a remolque y las páginas de su proyecto desparramadas alrededor de él, se sentó cruzado de piernas sobre la cama. Euforizado por la blanca (el corazón pequeño y duro latiendo fuerte en su pecho como el tictac acompasado de un reloj), no se tenía lastima. Se sentía desairado, sí, pero potente, Manfredo en los Alpes, Prometeo en su roca.

Pensó: hay más de una universidad en el mundo, más de un puesto de trabajo en oferta. Hay más de un pez en el mar.

Las puertas del armario estaban abiertas, y Pierce podía ver las mangas de las blusas y los suéters de ella, las punteras de sus zapatos; en los cajones de la cómoda estaban sus prendas íntimas, sus alhajas, el pasaporte, y un anillo florentino que ya no tenía la capacidad necesaria para que mereciera la pena llevarlo en el dedo. Se dijo que tenía que guardar todas esas cosas a modo de rehén, de prenda, por un tiempo indefinido. Si tenía paciencia, si esperaba el tiempo suficiente, ella al menos volvería a buscarlas.

Cambia las cerraduras, cambia el teléfono. Él haría lo que le habían hecho a él. Ya nadie puede quitarme nada mas, pensó, nada.

A la mañana siguiente, en cambio, sólo se sentía despreciado, nada potente, naufragado y en pleno mar.

Compartieron una comida sencilla, proveniente en su mayor parte del pequeño huerto de Spofford, y cuando hubieron concluido y lavado los platos, Pierce se retiró al dormitorio, la más pequeña de las dos habitaciones de la cabaña, y se acostó en la cama con declive hacia la cabecera, que su amigo había insistido en cederle. Spofford, que había sacado pluma y papel, escribía (con frecuentes pausas para reflexionar) una carta para su Rosalind, en tanto Pierce releía el prefacio de las *Soledades* de Luis de Góngora, componiendo mentalmente las primeras frases de su comentario.

Las *Soledades* son probablemente los más famosos y menos leídos poemas de Góngora... Góngora es probablemente el más famoso y menos leído poeta de su generación. A pesar del entusiasmo de Shelley, a pesar del entusiasmo de poetas como Shelley... «Gongorista» y «gongorismo» son términos que todos creemos que... que todos empleamos pensando que... términos que todo el mundo emplea, pero los poemas mismos y su peculiar... su estilo curiosamente elaborado... los poemas mismos son... Pasó a la *Soledad Primera*. Era del año la estación florida...

—¿Cómo se escribe *idílico*? —preguntó Spofford.

Pierce deletreó la palabra. Spofford escribía. Pierce leía, tratando de deslindar las monstruosas metáforas que jalonan el texto como nudos de una cuerda multicolor, cotejando la atrevida interpretación del traductor con el texto original. Y ahora qué, se preguntó, ¿qué puede significar esta «*stone, whose Light / Is beautifull, however dark the night*», que corona la indigna testa de una obscura bestia, cuyas sienes («*it is*

said») semejan la brillante carroza de un sol de medianoche? La luna, evidentemente; y te bestia ¿sena entonces el Dragón? Quién puede saberlo. No había notas a pie de página que pudieran aclararlo; las notas ayudarían al lector no iniciado, la ausencia de notas es... Dio vuelta a la página. El Mancebo con el corazón destrozado naufraga mientras huye de la Ciudad perversa, y halla ayuda y consuelo entre simples pastores. La audacia de este barroco retorcedor de lenguas, trenzador de emblemas, tallista de piedras preciosas: ¡imaginar simples pastores!

*O fortunate retreat
At whatsoever hour
A pastoral temple and a floral bower!*

—Escucha —dijo Spofford, apoyándose, con un crujido, en el respaldo de su silla. Pierce prestó oídos, sin escuchar nada más que la noche perpetua; y de pronto, débil pero cercano, como un susurro en su oreja, un silbido hueco, lúgubre, espectral.

—Una lechuza —explicó Spofford.

¿Quién?

—Lechuza —repitió Pierce—. Bonito.

*Here is no lust for power
Nor thirst for windy fame
Nor envy, to inflame
Like Egypt's aspic race.*

¿La raza del áspid? ¿Serpiente? *Gitano*, lo llama el español. Era gitano, es claro, áspid gitano.

*Nor she who, Sphinx-like, wears a human face
Above her bestial loins,
Whose wily voice enjoins
Narcissus' modern seed
Tomorrow Echo, and despise the well*

De improviso, ella apareció, tan inesperada, tan vividamente ante él, que le cortó el aliento: el cabello rojizo muy corto, como el de un soldado, la piel gitana satinada con óleos, de regreso de Europa por las playas de Araba, venía a hacerle una visita por sorpresa. He traído conmigo a una amiga, dijo. Su rostro claro, candido, ningún guardia de aduana hubiera podido albergar sospechas al verla, pero era ella la «*que en salvas gasta impertinentes la pólvora del tiempo más preciso*». ¿Qué había querido decir Góngora con eso? Pierce no tenía ni la más remota idea; ella, la que en salvas impertinentes gasta el polvo antaño más cautamente repartido —pero la dama de Aruba era blanca, escamosa como la escarcha, amarga en las fosas nasales, y ellos la

dispersaban en salvas impertinentes, y había más, más de la misma procedencia.

... acaba en mortal fiera esfinge bachillera...

Esfinge. Abajo estaba la bestia; sentada (podía verla ahora, y la visión le oprimía y le calentaba el pecho como la coca) en su sillón de felpa, todavía con su camisa puesta y sus zapatos de plataforma, pero nada más, un cojín bordado a sus pies para que él se arrodillara sobre él y actuase.

*Ceremonia profana
que la sinceridad burla villana
sobre el corvo cayado.*

Ceremonia profana: con rústica simplicidad, apoyado en su cayado de pastor, podía contemplar la escena con divertido desdén. Pero él dudaba de eso. Si el robusto villano que redactaba su *billet-doux* en el cuarto contiguo hubiera estado allí, podría haber presenciado aquella ceremonia...

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Spofford, levantándose.

—Umm. Bueno.

—No está muy fresca —le dijo su amigo, alcanzándole una botella polvorienta—. Pero tú eres un tipo refinado ¿no? Puedes beber una cerveza como la beben los ingleses.

—Por supuesto —dijo Pierce—, un tipo muy refinado.

—¿Qué libro es éste?

—Poemas bucólicos —dijo Pierce—. Sobre tipos refinados que abandonan la ciudad por el campo.

—¿Ah, sí? Interesante.

—Y que dicen cuánto más agradable es estar aquí que allá.

Spofford bebía su cerveza a pequeños sorbos, apoyado en el quicio de la puerta.

—Es agradable —dijo—. Deberías venir para quedarte.

—Humm —dijo Pierce—. No sé si podría ganarme la vida.

—¿No puedes hacer historia en cualquier lugar?

—Bueno, en un sentido, sí.

—Vente a vivir aquí, entonces. Instálate como historiador.

—Abro una tienda —dijo Pierce, riendo. Dejó el libro y se levantó. Spofford y él salieron por la puerta enrejada a la resplandeciente noche de luna. *Bucanero* levantó la cabeza y agitó la cola contra las tablas del pequeño porche. Spofford se alejó unos pasos para orinar.

Tan real, tan verdadero, pensó Pierce; él había olvidado, había olvidado esa alteración de los olores reales, ese inmenso volumen del aire. Luciérnagas. Se había olvidado de las luciérnagas. Yo deseo, pensó, deseo...

—Podrías escribir una historia de las Lejanas —propuso Spofford mientras se abotonaba—. Hay material.

—Historia regional —dijo Pierce—. Es un campo interesante. Pero no el mío —añadió, recapacitando: un campo cercado por muros bajos de piedras apiladas, hierbas altas y peñascos cubiertos de líquenes, un viejo manzano. Luciérnagas centelleando en la plumosa oscuridad. No, no era su campo: su campo estaba más lejos, o más cerca, en todo caso más allá, un más allá de caminos geométricos bajo arcadas emblemáticas, estatuas, un sombrío topiario laberíntico, la perspectiva gris de un obelisco.

Abrir una tienda. Antaño, en su infancia, cuando decidió o comprendió que sería historiador, había tenido la vaga idea de que eso haría, justamente, de que eso era lo que hacían los historiadores, abrían tiendas para dispensar historia a quienes la necesitaran.

Pero sucede que las cosas no son así, pensó, mirando la luna, sucede que no es así. Y sin embargo...

Un albergue bienaventurado a cualquier hora, la venturosa escapada. Si él escapara, ella sin duda lo seguiría. *Esfinge*.

Esfinge *chalkokrotos*, no ella, ella en persona, desde luego, ella había sido más que clara con él a ese respecto, no ella en persona pero no por eso menos vivida.

—Escucha —dijo Spofford.

La lechuza, el ave de la sabiduría de Atenea, o el obscuro pájaro de la noche (estos gongorismos son contagiosos, pensó) formuló nuevamente su única pregunta.

Cuatro

Uno puede nacer, pensaba Pierce, con talento para la historia, como otros nacen con talento para la música o para la matemática; y si el don es innato se habrá manifestado a edad temprana, como todo talento natural; y como le había sucedido a él.

Es verdad, pensaba, que también una persona sin el don innato podía aplicarse, someterse a la disciplina necesaria y, trabajando con ahínco y tesón, destacarse en ese campo, aunque probablemente no en el del matemático o el maestro de ajedrez; pero de todos modos el don existía. No consistía tan sólo en una memoria compendiosa, que Pierce en realidad no poseía; ni en una personal inclinación por el pasado o en la fascinación que la antigüedad, por lo que había en ella de pintoresco, ejercía por ejemplo en Axel, el padre de Pierce, aunque careciera, en opinión de su hijo, de cualquier cosa que pudiera llamarse sentido de la historia, una imaginación viva era por cierto una ayuda, y Pierce la tenía; en sus días de estudiante había podido discurrir alegremente a través de las estadísticas de averías de embarques transalpinos en el siglo XVI, o descripciones de las técnicas de construcción de navíos vikingos, porque lo que él en su mente siempre veía acontecer era un drama: hombres de verdad y mujeres de verdad realizando tareas también de verdad, entramados por así decir, aunque si saberlo, en la urdimbre misma de la historia, hombres y mujeres haciendo, soñando y jugando, a la vez absolutamente compelidos a hacer lo que habían hecho (todos muertos ahora, pese a todo) y al mismo tiempo libres, libres de tener esperanzas y remordimientos, de reprocharse sus fracasos y agradecer a Dios sus éxitos.

Pero en Pierce el don se había manifestado mucho antes, mucho antes de conocer suficientes hechos históricos a los que aplicarlo: una rara singularidad de su cerebro, para él tan natural que era ya adulto cuando tomó al fin verdadera conciencia de ella: para Pierce Moffett, hasta donde su memoria podía remontarse, los números —los nueve dígitos— tenían cada uno un color distintivo; y si bien podía percibir esos colores en —digamos— los números de teléfono o las ecuaciones, eran para él más vividos que nunca cuando estaban dispuestos como fechas.

Así pues, los colores de sus números acabaron por convertirse, sin que él lo eligiera, en los colores de los acontecimientos: los colores de los salones donde se firmaban los tratados y se rendían las espadas, los colores de las cortes, de las vestiduras y los carruajes, de las muchedumbres y de los ejércitos, del aire mismo que esas gentes respiraban; cada siglo, cada década dentro de ese siglo, cada año tenían en su imaginación un color que le era propio, brillantes paneles de una historieta dominical desplegable. Como un prodigio musical que en el piano familiar saca de oído viejas melodías, Pierce podía ubicar cada hecho singular que iba encontrando (fechas de batallas, invenciones, descubrimientos, cosas que vislumbraba a través de

las conversaciones de los adultos, los anuncios, los libros escolares, los almanaques) dentro de un esquema interior, un esquema que siempre había existido en él, a la espera de hechos que pudieran llenarlo.

El número uno, sólo fondo, no tenía color. El dos era un verde intenso, como aterciopelado. El tres era un rojo heráldico, y el cuatro un gris pólvora. El cinco era color oro, el seis blanco, el siete era un azul de China y el ocho, negro como un vestido de noche de antaño. El nueve era un beige apagado. El cero era otra vez incoloro, pero un vacío negro, en tanto el uno era un vacío claro. Era el primer número —el que seguía al uno en las fechas posteriores al primer milenio después de J.C.— el que determinaba el color del siglo, y el número siguiente, el color específico del año; el último número era el acento, resplandeciendo aquí y allá en el tapiz. De este modo, algunos acontecimientos famosos estaban más presentes en su memoria que otros; el año 1066 no había sido muy espectacular, pero el 1215, el año en que los señores con casacas de terciopelo verde y cadenas de oro se habían sentado en el césped con el rey coronado de oro, constituía una escena inolvidable. Y 1235, un año en que nada importante había al parecer acontecido, era aún más esplendoroso, como lo era 1253, si bien aquél había sido un año totalmente diferente.

Cual vastos lienzos ejecutados por distintos maestros que utilizaran paletas diferentes, los siglos estaban colgados por separado en la galería de su mente, imposible que pudiera tomarse uno por otro; sólo que parecían estar mal etiquetados, o más bien Pierce olvidaba sin cesar que la inscripción de la derecha y no la de la izquierda se refería al cuadro que contemplaba. Porque el siglo XIII sólo era rojo en esa numeración; el XV no era el oro batido del 1500-1599 sino el lienzo gris del 1400-1499. Así pues, por una razón puramente personal, Pierce caía a veces en el error común entre escolares de nombrar un siglo equivocadamente; e incluso ya de adulto, cuando decía «el siglo XVIII» no podía evitar percibir, en este término, sólo los años postrimeros de esa centuria, cuando los jubones de seda azul y las pelucas blancas de, digamos, 1776 estaban desapareciendo de la escena para dar paso a los lustrosos sombreros de copa y al estambre negro del 1800.

Acabó por comprender, desde luego, que la división del tiempo pasado en centurias era artificial, que hasta las eras que creían ellas mismas alterar el devenir del siglo, estaban sujetas a fuerzas infinitamente más poderosas que una numeración mística e incluso inexacta; que lo más importante para el dominio de la historia (por oposición a su mera comprensión) consistía en poseer una hipótesis clara, un panorama general, un *sumario*: una historia cuyos episodios fluyeran uno de otro, eslabonados y a la vez independientes, como capítulos. El oro oscuro del 1500 derivando hacia los marmóreos 1600 del clasicismo y la razón, seguidos por el azul de Wedgwood de los 1700, *douceur de vivre*, cielos claros; los 1800 negros de duras faenas y piedad, negros como su hollín y su tinta, y, por último, el siglo actual, ocre como el caqui, nacido de una carnada de huevos pardos (1900), justo a término. Este esquema de colores no enturbiaba en modo alguno la mente de Pierce que Percibía

con claridad absoluta la confusión y la heterogeneidad de los actos humanos, multicolores o incoloros, imposibles de encasillar, y menos aún los siglos; su sistema era tan sólo un sistema de archivo, aunque no un sistema inventado por él sino descubierto espontáneamente en su interior, su don, su talento.

Los talentos pueden malograrse. Los niños prodigios, aburridos o asqueados, arrumbaban sus violines. Pierce, cargado de becas y de expectativas, abandonó St. Guinefort —su internado de Kentucky— y partió hacia el norte, hacia la prestigiosa y almenada Noate, para estudiar bajo la dirección de Frank Walker Barr, uno de cuyos libros había leído por primera vez a los once o doce años (¿era *El cuerpo del tiempo* o *Mytkosy Tyrannos*? No pudo recordarlo en la entrevista), y que habría de convertirse en el último de una serie de padres que Pierce veneraba, cuya amistad lo intimidaba y cuya mirada siempre procuraba rehuir. Derivó hacia el esteticismo, cambió de rumbo a favor de una licenciatura en Estudios del Renacimiento, perdió un semestre de su penúltimo año en una aventura romántica (joven suicida, fuga en un *Greyhound* a la Costa Oeste, rechazo, corazón destrozado) y, aunque volvió a casa escarmentado, nunca más pudo encontrar del todo su propio carril.

Había perdido, al parecer, su vocación (lo cual no dejaba de ser más bien gratificante, como si hubiese perdido la gordura infantil o el acné), pero en aquellos años era relativamente fácil vagabundear por Noate sin una vocación, sin hacer mucho de nada, viviendo en la ciudad como un adulto; muchos de sus amigos matriculados, y no tan matriculados, lo estaban haciendo. Pierce se consideraría siempre como perteneciente a una generación intermedia, nacida demasiado tarde o tal vez antes de tiempo, nadando continuamente entre dos aguas, y no tan sólo porque necesitara justificarse. Suponía que no eran muchos los niños concebidos en 1942, cuando la mayoría de los padres potenciales habían tenido que ir a la guerra, quedando para procrear sólo aquellos afectados por discapacidades específicas (como su propio padre). Había sido demasiado joven para ser un *beatnik*; más tarde se consideró demasiado viejo y educado con excesivo rigor para ser un *hippie* sincero y verdadero. Llegó a la edad de la razón en un momento de inestable estancamiento, entre existencial y comunal, psicoanalítico y psicodélico; y, como muchos que se sienten desnudos por dentro, vacíos de conceptos y sin una razón de ser, se revistió de una suerte de dandismo puritano, que consistía más que nada en una actitud un tanto hostil a que los demás gustaran de él y en vestir ropas negras de un corte no identificable. Arrojado de ese modo, se mantenía al margen de un mundo que no sabía muy bien cómo criticar, y a la espera de lo que pudiera acontecer.

En realidad, ni siquiera ese mínimo de afectación había sido un logro. Un dandi tenía que ser pequeño y refinado. Pierce no era ni lo uno ni lo otro. Había sido un niño grandullón y desgarbado; su fealdad de adolescente había rayado casi en lo excepcional: un metro ochenta de estatura a los dieciséis años, una carota asimétrica muy parecida a la de Abe Lincoln, el pelo encrespado y rebelde, las muñecas gruesas, desmañadas, las manos torpes de dedos achaflanados. Dentro de esa armazón

habitaba una criatura pequeña e incluso delicada, a la que avergonzaban profundamente las orejas de Pierce, la pelambre de su pecho; y si bien las deformidades de Pierce (como las de Lincoln) comenzarían hacia la treintena a transformarse en rasgos interesantes, augurando para su vejez una personalidad de carácter vigoroso, y hasta una suerte de rústico encanto, Pierce nunca podría olvidar cuan repelente lo había encontrado siempre esa pequeña persona interior. *Mon joli-laid* (algo así como «mi feúcho»), lo llamaba su madre, mote afectuoso que en la traducción literal de su tío Sam Oliphanta —quien Pierce más se parecía—, no significaba «feúcho» sino «feote», «muy feo», un pequeño grande horriblemente feo; y Pierce estaba de acuerdo.

Salvar el indeseado reclutamiento sin entrar a filas había sido en parte la razón de que Pierce eligiera inscribirse en la escuela de posgrado de Noate y de que pasara allí algunos años eludiendo las más arduas cumbres del saber. Más tarde, cada vez que se disponía a abordar la lectura de algún clásico como quien se dispone a escalar una montaña escarpada, recordaría con remordimientos lo hábil que había sido en Noate para esquivar esas tareas, y para preservar no obstante el buen concepto que todos tenían de él, sin exactamente justificarlo, y dar la impresión de haber adquirido conocimientos que en realidad a duras penas había rozado. Frank Barr, con la esperanza de que Pierce escribiera bajo su dirección una tesis, retomando tal vez un tema que el propio Barr había querido desarrollar, le había sugerido la expansión de las iglesias cristianas nestorianas durante la Edad Media en la India, China y el África Negra: Marco Polo había encontrado en Cathay algunas congregaciones sobrevivientes; y en Sudán, todavía en el siglo XIX los misioneros escuchaban, perplejos, los mitos de Issa, Jesús. ¿En qué habrían convertido la historia cristiana, que tan lejos llevaran, aislados durante siglos de Roma, de Bizancio? Fascinante. Pero Pierce, aunque intrigado (Barr podía intrigar a cualquiera), se acobardó ante el esfuerzo que la tarea entrañaba: fuentes primigenias en seis u ocho lenguas, terreno inexplorado, expediciones con salacot en Land Rover, y quién sabe qué otras peripecias. Aunque siempre sensible al juicio nunca expresado de Barr, se quedó con los estudios del Renacimiento; descubrió en la biblioteca de Noate una colección de literatura confesional isabelina (*Siete plantas de un alma arrepentida de sus pecados*) y pergeñó una tesis concisa y elegante acerca de ellos y de su relación con ciertos temas de Shakespeare, en particular los de «Medida por medida», en la que hacía de la austeridad una virtud («al limitarme a este ámbito en apariencia restringido», etc. etc. como si hubiera sido el resultado de una difícil opción), logrando que fuera aceptada por un carcamán viejo y tolerante del Departamento de Lengua. También adquirió un loro. Enseñarle a hablar (*De mortuis nil nisi bunkum* fue lo único que consiguió hacerle decir) le llevó más tiempo que su tesis.

Cuando terminó este curso, presentó su candidatura, pero Noate no le ofreció ningún puesto en sus claustros, ni de titular ni de ayudante de cátedra.

Tomado por sorpresa —no porque hubiera trabajado con empeño para que lo

contratasen (cosa que no había hecho), sino porque había dado por sentado y natural que le fuera ofrecido ese futuro, y nunca había considerado seriamente la posibilidad de ningún otro—, Pierce empacó sus libros y sus trajes negros y las notas para su tesis con la inquietante sensación de que su suerte lo había abandonado, y con ella acaso toda oportunidad de encontrar un camino. Llevó el loro a Brooklyn, a vivir con Axel, su padre, hasta que él encontrara un lugar donde instalarse; y allí había quedado, año tras año, posado en la ventana que miraba al sur, curioseando, silbando, echando maldiciones. Pierce aceptó puestos temporales en escuelas privadas, trabajó en una librería en los veranos; de cuando en cuando desenterraba su malhadada tesis; y en las asambleas anuales de la Misión Cristiana universitaria, a la que continuaba afiliado, seguía sometiéndose (junto con centenares de caras nuevas y más rozagantes que la suya, o eso le parecía) a las miradas de arriba abajo de los catadores de almas de las universidades, para cualquier puesto docente que ocasionalmente estuviera disponible.

Se sentía atrapado para siempre —la amada perdida descubierta en un mercado de esclavos—, cuando un buen día, en medio de una inmensa «recepción» ofrecida en un salón de baile, Frank Walker Barr le puso una mano sobre el hombro y lo invitó a tomar un trago.

—La especialización —dijo Barr cuando estuvieron instalados en las banquetas de cuero cuarteado del artesonado bar de un hotel, elegido por el profesor—: éste es el gran problema de los eruditos de hoy en día. Más y más sobre menos y menos.

—Hum... —asintió Pierce.

Barr, sentado frente a él, era una serie de burdas elipses, un torso de hombros caídos, una cabeza redonda y calva, partida en dos por su ancha sonrisa, ojos pequeños casi sin cejas detrás de unas gafas ovaladas. Sus manos rodeaban el pálido cono de un Martini seco con una oliva en el fondo, brebaje que había encargado con una precisión ritual, y que ahora sorbía con lenta fruición.

—Lógico, por supuesto —prosiguió—. Incluso inevitable, en una época en que tanto material nuevo aflora continuamente a la superficie, en que se experimenta con tantos nuevos métodos de investigación. Computadoras. Asombra ver cómo el pasado se expande constantemente en vez de retraerse en la distancia. —Levantó su copa. Tenía una alianza de oro profundamente incrustada en el dedo anular—. Pero poco campo —añadió, tras un breve sorbo—, poco campo de acción hoy en día para el generalista. Una desgracia si es en él donde se cifran sus talentos.

—Como en su caso —dijo Pierce, alzando su vaso de *whisky*, casi vacío.

—Así es —dijo Barr—. ¿Algo en perspectiva? ¿Está usted considerando alguna oferta?

Pierce encogió los hombros, alzó las cejas y meneó la cabeza.

—¿Sabe usted una cosa? —dijo—. De niño, yo imaginaba que, cuando llegara a historiador, lo que haría, lo que hacían los historiadores, sería ejercer la historia, de la misma manera que un médico ejerce la medicina. Tal vez porque el tío que me educó

era médico. Tener una consulta o un negocio...

—Cuida tu negocio y tu negocio cuidará de ti —sentenció Barr. Soltó la célebre risa de garganta Barr, pastosa, chocolatosa— Ben Franklin.

Pierce bebió un sorbo. En la penumbra del bar, la expresión de su antiguo mentor era indescifrable. Pierce estaba seguro de que había sido la bienintencionada pero con justa razón tibia *desaiptio* de Barr (no hubiera podido considerarla como una recomendación) lo que le había impedido acceder al cuerpo docente de Noate, y lo lanzara al mercado libre.

—¿Qué haría usted? —preguntó, y algo, no la bebida, le encendió súbitamente las mejillas—. ¿De qué manera ejercería usted la Historia? Si no existiera Noate.

Barr reflexionó un momento. La bebida delante de él parecía emitir un tenue resplandor, como una lámpara votiva delante de un Buda.

—Supongo —dijo— que tomaría un empleo, cualquier empleo para el que me sintiera apto; mi padre era sastre y yo trabajaba con él; y escucharía, y descubriría qué preguntas hace la gente, preguntas que la historia podría responder o ayudar a responder, aunque no parecieran a primera vista preguntas relacionadas con la historia, y trataría de responder a ellas. En un libro, supongo, probablemente, o tal vez no... —Preguntas como...

—Las preguntas que hace la gente. Me acuerdo de una mujer vieja que vivía en los altos del taller de mi padre. Echaba las cartas, adivinaba el porvenir. Era una gitana, decía mi padre, y era por eso que la gente iba a verla. Pero por qué, le preguntaba yo, por qué cree la gente que los gitanos pueden adivinar el porvenir. La historia podría responder a esta pregunta, proporcionar un *inventario*. ¿Se da usted cuenta? —Puso sobre la mesa su copa vacía; su sonrisa empezaba a ensancharse otra vez y la famosa risa entrecortada a chisporrotear en su garganta—. El único problema consistiría en esa maldita tendencia a la generalización. Supongo que la primera pregunta que intentara responder me conduciría a otras, y éstas a otras, y así sucesivamente, y al no estar sometido al apremio del «publicar o perecer», sin un imperativo que me exigiera acabar de preguntar y empezar a responder, hubiera podido seguir así hasta la eternidad. Acabar con una Historia del Mundo. O una historia, en todo caso. —Con sus dedos rechonchos extrajo la aceituna del fondo del vaso y la mascó, con aire pensativo—. Incompleta, probablemente, a la larga. Inconclusa, claro. Pero al menos tendría, reo, la impresión de haber estado ejerciendo la Historia.

Una vida de trabajo útil, mil forros nuevos cosidos a mil sobretodos, y sin embargo toda la Historia en tu corazón, una dimensión infinita, un pasado tan real como si hubiera tenido lugar, y Heno a rebosar de preguntas respondidas: un *inventario*, un resumen de cuentas sellado pero impago.

Una insatisfacción profunda se había adueñado de Pierce, o un deseo sin nombre. Pidió otro *whisky*.

—En todo caso —dijo Barr, extendiendo las manos sobre la mesa, como Pierce

recordaba que hacía siempre al final de una clase—, eso no tiene nada que ver. ¿No le parece? Los profesores somos lo que somos. ¿Con quién me dijo usted que está en conversaciones?

El calor en las mejillas de Pierce se transformó en un rubor.

—Mmm —dijo—. Con el Barnabas College. Aquí, en la ciudad —como sí fuera una probabilidad sin importancia, una entre tantas—. Parece posible.

—Barnabas —rumió Barr—. Barnabas. Conozco al decano, un tal Sacrobosco. Podría escribirle.

—Gracias —dijo Pierce, pensando por un brevísimo instante que tal vez Barr le jugaría sucio, le patearía el nido, lo desprestigiaría para siempre en todo el mundo universitario, por no haber asumido el tema de las condenadas iglesias nestorianas.

—Ya conversaremos —dijo Barr, mirando su gran reloj-pulsera de oro—. Téngame al tanto de lo que haga; y de cómo marcha esa tesis. Bueno... —Se levantó, la cortedad de sus piernas lo transformaron en un hombre más pequeño de pie de lo que parecía sentado.

—A propósito —dijo Pierce, mientras ayudaba a Barr a introducirse en su arrugado impermeable—, ¿por qué piensa la gente que los gitanos pueden adivinar el porvenir?

—Ah —dijo Barr—, la respuesta es bien sencilla, muy simple. —Miró a Pierce de soslayo, pestañeando con petulancia, como solía hacer cuando anunciaba que era hora de cerrar los cuadernos y entregarlos—. Existe más de una Historia del Mundo ¿sabe usted? Más de una. ¿No es cierto? Una, tal vez, para cada uno de nosotros. ¿No piensa usted lo mismo?

¿Por qué cree la gente que los gitanos pueden adivinar el porvenir? La insatisfacción, o el deseo, o el desconcierto que había despertado en Pierce no cejaba. Se sentía permanentemente contrariado, irritado; conseguir el empleo en el Barnabas no le procuró ningún alivio, hasta parecía no tener la más mínima importancia. Se despertaba al amanecer, sobresaltado, con la sensación de que una pregunta, cierta pregunta, debía tener una respuesta, sensación que persistía a lo largo del día imbricándose en sus ocupaciones, mezclándose con ellas, para dejarlo, a la hora de acostarse, agitado y nervioso, y con un sabor de mente como el de haber estado fumando ansiosamente demasiados cigarrillos.

Pero ¿por qué? ¿Acaso Barr se había posesionado de tal modo de su alma que no podía apartarlo de su pensamiento? Era injusto, él era un adulto, un licenciado en filosofía, o casi, tenía un empleo (gracias a Barr, de acuerdo, gracias a Barr) y la gran ciudad se le ofrecía toda entera, sus bares, sus mujeres, sus diversiones, toda a su disposición, para su placer. Empezó a dedicar las noches, cuando no tenía trabajos para corregir, a la lectura, un hábito que casi había abandonado en Noate. Buscaba las obras de Barr, que en su mayoría sólo conocía de nombre o por reseñas críticas; algunas estaban agotadas y tenía que ir a rebuscarlas en bibliotecas y librerías de ocasión. Una respuesta simple: algo con que acallar ese clamor que parecía estar

creciendo dentro de él, fuera lo que fuera, que lo liberase de una última pregunta capciosa y, de una vez y para siempre, desbrozara el terreno de malezas.

En una gélida noche de solsticio, demasiado fría para salir, Pierce, incubando una gripe, envuelto en una manta (la calefacción del vetusto edificio estaba averiada) daba vuelta a las páginas de una de las obras de Barr, *El cuerpo del tiempo*, que había traído de la distante biblioteca pública de Brooklyn y, con las primeras crepitaciones de la fiebre en sus oídos, leía:

Cuenta Plutarco que en los primeros años del reinado de Tiberio, el timonel de un navio que recorría el archipiélago griego, al pasar por cierta isla, en el amanecer de un día de solsticio, oyó que lo llamaban por su nombre desde la costa: «¡Thamus! ¡Cuando te aproximes a las Palodes, diles que el gran dios Pan ha muerto!». El timonel pensó al principio, atemorizado, en no decir nada, pero cuando pasó frente a las Palodes gritó las palabras tal como las oyera: «¡Pan ha muerto! ¡El gran dios Pan ha muerto!», y de pronto se elevaron de la isla llantos y lamentos, no de una sola voz, sino de muchas a la vez, como si la tierra misma se condoliera.

Bajo la manta, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pierce. Él había leído antes esa historia, y también aquella vez lo había estremecido.

Decir (continuaba Barr) que el gran dios Pan murió en los primeros años del reinado de Tiberio, equivale, en un sentido, a no decir nada, o a decir demasiado. Nosotros sabemos qué dios nació en un día de solsticio en aquellos años; conocemos su historia ulterior; sabemos en qué sentido murió Pan ante el advenimiento de ese nuevo dios. El estremecimiento de temor o deleite que aún nos procura su historia es el mismo que sintió San Agustín al conocerla: una era del mundo está pasando y un hombre, un pagano, la está oyendo pasar, y no lo sabe.

Pero nosotros sabemos también —y lo sabía Plutarco— que en aquellas islas del archipiélago griego el culto del dios-año, el dios de los nombres numerosos —Osiris, Adonis, Tammuz, Pan— era históricamente practicado. Con toda probabilidad, su muerte y su resurrección se celebraban todavía en tiempos del Imperio, aún prevalecía el culto extático de mujeres que cada año desmembraban y luego lloraban a su dios con gritos y lamentos, y desgarrando sus vestiduras. ¿Habría Thamus, el timonel de Plutarco, sorprendido a las islas en medio de un duelo ritual por Tammuz? Lo que es seguro es que, de haber pasado por esas mismas islas el año anterior, o cualquier otro año de los cinco o diez siglos precedentes, las habría sorprendido en plena celebración del mismo acontecimiento crucial, y se habría estremecido al escuchar los mismos lamentos; porque el año, como creían aquellos griegos, no podía cerrar su ciclo sin ella.

Pierce había empezado a sentirse muy extraño. Una sensación de *déjà vu* lo dominaba: como si los engranajes de cierto proceso mental se fueran destrabando dentro de él y volvieran a engranarse de una manera diferente, aunque no nueva.

Y sin embargo, habiendo aprendido esto ¿qué hemos aprendido? ¿Hemos asimilado la historia de Plutarco y la terrible profecía que contiene, la anécdota de un

mundo que perece? Yo no lo creo.

Supongamos que un hombre encuentra un billete de cinco dólares en cierta esquina, a cierta hora del día.

(Sí, decididamente, él había leído antes todo esto y sin embargo podía recordar a qué conclusión llegaba).

La razón y las leyes de la probabilidad le dirán que la esquina de esta calle, que le ha brindado un tesoro fortuito, no ofrece ahora ni más ni menos posibilidades que cualquier otra esquina de la ciudad de brindarle otro. Es sólo la esquina de una calle, como todas las demás. Y sin embargo ¿quién de nosotros, al pasar por nuestra esquina de la suerte, a nuestra hora afortunada, no echaría una mirada en derredor? Una conjunción ha tenido lugar en ella, entre nosotros mismos, nuestros deseos y el mundo: la esquina ha adquirido sentido; si no produce nada más para nosotros ¿no estaremos tentados de pensar que tan sólo nos hemos prevalecido de una magia que la esquina tuvo realmente una vez? Porque queremos, sin poder evitarlo, imponer al mundo nuestros deseos —por más que el mundo permanezca impasible ante ellos y se atenga a unas leyes que no son las mismas que nuestra naturaleza supone que debieran ser.

Pero la historia está hecha por el hombre. El viejo Vico decía que el hombre sólo puede comprender plenamente lo que él mismo ha hecho; el corolario de esta afirmación es que lo que el hombre ha hecho es lo que él *puede comprender*, y lo que él ha hecho no permanecerá, como el mundo físico, insensible a su deseo de comprender. Así pues, si observamos la Historia y encontramos en ella narraciones fabulosas, tramas idénticas a las del mito y la leyenda, pobladas por personajes reales que sin embargo ostentan los símbolos y hasta los nombres de dioses y demonios, no necesitamos sentirnos más alarmados ni recelosos de lo que nos sentiríamos al coger un martillo y descubrir que su mango se adapta a nuestro puño y su cabeza está equilibrada para golpear con la fuerza que le imprimimos. Estamos comprendiendo lo que nosotros mismos hemos hecho, y su forma es nuestra forma; nosotros hemos hecho la historia, hemos hecho las calles con sus esquinas y los billetes de cinco dólares que encontramos en ellas: las leyes que la gobiernan no son las leyes de la naturaleza, son las que nos gobiernan a nosotros.

Sepamos pues, de una vez por todas, por qué aquellas voces lloraban la muerte de Pan. Sepamos —las respuestas son bien simples— por qué Moisés tenía cuernos y por qué los israelitas adoraban a un becerro de oro, por qué Jesús era un pez, y por qué un hombre con un cántaro de agua al hombro condujo a los Apóstoles —a los doce— a un aposento del primer piso. Mas no pensemos por ello que, en tales exploraciones, habremos despojado de su significación a las historias que estas figuras narran. Las historias permanecen; si cambian, y lo hacen, es porque nuestra naturaleza humana no es inmutable; existe más de una Historia del mundo. Pero cuando creemos haber demostrado que no existe historia alguna, que la Historia no es nada más que una maldita cosa tras de otra, es sólo porque hemos dejado de

reconocernos a nosotros mismos.

¿Moisés tenía cuernos?

Sí, Pierce podía verlos en la fotografía algo borrosa de la estatua de Miguel Ángel, en la enciclopedia, abierta delante de él sobre la repisa al pie de la ventana, al lado de este libro, *El cuerpo del tiempo*, también abierto delante de él en la misma página. Él tenía once años; no, doce. Los cuernos eran sólo pitones, los de un ternero. Inverosímiles en la enorme cabeza barbuda; pero allí estaban.

Había una historia. Pierce la veía por primera vez, allí, en la repisa al pie de la ventana, las montañas parduscas bajo el manto de invierno y, perdiéndose de vista, un jardín muerto; él no sabía qué historia era ésa, sólo podía imaginarla, imaginarla desplegándose y tramándose y narrándose ella misma, acumulándose profusa y tenazmente, como nubes antes de una tormenta. Una historia secreta se había estado desarrollando a lo largo de los siglos, en todo tiempo, una historia que se podía conocer: allí la tenía él bosquejada, o una parte de ella, los secretos revelados, y si no los secretos, al menos el secreto de que existían secretos.

En su desván neoyorquino, Pierce lió un cigarrillo y lo encendió; pero ese gesto adulto no alteró la invencible sensación de que su confuso y oscuro mundo interior se estaba disolviendo en una serie de imágenes, una sucesión de diapositivas de linterna mágica, proyectadas simultáneamente y a la vez nítida y clara cada una de ellas, cada una en algún sentido la misma imagen.

Cuando él era muy pequeño le habían contado la historia del hombre que, sorprendido por una tormenta, se había refugiado en un viejo granero. Se queda dormido sobre la parva de heno, y cuando se despierta, es noche cerrada. Ve, caminando por las vigas del granero, una multitud de gatos; iban y venían por las vigas, y cada vez que dos de ellos se cruzaban, parecían pasarse un mensaje. De pronto, dos gatos se cruzaron en una viga muy cercana al sitio donde él yacía oculto, y pudo oír que uno le decía al otro: «Dile a Vivalón que Bobalón ha muerto». Luego, cada cual siguió su camino. Al día siguiente, cuando el hombre vuelve a su casa, le cuenta a su mujer lo que le ha sucedido, y lo que ha oído que los gatos se decían: «Dile a Vivalón que Bobalón ha muerto». Y al oír esto, el viejo gato de la casa, que dormitaba junto al fuego, se levantaba de un brinco y exclamaba: «¡Entonces, yo soy el rey de los gatos!». Y trepaba por la chimenea, y nadie volvía a verlo nunca más.

Ese cuento lo había hecho temblar, y pensar, y cavilar días y días; no el cuento en sí sino la historia secreta que contenía y que *no* le habían contado: la historia de los gatos, la historia secreta que se había estado desarrollando desde siempre y que sólo ellos, los gatos, conocían.

Y eso mismo era lo que Pierce había sentido, inclinado sobre la repisa de la ventana, después de haber buscado a Moisés en una docena de entradas de la vieja *Britannica* y encontrado esa figura y visto la cabeza encornada, inexplicada, ni siquiera mencionada en la leyenda al pie de la lámina. Siempre habían estado allí, esos cuernos, incluso cuando él ignoraba que existieran, pero ahora lo sabía; y

también sabía que había una explicación, que él ignoraba pero que podía conocer. Y eso, eso era la Historia.

Y llegado ese momento, como si hubiera encontrado esa historia al forzar la caja que la contenía mientras buscaba otra cosa, podía sopesar lo que había ganado y lo que había perdido en el largo espacio de tiempo transcurrido entre entonces y ahora, entre aquella ventana de Kentucky y ésta.

¿Cómo había llegado a perder su vocación?

Ahora no podía volver atrás, por supuesto, y descubrir dónde el hilo se había soltado, y recogerlo; el tiempo avanzaba en una sola dirección, y todo lo que había aprendido ya no podría desaprenderlo. Y sin embargo... Sentado, con el libro de Barr sobre las rodillas, escuchaba la ciudad silenciosa y una tristeza irracional lo embargaba: le habían robado algo, él mismo se había robado algo, una perla muy valiosa que había tirado atolondradamente, y que ya nunca podría recuperar.

Ese año una especie de extraña peregrinación pareció comenzar en la ciudad. Al principio, Pierce no había reparado en ella, o la había pasado por alto, aunque percibía el desasosiego y la creciente distracción de sus alumnos, como si escucharan los ecos de un tambor lejano. De vez en cuando veía en los corredores o en las gradas o en las librerías donde siempre desazonado fisgoneaba, o en las calles de su barrio suburbano, personajes que parecían ciertamente venir de otros mundos, pero, concentrado como estaba en el suyo propio, no se detenía a analizarlos; pasaba por las aulas, por las calles, como uno de esos personajes de historieta que en la nubecilla de pensamiento que flota sobre su cabeza el autor sólo ha dibujado un signo de interrogación. Cierta día, mientras caminaba por un corredor atestado, se había enfurecido a tal punto consigo mismo, que no había podido evitar aconsejarse de viva voz, casi a los gritos, que «por amor de Dios» se serenara, se lo sacara de encima, para al momento percatarse —en tanto los estudiantes, con los libros apretados contra el pecho, se volvían y lo miraban, sorprendidos— de que no tenía ni la menor idea de qué era esa cosa, ese estorbo que lo perturbaba y que necesitaba sacarse de encima.

No, él *no* había perdido su vocación: sólo había crecido; él deseaba crecer, y aunque no lo hubiera deseado, tampoco hubiera podido evitarlo. La Historia, ese país desconocido que él había vislumbrado de lejos... sí, había demostrado ser simplemente ordinario, diferente del suyo no por su naturaleza, sino tan sólo por detalles tediosos de geografía y costumbres locales, esas listas que él había tenido que aprender de memoria: y él lo sabía, desde luego, puesto que había explorado ese país hasta el hartazgo; en él pasaba cada uno de sus días de trabajo.

Crecer siempre había significado para Pierce una partida, un viaje sin retorno, dejar atrás los cuentos y los prodigios: un viaje, así lo percibía él, que lo alejaba para siempre de la infancia, el mismo viaje sin retorno que eternamente emprende la raza humana y que él, Pierce Moffett, estaba recapitulando en su propia ontogenia, uniéndose a ella ahora, en su madurez en el punto en que, para ese entonces, la humanidad había llegado.

Cuando yo era niño pensaba como un niño y actuaba como un niño; pero ahora soy un hombre y he dejado atrás las niñerías.

Había habido una historia al comienzo —en su propia infancia y en la de la humanidad— en la que un niño podía habitar; una historia que uno podía tomar al pie de la letra, de Adányeva y Cristóbal Colón; y un sol con una cara, y una luna con otra, y todo un acervo de historias nunca desdeñadas, simplemente abandonadas, con gratitud, como un traje de baño que ya no te sirve. Historias que, como los adultos siempre le habían dado a entender, tampoco le servirían cuando, con ardiente literalidad, tratara de conseguir que le certificaran o explicaran uno u otro detalle sobrenatural; historias con una trama gastada, envejecida, que se desmenuzaba entre sus dedos. Cierta Nochebuena, cuando en el ala de los niños se había suscitado una acalorada discusión, Sam Oliphant había llevado a Pierce y a su prima Hildy, una niña un poco mayor que él, a su enorme dormitorio en los altos; y les había explicado minuciosamente todo lo relativo a Santa Claus; la explicación les pareció verdadera, y les procuró, además, una suerte de alivio, como el de un polluelo al romper el cascarón: Hildy y él admitidos en un círculo más amplio del mundo; «pero no digáis nada de esto a los otros», había añadido Sam, «son demasiado pequeños y les aguaríais la fiesta».

Más tarde, había vuelto a romper un cascarón, pero de una historia más trascendente: la de Dios y el cielo y el infierno y las cuatro virtudes cardinales y los siete misterios de la gloria y los nueve coros de ángeles. Todo en un solo día, le parecía al evocarlo, en un solo día había salido de todo eso con un suspiro de alivio, un ramalazo de pérdida y la resolución de no volver por ese camino nunca más, aunque pudiera, pero tampoco podía: era demasiado estrecho para que pudiera entrar en él, el intrincado mecanismo de un reloj que en adelante siempre llevaría dentro de él como una reliquia, que sacaría tal vez de tanto en tanto del bolsillo para contemplarlo, en perfectas condiciones de funcionamiento, sólo que detenido para siempre.

Y más: avanzando siempre hacia afuera, dejando atrás vastas esferas de significado, a través de los ciclos de la historia, no sólo Cristóbal Colón, que descubrió que la tierra era redonda, no sólo los Padres Fundadores y su aterradora sensatez, sino de universos enteros del pensamiento, cada uno de ellos empequeñeciéndose cuánto más iba él sabiendo acerca de ellos, hasta que se volvían demasiado pequeños para que pudiera habitar en su interior; y él continuaba saliendo y cerrando puertas detrás de él.

Y por fin llegaba al último, al más exterior de todos, al mundo real, ilimitado. Acerca del que nada podía decirse, porque para llegar a él, él y la raza humana, a cuya marcha incesante acababa de unirse, había tenido que atravesar cada uno de los universos de que era posible hablar. Los llevaba todos dentro de él; desnudo porque había crecido demasiado y ya ninguno de ellos podía contenerlo, miró a lo lejos, hacia el silencio y hacia las azarosas estrellas.

Algo espantoso le había sucedido.

Sin saber nada aún acerca de las técnicas de la Climateria, que mas tarde habría de aprender, Pierce no podía trazar la curva de su profunda desazón, aunque volviendo la vista atrás hubiera podido discernir con suficiente claridad lo que le había ocurrido: había caído bruscamente a la Meseta de sus veintiún años, su Tercer Climaterio. La desangelada síntesis que hiciera en Noate —la pose existencial y la petulancia del «sólo sé que no sé nada»— se había hecho pedazos, lo mismo que los trajes negros con que se vestía. La curva sinusoide de su vida se había dado vuelta como una montaña rusa, precipitándolo, a través de su año de tránsito descendente, al cenagal del fondo. Y hacia la primavera de 1967 estaba hundido en él.

Cuando ese mes de junio finalizaron las clases, Pierce volvió a Noate para concluir y registrar su tesis, para hacerla aprobar y publicar, pura y simplemente, en mérito a la elegancia de su estilo y sus análisis minuciosos aunque por momentos extravagantes. Él mismo la veía como una cosa muerta, y las horas de trabajo que había invertido en ella no hacían sino acrecentar esa impresión. Era una obra en *pietra dura*, o esferas chinas de marfil contenidas una dentro de otra, pero estaba acabada. Desde la biblioteca y los claustros de Noate (Barr estaba en su año sabático) escuchaba, como un eco lejano, las campanillas y los pífanos de la procesión. Alguien le dijo que, en los patios de la Universidad, mientras él tallaba filigranas en la biblioteca, había tenido lugar una manifestación pro-Dow o pro-Tao, no estaba seguro de cuál de los dos.

Pero en las calles de su barrio, la música sonaba más estridente.

La ciudad se había recogido las mugrientas faldas y, achacosa y reumática, se había puesto en pie y echado a andar en la fachada gris del edificio de la acera de enfrente, que Pierce conocía caá tan bien como su propia cara, habían pintado, durante su ausencia, lunares y estrellas y soles radiantes; a las viejas cabezas de piedra que se ocultaban como oscuras cariátides bajo los aleros, les habían abierto los ojos con pinturas brillantes, y ahora miraban, sorprendidas. Por todas partes había trashumantes, peregrinos con vestimentas exóticas; pero el barrio en que vivía Pierce semejaba, más que cualquier otro, una ciudad medieval en día de feria o festividad religiosa: había *penitentes* con túnicas naranjas y las cabezas rapadas cantando y contoneándose y sacudiéndose a los ritmos de un baile de San Vito; había gitanos que llegaban a la ciudad cargados de pieles y plumas y pendientes, que acampaban en las plazas astrosas de basura y desperdicios, y sacudían sus panderetas y robaban. Había buhoneros y malabaristas y *camellos*, había mujeres con largos vestidos de confección artesanal y ajorcas y pulseras de cobre, que se sentaban en el portal de su edificio y daban de mamar a sus bebés; había locos y monjes con hábitos grises y mendigos en andrajos que pedían limosna.

Pierce continuaba leyendo. Se había inventado la imprenta y las librerías se llenaron repentinamente de raras mercancías; había periódicos nuevos impresos en colores chillones, llamativos; había almanaques y libros de profecías, había escrituras

extrañas, baladas, manifiestos. Profundamente sorprendido, Pierce empezó a descubrir entre ellos reediciones en colores brillantes de libros que habían significado mucho para él en su infancia, una infancia transcurrida mayormente entre cubiertas de libros, una infancia que ahora podía revivir con sólo abrir aquellos libros que no había vuelto a ver desde la antigüedad, desde su propia Edad de Oro.

Ahí estaban, por ejemplo, las obras de Frank Walker Barr de diez o veinte años atrás, respetuosamente reeditadas en una nueva colección en rústica, incluso las que Pierce conocía, como *El cuerpo del tiempo o Mythosy Tyrannos*; alguien había tenido la brillante idea de presentarlas bajo la sobrecubierta de un único cuadro titánico del Barroco, repleto de figuras, del que la cubierta de cada volumen era sólo un detalle, de modo tal que, la obra completa una vez editada, formara el cuadro entero. También estaba *El rey Arturo para los más jóvenes*, de Sidney Lanier, con todas las ilustraciones originales, tan rutilante y tan fría a su tacto como cierta mañana de Navidad; un ejemplar manoseado, con los cantos raídos, regalo de su padre, había permanecido largo tiempo en su biblioteca de niño. Y un libro que en el primer momento, bajo sus nuevas tapas blandas, no reconoció, para al instante descubrir, al abrirlo, como quien desenmascara a un amigo de la infancia, un texto que él conocía, porque era una simple reimpresión del que él había leído en la antigua edición. Era *El viaje de Bruno*, una especie de demografía, por un autor de novelas históricas, Fellowes Kraft; no recordaba nada de su contenido, salvo la profunda impresión que le había causado su lectura; de lo que pensaría de él ahora, no tenía la menor idea. La página en que lo había abierto era ésta:

La inmensa carcajada de Bruno cuando comprendió que Copérnico había invertido el universo ¿qué era sino deleite ante la confirmación de su certeza de que la Mente, en el centro de todas las cosas, contiene en su interior todo aquello de lo cual es el centro? Si a la Tierra, el antiguo centro, se la sabía ahora girando en algún lugar entre el centro y el espacio exterior; y si el Sol, que antes giraba en una órbita a mitad de camino, era ahora el centro, el cinturón de los astros había sido entonces sometido a una media vuelta como la de la cinta de Moebius. ¿Y la antigua circunferencia? ¿Qué había sido de ella? Se había convertido en algo absolutamente inimaginable: el universo estallaba en la infinitud, círculo del que la Mente, el centro, estaba en todas partes y la circunferencia en ninguna. El engañoso espejo de la finitud se había hecho añicos, reía Bruno, los reinos estelares eran un brazalete de pedrerías en la mano.

Copyright 1931. ¿Quiénes estaban publicando estas cosas nuevamente? ¿Cómo sabían que él las necesitaba? ¿Por qué las veía él debajo de los brazos, en las carteras con borlas de los *effendu* de los guardabosques, de los *injuns* de las calles atormentadas por los tambores? Pierce tenía la extraña sensación de que puertas aherrojadas dentro de él desde hacía mucho tiempo se estaban forzando, que en la

amnistía general del carnaval, algo encarcelado en él desde la pubertad estaba a punto de salir —un poco por error— en libertad, al aire libre, para ser saludado con aclamaciones por la alegre muchedumbre.

¿Algo? ¿Qué? Cuando llegó el frío, las bullangueras multitudes buscaron cobijo, acurrucándose, envueltas en pieles decrépitas, en los zaguanes, en los lugares públicos con calefacción. Pierce acogía por una noche o una semana a extrañas criaturas perdidas; muchachos con resfríos de cabeza, lejos del hogar, cocinaban arroz integral en su hornillo, las chicas ejecutaban, sentadas en el suelo en posición de loto, sencillas artesanías nativas, compartían la cama, reanudaban su peregrinaje. En sus interminables disquisiciones sin puntuación, una papilla de posibilidades quiméricas, tan reales para ellos como irreales eran la ciudad peligrosa y el circundante mundo cotidiano, Pierce oía, radiante de alegría y con una viva desazón, el fin, no el fin del mundo, no, sino el de ese mundo en el que él había crecido, el mundo que todo hombre, llegado a la edad adulta, imagina que nunca habrá de cambiar. La Climateria llegaría un día a sugerirle que el mundo crece sin cesar y estalla en posibilidades, se rebela contra el pasado, elabora el futuro y se sosiega para hacerse ponderado y viejo, todo en exactamente la misma pauta de secuencia en que lo experimenta en su vida cada ser humano; pero Pierce no conocía la Climateria en ese entonces: se dejó crecer el pelo, y contemplaba la procesión desde su ventana. Y pensaba: *Ahora, ya nada volverá, nunca jamás, a ser igual.*

Cinco

Mientras galeones de venerable edad como Noate se debatían al azar de las rompientes, el Barnabas College, ligero como un pequeño yate de paseo, había virado sin vacilar a favor de los nuevos vientos. Los cursos de historia, de química y de lenguas del viejo mundo cotidiano iban, semestre tras semestre, reduciéndose al mínimo (el 101 de Pierce acabaría por abarcar la Historia desde tiempos inmemoriales hasta casi el presente, mientras los del nivel 200, fuera de su área, trataban ahora, principalmente, no del pasado, sino de las probabilidades, las utopías y los armagedones que fascinan a todos los adolescentes). Los libros de texto clásicos eran arrumbados y sustituidos por escuetos volúmenes en rústica, a menudo elegidos por los estudiantes: al fin y al cabo, decía el doctor Sacrobosco, son ellos los que pagan. Los profesores veteranos afrontaban la situación enmudeciendo o cambiando vistosamente de chaqueta; los jóvenes como Pierce, que era casi contemporáneo de sus alumnos, enfrentaban con un sentimiento de impotencia a esos niños que parecían haber venido al Barnabas para que se les instruyera sobre un mundo de su propia invención.

Earl había tratado de prestarle ayuda.

—Es que tú no eres suficientemente *maleable* —dijo, modelando con las manos un objeto invisible—. Los chicos quieren jugar, jugar con esas ideas nuevas para ellos. Sé complaciente.

—Ser complaciente con los estudios no es la idea que yo tengo de...

—Con las fantasías, Pierce. Sé complaciente con sus fantasías. Él, Sacrobosco, dictaba un curso de astronomía, en el que se aprestaba para incluir, ante la insistencia de sus alumnos, la enseñanza práctica de la astrología judiciaria, de modo que sabía muy bien de lo que hablaba. Earl era suficientemente *maleable*. Pierce hacía todo lo posible, podía mostrarse complaciente, y lo hacía, pero continuaba pensando en su curso como en un curso *de historia*, sobre el modelo de los que él había seguido en Noate bajo la dirección de Barr: compendioso sin duda y lleno de digresiones, pero un curso de historia. Sus alumnos, aparentemente, querían otra cosa. Les encantaba escuchar las historias que Pierce parecía cosechar de sus recientes y profusas lecturas, comentaban con unánimes murmullos de admiración las ideas que proponía, pero las agasajaban indiscriminadamente, mezclándolas con sus otros invitados mentales a un guateque del que Pierce, un intruso, no podía participar. Esos jóvenes no habían venido a la universidad para librarse de sus supersticiones —como aparentemente lo hicieran los de su generación— sino en busca de otras nuevas y distintas que adoptar; no parecían comprender la naturaleza de la evidencia, y no estaban seguros de si la Edad Media venía antes o después del Renacimiento; las minuciosas distinciones de Pierce los exasperaban, y cuando mostraba consternación ante su ignorancia se sentían insultados.

—Pero éste es un curso de *Historia* —argüía, ante los rostros agresivos desús

oyentes—, un curso sobre el *tiempo pasado* y lo que realmente aconteció en ese pasado. Lo que se describe en los relatos sobre ese *tiempo pasado* no es válido sino en la medida en que da cuenta de hechos que efectivamente tuvieron lugar, y eso es por lo tanto lo que debemos aprender, y la razón por la cual, ante todo, estudiamos Historia. En cuanto a todas esas otras cosas, tal vez en el curso del doctor Sacrobosco, o en el de la señora Black sobre el Culto de las Brujas como Movimiento Feminista... —Después de la clase, sin embargo, se apiñaban sin resentimientos alrededor de su escritorio, para darle las últimas noticias de la Atlántida, de los secretos de las Pirámides, de la Era de Acuario.

—¿Qué es la Era de Acuario? —le preguntó a Earl Sacrobosco. Pierce y otro de los profesores jóvenes, una mujer llamada Julie que acababa de incorporarse al plantel de Barnabas para enseñar Periodismo de la Nueva Era, asistían a una cena íntima en casa de los Sacrobosco. Earl había adquirido un poco de *moría*, ho ho, para compartirla con los jóvenes una vez que la señora Sacrobosco se fuera a dormir.

—¿La Era de Acuario? —repitió Earl, y sus cejas se arrugaron rápidamente arriba y abajo (sin que su peluquín, siempre delator, se moviera de su sitio)—. Bueno, es un efecto de la precesión de los equinoccios. Muy simple en realidad. La tierra, ¿ves?, al girar sobre su eje —Earl enfrentó uno a otro sus dedos índices y los hizo girar— no tiene un movimiento regular, vacila un poco, gira más o menos como un trompo cuando se le está acabando la cuerda. —Los dedos describieron esa excentricidad—. Un movimiento completo, sin embargo, requiere mucho tiempo, unos veintiséis mil años, en completar su órbita. Ahora bien, uno de los efectos es que la dirección del eje que apunta hacia el cielo, el Norte verdadero, se altera lentamente con el paso del tiempo. La estrella hacia la cual apunta, la estrella boreal, no es la misma estrella al comienzo que en la mitad del ciclo.

—Ahá —dijo Pierce, visualizando.

—Otro efecto —prosiguió Earl— es que la bóveda celeste se desplaza respecto del sol. Como las posiciones relativas de los objetos de esta habitación cambian si hacéis girar la cabeza lentamente.

Los tres hicieron la prueba y por un momento rieron a carcajadas.

—Bueno —siguió diciendo Earl—, la bóveda celeste se desplaza. Lo podéis comprobar si observáis, un mismo día de cada año, en qué signo del zodiaco sale el sol; y si los días que elegís son los de los equinoccios, los que tienen la misma longitud que las noches, si entendéis lo que quiero decir. Y si lo hacéis durante mucho tiempo, durante siglos, podréis ver que el sol va retrocediendo muy lentamente. Sale, en el equinoccio, apenas un poquito más tarde cada siglo, es decir, apenas un poco más al este del signo. Y podéis suponer, claro, que seguirá haciéndolo hasta que haya retrocedido una órbita. Y eso es lo que hace. —Calló un momento, alzando las cejas, pensativo, el pequeño felpudo siempre inmóvil—. Y eso es lo que hace.

—¿Sí? —dijo Pierce—. ¿Y entonces?

—Entonces, después de un tiempo, de un tiempo larguísimo, el sol sale una mañana bajo un signo nuevo. Ha escapado de un signo y retrocedido al anterior. Ahora, en el equinoccio de primavera sale en uno de los primeros grados del signo de Piscis. Pero está siempre en tránsito, es decir, en relación con nosotros, porque en realidad somos nosotros los que estamos en tránsito; y muy pronto... bueno, «muy pronto» astronómicamente hablando, dentro de un par de centenares de años o algo así, empezará a salir bajo el signo de Acuario. Será el fin de la Era Pisciana, que comenzó hace unos dos mil años, y el comienzo de la Era de Acuario.

Dos mil años, la Era Pisciana, el mundo pasa de a.C. a d.C. Jesús. Y Jesús era un pez.

—Oh. Oh —dijo Pierce.

—Siempre en precesión, ¿os dais cuenta? —dijo Earl con aire soñador—. En precesión. Antes de Piscis fue Aries, el carnero, y antes Taurus, el toro, y así sucesivamente.

Moisés tenía cuernos de carnero, y había derribado del altar al becerro de oro. Y entonces, dos mil años atrás, viene Jesús, el pez, un cielo nuevo y una nueva tierra, y el pastor Pan huye de las laderas de las montañas. Y el mundo esperaba ahora al Aguatero, el hombre con el cántaro de agua.

—Según los chicos —dijo Pierce—, ya ha llegado.

—Sí, bueno —dijo Earl con indulgencia.

Una vez más, intensamente, tenía Pierce esa sensación de que una serie de diapositivas de linterna mágica se proyectaban dentro de él todas a la vez, superponiéndose unas a otras, todas la misma imagen. ¿También eso lo había oído decir antes de ahora y lo había olvidado? *Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna*: sí, seguro, la Virgen vuelve, porque si dos mil años atrás, cuando Virgilio escribió este verso, el sol estaba entrando en Piscis, en el equinoccio de otoño el sol saldría en... uno dos tres cuatro cinco seis... sí, en Virgo. O sea que también Virgilio al parecer sabía de estas cosas. Y él, Pierce, había leído y estudiado a Virgilio en St. Guinefort, y no lo había comprendido. Tenía la sensación de que, si todo esto continuaba, pronto se encontraría sentado nuevamente delante de su primer abecedario, de su primer catecismo, y musitando: oh, ahora lo veo, ésa era la historia que esos cuentos me narraban en clave, éste es el secreto que me ocultaban.

Díle a Vivalón que Bobalón ha muerto: el gran dios Pan ha muerto.

—Yo creía que el equinoccio era el 21 de marzo —dijo Julie.

—Y lo es, más o menos —dijo Earl.

—Pero eso es Aries.

—Fue Aries, en un tiempo; tal vez cuando todo el sistema fue codificado.

—Pero entonces todos esos signos solares, esos signos de nacimiento, son falsos. —Hablaban como si se sintiera atacada. Pierce sabía lo importante que era para ella su signo de nacimiento, los significados que le atribuía. Llevaba en una cadena colgada del cuello un escorpión de cobre esmaltado—. No son válidos.

—Se reajustan dentro del sistema —dijo Earl vagamente, y movió la mano como si sintonizara un canal en un televisor—. Se reajustan.

Pierce sacudió la cabeza, confundido. Una especie de colisión parecía estar produciéndose en él, una colisión de una magnitud sin precedentes: dos inmensos sedanes, suyos los dos, que aproximaban sus trompas lenta, lentamente, se embestían y se aplastaban los morros, los conductores paralizados de horror.

—Pero es sólo ese pequeño tambaleo —dijo.

—Imagínate el efecto, sin embargo —dijo Earl, llevándose a los labios el *joint* humeante—, si la tierra estuviera inmóvil. El firmamento entero estaría cambiando de posición. Un pequeño detalle muy importante al parecer.

—Pero no lo hace.

Earl sonrió.

—Bueno, todo eso está volviendo —farfulló, conteniendo la respiración—. Es una nueva era.

Redeunt Saturnia Regna: la vieja Edad de Oro que retorna. Muchas veces, volviendo a casa por las calles iluminadas, en la cama con Julie, tomando el desayuno, en el cuarto de baño, de pie en el aula, abstraído frente a sus estudiantes, Pierce volvía a experimentar repentinamente, como un nudo en la garganta o un zumbido en los oídos, esa impresión de colisión que había tenido por primera vez en casa de Earl: como si se encontrara en una especie de encrucijada, no, como si él mismo fuera la encrucijada, un cruce de caminos donde confluían las caravanas, cargadas de pesadas mercancías, venidas de comarcas remotas, y chocaban con otras también provenientes de lejanas tierras, pero distintas, y también con distintos derroteros; recuas, mercaderes con joyas cosidas a los forros de sus ropas, nómades de tez cetrina de ninguna parte transportando nada, correos imperiales, espías, niños extraviados. La historia que él creía conocer, el camino que tomaba cada día para ir a su trabajo, el sendero que lo conducía hacia atrás, a través de un laberinto de batallas, migraciones, conquistas, bancarrotas, revoluciones, una cosa tras de otra, hombres y mujeres que hacían y decían, soñaban y jugaban; esa senda que acababa enroscándose a ciegas sobre sí misma en el corazón de una hoguera extinguida en una estepa vasta y silenciosa —de ese camino, sí, parecía partir otro igualmente largo y laberíntico, sólo que perdido hacía mucho, muchísimo tiempo; y por alguna razón ahora, precisamente ahora, se había tornado visible una vez más, tanto para Pierce como para otros, como un viento de amanecer que se levanta mientras la noche palidece. Parecía emerger del mismísimo pie del sillón de pana raída (recientemente recogido en la calle) en el que tarde ya, a altas horas de la noche, Pierce se sentaba a meditar. En la lejanía de ese camino, el pasado no se oscurecía con la distancia, se volvía más luminoso; era el camino que conducía a las landas auróales, a los sabios ancestros que conocían lo que nosotros hemos olvidado, a las ciudades radiantes construidas con artes hoy perdidas.

Ni tampoco se alejaba serpenteando para perderse en un final entre las bestias: no,

aunque mucho más corto que el camino que Pierce llamaría la Historia, era en realidad infinito puesto que, llegado a su culminación, regresaba a sus días primigenios; la serpiente se mordía la frenética punta de su cola. Hoy en día la Historia está hecha de tiempo, pero en un pasado remoto estaba hecha de otra sustancia.

Bueno, ésta podía ser una historia para contar a sus hijos ¿verdad?, pensó. La historia de esa Historia que está hecha de tiempo, de esa Historia que es tan distinta de la Historia y a la vez tan simétrica a ella como el sueño lo es a la vigilia. Como el sueño a la vigilia.

Se levantó de su sillón nuevo con cierta dificultad y fue hasta la ventana; apagó las luces y se asomó para contemplar la ciudad jamás a oscuras.

Cierta vez, una mañana, cuando era un niño de... ¿cuántos años?, no más de cinco o seis, Pierce se había despertado de sueños aterradores, de búsquedas y pérdidas laberínticas, y su madre había tratado de explicarle la naturaleza de los sueños, por qué, aunque parece estar en peligro mortal, nunca puedes ser dañado en ellos, no realmente. Los sueños, dijo, no son más que historias con la diferencia de que no son historias de *afuera*, como las de los libros o las que cuenta papá; los sueños son tus propias historias las de *adentro*.

Las historias de *adentro* anidan cada una dentro de otra y de todas las demás, como si todas esas historias dentro de las cuales hemos estado alguna vez anidaran todavía dentro de nosotros, hasta el comienzo mismo de las cosas, cualquiera que éste sea o haya sido. Las historias son ese algo de que está hecha esa Historia que no está hecha de tiempo.

Raro, pensó, raro raro rarísimo. Y en realidad él mismo había empezado a sentirse raro, como si a través de sus pies desnudos pudiera percibir la rotación de la tierra.

Tal vez, después de todo, no había perdido para siempre su vocación; quizá sólo la había extraviado momentáneamente al cerrar, por error, la puerta a la única historia que él no podía desechar al crecer: esa historia de por qué hay una historia. Y esa puerta que antaño cerrara se había abierto repentinamente al impulso de los nuevos vientos que empezaban a soplar; y otras se abrían detrás de ella, una tras de otra, abriéndose interminablemente hacia atrás, hacia los siglos de colores.

En un principio, cuando empezó a enseñar en Barnabas, y dado el carácter un tanto ambiguo de su licenciatura en Estudios del Renacimiento, Pierce había sido nominado no sólo para la cátedra de Historia sino también para la de Literatura I, o Introducción a la Literatura Universal, un curso todavía obligatorio en aquel entonces. Homero, Sófocles, Dante, Shakespeare, Cervantes, todos pasaban al vuelo en el primer semestre, muy por encima de las cabezas de la mayoría de los estudiantes, como pterodáctilos que aletearan lentamente, vagamente vislumbrados. Pierce suponía que si más tarde en la vida se topaban con alguno de esos autores, les sería agradable poder asegurar que ya antes les habían sido presentados.

Cuando llegaba a Dante, a quien siempre había considerado insufrible, Pierce

solía usar una triquiñuela que aprendiera en Hoate del doctor Kappel, que había sido su profesor en el primer curso equivalente, y que tampoco simpatizaba con Dante. Al inicio de la clase, tal como haría el doctor Kappel, trazaba con tiza un círculo en el pizarrón.

—El mundo —decía.

Una escotilla en el borde del mundo.

—Jerusalén.

—Debajo de Jerusalén está el Infierno, que desciende como una espiral o un cono, más o menos así. —Una espiral hasta el centro del círculo del mundo—. Aquí dentro están las almas de los condenados y muchas de las almas de los ángeles caídos. En el centro mismo, en un pozo congelado, una figura gigantesca: el Diablo, Satán, Lucifer. —Un monigote—. Bien. —En el extremo más distante opuesto a Jerusalén dibujaba una marca—. Aquí hay una montaña de siete tramos: el Purgatorio, que se yergue solitaria en el desierto Mar Austral. Aquí, en los distintos tramos, hay otros muertos, los pecadores veniales cuyos crímenes han sido perdonados pero no purgados.

De un solo trazo de tiza dibujaba un círculo alrededor del que representaba la Tierra, y por encima de él, una luna creciente.

—Por encima de la Tierra, circundándola, está la Luna. Por encima de la Luna, el Sol. —Más círculos concéntricos extendiéndose hacia afuera—. Mercurio, Venus, Marte. —Cuando había siete círculos alrededor del círculo de la tierra, dibujaba uno más—. Las estrellas, todas fijas, dando vueltas alrededor de la tierra una vez cada veinticuatro horas. —Golpeaba la pizarra con la tiza—. Fuera de todo esto, Dios. Con miríadas de ángeles que cuidan de que todo gire en orden alrededor de la Tierra.

Luego retrocedía, contemplando este cuadro y preguntaba:

—Ahora bien, ¿qué es lo primero que notamos en esta imagen del Universo, que es la imagen que Dante nos presenta en su poema?

Generalmente, silencio.

—A ver, sin miedo —decía Pierce—. Lo primero, lo más evidente de esta imagen.

Una conjetura tímida, casi siempre de una chica:

—Es de una profunda inspiración religiosa.

—No no no —decía Pierce sonriendo—, no. Lo primero que notamos. —Y tomando su ejemplar de Dante, y siempre sonriendo, lo blandía delante de ellos—. *No es verdad*, no es verdadera. No hay ningún infierno en el centro de la Tierra, ningún Diablo. Falso.

No es cierto, no hay una montaña de siete tramos en el desierto Mar Austral, ni hay tampoco un desierto Mar Austral. —Contempló otra vez su dibujo—; señalando sus trazos. Los alumnos empezaban a reírse entre dientes—. La Tierra, damas y caballeros, no está en el centro del Universo, ni siquiera en el centro del sistema solar. El sol, los planetas, las estrellas, no giran alrededor de ella. En absoluto. En cuanto al

hecho de que Dios esté fuera de todo eso, no opino, pero creer en él exactamente de esta forma es difícil, diría yo.

—Bien. —Acabada la broma, se volvía de nuevo hacia ellos—. No es verdad. Ésta no es una historia verdadera y no sucede en el universo en el que habitamos nosotros. Lo que en este libro, sea lo que sea, puede haber de importante (y yo creo que es cosa importante) —y al decir esto bajaba un momento los ojos con aire reverente— no reside en el hecho de que sea informativo acerca del mundo dentro o fuera del cual vivimos. Lo que vamos a tener que descubrir es por qué, de todos modos, puede ser importante para nosotros. En otras palabras, por qué es un clásico.

Y a continuación pasaba con facilidad o al menos más fácilmente al bosque umbrío, a los sabios y los amantes, los Papas ardientes, la mierda y los escupitajos, al descenso hacia la oscuridad y el ascenso hacia la luz. Era una buena artimaña y Pierce la había perfeccionado a lo largo de dos o tres semestres, hasta que un día de fines del otoño volvió la espalda a la imagen completa y preguntó:

—Ahora bien: ¿qué es lo primero que notamos en esta imagen del Universo? —y descubrió que era observado por la pandilla de piratas (con sus cautivos) que constituían su clase de Introducción a la Literatura Universal, con los ojos opacamente vivos, las bocas apenas entreabiertas, fascinados y en paz.

—¿Qué es —repitió, sin su vigor habitual— lo primero que notamos en este cuadro del Universo?

Ellos parecían inquietos, como si notaran muchas cosas pero sin saber a ciencia cierta cuál era la primera; algunos parecían fascinados por su mándala; otros parecían dormidos o ausentes, respirando con tranquilidad. Los que parecían tener un interés febril se reían en realidad de una broma, un juego distinto del que jugaba Pierce. Y Pierce sintió crecer en su interior la horripilante certeza de que la distinción que les iba a proponer no sería comprendida; y de que tampoco él, al fin y al cabo, la comprendía ya totalmente.

—No es verdad —dijo quedamente, como si hablara a sonámbulos a quienes temiera despertar—. De veras, no es verdad.

Al salir del edificio ese día, dejando atrás los grupos de mendigos y las mesas de los panfleteros, Pierce se sorprendió preguntándose cómo se las apañaría Frank Walker Barr con sus clases en estos tiempos. El viejo Barr, el bueno de Barr sugiriendo amable, tentativamente, que aún podían quedar en este mundo galvanizado y frío algunos bolsones de misterio, algunas aldeas fronterizas aún no pacificadas y que acaso nunca pudieran ser sometidas; Barr contando historias, insistiendo en el valor de las historias, siempre con esa risita reticente. En fin, era como llevar ahora hierro a Vizcaya, era peor que eso, el mundo había girado una vuelta entera y dado a luz a un nuevo signo, *estos chicos creían las historias que les contaban*.

—Bueno, eso tiene bastante sentido —le dijo Julie—, astronómicamente puede que haya que esperar mucho tiempo; pero si estuviéramos en la cúspide podríamos

percibirlo, y sentir su influjo y ver los signos; y los vemos, yo los veo. —Sentada, cruzada de piernas sobre la cama de Pierce (que compartían), se pintaba con extático cuidado las uñas, usando lacas de colores brillantes e intentando una serie de símbolos, estrella, luna, ojo, sol, corona—. La cúspide podría ser este tiempo en blanco, cualquier cosa puede suceder, la vejez de un mundo, el nacimiento de otro. Tú estás detenido y a la espera justo en el punto de inflexión. Y todas las cosas que antes fueron, van a ser en adelante diferentes; todo lo concebible es, apenas por un segundo, posible; y ves cómo viniendo hacia ti desde el futuro la gente nueva. Y la estás viendo llegar, hermosa, y estás a la espera de oír lo que dirán, y preguntándote si la comprenderás cuando te hablen. —Alzó hacia Pierce su mano mística—. Tiene mucho, muchísimo sentido —dijo.

Ellos crearán, soñándola, la Nueva Edad del Mundo, pensó Pierce maravillado, ¿de qué otro modo pueden sino nacer las nuevas eras del mundo?

Sintió que lo inundaba un sentimiento de piedad y de amor por los niños, por las legiones andrajosas en peregrinación a lo largo del único camino que en realidad había, creando el mundo al avanzar, y en la nubécula de pensamientos que coronaba cada cabeza un único signo de interrogación.

Lo que ellos necesitaban —lo que él mismo iba a necesitar para el caso— no era tanto más historias como una valoración, una razón, una explicación de por qué esos cuentos sobre el mundo, precisamente éstos y no otros, estarían de nuevo en todas partes después de un largo sueño, y por qué, aunque no podían a primera vista ser verdaderos, podrían precisamente ahora parecer o estar convirtiéndose en verdaderos. Una explicación, un modelo; algún medio en virtud del cual aquellos que se alimentaban de fantasías como de pan pudieran saber cuáles eran, realmente, los nuevos y cuáles los viejos sueños que todavía se soñaban, historias de adentro de las que el género humano nunca había despertado del todo; o no sabía que había despertado: porque los que no saben que han despertado de un sueño están condenados a seguir soñándolo sin saberlo.

¿Y todo a causa de la Era de Acuario? No, era fatuo, claro que sí. Con seguridad no la Era sino el corazón, y tampoco todos los corazones, se trocaba de oro en plomo y otra vez en oro; Moisés tenía cuernos debido a algún error de la traducción del hebreo al latín o del latín al inglés, y Jesús era tan Cordero o León como era Pez, y el mundo giraba sobre un eje inclinado por razones que sólo él conocía y que nada tenían que ver con nosotros. Empezar por avenirse a una u otra de estas historias grandiosas... Bueno, y ¿qué se hacía con todas las demás, igualmente grandiosas y fascinantes que aparecían en la trama de la historia, si la tela (una tela tornasolada, una tafeta de matices cambiantes) fuese contemplada bajo otra luz? No, con seguridad Barr sólo había querido sugerir que las fuerzas económicas y sociales no podían, por sí mismas, generar los hechos caprichosos de la historia humana, y que el no ser capaz de experimentar las titánicas entradas y salidas de escena de alegorías barridas por el viento era perder no sólo la mitad de la gracia de la Historia, sino

excluirse uno mismo de la Forma en que la Historia, la larga vida del hombre sobre la tierra, ha sido experimentada en realidad por aquellos que la estaban creando. Lo cual es precisamente tanto el tema del historiador como lo son las condiciones materiales objetivas y los hechos que se propone descubrir.

Pero no nos apresuremos demasiado: eso era todo lo que Barr estaba diciendo a sus alumnos, a sus alumnos de uniforme gris y pelo cortado a la americana en las postrimerías de la Edad de la Razón. Reconozcamos —aunque nos sorprenda y confunda, las cosas son así— que los hechos no son en definitiva desentrañables de las historias. Fuera de nuestras historias, fuera de nosotros mismos, está el otro mundo, el mundo sin historia, el inhumano, ese absolutamente *otro* mundo físico; dentro de nuestras vidas humanas, dentro de ese mundo están nuestras historias, nuestros baluartes, sin los cuales nos volveríamos locos, tal como enloquece a la larga el hombre privado de soñar. No, verdadero no: sólo necesario.

Pero la Edad de la Razón era un castillo inexpugnable y lo que ahora Pierce oía decir constantemente era que el mundo real, el que siempre le había parecido tan invulnerable, empezaba a desmenuzarse a la luz de las investigaciones. Relatividad. Sincronicidad. Incertidumbre. Telepatía, clarividencia, gimnosofistas de Oriente levitando, transformando la propia piel en oro sólo por obra y gracia del pensamiento. Quizás el deseo pudiera lograrlo para el deseador avezado, suficientemente entrenado en las artes necesarias, esas artes tan largo tiempo reprimidas por el Santo Oficio del Imperio de la Razón que habían acabado por atrofiarse, languideciendo en cárceles. Ácidos potentes podrían, sin embargo, disolver los cerrojos, limpiar las puertas de los sentidos, dejar entrar la luz de los distantes paraísos reales. Eso era lo que Pierce escuchaba.

¿Y si Barr se hubiera equivocado? ¿Y si ni por dentro ni por fuera existieran esas categorías exclusivas, y si no toda la verdad estuviera de un solo lado de la ecuación? Porque Moisés *tenía* cuernos, sí, en cierto sentido; Jesús era un pez; y por más que aquellas fueran sólo historias de adentro, como lo son los sueños, eran sin embargo exteriores a todo individuo; y el soñar no podría sincronizarlas con el comportamiento objetivo de las constelaciones, cosa que en apariencia hacían. ¿Cómo? ¿Cómo podía ser? ¿Cómo, por ejemplo, los siglos habían llegado a ser, en la mente de Pierce, esos paneles de colores en los que nada de cuanto él aprendiera dejaría de insertarse instantáneamente? ¿Y de dónde le venía esa certeza de que cuanto más vivamente coloreados, más completos y profusos se tornaban sus lienzos, mejor comprendía él la historia en su totalidad? Y si en verdad comprendía la historia en su totalidad ¿estaban dentro o fuera sus colores?

¿Y si —hecho de su sustancia, al fin y al cabo, de sus no tan sólidos átomos y electrones, entrando íntimamente en su continuum de espacio-tiempo, en su Ecología (nuevo vocablo descubierto en el umbral de la era y que sería adoptado y estudiado) —, y si el nombre y el pensamiento del hombre y las historias del hombre se encarnaran no sólo en la verdad del *hombre* sino también en verdades sobre el

afuera, en esas verdades acerca de cómo no sólo el mundo humano sino todo el inmenso mundo sigue su marcha? ¿Y si esas viejas historias, tantas veces narradas, retornando eternamente, tan persistentes, fueran persistentes porque contienen en lenguaje cifrado el secreto de cómo funciona el mundo físico (o así llamado físico) y de cómo llegó éste a forjar al hombre, y por consiguiente el pensamiento y el sentido?

¡Ninguna de esas historias era verdadera, ninguna! Ni una sola. De acuerdo, pero ¿y si *todas* fueran verdaderas? El Universo es una caja fuerte provista de una cerradura de combinación, y la clave de la combinación está guardada dentro de la caja fuerte. En Noate, en su época existencialista, ese viejo chiste lo había reconfortado, le había procurado un amargo placer. ¡Pero la caja fuerte somos nosotros! Somos polvo, de acuerdo; pero entonces el polvo puede pensar, el polvo puede saber. La clave de la combinación está, tiene que estar, encerrada en nuestros corazones, en la sangre que bombean, en nuestros cerebros que devanan y en las historias que traman. ¿Podía ser así? ¿Era posible? ¿Cómo saberlo? Casi con desdén, como si rechazara el contacto con algo repugnante, había evitado siempre todo conocimiento sistemático del universo físico; había a duras penas aprobado cada curso de ciencias que lo obligaran a seguir en Noate, y olvidado sus aburridas y horribles enseñanzas tan pronto como cerrara detrás de él la puerta del último laboratorio. Astronomía había sido uno de esos cursos, y no recordaba nada excepto el hecho, compatible con él en ese entonces, de que los cometas (esos antiguos augures) no eran en realidad sino grandes bolas de nieve sucia. Sus conocimientos sobre los progresos de la investigación de la naturaleza de las cosas se limitaban a lo que leía en los periódicos y a lo que veía en la televisión; sólo eso, y las nociones que recibía ahora a través del aire electrificado, los rumores de Julie acerca de revelaciones a punto de salir a la luz que nunca aparecían. Naves del Más Allá que aterrizaban mientras la luna se acercaba a la Tierra; magos poderosos, hasta ahora ocultos en el Tíbet, estaban a punto de proclamarse los verdaderos amos del planeta; científicos que, explorando brechas en la trama del espacio-tiempo, habían caído en ella. El asunto había sido silenciado. Pierce temblaba de desazón; eran noticias que de ser ciertas transformarían para siempre la noción misma del tiempo y de la vida, y un momento después, riendo con alivio, reconocía en ellas una vieja historia, una historia que ya era vieja al final del milenio anterior.

Quizás una de esas que se contaban ya alrededor de la hoguera en el campamento primitivo, donde por primera vez se contaran historias en el mundo.

¿Y de dónde le nacía entonces esa desazón? Estaba temblando; abrió la ventana a la noche y se acodó en el alféizar; apoyó su larga barbilla en el hueco de las manos y así se quedó, como una gárgola, contemplando la noche.

¿Tenía un plan el mundo? ¿Lo tenía, sí o no, después de todo? Él mismo no había tenido nunca ningún plan, ni siquiera en los tiempos en que vivía dentro de las historias; pero ¿lo tendría el mundo? La gente creía que lo tenía. Sus alumnos, ávidos de historias, como un hombre que sufre de insomnio ansia soñar. Incluso Julie

buscaría, en la misma esquina y a la misma hora del día, otro billete de cinco dólares; en la misma fase de la luna tal vez, en la misma muesca de la rueda de la fortuna que le concediera el primero. Julie creía que los gitanos podían adivinar el porvenir.

¿Tenía un plan el mundo? ¿O parecía acaso no tenerlo tan solo porque él, Pierce, había olvidado el suyo?

Una cristalina mañana de mayo, cuando todos los demás parecían haberse embarcado, él y Julie, sentados frente a frente delante de la lacerada mesa de la cocina, se preparaban para partir: entre ellos había un alto vaso de agua y en un platillo dos terrones de azúcar teñidos de azul, que el vecino de arriba, un hombre hirsuto de ojos dulces, había adquirido para ellos.

Años después, Pierce se preguntaría si en aquel momento no habría traspuesto una especie de puerta lateral de la existencia y abandonado para siempre el curso que, de otro modo, habría tomado su vida; pero eso no le importaba puesto que no había vuelta atrás para averiguarlo, no había retorno en el sendero que pronto empezó a desplegarse bajo sus pies. Nada que hacer: no, no era ninguna metáfora, y si lo fuera, era entonces tan intensamente una metáfora que el tenor y su vehículo, no idénticos, también hubieran podido serlo. Y en realidad, en algún momento de aquella mañana interminable, se hizo evidente que la verdad misma era una metáfora, no, ni siquiera una metáfora, apenas una dirección, una dirección que apuntaba hacia la más reveladora de las metáforas, a la que no se llegaría jamás. La vida es un viaje, es sólo un único viaje. A lo largo de ella hay un único camino, un bosque oscuro, una colina, un río que cruzar, una ciudad adonde llegar; una aurora y un crepúsculo; sólo que cada uno de estos hitos es encontrado una y otra vez, y aprendido y comprendido, descrito, olvidado y perdido y vuelto a encontrar. Y, simultáneamente —Pierce, inhalando jadeante los Vientos del Tiempo, lo sentía con la sorprendida certeza de un Bruno descubriendo a Copérnico, del primer hombre en la historia que lo percibiera —, el Universo se extiende hacia afuera infinitamente y en cualquier dirección que uno pueda atisbar o pensar, y en todo instante.

Oh, veo, dijo, veo, comprendo, mientras escuchaba cómo una infinidad de saltimbanquis, lo bastante diminutos como para caber en las volutas de su delicada alquimia, se colocaban uno por uno, cada cual en su sitio. Ese día supo dónde está el cielo y dónde el infierno, y dónde la montaña de siete tramos, y al conocer la simple verdad, se rió a carcajadas. Y supo las respuestas, que luego olvidaría, a otro centenar de preguntas. Y después olvidó las preguntas; pero durante algunos años, no a menudo pero sí de tanto en tanto, recibiría, como una marea que alcanza un guijarro seco y luego refluye, una pizca de la comprensión que adquiriera ese día; y por un momento sentiría en la boca el sabor salado de su certeza.

Seis

Eran los tiempos en que Pierce se había convertido en un profesor popular entre sus alumnos del Barnabas; cuando lo creían poseedor de un secreto por revelar, un secreto que le había costado no poco descubrir. La pila de libros comprados, prestados y hurtados crecía sin cesar junto al sillón de pana que recogiera en la calle; llegaba a la clase cargado con los botines exóticos que de ellos saqueaba; no había suficientes minutos en una hora, horas en un semestre, que le alcanzaran para descargarlos todos.

Mientras tanto, la gran procesión continuaba, girando sobre si misma, ensombrecida por el desgaste y las penurias; los que asistían irregularmente a sus clases y, sentados en el suelo, escuchaban sus historias, parecían cada vez más ajenos a la Civilización Occidental, criaturas venidas de tierras lejanas, en viaje hacia otras regiones más distantes, inimaginables para él, y que allí hacían un alto, extenuados y polvorientos, sólo para un descanso momentáneo.

Pierce seguía trabajando en su Suma. Mientras allá lejos, en el Medio Oeste, Rosie Rasmussen y su Mike fundaban un hogar en una Vetville gris, a la sombra de una universidad enorme y turbulenta; mientras Spofford aguardaba silencioso y tenso en la sala de rehabilitación de un hospital de Harlem, en compañía de otros seis que no podían olvidar cierta playa remota al amanecer, cierta colina verde. Pierce leía y leía: leía a Barr y leía a Vico, y leía la *Esteganografía* de Lois Rose; leía los cuentos de Grimm y de Frobenius y los *Cuentos de las flores* y la *Magna historia del Santo Grial* y la *Historia de la sociedad real* de Sprat; leía a George Santayana (no, no), y Giorgio di Santillana (¡sí, sí!) y una docena de textos que pudo haber leído en Noate y nunca lo hizo; leía *La rama dorada* y *La leyenda áurea* y *El asno de oro* de Apuleyo. Mientras en el centro de la ciudad, el pichón de Esfinge, todavía una colegiala, registraba el botiquín de Effie buscando píldoras que pudiera tomar; mientras Beau Brachman, en la cima de una montaña de Colorado, esperaba la aparición y el aterrizaje de naves astrales venidas del Más Allá, Pierce, de pie en la azotea, con un ejemplar ilustrado de Higino en una mano y una linterna en la otra, veía por primera vez, en el cielo contaminado, salir la luna bajo un signo, el signo de Piscis, dos peces enlazados por la cola.

Una pregunta, había dicho Barr; una pregunta lleva a otra, y ésta a una tercera, y ésta a otras, y así sucesiva, interminablemente; la tarea de una vida. Pierce aprendió dónde están las cuatro esquinas de la tierra, porque no son los cuatro puntos cardinales; aprendió por qué hay nueve coros de ángeles y no diez u ocho, y dónde puede encontrarse cada noche el perdido cáliz de siete anillos de Jamshyd; no llegó a saber por qué la gente cree que los gitanos pueden adivinar el porvenir, pero sí por qué hay veinticuatro horas en un día, y doce signos del zodiaco, y también doce apóstoles. Poco a poco, iba haciéndose evidente que no hay cosa alguna en la historia humana cuyo número sea obra del azar; si el número de cualquier grupo de héroes, o

las medidas de un navío, o los días de marcha, o las colinas sobre las que se ha edificado una ciudad, no constituían una cifra satisfactoria, entonces el tiempo, el ingenio y el sueño, acabarían por desgastar o completar los hechos, hasta que adquirieran también uno de los pequeños conjuntos de números enteros y figuras geométricas regulares que habitan en el corazón del hombre, la combinación de la caja fuerte.

Pierce empezó a pensar que aun cuando magia, ciencia y religión no *significaran la misma cosa*, sus significados sí *apuntaban en la misma dirección*. Quizás el Significado fuera, en realidad, tan solo un ingrediente de ciertos elementos que el mundo ofrecía, y no de otros; quizá naciera del mismo modo que el sabor emerge de una conjunción de especias y hierbas, de una prolongada cocción y un paladar sensitivo; sin ser reductible sin embargo a ninguna de tales cosas; quizá fuera sólo una palabra para designar a esa conjunción sin nombre, el nudo en su garganta, el zumbido en sus oídos, *oh, lo veo, lo comprendo*.

Fuera lo que fuese, Pierce le había tomado afecto. Al doble juego de las especulaciones de Barr, y a los compulsivos cuentos fantásticos de su infancia y el pequeño volumen sobre la vida de Bruno, todavía sin leer, se sumaron libros sobre la mecánica celeste y las funciones de los sentidos y las entrañas del átomo; sobre la historia de la iconografía y la hechicería cristiana, los procesos de aprendizaje de los niños, etc. Dentro de esos libros se había abierto una senda, una senda vislumbrada en sus bibliografías y Pierce, aunque a oscuras por momentos, aburrido y asqueado a veces, se dejaba conducir desde las notas a pie de página al texto, de ediciones en rústica, con cubiertas brillantes, repletas de fantasías, a viejos libracos encuadernados, atiborrados de letra impresa, deteniéndose sólo para juntar el valor necesario para continuar, para atisbar y ver, si podía, qué pioneros —en el caso de que los hubiera habido— habían transitado antes este mismo camino; y recogía al andar los hechos más singulares, los brillantes fragmentos de una cosa y de otra.

Y de pronto, inesperadamente tomó un recodo que reconoció; cierto día, llegó a la cima de una colina y, asombrado, alzó los ojos a un paisaje que le era familiar, las fronteras de un país que ya conocía.

Un país que ya conocía; un país del que en un tiempo había sabido muchas cosas, aunque durante años no había pensado en él. Un país en cuyas fronteras le parecía haberse detenido a menudo, en otro tiempo, en los largos atardeceres del verano, cuando la falsa geografía de las colinas norteanas de Kentucky, a las que inexplicablemente fuera exiliado, se desvanecían, y un territorio más real emergía no muy lejos de allí; el que era su verdadero país.

La primavera había llegado, la primera del nuevo mundo, y el verano lanzó una vez más a los nómadas a las calles. Hasta que se lo robaron, Pierce había visto en su televisor a multitudes de ellos, la cruzada de los niños drogados a lo largo de las calles de las ciudades, apretujándose contra la implacable fachada de algún edificio público; atropellados por una suerte de carroza de Kali coronada de calaveras y el

humo del gas lacrimógeno.

La pequeña Barnabas, a pesar o tal vez a causa de sus aires elitistas, había sido invadida, casi sin resistencia, por una especie de migración oriental o trashumancia ibérica; y mientras Pierce pasaba los días más calurosos del curso de verano encerrado en su despacho, leyendo y comiendo galletas saladas de un paquete que había encontrado en un cajón de su escritorio, los chicos pintarrajeaban las paredes de las aulas riendo y cantando y voceando proclamas por la paz. Estaba leyendo *El otoño de la Edad Media*, de Huizinga, que, creía recordar, le había sido asignado en Noate como tema para un examen, que incluso había aprobado, pero que no recordaba haber leído.

Al despuntar el día, la multitud irrumpió en el gran salón donde iba a celebrarse la fiesta, «algunos para curiosear, otros para regodearse, otros para saquear o robar vituallas o cualquier cosa que hallasen». Los miembros del Parlamento y de la Universidad, el preboste de los mercaderes y los regidores, luego de haber logrado, con gran dificultad, entrar en el salón, encuentran las mesas que les asignaran ocupadas por toda suerte de artesanos. Intentan desalojarlos «pero tan pronto como conseguían expulsar a uno o dos, seis u ocho ocupaban las sillas del otro lado de la mesa».

Era eso, sirenas, tanto las quejumbrosas como el imperioso Claxon. En el interior, los chavales empezaban a romper las ventanas; y puertas afuera montaban barricadas en las escaleras, voceando proclamas exultantes, desafiantes. Pierce podía oírlos, aunque no verlos, a través de la ventana ciega de su despacho, que daba a un pozo de aire. Ojeaba al pasar las páginas del pequeño volumen.

... más de un príncipe destronado, yendo a la deriva de corte en corte y sin fortuna, pero cargado de proyectos y aún nimbado por el esplendor de aquel maravilloso Oriente que había dejado atrás: el rey de Armenia, el rey de Chipre, y dentro de poco el emperador de Constantinopla. No es extraño que el pueblo de París creyera en el cuento de los gitanos, que hicieron su aparición en 1427: «un duque, un conde y diez hombres, todos a caballo», mientras los demás, que ascendían a ciento veinte, permanecían en las afueras de la ciudad. Venían de Egipto, decían; el Papa les había ordenado, a modo de castigo por su apostasía, errar por el mundo durante siete años sin dormir nunca en una cama; en un tiempo habían sido rail doscientos, pero el rey, la reina y los demás habían perecido en el camino. A fin de mitigar un tanto sus penalidades, el Papa ordenó a los obispos y abades que les concedieran una dádiva de diez libras *tournoises*. Los habitantes de París acudieron en gran número a verlos y a hacerse adivinar el porvenir por las mujeres, que los aligeraban de sus dineros «por arte de magia o por otros recursos».

Más potente que el clamor de la Nueva Era en torno de él, Pierce tuvo por un instante la sensación de una respuesta, tan de improviso que le llevó un momento pensar exactamente a qué pregunta respondía. Buscó de nuevo el pasaje.

Venían de Egipto, decían...

Oh. Oh sí; oh sí, desde luego. Egipto.

Una respuesta simple: eso había dicho Barr. Una respuesta simple, una que él incluso conocía de algún modo, sólo que había ignorado este dato esencial; pero ahora lo tenía, ahora sabía.

Y mira por dónde.

Egipto: pero el país de donde ellos trajeran sus artes mágicas probablemente no había sido Egipto; no, no por cierto, no el de las historias que Pierce había conocido antaño. Habría sido un país parecido a Egipto, un país cercano a Egipto quizá, pero no, en modo alguno, ese Egipto.

Mira por dónde, mira tú por dónde.

Las páginas del librito se cerraron en las manos de Pierce; los cánticos agudos de los estudiantes eran ahora ahogados por las órdenes insistentes de los altavoces. Luego se oyeron confusos gruñidos, un alarido de horror, y el tap-tap de las pistolas de gas lacrimógeno. Pierce iba a ser liberado.

En otro mundo, en posesión de una simple respuesta, antes que las humaredas insidiosas llegaran a su recinto, Pierce permanecía inmóvil, la mirada absorta, pensando: *Mira tú, mira tú, par dónde.*

Pierce, hijo único, tenía nueve años cuando su madre dejó a su padre para siempre en Brooklyn (por razones que con el correr de los años serían obvias para Pierce, pero que en ese entonces no resultaban nada claras) y lo llevó a Kentucky a vivir con su hermano.

Sam, cuya esposa había muerto, y con los cuatro hijos de Sam, en un caserón solitario y ruinoso situado en lo alto de la única y brevísima calle de una pequeña ciudad minera. Sam trabajaba abajo, en el pueblo, era médico de un hospital de la Misión católica, curaba los pulmones de los mineros, atendía a sus esposas-niñas y atormentaba a sus hijos. Los chicos de Sam —Pierce incluido— no iban a la sórdida escuela local: tomaban clases en casa, por las mañanas, con *Miss Martha*, la hermana y ama de llaves del cura.

Excepto Joe Boyd, el hijo mayor de Sam. Cuando Pierce fue a vivir con ellos, Joe Boyd era ya demasiado mayor para que lo obligaran a tomar clases con *miss Martha*; demasiado mayor y difícil para que lo obligaran a hacer cualquier cosa que él decidiera no hacer. Era un muchacho con cara de zorro que se arremangaba las camisas de manga corta por encima de los enjutos músculos de sus brazos; seguía, supuestamente, un curso de lectura con Sam, pero en realidad lo único que Joe Boyd

adoraba eran los coches. A Pierce lo aterrizzaba.

Y Hildy, un año después de la llegada de Pierce, también dejó de estudiar bajo la tutela de *miss* Martha para asistir a la escuela Reina de los Ángeles, en las lejanas montañas de Sharon, cinco días a la semana, potaje de avena para el desayuno y sábanas remendadas y letanías. El hecho de que años más tarde también ella se hiciera monja, una de esas monjas agrias, impertinentes, y en el fondo altruistas y valientes, no era óbice para que aderezara y se regodeara contando una y otra vez los horrores de aquélla mansión de ladrillo rojo, la rosa de Sharon, el lirio del valle.

De modo que en adelante las clases serían para Pierce, y para la silenciosa y reservada Roberta, a quien llamaban *Bird*, y luego para Warren, el bebé, un terrón informe a los ojos de Pierce cuando llegó a la casa, y que sólo con los años adquiriría una personalidad decidida e inteligente. Los chicos cantaban para *miss* Martha, recitaban para *miss* Mardia, escuchaban a *miss* Martha evocar el recuerdo de su santa madre Opal Boyd, y escapaban de *Miss* Martha a mediodía para entregarse a juegos que ella jamás oiría mencionar, y que no hubiera podido imaginar. La madre de Pierce, Winnie, cuando llegó a la casa, trató de reunirlos a todos, por las tardes, un par de veces por semana, para enseñarles francés, pero pronto agotaron su paciencia. Desde el mediodía hasta la mañana, de mayo a octubre, eran libres.

Ésa era la familia a la cual Pierce iba a tener que incorporarse, una antigua familia de la pequeña nobleza, se hubiera dicho, a juzgar por la vida retirada que llevaban, por la singularidad de sus circunstancias, que como extranjeros vivieran aislados en una plaza fuerte. Eran los chicos Oliphant los únicos que tomaban clases con la hermana del cura; los únicos (hasta donde él sabía) que cada mes recibían un cajón de libros de la Biblioteca del Estado de la lejana Lexington, en las praderas azules. Opal, la esposa de Sam (en un tiempo maestra de escuela también ella, y tutora indulgente de sus hijos, que rendían un orgulloso culto a su memoria), había descubierto esa posible solución, la de conseguir que el Estado enviara cajas con libros a aquella fortaleza iletrada, y Winnie continuó con el sistema; mes tras mes los libros ya leídos eran empacados y devueltos por correo, y otra caja era expedida al recibirlos, envío que satisfacía relativamente los vagos requisitos de la lista de los Oliphant (la Abuela Viento-Oeste, más historias de caballos, «algo sobre albañilería», alguna cosa de Tropolle), y que se recogía y se abría en la oficina de correos, con una mezcla de entusiasmo y decepción, una Navidad cada mes. Pierce, rememorando su confusión y desdén por este sistema estrambótico —estrambótico para un niño que había tenido a su alcance la inmensa y virtualmente ilimitada Biblioteca Pública de Brooklyn, pues su padre iba allí cada dos semanas y Pierce que siempre lo había acompañado y podía tener cualquier libro que señalara—, Pierce, recordando aquellas maltrechas cajas de libros de la Biblioteca, se preguntó si acaso habrían sido ellos, los bibliotecarios o quienquiera que fuesen los que las preparaban, quienes, al enviarle algunos libros repletos de nociones anticuadas y ortografía peregrina, le habían sugerido por primera vez la existencia de ese país fantasma, ese antiguo y lejano país que era algo así como

Egipto, pero no Egipto, no, no Egipto en absoluto, un país con una historia diferente, cuyo nombre se escribía por lo demás con una pequeña pero decisiva diferencia: no era Egipto sino *Ægypto*.

En una noche de ciudad insoportable, demasiado calurosa para dormir, demasiado calurosa y estridente de sirenas y música el interminable ir y venir de la procesión, Pierce estaba ante su ventana con un cigarrillo liado a mano entre los dedos, con ese país una vez más delante de él, y a la vez en el pasado: *Ægypto*.

¿Por qué creemos que los gitanos pueden adivinar la suerte?

Porque en realidad ellos no vinieron de Egipto, sino de *Ægypto*, el país donde se conocían todos los secretos de la magia. Y todavía hoy llevan consigo, aunque acaso en algún aspecto desvirtuadas, las artes que poseyeron sus ancestros. Pierce, al pensar en eso, rió a carcajadas.

¿Y por qué andaban errantes sobre la tierra, y por qué continúan errantes? Porque *Ægypto* ha sucumbido. Ha dejado de existir. Cualquiera que sea el país que hoy ocupa su geografía, *Ægypto* ha desaparecido, ha dejado de existir desde que la última de sus ciudades, en el Oriente más remoto, declinó y sucumbió. Entonces sus sabios hombres y mujeres se pusieron en marcha, llevando consigo su sabiduría, para conservar el recuerdo de su tierra natal y sin embargo nunca hablar de ella, para adoptar las vestimentas y costumbres de los países a los cuales iban, para tener aventuras, para curar (porque eran insignes doctores) y para transmitir sus secretos a sus descendientes, a fin de que no se perdieran.

Y así estos gitanos (¡*Ægypto*anos!, claro que sí, la misma palabra) probablemente no fueran en verdad oriundos de Egipto, sólo fingían serlo; porque los que realmente venían de allí se habían juramentado guardar silencio y secreto.

Razón por la cual a Pierce le había sido tan difícil descubrirlos, escondidos en la historia, tras los vaivenes de las aventuras en que se vieran envueltos desde entonces, a lo largo de los siglos. Vistos de fuera, disfrazados —por así decir— en las enjundiosas páginas de la enciclopedia, en el libro de historia de *miss* Martha, se confundían con el paisaje, sus historias podían ser mal interpretadas; vistos de friera, no parecían magos, o caballeros juramentados de *Ægypto*.

Vistos de fuera, tampoco él y sus primos parecían serlo: las viejas instantáneas mostraban sólo chicos zarrapastrosos en un paisaje degradado, el este de Kentucky, trenes carboneros que resoplaban interminablemente al otro lado de la cumbre de su montaña, una cumbre en nada distinta de cualquier otra, aparentemente no parcelada ni acotada por secretas geometrías. Claro que no. Era preciso que estuvieras dentro para saberlo, que te lo dijeran; también ellos estaban juramentados a guardar el secreto.

La Cofradía Invisible.

¿Por qué, se preguntaba Pierce, si ellos estaban allí absolutamente solos y nunca separados unos de otros, habían fundado sin cesar clubes, asociaciones, fraternidades, jurándose lealtad mutua?

Cuando llegó de Brooklyn a vivir con ellos, Pierce había tenido que esperar largo tiempo antes de ser iniciado en el Club de Alanos de Joe Boyd; Joe Boyd, el mayor de sus primos, su presidente vitalicio. La Cofradía Invisible había sido un invento de Pierce, para contrarrestar tal exclusión; astutamente, con premeditada alevosía, él no había excluido de ella a Joe Boyd; por el contrario, lo había elegido presidente, aunque el hecho de que lo fuera, de que perteneciera al grupo, y la existencia misma de la Cofradía Invisible siguieron siendo un secreto para Joe Boyd, un secreto que todos los otros Invisibles (todos los chicos menos Joe) se habían comprometido a guardar para siempre.

¿Su invento? No, los Invisibles habían existido siempre; Pierce sólo se había enterado, por insinuaciones de los libros, de su existencia inmemorial; eran caballeros más antiguos que los de Arturo; probablemente los de Arturo habían sido, en realidad, sólo algunos de los capitulares, como eran capitulares en cierto sentido todos los buenos, sabios y valientes. ¿Qué otros miembros había habido a lo largo de los siglos? Era difícil saberlo con certeza, pero Pierce, cuando sus primos lo interrogaban, parecía estar en condiciones de elegirlos, a causa de cierta responsabilidad que él personalmente tenía para con ellos (secretario general, al fin y al cabo, de su propio capítulo). Gene Autry, casi con certeza, sabía muchas cosas que su cara de luna llena ocultaba. Sherlock Holmes y *sir* Flinders Petrie. ¿Ike? Él pensaba que no, aunque la cuestión suscitaba un problema que nunca había podido resolver del todo: era posible, desde luego, pertenecer a esa Cofradía sin que nadie más lo supiera, sin que el hecho saliera a luz jamás, durante siglos, pero ¿podría alguien ser uno de los Invisibles *sin que él mismo lo supiera nunca*? Su artimaña al admitir en ella a Joe Boyd parecía demostrar (especialmente a ojos de Hildy, legalista y lógica de espíritu, y un tanto escéptica respecto de la Cofradía de Pierce) que en efecto era posible.

Bueno, tal vez lo fuese. Pierce no era quién para decidirlo, como hubiera sucedido de haberla inventado él; pero no había sido él, él sólo había entrado en ella como en un imperio, y estaba tan sorprendido al descubrir su forma y sus historias como sus primos: no era un cuento, sino Historia. Una vez llevado a cabo el descubrimiento inicial —que ese país existía, había existido alguna vez, ese país que era de algún modo el país de las pirámides y la Esfinge, pero no exactamente ese país—, se trataba sólo de descifrar qué otros hechos aparecían ante él, descubrir si descendían de aquel país en tecnicolor de De Mille, poblado de faraones, esclavos curados por el sol y judíos, o de aquel otro país, el país fantasma, Ægypto, el país de aquellos sabios caballeros, un país de selvas y montañas y costas marinas y una ciudad constelada de templos donde comenzaba una historia de nunca acabar.

Una historia de nunca acabar; una historia que se continuaba en él y en sus primos, una historia que continuaba en el hecho de que Pierce la descubriera y la elaborara en los conciliábulos nocturnos de la Cofradía Invisible cuando se suponía que todos dormían, discutiendo los interrogantes que esa historia suscitaba, las

preguntas que sus primos le hacían en la oscuridad. ¿Seguirían ellos en esa historia incluso cuando fuesen mayores? Claro que sí: era una historia de mayores. ¿Irían ellos alguna vez a *Ægypto* y cómo? Tal vez sí, si la historia llegaba alguna vez a su fin. Porque al término de la historia (tal como la oía o imaginaba Pierce) todos los exiliados volverían a esa ciudad del Oriente más remoto, llegados de todo clima y todo tiempo, topándose, sorprendidos, los unos con los otros: «¿Tú? No, ¿tú también?», reunidos al fin para contarse la historia de sus aventuras. Y por qué no ellos también, él y sus primos, y tal vez Sam y la tía Winnie, la madre de Pierce, y también Axel, su padre, sí, yendo en barco o tren o avión secretamente a...

—«Adocentyn» —dijo Pierce en voz alta.

Asomado a la ventana de su apartamento suburbano sintió el paso de una ráfaga extraña, como un viento en su cabello. Hacía muchos años que no oía el nombre de esa ciudad. El juego había terminado súbitamente al irse Pierce a St. Guinefbrt. Ya no hubo más historias. Eran cosas de niños y, ya mayor, habiendo renunciado a ellas, sus primos más jóvenes no se atrevían a pedirle que las continuara —tan serio como parecía, con su corbata universitaria y su corte a la americana—. ¿Pensarían aún, alguna vez, en ella?, se preguntó. Adocentyn.

Y a propósito ¿cómo había dado él con ese nombre? ¿De dónde lo había robado, qué libro se lo había cedido para que lo aplicara a su país imaginario? A su oído adulto, sonaba tan absolutamente inventado como podía serlo un nombre, tan mágico como un nombre escuchado en un sueño, un nombre que en el sueño tiene un significado que perderá por completo cuando uno se despierte.

Se preguntó si podría descubrir de dónde lo había sacado. Si algún índice de algún libro (¿qué libro?) podría brindárselo. Si habría otras historias como las de los gitanos, historias que él pudiera descubrir y que también vinieran de su Egipto fantasma, *Ægypto*. Podía haberlas. Tenía que haberlas: al fin y al cabo, de alguna parte había sacado él las historias que contara. De la Historia, había dicho a sus primos; desde la época en que dejara de pensar en ello por completo, había empezado a suponer que lo había sacado todo de su propia cabezota, pero tal vez no había sido así. Es decir, sin duda su *Agypto* era imaginario, sólo que acaso no había sido él quien lo inventara.

Si pudiera volver allá, y averiguarlo; desandar ese camino comoquiera y regresar.

—¿Pierce? —La voz de Julie, desde el interior de la alcoba oscura donde chirriaba el ventilador—. ¿Todavía levantado?

—Ahá.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensando.

No iba a ser fácil hallarlo de nuevo; no, era justamente la clase de país que, una vez abandonado, ya no es fácil reencontrar. El esfuerzo parecía inmenso y fútil, como si no fuera él sino el mundo mismo el que tuviera que ser obligado a girar en sentido contrario al natural.

—Son los efectos del ácido —dijo Julie, soñolienta—. Ven a acostarte.

Adocentyn, pensó Pierce. Oh Ægypto.

Una brisa empezaba a soplar, ya cerca del amanecer, un viento de mar; Pierce inhaló, agradecido, su frescor salobre. Él volvería: seguiría adelante volviendo atrás. Tal vez, como Hansel, había sembrado miguitas de pan a lo largo del camino, y tal vez no todas esas miguitas habían sido comidas por los pájaros.

En marcha entonces, pensó Pierce. En marcha. Su cigarrillo se había consumido hasta convertirse en un fragmento pardo y lo tiró a la calle, un breve meteoro. En las escaleras de incendio del edificio de enfrente, la gente había preparado camas, adoseladas con telas de colores y alumbradas por bujías. Calle abajo, habían abierto una bomba de agua, y el agua fluía hacia la alcantarilla arrastrando botes de cerveza, condones, cajas de fósforos, hojas de periódicos. Carillones al viento, cencerros de camellos, ladridos de perros, una pandereta sacudida con desgana. El caravasar en pleno despierto, sudando a chorros.

Si él creía que no había ninguna historia en la Historia, que todo se reducía a una maldita cosa después de otra —había dicho Barr— era simplemente porque había dejado de reconocerse. Él, Pierce, había dejado de reconocerse. Y sin embargo, cada una de las historias en cuyo interior había estado alguna vez, permanecían aún dentro de él, las mas grandes dentro de las más pequeñas, el sueño dentro de la vigilia, todas allí, para ser rescatadas del mismo modo que se rescata un sueño al despertar, retrocediendo desde sus últimos momentos hasta los primeros.

Empezó por rastrear Egipto: escarbando las ruinas, llevando a casa grandes folios desde la Biblioteca Pública de Brooklyn, olfateando índices, acomodándose para ramonear. En ninguno de ellos estaba lo que él estaba buscando. El tema era vasto, sin duda, y la Egiptología llenaba largos anaqueles de la biblioteca, tenía sus propios Antiguo, Medio y Nuevo Imperio: estudios arcaicos, en numerosos volúmenes de cuyo limo vetusto asomaban grabados; y luego análisis mitográficos más modernos, resistentes e impenetrables como las Pirámides; y por último obras de divulgación, decadentes, atiborradas de fotos en color... En ninguno de ellos aparecía el país que él buscaba. Se sentía como alguien que, habiendo emprendido viaje a la Memphis de los cocodrilos y los templos iluminados por la luna, desembocaba intempestivamente en Tennessee.

¿Por qué creemos nosotros que los gitanos pueden adivinar el porvenir? Porque en un tiempo creíamos que eran egipcios, aunque no lo son; y nos parecía natural suponer que habrían heredado, aunque un tanto desvaída, la sabiduría secreta que, como todo el mundo sabe, poseyeron los egipcios. ¿Y por qué en nuestros billetes de un dólar hemos estampado la pirámide de Egipto, coronada por su ojo místico? Porque del antiguo Egipto proviene el idioma secreto de la libertad de espíritu, la iluminación, el conocimiento, la geometría en virtud de la cual podemos proyectar el Nuevo Orden de las Edades.

¡Pero no es así! Esos egipcios reales, cuya historia estaba leyendo Pierce, habían

sido los más testarudos y materialistas, los menos imaginativos burócratas del espíritu que él había encontrado jamás. Lejos de ser capaces de imaginar la libertad espiritual, convencidos como estaban de que sólo el cuerpo físico, preservado en su caja como un pastel de frutas, podía sobrevivir a las disoluciones de la muerte, habían pergeñado sus repugnantes técnicas de embalsamamiento. Cuanto más se enzarzaba Pierce en sus mitologías, opresivas en su elaboración inacabable, mejor comprendía que habían querido decir exactamente lo que decían: aquellas historias tediosas no eran alegorías de conciencia que los sabios habían de interpretar, a pesar de que hasta Platón las había creído tales; no eran emblemas mágicos, no eran arte, eran ciencia. Los egipcios pensaban que el mundo funcionaba de esta exacta manera, manejado por estos personajes, representando este sueño grotesco. Pierce llegó a la conclusión de que el estado ideal, para un egipcio de la Antigüedad, era estar muerto; o en el peor de los casos, inmóvil, dormido y soñando.

Nada de todo eso era lo que Pierce había querido significar, en absoluto. Acababa de llegar a la conclusión de que debía de haberlo inventado todo, porque la noble historia que él conocía no podía haberle sido sugerida por esa entelequia. Acababa de llegar a esa conclusión.

De improviso, por otro camino, sin su hábito de monje, atribulado, fugitivo, Giordano Bruno apareció como el Conejo Blanco, o mejor dicho reapareció, pues el pequeño volumen de Fellowes Kraft había subido a la cima de la pila como un pensamiento a la punta de la lengua de Pierce; y Pierce tomó el rumbo que él le señalaba, que no era por cierto Egipto sino el lugar de donde él había partido: el Renacimiento; no la época de los faraones sino la de Shakespeare, cuyo contemporáneo cercano era Bruno. Y avanzando, avanzando, atónito, intrigado, se encontró una vez más en fronteras que reconoció.

Oh, lo recuerdo, lo veo. Mira tú, mira por dónde...

Empezó a abandonar —poco a poco, y sin que él mismo lo admitiera del todo— el intento de construir un compendio, un vademécum para sus chicos en su peregrinaje; de todas maneras, ese compendio había adquirido dimensiones demasiado enormes para que pudiera introducirse en el espacio de un curso de historia ordinario, requería no un curso, una universidad propia. Continuaba enseñando, pero su sendero se había bifurcado; siguió a Bruno, caminó alo largo de avenidas, bajo arcadas emblemáticas, a la vera de templos encolumnados; se extravió en los suburbios de una ciudad barroca, a la vez inconclusa y ruinosa; descubrió un geométrico parque de juegos; se internó en un oscuro, interminable, topiario laberíntico.

Pero Pierce, pionero, algo sabía ya acerca de los laberintos; había recogido, en su camino, migajas de información acerca de ellos: en cualquier laberinto, de bosque o de piedra, de arbustos zoomórficos o de cristal o de tiempo, extiende la mano y *sigue el muro de la izquierda*, adonde quiera que te lleve. Sigue, sigue siempre el muro de tu izquierda.

Pierce extendió la mano, y avanzó; y al viajar así (en su sillón de felpa rescatado de la calle, con los libros apilados junto a él), empezó a descubrir que lo que él buscaba, el laberinto en el que había entrado, lo que en cada recodo se volvía para él tanto más claro, (*oh, veo*) eran los lineamentos de la respuesta a su antigua pregunta respondida, y cuando al cabo, en otro mundo, la Esfinge, en el blanco cuarto de baño de su madre, le hizo a él la misma pregunta, él ya tenía su compendio: la extraña, inverosímil, incluso divertidísima historia. Él dio su explicación, pero no pudo saber cuanto había escuchado ella realmente de esa explicación, cuanto había entrado en su recargado cerebro. Pierce sabía por qué la gente cree que los gitanos pueden adivinar el porvenir; sabía por qué esa pirámide y ese ojo místico aparecen en cada billete de un dólar, y de qué país provenía el Nuevo Orden de las Edades. Era el mismo país que el país de donde venían los gitanos, y no era Egipto.

No Egipto sino Ægypto: porque hay más de una historia del mundo.

En la bochornosa mañana de agosto, Pierce bajaba por un camino de tierra, desde la casa de Spofford a la carretera asfaltada que corre a la vera del río Blackbury y atraviesa Bella Vista. Bien desayunado y listo para volver a su rutina, de todos modos no le habría disgustado concederse un día de gracia antes de reanudar el viaje a Conurbana; hacía años que no había estado en un lugar campestre —y con la Esfinge, al no tener coche, habían pasado la mayor parte de sus veranos climatizados en la ciudad— y ahora, mientras caminaba, sentía volver a él su infancia: no tanto en recuerdos concretos (aunque muchos de ellos también) como en una sucesión de Pierces pretéritos cuya joven existencia podía paladear en el aire que aspiraba. Eran el día y el campo, aunque poco había aquí aparte de verano y verdor para recordarle las colinas escabrosas, horadadas de la Quebrada de Cumberland; y sin embargo, era suficiente al parecer.

Tal vez, pensó, tal vez sólo al errabundo, al desplazado le es concedido recordar de esta manera, cuando repentinamente se encuentran en una atmósfera semejante al país que han abandonado. Quizá, si uno vive toda la vida en un mismo lugar, y crece mientras el mismo año transcurre idénticamente una y otra vez, entonces las cosas no queden permanentemente atrás, se conserven intactas como flores prensadas que se vuelven a abrir, idénticas y enteras, cuando se las sumerge en el agua de antaño. De ser así, a sus primos debía de ocurrirles lo mismo que a él, porque todos ellos estaban ahora desplazados: Hildy en tierras extrañas, Joe Boyd (lo último que supo Pierce) en California, Bird en una ciudad del Medio Oeste, Warren vendiendo automóviles en Canadá. ¿No sería gracioso que un día, hoy por ejemplo, cada uno de ellos encontrara, de pronto, en un tramo de camino polvoriento como éste, o en un viejo libro, o en un dibujo de gotas de lluvia o de rayos de sol, o en una aleatoria disposición de su química interna algo que los llevara de vuelta de una forma tan total y repentina como lo había llevado ahora a él, a aquel entonces? Pues si eso ocurriera, todos ellos serían devueltos al mismo lugar. Una reunión de familia, ignorada por ellos mismos, dispersos como estaban a través del continente. La Cofradía Invisible

se reúne de nuevo.

Los mismos lugareños de ayer, u otros pero similares, sentados a la entrada de la pequeña tienda, lo saludaron apaciblemente cuando entró en el oloroso interior, por la chirriante puerta mosquitera. Echó en el buzón la carta de Spofford para su Rosie, y sacó del bolsillo una moneda y la carta del Peter Ramus College.

Media hora más tarde estaba fuera otra vez, atónito, no sabía si maldecir o reír a carcajadas. Estudió a la luz del sol la carta que lo había traído aquí, que lo tentara a venir hasta aquí, y que aquí lo dejara varado: parecía una carta de verdad, su nombre estaba escrito en ella, no meramente agregado como en una circular, podía palpar en el reverso las huellas de los golpes de la máquina, la firma al pie era de tinta... no, observada ahora con detenimiento parecía ser un sello de algún tipo. De todos modos la carta era falsa, el engendro que alguna computadora sin seso produjera en dependencias de la universidad, mientras el Departamento de Historia tomaba unas determinaciones muy otras.

El puesto que lo invitaban a solicitar ya estaba ocupado, ya había sido cubierto antes de que él saliera de la ciudad; antes incluso de que él recibiera esta carta fantasma.

No había sido fácil llegar a esta conclusión. La computadora estaba «de baja» ese día, y su legajo, chispas de electromagnetismo perdidas en la desmemoria, era ahora inhallable. Los secretarios de los departamentos, la oficina del decano, ninguno de ellos, nadie estaba dispuesto a imaginar una posibilidad tan estúpida, y aun cuando Pierce estuviera obligado a plantearla, incrédulo también, parecían decididos a cargarle a él toda la culpa. ¿Por qué no se había cerciorado antes de venir? ¿Por qué no se había cerciorado?

¿Por qué no se había cerciorado? Pierce echó a andar sin rumbo por la carretera, con la carta todavía en la mano. ¿A eso se había llegado, a que debas cerciorarte de que tu asunto es real y no una tomadura de pelo electrónica, fraguada en la oscuridad? Su culpa, por haber confiado en el correo. Muy señores míos, en mi poder obra la suya del 15, puedo actuar de acuerdo con ella o se trata sólo de un mal chiste.

Tal vez pudiera demandarles. Se rió, sí, de pie en el estrecho puente que cruzaba el río, una carcajada sardónica, y sacudió la cabeza para vaciarla de ese futuro, que — él no lo había comprendido— iba a evaporarse dejándolo sin ningún otro. El año lectivo estaba ya demasiado avanzado para solicitar mucho más.

¿De modo que así son las cosas?, pensó, mirando el río pardo y lento. ¿Tendría que admitir que le quitaban el peso de la historia como ocupación?

Quizá la librería de antaño volviera a darle empleo. Todavía le quedaba mucho tiempo para vivir. ¿Qué podía hacer?

Criar ovejas. Rió de nuevo, con la mente en blanco: ni siquiera valía la pena pensarlo: pensarlo sólo podía conducir a una conclusión. Él no podía volver a Barnabas; no podía humillarse, arrodillarse delante de Earl Sacrobosco. Jamás.

Dio media vuelta, a ciegas, para encaminarse a casa de Spofford, y estuvo a punto

de ser atropellado por un vehículo, una camioneta de las más grandes, repleta de perros, niños y equipaje, que en ese momento atravesaba el puente, en el que apenas cabía, y que siguió su camino costeando el río, dejando un tizne de humo de gasolina en el día.

Siete

Era la escena de César asesinado en el Capitolio. Manchando la toga blanca, recogida por encima de los faldones de terciopelo y de las calzas de seda, chorreaba la sangre roja, la sangre que manaba a borbotones de cada nueva puñalada que le infligían los conspiradores hundiendo sus cuchillos hasta la empuñadura. Y mientras se desangraba, tambaleante, tenía tiempo el gran César para pronunciar un largo monólogo acerca de la envidia que siempre abatirá a las águilas capaces de volar a las alturas; la envidia brutal, decía, y hacía un complicado juego de palabras con Bruto y brutal y las bestias brutas que él había albergado en su pecho, como el mancebo griego y el zorro; al igual que el mancebo, él no diría una palabra más, no aunque le devoraran las entrañas. Dijo muchas palabras más, mientras algunos de los espectadores lloraban a gritos de piedad y horror, y unos pocos reían de que no hubiese muerto todavía. Y por fin se cubría el rostro con la toga ensangrentada y se desplomaba cuan largo era sobre las tablas: el entarimado trepidó bajo su peso.

Y ahí estaba otra vez, con un nuevo ropaje de colores vivos, bailando la jiga que seguía a la representación, zamarreando con elegancia a la esposa de Bruto. Y ahora de nuevo, en la taberna de Stratford, bebiendo con los conspiradores, un poco ronco, y sudando en el bochornoso calor de agosto. Will, fuera del mesón, encaramado sobre un banco, observaba la escena a través de una ventana abierta, lo veía hacer girar una moneda con el dorso de los dedos, una vez, y otra vez, y otra.

—Y por ese Bruto lleva el nombre de Britania este país, lo sé por un sabio famoso, el doctor Dee, mi amigo.

—No es ése, entonces —dijo Jenkins, el nuevo maestro de escuela—, no es ese Bruto.

—¿No? —dijo el actor jugueteando con su moneda—, ¿no fue ese César el que vino a esta isla? ¿Y no fue él quien construyó la torre de Londres y logró célebres victorias? ¿Negáis eso, señor?

Era difícil saber si el actor estaba indignado o divertido; sus ojos se agrandaban y echaban chispas; su índice apuntaba como una adarga; pero la moneda seguía moviéndose apaciblemente entre los nudillos de su otra mano, iba y venía.

—Y Bruto era hijo de César, su hijo adoptivo. Ergo.

—No era ese Bruto —dijo Maese Jenkins. Jenkins permanecía de pie, sin beber, las manos detrás de la espalda como si no estuviera en esa estancia baja. Will lo observaba; en el próximo período escolar estaría bajo su tutela, y necesitaba saber lo más posible acerca de ese hombre.

—Fue, con toda certeza, Bruto de Troya, quien vivió mucho antes de la existencia de Roma. Después de que Troya sucumbiera bajo el poder de los griegos. Bruto vino a esta isla como Eneas fue a fundar Roma, por lo tanto no somos britanos sino brutanos.

—Brutanos, sin duda —dijo el César, y pronunció su discurso de muerte.

Cuántas veces, pensó Will, cuántas veces ha muerto César desde que murió, delante de cuántos miles de ojos. Se acodó en el alféizar, todos sus sentidos reconcentrados, escuchando. César hizo una súbita pausa teatral, un alto exagerado, fingiendo que veía al muchacho por primera vez.

—¿Quién es ese diablejo asomado a la ventana? ¿Por qué me mira con tanta fijeza?

—Es el hijo de John Shakespeare.

—¿Qué mal habré hecho yo para que me mire de ese modo? Tiene el pelo rojo como el mismo Diablo. Me aterroriza.

El gesto que hizo levantando la mano, con los dedos en garra apuntando hacia afuera, alzando las cejas y los párpados inferiores, era la viva imagen del terror. Will rió con los demás, y César se mostró ofendido, adoptando una postura digna y majestuosa: las manos extendidas sobre la mesa, los ojos bajos.

—Cantemos —dijo—, cantemos una canción alegre.

Entonó una ronda, lúgubrementemente, pero en voz tan baja y lenta que era imposible unirse a ella: ahora era un hombre triste, un hombre tristísimo que quería cantar. Will deslumbrado temblaba de la risa. Con una palabra, un gesto, ese hombre era capaz de crear un personaje, un personaje que conocías pero que ignorabas conocer, como si los tuviera a todos en su interior y no supiera cuál sería el próximo en asomar por un momento.

—A ver, chico, el de la ventana. ¿Sabes cantar esta canción?

—Sé —dijo Will.

—Bien, pues cántala entonces, muchacho. Esto va por tu pelo rojo. —Con un chasquido de los dedos hizo girar la moneda en dirección a Will, sin que pareciera haberla lanzado. Will esperó que cayera y cantó. La alondra y el ruiseñor. Tenía una auténtica voz de soprano, alta y poderosa, y él lo sabía. No haría mal a nadie dejando que Jenkins lo oyera; si gustaba tanto del canto como Maese Simón Hunt, su maestro del año anterior, también este año sería fácil para Will.

Estrechaba la rosa contra su pecho. Una lágrima redonda en sus ojos.

Todos guardaban silencio escuchando al muchacho que cantaba en la ventana; y César, Maese James Burbage, de la Compañía del Conde de Leicester, había vuelto a guardar en su interior sus múltiples personajes, y prestaba intensa atención, con un aire entre extático y especulativo, como un pañero que palpa con los dedos una tela de lana recién encurtida, o un maestro cervecero que observa cómo mana, de un nuevo casco, el claro brebaje.

Rosie cerró el libro, dejando un dedo en la página; Sam venía corriendo hacia ella, dejando atrás su pelota, que la siguió rebotando un par de veces, una de esas pelotas rayadas, roja y blanca, con un cielo azul y estrellas en su hemisferio norte. Sam se escondió a medias detrás de la chaise-longue de Rosie, mirando hacia la puerta lateral de la galena.

—Ahí viene —dijo.

Rosie rió:

—¿De veras?

Sam miraba fascinada cómo se abría la puerta y su tío abuelo Boney Rasmussen entraba en la galería a pasos lentos, cautelosos.

—La señora Pisky ha preparado un poco de té helado —dijo. Sostuvo la puerta abierta con la ayuda de una silla y volvió a entrar en la casa.

—¿Ves? —dijo Sam.

—Sí —dijo Rosie—. Té helado. Qué rico.

Abrazó a su hija. Sam veía a Boney como un personaje aterrador y prodigioso, un animal enorme, quizás un monstruo, cuyos movimientos había que vigilar con cautela; y entre el cual y uno mismo era mejor interponer algo, preferentemente su madre, sobre todo al comienzo de cualquier encuentro.

—Pero Boney, qué amable. Tendrías que haberme llamado, yo hubiera ido a buscarlo.

Boney entró con una bandeja, que sostenía con ambas manos, razón por la que había usado la silla para mantener la puerta abierta. La depositó sobre la gran mesa de mimbre, ofreciéndola con una mano: había un vaso alto y uno pequeño, y azúcar y limón, y un plato con barquillos.

—Apuesto a que el vaso pequeño es para ti —dijo Rosie empujando a su hija hacia adelante. Boney se alejó unos pasos mirando con aire ausente más allá de los amplios toldos de la galería. Percibía con absoluta claridad la impresión que le causaba a Sam, y tenía sumo cuidado —cosa que conmovía profundamente a Rosie— en no imponerle su presencia. Sam se acercó con cautela para tomar su vaso.

—Hermosa tarde —comentó Boney, sin dirigirse a nadie—. Quizá llueva.

Era por cierto llamativamente feo. Su cráneo oscuro y calvo estaba moteado de manchas parduzcas y recubierto de una pátina verdosa y brillante como de cuero viejo, semejante a la piel de un lagarto. Las manos, de uñas amarillentas, parecían enfundadas en guantes flojos y arrugados del mismo material, y le temblaban sin cesar, como al ritmo de su pulso. Rosie no sabía con exactitud qué edad tenía, pero parecía tan viejo como era posible serio, y seguir aún andando. Y en realidad Boney andaba mucho, incluso montaba en una vieja bicicleta, por los senderos y caminos de Arcadia.

Uno de esos viejos, pensaba Rosie, que siguen adelante, aunque a ritmo lento; paciente con un mundo que se ha vuelto espeso como una melaza, y siempre difícil. Boney en bicicleta, Boney haciendo un poco de jardinería, Boney subiendo escaleras: probablemente era más penoso verlo que para él hacerlo.

Volvió hacia ella sus gruesas gafas ahumadas de azul.

—¿Qué estás leyendo?

Rosie le mostró *Manzanas mordidas*.

—Es divertido —dijo ella—. Pero ¿será cierto todo esto? Lo de Shakespeare, digo, eso de que escapó de su casa para convertirse en actor.

Boney sonrió. Su dentadura postiza era tan vieja como la natural de la mayoría de la gente; la porcelana estaba adelgazándose hasta volverse casi transparente en algunas partes, hasta dejar ver brillos de oro.

—Yo nunca pregunto —dijo— qué es lo cierto de sus libros. Él investigaba mucho.

—¿Lo conociste, entonces?

—¿A Sandy Kraft? Claro. Sí, Sandy y yo fuimos buenos amigos.

—¿Sandy?

—Así lo llamábamos.

Rosie observó la solapa interior de la cubierta. Allí había una fotografía de Fellowes Kraft, un hombre sin edad, de mirada amable, con una camisa abierta, la mejilla apoyada en el puño, un mechón de pelo claro cayéndole sobre la frente. ¿Treinta años atrás, cuarenta? La fecha de edición era 1941, pero la foto podía ser más antigua.

—Hum —dijo—, vivía en Stonykill.

—Cerca. Esa casa, tú sabes cuál. La compró a fines de los años treinta. Ahora es propiedad de la Fundación. Sandy estuvo con la Fundación algún tiempo, iba y venía. También tenemos sus derechos de autor, todavía rinden algo, aunque te sorprenda. —Cruzó las manos temblonas por detrás de la espalda, y miró a lo lejos—. Era un buen hombre, y yo lo echo de menos.

—¿Queda algún descendiente suyo por aquí?

—Oh no. —Boney sonrió otra vez—. Sandy no era de los que se casan, ¿sabes lo que te quiero decir? —¿Eh?—. Ah! —dijo Rosie.

—Lo que nosotros llamábamos un solterón empedernido. —Pero eso es lo que eres tú, Boney.

—Bueno —él lanzó una mirada ladina—. Según cómo lo digas significa cosas diferentes. No vayas a sembrar rumores de ese tipo sobre mi persona.

Rosie se echó a reír. Ese recato a la antigua usanza. Boney, ella lo sabía, tenía un secreto en su pasado, una pena secreta de la que ¡nunca se hablaba; algo que pudo haber sido, que debió haber sido, un terrible escándalo, pero que no fue. En esos tiempos ya no había escándalos secretos. Estaban ahí, a la vista de todos, para que todo el mundo hablara de ellos y aconsejara. Miró en dirección al ancho portón de entrada. A la sombra de los arcos se hallaba estacionada la camioneta, atiborrada del equipaje que no había decidido aún desempacar. Boney la había recibido instantáneamente y sin hacer preguntas, como si ella hubiera venido simplemente a hacerle una larga visita; y la señora Pisky, su ama de llaves en el último milenio o poco menos, había tenido que conformarse con la explicación de Boney. Bueno, señora P., Rosie y Sam han venido a pasar una temporadita con nosotros, ¿qué le parece el dormitorio del ala oeste? Tiene un baño cerca y la salita. Ay, señor Rasmussen, no se han ventilado, ni nada de eso; voy a hacer un poco de limpieza. Es agradable tener gente joven en la casa ¿no? Cualesquiera que hubieran sido los

pesares, pensaba Rosie, que las antiguas reticencias hubieran causado u ocultado alguna vez, también podían llegar a ser un alivio, si una no tenía una explicación que dar, si quería marcharse de casa por algún tiempo y no podía decir por qué. La señora Pisky podía ser una hipócrita, porque sin duda había echado una ojeada a las cosas que Rosie había traído a la casa, una vida disipada todavía sin purgar, hojillas de fumar en el alhajero y Sam confundida y no tan pulcra como debiera estar; pasto para la imaginación de la señora Pisky, sin duda; pero Boney, Rosie estaba segura, no sólo no decía nada sino que, en la medida en que era consecuente con su cariño, tampoco pensaba nada.

Arcadia. Qué hubiera hecho ella, pensó con humildad, si no hubiese existido Arcadia. La gran Arcadia, parda y opaca, con su galería de lajas de piedra y su chaise-longue de mimbre en donde Podía tenderse al fresco, como lo hiciera de niña, con un libro, un libro de la biblioteca, por cuyas páginas reptaban el verano y las Colinas Lejanas; ¿qué hubiera hecho? ¿Cómo se las arreglaría la gente que no tenía adonde ir, cuando necesitaba hacer algo terrible y no estaba preparada?

—¿Notaste —dijo Boney, viéndola retomar *Manzanas mordidas*— que Kraft usa pequeños guiones, en lugar de comillas, para indicar los diálogos?

—Sí, y eso confunde un poco, me parece.

—Bueno, yo también lo creo, dificulta la lectura. Pero ¿quieres saber por qué hace eso? Él me lo explicó en una ocasión. Me dijo que no podía pretender que los personajes históricos hubiesen dicho letra por letra lo que él les hace decir. Que en realidad ellos nunca dijeron esas cosas, me dijo. Y que con los guiones no parece tanto que la gente estuviera realmente hablando. Sandy decía: «Es más como si estuvieras soñando con lo que habrían tenido que decir de haber hecho las cosas que hicieron». —Bajó los ojos lentamente, sin moverse, para mirar a Sam, que se había acercado a él con la misma cautela—. Eso es todo —dijo con voz grave. Sam y él se miraron; ella alzando la rubia cabecita, y él inclinando su cráneo de lagarto—. Hola, Sam.

Rosie recibió el peso de su hija en su regazo, y lanzó un gruñido. Sam huía de la proximidad de Boney. Volvió las páginas de *Manzanas mordidas*, que se habían cerrado de golpe, para encontrar de nuevo la que estaba leyendo.

Boney, a punto de salir, con la mano ya en la puerta mosquitera, se detuvo.

—Rosie —dijo— ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Te parece que necesitarás hablar con un abogado?

—Oh, oh, Boney.

—Te lo preguntaba porque...

—No sé, creo que no por ahora.

—Cuando quieras, dímelo —dijo Boney—, y hablaré con Allan Buttermann. Eso es todo.

Esbozando una pequeña sonrisa salió por la puerta, bajó los peldaños, cortos y

anchos, como si fueran empinados. Sam, al ver que se iba, se levantó de golpe y partió tras de él, escabulléndose por la puerta antes de que ésta se cerrara por sus propios viejos y lentos resortes; y bajó los peldaños que también para ella eran empinados; Boney notó que Sam lo seguía pero no se dio por enterado.

La tarde se prolongaba, interminable; larga, larguísima; abogados, por favor, lo que faltaba. El joven Will volvía a casa por la calle Henley, dejaba atrás los mataderos y la cruz del mercado, y llegaba a la puerta de la casa con el corazón latiéndole al galope; iba a someter a la aprobación de su padre una invitación de James Burbage, para formar parte, como uno de los mancebos, de la compañía de cómicos del Conde de Leicester.

En el taller de guantes de la planta baja, con su eterno olor a cuero, no encontró a nadie. Subió a la estancia superior, oyendo una conversación en voz baja. El cuarto estaba casi en penumbra, los postigos cerrados a medias; y con el día de agosto centelleándole aún en los ojos, Will no pudo distinguir en un principio quién estaba de pie detrás de la silla de su padre.

Su padre se secaba los ojos con la manga; al parecer había estado llorando. Otra vez. En la puerta del fondo se hallaba su madre, de pie, las manos bajo el delantal, sin duda atribulada, pero era imposible adivinar sus pensamientos. El hombre que estaba detrás de la silla de su padre, alto, de pelo ralo, era su maestro del año anterior, Maese Simón Hunt.

—Will, Will. «—Su padre atrajo al muchacho hacia sí con un ademán de ambas manos—. Will, hijo mío, justamente estábamos hablando de ti.

Todos lo miraban. En la vieja y ahumada oscuridad, los ojos de todos le parecieron ascuas. Y Will sintió un estremecimiento de aprensión que le heló el sudor en la nuca. No se acercó a su padre.

—Will, aquí está Maese Hunt. Hemos orado juntos largamente. Por ti, por todos nosotros. Will, Maese Hunt parte de viaje, mañana al amanecer.

Will no dijo nada. Con frecuencia, en los últimos tiempos había encontrado a Hunt, el maestro de escuela, con su padre, y a su padre llorando. Hunt y él hablaban en voz baja sobre la antigua religión, y sobre la triste situación del mundo hoy en día, y aseguraban que nada podría marchar bien hasta que la verdadera religión volviera a imperar una vez más en esta tierra. También a él, Will, Hunt lo había llevado aparte muchas veces, y le había hablado en voz baja y vehemente; y Will, paralizado de extrañeza, había escuchado y asentido cuando le parecía necesario, comprendiendo bien poco lo que se le decía, pero sintiendo la vehemencia de Hunt como un contacto físico que quería esquivar.

—Voy a partir por mar, Will —dijo Maese Hunt—, a conocer otra tierras y a servir a Dios. ¿No es maravilloso?

—¿A dónde os marcháis? —preguntó Will.

—A los Países Bajos. A una universidad muy famosa, donde hay hombres ilustrados y piadosos. Y valientes además. Servidores de Dios.

¿Por qué estaban hablándole de esa manera, como si fuera un bebé, un niño a quien quisieran conquistar para algo? Sólo su madre había guardado silencio. Permanecía tesa junto a la puerta, mitad dentro y mitad fuera de la estancia, como lo hacía cuando su esposo reprendía o castigaba a sus hijos, sin atreverse a interceder en favor de ellos, y sin querer, no obstante, participar del castigo. Ellos esperaban que hablase, Hunt esperaba, pero él no tenía nada que decir excepto su novedad, que no podía comunicar ahora: eso lo sabía.

—Ven, hijo, ven.

Las lágrimas se agolpaban en la voz de su padre. Will, reticente, fue hacia él; Hunt asintió solemnemente, como si aquello fuera en efecto lo que correspondía hacer. Su padre lo tomó en sus brazos y le palmeó la espalda.

—Quiero decirte algo. He decidido, Maese Hunt y yo hemos decidido, con la ayuda de Dios, que mañana viajarás con él al extranjero, allende los mares. Escúchame, escucha.

Porque Will había comenzado a retroceder, pero su padre no lo soltaba. Un horror comenzaba a crecer en su corazón; querían entregarlo a Hunt, una educación interminable, la voz y el tacto de Hunt por siempre. No.

—Oh hijo mío, oh hijo mío. Tú tienes buena cabeza, tienes muy buena cabeza, mejor cabeza que yo. Reflexiona, reflexiona. Allí encontrarás sabiduría, una sabiduría sagrada que no puedes tener aquí. Escucha, Will: es un tesoro en donde buscar las razones del mundo. Escucha; tú eres un buen hijo, un buen hijo.

Aprisionado en los brazos de su padre, una calma misteriosa se había adueñado de Will; una astucia que casi parecía no pertenecerle, un susurro en su oído, que lo sosegaba; y su padre, al percibirlo lo soltó de su abrazo. Y tomándolo por los hombros lo retuvo frente a él, en tanto sus ojos húmedos le escrutaban el rostro.

—Buen muchacho, muchacho valiente. ¿No dices nada?

—Haré vuestra voluntad, padre.

Las lágrimas manaron a borbotones de los ojos de su padre, Will se aconsejó a sí mismo: di que sí, sí, sólo sí. Su madre se cubrió: el rostro con el delantal.

—Fue preciso guardar el secreto —dijo Hunt—. Así tenía que ser. No podíamos decírtelo hasta el último momento, por temor a los poderes de este mundo.

—Sí.

Se arrodilló a los pies de Will y lo miró a los ojos.

—Una aventura, muchacho. Partir en secreto, con las primeras luces del alba. Yo seré el caballero y tú mi paje. Y combatiremos con cada diablo que el mundo nos presente, porque el mundo está plagado de ellos hoy en día.

—Sí.

Su sonrisa era de algún modo peor aún que su rostro solemne. El rostro de Will sonrió a su vez.

—Habrán cantos allá. Habrán cantos, cantos como tú jamás has oído, y representaciones, e iglesias repletas de maravillas, creadas en alabanza de Dios.

Maravillosas como las de cualquier libro. No como esta tierra ensombrecida donde se abomina de la belleza y la alegoría. Y la verdad, Will, la verdad que es preciso conocer.

Will retrocedió un paso.

—¿Al alba? —preguntó.

—Sí —dijo Hunt—. Yo me marcharé ahora para prepararlo todo. Lleva poco equipaje, se te proveerá de todo.

Se levantó otra vez, ansioso y vehemente, con su rostro habitual, y se sentó a la mesa, donde Will vio ahora que se contaba dinero de una faltriquera de piel. Hunt y su padre, juntaron las cabezas.

—Habrà alojamiento en Londres —dijo Hunt—. Mi amigo providente; está al tanto de esto. Pero la chalana que nos llevará de allí a Greenwich habrá que contratarla...

Volvieron la cabeza a un mismo tiempo, como un solo hombre, para observar a Will, que se alejaba unos pasos más.

—Iré a prepararme —dijo.

—Hazlo —dijo Hunt con un guiño—. Ya volveré a eso de la medianoche. ¿No vas a dormir?

—No.

—Ve con él, ve con él —dijo John Shakespeare a su esposa—. Ve con él.

Pero Will, antes de que llegara su madre, ya había subido» su buharda y trancó la puerta antes de que su madre pudiera dar alcance.

Un abismo inmenso se había abierto en el mundo, y él de pronto se había encontrado en el borde. En la orilla opuesta estaban su padre y Hunt, pidiéndole que lo saltara; y su madre, que le pedía que fuera hacia ella. Pero él no podía. No podía sentir nada más que el peligro, un peligro inminente; sólo podía pensar veloz y serenamente cómo abandonarlos y salvarse; y la mente le chirriaba como los engranajes de un reloj a punto de dar las campanadas.

—¿Will? —dijo su madre en voz baja. Will no respondió. Sacó papel de un nicho secreto que había en la pared (amaba el papel y guardaba trozos limpios cuando los encontraba) y tomó un pequeño cuerno de tinta. Las manos le temblaban al ritmo del corazón, y sólo por un acto de la voluntad consiguió sosegarlas. Apoyó el papel sobre el antepecho de la diminuta ventana, y a su luz empezó a escribir; estropeó una hoja, y empezó otra, ya más sereno, las palabras volando a la lengua de su mente como si su padre estuviese pronunciándolas de verdad: o, si no su propio padre, algún padre, un padre creíble, un padre cuya voz él podía escuchar con claridad.

Apenas se hizo de noche, llevó el atado de camisas y calzas que su madre le había preparado, y el pequeño monedero que le había dado su padre, y el nuevo par de guantes de cabrito que él mismo se había confeccionado todo arriba a su cuarto; para meditar y rezar allí, dijo, y esperar a Maese Hunt. Y cuando le pareció que su hermano y su hermana estaban ya profundamente dormidos, y su padre, abajo, con su

vino, salió por la ventana y bajó por el costado de la casa, gracias a un artilugio que tiempo atrás había ideado para escapar en las noches de verano como ésta.

Maese James Burbage tenía gran prisa por salir del poblado.

Uno de los miembros de su compañía se había enzarzado en una riña con un mozo del lugar, por un poco de dinero o una ramera; el otro, el bribonzuelo, había llevado la peor parte, y ahora podía morir. Burbage, furioso con su muchacho, no tenía sin embargo la intención de esperar el fallo de la justicia local y que lo multaran o algo peor; y a las diez de la noche, mientras estaba esperando que ataran al carretón con las correas las últimas piezas de utilería para partir a la luz de la luna, Will lo sobresaltó hasta el punto de hacerlo gritar, acercándose a él con paso furtivo y tironeándole de la manga.

¿Dio crédito a la nota que el muchacho le entregó? Firmada, y refrendada por un tal Maese Simón Hunt. Confiando en que tratará a mi hijo, el susodicho William, de buena fe y honestamente, y le enseñará el oficio, el negocio y las artes del actor, en la compañía de mi señor de Leicester. Mi hijo bienamado, cuya persona y fortuna confío al mentado Maese Burbage. No se mencionaba paga alguna; Burbage nunca había conocido ni conocería jamás al tal señor Shakespeare; en la oscuridad el rostro del pelirrojo era una máscara, una máscara que decía *he hecho lo que se requería de mí y heme aquí preparado*. No, Maese Burbage no lo creyó, ni por un instante, ni tampoco creyó en la cara del muchacho. Pero pensó que un magistrado, llegado el caso, lo creería; o que, de todos modos, perdonaría a Burbage por haberlo creído; y llevaba mucha prisa; y el tunante tenía voz de ángel.

—Sube, entonces —dijo, dándole a Will un empujón que no era nada comparado con el ímpetu que le había dado al enardecido corazón del muchacho—. Sube al pescante. No, no, en el pescante no, métete ahí abajo, bien acurrucado. Así. Bien, joven Maese Shakespeare, aprendiz de cómico, te quedarás en ese lugar hasta que hayamos pasado el puente de Clopton, e incluso más allá. Y ahora: ¡arre! ¡arre!

Y la pequeña caravana con Maese Burbage en el pescante, y el resto de los miembros de la compañía encaramados a los carretones, o montados de a dos en los caballos, o caminando a la zaga, e intercambiando canciones y parlamentos, amén de una bota de cuero, salió de Stratford, cruzó el puente de Clopton, y enfiló rumbo al sur, tomando la carretera de Londres; y Will, acurrucado en el carretón, haciendo girar entre sus dedos una moneda de una corona, prestaba oídos (mientras las orejas parecían crecerle, enormes como campanas) a las conversaciones y a la noche, con el corazón resistiéndose a dejar de ladral galope.

La nota que dejara a su padre decía que se había marchado a Bristol para engancharse en algún barco, hacerse a la mar con destino al Nuevo Mundo, y labrar en él fortuna, o perecer en la empresa.

—Teléfono —dijo la señora Pisky asomando la cabeza por la venena de la galería—. Teléfono para usted.

Rosie cerró el libro, con un dedo marcando la página. Esforzándose por mantener

la calma, se levantó de la silla.

—Gracias —dijo. Suspiró, qué fastidio, pero en realidad era para exhalar esa oscuridad repentina que la había invadido; y en el mismo momento, sobre el parque y la galería; qué era eso; ah, las nubes espesas que durante tantas horas habían estado haciendo tiempo en los alrededores se cernían al fin sobre la casa. Y además empezaba a levantarse viento. Mientras la casa se oscurecía rápidamente, Rosie siguió a la señora Pisky hasta el teléfono.

—Hola.

—Hola, Rosie.

—Hola, Mike.

Una pausa más bien prolongada, y Rosie supo que de ahora en adelante, tal vez no para siempre, pero por un tiempo que de todos modos no cambiaría la situación, todas sus conversaciones comenzarían con un silencio.

—Para empezar —dijo Mike—. Para empezar has dejado aquí los pañales de noche de Sam. Tres cajas.

—Oh.

—¿Quieres venir a buscarlos?

—Me parece que todavía tengo un par por aquí. En el bolso de viaje.

Otro silencio. Él «para empezar» había sentado una protesta que Rosie estaba dispuesta a dejarle proseguir. Si él tenía una lista de reclamos, ella podría responder a cada uno a medida que aparecieran.

—También he encontrado —dijo él, con la voz del arqueólogo paciente que estuviera tratando de identificar los detritos que ella había dejado— algo que parece el espejo retrovisor de la camioneta.

—Ah, sí, pensaba pegarlo, pero no pude encontrar el Epoxy.

—¿El Epoxy?

—Eso fue lo que usó Gene. Sólo que quizá no puso suficiente. Yo creía que quedaba un poco en la caja de herramientas. Pero no. Él se echó a reír.

—Bueno, mientras esté aquí no va a servirte de mucho. Ella no hizo ningún comentario, eso no formaba parte de la lista. Siguió esperando. Lo oyó suspirar, un suspiro introductorio, como si se dispusiera a ir al grano.

—¿Quieres decirme —prosiguió— cuáles son tus planes, si es que los tienes?

—Bueno —dijo ella. Alzó la vista; la señora Pisky estaba atareada con algo, o fingía estarlo, en la despensa contigua al comedor. Rosie podía ver su gran oreja pendular.

—¿Quieres decirme de una vez por todas...?

—Bueno, por ahora no hay nada que decir, Mike —dijo ella en voz baja—. No ahora, quiero decir, esta misma tarde. —Escuchó una especie de bufido del otro lado, que podía implicar un paciente meneo de cabeza o quizá gesto de impaciencia—. Quiero decir...

Se te avisó, y nada de esto es una sorpresa, eso, eso era lo que ella quería decir.

La capacidad de Mike para reiniciar las antiguas conversaciones, las viejas negociaciones a partir de cero, era en verdad inagotable. Probablemente era la consecuencia de tener que hacerlo siempre en las terapias. Él parecía florecer en ese regodeo, en tanto Rosie languidecía, se enmarañaba y quedaba sin habla, incapaz de terminar una frase.

—¿Quieres decir...? —Mike esperó.

A Rosie le pareció que él cambiaba el teléfono de oreja, y que se acomodaba mejor. Conocía tan bien todo esto, Mike esperaba paciente, generoso, exudando lo que Rosie llamaba la Nube de Poder. Y mientras la veía, la nube se disipó y Rosie supo que estaba fuera y más allá de esa nube, y que el hecho de estar fuera y más allá era la razón por la cual se hallaba ahora en Arcadia y no en Stonykill.

—Quiero decir que no tengo nada que decir...

—Mm. Humm...

Rosie notó que el dedo del corazón, que había dejado apretando las páginas del libro, se le había dormido entre ellas. Lo liberó. Un trueno retumbó largo y suave, como un suspiro de alivio. Soltó el libro, que se cerró de golpe, sobre la mesa. Apoyó la mano sobre la Página de la portada.

—Bueno ¿qué estás haciendo? —dijo él, una nueva táctica.

—Leyendo.

—¿Qué?

—Un libro.

Debajo del título estaba la cita de la cual éste provenía: *Estos son los jóvenes que alborotan en el tablado y riñen por manzanas mordidas*, de Enrique VIII.

—Rosie, creo que merezco siquiera un poquito de franqueza. Supongo que crees que no soy capaz de imaginar lo que sientes, pero...

—Oh, Michael. Por favor, habla normalmente. —Durante el silencio que siguió, tomó una decisión—. Sucede que, simplemente, no tengo nada que decir, nada que pueda decirte. En serio, si tú realmente quieres hablar de esto ahora mismo, pues, bueno, puedes llamar a Allan Butterman.

—¿A quién?

—A Allan Butterman. Es un abogado.

La casa se había oscurecido como si fuera de noche. Hubo un retumbar de truenos, más imperioso; en la despensa, la señora Pisky chasqueó la lengua y encendió la luz.

—Su número de teléfono está en la guía; supongo.

Grandes masas de aire húmedo y caliente erraban por las habitaciones; la señora Pisky, nerviosa, iba y venía por el comedor, cerrando las ventanas, cuyas ligeras cortinas de verano se agitaban como manos alarmadas.

—Escucha, Mike, está empezando a llover, tengo que ir en busca de Sam. Adiós. Cortó.

Echó una ojeada a su reloj. El bufete del abogado estaría cerrado ahora; llamaría a

primera hora de la mañana, antes de que lo hiciera Mike. Si lo hacía.

Todo anda bien, todo anda bien, se dijo a sí misma, sintiéndose tranquila salvo por el horrible nudo en la garganta. Está todo bien. Porque sólo el supongo-que-crees, las grandes palabras huecas, ya no podían darse entre ellos sin lastimar; cada palabra ordinaria llevaba un lastre demasiado terrible para ser pronunciada. Pañal, camioneta, casa, caja de herramientas. Sam. Nosotros.

Así que podía hablar con Allan Butterman, a quien no le importaría.

Salió a la galería. Nubes grises y rizadas se desplazaban, veloces, por encima del valle. Los árboles, tironeados por el viento, perdían sus hojas como si fuera otoño. Del otro lado del parque, Sam corría, el rostro despavorido y el pelo sacudido por el viento, y Boney iba detrás arrastrando los pies, empujando el cochecito. Hojas secas, acribilladas por los insectos, giraban en remolino en torno de los dos.

Llévate todo, oró Rosie; llévate el verano, trae el clima duro y transparente. Se había hastiado del verano. Quería un fuego encendido, quería dormir debajo de mantas, quería pasear con suéters bajo los árboles desnudos, clara, limpia y fría por dentro y por fuera.

Ocho

La tormenta no se desencadenó, ni tampoco pasó de largo. Después del viento oscurecedor y de unas gotas indecisas, pareció apaciguarse despejando el cielo del anochecer. Sin embargo, permaneció sobre el horizonte, gruñendo sordamente de tanto en tanto, tal vez lloviendo (se decían unos a otros en la fiestecita de Spofford) en alguna otra fiesta, en algún otro lugar. El aire denso y caliente parecía electrizado por su cercanía; y cuando salió la luna, entre brindis y risas, inmensa y ambarina como el *whisky*, su luz doró el borde festoneado de las nubes.

Pierce y Spofford bajaron a la fiesta en el ve tusto camión de Spofford, Pierce con los pies en medio de cajas de herramientas y trapos grasientos, en tanto Spofford conducía con un brazo en el volante y el otro apoyado en la ventanilla, como sosteniendo el techo. Los caminos de grava, el olor del viejo camión, el aire de la noche en su rostro, le hacían pensar a Pierce en Kentucky, en las lejanas noches estivales de sábado, a la luz de las estrellas, en la libertad y en la esperanza: como si este camino fuese una prolongación de otro en el que había estado alguna vez, un camino que abandonara años y años atrás y que volvía a encontrar en este cruce, quién hubiera pensado que lo conduciría aquí, quién lo hubiera pensado.

Se internaron, a barquinazos, por un maltrecho camino pavimentado y a poco andar se detuvieron al lado de un tenderete cerrado. A la luz de los faros delanteros, Pierce vio que en él se vendía, o se había vendido alguna vez, una larga lista de comidas de verano. Estacionaron allí, en medio de otros vehículos: había camiones viejos como el de Spofford, otros más nuevos, algunos equipados para usos especiales, un pequeño convertible rojo y una camioneta enorme. Spofford sacó de un tirón la manta ocre con dibujos indios que cubría el asiento del camión, la enrolló y se la puso debajo del brazo. Con el dedo índice cogió una damajuana de vino tinto, que se hallaba en el compartimiento trasero del camión, se la echó por encima del hombro y guió a Pierce hasta un sendero que corría por detrás del tenderete y descendía a través de un bosque de pinos en dirección a un triángulo de aguas negras y doradas. Había otros en el sendero, siluetas oscuras o bañadas por la luna que acarreaban cestas, pastoreaban niños.

—¿Spofford? —dijo una mujer corpulenta, con un vestido estilo carpa, y un cigarrillo entre los labios.

—Hola Val.

—Qué noche espléndida —dijo Val.

—Mejor imposible.

—Luna en Escorpio —dijo Val.

—¿Así que esas tenemos?

—Sí, pero ten cuidado —rió Val entre dientes, y desembocaron en un claro lleno de gente, a la luz de una hoguera, entre voces que saludaban y perros que ladraban.

La fiesta era de Spofford sólo porque el tramo de ribera en que se celebraba era

parte de su propiedad, un pequeño recreo que sus padres solían explotar durante los veranos; el tenderete, unas cuantas mesas de *picnic*, unos fogones de piedra dispuestos en forma de anillo druida, un muellecito de madera, un par de cobertizos. «Ellos» y «Ellas». Spofford traía la damajuana de vino pero no hacía las veces de anfitrión, sólo tenía un aire un tanto feudal mientras iba y venía, acompañado de Pierce, en medio de la gente, diciendo hola y haciendo comentarios. Las mesas estaban atestadas de vituallas y frutas, botellas, quesos y cuencos de una cosa y de otra, suficientes para multitudes al parecer cada convidado era allí su propio anfitrión. En algunos dólmenes habían encendido fogatas, y el humo de la leña se mezclaba con el aire de la noche; y una flauta sonaba tenue, rizándose en el susurro de los pinos.

Con las manos en los bolsillos, saludando con un movimiento de cabeza a derecha e izquierda como lo hacía Spofford, Pierce bajó con su amigo hasta el borde del agua. La luna, por encima de los árboles frondosos de la otra orilla, parecía un agujero recortado en un cielo de azabache para dejar pasar la luz de un firmamento lejano y frío. Súbitamente, una dos tres figuras irrumpieron en la superficie del agua como si hubieran estado durmiendo en el fondo del río y acabaran de despertarse; risueñas y desnudas, treparon hasta el muelle por la escalerilla, y allí se quedaron secándose a la luz de la luna; tres mujeres, una morena, una clara, una rosada; tres gracias.

—Bueno, ella está aquí —dijo Spofford en voz baja, alejándose.

—¿Ah sí? —dijo Pierce sin volverse. La morena se retorció con las manos la espesa cabellera negra, para escurrirle el agua; la rubia se afirmó con una mano en el hombro de la morena para secarse los pies. La tercera señaló a Pierce y las tres alzaron los ojos y parecieron reír; Pierce oía sus voces, por encima del agua, pero no sus palabras. Inmóvil, las manos siempre en los bolsillos, observaba y sonreía. De pronto, oyó a sus espaldas fuertes pisadas de unos pies descalzos, un hombre desnudo pasó corriendo delante de él y, con las manos extendidas en actitud de oración y el largo pelo flotante, se arrojó al agua como si fuera a ahogarse ofrendando su vida: era de él de quien se habían reído las mujeres.

Un niño rubio lo siguió, se hundió hasta las rodillas, lanzó un grito y se detuvo de repente, como sorprendido; luego un niño algo mayor pasó a la carrera delante de Pierce y se zambulló. Una mujer corpulenta (su madre, quizá) se quitó la bata corta que vestía y, balanceando al andar los grandes pechos, corrió y se zambulló detrás de los niños, agitando el agua listada de oro y trocándola en espuma de plata.

Pierce, el pecho ensanchado de bienestar, la sonrisa todavía en su rostro, volvió la cabeza. Adamitas. ¿Cómo se habrían librado de la maldición?

—Nunca podrías comprar esto en la ciudad —le dijo a Spofford, que estaba sirviéndole un vaso de vino tinto, negro a la luz de la luna—. No podrías comprarlo. Este deleite.

—Claro que no —dijo Spofford—. No está en venta. —Le pasó un porro grueso y crepitante que despedía un humo viscoso—. ¿Quieres comer algo?

Maíz asado y tomates dulces como fresas, los buenos frutos de la cosecha; pan casero y crujiente del horno de algún invitado; perritos calientes, nueve clases de col y ensalada; su plato de papel se combaba, empapado, bajo el peso de tantos manjares.

—¿Qué puede ser esto? —le preguntó a una mujer que llenaba su plato junto a él, pinchando algo que parecía un pastel.

—No sé —respondió ella—. Comida beige.

Llevó su plato hasta una roca que ofrecía un asiento adecuado y un panorama completo de la fiesta. En la roca de al lado estaba sentado el flautista, su música tenue e incierta provenía de una serie de cañas huecas enlazadas entre sí, y él mismo tenía el aire de un Pan dulcificado, la boca en arco fruncida para soplar, la barba juvenil. Un niño soñoliento se hallaba sentado a sus pies, con la cabeza apoyada en su regazo.

—Siringa —dijo Pierce cuando el flautista dejó de tocar para sacudir la saliva de su instrumento.

—¿Qué dices?

—Las flautas —dijo Pierce—. Siringa es el nombre. Era una muchacha, una ninfa que el dios Pan amaba. Y perseguía. —Hizo una pausa para tragar—. Ella era casta, trataba de escaparse, quiero decir, y en el preciso instante en que él estaba al fin por darle alcance, algún otro dios o diosa se compadeció de ella y la transformó en un manojo de cañas. En el último momento.

—Qué me dices.

—Sí. Y Pan confeccionó su flauta con esas cañas. Siringa. La misma palabra que «jeringa», dicho sea de paso, una caña hueca. Y Pan sopla en ella hasta el día de hoy.

—Bueno, ¿a ver, quién da el tono? —preguntó el flautista. Tentó una nota—. No puedes tocar muchas cosas con ella.

—Puedes —dijo Pierce—. Puedes tocar la Música de las Esferas.

—Tal vez después de algunas lecciones. —La curva de la boca y su voz suave, un poco ronca, daban la impresión de que estaba a punto de echarse a reír, como si Pierce y él compartieran una broma secreta—. Estaba tratando de sacar Tres ratones ciegos.

Pierce se rió, pensando en octavas y ogdoadas, en Pitágoras y la lira de Orfeo. Podía seguir así, indefinidamente. Era el porro; rara vez fumaba en estos tiempos, había notado que el humo sólo lo ponía paradójal y críptico, por mucha lucidez que pareciera crear dentro de él, lo cual le hacía desconfiar de la lucidez. El flautista lo miraba como si tratara de individualizarlo, o de recordar quién era, siempre sonriendo con esa sonrisa de grata complicidad.

—Soy forastero aquí —dijo Pierce—. Mi nombre es Pierce Moffett. He venido con Spofford.

—Me llamo Beau. —No tendió la mano, aunque su sonrisa se ensanchó.

—En realidad —dijo Pierce— no debería estar aquí.

—¿Ah, sí? —Algo de Pierce o de su explicación parecía deleitar cada vez más al flautista.

—Iba a un lugar totalmente distinto. Un autobús me dejó varado.

—De modo que eres un colado. Entraste por la ventana.

—Así es.

—Pero no estás herido, sin embargo.

—¿Hum?

—Eh, Rosie —llamó Beau hacia la oscuridad—. Ven a charlar. —Pierce escrutaba los rostros, en medio del gentío que iba y venía. Una muchacha morena que se alejaba, cerveza en mano, volvió la cabeza hacia él en el mismo instante, y encontró su mirada; le sonrió como si lo conociera y siguió de largo.

—Bueno —dijo Beau, tecleando con los dedos los agujeros de su flauta—, ya que estás aquí, supongo que te pondrás a tono. ¿Sí? De una u otra forma.

—Bueno, claro —dijo Pierce. Dejó su plato en el suelo y al instante apareció un perro a investigarlo, sin encontrar en él nada de interés—. Sí, supongo, en cierto modo —dijo, levantándose.

El niño recostado en el regazo de Beau levantó la cabeza, pidiendo más música. Beau tocó. Pierce partió en pos de la sonrisa que había visto, y que ahora había desaparecido en medio de los convidados. Siringa. ¿Qué podía importar aquí una mercancía como ésta? Era un tema realmente candente, sobre todo este mes. Sólo que tendría que exhibir sus mercancías para poder venderlas, y mostrarlas equivalía a revelarlas. ¿Qué pagarías tú por saber dónde, por qué, esa flauta...?, ¿qué imágenes o resonancias pueden evocar los intervalos de esa flauta...? La encontró sentada en un tronco junto a la orilla, un poco aislada al parecer; cuando se retorció entre las manos la larga cabellera, Pierce la reconoció. Oyó que alguien le decía al pasar:

—Dime, ¿sabes si Mike va a venir?

Ella se encogió de hombros, sacudió la cabeza, no, Mike no iba a venir; o no, ella no sabía; o rechazaba la pregunta. O las tres cosas. Por un momento pareció fastidiada, y bebió con avidez.

—Hola, Rosie —dijo Pierce, de pie junto a ella—. ¿Cómo está Mike? —Era el humo, el maldito humo y la bebida, que lo volvían tan desfachatado.

—Muy bien —dijo ella automáticamente, alzando la vista y sonriendo otra vez; sus dientes eran de una blancura deslumbrante, grandes y desparejos, con caninos largos y uno de los de delante picado—. No te recuerdo.

—Bueno, caramba —dijo él, sentándose a su lado—, qué mala noticia.

—¿Eres de Los Leños? No conozco a todos los que están allí.

—¿Los Leños?

—Bueno, no sé —dijo ella, con aire desvalido.

—Fue una impostura —dijo Pierce—. Una broma. No podrías diferenciarme ni de Adán. ¿Y cómo sabremos, cuando llegemos al Paraíso, cuál de los hombres que hay allí es Adán, si no nos lo dicen? En especial esta semana.

Ella no pareció ofenderse, se limitó a mirarlo con curiosidad, esperando que dijera algo más. La nariz larga, los pómulos salientes, la hacían parecerse a un gato egipcio; el vestido de verano que se había puesto era bonito e infantil.

—No, de veras —dijo Pierce—, soy un amigo de Spofford. He venido con él.

—Ah.

—Nos conocimos en la ciudad. Estoy de visita. Pero ya estoy pensando en venirme a vivir con él, aquí. Dedicarme a la cría de ovejas. —Se rió, y también rió ella, como si la frase tuviera un doble sentido; en ese momento Spofford en persona hizo su aparición en el pequeño muelle, acompañado de otros, que se quitaban la ropa.

—¿Así que conoces a toda esta gente? —preguntó ella.

—Ni por asomo —dijo él—. Pensé que tú los conocerías.

—No son exactamente mis amigos.

—Salvo Spofford.

—Oh, bueno, sí. —Spofford estaba desnudo ahora, a no ser por el ancho sombrero de paja; los otros lo provocaban: el juego amenazaba convertirse en una broma pesada, pero Spofford se apartó. Manteniéndolos a raya.

—Es el hombre más guapo de aquí —dijo Pierce—. Así lo veo yo.

—Para ti.

—A mi modo de ver.

—¿Y el chico con quien te vi charlando hace un rato?

—Precioso —dijo Pierce—. No es mi tipo, sin embargo.

Observaron cómo Spofford se sacaba el sombrero de paja y lo arrojaba sobre el muelle, y luego se erguía (en verdad, notó Pierce, muy atractivo) y se zambullía.

—Mm —dijo Pierce—. Eso me gusta.

Ella soltó una risita, observándolo observar y sosteniendo su copa con ambas manos; la miró y la encontró vacía. Una música más ruidosa estaba comenzando, el clap clap clap de un estéreo portátil, saludada por gritos de alegría y entusiasmo. Pierce sacó de su bolsillo una petaca plateada —un regalo de su padre, con las iniciales de algún desconocido grabadas en ella; aunque de metal gastado, Axel había decidido que era el regalo justo para su hijo, y la destapó.

—En general no tomo bebidas fuertes —dijo ella.

—¿No? —dijo él, inclinado para escanciar.

—No me caen bien. —Acercó su copa a la espita, Pierce vertió el scotch; había llenado la petaca y la había puesto en su maleta al salir de la ciudad; nunca se sabe, buena idea.

—¿Y dices que te conozco? —preguntó ella, levantando la copa para que él cesara de servir, como siempre hacían los curas cuando él les escanciaba el vino de la misa.

—No me conoces, todavía no. —Tapó la petaca, sin beber. De pronto necesitaba tenerla cabeza despejada. Entre los adamitas no existía la vergüenza por la desnudez;

no había pecado para los salvos. Entre ellos él se sentía con patas de cabra; aunque no invitado, también él, por otras razones, sin vergüenza—. Nunca te había visto antes de esta noche. —Señaló el río—. Emergiendo de las aguas.

—¿Ah sí? —dijo ella, devolviéndole la mirada. La música resoplaba y vibraba, y su cabeza se movía al compás, con risa en los ojos—. ¿También eso te gustó?

Los dos rieron entonces, las cabezas muy juntas; los ojos de ella —tal vez fuera la luna, que al trepar al medio cielo se había vuelto pequeña y blanca, pero más reluciente que nunca— brillaban húmedos pero no parecían suaves; era como si estuviesen recubiertos por una fina y delicada capa de hielo o cristal.

La música era a la vez nueva y vieja, acompañada de una banda de instrumentos que la gente improvisaba, matracas, campanas, cencerros y bongos. También el baile era ecléctico, con reminiscencias del destemplado zapateo *country* y los éxtasis convulsivos de los cuáqueros; todo el mundo participaba, o casi todos. Pierce casi siempre se mantenía al margen, en la ciudad hoy en día el baile era ejecutado principalmente por semiprofesionales, muchachos de cuerpos acerados, rutilantes, relucientes de sudor, con quienes uno no querría competir. Pierce, de todos modos, no tenía ninguna habilidad, y no disfrutaba de este alegre coribante; ni siquiera en los tiempos de la Gran Procesión lo había tentado la idea de confundirse con las muchedumbres y hacer camino con ellas. Un chapado a la antigua. De aquella Procesión se acordaba aquí, la gente brincando, los ritmos de fabricación casera, como si un contingente o una rama de aquellas multitudes se hubiese desprendido y quedado aquí, siempre girando y girando, en feliz ignorancia de lo que había sido de sus compañeros, dondequiera que estuviesen; siempre musicando, coribanteando, paseándose desnudos pero criando hijos y hortalizas y horneando pan y compartiéndolo con otros en la nueva vieja hospitalidad. No podía ser eso, claro que no; era el humo (el sabor antiguo persistía en su boca, dulzón y ardiente, nunca había sabido cómo describirlo, alcachofas y humo de leña y palomitas de maíz enmantecadas) y la sensación de haber caído aquí en medio de ellos con mugre de ciudad en los poros y vicios de ciudad en el corazón.

Flirteando. Sólo flirteando. No veía a Spofford por ninguna parte en el laberinto de los bailarines, ni en el agua ahora quieta. Rosie giraba y bailoteaba con los demás, imposible saber si tenía una pareja, o si alguien la tenía. La ventaja del observador consistía en que al no haber en este tipo de danza, reglas de movimiento, revelaba el carácter; no había forma de hacerlo bien si no se tenía un sentido natural del ritmo y el don de demostrarlo. Rosie iba y venía absorta, abstraída, balanceando la larga cabellera. Daba la impresión de no estar asimilada al populacho, aunque formaba parte de él, como si hubiese adoptado las costumbres de una tribu Primitiva que, menos grácil, sin embargo sabía mejor que ella el porqué de esa danza...

En un alto de la música se acercó a él, un poco sonrojada, sí colocón sólo evidente en el brillo de sus ojos.

—¿No quieres bailar?

—No soy muy bailarín —dijo Pierce—. Pero resérvame el vals.

—¿Tienes todavía la botellita?

Pierce la destapó; ella había perdido su copa, y bebió de la petaca; también él bebió, y luego ella otra vez. Miró en torno.

—Hay una cosa en tus amigos —dijo—. Pueden ser un poco cerrados. Sin ofender.

—A mí me parecen muy hospitalarios.

—Bueno, claro. Contigo.

—De verdad —dijo Pierce, levantándose—. Soy un recién llegado. —Y para información de ella—: Probablemente me vaya mañana, o pasado. Pronto, en todo caso. Para siempre. —Echó a andar hacia el agua; ella lo siguió. ¿Dónde se había esfumado Spofford? En medio del agua, un bote navegaba perezosamente, cargado de niños a quienes llevaban a dar un paseo por el río. Otro bote estaba amarrado al muelle.

—No —dijo ella—. Ibas a quedarte a vivir con Spofford. A dedicarte a la cría de ovejas. —Le devolvió la petaca—. ¿Cómo es que has cambiado tu historia?

—Vivo en Nueva York —dijo él—. Desde hace años.

—¿De veras? —Con vivacidad.

—Entonces —dijo él—, dime una cosa. Si no es tu grupo, y son cerrados, ¿a qué has venido?

—Oh, a nadar. Y bailar. Y echar un vistazo.

—¿A alguien en particular?

—No —dijo ella, mirándolo con tanta franqueza como lo permitían esos ojos extraños, cristalizados—, a nadie en «particular».

Pierce bebió.

—¿Te interesaría —dijo en tono caballeresco— dar un paseo en bote? A la luz de la luna.

—¿Sabes remar? —Y en seguida, como una chiquilla—: Yo sé. Y lo hago bien.

—Bueno, magnífico —dijo Pierce, tomándola por el codo—. Alternaremos.

Otro doble sentido. El humo podía transformar cualquier observación en un juego de palabras; se rió de éste y del bote de remos que estaba desamarrando (el extremo puntiagudo iba adelante, recordó, con el remero de espaldas) y, además, de una cálida certeza que en ese momento se incubaba en su interior. Se quitó los zapatos y los calcetines y los dejó en el embarcadero, se arremangó los pantalones hasta las rodillas y desatracó, saltando al bote con no toda la agilidad que hubiera deseado.

Manióbró la vieja embarcación hacia la luz de la luna, devolviendo poco a poco a sus músculos artes que había aprendido tiempo atrás en el río Little Sandy y en sus riachos y ramales; una vez más aquel viejo camino parecía desembocar aquí, en el golpe de los toletes y el gorgoteo suave del agua de la noche contra la proa.

—Bueno —dijo—. El río Blackberry.

—Oh, éste no es el río en realidad —dijo ella. Se había sentado a horcajadas en su

asiento, y movía los pies para mantenerlos apartados del agua de la sentina—. Sólo un riacho. El río verdadero está allá. —Señaló con el dedo, reflexionó un momento, y lo movió apuntando vagamente hacia la orilla—. Allá.

Pierce miró por encima de su hombro, pero no vio ninguna salida.

—¿Vamos a ver?

—Si pudiera encontrar el canal. Más a babor —dijo—. No, más a babor. Para ese lado.

Pierce remó en falso y estuvo a punto de caer de espaldas sobre la proa; ella se rió y preguntó si estaba seguro de saber cómo se hacía, recordándole su pretensión de saberlo con el mismo aire de incredulidad que había adoptado ante la historia de quién era él, de dónde había venido, etc. Pierce hizo caso omiso y recobró la compostura, mirando por encima de su hombro en dirección a lo que parecía una impenetrable espesura de árboles enmarañados. La corriente tironeaba con suavidad del bote, y más por sus efectos que por las indicaciones de ella, se internaron en un túnel de luz de luna y sauces.

Pierce recogió un remo, el riacho era demasiado angosto para remar, y la corriente conocía el camino. Con el otro mantenía el bote alejado de las intrincadas raíces de los árboles y de las espadañas. Se sentía tranquilo, inmensamente privilegiado. ¿Qué había hecho él para merecer esto, esta belleza? ¿Qué habían hecho ellos? Ella, que vivía allí, con todo esto siempre a su alcance, todo suyo, esos sauces que bañaban sus largas cabelleras, esos nenúfares absortos en sus propios sueños? ¿Cómo no iban a sentirse genero y felices?

Ella dejó correr una mano por el agua.

—Más templada que el aire —dijo—, ¿cómo puede ser?

—¿Una zambullida? —propuso Pierce, con el corazón de pronto en la garganta.

—Oh, mira —dijo ella, la mano en el único bolsillo de su vestido—. He encontrado un canuto, aquí en mi bolsillo. —Se lo mostró entre una «V» de dedos, como en un antiguo anuncio de Lucky—. ¿Tienes un fósforo?

A su lumbre, ella lo miró con su rostro transformado o quizá sólo mejor definido por la luz de la cerilla; inquisitivo, o indeciso por alguna razón, o incluso asustado. El fósforo se apagó.

—Por ahí —dijo, señalando.

Se adentraron en el río. Una ancha avenida negra, flanqueada de árboles inmensos; una avenida de cielo húmedo le hacía réplica en lo alto. La corriente los condujo, perezosa, hacia el misterio de la orilla; Pierce sacó los remos y los hundió en el fango. Tenues como si provinieran de las confusas y doradas constelaciones, los murmullos y el tintineo de la fiesta y la música.

—Vas a encallar —dijo Rosie con calma.

Él empujó el remo derecho, pero la embarcación chocó con algo que afloraba de la orilla y giró en redondo. Era un pequeño desembarcadero de madera, y el bote se instaló allí, listo ahora para ser amarrado, como un caballo viejo que ha conducido a

su jinete de regreso al establo.

Bueno. Bien. La pequeña escollera conducía a unos peldaños, por encima de los cuales no se veía absolutamente nada.

—¿Exploramos? —dijo él—. Bajemos a merodear un poco.

—Oh oh oh.

Pero él, en dos rápidas lazadas, ya había sujetado la boza a un pilote, al menos no había olvidado esa treta marinera. Se puso de pie para ayudarla a bajar.

—¿Y si vive alguien, aquí?

—Aborígenes amables.

—Un perro, tal vez.

La mano era pequeña y estaba húmeda. Al apoyarle la mano en la espalda para ayudarla a descender, cómo se deslizaba el algodón de su vestido sobre la seda de su piel. Cuando estuvo a su lado, le ofreció una vez más la petaca. Escuchaban el silencio.

—No seas miedoso —dijo ella, tomándolo del brazo. Lentamente, pisando con cautela el suelo desconocido, subieron los escalones, meros troncos hundidos en la tierra blanda, sostenidos por una gran raíz, bajo pinos que, con murmullos amenazadores intentaban ahuyentarles.

—Una casa.

Una casa de campo; un porche grande protegido por alambreras y una chimenea, el declive de una cumbreira contra el cielo abierto a la luz de la luna, y un sendero tapizado de pinocha que subía hasta ella. Estaba a oscuras.

—¿Quién estará haciendo eso en la oscuridad? —murmuró ella.

—¿Qué?

—El piano.

Él no oía nada.

—El piano —dijo ella—. Despiértate.

No había ningún piano.

Caminaron alrededor de la casa; era un conglomerado extraño, la parte visible a la luz de la luna era de estuco; dos pilotes rechonchos sostenían una cornisa por encima de una puerta y dos ventanas con dintel de arco. El gran porche alambrado era sin duda un añadido. Más allá de lo que a la luz de la luna parecía césped de terciopelo y un topiario, aunque tal vez sólo fuera un prado, en una elevación boscosa, había una casa alta, con numerosas chimeneas.

—Aquí viven ellos.

—Probablemente.

También la casa grande estaba a oscuras. ¿Por qué hablaban en voz baja? La exploración los condujo de nuevo a la parte oscura, al porche cercado. Necesitaba algunas reparaciones: aquí, junto a la puerta, un agujero lo bastante grande como para pasar una mano. Pierce introdujo la suya y, como un experto, como un ladrón, como un espía, abrió el cerrojo.

Nada de cuanto hacía era una elección voluntaria, excepto la elección de aceptar todo cuanto se le ofrecía. Si hubiera sido guiado por algún resplandeciente conductor de almas hacia un fabuloso Más Allá, a las fuentes y montañas del Elíseo, no se habría sentido más ajeno a su yo cotidiano, menos responsable. Bebe de aquí. Come de allá. Y ella, adelantándose traspuso la puerta a pasos lentos, indecisos...

La casa había estado deshabitada largo tiempo. Dos sillas de mimbre rotas eran todo lo que el porche contenía. Rosie probó la puerta de entrada a la casa: estaba cerrada con llave. Pero la gran ventana lateral, cuando Pierce la empujó, se abrió de golpe con un sonido como si, sorprendida, la casa tomara aliento. Por encima del bajo alféizar pasó la pierna y entró.

Olor a naftalina y a ratones. A empapelado mohoso y a veranos muertos. ¿Cuándo, dónde había entrado antes así, como un ladrón, en un lugar cerrado con esos mismos olores que dejaran abandonados antiguos veranos? Había una alfombra arrollada como un cadáver en un rincón. Pero nada más. La luz de la luna yacía en fríos romboides sobre el suelo.

—¿Y si no fuera segura? —la voz de ella retumbó en el vacío. Se volvió a enfrentarlo, su cuerpo delineado al contraluz de las ventanas, y de un solo paso Pierce estuvo con ella.

Ella lo recibió sin sorpresa; pero con qué vehemencia, él no hubiera podido decirlo; de todos modos se alimentó, sin glotonería, pero hasta saciarse, con avidez, como quien bebe agua; cuando momentáneamente se sintió satisfecho y se apartó, ella se separó de él con un pequeño tambaleo, como una flor que ha sido visitada por una abeja; y dejando caer su mano del pecho de Pierce, que había estado oprimiendo aunque no rechazando, se apartó.

—Éste es el cuarto de estar —dijo.

Había otra habitación después de aquélla, donde una mesa de juego se inclinaba sobre una pata coja como si la favoreciera; y donde una cocina negra sacaba un largo brazo de tiro de un agujero en la pared. Cocina. Cuarto de baño.

—Oh, mira —dijo ella—. Secreto.

Una puerta del baño daba a otra habitación. ¿Otro añadido? No había más acceso a ella que la puerta del baño. Una cama de hierro, escorada, atónita, sorprendida; un colchón magro, con botones, tirado al descuido sobre el somier. Pierce, desde la puerta, vio que Rosie se acercaba a la cama con pasos lentos. Volvió la cabeza y lo miró, ásperamente le pareció a Pierce, como si la hubiese sorprendido allí, asustándola, y luego hubiera subido detrás de ella y la hubiese acorralado.

Ella lo soportó, las manos tironeando distraídamente de las de él, la cabeza caída hacia atrás sobre su hombro. Él le levantó el vestido y las dos manos izquierdas bajaron juntas a la entrepierna de ella; su vello era corto, tupido, como un terciopelo. Ella se volvió para mirarlo, y él entonces la soltó; pero cuando lo hizo, ella se escabulló y se alejó, diciendo algo que Pierce no alcanzó a comprender.

—¿Qué?

—... si ya no hay más baile, y mañana tengo que levantarme temprano. —Su vestido la cubría otra vez, aunque no se lo había arreglado—. Bailando soy siempre la última. —Lo miró con aire ausente, como si él fuera su invitado y la visita se estuviera prolongando demasiado. Y él tuvo de pronto la insensata sospecha de que ella conocía esta habitación, de que la conocía mucho y bien; y (porque, en cierto modo, era el mismo pensamiento) de que podría hacer allí con ella cualquier cosa, cualquier cosa, sin encontrar más resistencia que esa extraña apatía. No era de él de quien se apartaba.

—Sé que no debería —dijo ella, empujándose hacia atrás el cabello—. Sé que no debería, pero si todavía tienes esa botellita, me gustaría otro sorbo. Si puedo.

Él tenía que negarse. Lo sabía; tenía que negarse, negarse en verdad a escuchar cualquier otra cosa que ella dijera; era para eso que ella lo decía. El cabello se le erizó en la nuca, el vello en los brazos.

—Seguro —dijo, sacando la petaca del bolsillo—. Seguro, aquí tienes, pero vayámonos de aquí. Basta ya de casa encantada.

—¿Asustado? —dijo ella, y se rió; y fue y lo tomó del brazo; él le dio la botella y ella la empinó mientras salían de la casa—. Yo vivo a veces en una casa como ésta —dijo. Pierce la ayudó a salir por la ventana—. Junto al río, quiero decir, una cabaña, es agradable. Me gusta tanto el agua. Aquí tienes tu botella. Creo que lo que más me gusta es el taponcito colgado de la cadena.

Tomados del brazo, otra vez alegres compañeros, volvieron al bote. Pierce, con el corazón confuso y los ijares túrgidos, no sabía si se había estafado a sí mismo, si le había fallado a ella, o si había escapado indemne de un peligro; sólo sabía que había bajado de un piso alto, al que no recordaba haber subido nunca. Fue el terror de encontrarse allí, sin saber cómo ni por qué, en el peldaño más alto, lo que hizo que se le erizaran los cabellos, lo que le hizo pensar en volver. Ella, de pie en el rincón junto a la cama de hierro, petrificada, absorta, partida en dos.

Pierce, haciendo bromas, las manos y la cabeza en contradicción, desatracó con torpeza y comenzó a remar. La luna estaba poniéndose y el río se había vuelto más oscuro; luchando contra la corriente, condujo el condenado bote de nuevo hacia el gorgoteante canal, sin que ella le echara una mano. Ahora estaba tentada de risa, encontraba ridículos sus forcejeos, y le tomaba el pelo mientras él bregaba con los remos que se enzarzaban en las algas pegajosas, el sudor cosquilleándole en las cejas.

—A ver ahora —dijo, empezando a temer que pudieran perderse—. No perdamos la cabeza, no perdamos la cabeza —pero también eso era un doble sentido.

Ella sólo dejó de reírse cuando entraron en aguas de remanso y él remó, al fin, hacia la playa iluminada por las fogatas.

—Bueno —dijo ella alegremente, saltando a tierra—. Gracias por el paseíto en bote. —Le tendió la mano—. Fue agradable conocerte. Eres muy interesante.

—Fue agradable conocerte a ti —dijo él.

—Estoy segura de que te veré por aquí.

—Seguro —dijo él—, en la feria del condado.

—Me gustan las ferias.

—Eso diría yo.

Ni la bebida ni el humo habían fundido ese hielo extraño detrás del cual su mirada se perdía indistinta. Se alejó de él, playa arriba, haciendo ondular el ruedo de su vestido de verano. Pierce hundió otra vez las manos en los bolsillos y se volvió hacia el agua, cuyo oro se había desvanecido. Un hombre gordo, embutido en un neumático, flotaba cerca de allí, pataleando suavemente.

Bueno, y ahora qué, pensó Pierce.

Una súbita ráfaga de aquí y ahora. ¿Por dónde andaba Spofford? Iba justamente hacia donde él estaba, al otro lado del campamento. A la luz de una fogata donde estaban quemando basura, y tostando sin dódalos últimos malvaviscos, Spofford lo saludó con la mano.

El flautista se había marchado, como casi todos los otros. Un pensamiento súbito lo asaltó: toda esa gente tendrá que conducir para volver a casa ¿cómo se apañan? ¿Y cómo se apañará ella?

—Buena fiesta —dijo Spofford. Estaba comiendo un trozo de pastel, una mano debajo, a modo de patena, para recoger las migas.

—Divertida —dijo Pierce.

—¿Listo? —preguntó Spofford.

—A la orden. Cuando tú quieras.

Spofford, aunque sonreía, parecía pensativo. Arrojó las migas al fuego y se frotó las manos.

—Buena fiesta —dijo otra vez, con aire satisfecho. Echó una mirada a sus tierras, se aseguró de que quedaban allí los suficientes invitados meticulosos cuyo placer es limpiar y ordenar, y dijo—: Vámonos.

Si le ocurre un accidente será en parte por mi culpa, pensó Pierce. Estuvo a punto de reprocharle a Spofford: deberías cuidarla mejor, no sabes en qué peligros se mete.

Oh Dios.

Spofford arrojó la manta ocre en el camión.

—¿Conociste gente? —preguntó—. No era mi intención arrojarte a los leones.

—Ya lo sé.

—Hubiera tenido que presentarte.

—Me las arreglé.

—Buena gente, casi todos. —Le sonrió a Pierce de soslayo, poniendo en marcha el camión—. Y el viejo Mike no apareció, según parece.

—¿No? —dijo Pierce sintiéndose ridículo. Qué demonios había estado haciendo, qué. Había metido su gran pata en una trama de relaciones que ni siquiera había empezado a comprender, en un territorio, el territorio de su amigo, al que acababa de llegar, un huésped. Y en el cual no tenía en realidad nada que hacer.

El camión saltó a la carretera ensombrecida. Spofford silbaba entre dientes.

Cuando hubieron viajado largo rato en silencio, Pierce dijo.

—Supongo que debería volver.

—¿Ah sí?

—El Deber. El Futuro.

—Lo que tú digas.

La noche, el viento, el arco de luz de los faros del camión. La luna había desaparecido. Pierce se abrazó fatigado, perplejo. Tenía la impresión de haber estado ausente de su casa durante un siglo.

—¡Eh! —dijo Spofford quitando el pie del acelerador. En el camino había un ciervo, un gamo inmóvil sobre sus zancas delicadas. El camión viró para esquivarlo y se detuvo, y el gamo, como si al cabo se decidiera a tener miedo, echó a correr y de un salto se zambulló en la espesura. Un goterón de lluvia se estrelló en el parabrisas, y luego otro—. Aquí llega la tormenta —dijo Spofford.

Cuando Pierce despertó en la cama de Spofford, ya del otro lado de la noche, había dejado de llover; en algún momento Spofford debió de levantarse sin despertarlo y abrir las ventanas, porque ahora estaban abiertas. La noche estaba clara, o empezaba a aclararse. Pierce podía ver una única estrella en el ángulo de la ventana.

Había sido un zumbido insistente, que iba y venía, semejante a un pequeño barreno de alta velocidad, lo que lo había despertado. Tardó un rato en reconstruir el mundo en torno a él, mientras escuchaba a Spofford que roncaba suavemente dentro de su saco de dormir en el cuarto contiguo; esperando que el mosquito que le rondaba la oreja se posara por fin, para aplastarlo de un manotazo, vivía aún en el sueño largo y minucioso que había estado soñando, una alegoría de los grumos del colchón de Spofford y la orquesta de insectos fuera de la casa.

Y a ver, qué era lo que había soñado...

De pie, en compañía de un anciano, al alba o al anochecer, contemplaba una comarca lejana, tan lejana que estaba hecha de tiempo, no de espacio. De pie, sí, junto a la entrada de una caverna, con ese anciano que tenía una estrella en la frente. De pie, y frente a ambos la comarca, por qué, cómo habían llegado hasta allí. Pierce pujaba por mantener abiertas las puertas que se cerraban silenciosamente, las puertas que conducían a las antiguas trastiendas del sueño, las puertas que se cerraban ciegamente, por qué tenían que cerrarse, por qué.

Oh, sí. Ya recuerdo.

Años y años. Su educación a cargo de maestros difíciles... ¿O fue acaso uno sólo, el único maestro, el anciano, bajo distintos disfraces? La inconsciencia salvaje que le fuera arrancada por la fuerza, con deberes que aún podía sentir, incluso paladear, pero no recordar, enigmas para dilucidar y paradojas para resolver, oh lo he encontrado, lo veo, cualesquiera que hayan sido, dualidad, identidad, metáfora y símil. Viajes, o ilusiones de viajes, porque parecía, había parecido, habíale sido demostrado o revelado una y otra vez y otra vez, que nunca había salido de los confines del socavón donde le fueran impartidas esas enseñanzas, no hasta ahora: no hasta que tomado de

la mano lo guiaran hasta un largo túnel de greda húmeda, a la luz del farol del anciano, hasta la boca de la caverna, para señalarle el camino hacia las tierras de más allá; aire límpido y real por fin, vientos de amanecer despeinando sus cabellos y ondulando la túnica del maestro, juntos allí los dos, antes de separarse para siempre. Él conocía su tarea; sabía cuáles eran sus armas y quiénes sus enemigos. Y a la luz de los ojos claros y tristes del viejo, veía que haría todo lo posible, lo haría, sí, pero que también lo olvidaría todo, todo cuanto había aprendido, su tarea, su educación, quién era él y de dónde había venido, todo; recordaría, cuando hubiera llegado lejos, sólo lo lejos que había viajado; sólo recordaría, y vagamente, que era un forastero aquí, en este país triste, en estas calles tristes, en esta oscura celda triste donde esperaba a la chica que le traería *sandwiches* y leche y...

Oh sí. Pierce se despertó del todo, recordando.

Una bandeja de *sandwiches* y leche traída, como de costumbre, por la chica sonriente, la niña que había sido tan amable, burlescamente bondadosa, como si en realidad no le tuviera ninguna lástima; la bandeja que le traían como de costumbre, como durante años, el único recreo de su trabajo, qué trabajo, su educación de años y años aquí, este camastro, esta lámpara, aquellos libros. Sólo que hoy había una carta apoyada en el vaso, una carta. ¡Una carta! No necesitaba abrirla, con sólo verla recordaba súbitamente todo; quién era él, cómo había venido aquí. ¡Oh, sí! ¡Sí! Toda la parte final del sueño, el maestro venerable, la tarea, las palabras de poder que aprendiera, la comarca avizorada a lo lejos, todo acudió súbitamente a su memoria cuando cogía la carta, un sobre blanco que irradiaba una tenue luz opalina; la memoria bañándolo como agua clara.

Oh sí, oh Dios, qué alivio recordar y no haberlo perdido. Tendido aún inmóvil en la cama de Spofford, sentía con profunda gratitud la posesión de su sueño, un placer sensual semejante al de rascarse o el de bañarse en agua clara. Prodigioso, prodigioso. Por qué, qué es esto, cómo pueden la carne y la sangre revelar semejante prodigio, cómo puede la carne sentirlo. Oh Dios, qué extraña es la vida. ¿Cómo es que el Significado cobra existencia? ¿Cómo, cómo lo forja la vida, lo modela, lo exuda; cómo es que el significado llega a tener efectos físicos, tangibles, o es experimentado con una conmoción, o causa dolor o añoranza, o es buscado como un alimento; el Significado puro que nada tiene que ver con los vestidos de las personas, ni con los hechos con que está arropado, y no obstante inseparable de una u otra de esas prendas? Una estrella en su frente. Una estrella.

El mosquito, con un alboroto enorme, se acercó de nuevo a su oreja, se posó, e instantáneamente cesó de zumbir. Pierce esperó con terrible astucia a que se acomodara. Al cabo de un momento, cuando hubo insertado su delicada probóscide y empezó a inocular su fluido irritante, Pierce logró localizarlo, y de una rápida palmada lo asesinó. Gruñendo de alivio, el oído aún zumbándole a causa del golpe, hizo con su trofeo una bolita entre los dedos. Una pulga en la oreja. Había historias de personas que se habían vuelto locas a causa de algún bicho alojado en el conducto

auditivo, imposible de extraer.

Se desperezó sobre el terreno de la cama, y paladeó el aire fresco que corría libremente por la cabaña y se hubiera dicho también a través de su cuerpo. Tuvo una percepción súbita, una perla destilada al parecer de las aguas claras de su sueño, de cómo podía salir del aprieto en que estaba metido con el Barnabas College y procurarse tal vez un futuro que no fuese una celda. Sí. Simple, no fácil pero simple. Sólo requeriría astucia y años de trabajo; pero algunos de esos años de trabajo ya habían sido invertidos, bajo esa lámpara, entre esos libros.

Amanecía. La ventana era un rectángulo pálido de luz verdosa como un encaje de hojas oscuras, y una polilla blanca revoloteaba buscando una salida. Pierce arrojó a un lado la sábana y se levantó, completamente despierto; fue hasta la ventana para liberar a la polilla que batía las alas contra el mosquitero.

La tarea había consistido en olvidar, por supuesto; lo que él había visto en los ojos de su maestro no era reproche sino piedad. La tarea había consistido en olvidar, en vestirse de olvido como con túnicas y una armadura, las túnicas encima de la armadura, a fin de poder entrar disfrazado en esta ciudad triste. El viaje mismo, y la comarca lejana que debía cruzar, habían sido olvido.

Un hiato en su trabajo. Un largo hiato. Pero ahora, ahora recordaba.

Se acodó en el alféizar, y miró a lo lejos, la cara entre las manos, como una gárgola. En la calle ladraban perros; carillones de viento; cencerros de camello; una pandereta sacudida lánguidamente. La caravanera, bien despierta.

Ella lo había sabido siempre, por supuesto, ella, la que fuera cuidadora o carcelera o las dos cosas; no era de extrañar que hubiera sonreído, no era de extrañar que se hubiera mostrado solícita pero no piadosa con él. Casi podía oír la risa de ella a sus espaldas.

Porque ahora el mundo empezaba a moverse bajo sus pies una vez más, los vientos del amanecer se levantaban a medida que la noche palidecía. Los campamentos se despertaban, las caravanas se agitaban, los guías gritaban y empuñaban sus látigos, los camellos se erguían, ululando y lamentándose, sobre dos patas, sobre cuatro patas, las altas alforjas se balanceaban y tintineaban, mercancías exóticas provenientes de los siglos coloreados. Hazte a la mar, ponte en camino, más allá del antiguo portal que se abría al Oriente, las estriadas arenas se prolongaban, interminables, hacia el horizonte, hacia el cielo verdeoro, donde antes de la salida del sol, resplandecía una sola estrella. Ovoides de un blanco acerado, con un zumbido agudo que no era de este mundo, ascendían dos cuatro seis desde el otro lado de las áridas montañas rosadas, reflejando la luz del sol todavía oculto: naves astrales, arcontes celosos y vigilantes. Más allá de aquellas montañas, las llanuras fértiles, la ciudad y el mar. La tarea esperaba allá, en aquella lejanía, tan lejana, que estaba hecha de tiempo y no de espacio, el cuerpo del tiempo, y sin embargo, no inalcanzablemente lejana; y un país que él conocía, o que había conocido alguna vez, un país por el que antes había transitado.

Retrocediendo una vez más hacia el olvido, profundamente dormido allá en las Colinas Lejanas, Pierce se puso en camino; y no volvió a despertarse hasta que Spofford empezó a partir la leña menuda para el fuego del desayuno, y el olor de madera de manzano quemada inundó la cabaña y la mañana fría.

II - LUCRUM

Uno

—¿Así que hoy te marchas? —preguntó Spofford.

—Sí, creo que sí.

—Bueno, pero espera un poco, junta ánimo. —Se calentó las manos en la estufa—. Hace frío —dijo—, el verano se acaba.

Afuera, la bruma, levantándose rápidamente desde el valle y el río, empañaba la claridad de la mañana. Pierce hundió las manos en los bolsillos y apretó los brazos contra los flancos; también en la ciudad, pensó, la mañana sería fresca, las calles lavadas por la lluvia, el aire nuevo.

—Hay un autobús que parte temprano de las Jambas —dijo Spofford—. No sé muy bien a qué hora, pero lo alcanzaremos. —Sonrió—. Estás seguro de no querer quedarte para siempre. —Interrumpió «área de partir huevos en un cuenco y estudió a Pierce, que parecía silencioso y abstraído en el quicio de la puerta—. ¿Has dormido bien?

—¿Hum? Sí, claro, sueños extraños. —Había empezado a tiritar—. Ahora lo he olvidado, casi todo. Lo recordaba cuando me desperté en plena noche, pero ahora he vuelto a olvidarlo.

Un plan, la perla de una resolución desalada de lo que fuera que había sido su sueño, eso, al menos, lo recordaba. La hizo girar entre los dedos de su mente. Bueno: muy bien. Era real. Hasta le infundió un poco de calor, como la enorme camisa de lana roja que Spofford le arrojó para que se pusiera; le infundió calor y le hizo sonreír. Lo primero que haría al volver sería llamar a Julie Rosengarten. Quien sin duda se sorprendería de tener noticias suyas. Pero cómo demonios se llamaba esa agencia donde ella había entrado a trabajar. Un nombre pretencioso, una alusión clásica y él le había tomado un poco el pelo; *per ardua ad*, ah sí. Agencia Literaria Astra.

El pedregoso camino hacia la gloria. Muy bien. De acuerdo. Cuida tu negocio, había dicho Barr riéndose entre dientes en la cálida seguridad de su cátedra en Noate. Cuida tu negocio y tu negocio cuidará de ti. De acuerdo. Había más de una forma de ganarse la vida, y ésta era la única forma que se le ofrecía.

—Sí —dijo sentándose frente a los huevos que Spofford le había preparado; por alguna razón tenía un hambre voraz—. Adelante. El Deber. El Futuro.

—Espero que vuelvas, ahora que conoces el camino —dijo Spofford.

Por alguna razón, Pierce tuvo una fugaz visión de la Rosie de Spofford emergiendo de las aguas. Carraspeó para librarse de las migas de tostada que de pronto se le habían atascado en la garganta, y miró ansiosamente en torno; no había allí nada suyo para recoger y empacar, puesto que no había desempacado nada.

—Uno tiene que conservar los amigos —dijo Spofford—, al menos yo lo hago; echo de menos la conversación refinada. Sabes, no hay mucho de eso por aquí.

—Estoy seguro de que volveré alguna vez —dijo Pierce.

—Lo harás —dijo Spofford. Vertió el café humeante—. Volverás, yo me ocuparé de ello.

Retrasada, con su vida todavía ridículamente empacada en la camioneta, Rosie enfiló rumbo a las Jambas de Blackbury a fin de entrevistarse con Allan Butterman. Había perdido algún tiempo en vestirse, buscando al principio faldas y chaquetas, sin encontrar un conjunto que combinara y no estuviese arrugado, que fuese decente y apropiado para la estación; y luego había decidido (nunca había estado hasta entonces en el bufete de un abogado) que no, que esto no era como una entrevista de trabajo sino más bien como una visita al dentista, que debería llevar ropa cómoda; y encima de una camisa de franela a cuadros, fresca y que olía a nuevo, se había puesto el mismo mono de ayer. La señora Pisky y Sam —a quien ésta llevaba de la mano— la habían despedido desde el porche como si mami no fuera a volver nunca más. Adiós. Adiós.

En esta mañana fresca, el pueblo había perdido su somnolencia estival y bullía de tráfico. Rosie notó la presencia del camión de Spofford, pero no vio a Spofford; estuvo en un tris de chocar con el autobús de Nueva York, que en ese momento partía de la tienda de dulces, donde tenía su parada, mientras trataba un tanto a ciegas de aparcar. Chirrido de frenos, los frenos funcionaban bien, y algo pesado se derrumbó en la parte trasera de la camioneta.

El autobús rodeó la camioneta y se alejó con un malhumorado ronquido del escape; Rosie agitó la mano, disculpándose, y un pasajero oscuro, detrás del cristal verde, le devolvió el saludo. Sacó del asiento *Manzanas mordidas* y con el libro bajo el brazo echó a andar por la calle de los Puentes, hasta el edificio Bola. Cuando era pequeña, Rosie suponía —le parecía obvio— que el edificio de ladrillo rojo del siglo XIX, con sus cuatro pisos, el más imponente del pueblo, llevaba ese nombre (inscrito en forma de arco, en lo alto de la puerta principal) a causa de las bolas de piedra que coronaban los florones laterales. Su dentista había tenido allí su consultorio. Y se llamaba Torno. A él le hacía gracia; pero Rosie pensaba que su apellido era tan apropiado como el nombre del edificio. El pueblo grande, los largos pasillos de extraños olores del gran edificio Bola: no acababa de identificar aquel pueblo grande de entonces con éste tan pequeño.

La secretaria de Allan Butterman pareció alarmada cuando la vio llegar.

—Oh, cuánto lo siento —dijo—. El señor Butterman ha tenido que ir a un funeral esta mañana. Lo había olvidado. Vino y tuvo que volver corriendo a su casa para cambiarse.

—Está bien, no importa.

—Estará de vuelta en un par de horas.

—Muy bien, de acuerdo. Volveré más tarde. En realidad, no tengo ninguna prisa.

El vago olor que llegaba hasta el bufete del abogado, filtrándose desde los consultorios médicos y odontológicos vecinos» ese olor de antisépticos y medicamentos, le recordó a Rosie las fantasías que solía tener cada vez que la

llevaban a ver al doctor Torno: que ojalá estuviera ausente, enfermo, de vacaciones, muerto. Nunca había ocurrido nada de eso. Cuando salió al aire tibio de la mañana notó que tenía la garganta seca y que el corazón le latía al galope.

Dos horas. Está bien. Podía ir de compras o algo así. En el limbo, comenzó a vagabundear en dirección al puente, y empezó a cruzarlo mirando al sur, hacia el Butterman en su roca; demasiado lejano para distinguirlo incluso en esta luz diáfana.

Todo le pareció de pronto una inmensa complicación, un avispero que quizá se había salvado de remover gracias al imprevisto funeral de Allan; y tal vez debiera tomar eso como una señal, quizá debería olvidarse de la Ley y volver a casa. Pero cuando pensó en *su casa*, pensó en Arcadia y no en la casona de piedra rústica de Stonykill. De modo que una parte de su mente, en todo caso, permanecía decidida, a pesar de esta otra que todavía titubeaba.

Él le preguntaría (no podía imaginar que no lo preguntara, sin duda tendría que saberlo) por qué quería iniciar esa acción legal. Bueno, yo no quiero iniciar nada, pensó que respondería; lo que yo quiero es terminar con algo. Pero ésa no era una respuesta.

En realidad no tenía razones. La única razón era que ya no le parecía tener razón alguna para estar casada.

Le parecía claro que nada, ni la creciente aversión que le inspiraba Mike (ninguna palabra más fuerte parecía adecuada), ni sus amoríos y reclamos, ni su propio desasosiego, nada de eso sería motivo de divorcio, si es que existían motivos para estar casado. Ella suponía que en los viejos tiempos, los Viejos Tiempos, los tiempos de sus padres o antes, no hacía falta tener razones, estar casado era ante todo razón suficiente para permanecer casado; pero ahora —un somero repaso de las historias de sus amigos, de la televisión, de los periódicos, lo ponía en clara evidencia—, ahora aquellos que todavía estaban casados permanecían casados sólo gracias a un constante esfuerzo de imaginar por qué estaban casados; un esfuerzo diario, dado que un día u otro uno podía convertirse en descasado. Era lógico suponer que una alianza basada puramente en la elección, en una elección voluntaria, sería más fuerte que otra asentada, como la de sus padres, en meros supuestos sociales y tabúes; pero lo cierto era que los matrimonios electivos podían evaporarse simplemente de la noche a la mañana, en un momento de descuido. Y sin dejar nada atrás, ninguna razón. Pensó en Sam.

La gente suele permanecer unida por los hijos. Eso habían hecho sus padres. Pero ahora había miles y miles de niños —la mayoría, hasta donde ella podía saber— en guarderías y parvularios, provenientes de Hogares Deshechos. Sin duda, con tanta gente ocupándose de esto, se encontraría una forma para que los hijos fuesen criados por los padres separados y no sufrieran por ello. Aunque quizá nunca habían sufrido tanto como decía la gente a causa de su hogar deshecho.

Sabía con certeza —una certeza fría y terrible, lejana y definitiva— que Sam no podía sufrir por el hecho de que Rosie se separara de Mike tanto como Rosie había

sufrido por el hecho de que su madre permaneciera con su padre: en esa casa espantosa, donde siempre acechaba el fantasma de la muerte, donde no había en realidad ningún hogar que destruir. Sin él, habría tenido una vida mejor.

No era la primera vez que Rosie pensaba en estos términos, pero sí la primera vez que lo pensaba en el contexto de su propia condición de madre. Y en ese contexto, la alarmaba. No estaba haciendo comparaciones, no. No. Se alejó del puente rozada por el ala oscura de ese antiguo resentimiento que iba y venía. Echó a andar por la calle principal hasta la Cueva de las Roscas; se sentó en un lugar fresco, pidió café y un roscón con jalea, y abrió *Manzanas mordidas* en la página señalada con una horquilla. Dos horas de espera.

La segunda parte acontecía en Londres, y Rosie la leía con gusto. También a Kraft parecía gustarle, el texto se expandía y se replegaba como si los dedos del autor hubiesen estado impacientes por llegar a esta etapa más bulliciosa y colorida. Los párrafos eran más extensos, había listas y descripciones de comidas, vestimentas y costumbres curiosas y divertidas. La ciudad era un espectáculo permanente, o así estaba descrita, no sólo las procesiones del Lord Mayor y de las Cofradías, las sesiones del Colegio de abogados, sino también de los teatros que ahora se construían y de los patios de los mesones convergidos en tablados (como el «Red Bull» donde se representaban farsas y tragedias y crónicas) y de los parroquianos bulliciosos y atentos y críticos, un espectáculo tan atractivo como la representación misma, o del Teatro donde actuaban los Hombres del Conde de Leicester. Pero en Southwark todavía existían reñideros, donde los osos *Old Braw* y *Tattered Raf* y el *Precious Boy* trituraban a dentelladas las cabezas de los mastines como si fueran manzanas (todo el mundo conocía sus nombres e iba a verlos: aprendices de caldereros y grandes damas y nobles venidos de otras comarcas) y sus amantes amos los atendían y curaban sus espantosas heridas, y seguían viviendo para romper los lomos de otros mastines — Rosie se compadecía de los perros, pero al parecer pocos lo hacían entonces—. Había cisnes blancos en el río y cabezas de traidores picoteadas por los milanos en el Puente de Londres. Había conspiraciones e intrigas y atentados contra la vida de la reina por medio de brujerías, que horrorizaban a todo el mundo: una marioneta hecha a imagen de la reina, acribillada de alfileres, había sido hallada en los jardines de la posada Lincoln, y el amigo y astrólogo de la reina, el doctor Dee, había sido llamado para que la viera y diese su opinión. No era nada, dijo, un juguete, la reina viviría muchos años y con buena salud y ella se exhibió públicamente en su barcaza sólo para que todos comprobasen que estaba bien, y pasó la Navidad en Richmond.

Todo era tan vividamente colorido, pensaba Rosie, como un dibujo animado; y parecía natural suponer que también ellos lo sintieran así en ese entonces, con esas vestimentas extrañas de todos los colores del arcoiris, y otros que ella apenas era capaz de imaginar, azafrán y morado y obispo y caca de ganso. Cuando se morían, dejaban estos trajes imposibles a sus sirvientes, quienes, como no podían usarlos, los vendían a los actores: los tablados de los patios de los mesones estaban desnudos, y el

sol brillaba (o no brillaba) en lugar de las candilejas, pero en ellos los personajes se pavoneaban cubiertos de sedas y bordados que proclamaban Rey, Señor y Princesa; así fuera en la Antigua Roma, o en los tiempos de Enrique V, o en la remota Italia, ellos usaban los mismos trajes de los señores muertos, en tanto lucieran con el suficiente esplendor. El joven Will (como Kraft seguía llamándolo), lanzado de súbito en medio de esta vorágine, aprendía a bailar y a cantar (en los teatros se bailaba, «brincaba» y cantaba tanto como se actuaba, la danza más parecía una acrobacia, y Rosie se preguntaba cómo sería, ¿sería torpe o airosa?); y se hacía de amigos entre los mozalbetes avispados fogueados en las tentaciones y asechanzas de las calles y la corte de la compañía del Conde de Leicester. Incorporado por etapas en la compañía, había tenido que soportar bromas, iniciaciones. Muchachos duros de pelar. Demuéstrales que no tienes miedo. Maese Burbage y el irritable maestro decoro, con su túnica negra, mediaban en las riñas, a ver, qué está pasando aquí, qué pasa.

Will fue probado al principio para los roles femeninos, los difíciles de cubrir, porque desde luego no había actrices; Rosie recordó que en un tiempo ella había sabido eso. Dos naranjas en su corpiño. Besos y silbatinas. Empezaba a aparecer en la historia una suerte de tensión sexual extraña y hasta tenebrosa, y Rosie se preguntaba si no sería ella la que la imaginaba a causa de lo que Boney le había contado sobre Fellowes Kraft; como si allí hubiera otras iniciaciones de las que no hablaba, una especie de corrupción casi escandalosa, sólo casi: en las mansiones de los nobles, donde los muchachos actuaban, había jóvenes señores siniestros, de largos rizos, con pendientes en las orejas, ebrios y ojerosos, alguien vomitando en el rincón. Con la primavera la peste llegó a Londres; el amigo íntimo de Will, que hacía el papel de Phyllis y Clorinda y Semíramis, pero que había defendido con bravura a Will en las riñas de los muchachos, murió aferrado a la mano de Will. Pálido y delirante y balbuceando versos y canciones de amor. Will creció un poco. Los jóvenes señores se iban a sus casas de campo, o a Francia, los carretones de los cómicos partían hacia las provincias huyendo de la peste; los muchachos del Conde de Leicester siguieron a la Corte y a la reina en su peregrinaje.

¡La Reina! Se hubiera dicho que en el relato no había más mujeres que ella, como si en ella se concentrara todo lo femenino, una sola mujer en el reino pero qué mujer. Kraft parecía deslumbrado y casi sin palabras ante la reina, lo mismo le sucedía a todos en la historia. Robin de Leicester la colmaba de agasajos, él y la reina habían sido amantes durante años (*pero qué harían*, se preguntaba Rosie); y si alguien conocía el fondo de su corazón, ése era el suave y delicado Robin; pero no, nadie lo conocía. En mayo Leicester llevó a sus muchachos a Wanstead para presentar una mascarada escrita por su sobrino, *sir Philip Sydney*, un caballero perfecto y gentil vestido de una seda tan azul como sus claros ojos de niño. *La Dama de Mayo*. Era Isabel en persona, ella misma, el principal actor enmascarado, y el único objeto del drama, aunque no había parlamentos escritos para ella; no necesitaba ninguno. En el suave chartreuse de los jardines ella y su séquito se topaban con una ninfa que

emergía de entre las lilas y hacía reverencias: *No imaginéis, adorable y gentil señora, que me humillo así ante vos a causa de vuestro rumboso atavío... Ni porque cierto caballero procure rendiros tanto honor contó puede en ésta su morada... Aspiraría más bien a vuestra reverenda si no viera en vuestro rostro algo que hace que me rinda ante vos...* y la reina respondió al gracioso y encantador impronto con una afilada sutileza que casi demudó al efebo-ninfa y le enrojó las mejillas bajo el colorete.

Will, alto ahora y formal de aspecto, interpretaba el papel del pedante Rhombus, un personaje característico de la Comedia que le iba como anillo al dedo: los pedantes y sabihondos, con bocadillos de palabras cultas, sólo él entre todos los muchachos era capaz de aprenderlos de memoria. Permitidme deliciar el intrinsicabilísimo mihollo del dilema. Bien dicho, doctor, veo que poseéis vuestro grado de *Magister Artis*. Por cierto que sí, con el beneplácito de Vuestra Majestad (inclinándose en una profunda reverencia, con una mano en su lumbago de viejo pedante), lo poseo *honorificabilitudinitatibus*. La reina soltó una carcajada, era una palabra que Will solía blandir a borbotones para hacer reír a Simón Hunt en la escuela de Stratford; y después de la representación la reina pasó revista a los Mancebos, y se detuvo frente a Will, casi una cabeza más alto que sus compañeros, una cabeza pelirroja.

Oh la la, pensó Rosie, la reina va a hacer una profecía.

La cabeza de la reina se irguió, blanca, pequeña y arrugada, desde el escote del suntuoso vestido, el rostro de una doncella largo tiempo aprisionada en un castillo feérico, la roja cabellera ornada de joyas tan complejas como rizos, y la tiesa gola blanca de encaje enmarcaba desde atrás su cara abovedada, de nariz larga y ojos saltones. De modo que también ella era un pavo real, un pavo real blanco con todo su plumaje desplegado. Will, delante de ese monstruo fabuloso, no podía apartar la mirada; los ojos de pájaro de la reina se clavaron en los suyos, verdes como esmeraldas.

Dos cosas que la reina adoraba eran los cabellos rojos y las joyas. Acarició suavemente con su mano cubierta de anillos el pelo de Will, y su máscara blanca sonrió.

—*Honorificabili-tudini-tatibus* —dijo.

Con los primeros fríos, los hombres del Conde de Leicester regresaron de su gira por el norte y una vez más sentaron sus reales en el «corral» que James Burbage había construido en los suburbios, fuera del alcance de los magistrados de Londres. Era un local como no había otro en la Inglaterra de entonces. Burbage lo amaba y le prodigaba tanto dinero como a una querida (y su esposa sé lo había hecho notar más de una vez); en realidad no era un corral ni tampoco un reñidero, ni un patio de mesón adaptado para el caso, ni una barraca provista de un escenario y algunas puertas y algunos asientos para los nobles —no, no era una barraca, sino un teatro, como los romanos llamaban a sus edificios circulares, y así lo llamaron: el Teatro, el

único en toda Inglaterra.

—Este año necesitaremos esas tuberías —dijo James Burbage.

Erguido, abierto de piernas sobre el tablado, contemplaba la platea vacía y las graderías para el populacho. Detrás de él, los efebos de la compañía ensayaban una nueva obra. En lo alto se extendía el firmamento pintado en oro en el palio azul noche, el zodíaco y sus planetas residentes, el sol, la luna.

—¿Qué tuberías? —preguntó Will.

El muchacho —ya no tan muchacho en realidad— estaba sentado al borde del escenario, balanceando las piernas largas y flacas. Tenía el libreto en una mano, pero no le habían asignado ningún papel en la nueva obra. No había en ella ni pedantes ni poetas; tan sólo héroes y sus amadas, la nueva moda, anticuada y austera.

—Tuberías de bronce —dijo Burbage—. Tuberías de bronce construidas... construidas de cierta manera... construidas y colocadas debajo de los armarios, aquí y allá: no sé exactamente cómo; y canalizan el eco y la resonancia, y la voz vuelve a salir, amplificada.

Will echó una mirada en torno, tratando de imaginarlas.

—Vitrubio dice —salmodió Burbage— que el verdadero antiguo teatro romano tenía estas tuberías. Colocadas aquí y allá con ingenio y cuidado. Eso mismo dice mi sabio amigo el doctor Dee. Que ha leído a Vitrubio y a todos esos autores. A quienes también tú deberías leer y estudiar, muchacho. Un comediante no tiene por qué ser *ignoramus*.

Observaba a Will desde el tablado. Qué podía hacer con él. Si su incorporación a los Mancebos se había hecho del modo habitual, bueno, su salida, llegado el momento, también podía serlo. Maese Burbage, en su prisa, no había considerado ese aspecto de la situación. Si un muchacho tenía buenos papeles, y al crecerse mantenía grácil y delicado, menudo y con la voz adecuada, podía, llegado a la adolescencia, aspirar a los papeles femeninos en el grupo de los mayores y por ende a una participación plena en la compañía; si no, bueno, podía ser devuelto a su familia, una vez acabado su contrato, para que probara suerte en algún otro oficio.

En algún lugar, sepultado entre las facturas y recibos de la caja de plomo de Burbage, estaba aquel ridículo documento de Will. Más le valdría quemarlo.

Porque Will no había crecido grácil y menudo, había crecido como la mala hierba. Sus rodillas grandes y nudosas sobresalían entre la pantorrilla y el muslo como una bisagra mal ensamblada. Su cabello rojo se había vuelto opaco y ralo, y Burbage se preguntaba si detrás de la frente, ancha y abombada, Will no tendría agua en el cerebro; porque en verdad se había vuelto esquivo y silencioso y casi idiota durante el último año. Y esa voz; esa dulce voz de soprano, quebrada ahora: quebrada por graznidos roncós, sin sonoridades.

Si lo hubiera castrado. Sus piedrecitas cortadas a tiempo, como lo hacen los italianos. Burbage se estremeció de sólo pensarlo.

—Las tendremos —dijo—. Si el teatro antiguo tenía tales maravillas, también el

de esta era debería ostentarlas. Bien. El doctor Dee ha de saber de esto. Debemos pedirle el libro de Vitrubio, o que él mismo lo consulte y dibuje para nosotros un croquis y un plan de su disposición, para que podamos forjarlas. Deja eso, deja eso.

Will levantó la vista de su libreto. Su único talento como actor, pensó Burbage, era la memoria. Los versos quedaban prendidos en su cerebro como la lana de las ovejas en las zarzas, y podía juntarlos a voluntad; sería capaz de recitar, mañana, todos los papeles de la nueva obra. Si alguien caía enfermo.

—Escucha —dijo. Sacó dinero de su bolsa—. Quiero que vayas a Mortlake, a la casa del doctor Dee; ve siguiendo el río, ¿me escuchas? a Mortlake. Entre la iglesia y el río está su casa, pregunta el camino en la iglesia.

Will había arrojado el libreto y se levantó poco menos que pisándose los grandes pies.

—Sí —dijo—. Mortlake, entre el río y la iglesia.

—Dale mi recado —dijo Burbage—. Dile, dile...

—Lo de las tuberías de bronce, sí, lo haré. Ya he comprendido.

—Buen chico. Ahora péinate y límpiate las uñas. Ponte una camisa limpia. Es un hombre sabio y es amigo de la reina ¿me has oído? No te distraigas por el camino.

Will tomó la moneda y se volvió para marcharse.

—Will.

El muchacho volvió la cabeza. Ese aire que tenía ahora, de que nada le importaba, de que estaba aquí sólo por accidente, con su cabezota y sus huesos desarticulados, no tenía nada que ver con él; todo era desmentido por sus grandes ojos despiertos. Qué hacer, qué hacer.

—Consulta al doctor Dee —dijo Burbage—. Es un hombre sabio, hijo, y podría ayudarte. Pídele que examine tu carta natal y vea lo que pueda ver. Dile que el gasto corre de mi cuenta. Dile eso.

Will se volvió para partir, sin responderle.

Viajar junto al río, y sin compañía. Él no quería demorarse, pero era imposible no distraerse en la calle Bishopsgate, cruzando los muros de la ciudad a la altura de Bishopsgate, más allá de las tabernas de la calle Fenchurch, donde pregonaban las representaciones del teatro. En la calle Leadenhall viró a la derecha y se mezcló con el gentío del Cheapside; carruajes —que sólo en años recientes se habían resignado a compartir las callejuelas estrechas con sillas de mano y carretones y gente— que se abrían paso con arrogancia, el cochero de pie en el pescante, fustigando a los caballos. Varios carruajes suntuosos aguardaban fuera del enorme y nuevo emporio construido por Thomas Gresham para su propia gloria y la del reino: el Exchange, recientemente designado Real por Su Majestad, todo un mundo de mercados bajo un techo sostenido por pilares. En su interior —y a través del Exchange había un atajo en dirección al río que Will conocía—, en las tiendas de la planta baja, mercaderes flacos y gordos, vestidos con lúgubres túnicas de paño, concertaban importantes transacciones en granos, pieles, cereales, cuero y vinos; en tanto arriba, en la

almoneda, los orfebres, los fabricantes de instrumentos, los encuadernadores, los guanteros y sombrereros y tapiceros, los armeros, los boticarios y los relojeros llevaban a cabo sus negocios y vendían sus mercancías. Puertas afuera, en cambio, y a lo largo de los muros y de las calles, pequeños comerciantes sin tienda ejercían también su oficio, llevando sus géneros cargados a la espalda, voceando ostras, manzanas, cerezas maduras, mariscos frescos, escobas buenas escobas, hinojo marino recogido en los acantilados de Dover, e incluso agua que se vendía en botijos.

Will compró una manzana reineta y la comió mientras bajaba por el Cheapside en dirección a Saint Paul, dejó atrás los talleres de los orfebres, donde los ricos y los caballeros extranjeros entraban y salían sin cesar, y los carteristas, ladronzuelos y rateros los esquilaban. En las cercanías del atrio de Saint Paul la multitud se espesaba de pordioseros, viejos soldados lisiados o ciegos, falsos locos que fingían enfermedades repulsivas, que trataban de manosear a los viandantes y de los cuales sólo podías librarte con limosnas; en las puertas de la catedral, los pobres, como una bandada de gansos importunos, armaban una batahola con sus platos cada vez que un posible donante pasaba por las puertas. Tiempo atrás, Saint Paul había perdido su cúpula, destruida por un rayo, y era tanto un sitio público de reunión como una iglesia, aunque el culto divino se celebraba diariamente; en las vastas naves los niños del coro, con sus golas almidonadas (Will los compadecía con júbilo en su corazón) cantaban de memoria, sin saber lo que decían.

Will, cortando camino a través de la iglesia y de la nave principal, desde la puerta norte a la sur, se detenía a leer los anuncios clavados en las columnas: hombres que se ofrecían para trabajos a destajo, maestros de danza y esgrima que ofrecían clases, profesores de italiano y francés y doctores y astrólogos anunciando sus servicios. Leyó el anuncio de un boticario:

... estos Óleos, Aguas, extractos o Esencias, Sales y otros compuestos; en el muelle de Paul ya preparados para ser vendidos por John Clerkson, experto en el arte de la Destilación; quien estará también dispuesto por un estipendio razonable a instruir a quienquiera que desee aprenderlos secretos del mismo en unos pocos días, etcétera.

Y ved lo que ofrecía: *essentia perlarum*, ¿sería esencia de perlas?, y *balsamum sulphuris*, y *saccharum plumbi* o azúcar de plomo; el *vitrum antimonii*, eso era el vino de antimonio; *sal cranii humani* (Will se estremeció al traducir «sal de cráneo humano», qué podría ser); y también sustancias más comunes, «barnices diversos y variados, fuegos artificiales extraños y terribles».

Una vieja alcahueta, que tomó por otra cosa su ociosa contemplación del fascinante aviso, intentó de entrar en conversación con 41; Will, atemorizado, se apartó de prisa, tropezando con sus propios pies, y una pandilla de abogadillos, que esperaban clientes junto al pilar habitual, se echaron a reír a coro, tal vez de él. Salió

rápidamente a la luz del sol.

Allí había otro mundo: el atrio de la iglesia de Saint Paul era el mercado de libros de Londres, y en tenderetes cobijados entre las columnas, bajo el signo del Ciervo, o la Rosa de los Vientos, o el Delfín, ofrecían libros que Will no podía comprar pero sí mirar: las crónicas de Holinshed en enormes folios, *Noticias jubilosas del Nuevo Mundo*. Y en medio de los tenderetes iban y venían los vendedores de canciones y baladas, con sus novedades propias, intrigas españolas y asesinatos dobles, reglas para el amor y para el ajedrez, historias recién traducidas del italiano, todas reales, todas reales.

Más allá de Blackfriars el tráfico iba todo por el río, la principal arteria de Londres. Will bajó de prisa la escalera del muelle, a los empujones con todos los demás, para disputarse con ellos los servicios de los barqueros, y sólo consiguió llegar a uno después de ser desalojado del primero por un regidor y su sirviente; y luego, río abajo. Las nubes, desplazándose veloces, viento en popa más allá de la multitud de agujas de campanario, se adelantaban al tráfico fluvial, a los pesqueros y chalanas y otras embarcaciones ligeras que se mecían, las velas hinchidas, y a los gigantescos buques mercantes. Will se abrazó las rodillas en su exiguo recoveco a bordo de la barca, escuchando y viendo y paladeando el día de septiembre como si lo estuviera grabando para siempre en su corazón.

Tarde ya, y a todo correr, subió la escalerilla del muelle en Mortlake, y preguntó a la mujer que estaba lavando por la casa del doctor Dee, y preguntó de nuevo en la iglesia, y una vez más en un portón que daba a un jardín donde estaba apoyada una mujer sonriente, de mejillas rubicundas como manzanas de septiembre y tan rechoncha que los ojos chispeantes se veían pequeños.

—Ésta es la casa del doctor Dee. Y quién podrás ser tú.

—Me ha mandado Maese James Burbage, del teatro de Shoreditch.

—Un cómico.

—Eso soy.

La mujer lo estudió, divertida y bonachona, y al fin abrió el portón en el que estaba apoyada.

—El doctor esta en el jardín —dijo—. Ésta es su casa y yo soy su mujer.

Se inclinó en una ligera cortesía burlona. Will hizo una reverencia.

—Entra sin hacer ruido —dijo ella—. Está ocupado con no sé qué. Pero siempre está. Ocupado. Con no sé qué.

Will fue hacia donde ella le indicaba, un jardín bien cuidado, ahora deslucido y amarillento de otoño. Había matas de hierbas y un estanque de carpas y dos, no, tres relojes de sol de distintas clases; y en el centro algo que no pertenecía a un jardín. Una especie de caseta o tienda sostenida por postes con lonas pesadas alrededor, y en el frente uno de los paños pintado de negro en el que había un cristal, una lente, una lente pequeña y redonda que reflejaba la luz del sol.

Las cortinas se agitaron, se inflaron y de la caseta salió encorvándose un hombre

alto, que parecía más alto aún por la larga y lúgubre túnica que vestía y la larga y fina barba cana. Miró a Will de soslayo y alzó las cejas, pero no le prestó mayor atención; sacó de entre sus ropas una tapita redonda con la que cubrió en el paño negro el ojo de cristal. Luego volvió a entrar.

Will esperaba apoyándose alternativamente en uno y otro pie.

Cuando volvió a salir, el doctor Dee llevaba un par de espejuelos con montura negra y patillas curvas sujetas a las orejas que hacían que sus ojos redondos parecieran aún más sorprendidos, aún más redondos. Le hizo una seña a Will.

—Acercaos.

Will fue hacia él y el doctor lo tomó por el hombro. Lo guió hasta la caseta y le hizo detenerse delante de ella, frente al cristal cegado; luego reflexionó un momento y empujó a Will unos pasos más atrás.

—Señor, Maese Burbage os envía sus saludos y...

—Lo que debéis hacer ahora —dijo el doctor alzando un largo dedo admonitor— es quedaros absolutamente quieto. No mováis una sola pestaña hasta que yo os diga. ¿Me habéis oído?

Will asintió. Empezaba a alarmarse. ¿Acaso iban a hechizarlo? Más le valía hacer lo que el otro le decía. El doctor Dee volvió hasta la caseta negra, se detuvo junto a ella y una vez más le hizo una seña admonitoria con su dedo huesudo.

—Quieto. Quieto como si estuvierais muerto. Ahora.

Arrancó de un tirón la tapita que cubría el ojo de cristal, y pareció contar o rezar para sus adentros. Will, inmóvil, miraba fijamente el ojo de cristal como si de él, como del de un basilisco, pudieran dispararse rayos mortíferos. Al cabo de un momento el doctor volvió a cubrirlo; respiró hondamente, y desapareció en el interior. Will continuaba paralizado, escuchando los latidos de su corazón, mientras las lágrimas se amontonaban en sus ojos que seguían sin pestañear.

Por fin el doctor Dee volvió a salir y pareció ver a Will por primera vez.

—Os pido perdón, señor, podéis moveros, moveros, brincar y bailar.

Traía algo, algo chato y liso como una placa, envuelto en terciopelo negro.

—Venid —dijo—. Venid conmigo y decidme qué desea de mí mi amigo Burbage.

La casa a la cual lo condujo el doctor Dee parecía ser más que una casa, varias casas contenidas en una, con puertas que se abrían a través de paredes y pasadizos que conducían del granero a la cocina, de la cocina al cuarto de estar, del cuarto de estar al lavadero; Will fue en pos de la túnica flotante del doctor y del golpeteo de sus pantuflas hasta una habitación espaciosa, iluminada por ambos lados, con pequeñas ventanas de parteluz y repleta de cosas en desorden, mucho más repleta y desordenada que cualquier habitación en que él hubiera estado o soñara jamás.

Era seguramente la guarida de un hechicero. Lo que le otorgaba esa apariencia no era sólo la esfera armilar de cobre, los pequeños huesecillos de toda especie que cualquier hechicero podía tener; no eran sólo los dos globos de pergamino coloreados, uno al lado del otro, como dos distintas concepciones del mundo, ni la

vara de astrónomo graduada cuyo uso Will no comprendía pero que era seguramente más maravillosa que cualquier *lignum vitae*. No era exactamente la profusión de objetos raros y comunes, ni la calavera de dientes amarillos (*sal cranii humani*) ni las gemas, prismas, cristales y trocitos de vidrio de colores amontonados en vasijas de barro cocido, o desparramados encima de las mesas, o colgados en las ventanas para colorear la luz del día; ni los manuscritos atados con cuerdas, ni las hojas de papel escritas en tres o cuatro idiomas distintos y apilados aquí y allá como para recordar al doctor Dee las fórmulas que había ideado y que podía olvidar eran todas esas cosas y el cristal convexo sobre la pared que reflejaba todo aquello, y el gato negro que olisqueaba los restos de un plato de comida (huesos de paloma y una rodaja de queso), y hasta el plumero que asomaba como un pájaro raído del bolsillo de una casaca colgada de un clavo. Más que nada eran los libros: más libros que los que jamás había visto en un solo lugar; libros en altas estanterías, libros apilados en los rincones, libros cansadamente apoyados unos sobre otros en los anaqueles, libros encuadernados y sin encuadernar en esta habitación y en el corredor y elevándose hasta el techo en las estanterías de la habitación contigua; libros abiertos encima de otros libros abiertos encima de las mesas y las sillas. En las casas de sus parientes de Arden, Will había visto muchos libros, docenas de libros encerrados en armarios, silenciosos. A estos centenares —millares tal vez— él podía casi oírlos cuchichear, susurrar el uno al otro acerca de su contenido.

El doctor Dee, al oír que los pasos de Will se hacían lentos y se detenían, volvió desde el corredor.

—¿Amáis los libros?

Will no supo qué contestar.

—Hay libros aquí que un actor podría leer —dijo—. Tengo a Esquilo. A Eurípides. ¿Leéis el griego? No, bueno, también tengo aquí historias, Leland y Virgilio Polidoro. He comprado la nueva crónica de Holinshed pero aún no me la han traído. Plutarco traducido por North. Son cuentos magníficos.

—¿Los habéis leído a todos? —preguntó Will casi en un susurro.

El doctor Dee bajó sus extraños espejuelos y le sonrió.

—Si gustáis podéis volver y consultarlos —dijo—. Leer los que queráis. Hay muchos que vienen por aquí a buscar esto o aquello. Relatos. Historia. Saber.

Por un momento esperó que el muchacho dijera algo, gracias señor, al menos por cortesía, pero Will sólo miraba atónito.

—Venid entonces —dijo—, y decidme qué desea de mí mi amigo Burbage. Venid.

Condujo a Will fuera de la habitación, a través de un laberinto de corredores, a un cuarto oloroso y quieto donde había botellas, retortas y alambiques que semejaban pájaros grandes y gordos, redomas tapadas con corchos, llenas y vacías; empujó al muchacho delante de él, más allá de una puerta y de un espeso cortinado, a una habitación cerrada y oscura donde ardía una única vela.

—Venid —dijo—, vuestro recado, señor.

Lo mejor que pudo, Will tartamudeó aquello que Burbage quería saber acerca de las tuberías de bronce, lo cual, en el fondo, no había comprendido del todo; el doctor Dee meneó la cabeza y murmuró para sus adentros, continuando con su trabajo que debía ser, pensó Will, sin duda, magia pura.

—Y que canalizan la voz y la devuelven, arriba, abajo...

—Hum. Mm, mm.

Había sacado del envoltorio de terciopelo una plancha de metal, delgada, negruzca, que tomó cuidadosamente por los bordes. La deslizó en un pequeño recipiente, lleno de algún fluido, donde se hundió adquiriendo un color parduzco y luego pardo rojizo. El doctor Dee lo estudió con atención. Unos trazos negros empezaron a aparecer en la superficie, un grupo de manchas que iban cobrando formas.

—Ah —dijo el doctor.

Con un diminuto par de pinzas levantó el cuadrado de metal, haciéndolo girar de un lado a otro, dejando que desprendiera el fluido. Luego lo llevó junto con el candil hasta el extremo de su mesa de trabajo y deslizó la vela debajo de un pequeño cuenco sostenido por un trípode.

—Mercurio —dijo. Sonriendo, se llevó un dedo a los labios.

Cuando el mercurio estuvo bastante caliente, sostuvo encima de él, en ángulo, el cuadrado de metal, y lo fumigó, observándolo de vez en cuando con satisfacción. Al cabo abrió los postigos (la luz del día inundó la pequeña habitación) y tendió a Will la placa de metal. Will la tomó y la miró. En su superficie, como en la placa de un grabador, pero mucho más nítida, había una figura: un muchacho solemne, rígido, de pie en un jardín, con un reloj de sol a su espalda. Él.

Él, las ropas que vestía, el viejo sombrero; su cara.

Will estaba mirándose en un espejo, un espejo en el que se había mirado un cuarto de hora antes y en el que aún estaba mirándose. Para siempre.

El doctor Dee lo vio, enmudecido de asombro, y con dos dedos tomó el retrato por uno de los bordes.

—Un juguete —dijo. Y lo arrojó en una caja abierta donde había otras placas manchadas—. Hay cosas más maravillosas —dijo—. Hay incluso juguetes más maravillosos.

Rodeó con un brazo los hombros de Will.

—Ahora, dijo. Ahora estudiaremos a Vitrubio. Y también vuestra carta natal, ¿no es eso? Y veremos lo que podamos ver.

—¿Qué tal el libro? —dijo una ancha sombra que se había interpuesto entre Rosie y la luz de la ventana.

—Hola —dijo ella a la inclinada silueta de Spofford—. Es más bien disparatado. Ese personaje, esa especie de mago, acaba de tomarle una fotografía a Shakespeare.

—No bromees. —Por un momento se miraron en silencio, sonriendo.

—¿A qué has venido al pueblo? —dijo Rosie.

—A traer a mi amigo Pierce al autobús. Ya buscar algunas cosas. ¿Y tú? ¿Te importa si me siento?

—Bueno, en cierto modo. Sí y no... Caray, siéntate.

Él se deslizó lentamente en el asiento opuesto al de ella, observando su cabeza gacha.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella suspiró con fastidio apoyando la mejilla en la mano, los ojos fijos en su libro como si aún estuviera leyéndolo. Luego lo cerró.

—Voy a ver a un abogado esta mañana —dijo—. Allan Butterman, en esta misma calle.

Spofford no dijo nada, y aunque la sonrisa prudente que había conservado desde que la saludara no se alteró, pareció expandirse en su asiento; estiró las largas piernas debajo de la mesa y colgó por encima del respaldo su brazo moreno.

—Hay una cosa que quiero decir —dijo Rosie, uniendo las manos como si fuera a rezar—. Yo te quiero mucho. Mucho. Has estado maravilloso, super.

—Pero.

—*No creas que estoy haciendo esto por ti.* Porque no es así.

—Claro.

—No estoy haciendo esto por ti, ni por nadie. Lo estoy haciendo, simplemente. De eso se trata, de que lo estoy haciendo sola, y de que eso me deja sola, pase lo que pase después. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Por eso, en cierto modo, no quería que te sentaras. Y también por eso, no quiero que digas nada al respecto.

Lo que ella quería decir era que no aceptaba tenerlo a él como motivo. Si otras razones más graves, más críticas, no podían serlo, entonces Spofford, una buena razón, menos aún. Era sólo justo: para ella y para todos.

—No diré nada —dijo él. Se cruzó de brazos. Había un pez pálido tatuado en el dorso de su mano izquierda; a veces era invisible—. El día del perro negro no ha llegado todavía.

—¿Cómo?

—Es un cuento. Parece que cierto señor tenía un perro negro, un perrazo inútil, lo único que hacía era comer y comer siempre echado en el umbral, interrumpiendo el paso. No cazaba, no rastreaba. Carga inútil. La gente le decía que se lo sacara de encima, y el hombre respondía: Paciencia. Al perro negro no le ha llegado aún su día.

—¿De dónde sacaste ese cuento? —dijo Rosie riendo. Spofford (ésa era una de las cosas que le gustaban de él) parecía estar siempre lleno de rincones y recovecos sorprendentes donde atesoraba cosas extrañas como ésta.

—Bueno —dijo Spofford—. Ese cuento, diría yo, es de Dickens, o de Scott, uno de los dos. Mi familia tenía dos enormes colecciones de esos libros. Obras completas. Dickens y Scott. Era más o menos todos los libros que tenían. Y no pretendo haberlos leído íntegramente, aunque sí buena parte de ambos. Pero los confundo un poco, así

que no siempre puedo recordar qué historia es del uno y cuál del otro. Yo diría que éste es de Wally Scott. Y si no es de Wally Scott ha de ser de Chuck Dickens. Quien seguramente lo sabría es mi amigo Pierce.

—¿Y así termina el cuento?

—Ah no, diantre. Al perro negro le llega su día. Salva la vida del buen hombre. Ése es el final.

—A todo perro le llega su día.

Spofford no dijo nada más, pero sonreía y el diente negro asomaba en su boca, con tan satisfecha insolencia que Rosie tuvo que desviar la mirada para no sonreír a su vez.

—A propósito —dijo, recogiendo de la mesa, con determinación, libro y dinero, pronta para marcharse y cambiando de tema—. ¿Qué tal tu amigo... Pierce? ¿Le gustó la visita?

—Le gustó —dijo Spofford sin levantarse—. Volverá.

La evocaba a menudo, de distintas maneras y en distintos contextos; ya en el frígido y sofocante autobús, rumbo a la ciudad, había empezado a evocarla. Y en las calles de la urbe, todavía violentas de verano, viciadas de repulsivo verano; y en su apartamento, allá en la torre, demasiado holgado ahora para él, como el traje de un hombre enflaquecido por el hambre; o cuando se fortalecía para la tarea que ahora sabía lo esperaba, sentía a veces que esos lugares que había visitado estaban justo atrás de él, un estanque de luz dorada, tan cercano que no acertaba a comprender como había viajado de allí hasta aquí: hasta aquí, donde suponía que tendría ahora que quedarse para siempre, o casi tan para siempre que no había ninguna diferencia.

Dos

—Perdón. Perdón. Perdón —dijo Allan Butterman irrumpiendo en la oficina en que habían instalado a Rosie—. Hace horas que espera, ¿no? Lo lamento muchísimo, de veras. —Se sacó de la manga un brazalete negro y se frotó la cara con un pañuelo grande y fino. El formal traje negro y la corbata a juego, que le otorgaban un aire chic, realizaban sus facciones vagamente francesas (nariz aguileña, ojos negros, pelo lustroso, tez blanca y tersa), sus mejillas rotundas sostenidas por el cuello alto y almidonado.

—Oh, Dios —dijo. Suspiró ostensiblemente y guardó el pañuelo en el bolsillo.

—¿Era alguien que usted conocía bien? —preguntó Rosie, con cautela.

—Oh no —respondió Allan—. No. Sólo un viejo, viejísimo cliente. Viejo como Matusalén. Un muy, muy antiguo cliente del bufete. Oh os, en realidad muy lamentable. —Se mordió el nudillo del dedo índice, la mirada perdida en el río y la mañana; suspiró de nuevo.

—Bueno —dijo, ya más sereno—. Ante todo ¿cómo está usted? ¿Quiere tomar un café? Yo soy Allan Butterman. Allan Butterman *hijo*, no estoy seguro de que su tío haya comprendido que soy yo quien ha estado respondiendo sus cartas y todo lo demás últimamente, mi padre falleció hace dos años.

Miró a Rosie, sonriendo débilmente.

—¿Le explicó algo Boney?

—Más bien lo insinuó. Un divorcio o por lo menos una separación.

—Así es.

Allan resopló, meneó la cabeza, clavó la vista en la tapa de su escritorio. Parecía estar anticipando una terrible calamidad y Rosie casi no se atrevía a entrar en los detalles por temor a entregarlo desamparado a sus consecuencias.

—Ya estoy separada. Quiero decir que me he ido.

Él meneó la cabeza con lentitud, mientras la observaba con las arrugas de la frente dolorosamente contraídas.

—¿Hijos? —preguntó.

—Uno. Una niña de tres años.

—Oh, caramba.

—Es una situación que estaba latente desde hacía mucho tiempo —dijo Rosie, para tranquilizarlo.

—¿Sí? —preguntó Allan—. ¿Y cuándo lo decidieron?

—Bueno —dijo Rosie—. Él no decidió nada, en realidad. Ha sido cosa mía.

—¿No está de acuerdo?

—No exactamente. No todavía.

—¿Cuándo le dijo usted que tenía la intención de iniciar este trámite?

—Bueno, anteayer.

Allan giró en su silla, juntó las puntas de los dedos y contempló nuevamente la

mañana, pero como si ya no pudiera procurarle placer alguno. Se rió, una risa breve, amarga.

—Bueno —dijo—, le diré una cosa: en verdad no me ocupo de divorcios con frecuencia. El señor Rasmussen dijo que usted tenía un problema y yo le dije, desde luego, que viniera a verme. Que veríamos qué se puede hacer; pero lo cierto es que otros colegas podrían ayudarla mejor que yo.

»Muy bien. Dicho esto, y aún en el caso de que yo fuera a ocuparme de su asunto, ahora mismo le pediría que lo pensara seriamente y viera si lo ha meditado bien. Casarse es fácil y barato. Y descasarse es complicado y caro. No creo que usted y... y... —Mike.

—... Mike, que usted y Mike tengan una especie de contrato matrimonial o acuerdo prenupcial a este respecto.

—No. —Ella había leído que alguna gente hacía esas cosas; le había parecido una de tantas ideas grotescas que sólo se les ocurren a otras personas, como casarse en un avión en vuelo o comprar una parcela común en el cementerio. Ahora lo reconsideraba. Una cláusula de escape: los dedos secretamente cruzados. Me desdigo de todo lo dicho—. No.

—Bien —dijo Allan—. Déjeme que le explique una cosa. Hasta no hace mucho, incluso cuando yo mismo empecé a ejercer la profesión, para que dos personas obtuvieran un divorcio, era necesario que una de ellas hubiera infligido a la otra un daño positivamente grave. Adulterio. Ebriedad consuetudinaria. Drogadicción. Crueldad mental, cosas con las que no se jugaba en ese entonces, y debían poder probarse de manera fehaciente. ¿Está claro? Eso significaba que si dos personas no querían seguir juntas, sin tener ningún motivo en especial, tenían entonces que ponerse de acuerdo para que uno de los dos mintiera en el juzgado acerca del motivo, y el otro no recusara la mentira. Y si el juez sospechaba que existía una tramoya de ese tipo, el divorcio no se concedía. Era un asunto muy pero que muy desagradable. Maridos, esposas, abogados, todos mintiendo entre dientes.

»Bien, hoy en día, y en realidad desde hace muy poco, tenemos lo que se llama el “divorcio sin culpa”. La Ley ha comprendido, al fin, que en la mayor parte de los divorcios no hay ningún culpable, y no hay razón para que actúen como adversarios. De modo que ahora, en estas circunstancias, se puede obtener un divorcio sólo por “irreparable ruptura del vínculo matrimonial” e “incompatibilidad de caracteres”, o sea *i e i*, como se lo llama. Irreparabilidad, incompatibilidad.

Ante las grandes palabras, Rosie intentó explicarse.

—Bueno —dijo—. En realidad no es culpa de nadie. De nadie.

Allan había tomado un largo lápiz amarillo y ahora lo sostenía balanceándolo entre los dedos como el palillo de un tambor, golpeando el escritorio con la punta de goma.

—¿De veras? —dijo—. ¿Sabe lo que a mí me parece, Rosie? A mi me parece que tal vez usted no ha hecho todo lo posible para arreglar esta situación con, con...

—Mike.

—Tengo la impresión de que usted se precipita un poco, y espero que no le moleste lo que le digo. Tal vez una terapia...

—Mike es psicoterapeuta.

—Oh, caramba. En casa de herrero...

—¿Cómo?

—Lo que quiero decir —prosiguió Allan— es que creo que usted debería esperar. Creo que debería intentar otras soluciones, distintas del divorcio, quiero decir. Tomarse unas vacaciones. Descansar. Tomar distancia por algunas semanas. Ver cómo son las cosas entonces. —Su tamborileo se alteró—. Para decirle la pura verdad, Rosie, yo, personalmente, no estaría dispuesto a iniciar una acción jurídica en su nombre a esta altura de las circunstancias.

Fuera cuál fuera la forma en que Rosie lo miró, fuera lo que fuera lo que su rostro expresaba, provocó en él un ademán defensivo con su lápiz, como si dibujase, y dijo:

—Bueno, espere un momento, un momento, lo que digo es esto: yo salgo de vacaciones por dos o tres semanas a partir de mañana. Me hubiera marchado hoy de no haber sido por... Oh bueno, como sea: hagamos, usted y yo, una cita para reunirnos exactamente dentro de tres semanas. Yver. Yver qué ha pasado en ese lapso.

»Nunca se sabe —concluyó.

Un decaimiento extraño se había apoderado de Rosie; no podía ser que ella se hubiese impuesto esta consulta para que todo se redujera a nada, una mera exhortación a tener paciencia: no podía ser. Cruzó los brazos, sintiéndose agresiva.

Allan soltó su lápiz.

—No me interprete mal —dijo—. No estoy diciendo que sus problemas sean triviales, ni nada por el estilo; ni que dentro de tres semanas usted podría no querer proseguir con este trámite. Pero la cosa es que en el divorcio sin culpa del que hemos hablado, aun cuando usted decidiera que es su única salida, en este divorcio sin culpa, digo, se requiere que las dos partes estén de acuerdo. Usted sola no puede conseguirlo.

—¿No?

—No. En un divorcio sin culpa ustedes van al juzgado y declaran: *estamos de acuerdo en que nuestro matrimonio ha fracasado*. Si uno de los dos no está de acuerdo, bueno...

—¿Bueno qué?

—Bueno, tendrá que retroceder al viejo método. Tendrá que entablar juicio de divorcio. Y tendrá que tener motivos.

—Uh uh —dijo Rosie.

—Una razón —dijo Allan—. Usted tendrá que tener una razón para obtener el divorcio; una buena razón. —Expuesta a la mirada sombría y doliente de Allan, Rosie bajó los ojos—. ¿Cree usted tener motivos?

Rosie asintió.

—¿Qué motivos? —preguntó Allan.

—Adulterio —dijo ella.

Earl Sacrobosco estaba realmente encantado (eran sus palabras) con la capitulación de Pierce, que llegaba justo a tiempo para el comienzo del semestre. En realidad, él nunca lo había puesto en duda, dijo. En ningún momento había dejado de incluir a Pierce en sus planes para el año lectivo; se restregaba las manos y sonreía como si él en persona hubiese traído a Pierce, de vuelta y con vida, a la dura silla delante de su escritorio.

El arreglo que le ofrecieran a Pierce en la primavera había sido un tanto endulzado por un exiguo aumento, pero para Pierce era sacarina, la paga extra volvería casi íntegramente a las arcas de Barnabas, ya que la renovación de sus préstamos lo había recargado con una más elevada tasa de interés. Y había además una penalización adicional por su desplante y arrogancia de la primavera: una explicación —a Earl no le molestaría que fuese prolongada— acerca de las razones por las que Pierce había cambiado de parecer.

Bueno, había llegado a comprender (dijo) que había desechado con demasiada precipitación un puesto en una universidad en la que había invertido muchos años fructíferos; había tenido tiempo de recapacitar (humilde preso en presencia del consejo que pagaría su fianza); y con una visión más madura de las cosas perciba que, aunque el camino acaso fuera largo y el viaje no podía apresurarse, Barnabas merecía el compromiso de Pierce. Todo esto dicho tan sucintamente como fuera compatible con un sincero arrepentimiento, mientras a Pierce se le caía el corazón hecho cenizas. Él no necesitaba decir cuáles eran sus verdaderas razones para volver, Earl sabía, y lo revelaba a las claras, que Pierce no tema sencillamente ningún otro sitio adonde ir.

Quedó convenido además (Earl se aclaró la garganta con un carraspeo y fue al grano) que en lugar del curso ambicioso que había concebido y que fuera rechazado por el comité curricular, Pierce podría hacerse cargo de dos unidades adicionales, de Fundamentos de la Comunicación, lo que equivalía a lectura y escritura para los analfabetos del primer nivel.

—Volvemos a lo básico —dijo Earl. Había prescindido del peluquín que usara durante tanto tiempo, y se veía mejor sin él, aunque resultaba evidente por qué lo había usado: su cráneo pelado era de los que se cubren de una pelusa sucia, con un manchón oscuro delante, como un penitente en un miércoles de ceniza—. A mí, personalmente, me interesaba muchísimo tu curso —dijo Earl, abriendo y cerrando el mecanismo de un bolígrafo—. Sin embargo, parecía demasiado de posgrado. Y me temo, y estoy de acuerdo con el comité en ello, que no habría suficiente respuesta en este momento por parte de los alumnos.

—Era un experimento —dijo Pierce; con los largos brazos colgando entre las rodillas, se retorció las manos, quería escaparse.

—Ya tenemos que luchar con la fama de ser una institución de moda que otorga

títulos que no sirven para nada. La inscripción decae, los traslados van *in crescendo*. Necesitamos ofrecer alimento sólido.

—Letura, scitura, arimética —dijo Pierce.

—Todo eso está volviendo —dijo Earl—. La nueva Era.

Esa misma tarde (sólo una que otra vez, fría, brevemente, con el corazón como quien dice en la boca, había vuelto a hablar con ella. Desde que tiempo atrás, vidas atrás, y tan sin miramientos, ella lo dejara plantado), Pierce marcó el número de la Agencia Literaria Astra y preguntó por Julie Rosengarten.

Es extraño, pensó, que un nombre antiguo pueda ocupar tanto sitio en tu garganta; por un momento había dudado de que el nombre pudiera salir íntegro de sus labios.

—Me temo que está de vacaciones —respondió una voz que parecía la de Julie—, por unas tres semanas.

Le iban bien las cosas, entonces. O muy mal.

—Bueno, mi nombre es Pierce Moffett, y Julie y yo...

—Por Dios, Pierce. —¿Julie?

—De veras, Pierce, estoy de vacaciones. De veras, estaba literalmente a punto de salir para alcanzar el tren.

—Mm, bueno.

—Tenía el dedo en el botón del ascensor, de veras.

Por un minuto fatídico ella tuvo miedo: él conocía la cara que tenía en ese instante, una cara que le había visto a menudo.

—No quiero entretenerte —dijo—. Pero hay algo de lo que me gustaría conversar contigo.

—Claro.

—Una idea para un libro.

—¿Sí? Por Dios, Pierce, si no se me hubiera ocurrido de pronto atender el teléfono.

—Bueno, cuando vuelvas.

—Sí. Sí sí sí. Pierce. Sabía que volveríamos a hablar. A hablar en serio. Lo *sabía*. Hay tanto, tanto que decir.

—Sí, claro.

—Tres semanas. Tres semanas justas. Almorzaremos. —Mencionó un restaurante que conocía. Un restaurante que solían frecuentar pero en cuyo nombre no había pensado desde hacía tiempo, aún abierto al parecer. ¿Seguiría yendo allí Julie?—. Me muero por escuchar tu idea. Tú sabes que siempre pensé que podías escribir un libro.

¿Sería verdad?

—Es una idea buena; en realidad, tú ya la conoces, en parte.

—¿De veras? Me muero por oírla. Pero no puedo ahora. Pierce, voy a perder mi tren.

—Que lo pases bien.

—Lo siento, lo siento...

—Vete. —Colgó el receptor y se sentó en la ancha cama; con las manos sobre las rodillas, intentó analizar las extrañas corrientes que en su interior suscitaran el sonido de su voz, las antiguas inflexiones.

Tres semanas. Debería tener algo concreto, algo escrito, suponía; un bosquejo, un plan para que ella lo llevara y lo vendiera. No había razón alguna para que no pusiera ya manos a la obra. Había, Pues —pensó con insolencia (aunque con el corazón todavía extrañamente palpitante, y las manos aún sobre las rodillas)—, una forma de utilizar a las antiguas amantes. Ya que, por lo demás, ella le debía una.

Ahora debería levantarse y sacar la complicada máquina de escribir eléctrica — una máquina azul añil que la Esfinge había recibido en trueque de un cliente ansioso y había regalado a Pierce para Navidad (¿ves qué útil, qué provechoso?)— y poner al lado de ella una resma de papel en blanco. Debería sacar su viejo proyecto del curso que el Barnabas College no había querido ofrecer y estudiarlo.

Misterio 101. Cómo codicia la historia las formas del mito; cómo las tramas y personajes de la fábula y del romance van a habitar las cortes y las tesorías y las catedrales del mundo real; cómo mueren las viejas ciencias y legan sus mitos y su magia a sus sucesores; cómo los héroes de la leyenda perecen, se quedan dormidos, son resucitados y emergen a la luz del día común de la Historia, persistiendo como persiste un sueño en la vigilia, alterándose y transformándose aun cuando el sueño mismo haya sido olvidado o reprimido.

Más que eso. Para que fuera un libro, un libro verdadero, debería contener no sólo el misterio sino también al detective, no sólo el sueño sino también a aquel que lo sueña. Para que fuera un libro debería tener una trama; tendría que ser muy diferente de eso que habitualmente se denomina la Historia, no podría ser una simple adición de hechos ni una forma cualquiera de aritmética, no, tendría que ser casi una especie de cálculo, un cálculo diferencial entre el ser y la historia, por dentro y por fuera; requeriría de alguien que *jugara* con la Historia de la misma forma que los maestros del ajedrez juegan al ajedrez, no deduciendo laboriosamente las consecuencias de las movidas sino percibiendo, como por un sexto sentido, los poderes de las piezas de ser o de hacer; algo que no puede realizarse a través de la lógica o el aprendizaje o la mera aplicación, no, es una habilidad con la que uno tiene que nacer. Es un talento. Un don.

Ella *conocía* la idea, la conocía sí, aunque no en la forma inteligible que a la larga había cobrado en su mente. Ella estaba con él cuando aparecieron los primeros atisbos; y en el tiempo transcurrido desde que Julie lo dejara, la idea había llegado a obsesionarlo casi tanto como ella: a veces, en realidad, habían parecido ser la misma cosa. Y ahora, el sonido de su voz, había abierto como una llave el cofre de aquellos días.

Y también aquellos días, por lo tanto, tendrían que ser parte de su libro ¿no? Los días en que había llegado a ser un profesor popular en Barnabas, los días en que pasaba horas acodado en la ventana de su apartamento suburbano, en camino hacia la

metáfora más reveladora; tendría que recobrar esos días, así como la aventura que los había sustentado.

Se levantó al fin, y sacó, sí, la enorme máquina de escribir. Puso una hoja de papel en el rodillo, y durante un largo rato permaneció sentado delante de ella. Lió y encendió un cigarrillo, y lo apagó. Se puso de pie; se cambió la camisa; subió el regulador de frío del jadeante acondicionador de aire y estuvo un largo rato contemplando por la ventana el crepúsculo caliginoso y parduzco.

Hazte a la mar. Ponte en camino. Deseaba que ya fuera otoño, estación de cordura y trabajo, deseaba no haber dañado tan insensatamente su cabeza y su corazón, cuando era más joven, con el abuso de sustancias, la concepción Tomista. Volvió a sentarse y sacó y tiró la hoja de papel que había puesto; por alguna razón parecía ya vieja y gastada; insertó otra y con las manos en las rodillas se sentó delante de la máquina, que parecía aun más grande que antes, como si hubiera crecido en el intervalo.

—Yo no entiendo la historia —le dijo Rosie a Boney. Mientras ella lavaba, él iba secando los platos de la cena; era el día libre de la señora Pisky, el día que visitaba a su hermana en Cascadia.

—¿Sí? —dijo Boney.

—¿Cuánto se sabe en realidad?

—¿Cuánto de qué?

—De la Historia. —Levantó a la luz un plato lavado, tan viejo y delgado que la luz brillaba tenuemente a través de él.

—Ese libro de Fellowes Kraft, quiero decir. Conoce detalles menudos de las cosas y los saca a relucir como si nada; sé que es una novela, pero de todos modos... —Se dio cuenta de que no sabía muy bien de qué estaba hablando—. De todos modos...

—Toda historia es una especie de cuento —dijo Boney—. Si no fuera así no podrías entenderla. Si fuera pura y simplemente todo que ha sucedido.

—¿Pero se sabe todo lo que ha sucedido? —Por supuesto que no: ni siquiera los historiadores: eso era obvio. Ellos inventaban un cuento a partir de lo que sabían, de la misma forma que lo hacía Fellowes Kraft; sólo que los historiadores nunca decían qué partes aventaban—. En este libro hay un personaje que es una especie de ago —dijo.

—Lo recuerdo —dijo Boney. Se sacó las gafas azuladas, las limpió con el paño de cocina y se las volvió a poner.

—No sólo —dijo Rosie—, no sólo saca una fotografía de Shakespeare... es imposible que lo hiciera, ¿no? también lee su horóscopo y luego le hace mirar en algo así como una bola de cristal, para ver lo que puede ver.

—Sí —dijo Boney. Había dejado de secar los platos.

—Una bola de cristal —dijo Rosie—. Y el bueno de Will la escruta.

—Sí.

—Y en realidad no ve nada, aunque, en cierto modo, simula ver. Para complacer al viejo. Al que le tiene un poco de miedo. Le dice que alguien vendrá, alguien que podrá ver cosas en ese cristal. Ése es el mensaje que finge recibir. Bueno, ante todo —dijo Rosie—, nadie sabe demasiado acerca de Shakespeare. Por lo que yo recuerdo. Especialmente de su infancia.

—Creo que eso es cierto —dijo Boney.

—Y de pronto un mago. Con una bola de cristal. A eso me refiero.

—Bueno —dijo Boney—. Por si te interesa, esa persona es muy real. Oh sí, muy real: el doctor John Dee. Vivió realmente en el lugar que se describe en ese libro, e hizo realmente las cosas que allí se cuentan. Las hizo. Era consejero de la reina Isabel y quizá algo así como su médico de cabecera. Era matemático y astrólogo, en una época en que esas dos disciplinas no eran muy diferentes. Poseía una gran biblioteca, tal vez la mayor de la Inglaterra de su tiempo, y era, además, realmente, lo que es en ese libro: un mago.

—Pero ¿una fotografía? —dijo Rosie—. ¿De Shakespeare?

—Bueno... —dijo Boney.

—Es como si cada tanto —dijo Rosie—, por puro gusto, Kraft sugiriera que el mundo ha sido diferente de como es, y que podían suceder cosas que ya no son posibles.

—Hum.

—Pero no era así. No podía ser.

Cuidadosamente, con aire pensativo, Boney colgó el paño en la percha; luego, con un dedo en los labios, salió de la cocina. Rosie cerró los grifos, y lo siguió secándose las manos en los fondillos de su mono.

—Sandy sabía tanto —iba diciendo Boney mientras avanzaba con cautela a través del largo y oscuro comedor—. Sabía tanto. Le encantaba poner en sus libros cosas que sabía que todo el mundo pensaría que había inventado, pero que no eran inventadas, no las había inventado él. Y le gustaba poner cosas... cosas reales, junto con todas las imaginarias; quiero decir que le hacía feliz poseer por ejemplo una auténtica fuente de plata de la época sobre la cual escribía, y describirla en su libro, junto con todas las fuentes de plata imaginarias: una real escondida entre las imaginarias. O una joya, o un arma. Si podía tener un objeto que sus personajes hubieran poseído o usado realmente alguna vez, se sentía aun más feliz. Ocupaba gran parte de su tiempo en la búsqueda de esos objetos.

»Y los encontraba, además.

Habían entrado en la salita, donde las lámparas no estaban encendidas, donde la alfombra oscura y los grupos de muebles opulentos retenían la luz del largo atardecer. Boney se encaminó hacia un secreter de marquetería encima del cual había fotos en marcos de plata, rostros que Rosie no conocía, rostros de antaño.

—El doctor Dee era un personaje real —dijo Boney, mientras trataba de girar, con su mano temblorosa, una llave diminuta en el cajón del secreter—. Tan real como

Shakespeare. Y poseía realmente esas bolas de cristal y de piedra que escrutaba, y espejos, y gemas. Y más tarde, unos pocos años después de tu historia, apareció alguien, sí, que veía cosas para él en una bola de cristal: que podía ver ángeles y mantener conversaciones con ellos. Sí. Un médium. Todo eso es verdad. —Tironeó del cajón, y al fin consiguió abrirlo.

Rosie había empezado a sentirse un poco extraña. Todo eso es verdad. Como actores que, en mitad de la representación, deciden despojarse de sus máscaras y, al volverse hacia el público, resultan ser, en efecto, los personajes que representaban, ahora seres reales. Observó cómo Boney sacaba del cajón algo envuelto en un bolso de terciopelo.

—Uno de los cristales que utilizaba —dijo Boney—, una especie de espejo de obsidiana pulida, está en el Museo Británico, Sandy y yo solíamos urdir planes para robarlo. Había otros, ahora perdidos, supongo. Y está el del libro que tú estás leyendo.

Había aflojado el cordón que cerraba el bolso, y dejó caer en mano un pequeño globo de cuarzo ahumado, del color de la Piel del topo, puro como un planeta diminuto o una esfera de noche gris. Lo sostuvo en la mano para que Rosie lo viera.

—Había ángeles en este cristal —dijo—. Docenas de ángeles. El doctor Dee hablaba con ellos. Y todos sus nombres empezaban con A.

Tres

Nueve coros de ángeles configuran la trama del universo. Ensamblándose los superiores con los inferiores, como inmensas ruedas dentadas de diferentes proporciones, que al engranarse instauran el orden jerárquico de la creación, estableciendo la distinción. La diferencia, esto, eso, y aquello. Serafines, titánicos impedidos de mirar fuera de su órbita, despliegan sus alas alrededor del trono de Dios; extendiendo los brazos hacia atrás, toman las manos de los Querubines, criaturas poderosas, multialadas, situadas detrás de los Tronos que se alzan, a su vez, sobre la esfera de las estrellas fijas, a la que hacen girar mientras se desplazan como si fuera una rueda de molino. Las Potestadas son las aspas de la rueda que engranan con las Dominaciones, que a su vez hacen girar los planetas, el sol, la Luna; y que son (pensaba el doctor Dee) al mismo tiempo eso planetas; y las Virtudes se extienden invisibles desde estos círculos hacia abajo, a través de la tierra, como si fueran huesos, para o darle vida y movimiento. En la tierra, los Principados vigilan imperios y las naciones, y los Arcángeles, la Iglesia; y los Ángeles, por último, en incontables miles de millones, uno para cada al uno tal vez para cada ser viviente, hasta los átomos que una le puede mostrar, agitándose en una cucharada de greda dejar.

Los Ángeles, entrelazados en secuencia como en un tejido, mano con mano, boca contra oreja, ojo con ojo con ojo, ascendiendo y descendiendo eternamente, atareados en las cosas del mundo, con un frufurú como de sedas que puede oírse si uno permanece en silencio en los lugares más silenciosos de la tierra, o en las oquedades espiraladas de una caracola.

Están allí; están allí, y si Dios los quitara, el Universo no sólo se detendría y moriría, muy probablemente desaparecería por completo, con apenas un suspiro de resignación.

Allí estaban, el doctor Dee lo sabía, se podían ver, los que momentáneamente descansaban de sus faenas; agasajados, como los grandes señores de la corte en los corredores y las antecámaras del Ser y mientras pasaban, se podía atraer su atención, hablar con ellos. El doctor Dee estaba convencido de que era así; y sin embargo ni una sola vez, en ninguno de los numerosos cristales, espejos, piedras y gemas que poseía y escrutaba, había siquiera vislumbrado jamás ni a uno de los ángeles que —él lo sabía— debían responder por ellas. A veces, inclinándose, mirando muy de cerca y permaneciendo inmóvil como una piedra, había creído oír, lejano e ininteligible para él, el rumor de sus voces, un cuchicheo de ratones, y risas infinitamente tenues. Pero jamás había visto uno.

Poco había en materia de disciplinas espirituales que él no hubiese probado, o que no pudiera intentar si lo deseaba.

En el campo de lo Elemental, era docto en medicina, y por supuesto, en aritmética, no sólo en Geometría sino también en Perspectiva y Música y

Megetología e incluso en Estrataritmetría; trabajaba con espejos, con la luz, dominaba la Catóptrica y varias técnicas de sombra, reversión, inversión y proyección. Conocía la *Esteganografía* del Abad Tritemio (en su juventud había copiado de su puño y letra un enorme manuscrito de esta obra) y podía hacer todo en cuanto al arte de los códigos, cifras, escritura abreviada, enviar mensajes a voluntad a gran distancia y muchas otras cosas, en tanto todo ello operase aquí abajo; el viejo Abad también sabía cómo invocar a los Ángeles en un cristal y escribir en su idioma, o eso decía, pero sus recetas no habían ayudado al doctor Dee a aluzarlos. Podía asombrar, y había asombrado, a sus vecinos y a sus colegas y a su reina, con lo que era capaz de hacer; desde lograr que un águila volara hacia Júpiter como parte de una representaron teatral en Oxford, hasta sanar una herida tratando el arma le la había causado; se había asombrado a sí mismo, incluso, como cierta vez en que, al agitar un recipiente de aires en transformación, había dejado en libertad una multitud de diminutos seres elementales que luego lo persiguieron, como enfurecidos avispones, hasta que, con ellos aún chillando alrededor de sus talones y de su cabeza, había saltado al Támesis para escapar.

Era aún más erudito en el mundo Celestial. Había construido esferas armilares con Mercator, tenía cartas de Tycho Brahe elogiando su *Propaedeumata aphoristica*, en la que había calculado que veinticinco mil posibles conjunciones influían en la vida del hombre —una cifra apabullante—, pero el doctor Dee acabó por negarse a trazar cartas natales. No pudo negarse, sin embargo, a trazar la carta natal de la reina: era él quien había elegido por medio de sus artes el día preciso para la coronación de Isabel, y había llovido a torrentes (no había previsto eso), pero nadie pudo decir que no había sido un día afortunado. Había trazado también la carta natal del rey de España (Saturno, frío y pesado sobre su hígado y sus luces, sería grande pero nunca feliz) y el rey de España le había dado a cambio un espejo de obsidiana negra, traído desde México a través de mil millas, y detrás de cuya deslumbrante superficie John Dee estaba persuadido de que los ángeles se verían obligados a detenerse: pero no pudo atraer a él ninguna criatura espiritual, pese a que venía destapándolo y escudriñándolo de vez en cuando y así años y años.

Era un hombre alto, de huesos largos y cara larga, y ojos grandes, siempre sorprendidos, que los espejuelos redondos que él mismo había tallado hacían parecer aún más grandes; su barba puntiaguda se había vuelto blanca como la leche antes de los sesenta años. Era apasionado, olvidadizo, inquieto y bondadoso; convencido de la devoción de sus propósitos; convencido de que el vasto conocimiento —más vasto que el saber contenido en todos los folios y manuscritos de su biblioteca, la mayor de Inglaterra—, el vasto conocimiento contenido como en vasijas, en los sagrados ángeles de Dios, podía ser obtenido por el hombre, bebido por él, y de que si lo fuera, entonces ni el hombre que lo bebiera, ni el mundo, serían nunca más los mismos.

Y así practicaba sus artes e instruía a una generación de ingleses (Philip Sidney aprendió matemática en Mortlake, en casa *del* doctor Dee; Hawkins y Frobisher

acudían a estudiar con sus mapas); él iba y venía de la corte, y cuando viajaba al continente, mantenía los ojos y los oídos muy abiertos y le escribía a Walsingham lo que veía. Tallaba sus espejos y preparaba sus elixires, y educaba a sus hijos y cultivaba su huerto. Y buscaba sin cesar, en su espíritu y en sus estudios, la forma de atravesar esa barrera más allá de la cual, los ángeles platicaban entre ellos.

Uno de los medios que pensaba quizá le permitiera atravesarla, era tomar el camino de las puertas abiertas en las almas de otros.

Aprendió al cabo de largos estudios, a reconocer esas puertas, si bien no hubiera podido decir con claridad qué signos lo habían guiado. Una especie de desviación de un ojo interno. Una impresión que recibía el doctor Dee de que alguien —un niño a quien estuviera educando, un joven cura que acudiera a pedir libros prestados— se hallaba detenido en un punto apenas distinto de aquel en que parecía hallarse, o en una brisa ligera que nadie más que él percibía. No por virtud o elección propia, se diría; sólo a causa de una especie de accidente de nacimiento (aunque el doctor Dee dudaba de que fuera algo accidental) un hombre poseía una puerta, como una mancha de nacimiento; o era poseído por ella como por una enfermedad incurable. Con gran circunspección (pues por muy bien que conociera la diferencia entre su empresa y el conjuro vil, era un distinguo que no todo el mundo podría —o querría— hacer), el doctor Dee escogía a los extraños y los sondeaba, y los sentaba delante de sus piedras y sus espejos para que viesan lo que pudieran ver.

Sabían en Londres, esa caterva de echadores de horóscopos, mezcladores de filtros, vendedores de humo y charlatanes de Universidad, que el doctor Dee, de Mordake, recompensaría generosamente a quien le presentara a uno de aquellos, si en realidad lo era, cosa que el doctor Dee sabría descubrir en un instante. Esa caterva podía engañar a cualquiera, mas no al doctor Dee. Y no obstante él sabía muy bien —y ello lo atribulaba— que no sólo a través del piadoso, no sólo a través del honrado, podría abrirse el camino que buscaba; y que el simple hecho de que un hombre pudiera tratar de estafarlo, describiéndole falsas visiones, no significaba que mismo hombre fuera incapaz de tener verdaderas visiones.

Al igual que su reina —quien no siempre quería que le recordaran ese hecho (excepto su sabio hechicero, que había rastreado su aje, y el suyo propio, hasta el rey Arturo)— John Dee era galés; y al cual que su reina conocía muy bien esa carga de sentamiento los galeses llaman *hiraeth*, algo que no es ni esperanza ni pesar, ni revelación ni recuerdo, sino una mezcla de todo ello, un anhelo que puede llenar el corazón como una lluvia cálida. Tenía cincuenta y seis años esa noche de marzo en que cierto joven de las fronteras de Gales fue conducido a su casa de Mortlake. Para entonces, hacía diez años que el mago esperaba su llegada, aunque el que llegó no se pareciera en nada a aquel a quien él había estado esperando; ni sabía el doctor Dee que, en las semanas y los meses y los años por venir, iba a estar unido (unido por los santos Arcángeles) a este vidente, más íntima y singularmente de lo que jamás lo estuviera a la esposa que amaba.

En primer lugar, ese joven no tenía nombre; o tenía más de uno, lo cual a él le parecía casi la misma cosa. El nombre con el que había crecido era una ficción, el resultado de haber sido criado bajo la tutela de un hombre del que podía o no ser su bastardo, y de no tener otro origen conocido. Había desechado ese nombre, y el nombre que usaba ahora era meramente ése, y no el suyo propio: Talbot, un nombre de héroe, aunque no escogido por esa razón, tomado casi al azar del monumento de una iglesia y sólo porque necesitaba uno nuevo. Con ese nombre, el de señor Talbot, era como lo conocían Clerkson y Charles Sled y aquellos hombres de Londres entre los que vivía y con quienes frecuentaba las tabernas; Edward Talbot, oriundo de ningún sitio en particular, y que vivía con un amigo u otro hasta que surgía una disputa o encontraba un nuevo amigo más promisorio; como Edward Talbot lo presentó Clerkson al doctor Dee.

Tampoco tenía orejas: lo que tenía eran dos cicatrices abultadas en los orificios de los oídos y usaba siempre para cubrirlas un ajustado gorro negro que le confería un aire erudito, o en todo caso un aire antiguo, como un doctor de los tiempos de la reina María. La pérdida de sus orejas había sucedido en una ciudad cuyo nombre decía no recordar, a causa de un crimen (falsificación de moneda, o algo peor o totalmente distinto) del cual había sido acusado por error, como resultado de calumnias y de la ignorancia de gente vulgar, aunque él no contaría jamás la verdadera historia —su versión de la historia— ni siquiera a sí mismo. Todo ello había acontecido después de la época que pasara en Oxford, donde no había obtenido grado alguno, y que había abandonado a causa de otra historia que no podía o no quería contar de modo tal que alguien pudiera comprenderla; ni siquiera el doctor Dee, años más tarde, hubiera podido narrarla, aunque ya había oído a menudo fragmentos de ella. Tenía veintisiete años esa noche de marzo en que las nubes surcaban raudas como pinzas la faz de la luna, y en que Clerkson lo llevó cruzando el río hasta Mortlake.

Tenía un libro que no podía leer y que era la razón de su venida; y tenía un amigo, o un enemigo, que lo había acompañado largo tiempo, y cuya respiración conocía, pero cuyo nombre ignoraba.

—¿Cómo ha llegado a vuestras manos? —preguntó el doctor Dee, cuando el libro fue colocado delante de él.

Los largos y blancos dedos del señor Talbot tironeaban de los complejos nudos con que había liado su envoltorio.

—Bueno, os lo diré —dijo el señor Talbot—. Os contaré toda esa historia. Cómo ha llegado a mis manos: os la contaré.

Las manos de Clerkson buscaron impacientes las cuerdas del atado, pero Talbot las apartó; no dijo nada más, sin embargo; pero sus manos temblaron mientras abría los viejos lienzos que envolvían el libro.

El doctor Dee se puso de pie y movió a un lado su copa de vino, para que el libro pudiera ser abierto.

Era un manuscrito sobre pergamino grueso, estrecho y cosido con hilo basto,

negro y engrasado. No tenía tapas ni portada. Los caracteres en que estaba escrito comenzaban inmediatamente en lo alto de la primera página, sin título alguno, como si aquella no friera tal vez la primera página. El doctor Dee levantó la lámpara y se inclinó sobre esa página. El señor Talbot dio vuelta a la pesada hoja, carcomida por las polillas. La segunda página era igual: una masa uniforme de caracteres, desde la cabecera hasta el pie.

—Está en clave —dijo el doctor Dee—. Yo puedo leer un mensaje cifrado si encubre un idioma que conozco.

—Un mensaje cifrado —dijo el señor Talbot—. Sí.

Estudió nuevamente la página. Tanto había escrutado esas páginas que le eran tan familiares como cualesquiera de cualquier gramática que hubiese memorizado alguna vez; y no obstante, al no Poder extraer de ellas ningún significado, ninguno, conservaban todo su misterio. Mirarlas era sentirse identificado con el misterio, a la vez excluido y privilegiado; era la misma sensación que solía tener de niño cuando miraba los libros que aprendería a leer: sabiendo que esas marcas significaban algo, que estaban cargadas de significado, pero ignorando lo que querían decir. Se hizo a un lado para que el doctor pudiera sentarse delante del libro.

—¿Cómo ha llegado esto a vuestras manos? —le preguntó de nuevo el doctor.

—En cierto modo fui conducido hasta él —dijo el señor Talbot.

—¿De qué modo? —preguntó el doctor. Había cogido un punzón con el cual empezó a tocar diferentes letras del libro.

—Conducido —dijo el señor Talbot. Y la historia íntegra, la maravillosa historia lo desbordó repentinamente y, contenido en ella, viviendo en ella, no pudo ni siquiera empezar a pensar cómo narrarla.

—¿Tenéis vos, señor —dijo, al cabo (recurriendo al latín para dar forma a lo que no podía relatar en una especie de discurso)—, tenéis vos algún conocimiento de las cosas que un hombre sabio podría aprender a través de la comunicación con los espíritus? Ciertos espíritus, sabéis, de esta especie...

El doctor Dee alzó lentamente los ojos hacia él. Le respondió en latín.

—Si os referís a obrar cosas, por aquello que el vulgo denomina magia, no, no sé nada de eso.

El señor Clerkson, sentado en su silla, inclinó el torso hacia adelante. Una sonrisa se dibujó en su cara lobuna y rasurada: era para eso que había traído al señor Talbot.

—En mis oraciones —dijo el doctor Dee—, he implorado el conocimiento de las cosas. A través de los ángeles de Dios.

Observó al señor Talbot un momento; luego dijo, en inglés:

—Pero decidme lo que ibais a decir: conducido.

—Había rumores —dijo el señor Talbot, echando una mirada de soslayo a Clerkson— acerca de un hombre muerto, y de una conjura; de que se había hecho hablar al hombre muerto o a un espíritu maligno hablar a través de él; pero todo eso es falso, y ningún hombre que deseara sabiduría, podría aprenderla por esta vía.

Tuvo un impulso horrible de tocarse las orejas y de tironearse el gorro hacia abajo; lo resistió.

—Se supone que un hombre que busca tesoros sólo desea dinero para gastar —prosiguió Talbot—. Existen otros tesoros. Existe la sabiduría. Hay medios lícitos para saber dónde se halla el tesoro.

El verdadero tesoro.

El segundo delito, le había dicho el juez, no se paga con la picota sino con la muerte... ¿Cómo había salido de su boca esa horrible historia y no la historia que había empezado a contar? Por un instante no pudo pensar en nada más. Observó cómo el doctor Dee recorría las letras de la página en que estaba abierto su libro. Tomó la copa de vino que le habían servido, todavía intacta, y bebió.

—Un espíritu me condujo a ese libro —dijo—, fue en la vieja Glastonbury donde lo hallé.

El punzón se detuvo sobre la página, y el doctor Dee miró de nuevo a Talbot.

—¿En Glastonbury?

El señor Talbot asintió y bebió de nuevo y aunque el corazón había empezado a latirle rápido y con violencia, parpadeó lenta y tranquilamente ante la mirada del doctor.

—Sí —dijo—, en la tumba de un monje en Glastonbury. Un espíritu que conocía me habló y me dijo; me dijo dónde tenía que cavar.

—¿Habéis cavado? ¿En Glastonbury?

—Sólo un poquito.

Sorprendido por la violenta reacción del anciano, empezó a devanar un cuento circunstancial que ocultaba más de lo que decía. La parte relativa a Glastonbury era de todos modos la que le iba a ser más difícil de contar —y él lo sabía—, pese a que el espíritu que le había estado repitiendo la historia una y otra vez se mostrara muy insistente al respecto. Todo cuanto el señor Talbot quería realmente decir, todo cuanto había en su boca para contar, y que confundía cualquier otra cosa que pasara por ella, era el fin de la historia: el significado: el hecho de que el libro le había sido confiado (además de una pequeña vasija de piedra llena de un polvo cuyo uso él adivinaba, y que tenía en su bolsillo) sólo para que fuera entregado a este hombre, traído aquí esta noche y ofrecido a él. Sabía que así tenía que ser.

Pero no lo podía decir. Una suerte de timidez lo dominó, y con la historia aún sin narrar, no pudo, de pronto, decir ni una palabra más.

—No no no —dijo el señor Clerkson—, él quiere decir tan sólo que lo ha traído para vos. Un obsequio. Hallado en ese lugar sagrado.

Se atrevió a extender la mano y empujó el libro una pulgada, en dirección al doctor Dee.

—Mi gratitud, entonces —dijo el doctor—, si se trata de un regalo.

—Lo que el señor Talbot deseaba —dijo Clerkson— era instruirse, con la ayuda de vuestra eminencia, en materia de ejercicios espirituales. Por lo que me ha dicho a

menudo, sabe que posee suficientes aptitudes. Según él...

Sin apartar la mirada del doctor Dee, el señor Talbot se dirigió a Clerkson:

—No tengo ninguna necesidad de que vos me interpretéis.

—Señor Clerkson —dijo el doctor Dee, levantándose—, ¿queréis venir conmigo? Tengo los volúmenes que me solicitasteis, en la estancia contigua. Hablaré con vos un momento.

Clerkson, siempre sonriendo, salió con el doctor, echando, al pasar junto a su amigo, una mirada burlona que podía significar cualquier cosa. El señor Talbot tomó las curvas patas delanteras de la silla con sus largas manos y palpó su maciza tersura. Echó una mirada en torno: los libros que se elevaban hasta el techo en los anaqueles vencidos, apilados en los rincones y en las mesas, formando columnas inestables; los instrumentos ópticos y los globos y el gran reloj de sol que en ese momento tenía puesto un solideo de terciopelo del doctor Dee. Respiró hondo y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Estaba donde había querido estar, y podía quedarse.

El doctor Dee regresó solo. El señor Talbot sintió la mirada de sus ojos redondos, sintió su calor como el calor del fuego del carbón mineral que ardía en la chimenea. Al pasar, el doctor cerró la puerta —Talbot oyó el clic del pestillo— y se dirigió a un bagueño y extrajo de él un bolso de terciopelo cuya cuerda aflojó. Dejó caer de él, en su mano, un pequeño globo de cristal, del color de la piel del topo, puro como un planeta diminuto o una esfera de noche gris. Lo sostuvo en la mano para que el señor Talbot lo viera.

—¿Habéis escudriñado en un cristal, alguna vez? —preguntó. El señor Talbot meneó la cabeza—. Un joven que conozco vio algo en esta piedra —dijo el doctor—. Era un actor y tal vez me mintiera, pero dijo que hay criaturas que responden por medio de esta piedra; sólo que no era a él a quien hablarían; que aquel a quien la piedra pertenecía habría de venir más tarde.

Tomó un soporte de metal, semejante a una garra, y colocó en él la piedra.

—Tal vez —dijo—, si miráis, veréis el rostro de aquel que os condujo hasta el libro.

No hubiera podido hablar con más dulzura, con más mansedumbre; sin embargo, Talbot oyó, o prefirió oír, un mandato: *Venid, escrutad este cristal* Y al oír un mandato, un mandato que no admitía negativa alguna, escogió pensar que todo cuanto derivara del hecho de que fuera a escrutarlo, de hincarse ante él y de mirar, no sería culpa suya, sino culpa de aquel que con una larga mano blanca le mostraba el cristal en su soporte y de aquellos que ya le hacían señas desde el interior del cristal.

No se había dado cuenta de que estaba llorando.

Cuando el doctor Dee lo tomó por el hombro, todas las presencias en el cristal — el navío, el niño, las potestades, los abismos— fueron desapareciendo una detrás de otra como si se distanciara de ellas lanzándose hacia atrás a través de telones que caían rápidamente: hacia atrás a través de la ventana, a través de la bola de cuarzo en la mano de la niña-soldado, a través de la hilera de los pujantes jóvenes vestidos de

verde, cuyos nombres, todos, comenzaban con A (que parecieron alarmarse por un instante, azotados por el viento, y se miraron unos a otros, antes de que una mano — la del vidente— corriera sobre ellos un telón brillante, y también ellos desaparecieran) y cayó de espaldas; inerte en la estancia del piso alto de Mortlake y la noche: el globo real de cuarzo ahumado apareció a la vista y era su propia mano que lo cubría; estaba llorando y el doctor Dee lo ayudaba a levantarse y lo acercaba a una silla.

El doctor Dee lo observaba con curiosidad, como a una criatura rara y extraña que acabara de capturar o de dejar en libertad.

—Me desvanecí —dijo el señor Talbot—. Justo en ese momento.

—¿Se os dijo algo más? —preguntó el doctor Dee en tono dulce pero apremiante—. ¿Se os dijo algo más?

Durante un largo rato el señor Talbot no dijo nada, sintiendo cómo el corazón le volvía al pecho. Cuando hubo tenido tiempo pensar qué debería decir, qué sería mejor que dijera (no podía recordar si se le había dicho algo) dijo: Aquí se os dará ayuda. No os ocultará ninguna respuesta. Ellos me prometieron eso. Estoy seguro.

—¡Oh, Dios! Loada sea su Gracia para con nosotros —dijo el doctor casi en un susurro—. Conceder la visión *in chrysallo*. He tomado nota de todo.

Un estremecimiento cálido recorrió al señor Talbot de la cabeza a los pies; volvió la mirada hacia la piedra en su soporte sobre la mesa, tan lejana de él ahora, tan pequeña; esa piedra en la que había abismos semejantes a sus profundos abismos interiores. Anael Anacor Anilos Agobel. Si ahora abriera la boca, los nombres de otros cien, otros cien mil, saldrían en tropel.

Abrió la boca, un inmenso bostezo lo dominó, estirando sus mandíbulas y bizqueándole los ojos. Rió, y el doctor Dee también rió, como de un niño vencido por la fatiga.

Cuando le hubieron dado algo de comer, y, extenuado, lo llevaron a descansar a sus aposentos, y Clerkson fuera despedido de vuelta a casa con su regalo de libros, el doctor Dee limpió sus espejuelos y se los caló, graduó su lámpara, y se sentó una vez más ante el libro que el señor Talbot había traído.

Conocía una docena de códigos, algunos de ellos tan antiguos como este libro parecía ser. Conocía varias formas de la antigua escritura críptica frailuna, conocía los *Oghamis* de la antigua Gales. Su amigo el gran mago Cardanus utilizaba el código enrejado: una página cuya escritura ha de leerse de arriba abajo la primera línea, y de abajo arriba la siguiente, y de arriba abajo la próxima, para que revele el mensaje verdadero, oculto en el mensaje falso que surge de la lectura usual en renglones de izquierda a derecha; al doctor Dee le parecía un juego de niños, y fácil de descifrar.

Todos los códigos, todos los que le habían sido presentados, podían a la larga ser descifrados. Sólo había uno, uno que nunca podía serlo; un código que él había concebido mientras estudiaba el magno libro del Abad Tritemio, la *Esteganografía*, que Christopher Plantin encontrara para él en Amberes años atrás. Un código

imposible de descifrar sería aquel que no traspusiera letras en otras letras o en números, que no traspusiera palabras o frases en otras palabras o frases, sino que traspusiera una categoría de cosas —la cosa de que se hablaba secretamente— en otra categoría de cosas totalmente distinta. Traduce tus intenciones a un pájaro hablador, y deja que el pájaro hable de tus propósitos; codifica tu mensaje en un libro sobre autómatas, y el autómata, una vez construido, rastreará el mensaje con una mano mecánica. Escribe (era lo que el Abad había hecho) un libro acerca de cómo invocar a los ángeles y si lo haces correctamente, enseñarás a los ángeles a escribir el libro del Abad, en una lengua propia, la cual, al ser usada, se traducirá en obras, milagros, ciencia, paz en la Tierra.

De una forma más práctica, así era como codificaba a menudo el doctor Dee: conservaba un gran número de frases hechas en varias lenguas, las que serían sustituidas por las palabras claves del mensaje secreto. La palabra «malo» podría ser codificada como «Palas está bendita de encanto» o «Tú eres admirada por las mujeres, Astarté» o «Un dios de gracia entronizado». Si la misma frase estuviera en griego significaría una cosa distinta: «corona», tal vez, o «sigilosamente». A partir de estas frases podían construirse verdaderas ficciones, estaban concebidas para ensamblar con cópulas comunes y dar lugar a fantasías alegóricas largas y tediosas, inteligibles a medias, y que en realidad significaban algo breve y fatal: *El duque muere a medianoche*. En realidad el gran problema del método consistía en que la clave era muchísimo más larga que el mensaje.

Tarde, de noche, desentrañando una de éstas, el doctor Dee pensaba a veces: toda la creación es una ficción inmensa, ornamentada, imaginaria y espontánea; si pudiera ser descifrada se obtendría una única mala palabra.

Esta noche, con este libro empezó por la primera página tratando de descubrir un anagrama simple para esas marcas densas y bárbaras. No encontró ninguno. Utilizó las veinticuatro letras del alfabeto, tradujo éstas a números, ordenó los números como un horóscopo de signos y casas zodiacales; tradujo el horóscopo a días y horas y estos números a letras griegas. El viento cesó. La luna se puso detrás del cúmulo de nubes. En uno de los ciento cincuenta alfabetos cifrados que conocían los bardos galeses, las letras eran representadas por árboles; en otro, por diferentes pájaros; en otro, por castillos famosos. Un grajo negro llama al ruiñón en el espino al pie de la fortaleza de Seolae. Empezó a llover. El doctor Dee arrojaba al fuego cada línea infructuosa de su investigación que resultaba ser una tontería. Amaneció; el doctor Dee escribió con letra más intrincada (tenía cuatro tipos diferentes de letra, además de una escritura en espejo) un significado posible para la primera línea del libro del señor Talbot:

SI ALGUNA VEZ ALGÚN PODER SOBRENATURAL... CON 3 DESEOS PARA OTORGAR

Lo cual tenía poco sentido para él. Pero si volvía atrás —atrás a través de la selva donde los grajos llamaban en los espinos, a lo largo de la huella al pie de la fortaleza, hacia atrás, a través del Ogham y el griego y los astros y las letras y los números—, la misma línea podía leerse de esta forma:

HABÍA ÁNGELES EN EL CRISTAL, 246, NUMEROSOS ÁNGELES

y ello hizo que su corazón se detuviera un instante y se llenara de una sangre más rica.

Había ángeles en el cristal; su deseo iba a serle otorgado.

Se levantó de su banqueta, el alba gris casi no se distinguía de la noche que llenaba las ventanas de parteluz. Sabía, sabía con certeza, que en esta noche estaba a las puertas, al comienzo de una gran aventura, una empresa para cuya realización no estaba seguro de poseer las energías suficientes, una tarea que no concluiría con su muerte, sino que requeriría para ser consumada la ayuda de toda su vida; y al mismo tiempo sabía que, según otra lectura, estaba ya de lleno en ella con alma y vida. Sopló la lámpara y subió a acostarse.

Cuatro

—Egipto —dijo Julie Rosengarten, soñadora.

—Egipto —dijo Pierce—, el enigma de la Esfinge. El poder de las Pirámides.

—El Tarot.

—La estatua parlante de Mnemon.

—La vida eterna —dijo Julie.

—Sólo que ese país no es Egipto —dijo Pierce—. No Egipto sino este país, así.

—Con un rotulador dibujó la palabra en la servilleta e papel que le habían traído junto con su *whisky*:

ÆGYPTO

—Me acuerdo de eso, sí —dijo Julie—. Tengo un vago recuerdo.

—Esa es la historia que yo quiero contar —dijo Pierce—. Una historia con la cual me topé de algún modo, cuando era pequeño, ando casi todo el mundo la había olvidado; una historia que sale de nuevo a la luz precisamente ahora, una historia asombrosa. Y engancha, además.

—Sí, tengo una vaga idea —dijo Julie.

—De todas maneras, es *una* historia —dijo Pierce—. Si fuera una novela, ésta sería la «historia madre», ¿no es así cómo lo llaman? Pero contendría a la vez una historia todavía más grande. Sobre la Historia, sobre la verdad.

Julie se inclinó sobre las páginas mecanografiadas del proyecto de Pierce, leyéndolo o más bien explorándolo simbólicamente. Las pecas y el bronceado estival de sus pechos palidecían en el interior del corpiño de su vestido de verano; sus cabellos habían adquirido una tonalidad de miel oscura. «¿Dónde están las cuatro esquinas de la Tierra?», leyó. «¿Cuál es la música de las esferas y cómo se ejecuta?». «¿Por qué la gente piensa que los gitanos pueden adivinar el porvenir?». Alzó hacia él los ojos, que también habían adquirido el dorado color de la miel.

—¿No viviste con una gitana un tiempo? ¿Qué fue de eso?

—En parte gitana. Por un tiempo. —Oye: ¿Por qué la gente habla de las cuatro esquinas de la tierra, Pierce? ¿Cómo va a tener esquinas una esfera? ¿Por qué la gente dice que está en el séptimo cielo? ¿Qué tienen de malo los otros seis? ¿Por qué una semana tiene siete días y no seis o nueve? ¿Por qué es eso, Pierce?—. No resultó.

Julie volvió a bajar la vista hacia los papeles.

Se habían abrazado, Julie y él, estrechamente, en la puerta del restaurante, al llegar los dos en el mismo momento, casi atropellándose. Había una piedra fría en el pecho de Pierce, había estado allí toda la mañana, porque recordaba la irrevocabilidad, incluso la crueldad de las últimas palabras que le dijera a ella. No parecían haberla afectado, en aquel entonces; y aparentemente no habían persistido en su pecho como persistían en el de él. Una de las ventajas, tal vez, de creer en el

Destino, consiste en que éste saca el aguijón de todas las heridas, los errores, las vergüenzas del pasado; todo cuanto ha sido. Quemando etapas: eso era todo lo que Julie reconocería haber estado haciendo y todo cuanto ella atribuiría a los demás. Una suerte de vieja nueva cortesía, extrañamente seductora. Pierce bebió un trago largo de su *whisky*.

—Mira —dijo—. Cuando yo era pequeño, pensaba, o imaginaba, que existía un país, *Ægypto*, que era como Egipto, pero distinto de él, un país subyacente o de algún modo superpuesto a él. Para m> era un país real, tan real como América.

—Ah, claro —dijo Julie—, los gitanos.

—Tú te acuerdas. Tú estabas allí. Tú fuiste mi guía por algunos de aquellos caminos.

—Dios, cuánto hablábamos.

—Y la «historia madre» —dijo Pierce— trata de *mi* país. De cómo llegué a descubrir que no era yo quien en realidad lo había inventado; cómo surgió ese país. *Ægypto*. —Tocó la palabra que había escrito—. Descubrí eso, sí, lo descubrí.

Ella dejó de lado el manuscrito para dedicarle a él toda su atención, y apoyó la mejilla en su mano llena de hoyuelos.

Fue en la primavera, después de que Julie lo dejara, primero por el West Side y luego por la Costa y México, para no volver a verlo durante años —una primavera que por alguna razón había tenido un algo distinto de cualquier otra primavera, anterior o posterior— cuando Pierce tomó la breve biografía de Bruno de Fellowes Kraft, y empezó a leerla desde la primera página, algo que no había hecho en más de veinte años...

—Recuérdame quién era Bruno —pidió Julie.

—Giordano Bruno —respondió Pierce cruzando las manos sobre el mantel que mostraba paisajes de Italia, la cúpula de San Pedro, la Torre de Pisa—. Giordano Bruno, 1546-1600. En verdad, el primer pensador de los tiempos modernos, el que postuló el espacio infinito como una realidad física. Pensaba que no sólo estaba el Sol en el centro del sistema solar, sino que los otros astros también eran soles y también tenían planetas que giraban alrededor de ellos, tan lejos y mucho más lejos de lo que la vista puede alcanzar... infinitamente, en realidad; infinitamente.

—Hum.

—Fue quemado en la hoguera por hereje —dijo Pierce—. Y puesto que había propagado la nueva visión copernicana de la esfera celeste, ha sido considerado siempre como un mártir de la ciencia, un precursor de Galileo, una suerte de astrónomo especulativo. Pero lo que en realidad fue es algo mucho más extraño. El Universo que él veía no es el que nosotros vemos. Por de pronto, creía que todos aquellos infinitos astros y planetas estaban vivos; animales, los llama. Y que giraban en sus órbitas porque les daba la gana, todos modos...

Sea como fuere el libro de Kraft resultó ser en general bastante xxxgar, todo tomado de fuentes secundarias, inflado con las impresiones que puede tener un turista

de los escenarios de la vida frenética de Bruno: el monasterio de Nápoles, del cual huyó, las universidades y cortes que frecuentó en busca de mecenas; Venecia, donde arrestado; Roma, donde murió. Las casi doscientas páginas no tenían ni la exactitud de la ficción ni la vividez de la Historia, pero al camino Kraft había divulgado, o encontrado al pasar, u ofrecido sin decirlo del todo, la clave no sólo de Bruno sino del misterio que Pierce procuraba desentrañar.

Qué había sido, se preguntaba Kraft, lo que impulsara a Bruno, y sólo a Bruno, a escapar del mundo cerrado de Tomás de Aquino y Dante y a buscar fuera de él un universo infinito. No pudo ser (reflexionaba Kraft) tan sólo el descubrimiento de Copérnico, porque Copérnico no postulaba algo tan aterrador como un espacio infinito, infinitamente poblado; su mundo heliocéntrico estaba aún cercado, tan cercado por una esfera de estrellas fijas como lo había estado el de Aristóteles. Bruno siempre insistía en que Copérnico no había comprendido sus propios descubrimientos.

No (escribía Kraft), el impulso debió de surgir de otra fuente ¿de dónde? Bueno, Bruno parece haber consultado casi todos los libros existentes en su siglo, aunque sin duda no terminaba de leerlos todos. Era versado en las disciplinas más esotéricas. Buscaba la purificación de sí mismo y de su iglesia en las más antiguas y más ocultas de las fuentes. ¿No habría hallado una vía de escape de las esferas de cristal de Aristóteles en las enseñanzas del viejo Hermes, el Tres-Veces-Grande?

Pierce leyó esta frase y se detuvo. ¿Hermes? ¿Era éste el mismo Hermes Tres-Veces-Grande con quien Milton solía contemplar la Osa? ¿No era acaso una especie de sabio mítico de la literatura clásica? Pierce no tenía un recuerdo claro. ¿Qué enseñanzas eran ésas?

Hermes enseña (proseguía Kraft) que las siete esferas de las estrellas encierran como una prisión el alma del hombre, su *heimarmene*, su Destino. Pero el hombre es hermano de esos demonios fornidos que gobiernan las esferas; es, como ellos, una potestad, aunque lo haya olvidado. Hay un medio, dice el gran Hermes, para ascender a través de esas siete, sin dejarse engañar por sus iracundas muestras de resistencia, de pasar cada una por medio de un santo y seña que ellos no pueden desoír; exigiendo, de hecho, de cada uno de ellos, un don, el don de ascender a la esfera siguiente; hasta que al fin, en la octava esfera, la esfera ogdoádica, el alma liberada percibe la infinitud y entona himnos de alabanza a Dios.

Hasta aquí, Hermes (escribía Kraft, Pierce leía). ¿Y si Bruno, iluminado por el más antiguo y más sagrado de los mitos, y abriendo el libro de Copérnico una estrellada noche en París, en Londres, sumó de pronto uno más uno y descubrió, en su bullente cerebro, el enigma ya resuelto? Porque si es el Sol (y no la Tierra) el que está en el centro, entonces no hay esferas de cristal que nos retengan; nunca hemos hecho otra cosa que engañarnos a nosotros mismos, nosotros, los hombres, permanecíamos dentro de las esferas que percibían nuestros sentidos falibles e insuficientes, pero que *jamás existieron*. La clave para ascender a través de las esferas

que nos cercan consistía en saber que ya habíamos ascendido, y que estábamos en camino, en movimiento, irrevocablemente. No es de extrañar que Bruno percibiera la inminencia de un amanecer titánico, no es de extrañar que se sintiera impulsado a proclamarlo a través de Europa, no es de extrañar que riera a carcajadas. La mente, en el centro de todas las cosas, contiene en su interior todo aquello de lo cual es el centro, un círculo cuya circunferencia no está en ninguna parte y que se extiende infinitamente en cualquier dirección que pudiera mirar o imaginar, en todo instante. ¿Osáis decir que los hombres son como dioses?, habrían de preguntarle en Roma los escandalizados inquisidores. ¿Pueden acaso modificar la órbita de las estrellas? Pueden, responde Bruno; pueden, sí, y ya lo han hecho.

A esta altura, Pierce, saciado, dejó por un momento el libro, y rió también él, preguntándose qué habría entendido de todo aquello el Pierce de doce años; y cuando lo volvió a tomar encontró una nota al pie de la página. Si esta interpretación (decía la nota) que hemos atribuido a Bruno es la verdadera enseñanza secreta que ha de ser desentrañada en los escritos de Hermes Trismegisto (oh oh, pensó Pierce, ese nombre), dejamos a otros la tarea de investigarlo. El lector interesado podría empezar con Mead, quien escribe: «*Siguiendo por este rayo de la tradición trismegística, podemos permitirnos ser llevados hacia atrás en el tiempo, hacia la más sagrada de las sagradas sabidurías del antiguo Egipto*».

—Y allí estaba —dijo Pierce—, allí estaba.

—¿Trisma qué? —preguntó Julie.

—Escucha, escucha —dijo Pierce—. Aquí viene.

El libro de Mead al que lo remitía Kraft (y tal vez el Pierce niño, quién sabe) era inhallable: *Thrice-greatest Hermes*, por G.R.S. Mead (Londres y Benarés; la Theosophical Publishing House, 1906; tres volúmenes). Su búsqueda, sin embargo, condujo a Pierce a algunos sitios extraños, las tiendas y escaparates de excéntricos y místicos que él nunca imaginó fueran tan numerosas, sitios a los que no podía decidirse del todo a entrar y que, a la vez, no podía negar que tuvieran alguna vinculación con el país que él buscaba. Convencido al menos de que no era todo producto de su imaginación, se apartó de sus delirios como de un ritual secreto; prefirió indagar en sitios mejor iluminados. Y como en el juego del gallo ciego, empezó a estar caliente. La historia de las ideas, *Historia de la magia y la ciencia experimental, Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, que sí había hojeado en la Universidad. No cabía duda de que empezaba a estar caliente. De pronto había otros en el camino, eruditos más importantes que él; estaban descubriendo hechos, estaban publicándolos. Agradecido, Pierce dejó de lado la *Opera omnia latine de Bruno*, que había hojeado tiempo atrás en una estantería de la Biblioteca Pública de Brooklyn, y se internó en las aguas más superficiales de las fuentes subsidiarias: y por fin la Universidad de Chicago le remitió (había estado esperándolo más ansiosamente, más que como esperara jamás en su infancia uno de aquellos anillos talismánicos dorados para descifrar los planos del capitán Medianoche) un libro

escrito por una dama inglesa que —Pierce lo supo aun antes de arrancar del volumen la faja de papel marrón— había recorrido en carreta paciente, morosamente su país perdido, desde las montañas hasta el mar, y regresado, regresado al frente de una caravana de extrañas mercancías, mapas, artefactos y botines exóticos.

—Y ésta —dijo Pierce sintiéndose, apenas por un instante, como el narrador desvalido de ese viejo chiste interminable de los campamentos—, ésta es la historia que ella cuenta. —Bebió otra vez y preguntó—: ¿Conoces la palabra hermético?

—¿Quieres decir herméticamente cerrado?

—Eso, sí, y además hermético, oculto, secreto, esotérico.

—Ah sí, claro.

—Bien —dijo Pierce—. Ésta es la historia:

»Alrededor de 1460, un monje griego llegó a Florencia trayendo una colección de manuscritos en griego, que suscitó gran entusiasmo. Eran, supuestamente, las versiones griegas de antiguos textos egipcios —especulaciones religiosas, filosofía, fórmulas mágicas— que habían sido compuestos por un sabio o sacerdote del antiguo Egipto, Hermes Trismegisto: Hermes el Tres-veces-muy-grande, podría ser la traducción. Hermes, por supuesto, es el dios griego; los griegos habían establecido una equivalencia entre su Hermes, dios del lenguaje, y el dios egipcio Thoth o Theuth, que inventó la escritura. De las diversas fuentes clásicas que poseían —Cicerón, Lactancio, Platón— los primeros sabios del Renacimiento que examinaron estos manuscritos pudieron descubrir que el autor era un primo de Atlas, el hermano de Prometeo (el Renacimiento creía que éstos eran seres reales de la Antigüedad), y que no se trataba de un dios sino de un hombre, un hombre de la antigüedad más remota, que había vivido antes que Platón y Pitágoras, y quizá incluso antes que Moisés; y que esos textos eran, por lo tanto, tan antiguos como los que más en la historia del género humano. A la llegada de estos manuscritos egipcios, una agitación extraordinaria se desató en Florencia. Ya en la Edad Media habían circulado rumores sobre su existencia: Hermes Trismegisto era uno de esos personajes misteriosos de la Antigüedad, y en el Medioevo gozaba de la reputación de ser un gran hechicero, junto con Salomón y Virgilio; a él se atribuían varios Libros Negros y tratados, pero allí estaban ahora los auténticos originales. Aquí estaba la sabiduría egipcia anterior a los romanos y los griegos, anterior quizá a Moisés, y hasta se especulaba con que Moisés, educado como un príncipe egipcio, había adquirido su sabiduría secreta de esta misma fuente.

»Mira, lo que se debe tener presente al pensar en el Renacimiento, es que ellos siempre tenían los ojos puestos en el pasado. Toda su erudición, todo el saber que poseían estaba dirigido a recrear, lo mejor que se pudiera, el pasado en el presente, porque el pasado había sido necesariamente mejor, más sabio, menos corrupto que el presente. Y por lo tanto, cuanto más antiguo fuese un viejo manuscrito, tanto más antiguo el saber que contuviera, mejor había de resultar, una vez que se lo depurara de los aditamentos y errores de tiempos más recientes: cuanto más se acercaran a la

Antigua Edad de Oro.

»¿Te das cuenta de lo apasionante que ha de haber sido? Se estaba en posesión de la sabiduría más antigua del *mundo* ¿qué te parece? Sonaba a Génesis; sonaba a Platón. Hermes debió de ser inspirado por la divinidad para anticiparse a la verdad cristiana. Platón mismo ha de haber bebido de esta fuente. En los diálogos entre Hermes, su discípulo Asclepio y su hijo Tat, puedes ver no sólo una filosofía de ideas, semejantes a las de Platón, sino también una filosofía de la luz semejante a la de Plotino y hasta un Verbo encarnado semejante al *Logos* cristiano, Hijo de Dios, principio creador. Hermes se convertía prácticamente en un santo cristiano. Un interés apasionado por Egipto y todo lo egipcio haría furor a lo largo de todo el Renacimiento.

»Más aún. Esos diálogos egipcios son intensamente espirituales, abstractos, piadosos, hablan mucho de eludir los poderes de los Astros, de descubrir los poderes del alma para ser semejante a Dios, pero no hay casi ningún consejo práctico real para conseguirlo. Donde *había* consejos prácticos, sin embargo, era en aquellos viejos libros de magia que la Edad Media había transmitido y atribuido a Hermes; y, quién sabe, tal vez fuera la faz práctica de los principios abstractos. Corrompidos desde luego y terriblemente peligrosos, pero aun así contenían el poder de la antigua magia blanca egipcia de Hermes. Así, pues, Hermes fue el responsable de que gente seria se entregara de lleno a la práctica de la magia.

—Uh —dijo Julie—, Hoh, brr.

Sus ojos habían empezado a adquirir un brillo que Pierce recordaba. Con un dedo barría distraídamente el azúcar del borde de su daikiri. La había atrapado.

—Y también la nueva ciencia —dijo Pierce—. Si el hombre es hermano de los demonios y capaz de cualquier cosa, ¿qué puede retenerle ya en el mundo, qué puede impedirle hacer cosas prodigiosas? ¿Qué, si la Naturaleza, en toda su plenitud, puede ser ordenada y reflejada en el intelecto sapiente del hombre, como creía Bruno? Yo creo que Bruno, en verdad, recibió de la lectura de Hermes el aliento necesario para adoptar el sistema copernicano, no porque la idea fuese a todas luces más convincente, sino porque era más maravillosa, más prodigiosa, la verdadera y secreta visión egipcia, rescatada del pasado.

—Bueno —dijo Julie—, todo el mundo sabe que los egipcios sabían que la tierra giraba alrededor del Sol. Lo mantenían en secreto, pero lo sabían.

Pierce, silencioso ahora, tras su torrente de elocuencia, la miraba boquiabierto. A Julie le seguían brillando los ojos, inteligentes y atentos.

—Y bien, continúa —dijo, y se chupó el dedo.

—Sí, pero recuerda —dijo Pierce—, recuerda que entonces no se sabía casi nada de la cultura y las creencias del Antiguo Egipto. Incluso antes de la Era Romana el arte de descifrar los jeroglíficos había desaparecido: no se los volvería a comprender hasta el siglo XIX. Nadie en el Renacimiento sabía qué era lo que estaba escrito en los obeliscos, ni para qué eran las pirámides, nada. Ahora, a la luz de esos escritos

mágicos, semiplatónicos, intensamente espirituales, ellos empezaron a estudiar. Jeroglíficos: deben de ser una especie de código místico, una narración pictográfica del ascenso del alma, guías para la contemplación, quizá hipervalentes como las manchas de Rorschach o las cartas del Tarot...

—Seguro —dijo Julie.

—Y las pirámides, los obeliscos, los templos debían contener, en lenguaje cifrado, la ciencia egipcia, la geometría anterior a Euclides, las proporciones secretas y las propiedades mágicas que tal vez ahora podrían develarse...

—Claro.

—¡Pero no es así! —exclamó Pierce, extendiendo las palmas. Un comensal de la mesa vecina lanzó una mirada fría en su dirección, una riña de amantes probablemente, no les hagas ver que lo has notado—. ¡No es así! Yeso es lo más extraño y portentoso de todo. Esos escritos que el Renacimiento atribuía al dios-rey-sacerdote Hermes Trismegisto y de los que creían haber obtenido un cuadro total del antiguo Egipto, no eran en modo alguno antiguos. Con toda certeza, no habían sido escritos por un solo hombre. *Ni siquiera eran egipcios.*

»Quienquiera que hubiese escrito los textos que llegaron a Florencia alrededor de 1460, no sabía absolutamente nada, o a lo sumo muy poco, acerca de la verdadera religión egipcia. Los eruditos de hoy han tropezado con enormes dificultades al tratar de descubrir en ellos siquiera un rastro del verdadero corpus del mito o el pensamiento egipcio.

»Ni un solo rastro.

»Hasta donde hoy sabemos, esos textos son, en realidad, las escrituras de un culto tardío, helenístico, secreto, un culto gnóstico la segunda o tercera centuria después de Cristo. Muchos florecieron en la Alejandría de ese entonces, entre los egipcios helénicos y los griegos egipcianos; Alejandría ha de haber sido, a la sazón algo así como la California de hoy, cultos y más cultos, todo elido en alguno. De modo que si esas escrituras contienen ideas anticipan el cristianismo, ello no es ninguna sorpresa; si recuerdan a Platón, o a Pitágoras, o a Plotino, no es porque hayan influido en Platón y en los otros sino a la inversa. El platonismo, en ese entonces, estaba en el aire.

»Sí. El Renacimiento cometió este titánico error. Hubo montones de razones para ello. Los Padres de la Iglesia, como San Agustín y Lactancio, en el período posclásico, habían hablado de Hermes Trismegisto como si fuera una persona real, y lo mismo hicieron Roger Bacon y Santo Tomás de Aquino en la Edad Media. No había pruebas extrínsecas que demostraran que los escritos fueran falsos o que no fuesen lo que pretendían ser. *Había*, sin embargo, abundantes evidencias *internas*; y ya a mediados del siglo XVII, se había demostrado que los textos eran griegos tardíos (en uno de ellos se hace mención de los juegos olímpicos, por ejemplo) pero los entusiastas hicieron caso omiso; a lo largo del siglo XVII, e incluso del XVIII, continuaron creyendo en el Egipto de Hermes. El cuerpo del egipcianismo esotérico

creció inmensamente. Incluso en el siglo XIX —*después* de Champollion, *después* de Wallis Budge, después de que saliera a la luz el verdadero Egipto—, autores como Mead y los teosofistas, y Aleister Crowley y los místicos y los magos, aún trataban de creer en él.

—¡Aleister Crowley! —los ojos de Julie se dilataron más aún.

—¡Y todo a causa de ese absurdo error, a causa de esas escritoras pseudoegipcias! A causa de los textos herméticos ¿te das cuenta? Siempre esa palabra: hermético, mágico, secreto, inviolable como la redoma de un alquimista; a causa de esos textos, Egipto llegó a significar todo lo místico, lo cifrado, lo profundo; la antigua sabiduría perdida; la vieja Edad de Oro, ahora, tal vez, recuperable, para esclarecer a los modernos descarriados. Ésa es la tradición; eso es lo que ha llegado hasta nosotros en millares de libros, miles de referencias. Esa tradición está en el origen de la francmasonería, por ejemplo, que siempre hizo gran alarde de su vinculación con Egipto; y a través de la masonería ha llegado a los Padres Fundadores, algunos de los cuales pertenecieron a ella, y por eso la pirámide y el ojo de Egipto aparecen en el Gran Sello de los Estados Unidos y en el billete de un dólar. De la misma forma, la Esfinge y los templos y los sabios sacerdotes aparecen en *La Flauta Mágica*, que Mozart compuso basándose en la tradición pseudoegipcia de su logia masónica.

»Y de algún modo, no sé exactamente cuál, de algún modo, todo eso desciende hasta mí. Por alguna razón, ese país intensamente mágico, ultraterreno, imaginario, viene hasta mí, me es revelado, en Kentucky, a través de libros de una u otra índole, a través del puro aire, de algún modo. Pero al mismo tiempo yo conocía la existencia del Egipto histórico, el verdadero, sobre el cual se han ido acumulando, con el correr de los siglos, conocimientos reales; sabía lo de las momias y el rey Tut, y Ra e Isis y Osiris y lo de las crecientes del Nilo y todos aquellos esclavos cargando bloques de piedra. De modo que lo que me parecía más probable era que existieran dos países diferentes, en cierto modo cercanos uno de otro, o tangentes entre sí. Egipto. Y Ægipto.

»¡Y estaba en lo cierto! *Hay* dos países diferentes. Uno, el que yo soñé e imaginé, que también tiene una historia, como la tiene Egipto, una historia igualmente larga pero diferente, y monumentos diferentes, o los mismos monumentos pero con significados totalmente distintos; y una literatura y una ubicación también diferente. Puedes rastrear la historia de Egipto, más y más atrás, y en un determinado momento (o en varios momentos distintos) la verás bifurcarse. Y puedes continuar con una u otra: la del libro de historia clásico, Egipto, o la otra, la soñada. La Hermética. No Egipto, sino Ægipto. Porque hay más de una historia del mundo.

Vació su copa. Un camarero había aparecido junto a ellos, quizá estuviera allí desde hacía algún tiempo, escuchando la perorata de Pierce. Julie, al fin, apartó sus ojos de Pierce, y miró al camarero.

—¿Qué tal si pedimos algo de comer, eh?

—Ésa es la historia que yo quiero contar —dijo Pierce—. Pero es sólo una

historia, y ni siquiera la décima parte de ella. Ni siquiera la décima parte.

—Huevos a la florentina, supongo —dijo Julie—. Sin patatas.

—Ciudades mágicas —dijo Pierce—. Ciudades del Sol. ¿Por qué fue Luis XIV el rey Sol? A causa de Hermes.

—Té —dijo Julie— con limón.

—Y hay otras historias —dijo Pierce—. Otras historias igualmente buenas. Ángeles, por ejemplo. Ésa es una historia que quiero contarte. ¿Por qué te parece a ti que hay nueve coros de ángeles, y no siete, o diez? ¿De dónde provienen los pequeños querubines etéreos las postales de San Valentín? ¿Y por qué «querubines»? —Miró camarero, hizo su pedido (su estómago era un pozo oscuro) y le mostró la copa que había vaciado—. Otro —dijo— si es posible.

Cierta luz parecía haberse extinguido de los ojos de Julie; él iba demasiado deprisa para ella, abrumándola. ¿Cómo podría comunicarlo, cómo? Si no te habían inculcado una historia, un Renacimiento, el habitual ¿cómo podías asombrarte al descubrir esta otra, la fantástica?

—Y podría contarte una docena más —dijo—. Una docena más.

Sustanciosas, indeciblemente sustanciosas, las historias y sistemas de pensamientos falsos que fueran abiertos para él por los sabios que había conocido, tan sustanciosas como extrañas, incluso incomprensibles; esas historias concebidas de algún modo, en otro tiempo, e interpretadas por espíritus supuestamente semejantes al suyo, enquistadas en libros cuyos miles de folios, con ilustraciones suprarreales de perspectiva fabulosa, planos geométricos y diagramas y versículos mnemónicos, parecían tratar de describir un planeta totalmente distinto. Martín del Río, un jesuita español, había escrito un libro de un millón de palabras exclusivamente sobre ángeles.

Pierce desplegó de golpe su servilleta y se la puso sobre las rodillas. El planeta perdido, ahora hallado, fanfarrias y banderas al viento, ésa era la sorpresa que más deseaba y menos capaz se sentía de expresar: la sorpresa no sólo de haberlo encontrado sino la de haber descubierto que era, por muy vagamente que fuera, familiar.

—Es como si —dijo—... como si hubiera habido una vez, en un tiempo, un mundo totalmente diferente, que funcionaba de una manera que nosotros no podemos imaginar; un mundo completo, con todas sus historias, sus leyes físicas, sus ciencias para describirlo, sus etimologías, sus correspondencias. Y de pronto se hubiera operado un gran cambio en todas esas circunstancias, estrechamente ligado con la invencible imprenta, y los descubrimientos de Copérnico y Kepler, y los ideales cartesiano y baconiano de la ciencia mecanicista y experimental. Las nuevas ciencias tuvieron un éxito arrollador, poco a poco barrieron las estructuras persistentes de la antigua ciencia, y hasta arrasaron con la en verdad muy extraña y mágica visión que tenían del mundo hombres como Kepler. Newton y Bruno. Todo ese viejo mundo en el que en un tiempo hemos habitado es como un sueño, un sueño que hemos olvidado

al despertar, si bien, como ocurre con los sueños, ha persistido en el pensamiento de la vigilia; y persiste aún hoy, todo alrededor de nuestro mundo, en nuestro pensamiento; de modo que cada día, en pequeñas cosas, en pequeñas y extrañas cosas, nosotros, sin saberlo, pensamos como los hombres precientíficos, como los magos, los pitagóricos, los rosacruces...

—Sí, sí, claro, Pierce, pero...

—Así que lo que yo propongo —siguió diciendo él, alzando la mano para atajar la objeción— es una especie de arqueología de la vida cotidiana, una especie de juego, algo así como la búsqueda del tesoro, o la cacería de objetos desechados, rastreando en el pasado esas antiguas persistencias. Pero ante todo descubriéndolas; descubriendo en sus versiones modernas las antiguas explicaciones mítico-religiosas y ahistóricas del mundo y luego rastreando los elementos que las componen hasta sus primeras manifestaciones, hasta las fuentes, hasta sus formas primigenias si es que pueden hallarse, tal como lo hice yo con mi Egipto, Ægypto, hasta la puerta del sueño de donde surgieron, la Puerta del Cuerno.

—Del Cuerno —murmuró Julie—. Del Cuerno ¿por qué del cuerno, me pregunto yo?

—Y sabes una cosa —dijo Pierce—, cada vez estoy más convencido de que esas falsas historias y explicaciones mágicas del mundo, cuando realmente las encuentras y las rastreas y las sigues hasta la encrucijada, por así decir, hasta donde toman su propio camino desviándose de la historia clásica de la civilización occidental, siempre te llevan a la misma confluencia: algún momento entre 1400 y 1700. No las nociones mismas, no, que son en general mucho más antiguas; sino las formas en que llegan hasta nosotros. Porque en ese tiempo, no sé muy bien por qué, aunque tengo alguna idea, justo en esa época en que lo que reconocemos como ciencia moderna estaba naciendo, hubo también un enorme resurgimiento y una codificación de todas las ramas de la Antigua Sabiduría, y de las imágenes mágicas y tradicionales del mundo. No sólo Hermes y Ægypto, sino también Orfeo y Zoroastro y la cabala judía y el lullismo (no preguntes) y los neoplatónicos más enardecidos como Proclo y Iamblico, que también fue un gran egipciata. La alquimia, toda ella reimaginada e inmensamente inflada por Paracelso, ese imbécil; y la astrología, recibiendo un gran impulso por los nuevos métodos de computación; y la magia angélica, y la telepatía y la Atlántida...

—La Atlántida —musitó Julie.

—Era como ese momento antes de despertar en que tus sueños son más claros y recordables. Un momento en que todas las historias y las ciencias de ese otro viejo mundo se manifestaban en su forma más completa y sorprendente, y parecían más alentadoras y persuasivas: justo cuando todo estaba a punto de ser aniquilado y demolido y olvidado para siempre...

—No para siempre —dijo Julie—. Nunca para siempre. —Bueno, tan completamente que alguien, yo, pudo ir a la Universidad de Noate y obtener una

licenciatura en estudios del Renacimiento y tener tan sólo una mínima visión de la punta de la montaña sumergida. *¡Aun cuando los más insignes pensadores del Renacimiento, los mismos que estaban inventando la ciencia, pensarán que el gran proyecto de su época era el de rescatar todo aquel saber perdido!* No descubrir nuevas formas de sentir, nuevas ciencias, nuevas máquinas, sino ¡la Recuperación! ¡La Memoria! El poder contenido en las teologías antiguas, en los viejos sistemas mágicos, la ciencia de Noé, la lengua de Adán. ¡Ægypto!

Los comensales de la mesa vecina los miraban de nuevo. Pierce se reclinó en su silla, de la que había estado a punto de caer, y Julie se inclinó hacia adelante para oírlo.

—Ægypto —repitió en voz baja.

—¿Y qué clase de cosas —dijo Julie— podían hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir qué podían *hacer* ellos, esos magos. Pierce parpadeó.

—Hacer —dijo—. Bueno, date cuenta de que esto no tenía nada que ver con el caldero medieval, los conjuros, basados todos ellos en el poder del diablo y de los muertos. El mago del Renacimiento, más que nada, *pensaba*, adquiría poder precisamente por estar en armonía con la totalidad del universo y por su conocimiento innato de él.

—Poder —dijo Julie.

—Bueno, poder —dijo Pierce— eso es lo que ellos *suponían*. Quiero decir que practicaban la alquimia. Hacían talismanes de los planetas para que sus mentes y sus almas absorbieran las energías planetarias. Escudriñaban bolas de cristal y creían ver ángeles. Bruno imaginó una docena de complicados sistemas mnemónicos para memorizar todas las cosas del mundo, para *contener*, de algún modo, todas las cosas. Pero el poder de un mago del Renacimiento no era utilizado para enriquecerse, ni para echar maldiciones, era utilizado pura y simplemente para *saber*. Era un *sistema de ciencia*, con los mismos fines que el otro tipo de ciencia, la categoría que *nosotros* llamamos Ciencia.

—Sólo que nosotros hemos olvidado lo que ellos hacían. Lo que podían hacer. Todo eso fue suprimido, ¿es eso?

—Lo que nosotros hemos olvidado es *toda* esta historia —dijo Pierce—. Todo lo que retenemos de ella son detalles, impresiones, retazos y fragmentos dispersos en nuestro universo mental, como las piezas de una máquina enorme que ha sido desmantelada y que nunca se podrá volver a armar. Gitanos. Ángeles. Los cuernos de Moisés. La Era de Acuario. Eso es lo que *me propongo*, eso es lo que yo...

—Sí, sí, pero espera un segundo —dijo Julie—. Quiero decir que todas tus pequeñas historias acerca de la Historia son interesantes, y todo lo demás, pero dime una cosa, dime por qué quieres escribir ese libro. Cuál es la razón por la que quieres escribirlo.

Pierce creyó ver una celada en los ojos de Julie, una celada que no pudo

explicarse.

—Bueno, por la historia en sí —dijo Pierce, evasivo—. Porque creo que es una historia fascinante, algo así como un cuento de misterio intelectual. No estoy seguro de que sea necesario tener alguna razón práctica. Quiero decir, la Historia...

—Lo que pasa es que yo no lo veo, en absoluto, como un libro de historia —dijo Julie.

—Bueno, un libro *sobre* la Historia.

—Ni tampoco como un libro sobre la Historia. Creo que lo que en realidad estás escribiendo es un libro sobre la magia. Sobre la gran tradición perdida de la magia. Y ése es un libro que yo puedo vender.

—Bueno, no, pero mira...

—Tú hablabas de una visión del mundo, perdida —dijo Julie, y con un ademán impulsivo tomó la muñeca de Pierce—. Y de fragmentos y piezas de una máquina desmantelada que nunca se podrá volver a armar. Bueno, yo no creo que no pueda volver a armarse.

—*Hay* eruditos, historiadores, que están tratando —dijo Pierce—, tratando...

—¿Y sabes lo que yo creo? —Se había inclinado muy cerca de él y sus luminosos ojos claros de verano eran dos ascuas de puro terciopelo—. Yo creo que la máquina funcionaba. ¿Y sabes otra cosa? o que tú también crees que funcionaba.

Cinco

—Nonononono —dijo Pierce.

—¿Sabes, Pierce? Creo que es tan maravilloso que me hayas traído *a mí* esta idea, precisamente ahora. Creo que todo es tan oportuno. El momento. El mundo. Tú. — Levantó el brazo y lo agitó sonriendo, como si saludara a un amigo; sus brazaletes, de madera y laca, se entrechocaron—. Te das cuenta, esa antigua tradición es tan importante para mí. Yo creo en ella. Creo en ella. Tú sabes que creo.

—Parecías creer, en un tiempo. —¿Qué había hecho? Sacó de su bolsillo un paquete de tabaco y empezó a liar un cigarrillo, una costumbre que al principio intrigara, y acabara por irritar a la mujer sentada frente a él.

—Ahora lo siento mucho más intensamente. Hay cosas que han sucedido; bueno, no importa; algún día te contaré, pero quizá ni siquiera estaría aquí si... Bueno, de todas maneras, yo sé. Se que esas antiguas formas del saber no mueren ni envejecen. Pueden volverse clandestinas. Pero siempre llegará un momento en que gente estará una vez más preparada para comprenderlas, y la tradición es descubierta una vez más. ¿No es eso, en realidad, lo que tú estás diciendo? El Renacimiento fue uno de esos momentos. Ahora, es otro.

—Ahora —dijo Pierce.

—¡Claro que sí! Puedes verlo en todas las cosas. Pierce, si tú no hablabas de ninguna otra cosa. Si estabas *fascinado*. La sincronicidad. Las recurrencias. La teoría de los actos. La Era de Acuario. ¿Y por qué, por qué?

—Por qué —dijo Pierce.

—¡Por qué! Porque es el momento, el ciclo se ha cumplido y...

—La historia no se repite, Julie. No se repite, avanza en un solo sentido.

—No, pero como tú decías esta tradición es descubierta una vez mas, sólo que bajo una nueva forma; y al rehacerla cambia tu comprensión de toda su historia — dijo Julie—. ¿De acuerdo? *Eso* es lo que significa recuperarla.

Pierce guardaba silencio, con el cigarrillo a medio liar contra la lengua.

—Recuperarla como nosotros estamos haciendo ahora, como lo estás haciendo tú, significa comprenderla de una forma totalmente nueva.

—Hum —dijo él, y con un aire evasivo selló el cigarrillo y lo encendió—. Hum.

—Porque ¿no crees tú que la ciencia usual, la que tú dices que desplazó a la más antigua, está siendo derrotada? ¿La otra, la antigua, no parece, ahora, en realidad, más moderna?

—¿En qué sentido más moderna?

—Bueno, qué te parece. Quiero decir que abarca más cosas, ¿no es así? Cosas que la ciencia común deja de lado. La telepatía. La intuición. Otros caminos de la percepción. ¿No dijiste que Bruno y no sé quién creían que la Tierra estaba viva? Bueno, lo está.

—Ecología —dijo Pierce. La idea acudió a su mente en ese mismo momento—.

Los planetas de Bruno, esos seres vivos: nuestra tienxxx también era uno de ellos, pensaba él, en constante evolución. La gran bestia, y el hombre una parte de ella. Una Biosfera.

—¡Sí! —dijo Julie—, sí, y qué más, qué más.

—Bueno, la Mónada —dijo Pierce—, la idea de que el Universo es una unidad, todas las cosas están en él íntimamente ligadas, interpenetradas por todas las demás, una danza de la energía. La física moderna habla en esos términos, es por esa razón que los magos del Renacimiento creían que la magia que ellos practicaban podía funcionar; y por eso que el poder de un talismán podía reverberar el interior de un planeta.

—¡Sí!

—La unión del observador y lo observado —dijo Pierce, entusiasmándose—. La idea de que el observador, su estructura mental (ellos dirían tal vez su intención espiritual), puede alterar lo que es observado.

—Influencias —dijo Julie, dispersando con la mano el humo de Pierce—. Afinidades.

—Un sentido de lo maravilloso, de lo posible. La electricidad no habría apabullado a esa gente. Ni los rayos X. Ni la radio. Los magos creían en la acción causativa a distancia, pero los científicos racionalistas de la época la rechazaron; más tarde se verían en aprietos cuando Newton la propuso de nuevo como una de las bases del universo. Newton la denominó gravedad. Los magos preferían llamarla Amor.

—Amor —dijo Julie, y una chispa súbita floreció en sus ojos; a Pierce siempre le había maravillado la rapidez con que podía aparecer—. ¿Ves?

—Sin embargo —dijo Pierce—, es preciso ser tan cuidadoso, tan cuidadoso para distinguir...

—Oh, seguro, seguro —dijo Julie, y la uña escarlata de su dedo pulgar tomó y soltó las esquinas de las páginas del delgado manuscrito—. Tenemos que hablar, tenemos que pensar. Dar forma a todo esto y enfocarlo. Pero yo sé que hay gente, montones de gente, ahora, que desea oír estas noticias. Lo sé. —La mano del camarero puso, sobre la mesa, en terreno neutral entre los dos, la cuenta. La mano de Julie la cubrió—. Y te lo aseguro, Pierce; yo puedo vender ese libro. Ahora bien, el de historia, el de pura historia, no sé.

Concedió al silencio pensativo de Pierce una larga pausa y prosiguió:

—Oye, Pierce —dijo con dulzura, casi con timidez—. Sé que esto te sonará ridículo, pero tengo que irme ahora y comer otro almuerzo.

—¿Eh?

—Bueno, no creo que coma en realidad. Pero es tan disparatado. Tanto de este negocio se hace durante el almuerzo... y yo he estado fuera tres semanas, y tengo, por lo tanto, que recuperar el tiempo. Dos almuerzos por día. Por qué será, eso, libros y almuerzos.

—No sé.

—Nunca llegamos a hablar realmente tú y yo. —Ella lo observaba, mejilla en mano, y parecía recordar una antigua sonrisa que en un tiempo reservaba para él—. He pensado tanto en ti en estas últimas semanas. Tantas cosas. Me preguntaba si habrías conseguido alguna vez ese tercer deseo...

—No —dijo él. Había sido con ella que empezara a elaborar por primera vez las restricciones y posibilidades de los tres deseos. No quiso decir que ella, ella misma, su persona, había sido el objeto provisional del tercero, el tiempo en que había estado ausente en California, el objeto elegido en más de una tríada de posibilidades—. No, finalmente no.

—Tal vez ahora —dijo ella— que estás adquiriendo todos esos nuevos poderes.

—No para mí —dijo él—. ¿Qué haría con ellos? ¿Conjuros?

Arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Tienes que recordar la única gran desventaja de la magia práctica, Jewel. No dio resultado. —También ella estaba levantándose, pero él la detuvo—. Siéntate, siéntate un segundo mientras yo... y luego nos iremos. Un segundo. —Ella se sentó, serena, delante de su copa fría, una mano sobre las páginas mecanografiadas.

Ella no había sugerido que su libro debiera enseñar prácticas de magia. No. El significado, la visión del mundo que lo sustentaba, el sentido que atribuían al alma: era eso lo que ella había querido decir. Las prácticas mismas, eso era demasiado peligroso. Ella conocía más de una persona que había sido dañada de ese modo: o que había dañado a otros.

Pierce se reiría si la oyera decir eso.

Qué tipo extraño. Ella solía preguntarle: de qué te sirve, Pierce, elaborar esos deseos, protegerte en todos los sentidos posibles, si no crees que puedas realizarlos, y él solía responderle: creer en eso, Jewel, no los hace realizables.

Pobre Pierce, pensó, con un ramalazo de piedad. Crees ser tan gudo, tan lúcido: como un daltónico a quien no engaña el color, que él nunca veía era que esos poderes de los que precisamente hablaba ahora, no andaban merodeando por el mundo como perros callejeros en espera de alguien que quiera adoptarlos, eran las creaciones de almas, creadas entre las almas, eran la creación misma y darles vida era el uso que podían tener. Si tú puedes crear un poder así en tu vida, debes crearlo. Si de alguna manera te ha sido otorgado, no es porque sí. En esto consiste la evolución.

Algún día aprenderá, pensó Julie, aprenderá, si no es en esta vida será en la próxima o en la siguiente. Es la misión que le ha sido asignada aun cuando él no lo sepa: él, que sabe de tantas otras cosas.

Había una razón para que ella estuviera allí, no ya la amante de Pierce sino con las manos apoyadas sobre su manuscrito. El mundo *está cambiando*, evolucionando en formas nuevas y aceleradas, y su evolución depende asimismo de la gente, de la gente que da vida al futuro.

Evolución. Sintió una suave oleada, como de espuma de mar, a través de las

venas. Durante todo el verano había oído hablar de esos ruidos, allá en la costa atlántica, una serie de grandes explosiones semejantes a estampidos sónicos, pero no estampidos sónicos. La TV los había revelado pero no había podido dar ninguna explicación. Nadie sabía qué eran. El pequeño grupo del que Julie formaba parte, un grupo que mantenía contactos de costa a costa, tanto por una red de pensamientos y sentimientos como por teléfono y por carta, había llegado a pensar que podían ser, quizá, sólo quizá, la señal de que la Atlántida estaba emergiendo: por fin había llegado el momento. En Montauk, Julie había permanecido de pie, bajo el tórrido sol, sobre un promontorio, en la brisa salobre, con la certeza creciente de que estaba a punto de suceder: de que la ardiente punta de su pirámide rompería en cualquier momento la ondulada superficie del mar, y luego vendrían sus torres y murallas, esparciendo agua azul; lo supo, lo *supo* sin más.

Y sentía aún esa certeza, del mismo modo que sentía aún el calor del sol en sus hombros y la suave tensión de sus músculos. Ella se lo diría: le diría además que su certeza misma era parte de lo que estaba llamando a la superficie a ese mundo sumergido: como quien llama a un semejante. Se lo diría.

—Muy bien —dijo Pierce reapareciendo, con las manos en los bolsillos y un aire de impaciencia culpable que ella reconocía—. Muy bien.

—Muy bien —dijo ella, y puso encima de la cuenta una tarjeta de plástico dorado.

Ella tomó un taxi; Pierce volvió a casa a pie, con el sol de septiembre en el rostro y la nueva tarjeta comercial de Julie en el bolsillo (azul noche, y las estrellas de Escorpio punteadas en plata); en la menguante exaltación de sus dos whiskys no hubiera podido decir si se sentía vencido o triunfante. El retorno del mago, llevando en sus roanos la antigua y potente física del pasado, las doctrinas secretas descifradas, las cifras de la pirámide, ¿era eso en última instancia lo que él tenía que vender? En ese caso, lo vendería. *Hubo* un tiempo en que él no pensaba en ninguna otra cosa, cuando desde la terraza de su edificio contemplaba las mugrientas esferas del firmamento girando en torno a él. *Ahora lo veo, lo comprendo*: pero oír esas ideas en boca de otra persona, no cualificada, capacitada para un nivel diferente de conciencia, las hacía sonar al mismo tiempo disparatadas y triviales, excesivas e insuficientes. Y sin embargo ¿no eran intrépidos aquellos antiguos magos, caballeros de *Ægypto*, no habían sido héroes? Equivocados como pudieron estar en casi todo lo que creían saber con certeza, *habían* sido héroes; cuanto más leía Pierce acerca de ellos, más se convertían en sus héroes. Un Agrippa, un Bruno, un Cardano, a punto de tomar la varita mágica, abrir el libro de Hermes e inscribir extrañas geometrías en una lámina de cera virgen: quizá pensaran que sólo estaban explorando lamas antigua sabiduría, tan sólo limpiando las ciencias corruptas y restaurándoles su pureza: pero lo que estaban postulando era un nuevo cielo y una nueva tierra, y era *igual* a la nuestra.

Había diez mil demonios en el cielo de Bruno: pero pese a todas sus influencias ocultas, pese a sus afinidades y simpatías, el universo del mago operaba en la forma

en que lo hacía no porque Dios o el Diablo estuvieran interfiriendo en él sino simplemente porque así eran las cosas. Era un universo inmenso, incluso ilimitado, una fusión del espíritu y la materia en la que estaban ligadas las percepciones y aspiraciones del mago, mucho más llena de posibilidades que el Universo cerrado y pequeño, el mundo de la ortodoxia animado-por-Dios-y-el-Diablo, y era *natural*. El verdadero mago no necesitaba creer en hechicerías, o en milagros a favor de los creyentes, porque su universo no sólo era lo suficiente vasto para contener las razones de cualquier hecho prodigioso que en él aconteciera, sino que estaba tan lleno de fuerzas, espíritus mundanos, ángeles (objetos todos ellos tan naturales como lo son las piedras o las rosas), que cualquier cosa era posible, cualquier efecto deseo o de la voluntad que obrara en el mundo.

Y así, por muy equivocados que estuvieran respecto de cualquier rasgo del universo (y podían caer en errores garrafales y ser, al mismo tiempo, de una asombrosa credulidad), la *magnitud* de su mundo, y el hecho de que no sólo ignorasen todo cuanto contenía, sino que aceptasen además con júbilo que era *imposible* de conocer, hace que su pensamiento sea semejante al nuestro.

Y no tan incomprensible, al fin y al cabo, ni tampoco tan inexpresable.

Bueno, a ver.

En ese preciso instante, Pierce pasaba debajo de uno de los leones de piedra que custodian la Biblioteca Pública, y sentándose en una de las gradas, sacó de su bolsillo un cuaderno de notas. El sol brillaba, enceguecedor. Escribió: «Viajas hacia atrás hasta una comarca perdida de la que has oído hablar en tu infancia; la encuentras incomprensible, rica, extraña; entonces descubres que es el lugar de donde has partido».

Oh, qué cauteloso tendría que ser, qué cauteloso. El tiempo *no* retorna, no describe una órbita completa para traer de vuelta el pasado, lo que describe una órbita completa es la *noción* de que el tiempo describirá una órbita completa y traerá de vuelta el pasado. Ése era el secreto que Pierce conocía, el que debía revelar. El tiempo no gira en círculo sino en espiral, durmiendo y despertando; si nosotros creemos percibir los albores de una nueva Edad de Oro, o la repetición de una triste decadencia, o el advenimiento de un nuevo milenio, es porque ellos crean, en la percepción misma, todas las Edades de Oro, todas las decadencias, todos los renacimientos y milenios del pasado que aparentan repetirse, *oh sí, lo recuerdo, lo recuerdo*: ascendemos a través de las esferas, que semejan cercarnos.

Despertad, debía decir su libro. Nada podréis hacer si no os despertáis. Como Bruno gritando que salía el sol: despertad.

Bruno mismo tenía que ser el héroe de su libro; Bruno, con su arrogante profecía, Bruno con sus infinitudes y sus planetas, nadando a través del espacio como grandes bestias plácidas, vivas, vivas, oh; Bruno, con sus infinitos e imposibles sistemas de memoria, para dominar con ellos todo cuanto contenía al vasto mundo. Una empresa que quizá no fuera, al fin y al cabo, tan distinta de la que se proponía Pierce. «La

mente, en el centro de todas las cosas, conteniendo en su interior todo aquello de lo cual es el centro». ¡Sí! Pierce también había sentido eso, todas sus percepciones del pasado apretujadas en su cerebro, como una película kodachrome fuertemente rebobinada y a todo color, por añadidura, porque si la memoria no es de colores, entonces nada lo es.

Entonces. ¿No podría él hacer eso? ¿No podría acaso alimentar las fantasías que Julie consideraba vendibles, las que encendían en sus ojos aquel súbito destello? ¿No podría hacerlo y que además le pagaran por hacerlo, y embarcarse al mismo tiempo en una aventura diferente, la misma en que había estado embarcado durante tanto tiempo; asir, como con una mano, la verdad de historias indudablemente falsas, recobrar, como se recupera un sueño, la lógica onírica de la historia, porque él mismo la había soñado largo tiempo y ahora estaba despierto?

¿Podría? Podría y lo haría. Si los tontos se prendaban de las historias que él vendería al menudeo, allá ellos; para sí mismo, él era *astuto*, y si no sabía cómo decir una cosa que tuviera el efecto de otra mucho más calificada, incluso contradictoria, entonces su larga formación católica, su costosa educación en St. Guinefort y Noate, no le habían servido para nada. Te agradecemos, oh Señor (blasfemó, exultante), que hayas ocultado estas cosas a los ojos de los simples y las hayas revelado a los sabios.

Ellos no pudieron lograr, al cabo, que Bruno renunciara a su grandioso universo, que aceptara a cambio su mezquino mundo; y así, en el verano de 1600, ese año de números blancos, lo sacaron de su celda en el Castel de Sant Angelo y, vestido con la blanca túnica de los penitentes y sentado de espaldas en un burro, lo condujeron al Campo dei Fiori, el campo de las flores (Pierce imaginaba la campiña cuajada de capullos primaverales) y allí lo ataron a un poste y lo quemaron.

Pero Pierce no sería inmolado: no, aun cuando ambicionara los mismos poderes, la misma percepción y libertad infinitas a que había aspirado Bruno. Ésa era la diferencia entre entonces y ahora: Pierce no moriría en la hoguera.

—Bueno —le dijo Allan Butterman a Rosie, invitándola, con un ademán, sentarse, elegante como siempre con su traje de *tweed* y su isa azul como el día de octubre—. Bueno, veamos.

—Bueno —dijo Rosie, meciéndose ligeramente en su comfortable sillón, sintiéndose a gusto allí, en su tercera visita—. Parece que todo marcha y que a él no le importa.

—¿No le importa?

—Bueno, tuvimos algunas charlas; en realidad él no quería oír hablar de nada legal, pero yo quería zanjar la situación de una vez por todas. Él dijo que deberíamos hablarlo con más detenimiento, y que en todo caso no le gustaba la idea del divorcio sin culpa, siendo yo quien había hecho abandono del hogar, así que le expliqué lo que usted me dijo. Cuáles son nuestras alternativas.

Con el corazón agitado y la garganta seca, tartamudeando un poco por haberlo ensayado en exceso, le había hecho a Mike su discurso, explicándole que si no quería

o no estaba de acuerdo en eso del divorcio sin culpa, ella tenía la intención de querellarlo por adulterio. El peso terrible de esta declaración, que al mismo tiempo parecía ingrátida e ilusoria como la escena crucial de una película, había puesto fin, por ese día, a sus discusiones; Mike, diciendo que no estaba seguro de ser capaz de mantener la calma, se marchó de la Cueva de las Roscas, tierra de nadie donde se habían reunido a una hora poco concurrida.

Este intento de oponer a la estrategia psicoterapéutica de Mike sus nuevas estrategias legales, era un poco como jugar a piedra, papel y tijera; a veces, cuando las manos descendían, Rosie había ganado, otras veces quien ganaba era él; pero, al menos, no siempre perdía ella. Había dejado las cosas en ese punto durante algunas semanas, sintiéndose como un jugador que ha apostado fuerte y espera que el contrincante vea o se retire: sopesaba esa sensación arriesgada y divertida, la sensación de tener poder, de estar apoyada en una pata lo bastante sólida como para sostenerla. Cuando le pareció que ya había esperado lo bastante, concertó esta cita con Allan Butterman y luego llamó a Mike para obtener una respuesta: Allan, dijo, sabrá cómo debes proceder.

Y Mike se había mostrado razonable. Había perdido, al parecer, todo interés en atormentarla con este asunto, como si él no participara del juego. Había parecido estar —y así lo había sentido ella cada vez más a menudo desde su separación— distraído, no del todo presente, siempre a punto de dar media vuelta y decir sí sí, un poco por encima del hombro, la mirada en otra parte. Rosie creía conocer la causa, aunque le extrañaba.

—¿La misma mujer? —dijo Allan.

—La misma —dijo Rosie—. Yo pensé que sería sólo un capricho. Pero parece que es más que eso. Parece que él está como embobado. Aunque a decir verdad, él siempre ha sido un poco bobo en sus relaciones con las mujeres. —Ése había sido siempre un punto en favor de Rosie, que Mike fuera un poco bobo con las mujeres, y que ella lo supiera, y él no. Se balanceó en su silla giratoria, pensativa—. Me pregunto si todavía estará en su año de Tránsito Descendente.

—¿Su qué?

—Eso es algo de la Climateria —dijo Rosie—. Una especie de ciencia nueva que Mike está inventando. No puedo decirle gran cosa al respecto, porque yo misma no lo entiendo, y porque se supone que no debo hablar demasiado del tema; es, en esencia, una idea simple, y él teme que, si llega a oídos de personas inescrupulosas, se la puedan robar.

Allan la miraba fijo, como si estuviera considerando algo distinto de la Climateria.

—Es algo así como que la vida está dividida en períodos de siete años —prosiguió Rosie, queriendo al menos convencer a Allan de que no estaba diciendo tonterías—. Cada séptimo año uno llega, como quien dice, a una meseta, en la que está perfectamente seguro de sí mismo y tiene un buen dominio de las cosas. Luego,

uno descende poco a poco, como en una parábola, a lo largo del año de Tránsito Descendente; después se toca fondo, y hay un año de Tránsito Ascendente y por último, de nuevo, la meseta, siete años más tarde. Psicológicamente.

—Uhú —dijo Allan.

—Y en realidad parece que funciona —dijo Rosie—. Se la puede trazar como una parábola.

En cierto modo había funcionado; describía la vida de Mike mejor que cualquier otra vida a la que él la hubiese aplicado; pero Rosie recordaba haber visto sus propios altibajos reflejados con bastante verosimilitud en el cuadro que Mike había trazado para ella, poco después de que inventara el Método, como siempre lo llamaba, con esas mayúsculas audibles. Recordó el entusiasmo de Mike, su pasión incluso, y su propio asentimiento sorprendido, noche de invierno, años atrás...

Con una ola de angustia inesperada, como a merced de una aerea intempestiva, la invadió una súbita congoja, y se tapó los ojos, reprimiendo un sollozo.

—Oh, santo Dios, por favor, no —dijo Allan.

Ella miró a su abogado; su rostro era una horrorizada máscara de Piedad. Su propio oleaje de sentimientos se replegó ante el de Allan.

—Uff —dijo, moqueando—. Perdón, perdón, ¿por qué ha pasado esto?

—No, no —dijo Allan—, por Dios, es que es tan desagradable.

Ella se echó a reír. Había, en su risa, rastros del llanto interrumpido.

—No es nada, no es nada —dijo—. ¿Tiene usted un pañuelo?

Él le tendió una caja.

—No se reprima, no se reprima, y llore —dijo—. Ese imbécil.

—Allan —dijo ella, sonándose la nariz—. De veras, estoy bien. Serénesa. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Ésta es exactamente la razón por la que yo no acepto divorcios —dijo Allan masajeándose la frente—. En verdad, no puedo soportarlos.

—Vamos —dijo Rosie—. Vamos...

Allan carraspeó vigorosamente, y sacó un anotador amarillo y uno de los lápices nuevos de puntas siempre afiladas (nunca romos ni cortos, ¿qué haría con los usados?) y se tironeó de la oreja.

—Bueno —dijo—, bueno. Lo que tenemos que tratar de hacer ahora es llegar a un acuerdo, usted y Mike, y el abogado de él y yo, sobre varios aspectos relativos a su vida con Mike, y procurar que sea lo más aceptable posible para ambas partes, lo suficientemente simple como para que hasta el juez pueda comprenderlo.

»Así que, veamos, haremos una lista. Ante todo, está la custodia de... de...

—Sam. Samantha. Yo la obtendré.

—Ajá. —No anotó nada—. ¿Y Mike?

—Estoy segura de que Mike no querrá la custodia, aunque en realidad no lo hemos aclarado.

—Ajá.

—Quiero decir que, *para mí*, eso está claro.

Allan la obsequió con una sonrisa, una sonrisa de aprobación casi profesional y escribió.

—Bueno. Y también tiene que poner en claro cuestiones tales como los derechos de visita, manutención, algún tipo de acuerdo sobre seguro de vida, *escolaridad*, y quién informa a quién cuando la niña va al *dentista*, al *hospital*...

—De acuerdo.

—Puesto que todavía están en conversaciones —dijo Allan—. Si deciden los abogados, cuesta más, y a lo mejor llegan a un arreglo que no le gusta a nadie más que a ellos.

—De acuerdo. De acuerdo. —Su corazón se desbordaba—. Sam.

—¿Manutención? —dijo Allan—. ¿Trabaja usted actualmente?

—Trabajaba —dijo Rosie—. Enseñaba arte en la Escuela del Sol.

—Ah, sí.

—Pero, por lo visto, ya no me necesitan.

Al parecer, la escolita alternativa, alojada en un pequeño molino reformado en Stonykill, estaba por cerrar, sucumbiendo en medio del desorden y las recriminaciones.

—Si es posible —dijo Allan—, sería mejor que usted siguiera sin empleo. Hasta después de la sentencia. —Trazó una línea a través de su anotador—. Muy bien, bienes a repartir...

—Nada, nada, en realidad —dijo Rosie—. Una casa, pero el hospital pagó el anticipo y tiene la hipoteca, así que... Y aparte de eso, cosas, sólo cosas.

—Cosas —dijo Allan, meneando la cabeza—. Cosas.

Esa forma de hablar tan suya, como si cargara cada palabra con un gran sentimiento: Rosie suponía que debía de ser algo así como una táctica; o un efecto del que no tenía verdadera conciencia. Aunque tal vez no, tal vez sintiera de verdad las angustias y los dolores de sus clientes tan profundamente como parecía: tal vez, igual que un avezado levantador de pesas, era capaz de soportar una carga más pesada que la mayoría de la gente. Un mechón había saltado de su pelo negro engominado, y sus ojos estaban tristes otra vez. Rosie se dio cuenta, de pronto, de que Allan le caía muy bien.

—No me importa —dijo—, de veras, no quiero nada de todo eso.

—Claro —dijo Allan—. ¿Sabe usted? Antes, cuando yo hacía muchos divorcios, todos decían siempre «no quiero nada, que se lo quede ella», «que se lo quede él»; y sabe usted cuál era siempre la causa de todas las terribles discusiones, de todas las penurias: las cosas.

—¿Usted está casado? —preguntó Rosie.

—Yo me sentaba aquí y escuchaba a la gente afligirse por un coche, un televisor, joyas, un miserable juego de sillas de jardín, y pensaba: qué mezquina puede ser la gente. ¿No pueden superar todo eso? ¿Acaso el amor no significaba, para ellos, más

que esos detalles materialistas? Tardé algún tiempo en comprender que el amor está en los detalles. En los libros y los discos y el estéreo y descapotable. El amor siempre está en los detalles. Y también el dolor. —Sus ojos, más tristes aún, estaban fijos en ella, y sus manos blancas cruzadas delante de él—. No estoy casado —dijo—, es una larga historia.

—He estado preguntándome una cosa —dijo Rosie, empezando a balancearse de nuevo en su silla—. ¿El viejo castillo, sabe, allá en el medio del río, en la isla...?

—El Butterman.

—¿Fueron ustedes quienes lo construyeron? Su familia, quiero decir.

—Bueno, algo así. Un pariente lejano, nunca lo averigüé del todo.

—Tengo entendido que es de mi propiedad. Que es propiedad de mi familia.

—Creo que sí.

Ella sonrió.

—No será parte del arreglo —dijo Rosie, y Allan se rió: era la primera vez que lo veía reír—. Lo que siempre he querido hacer —dijo— es ir allí y entrar, nunca lo he hecho.

—Ni yo.

—¿Quiere ir, algún día? —Se estiró en su silla—. Como abogado de la familia, yo qué sé.

Allan tamborileó con el lápiz sobre el parche de cuero de su escritorio.

—Quisiera darle un consejo que quizá le extrañe. Usted sabe que, aun cuando este proceso sin culpa dé resultado, tendrá que pasar alrededor de un año desde la fecha del juicio hasta que el divorcio le sea concedido definitivamente.

—Oh, Dios Santo. ¿De veras?

—Seis meses después del juicio, usted obtiene una sentencia *nisi*. *Nisi* es una palabra latina que significa «a menos que». A menos que surja algún imprevisto. Luego hay un *período nisi*, seis meses más para que ustedes, los interesados, reflexionen y decidan tal vez, retractarse.

—Hum.

—O lo que es más importante, presentar objeciones al acuerdo. Objeciones como que la otra parte ha actuado de manera fraudulenta, o que han salido a la luz nuevos elementos de juicio. Nuevos hechos, por ejemplo, que permitan una correcta decisión acerca de la custodia.

Rosie no dijo nada.

—Las personas, al principio, no siempre saben muy bien lo que sienten —dijo Allan, con dulzura—. Pueden cambiar de parecer. Y si *cambian* de parecer, y si *quieren* hacer algo distinto de lo convenido al principio, buscarán motivos para presentar una objeción. Y tienen todo un año para buscarlos ¿entendido?

Rosie empezaba a comprender; bajó los ojos, sintiéndose reprendida.

—Lo que quiero decir —dijo Allan, con mayor dulzura aún— es que si lo que usted desea es la custodia sin complicaciones, y eso es lo que ahora puede obtener, mi

consejo es que sea usted una madre separada modelo, hasta que salgan esos papeles definitivos. Si necesita saber qué significa ser una madre modelo, se lo diré claramente. Y si no puede ser una madre separada modelo, si no puede serlo, en ese caso, Rosie, tendrá que ser una madre separada sumamente cautelosa.

Ese día, antes de abandonar el pueblo, Rosie se detuvo en la biblioteca, para devolver la última novela de Fellowes Kraft y sacar otra. La que devolvió era *La corte de sangre y seda*; la que eligió, sin pensarlo demasiado, se titulaba *Un lance de honor*, y tenía en la cubierta un paisaje marino, galeones, y una rosa de los vientos. Cuando salió de las Jambas, la tarde otoñal declinaba aceleradamente.

Las cosas, pensó: los coches y la casa y las menudencias, todo eso para discutir. Ningún matrimonio podía liquidarse antes de hacerlo. Hum. Pensó que Mike, probablemente, haría de todo aquello un problema. Mike era un Capricornio, se apegaba a las cosas, y la sola idea de tener que desprenderse de ellas le costaría siempre largas reflexiones. Rosie, en cambio, por más que en el fondo de su alma pudiera esconder un par de pendientes o una caja de marquetería, siempre prescindía de las cosas: la vida —pensaba a veces— era una carrera de obstáculos, sembrada de cosas que había que saltar, esquivar, perder y dejar atrás. En su carta natal (todavía dentro de su sobre de manila, ahora un poco arrugado, el asiento contiguo), la segunda casa, *Lucrum* («como lucrativo» decía Val, «dinero, posesiones, empleos, esa clase de cosas») estaba vacía de planetas autoritarios.

El sol se puso, dejando en el límpido cielo del poniente una luz crepuscular, lavanda y ocre. En las montañas, por encima de la cadeneta de Rosie, paseaban los venados, cebándose con las manzanas de los antiguos huertos; abajo, en el río, las hojas muertas flotaban derivando hacia el sur, amontonándose como alfombras coloridas en los remolinos y en los remansos y en la playa del pequeño recreo de Spofford. Al caer la noche, una banda de estorninos migratorios, que regresaba a las torres del Butterman, se desplegó como una bandera en el aire, por encima del castillo, que chasqueó, como a merced del viento, antes de que las aves se posaran para descansar.

A la luz de la lámpara, Rosie leía *Un lance de honor*, una historia de bucaneros en las costas del Caribe. Ese personaje, el mago que tomaba fotografías a Shakespeare en *Manzanas mordidas*, el mismo cuya bola de cristal le había mostrado Boney, aparecía aquí prestando mapas a *sir* Francis Drake, confabulando con la reina contra los españoles. Rosie se preguntaba si todos los libros de Kraft serían en realidad secciones de una misma historia, recortadas y ofrecidas individualmente, como un pintor paisajista podría parcelar un gran paisaje en muchos otros, pequeños, y enmarcados uno por uno. Los ingleses derrotaban a los españoles, pero el rey de España, rumiando como una araña en su palacio mágico, planeaba venganza. Rosie lo devolvió (tarde y descolorido por la lluvia, Sam lo había dejado a la intemperie) y eligió otro.

A la larga los leería todos; los leería en la sala de espera de Allan Butterman y en

las salas de espera del juzgado y en el despacho del administrador (los asuntos de su familia en diáspora eran una maraña impenetrable). Los leería de pie en las colas del banco y del registro de vehículos. Se los leería a Sam para hacerla dormir, ya que prefería el murmullo apacible de la voz de su madre, diciendo cosas de adultos, a cualquier historia que ella misma pudiera entender. Los dejaría de lado cuando los párpados le temblaran por cerrarse, a menudo después de medianoche, y los retomaría al despertar, demasiado temprano para levantarse, antes que la señora Pisky, o incluso Sam, estuvieran en pie.

Sin embargo Rosie no era, en verdad, una gran lectora; cuantitativamente, no había leído mucho en su vida; en épocas normales un libro voluminoso, un cuento largo, no ejercían en ella ninguna atracción especial. Sólo en ciertas épocas, como si fuera una antigua fiebre contraída en la infancia y que le recurriera periódicamente, le daba por leer; y cuando le daba, le daba. Era una evasión: eso lo tenía muy claro. A menudo había sabido con exactitud de qué quería escapar, aunque no durante su primer año de casada, el año de John Galsworthy, y no había comprendido en absoluto el primer acceso, en cierto sentido el más grave, el año en que su familia se trasladó al Medio Oeste y Rosie recorrió, sucesiva y confusamente, no sólo las obras completas de Nancy Drew, sino también todo Míster Moto, y la sección Biografías de una biblioteca de barrio; leyendo vidas que no le parecían materialmente distintas de las ficciones, enterándose de hechos que nunca olvidaría del todo ni recordaría con exactitud, acerca de Amelia Earhart, W. C. Handy, Edward Payson Terhune, Pearl Mesta, Woodrow Wilson y una legión de otros. Ese año iba y venía sin cesar, llevando en su vida otra vida, la que estaba dentro de los libros, y la que le tocaba más de cerca. Su existencia estaba dividida en dos: leer y no leer, tan completa y necesariamente como estaba dividida en dormir y estar despierta. Emitir juicios críticos sobre aquello que leía le hubiera parecido tan extraño como emitirlos sobre la vida real. La atrapaba o no la atrapaba; cuando la atrapaba, no sabía decir por qué. Nunca, en su intenso período de lectura de historias de misterio, se le había ocurrido tratar de imaginar qué se proponía el autor, cuál era la solución; en una ocasión pensó, retrospectivamente, que, en realidad, ella no había comprendido inicialmente que esas historias que le gustaban eran de misterio, que cada una tendría una solución; de haber leído alguna que no la tuviera, no se habría sentido necesariamente estafada. Lo que en realidad le gustaba de ellas, pensó, era lo mismo que le había gustado de las biografías: que sólo avanzaban en una dirección.

Había un tipo de novela que no lo hacía, y eso la inquietaba: un tipo de novela que daba la impresión de que había que llegar a la mitad, o a las dos terceras partes, para entonces, empezar a retroceder hacia el principio. Todos los incidentes y personajes que aparecían en la primera mitad, aquellos que creaban la historia, aparecían (algunas veces incluso, en un orden más o menos invertido) para completar la historia, como si la segunda mitad o el último tercio del libro fuesen la imagen especular de la primera, con el final exactamente igual al comienzo, salvo que era un

final, era que no se parecían a la vida; Rosie no sabía si lo hacían o no; pero si lo hacían, entonces acaso también la vida tuviera una mitad espejo y su dirección en un solo sentido era ilusoria; y si Rosie no lo sabía, quizá fuera tan sólo porque ella no había entrado aún en la parte ulterior, en el precipitado tramo de regreso de su propia existencia.

Una vez, cuando eligió una novela en una librería de libros usados, había encontrado, pegada a la solapa, una reseña crítica del libro, ya amarillenta. Al crítico parecía gustarle el libro, pero encontraba la trama un tanto mecánica. Cuando Rosie la leyó, encontró que era una de aquéllas con un tercio final en espejo. De modo que lo que ella había estado percibiendo todo el tiempo (lo advirtió con sorpresa) era eso, *trama*, algo que ella podría haber dicho que tenían las novelas pero no las biografías, sin saber con precisión qué quería decir con esto. Y ahora lo sabía.

Y sin embargo no sabía aún en qué medida las vidas se parecían a las novelas por el hecho de tener tramas, de tener simetrías, de estar divididas en dos partes, el largo camino de ida y el más rápido camino de regreso. Por cierto, había algo mecánico en esta imagen; pero no había manera, todavía, de saber si la vida era o no, en realidad, mecánica y simétrica. Claro que cuando se sentaba con una novela de Kraft en la falda, esperando en oficinas para seguir los trámites de su divorcio de Mike, aquélla no parecía ser una cuestión académica; pensaba que ella muy bien podía estar justo a mitad de camino de su propia historia (si tenía una marca a mitad de camino) y que por lo tanto, lejos de estar zafándose de su marido, tan sólo estaba estableciendo las condiciones de las ulteriores e ineluctables apariciones de él en la historia. Que al fin y al cabo era también su historia.

Kraft no era una gran ayuda. Pese a que el rodar de la Historia siempre avanzaba en sus libros (con ruidos y murmullos casi audibles), del pasado remoto a un pasado más reciente, todo en una misma dirección, las historias que contaba tenían a menudo la estructura especular de una trama. *Manzanas mordidas* tenía esa estructura: en el centro mismo de la historia, el mago o el científico trazaba el diagrama del horóscopo del joven Will y situaba sus planetas, y decía que, a menos que se decidiera a volar hacia las estrellas, no haría carrera en el teatro como actor. Ya partir de ese momento, escena por escena, el libro retrocedía todo su camino con gran precisión. Ella lo adivinó (y dijo oh no, no puede ser, en voz alta, con cómica desesperación, durante el desayuno, de modo que Boney levantó la cabeza para saber por qué protestaba) tan pronto como Simón Hunt, el antiguo maestro de Will en Stratford, que había escapado furtivamente para tomar los hábitos, apareciera una vez más ante Will en Londres.

Ahora era Hunt el que estaba en peligro, el cazador cazado, un jesuita, su cabeza puesta a precio. Will, aunque tentado de delatarlo sólo por un momento bochornoso, salva al aterrorizado sacerdote ocultándolo en un momento crítico, a la vista de la patrulla de Walsingham: en el escenario, haciendo el papel de un monje ridículo en una comedia antipapista, arrastrado por los diablos a las profundidades del infierno.

Buena escena para una película, pensó Rosie.

Y al final Will iba de gira por las provincias y regresaba una vez más a Stratford, a orillas del Avon, se sentía viejo a los diecisiete años, y conocedor del mundo, y creía acabada su carrera de cómico. La última, larga escena con su mortificado padre, tan a la misma distancia del final del libro (hasta casi el mismo número de páginas) como la primera entrevista lo estaba del comienzo. Vuelve a casa, Will. Perdóname; perdóname.

Y sin embargo —Rosie se preguntaba cómo lo lograba— no había en esta perfecta simetría de escenas la opresión que había sentido en otros libros; era, de algún modo, estimulante. Quizá fuera sólo su propio conocimiento, adquirido fuera de estas páginas, de la Historia ulterior, la que ninguno de los personajes del libro podía conocer. Ni John Shakespeare, ni James Burbage (al decir adiós a Will junto al carretón, en la taberna de Stratford, enjugándose apenado una lágrima, pero pensando que por fin se sacaba de encima a ese joven desgarbado) ni el propio Will Shakespeare, volviendo a casa por la calle Mayor del pueblo.

Era hora de sentar cabeza; hora de aprender el oficio de su padre: un oficio honrado, aunque nada apasionante, que podría mantener a un hombre hasta su muerte.

Que podría mantener —Will sintió henchirse su corazón, aunque sus grandes pies sobrios sonaban normales en la calle Mayor— que podría mantener una esposa e hijos. Una esposa de ojos oscuros del pueblo de Stratford.

Y si trabajaba con tesón, algún día podría borrar de la larga memoria del pueblo su aventura en Londres, y ganar para sí el nombre de buen ciudadano, —un crédito para Stratford— incluso, tal vez, el de caballero.

Will llegó hasta la puerta de su padre, la mano en la empuñadura de una imaginaria espada de caballero en su flanco. En la posada, los cómicos de Burbage montaban el escenario para la vieja representación de César apuñalado en el Capitolio.

Oh, de cajón, de cajón, pensó Rosie, casi riendo de gozo; porque al pie de la última página, en grandes mayúsculas, no decía «fin» sino

COMIENZO

Seis

Uno de los corderitos había muerto, como un terrón mojado yacía junto a su madre, que lo horticaba aturdida. Un poco más lejos en el cobertizo, una oveja había muerto al parir: a su lado, un corderito vivo intentaba mamar. Spofford levantó su farol, a cuya lumbre su aliento formó una nubécula, y contó las crías cuidadosamente, tan fatigado que a duras penas podía llevar la cuenta. Los demás estaban bien. En resumen: un corderito muerto, su madre repleta de leche; y un corderito sin madre. Pero la oveja no quería darle de mamar al huérfano; un instinto, un olor, algo le impedía hacerlo. Y el corderito huérfano se moriría de hambre, a menos que Spofford empezara ahora mismo a alimentarlo.

O podía probar un método más antiguo, del que alguien le había hablado, quién, no recordaba quién; le flotaba en la mente la borrosa imagen de un viejo pastor que lo había aprendido de otro s viejo que él, y así, hacia atrás, a través de los años. Bueno, muy bien.

Abrió su cortaplumas, y, trabajando con rapidez, casi automáticamente, como si ya lo hubiera hecho antes muchas veces, desolló por completo al corderito muerto, arrancándole la piel húmeda y fina. Cuando la tuvo en su mano, levantó al huérfano, y después de envolverlo en el triste harapo de la piel de su primo, lo depositó junto a la madre del corderito muerto.

La madre lo examinó hasta donde pudo; lo horticó y creyó que era el suyo. Ante la insistencia del corderito disfrazado, lo dejó mamar: que viva.

Mira por dónde, se maravilló Spofford, ensangrentado, hasta los puños de su chaqueta, de piel de oveja.

Mira tú...

—... por dónde —dijo en voz alta, despertándose.

No era una noche de febrero, tiempo de parición, sino una mañana de diciembre. Había nevado durante la noche, la primera nevada del año; un blanco resplandor llenaba el almiar de su cabaña, de modo que supo, sin necesidad de levantar la cabeza, que había nevado.

Caray (pensó, estirándose) algunos, a veces, parecen tan reales. Tan reales.

Se incorporó y se rascó la cabeza con las dos manos. Su chaqueta de piel de oveja colgaba limpia del perchero. Se rió a carcajadas, era un buen truco, el del corderito. Se preguntó si resultaría. Jamás, hasta donde podía recordar, lo había oído mencionar, aunque de niño había alimentado de su mano a un corderito huérfano. Por cierto que el viejo pastor a quien, en el sueño, recordara explicándoselo (mejillas como manzanas, pipa como un muñón, y pelo como lana de oveja) no era nadie que él conociera en la vida cotidiana, una pura ficción.

Mientras desayunaba decidió que preguntaría a algunos criadores de ovejas de la región si ese truco podría surtir efecto. Si se trataba de un truco viejo y conocido.

¿Y si lo fuera?

Mientras se lavaba, tomó una segunda decisión. Éste parecía ser un día cargado de significados: ese sueño, esa luminosidad de la nieve y ciertos abismos suyos que parecían, sólo por hoy, abiertos y explorables. De modo que una vez terminadas sus tareas iría al Albergue a visitar a Val, algo que quería hacer desde hacía tiempo: mientras se escarbaba los dientes con una espina de trucha que guardaba a tal fin, bosquejó mentalmente qué preguntas le haría: qué consejos necesitaba y sobre qué asuntos.

El Albergue Lejanas, de Val, en Las Ánimas, cerraba durante el invierno. Val siempre describía este cierre como si fuera ella misma quien se cerraba durante tres meses; «Estaré cerrada el día de Acción de Gracias», decía, «estaré cerrada hasta la Pascua». Y en cierto sentido, también Val *estaba* cerrada. Tan pronto como una nevada de cierta envergadura empezaba a caer, ella dejaba de conducir; su escarabajo (en el que la corpulenta Val cabía a duras penas, como un gran payaso en un coche diminuto en el circo) se convertía en un informe montículo blanco sobre el camino de entrada, y sólo cuando había perdido su disfraz de muñeco de nieve en primavera, ella volvía a ponerlo en marcha; mientras tanto, ella (y su vieja madre, que también vivía en el Albergue) dependían del teléfono, de la buena voluntad de quienes pasaran por su camino, y de cierto talento para la hibernación, una habilidad para vivir de los placeres, ocupaciones, chismes y noticias del verano como de una reserva de gordura acumulada. Hasta su reserva de gordura física parecía encogerse un tanto, a medida que los días se alargaban rumbo al equinoccio.

El Albergue es una construcción de madera blanca, de dos pisos, a la vera del río Sombra, casi inhallable entre dos caminos de tierra, su letrero y sus accesorios absolutamente idénticos desde hace treinta años. Lo que Spofford se había preguntado muchas veces, sin que nunca encontrara una forma discreta de averiguarlo, era cuándo el Albergue había dejado de ser un prostíbulo. Que lo había sido en tiempos no demasiado lejanos, lo había deducido de varias insinuaciones de gente del lugar, de la disposición general de la casa (el bar y el restaurante al frente comunicados con la salita del apartamento de atrás, y varios cuartos pequeños ahora desocupados en el piso de arriba y un ala a la sombra de los pinos); y además del carácter de la madre de Val, Nanna, y a quien, ahora retirada y funcionando principalmente (según Val) como la cruz que ella debía soportar, Spofford podía imaginar fácilmente como una madama de campaña: aunque nunca hubiera conocido (no u esta campaña) una madama de campaña. Hoy en día era proclive a ciertas comunicaciones especiales con Dios y a contar grandes Patrañas acerca de su pasado que hacían que Val refunfuñase y le hablara con rudeza. Nunca habían vivido separadas.

—Mañana estará derretida —dijo Spofford—. Pero de todos modos he traído estas cositas. Ponías en la despensa. —Había provisiones, golosinas, y el cartón de Kent que ella le había pedido, y una bolsa de cuerda llena de naranjas.

—¿Han limpiado algún camino? —dijo Val. Tenía una muy vaga idea de las

realidades del invierno, pero le encantaba hablar de él—. ¿No? ¿Y te has venido hasta aquí con todo esto? Oh Dios, qué bruto tan valiente.

Spofford se echó a reír.

—No hay nieve suficiente ni para llenar las estrías de las cubiertas, Val.

Ella le sonrió, adivinando la intención de este gesto de modestia, y mostró las cosas a su madre.

—Mira, ma, ¿qué te parece?

—Es un buen muchacho —dijo la madre, que estaba junto a ella en la cama—. Dios le concederá algo muy especial.

—Haz que Dios haga eso —dijo Val—, haz que Dios le dé una cita.

—No te burles.

Las dos compartían la cama de Val delante del gran televisor, que estaba en funcionamiento, mostrando un culebrón que Val seguía; ella y su madre, envueltas en una manta que las protegía del frío, con las almohadas amontonadas detrás de ellas, y una cafetera a mano, no estaban todavía exactamente en cama, ni tampoco exactamente levantadas. Eran dormilonas y remolonas. Sobre la cama, con la *Guía TV* y *El Pregón de las Lejanas* y algunas revistas de chismes, había una bandeja de comida para perros, y un perro, un pequeño pequinés con la melena y la expresión coqueta del chico del dibujo animado del cual llevaba el nombre. Le ladró y le jadeó a Spofford.

—Bueno, como sea —dijo Val, soltando su risa grave y contagiosa. Tenía una forma de reírse así, de nada, periódicamente, como si siempre se estuviera celebrando una fiesta en torno de ella—. *Tu carta ¿no? Has venido por tu carta.*

—Algo así —dijo Spofford.

—No está terminada. —Bueno.

—Está casi hecha ¿quieres verla? ¡*Denis!* ¡Saca tu pata del plato! Oh, caramba, mira lo que ha hecho. —Alzó el perro plumero, y se envolvió en su amplia bata de felpilla; se levantó, se colgó un cigarrillo en la comisura de la boca, guiñando los ojos para protegerse del humo—. Ven a ver.

En la salita donde Val trabajaba había, en un rincón, una mesita de juego, con una lámpara al lado. Sostenidos por dos gordos budas de esteatita, se hallaban sus efemérides, sus tablas, sus guías. Un jarro con lápices de colores, una regla de plástico rojo, un compás y un transportador daban la impresión de una escolar que hacía sus deberes, pero Val no estaba jugando. En las *Lejanas*, se la respetaba; se ganaba la vida, principalmente, haciendo horóscopos; había quienes no tomaban una sola decisión sin consultarla. Ella aseguraba que eran tantos los que buscaban ayuda aquí como en cualquier iglesia del condado, y le confesaban sus temores y hasta lloraban en su pecho voluminoso. Depositó a *Denis* en el suelo, quien se sacudió minuciosamente desde la cabeza hasta la cola rabona; sacó de debajo de una calculadora la carta de Spofford y varias hojas de papel repletas de cifras.

—Las mates me matan —dijo—. Me matan. —Se sentó a estudiar lo que tenía

hecho, invitó a Spofford con un gesto, a que también se sentara en la silla de arce enfundada en *chintz*, y se acercó un cenicero.

Val sabía muy bien que había mil maneras de hacer lo que ella había hecho, y una infinidad de otros cálculos posibles si uno tenía la paciencia y la habilidad necesarias; pero ella no los consideraba útiles. Ella trabajaba con números sólo hasta que empezaba a vislumbrar una carta natal, con el ojo o el sentido interno, que eran su punto fuerte. Y cuando ese enganche se producía, su matemática empezaba a dar frutos, los planetas en sus respectivas casas empezaban a cobrar sentido, a enfrentarse o volverse la espalda, exaltados, dignificados, abatidos o confundidos; el pequeño universo de papel empezaba a hacer tic tac y Val podía entonces comenzar a trabajar.

Esa etapa se llamaba «rectificación de la carta». La razón de tal rectificación era evidente para Val: si cada uno de los bebés que nacieran a una misma hora en todos los hospitales de una misma ciudad, y por lo tanto todos, bajo influencias astrales idénticas, tuvieran destinos y fortunas sutil o radicalmente distintos uno de otro, (y así sería seguramente), entonces cada alma sobre la tierra era sutil y radicalmente diferente de todas las demás, y esa diferencia no podía ser aprehendida en la mera ubicación precisa de los símbolos planetarios en un esquema de casas. Y en todo caso, hasta donde Val podía saberlo, siempre existía la posibilidad de ser más preciso, y cada paso hacia la exactitud podía alterarlo todo, los planetas de una persona podían deslizarse de un signo a otro o de una casa a otra, las oposiciones podían anularse, los cuadrados convertirse en romboides sin sentido.

No, lo que siempre importaba más que la exactitud, más que las matemáticas, era la *intuición*: la creciente certeza de estar en buen camino, de que tenía sentido. Fíjate en esto: Mercurio en conjunción con Saturno en la séptima casa, *por supuesto*, y tu madre debe de haber tenido la luna en Géminis, *claro* que la tenía. Cuando las doce casas aparecían ante el ojo interno de Val, no como tajadas de un pastel abstracto sino como *casas* y no las casas de cualquiera sino las casas de esta alma, casas que, ruinosas o de mármol pulido o sombrías y almenadas, no podían ser las de ningún otro, entonces, y sólo entonces, ella empezaba a hablar.

—Las casas —le dijo a Spofford—. Hay doce casas en un horóscopo y los planetas están alojados en ellas. Doce compartimientos de la vida, doce clases distintas de cosas que tiene la vida. Esas son las casas; y siete clases de presiones o fuerzas o influencias sobre esas cosas, éstos son los planetas. ¿Te das cuenta? Ahora, según cuándo y dónde has nacido y qué estrellas asomaban por encima del horizonte en ese preciso instante, ordenamos estas casas de uno a doce, a partir de aquí, donde tú naces, en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Hum —dijo Spofford.

—La cosa es —dijo Val— que esta carta está hecha de tiempo, y también lo están las casas; y tenemos que situarlas en el espacio.

»Las tres primeras casas desde aquí hasta aquí, son el primer cuadrante: el primer cuarto ¿ves?, porque en doce hay cuatro veces tres ¿de acuerdo? El primer cuadrante

es amanecer. Y primavera. Y nacimiento ¿entendido? —Tomó otro cigarrillo del arrugado paquete y lo encendió—. Muy bien, la primera casa es la llamada *Vita*: es en latín, pedazo de burro, seguro que no lo sabías. *Vita*: Vida. La Casa de la Vida. El pequeño Spofford nace e inicia su viaje.

Siguió hablando mientras señalaba a Spofford dónde estaban situados los planetas, en qué casas, y si estaban a gusto en ellas o incluso exaltados o lo contrario y qué podía presagiar todo ello para el destino de Spofford y su felicidad y su Crecimiento. Él escuchaba divertido, intrigado y satisfecho de ver articulada de esa manera, por partes, su incipiente persona, dispuesta en una geometría nítida; el color tostado general de su alma (como él la percibía habitualmente) diversificado por el prisma de su carta natal en un aspecto de tonalidades claras, algunas franjas anchas, otras estrechas.

—¿Qué es esto? —preguntó; una línea que partía de Saturno en su casa doce, *Carcer*, la Cárcel, y llegaba hasta Venus en la sexta casa, opuesta.

—Oposición —dijo Val—. Desafío. Saturno en la casa doce puede significar aislamiento. Autodisciplina. Soledad, el eremita melancólico. Esas cosas. Uh uh. Opuesta a Venus en *Valetudo*, la casa sexta que, es como quien dice, una casa del Servicio; Venus, en esta casa, insufla armonía en la vida de la gente. Algunas veces intercediendo, aceptando tu óbolo y sacándote del brete. ¿Entendido?

Spofford observó un momento esa lucha.

—Y ¿quién gana?

—Vaya a saber. Ése es el desafío. —Con un movimiento de la mano, dispersó el humo—. *Pero*. Hay un pero. Mira: aquí está Marte, justo en la casa de al lado, la Séptima, que es *Uxor*, la Esposa; y el viejo Marte está en trígono con Saturno; y cuando dos planetas en oposición tienen un tercer planeta que está en sextil con uno y en trígono con el otro, hay lo que se llama una Oposición Simple. Simple porque, por intensa que sea la oposición, está equilibrada por el gran peso del tercer planeta.

»¡Marte en *Uxor*! Tal vez signifique un romance, iniciado en un impulso, del que nunca saldrás. Uno de éstos con muchos gritos ¿sabes? O podríais resultar una pareja sólida en un matrimonio, amigos de por vida.

»Eso depende de ti.

Habiendo concluido con lo que hasta el momento sabía, Val cruzó las manos sobre la mesa.

—Bueno —dijo Spofford.

—Bueno.

—En principio —dijo él, bajándose la gorra—, lo que yo esperaba averiguar era algo acerca del futuro.

—¿Ah sí?

—Acerca de cierta mujer. Mis posibilidades. Cómo aparecen aquí.

—¿Qué cierta mujer? Eh, tómalo con calma. No quiero saber su nombre. Astrológicamente. ¿De qué signo es?

—Nunca lo recuerdo. Creo que de Piscis.

—Piscis y Aries no combinan demasiado bien —dijo Val—, pero hay tantos factores...

—¿No demasiado bien?

—Fuego y agua —dijo Val—. Recuérdalo. Y Aries es el signo más joven. Y Piscis el más viejo.

Spofford miró un rato la carta que Val había vuelto hacia él; le pareció poder encontrar en ella, en todo caso, todo cuanto por el momento necesitaba saber. Saturno, su tendencia a la melancolía, su casa pequeña; una piedra gris, de tristeza, como la triste piedra gris que tan a menudo creía sentir en su pecho. Soledad.

Pero Venus, la de la dulce sonrisa en la casa opuesta a Saturno... Un alma vieja, le había dicho Rosie alguna vez, una alegre alma vieja, y un viejo, viejísimo signo de agua. Él ya había intercedido: y además lucharía por ella, si es que la lucha podía servir de algo. Y Marte, refulgente, su propio planeta, alojado en la casa de tomar Esposa (el curtido dedo índice de Spofford tocó el signo O—>). ¿Y acaso él, Spofford, no había sido también un guerrero? Tal vez podría obtener alguna ayuda de allí, llegado el caso. Como del Programa GI.

Sigue brillando, pensó. Sigue brillando.

—No pinta mal —dijo, levantándose—. Pinta bien.

Cuando Spofford se hubo marchado, Val permaneció sentada un rato con las manos cruzadas sobre la mesa, luego con la barbilla en el hueco de una palma y, por último, enlazó las manos detrás de su cabeza.

A Rosie Mucho le convendría andarse con cuidado, pensó. Este tío la tiene entre ceja y ceja. Y además tiene una luna en Tauro, una voluntad de hierro. Rosie haría mejor en prepararse para eso.

Se dio vuelta en su silla.

Detrás de ella, en la estantería de los libros, había unos cuantos volúmenes antiguos, de tapas anaranjadas, lomos moteados en blanco y negro, pequeños ganchos de metal para cerrarlos y lengüetas de cuero a los costados para tirar de ellos. Eligió uno, lo abrió, y después de una breve búsqueda entre su contenido, extrajo el cuadrante de una carta dividida en doce gajos, como esa otra inconclusa, que le había explicado a Spofford, sólo que totalmente distinta, con distintos domicilios alojando diferentes huéspedes, dispuestos de distintas maneras. La colocó al lado de la de Spofford, y apoyando la frente en una mano y tamborileando sobre la mesa con los dedos de la otra, las estudió en conjunto.

Piscis: Amor y Muerte. Eso era lo que Val pensaba del signo. Chopin era un Piscis. Sólo que aquí había un ascendente de sentido común, Tauro con Venus en la casa de la Vida.

En fin, ella era una buena chica, y tal vez una sobreviviente, pero un poco loca, más loca de lo que ella suponía, probablemente. Luna en Escorpio: Escorpio es Sexo

y Muerte. Haría mejor en andarse con cuidado.

La nieve continuó espesándose durante ese día y su noche; los grandes quitanieves salieron al amanecer, navegando, fantasmales, detrás de sus faros resplandecientes, las cuchillas arrojando a cada lado largas estelas de nieve. Al día siguiente, cuando el sol brilló al fin, el mundo estaba perfectamente envuelto en ella; las ovejas de Spofford no eran tan redondas, ni tan blancas, ni tan suaves como las colinas y los bosques que podían verse desde las ventanas de la cocina de Arcadia, donde Rosie esperaba.

—Pst —dijo el alto radiador.

—Pst —dijo Sam, mitad dentro y mitad fuera de su traje para la nieve, pero tan lista para salir, que Rosie sólo tendría que levantarle la mitad superior y llevarla hasta la puerta. Las mangas y la capucha del traje colgaban de Sam como un pellejo que estuviera cambiando.

—Psst —dijo el radiador.

—Pssst —dijo Sam, y se rió.

—Aquí llega —dijo Rosie, agradecida—. Puntualmente.

—Quiero ver.

Rosie la alzó para que pudiera ver el pequeño coche rojo que entraba por el portón, coleando un poco en los restos de nieve que las máquinas habían dejado amontonados a la entrada del camino.

—Espero que andarán con prudencia —dijo Rosie a Sam, levantando la mitad siamesa del traje, y arropándola dentro de él.

—Está refalosa.

—Sí.

—Papi sabe conducir.

—¿Sí? ¿De veras?

—¿Por qué no vienes tú también?

—Esta mañana no. Te veré más tarde.

Rosie empujó a Sam a través de la casa hasta el vestíbulo y abrió la pesada puerta del frente. En el camino de entrada estaba detenido el coche rojo, temblando como de frío, y exhalando aliento blanco por el tubo de escape. Mike avanzaba hacia la casa pisando con cautela, las enguantadas manos extendidas para mantener el equilibrio.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal? Hola, Sam. Upa. —Levantó el bulto envuelto de su hija y la estrujó; Rosie, abrazándose con frío en el umbral, esperó que acabaran de hablar. Sam tenía novedades. Mike escuchaba.

—Bueno, ¿y qué hay para hoy? —dijo Rosie, al cabo—, ¿cuál es el programa?

—No sé —dijo Mike, mirando no a Rosie sino a Sam, cuyos dedos jugaban con su mostacho—. Tal vez hagamos un muñeco de nieve, ¿eh? O un castillo.

—¡Bueno! —dijo Sam, retorciéndose para bajar—. ¡O un *auto de* nieve! O un hospital de nieve.

—De acuerdo, sí, pero no a uf —dijo Mike. La dejó en el suelo—. Iremos a casa y haremos uno.

—Ojo —le dijo Rosie a Mike.

—Está bien.

Le entregó a Mike un bolso. Manta, biberón para más tarde.

—No le des leche cuando haga la siesta. Órdenes del dentista, libro. Cosas.

—De acuerdo —dijo Mike—. ¿Lista?

Sam, de pie entre ellos, miraba alternativamente a uno y a otro, novata aún en esta elección.

—Adiós, Sam. Hasta luego.

—Vamos, Sam. Mami tiene frío allí en el umbral. Dejémosla entrar.

Viendo que Sam no se decidía a seguirlo, Mike, al fin, con un vibrante ¡úpala! la alzó de nuevo en vilo, y mientras la transportaba como un pirata, trastabilló y estuvo a un tris de caer de bruces en el sendero nevado. El coche refunfuñó. Mike trepó al asiento de conductor, empujando a Sam delante de él. Deben de estar un tanto apretujados allí, pensó Rosie, pero sabía que a Sam le gustaba ese coche. Rosie saludó con la mano, adiós, adiooós. Sonrió. Volvió a saludar con la mano, esta vez al coche, el saludo de un adulto, sin rencores. Entró en la casa y cerró la puerta. La última bocanada de aire invernal aprisionado, se coló por el vestíbulo.

Boney estaba en el otro extremo del corredor con las manos detrás de la espalda.

—No está del todo mal —dijo Rosie—. Es algo así como tener una buena niñera. Gratis. —No había descruzado los brazos, todavía la abrigaban—. Antes, él nunca pasaba tanto tiempo con ella. Nunca se había empeñado tanto en darle los gustos.

Boney asintió con lentitud, como si meditara sobre lo que ella decía. Llevaba puesto un viejísimo y muy estirado suéter con cuello de tortuga del que emergía su descarnado cuello.

—¿Tienes algún plan para esta mañana? —preguntó.

—No.

—Bueno —dijo él reflexionando—. Me gustaría tener tu opinión acerca de algo. Conversarlo contigo.

—Claro, claro.

—¿Qué has dicho?

—Dije claro —dijo Rosie, liberándose de su propio abrazo y acercándose a Boney. Para no tener necesidad de gritar—. Claro. ¿De qué se trata?

—Si estás segura de no tener nada que hacer... —dijo Boney, observándola con atención.

—No tengo ninguna otra cosa —dijo Rosie, sonriendo, tomando el brazo que él le ofrecía y oprimiéndolo con suavidad—. Tú sabes que no.

—Bueno —dijo él—. Entonces ésta puede ser una buena oportunidad. Vamos a mi estudio.

Cada vez, cada vez que Mike salía con Sam, Rosie sentía esta nube de culpa y de

pérdida tan absurda e inútil, una nube bajo la cual se negaba a estar y de la que, sin embargo, no podía librarse —era como aquel sueño que solía tener, una y otra vez, durante los primeros meses de vida de Sam, y en el que alguien con derecho a juzgar decretaba que Sam no era suya, o que Rosie no era competente para educarla y tendría que renunciar a ella; la misma sensación de pérdida y culpa, la horrible negación de su adultez y al mismo tiempo esa sensación de ser una vez más, libre y sola como una niña—, un sentimiento furtivo de la posibilidad de ser libre y estar sola, que no sustituía a Sam pero que, de todos modos, existía. O esta nube provenía de aquel sueño, o bien los dos, la nube y el sueño, tenían el mismo origen. ¿Y cuál era? Culpa. La culpa de no querer crecer, podía ser eso; la culpa de no querer, en su secreto corazón de niña, ser doble o triple, sino sólo y para siempre única, y la pérdida, además, la pérdida de todo cuanto es caro para ti, de todo lo que has ganado al crecer.

Todo, todo lo que es caro para ti, excepto tú misma.

—Bueno, aquí estamos —dijo Boney, abriendo la estrecha puerta doble e invitándola a entrar.

Rosie no había estado nunca en lo que llamaban el estudio, aunque de Boney se decía a menudo, cuando ella era pequeña, que estaba ocupado allí, que no se lo molestara; ella solía imaginárselo encerrado y cavilando como un mago oscuro, pero ahora, escuchando nuevamente en la memoria esas recomendaciones, suponía que probablemente Boney estaba durmiendo allí la siesta.

Y de hecho había, en un rincón, una chaise-longue de cuero capitoneado con una manta afgana encima, que parecía bastante confortable.

—El estudio —dijo Boney.

Había sido en un tiempo, y era aún, principalmente una biblioteca; elegantes anaqueles de una madera clara se elevaban todo alrededor de la habitación hasta un cielorraso artesonado, incluso entre las altas y profundas ventanas que daban al jardín; y estaban todos llenos, aunque no sólo de libros, había también carpetas y lo que parecían ser cajas de zapatos y pilas de viejos periódicos y revistas.

—Mike viene una vez por semana ¿no es así? —preguntó Boney retirando de una silla giratoria de cuero una pila de correspondencia.

—Sí. —Ella creyó vislumbrar hacia dónde quizás apuntaba él—. Bueno, esto es sólo transitorio. En realidad, en realidad, tú sabes, no tengo intenciones de quedarme aquí incordiando el resto de tu vida. Es sólo hasta...

¿Hasta qué?

—No me interpretes mal —dijo Boney, después de despejar laboriosamente una silla, y sentarse en ella—. Eres más que bienvenida. Sólo estaba preguntándome, si es que estás bien segura de no querer volver con Mike, ¿cómo te vas a arreglar con el dinero? Rosie se sentó en la chaise-longue.

—La escuelita —dijo Boney—. Eso nunca fue una cosa segura. —No.

—Lo que yo iba a sugerirte... Bueno, empecemos por el principio. —Se reclinó

en la silla, que rechinó, tan vieja y tan necesitada, de engrase como Boney mismo—. No sé qué es lo que sabes de la Fundación Rasmussen.

—Bueno, sé que existe. En realidad no sé cómo funciona.

—Es precisamente el dinero de la familia, lo que quedó de él, que fue invertido en una corporación sin fines de lucro, y utilizado para sostener obras que merezcan ayuda. Cosas en las que mi hermano o yo estábamos interesados o que la comunidad necesitaba. —Sonrió su sonrisa marfileña y señaló con un gesto un trío de cajoneras de acero, incongruentes con el artesonado de madera—. Ésta es nuestra ocupación hoy en día ¿sabes? —dijo—. Dar dinero en vez de ganarlo.

—¿A quién lo dais? —dijo Rosie, preguntándose por un instante si se propondría ofrecerle una subvención, y de qué modo la justificaría.

—Oh, la gente pide —dijo Boney—. Te sorprenderían las solicitudes que recibimos. La mayor parte va a la misma gente año tras año, subvenciones renovadas: la Biblioteca de Jambas de Blackbury, la reserva de vida salvaje, el Hogar de Ancianos. Los Leños.

Alzó los ojos y la miró, las arrugas trepándose por su calva moteada.

—Hay una comisión directiva —prosiguió—, que se reúne una vez por año y aprueba las subvenciones. Pero soy yo quien les manda las solicitudes. Casi siempre aprueban lo que les envío, si están presentadas en regla, y esas cosas.

—No estarás por darme una a mí, supongo —dijo Rosie, riendo—. Por ser una buena chica y una ayuda para la comunidad.

—Bueno, no —dijo Boney—. No había pensado en eso exactamente. A lo que iba es a que en los últimos dos años no han llegado solicitudes a la comisión directiva. —Enlazó lentamente las manos—. Y hay otros asuntos que no han sido tratados y que deberían serlo.

—¿Necesitas ayuda? Si necesitas ayuda...

—Yo iba a ofrecerte un empleo.

Boney, detrás de su gran escritorio, las manos cruzadas sobre el gazo, la cabeza casi debajo de los hombros, era una sombra oscura a contraluz de los altos ventanales y la nieve. Por primera vez, Rosie tuvo la clara certeza de que Boney se iba a morir, y pronto.

—Yo podría ayudar —dijo—. Sólo por casa y comida. Claro que lo haría, y estaría encantada de hacerlo. —Un nudo empezaba a formarse en su garganta.

—No, no —dijo Boney—. Hay demasiado trabajo; un empleo de horario completo. Piénsalo.

Rosie ensartó sus manos frías entre las rodillas. No había, por supuesto, nada que pensar.

—Espero que no te ofendas —dijo Boney, con dulzura—. Trabajar por un salario para la familia. Yo lo hago, Rosie. Es, como quien dice, todo lo que queda.

Ahora las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Claro que me ofendo —dijo—. Claro que sí. Oye, escucha ¿no hace aquí un

frío mortal? ¿Enciendes alguna vez esa chimenea?

Estaba revestida de serpentina verde y un enrejado en forma de pavo real. Había una cesta de bronce llena de leña menuda y troncos, y un juego de atizadores de metal, y una caja de fósforos largos.

—No, nunca la enciendo —dijo Boney, levantándose con gran esfuerzo y yendo a examinar la chimenea como si en ese momento hubiera aparecido en la pared—. A la señora Pisky no le gusta verla encendida. Chispas sobre la alfombra. Humo en los cortinados.

Rosie se había arrodillado delante de la chimenea y había apartado el pavo real. Abrió el tiraje.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Está bien —dijo Boney, dubitativo—. Si tú cargas con la culpa.

—Desde luego —dijo Rosie—, ¿tienes un poco de papel?

Boney volvió a su escritorio y luego de examinar brevemente la correspondencia, le tendió la mayor parte.

—Hay una cosa —dijo— ahora que lo estás pensando que se me ocurrió podía interesarte. ¿Recuerdas que te dije que Sandy Kraft trabajó en un tiempo para la Fundación?

—Sí, creo que me lo dijiste. ¿Qué era lo que hacía?

—Oh, investigar. Varias cosas, en los viejos tiempos.

—Uh, uhú —dijo Rosie.

—En fin. Lo cierto es que ahora sus derechos de autor pertenecen a la Fundación. Y de vez en cuando cobramos alguna regalía. Los derechos de reedición. Y yo pensé, puesto que tú parecías tan interesada en ellos...

—Uhú. —Con uno de los fósforos largos encendió las cartas y leña menuda y los troncos. La chimenea tiraba de maravillas—. Entiendo.

—Y hay más —dijo Boney—. Más que eso. —Se frotó el brillo ceroso de la calva—. Su casa —dijo—. Ahora pertenece a la Fundación, y nadie ha estado allí desde que él murió. Ver qué hay allí. —Rosie no podía distinguir sus ojos detrás de las llamas reflejadas en sus gafas azules—. Yo no puedo hacerlo.

—Uh, uhú.

—Bueno —dijo él—. Piénsalo, por qué no tú. Y si te parece...

—Boney —dijo ella—. Claro que sí.

—Bueno, tendremos que conversar sobre horarios, y sueldos, y...

—Claro, seguro —dijo Rosie—. Quiero decir que sí, que lo haremos, desde luego. Pero cuenta conmigo.

Le sonrió como para tranquilizarlo.

—Hum —dijo Boney, observándola; arrodillada allí delante de la chimenea: complacido, o quizás un poco desconcertado por lo súbito de su decisión—. Bueno, de acuerdo. —Metió las manos en los bolsillos—. Bien.

Fue hacia una de las estanterías, la que se hallaba a espaldas de Rosie. Ella había

empezado a descubrir, en la habitación, cosas en las que no había reparado antes. Las cajoneras de acero daban la impresión de estar un tanto repletas, apenas capaces de contener lo que contenían. Había varias cajas de cartón en los rincones, desbordantes de papeles viejos o tal vez de correspondencia sin contestar, solicitudes olvidadas.

Los Leños. Hum. Mike había insinuado que Los Leños tenía ciertas dificultades financieras. Era estimulante pensar que ella podía tener en ese aspecto algún poder, aunque sólo fuera el de activar su solución. O de demorarla.

—Éste —dijo Boney, volviendo con un libro que había sacado del anaquel—, éste podría interesarte.

Se titulaba *Ten paciencia, tiistezay* su autor era Fellowes Kraft.

—Una edición limitada —dijo Boney—. Un libro de memorias. Sólo unos doscientos ejemplares impresos por una pequeña editorial. Podrías enterarte de algunas cosas.

—Bueno —dijo Rosie—. Hum. —Había unas cuantas fotografías embutidas en el libro. Los bordes picoteados del grueso papel en que estaba impreso estaban desmenuzándose en esquirlas diminutas. Rosie lo abrió y echó una ojeada a una página.

Algunas veces me preguntan cómo puede alguien tener por la mano todos los pormenores, no tan sólo de un hecho histórico, sino también de la vestimenta y las comidas y las costumbres y la arquitectura y el comercio, que se requieren para que una novela histórica resulte convincente. Bien, supongo que es posible recurrir a distintas clases de cuadernos de notas y de *aides-memoive*; pero, en mi caso, aunque no poseo un cerebro particularmente prodigioso, llevo dentro cuanto necesito, porque durante todos estos años he practicado un sistema mnemónico que permite retener un número casi ilimitado de hechos de una manera ordenada, y que a ojos de muchas personas puede, en verdad, resultar muy curioso.

—Ahora hace demasiado frío —dijo Boney, y Rosie tardó un momento en comprender que seguía hablando de la casa de Fellowes Kraft—. Ahora hace demasiado frío, sin calefacción ni electricidad. Pero en la primavera...

—Seguro —dijo Rosie. ¿Cuál era esa expresión que usaba en *Manzanas mordidas* para referirse a la vieja reina? Con su absurdo maquillaje blanco y la peluca roja y las alhajas y sortijas... Un monstruo fabuloso. Eso es lo que es Boney, pensó mientras lo observaba calentándose las viejas garras junto al fuego que ella había encendido. Un monstruo fabuloso.

—En primavera —repitió Boney como si de pronto se hubiera dormido a medias—. En primavera. Tú irás allí y verás.

—Cada uno de los doce signos —le dijo Val a Beau Brachman, incómodamente acuclillada en el suelo del apartamento de Beau, y muriéndose por un cigarrillo—, cada uno de los doce signos puede, como quien dice, ser resumido o reducido a una sola palabra.

—¿Una palabra? —preguntó Beau, con la mano en la mejilla y sonriendo.

—Bueno, un verbo, quiero decir. En primera persona. Como «yo hago» o «yo puedo». Cada signo tiene el suyo, que de algún modo lo resume.

—Uhú —dijo Beau— cómo...

—«Cómo» es lo que te estoy por decir... dijo Val.

Había sido Rosie quien llevara a Val a las Jambas, en ese fangoso día de enero, para que hiciera sus visitas mientras ella arregla algunos asuntos con Allan Butterman, los suyos propios y los de Boney; más tarde ella y Val irían juntas al Volcano en Cascadia, a comer tapas de mariscos de los mares del Sur y beber Mai Tais en el saloncito con cortinas de abalorios, mientras Rosie ponía a Val al tanto de sus dificultades y sus triunfos.

—Aries —dijo—. El primer signo. Aries dice: *yo soy*. El primer signo, el más joven de todos. Luego Tauro. Tauro dice: *yo quiero*. Deseos materiales, ¿ves?, importantísimos para Tauro. ¿Te das cuenta? Géminis. Géminis dice... —Miró de pronto a Beau, de soslayo, y levantó un dedo admonitor—. No estás *escuchando* —canturreó.

—Te escucho, Val, te escucho.

—Yo sé que piensas que todo esto es pura paparruchada.

—No, lo que yo pienso...

—Lo que tú piensas es que todo esto es una gran cárcel. Eso es lo que le dijiste a mamá.

—Sé que es una gran cárcel. Destinos. Astros. Signos. Casas. Palabritas y verbos. Todo lo que tú estás diciendo, Val, con todo ese palabrerío, es así como estás amarrado. Pero uno no está amarrado. Hay una palabra para todas esas cosas con las que tú trabajas: *Heimarmene*. Una palabra griega. Significa hado, o destino, pero también significa prisión. No se trata tan sólo de comprender en qué punto estás, cuál es tu signo y tu destino a cada momento, sino de abrirte paso a través de él. Abrirte paso, dejar atrás las esferas que te aprisionan. —Se había exaltado lo bastante como para renunciar a su habitual posición de Buda y ponerse de pie—. Yo llevo en mí esos doce signos, Val, *todos*. Todos esos verbos. Todos esos planetas, siete u ocho o nueve. Todos son míos. Si quiero ser un Tauro, lo seré; o un Leo o un Escorpio. No necesito recorrer los doce, a lo largo de vidas interminables. Eso es lo que *ellos* quieren. —Hizo un gesto, señalando hacia arriba—. Pero no es así.

—¿Ellos? —preguntó Val.

Siempre sonriendo, Beau se llevó lentamente el índice a los labios. Silencio.

—Estás loco —dijo Val, extasiada. Se echó a reír—. Loco de atar.

—Oh, escucha —dijo Beau, asaltado de pronto por una idea—. ¿Por casualidad, no irás al banco hoy? El de la calle de los Puentes. ¿No es ése el tuyo? ¿No podrías hacer un depósito para nosotros? tenemos todos estos cheques de enero que acabamos de...

—Capricornio —dijo Val apuntándolo con un dedo—. *Yo tengo*.

Unos pasos pesados resonaron en la escalera exterior, y alguien intentó abrir la puerta. Beau y Val prestaron oídos intrigados, en tanto ese alguien trataba de introducir una llave, sin conseguirlo; lanzó una maldición; espió a través de la diminuta y empañada mirilla haciéndose pantalla con la mano.

—Adelante —dijo Beau, al cabo—. No está cerrada.

Unos tanteos más, y un hombre corpulento, con un largo abrigo jaspeado, apareció en el felpudo de la entrada, mojado y confundido, mirando alternativamente a uno y otro.

Había algo en él, pensó Val, que hacía pensar en un Gary Merrill inconcluso. No estaba mal. Un Sagitario, decidió casi instantáneamente. Un Sagitario, sin ninguna duda.

—Perdón —dijo el intruso—. Creí que estaba vacío. Me dijeron que estaba vacío.

—No —dijo Beau.

—¿Es éste el que está en alquiler?

—¿El apartamento? No. —Lo señaló con una mano—. Es mío.

—¿No es Arce 21?

—No, ésta es la acera par. Éste es el 18. El 21 está justo enfrente.

—Oh, perdón. Mil perdones.

Beau y él se miraron por un momento, intrigados, tratando cada uno de recordar dónde y cuándo había conocido al otro, sin conseguirlo. Luego Pierce Moffett dio media vuelta y se marchó.

—Un Sagi —dijo Val, cogiendo por instinto sus Kent y volviéndolos a guardar en el bolso, prohibido fumar en casa de Beau—. Apuesto un dólar.

—¿Y cuál es su verbo? —preguntó Beau, tratando todavía de situar al intruso.

—¿Su verbo? Deja que piense. Sagitario. Escorpio es: *yo deseo*. Así que Sagitario... Sagitario es *yo veo*. Eso es: *yo veo*.

Tensó la cuerda de un arco imaginario y apuntó con la flecha.

—¿Te das cuenta? *Yo veo*.

El apartamento de la planta alta, en el 21 de la acera de enfrente, estaba desocupado, como le aseguraran, y la llave que le había entregado la señora de la inmobiliaria abrió, sí, la puerta. Se detuvo, chorreando agua sobre el linóleo de la cocina, a la que la llave le diera acceso, y midió de una ojeada la longitud de la vivienda, dispuesta en forma de tren, al igual que su antiguo apartamento suburbano. Más allá de la sombría pero amplia cocina, había una salita diminuta con una alta y agradable ventana ojival. A continuación de ésta venía otro cuarto, el más espacioso de la casa, curiosamente revestido de madera pintada, y con un cielorraso de zinc acanalado: tendría que servir —supuso— de dormitorio y estudio a la vez.

Raro, no demasiado cómodo. Pero posible.

Del otro lado de las ventanas de la habitación, comunicado por una puerta acristalada, había un mirador que abarcaba todo el ancho del apartamento: un angosto

mirador cerrado por ventanas de batiente. Y más allá, el río Blackberry y las Lejanas, porque el apartamento miraba en esa dirección. Aquí en la cocina prepararía la comida y comería; allí se sentaría a leer, más allá dormiría y trabajaría; y una vez por mes, allí en su escritorio, llenaría un cheque por la suma ridículamente pequeña que le pedían por la vivienda.

Y más allá aún, allá fuera, timonearía el mirador, como solía timonear el estrecho mirador del primer piso de la casa de los Oliphant en Kentucky, años atrás. Alerta, sereno; la mano sobre la rueda del timón, navegando a la altura de la copa de los árboles, un mirador con ventanas como la góndola de un dirigible, o el puente de un vapor, rumbo al Este.

Siete

Las razones que en última instancia indujeron a Pierce a abandonar el Barnabas College y la ciudad, para ir a vivir a Jambas de Blackbury, en las Colinas Lejanas, fueron las mismas que una vez le mencionara a Spofford: amor y dinero.

Amor y dinero, ambas irrumpiendo al mismo tiempo, el mismo día, como la lluvia de oro de Dánae, y aunque le llevó algunos meses decidir el cambio, siempre tendría claro en qué día había dado, o le habían inducido a dar, el primer paso.

Una singularidad de la vida amorosa de Pierce consistía en que nunca había cortejado a ninguna de las mujeres con las que luego había tenido una intensa relación afectiva. Ninguna de aquellas relaciones había sido la culminación de un proceso lento, nunca había pasado por el trance de entrever y sopesar, y flirtear, y volver a fantasear, para al fin lograr la conquista. Sus grandes amores —podía contarlos con una sola mano, y le sobraban dedos— habían comenzado siempre por una colisión repentina, una sola noche o un solo día, en que toda la secuela de la relación estaba ya contenida en pequeño, todas las libertades, simpatías, y penas no harían que desplegarse a partir de ese instante. No era exactamente amor a primera vista, ya que habitualmente la colisión inicial era seguida por un período de estancamiento, hasta de indiferencia, durante el cual Pierce disfrutaba de su conquista, o de su buena suerte, anotando en su haber un manjar más en el banquete de la vida, uno más y de la misma procedencia. Pero la colisión lo desviaba de su eje y entonces corría paralelo a ella, y ella (axiomáticamente) paralela a él. En esa primera noche, ninguno de los dos arriesgaba demasiado, pero Pierce, en todo caso, arriesgaba también el todo por el todo.

Pierce, despierto demasiado temprano en una gris mañana de diciembre, y revisando su historia con la nebulosa lucidez de una resaca, no podía recordar ninguna excepción importante. Con todas le había sucedido eso.

Le había sucedido (Pierce se agitó bajo las mantas de la cama en desorden que al parecer no podía abandonar) con Penny Pound, la chica de los ojos color humo y las tenues cicatrices en las muñecas, con quien se fugara a la soleada California justo al comienzo de su sexto semestre en Noate. Esa primera noche, ella tenía que estar de vuelta a las once en su residencia, y Pierce había empezado a acompañarla, como corresponde, después del cine y de un café compartido en la cocina comunitaria de su pensión en la ciudad; y en una esquina, a mitad de camino entre su pensión y la residencia, se habían detenido para besarse y, como dando una vuelta entera, sin salir, en una puerta giratoria (aunque acabando, sin embargo, en un nuevo lugar), habían regresado casi sin una palabra. Pierce, al otro día, no sintió que algo en él hubiera cambiado perceptiblemente; la acompañó de regreso a su residencia y durante toda una semana no la volvió a ver. Pero después, cuando volvieron a encontrarse, todo fue como tenía que ser: se hicieron inseparables; los enormes e irresolubles problemas de ella fueron también los suyos, su cuerpo joven y sus manos viejas; y si

alguien mayor y más sabio (quizá su propio yo mayor, sólo que su yo mayor nunca había llegado a enterarse) le hubiera aconsejado circunspección y cautela, él no habría comprendido el consejo. Ciertamente que, la primera vez que ella le dijo que lo quería (en la casa de Sam, adonde él la había llevado a pasar un largo fin de semana, tendidos los dos en deshabillé en el antiguo cuarto de estudio Centras a dos puertas de distancia su madre pegaba plácidamente sellos postales en un álbum), él había sido incapaz de responderle, pero sólo porque lo asustaban las palabras que, suponía, sólo podían ser pronunciadas sinceramente una vez y para siempre. Una vez pronunciadas, fugarse con ella se convirtió en una mera necesidad práctica; en aquellos tiempos de las universidades *in loco parentis* (hoy en día ni siquiera se conocía esa expresión) les estaba vedado cohabitar y el coito, además, si los pillaban *infraganti*; era la primera mujer de quien se había enamorado y con quien se acostaba; de modo que no les quedaba más remedio que obtener la devolución del dinero de las matrículas, como si fueran fichas —la suya había sido pagada con una beca pero igual, en un descuido, se le permitió retirarla—, y utilizar el dinero para fugarse; y aunque cuando descendió, tambaleándose, del autobús, en una parada de descanso, bajo el sol inverosímil de Albuquerque, pensó, sí, por un momento atroz: *Oh, qué he hecho*, nunca, ni entonces ni después, y ciertamente no durante el largo y solitario viaje de regreso al este, al invierno y a la sarta de mentiras que había dejado atrás, nunca pensó que hubiera podido tener otra alternativa.

Bueno, él era muy joven y ella también; no era, por cierto, una historia insólita ¿verdad? Era algo perdonable, pensaba, dadas las circunstancias, considerando su educación, considerando la parte más tierna de su adolescencia constreñida en las aulas y los gimnasios y los interminables machos de St. Guinefort; podía perdonársele su sorpresa y su falta de astucia al encontrarse amado y acto seguido abandonado. Claro está que había sufrido por ello, atroz, extravagantemente, casi se había cortado también él sus propias venas, no a causa de una desilusión romántica, sino simplemente porque no podía soportar permanecer un instante más en el vendaval de desamparo en que ella lo dejara, desvalido e incapaz de concebir cómo había podido comportarse de ese modo.

Sin embargo no podía culpar sólo a esa criatura irreflexiva por la extravagancia de su sufrimiento, tan imprevisible y repentino como el amor mismo, ni tampoco podía achacar únicamente a la juventud una obtusa inocencia que había persistido mucho más allá de la adolescencia. ¿Qué era, entonces? ¿Era el hecho de haber crecido como hijo único, con el imposible, excéntrico y caballeresco Axel, en Brooklyn? ¿Sería el aislamiento de los Oliphant en Kentucky? ¿Quién lo había educado, quién había modelado su corazón de esa extraña manera? De algún modo, en algún momento se le había comunicado que *había* una puerta que uno debía franquear, y sólo raramente, si poderosas estrellas conspiraban para ello; una puerta que daba a un corazón, a un cuerpo, ambos creados en el cielo o en algún otro fuego igualmente sutil. Y entonces llegabas; era un *hortus conclusus*; a él no le habían

enseñado que existía un camino de salida, como tampoco le enseñaran que el camino de entrada —lo había descubierto por sus propios medios con tanto asombro, con tanta maligna alegría— era una senda trillada. Una senda trillada.

Se rió un momento, y tosió una saliva amarga, enlazó las manos sobre el pecho, alzó la vista hacia el espejo grande y ornamentado, suspendido en voladizo desde la pared, de forma tal que reflejaba la cama: que ahora mismo lo reflejaba, él frente a sí mismo.

Aquellos que no recuerdan su propia historia, pensó, están condenados a repetirla.

En la época en que conoció a Julie Rosengarten se había despojado de esa ignorancia, o mejor dicho, no se había despojado de ella, pero al menos la había vestido decentemente; podía recordar muy bien esa primera noche con ella (una noche, en verdad, insólitamente maravillosa), no como una colisión sino como una mera campanada en medio del tráfico sexual de la adultez, para ese entonces espeso, y el agitado Manhattan. Ella no había vuelto a saber de él en seis semanas, pero seis semanas después de su segundo encuentro ya intercambiaban sus suéteres, tenían un perro en común y Pierce estaba pensando en cómo plantear el tema de un Matrimonio Mixto a su madre y a Sam.

Un año más tarde él seguía prendido, obtusa, inocentemente, del todo y para siempre, en tanto Julie iniciaba, a la vista de todos, una relación amorosa con el vecino de arriba, sin conseguir que Pierce se percatara de ello. En la división final de las pertenencias, el perro, tras un momento de vacilación, eligió irse con Julie.

Una farsa: mi mujer, mi mejor amigo, mi perro.

Las mujeres, fue la única conclusión que pudo sacar resumiendo su propia experiencia hasta este día de diciembre, eran polígamas por naturaleza, por mucho que el sentido común dijera lo contrario; capaces de amar profundamente y para siempre por un tiempo, de abrirse súbita y espectacularmente en todas direcciones a semejanza de esas inmensas girándulas que sueltan un globo de estrellas, que parece real y flota suspendido en la noche de colores toda una eternidad, una fugaz eternidad, el espacio de una lalación de asombro de los espectadores, y luego desaparece como si nunca hubiese existido. Y los hombres (tomándose a sí mismo como único ejemplo) eran por naturaleza monógamos, sujetos al significado literal de las promesas que hacían y la persistencia real del para-siempre que esas promesas contenían. *En ciel un dieu, en terre une déesse*, como decían los antiguos poetas provenzales. Cómo habían cundido esas historias, tan superficialmente convincentes, tan difundidas, acerca de que las cosas eran de otra manera, él no lo sabía. Podía suponer una conspiración; o, lo que era más probable, que en un mundo más viejo, un mundo en el que él no vivía, esas historias habían sido ciertas; y que sólo ahora, ahora que el mundo era como era y no como había sido, las mujeres podían desenmascararse, sentirse libres y activas según su naturaleza. La Píldora y todo lo demás. Quién demonios lo sabía. De todos modos, ¿no debería él, a esta altura, haber aprendido que las cosas son así, y actuar en consecuencia, cualquiera que fuese su

historia, cualquiera que fuese la difusa antigüedad, o las sustancias medievales con las que fuera forjado su carácter?, y si de pronto (de pronto en cierta noche de nevisca) se sorprendía vagabundeando por las páginas de una novela erótica, una obra pornográfica del mejor estilo moderno, él, con un corazón y unos órganos vitales conformados para alguna otra época, para un contexto totalmente distinto, ¿no debería tal vez ponerse al tanto antes de saltar de su piel al vacío?

Ten al menos un poco de cuidado, se había dicho a sí mismo aquella noche, tendido al lado de ella, insomne y perplejo; por amor de Dios, ten esta vez un poco de cuidado. Pero no le sirvió de nada. Transcurrió todo un invierno, y cuando ella volvió de Europa, él era suyo, nunca había dejado de serlo; la vida regalada que habían empezado a llevar sólo ponía un barniz de normalidad a su pasión exacerbada, en tanto la lujuria voraz intensificaba su monogamia y le daba riendas en secreto. Tal vez, tal vez si él hubiera tenido que llamar a la puerta, y seducir, y recurrir a ardidés y halagos... —Pero cuando todos los portales, todos, estaban abiertos para él de par en par, el resto fue ya como tenía que ser, inevitable, incluso el hecho de que estuviera ahora aquí acostado, contemplando su imagen, reflejada en el espejo, las manos cruzadas sobre el pecho, los grandes pies escapando fuera de las mantas, la cara enorm inexpressiva. Inevitable.

Como los Borbones, él no se había olvidado de nada y no había aprendido nada; y estaba una vez más en el mismo lugar donde estuviera antes. Su historia se repetía, y si la primera vez había sido tragedia y la segunda vez farsa (como dijera Marx en otro contexto, el contexto del cual Pierce extraía inútilmente esos clichés amargos), cómo serían entonces la tercera vez, y la cuarta.

Era pleno día, tan pleno día como podía serlo el día de hoy, y los radiadores silbaban furiosamente. Pierce arrojó a un lado las mantas, pero no se levantó; permaneció tendido contemplando (no podía hacer otra cosa, la posición del espejo lo hacía inevitable) su larga desnudez. Manos grandes, grandes pies: en su caso el cómputo común era correcto.

Sabes una cosa, le había dicho ella esa primera noche, con su aire a la vez ladino y franco, *sabes una cosa, tienes una polla muy bonita*.

Una ola fría estalló en su sangre, el recuerdo del deseo y la certeza de la pérdida; Pierce la vio venir y pasar, como una suerte de acceso de vértigo o angina.

Esto no tiene gracia, pensó. Ya no soy tan joven. No lo puedo admitir. Esta vez, era como una enfermedad, una enfermedad de la cual no podría librarse, una de esas enfermedades infantiles a las que los jóvenes y fuertes sobreviven, después de unos pocos días de cama, pero que dejan tullido al adulto.

Confórtame con jarabes, reanímame con manzanas, porque enfermo estoy de amor, enfermo enfermo enfermo.

Haré voto de castidad, pensó, claro que sí, lo haré, ¡qué demonios! Si después de dos matrimonios (matrimonios sólo de hecho, por supuesto, así como algunos son matrimonios sólo de nombre, pero, en fin, daba lo mismo) y una vida sexual que a él

le parecía tan variada y violentamente satisfactoria como tenía derecho a serlo la de cualquier hombre normal, si aún persistía en él esa inocencia de la que hubiera tenido que desprenderse hacía tiempo, esa inocencia que seguiría causándole el mismo daño atroz, lo mejor que podía hacer sería entonces elegir la soledad.

—Haz *tu* voto —le dijo en voz alta al hombre del espejo, pálido, enjuto, listo para la autopsia (fíjese, enfermera, este hombre no tiene válvula en su corazón, su pene está completamente desprendido de su cerebro). Acaba con eso de una vez. Gracias, pero no, gracias.

Él no tenía por qué relacionarse con el amor. Era un hombre, una novela. Suponía que debía de haber otros placeres en la vida, otras metas más allá, diferentes de las enormes delicias de la envolvente servidumbre sexual. Parecían emerger a la distancia, en un horizonte cada vez más amplio, aunque él no pudiera imaginarlos concretamente. Fama. Orden. Quietud. Dinero, bienes materiales, un conocimiento más sutil de... bueno, del mundo y en cierto modo de sí mismo; los placeres de la soledad, no una soledad inevitable o impuesta como si fuera una celda en la que no pudiera hacer otra cosa que sacudir los barrotes con impotente desesperación, sino una soledad elegida, abrazada. Tuvo una visión vivida de sí mismo, una persona distinta: en otro lugar; autosuficiente, un solterón afianzado, un individuo pulcro y agradable cuya vida nadie podía imaginar —un excéntrico, no se da con nadie, tiene esa hermosa casa llena de objetos bellos. Y él, un *objet de vertu* por derecho propio, a quien verían llegar al pueblo en busca de los periódicos del domingo, acicalado como un *dandy* y vestido con originalidad, pantalones bombachos y un bastón con empuñadura, acompañado por un perro. Una humedad salobre le quemó los ojos. Un perro fiel.

Algo que desear: alguna cosa que desear, algo distinto de lo que podía reflejar un espejo desde lo alto de una ancha cama... Sí ahora pudiera desear, desearía algo que desear.

Una campanilla sonó con urgencia en ese instante, lanzando a Pierce fuera de la cama, en una súbita actitud de defensa, en acecho. El teléfono. No, no el teléfono. El portero eléctrico. El timbre de la puerta. Era el timbre de la puerta. Quién demonios, cogió una bata de baño y se la anudó alrededor del cuerpo. El timbre eructó otra vez, insistiendo, alguien estaba aún allí.

—¿Sí? —No podía ver nada a través de la empañada mirilla.

—Pierce —dijo ella—, soy yo. ¿Puedo entrar?

La adrenalina que el sonido del timbre había bombeado en él en un solo instante fue, instantáneamente, desplazada por un nuevo fluido, un fluido frío y picante que le ahogó el corazón y que estaba ya en las puntas de los dedos de sus manos y sus pies, antes aún de que su mano tocara siquiera el picaporte. Todavía a pesar de todo podía maravillarse de la rapidez de sus reacciones. Cómo lograban la carne y los nervios semejante velocidad.

Ella se deslizó por la puerta tan pronto hubo un resquicio lo suficientemente

ancho, como si la persiguieran; llevaba un abrigo de pieles que él no le conocía, con los hombros recamados de nieve.

—Vaya, hola —dijo él, la última sílaba ahogada por la saliva espesa que se le había amontonado en la boca.

Ella fue hasta el centro de la habitación y se detuvo abrazándose, la barbilla hundida en el cuello del abrigo y sin mirarlo. Luego metió la mano en un bolsillo profundo, sacó un sobre y, volviéndose hacia él, se lo tendió.

—Ten —dijo—. Toma.

Desde donde estaba, Pierce casi podía oír los latidos del corazón de ella. Tomó el sobre, gordo y deformado por el contenido.

—Aquí lo tienes —le dijo ella, y se dio vuelta, todavía abrazándose—. Aquí lo tienes, aquí lo tienes.

El sobre estaba repleto de dinero. Billetes grandes, de cincuenta y de cien, y algunos de veinte, más gastados y manoseados.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó. Se sentó en la cama, se apretó la cara entre las manos y se restregó la frente, los ojos, las mejillas. Luego lo miró y sonrió—. Tienes realmente una pinta muy cómica.

—¿Qué? —dijo él.

—Está todo allí —dijo ella—. Todo lo que te debía. Todo lo que dije que ganaríamos. Te lo dije. Te dije que lo haría.

—¿Cómo? —dijo él.

—Pierce, no preguntes ¿de acuerdo? Asunto arreglado. He acabado con esto del todo, y para siempre.

Un enorme escalofrío la sacudió; luego, pacientemente, como quien le habla a un niño sin estar seguro de que podrá comprender, le dijo:

—Pierce, encanto, por favor ¿tienes un cigarrillo?

—Sí, claro.

La noche anterior, en su borrachera, había comprado un paquete, lo buscó entre las ropas desparramadas por el suelo.

Aquí. Ahora una cerilla. Se puso el sobre bajo el brazo y registró sus pantalones.

—¿Todavía me odias? —dijo ella, en voz baja, atrás de él.

—Nunca te odié. —Las manos le temblaban de tal modo que casi no podía meterlas en los bolsillos, las monedas y las llaves tintineaban en el interior—. Toma.

Ella había empezado a desenroscarse, paseó una lenta mirada en derredor, y Pierce pudo ver en sus ojos cómo inventariaba el cuarto para su fuero interno. Encendió el cigarrillo.

—¿En qué has andado todo este tiempo? —dijo ella.

—Tú tienes que contarme —dijo él—. Unas cuantas cosas.

—No —dijo ella—. Escucha, si vamos a ser amigos, y yo quiero que seamos amigos, si vamos a ser amigos, tú no puedes preguntar. Si tú preguntas, yo no contestaré. No contestaré y no seremos amigos. Se suavizó un poco.

—Tal vez, cuando esto sea historia antigua...

Lo miró y a él le pareció ver algo lúgubre y viejo en su rostro, tal vez algo que existiera en ella antes de que huyera pero que había olvidado, pues la recordaba como alguien viejo con un rostro joven. O acaso fuera tan sólo la mañana de diciembre.

—¿De acuerdo? —dijo ella—. ¿Qué pasa?

Pierce se había echado a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Nada, nada es gracioso. Nada. —El pecho se le sacudía de risa y las rodillas le temblaban—. Alquimia, la alquimia de la risa. No lo sé. —Sacó el sobre de debajo del brazo y lo arrojó sobre la cama, al lado de ella—. No quiero esto. No lo necesito.

—Estás bromeando —dijo ella. Bajó los ojos—. Iba a dejártelo. En el buzón. Pero no pude meterlo, perdí mi llave no sé dónde y ni siquiera estaba segura de que aún vivieras aquí. —Sacudió la ceniza del cigarrillo con la uña pintada del pulgar—. Sé que lo necesitas.

—Yo... —Empezó a decir, pero de pronto le adivinó la intención. Hay necesidades y necesidades. Él había querido decir que no era eso lo que necesitaba. Ella sólo había querido decir que eso era todo lo que recibiría—. Dime una cosa —dijo—. ¿Has vuelto?

Ella meneó lentamente la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Acabo de llegar. Me quedaré con Effie por un tiempo. Buscaré un lugar.

Lejos, muy lejos en el fondo de su ser, Pierce oyó su propia voz, la voz que apenas diez minutos antes había estado habiéndole de abnegación, de soledad: pero en torno de esa voz, y mucho más potente, había empezado a montarse un mecanismo, un mecanismo de astucia y deseo que no parecía ni siquiera pertenecería pero que lo dominaba, ideando estratagemas, planificando movidas. Mientras la escuchaba, fue al refrigerador y sacó una botella de vodka. Un vaso.

—No mires, no mires —dijo, ocultando la bebida—. No estoy del todo en mis cabales esta mañana, nada más.

Ella se rió.

—Ea, uno para mí también.

Él le llevó una copa con un dedo de fluido helado en el fondo.

—Es todo lo que nos queda —dijo.

Ella bebió un sorbo y se estremeció como de placer.

—Uff. Ahh. Qué bueno, es del bueno.

—Bienvenida —dijo él, cortésmente, y brindó con ella.

—Gracias, Pierce —dijo ella—. ¿Somos siempre colegas? —E imitando el estilo ansioso, vehemente, de Axel, una broma que había sido habitual entre Pierce y ella —: ¿Somos colegas? ¿verdad que sí, Pierce? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Él se rió, su temblor aplacado por la bebida.

—Seguro, para siempre.

Ella bebió lentamente el resto del vodka, y, distendiéndose, se acostó en la cama. Su abrigo se abrió, dejando ver un vestido corto y unas medias brillantes. Había adelgazado. Él estudió los muslos y las aristas de su pelvis con piedad y atención. No se ha cuidado nada bien, pensó, concuna intensa punzada de pérdida y desolación y deseo. Nada bien.

—Oh caray —dijo ella—. Estoy deshecha.

—Descansa. Duerme, si quieres.

—Escucha —dijo ella—. Gracias por conservar mis cosas. Por no mandarlas al Ejército de Salvación o qué se yo. Quiero venir a buscar mis cosas, si puedo. Tú sabes. Mis cosas.

—Seguro.

—Cuando tenga un lugar.

—Seguro.

Pierce no podría soportar esto mucho tiempo más.

—Pero pronto —dijo—. Si es posible, porque —se dio Vuelta otra vez, todavía era invierno fuera de la ventana—, porque he estado pensando en irme de aquí. —Hubo un silencio, el silencio de ella a sus espaldas—. En mudarme —dijo.

—¿De veras? ¿A dónde?

—Oh, no sé. —Se volvió de nuevo hacia ella, podía sentir su cara diciendo «a donde sea, qué importa a dónde, hay todo un mundo sin sentido ahí fuera para vagabundear»—. Lejos de la ciudad, en todo caso. Quizás a las Colinas Lejanas, estuve allí este verano. Me gustó.

—Caramba. ¡Qué cambio!

—Ajá. —Sintió de pronto una intensa piedad por sí mismo, como si lo que acababa de decir, lo que acababa de pensar en decir, fuera realmente cierto. Ella seguía acostada, mirándose en el espejo encima de la cama. Se quitó un grumo de maquillaje de la comisura del ojo—. No tan pronto de todos modos. No ya mismo, quiero decir.

—Me gustaría llevarme este espejo —dijo ella—. Si puedo.

—No.

Ella se incorporó lentamente, sonriendo, pero en guardia.

—Es mío —dijo—. ¿No es verdad?

—Fue un regalo —dijo él—. Un regalo mío. A nosotros.

Ella se cerró el abrigo de pieles.

—Al campo, ¿eh? Tendrás que aprender a conducir.

—Supongo.

La sonrisa de ella se ensanchó.

—Bueno, me parece fantástico —dijo—. Eres valiente.

Extrajo un billete de diez dólares del sobre que estaba sobre la cama, pero al sacarlo dejó que se soltara el fajo, los billetes cayeron en cascada sobre la cama. Le

mostró el que había sacado.

—Para el taxi —dijo—. Tengo que irme.

—No, espera —dijo él. Por un momento pensó, insensatamente, en explicar: si te llevas el espejo no me quedará nada de ti. Hay en él mil imágenes tuyas; nadie más que tú y yo debería estar jamás en él, ¿no te das cuenta? ¿No es lo justo? ¿No es lo razonable?—. Espera un segundo. Deja que me duche y me vista. Saldremos, tomaremos el desayuno. Tendrás un par de historias para contar, seguramente.

—No puedo ahora —dijo ella—. Pero pronto. Volveremos a vernos. —Dio un paso en dirección al armario, tentada, pero cambió de idea—. Volveremos a vernos. —Señaló con un gesto la cama, o el dinero—. Me invitarás a comer, lo pasaremos bien; tengo un par de historias.

—¿Champán? Y...

—Te lo he dicho. —Por un momento lo miró a los ojos y había una larga historia en su mirada—. He acabado con todo eso. Para siempre. —Se rió, y fue hacia él, tendiéndole los brazos para que la besara, él la alzó, y ella dando vuelta la cara, oprimió su mejilla contra la de él. Él sintió el aire frío de afuera, todavía aprisionado en las pieles. La intensidad de su perfume. Dentro de él, la nieve se derritió en torrentes, y su corazón habló mil cosas en su oreja enjoyada, todas en silencio. El teléfono sonó, apremiante, y sobresaltándolos.

—Caray, qué mañana agitada —dijo ella, zafándose.

El teléfono insistía. Pierce la siguió hasta la puerta.

—Llama —dijo—. Llama pronto. ¡No he cambiado el número!

El teléfono chillaba, enfurecido; Pierce, se volvió y corrió hacia él, oyendo a sus espaldas el clic de la puerta al cerrarse.

—¡Hola!

Una pausa, la pausa confusa del número equivocado.

—¿Hola? —dijo de nuevo Pierce, esta vez con su propia voz.

—Oh, Pierce.

—Sí. —Tuvo la extraña convicción de que la mujer que hablaba era la mujer del campo, de la cabaña del río, del paseo en bote, Rosie.

—Pierce, soy Julie. ¿Te desperté?

—Oh, hola, hola. Sí, algo así. Bueno estaba despierto pero...

—Escucha —dijo Julie—. Tengo novedades para ti. —Hizo una pausa—. ¿Estás sentado?

—No. Sí. Está bien. —Llevó el teléfono a la cama y se sentó en medio de los billetes.

—Lo hemos vendido —dijo Julie.

—Qué.

—Por Dios, Pierce. Hemos vendido tu famoso libro, caramba. —Oh, oh, Santo Dios ¿de veras?

—No es una suma fabulosa.

—No. Bueno.

Ella mencionó una cantidad, pero Pierce no supo si era exigua o generosa.

—Al Urogallo, sin embargo —dijo ella.

—¿Qué?

—Ediciones del Urogallo. Despiértate y escucha, escucha, quieren hacer una alianza editorial y abarcar un mercado masivo; así que aunque el anticipo no sea demasiado generoso, a la larga, si prende, podría dar grandes ganancias.

Silencio.

—Pierce. ¿Quieres hablar del asunto? No tienes obligación de aceptar, podríamos llevarlo a otra parte.

Un dejo de impaciencia se insinuaba en su voz.

—No, no, escucha, hablemos. Hablemos ahora mismo. Pero yo haré lo que a ti te parezca mejor.

—Ellos quieren un cierto control editorial.

—¿Qué?

—Quiero decir que ellos creen que el libro podría marchar de veras bien, si se lo pudiera retocar ligeramente para adaptarlo a cierto público.

—Chiflados.

—Vamos, vamos. —Se rió—. Nada de eso. Pero mencionaron, sí, algunos títulos que han sido grandes éxitos últimamente: *El carro de Faetón*, *Mundos en división*, *El alba de los druidas*. Libros de esa clase.

—Hum.

—Ellos piensan que el tuyo podría ser como esos.

—¿Una trama de mentiras, quieres decir?

—Oh, vamos.

No una trama de mentiras, no. Pero tendría que ser sutilmente degradado casi con certeza, como necesitaba serlo el material presentado ante una clase por muy simplificado o esquematizado o vividamente coloreado que estuviera: él tendría que cometer no sólo *suppressio veri*, sino también *suggestio falsi*. Con súbita claridad, vio cómo aparecería, a los ojos de un historiador (¿Barr?) el libro que él se proponía escribir. Tendría que incluir páginas que parecieran simplemente ficticias, tan ficticias como esas páginas de ciertos novelones, que son meras transcripciones de la conversación ordinaria (aunque totalmente imaginarias), condimentadas con nombres propios, reales, pero burdamente alterados. Muy bien. De acuerdo.

—Muy bien —dijo—. De acuerdo. Hablemos.

—Una cosa más —dijo ella—. No les gusta tu título.

—¿No?

—Les parece que puede despistar al lector. Y difícil de clasificar, además.

—Muy bien, de acuerdo.

Pierce se sintió como en una línea de fuego; era difícil comprender, en un escenario que cambiaba a tanta velocidad, cuál de los disparos debía eludir, si es que

había que eludir alguno.

—Tenemos que hablar.

—Pensé en una cena —dijo Julie, en un tono más suave q aquel con qué le había comunicado sus novedades—. Champán. Oh, Pierce. —Un silencio (Pierce pudo sentirla a través del auricular, pudo ver su cara radiante) cargado de la clarividencia de un destino—. Yo lo sabía —dijo—. Lo sabía.

Después de haber permanecido largo rato bajo una ducha atronadora, Pierce contó su dinero, los billetes que estaban sobre la cama, y la cifra que Julie le había mencionado, e hizo algunos cálculos aproximados. Guardó el dinero en el sobre, sacó las sábanas y luego de ponerse una camiseta y un traje de mohair (toda su ropa estaba sucia), llenó una bolsa de lavandería.

—Santo Dios —dijo en voz alta, interrumpiendo sus preparativos para contemplar el día plomizo—. Santo Dios.

Introdujo los pies en unas sandalias de goma, recogió algunas monedas de un cenicero; salió, bajó, se detuvo en su buzón y retiró un puñado de correspondencia.

No les gustaba el título. Era por cierto el único título que el libro podía tener. Suponía que, por el momento, para ganar tiempo, podría proponer alguna otra fantasía: *La cofradía invisible*. ¿Qué tal? *La Pneumática*. *Los violadores de cajas fuertes*.

El rey de los gatos.

Cuando vio, por el ojo de buey de la máquina, que su ropa, presa de vértigo, se agitaba en un mar de jabón, examinó la correspondencia que tenía: una carta de Florida, hojarasca, catálogos de librerías, una carta con una letra diminuta y legible de las Colinas Lejanas.

«Pierce —decía—, tanto tiempo sin noticias. Pensé que te gustaría recibir unas líneas de aquí. Es un mes tranquilo, mi abuelo lo llamaba tiempo de amarrar. Aquí estamos guardando, amarrando, asegurando, etc., todo para el invierno. Éste será mi primer invierno en esta cabaña. He traído 1 saco de judías 1 saco de arroz 50 libras de patatas 1 botella de *brandy* leche en polvo lámparas escopeta etc., por si acaso. Las ovejas están bien + mandan saludos. A Propósito me he enterado de que en las Jambas de Blackbury hay un buen apt. que pronto estará libre. Gente que conozco se marcha en feb. a la costa. 2.º piso bonita vista mirador nevera etc. Pensé en hacértelo saber. Sería bueno tenerte en el condado».

Firmaba, «Suerte, Spofford», y había una posdata:

«Los Mucho han iniciado juicio».

Después de leerla por segunda vez, Pierce se quedó sentado con la carta sobre las rodillas, absorto en sus pensamientos, hasta que su ropa tuvo que ser trasladada de una máquina a otra; y entonces, mientras veía sus pantalones y camisas vacíos haciéndole señales frenéticas, cayó en la cuenta, con una lenta y asombrosa certeza, de que hoy, este día, era su cumpleaños. Cumplía 34 años.

Pierce Moffett, nunca, ni siquiera en la época en que presa de vértigo en la

cumbrera de su tejado había estado a punto de admitir que el cosmos era en cierto sentido una historia —que el universo era un cosmos—, había imaginado que esa historia pudiera de una u otra forma ser concretamente su historia, ni su destino individual discernible en las armonías que empezaba a percibir, las geometrías que empezaba a vislumbrar. En realidad, había sido una sorpresa para él enterarse de que la mayor parte de la gente que se interesa en augurios, clarividencias y profecías astrales, no lo hace en la búsqueda de alguna iluminación general acerca de la naturaleza de la vida y el pensamiento y el tiempo, sino con la esperanza de hallar en ellas guías para la acción, notas a pie de página a las tramas de sus propias vidas.

Julie Rosengarten, por ejemplo, siempre las había leído de ese modo. Pero Pierce, incluso si una mañana mientras caminaba por la ciudad, le hubiera caído una caja fuerte sobre la cabeza, interrumpiendo su historia sin ninguna razón aprehensible y sin la mínima prevención, no lo habría tomado a mal, por así decir. Tenía la profunda convicción de que su destino estaba mucho más sujeto al azar, al error y la suerte que a cualquier lógica cósmica o mundana, una convicción muy anterior a sus estudios de ocultismo, a los que, por lo demás, había sobrevivido fácilmente.

Por otro lado, los augurios pueden, a veces, llamar de manera tan clara, que hasta alguien como Pierce tiene que reparar en ellos. Ese mismo día, el día de su cumpleaños (¡su nacimiento!) hizo, sí, un voto; un voto que nunca había pensado que sería capaz de hacer, pero que hizo con la escasa energía que le restaba de la mañana; un voto de abnegación que era lo mínimo que podía ofrecer a cambio de lo que súbitamente le había sido concedido. Era eso, era eso, *esa*, de ahora en adelante se dedicaría tan sólo a favorecer su propia fortuna y nunca más derrocharía en la ilusoria persecución del amor los dones que aparentemente le reservaba el destino.

Una semana más tarde, con un sentimiento de venganza delicioso y vivificante; y más vivificante aún por el dejo de temor que lo matizaba (porque no confiaba en realidad en que su futuro siguiera a la vista mucho tiempo) devolvió sin firmar a Earl Sacrobosco su contrato para el semestre de primavera. Necesitaba tiempo para trabajar en un proyecto especial, dijo, que le requeriría ciertas investigaciones difíciles, la mano derecha de la erudición, como la enseñanza era la izquierda; y puesto que los años sabáticos no estaban al alcance de los ayudantes de cátedra, debía muy a su pesar, etc. Listo.

Escribió a Spofford en las Lejanas, indicando una fecha de enero en la que podría darse otra vuelta por allí, y pidiéndole que telefonara la próxima vez que tuviera a mano un aparato, llamada paga, a cobro revertido.

Y en la Navidad compró, como de costumbre, una pequeña botella de *gin* y una botella aún más pequeña de vermut y cruzó el negro puente hacia Brooklyn para visitar a su padre Axel: y para anunciarle, si encontraba una manera de hacerlo que fuese a la vez clara y no hiriente, la noticia...

Ocho

Veinte años atrás, Axel Moffett había ganado una buena cantidad de dinero en uno de esos programas televisivos de preguntas y respuestas, populares en ese entonces, sobre cultura general. Su tema era la Civilización Occidental, y tenía la ventaja de conocer y adorar las antiguas anécdotas y los grandes momentos y los Puntos de Inflexión imaginarios y los episodios románticos de las supuestas vidas de los supuestos héroes de esa civilización, desde Alejandro y Boadicea hasta Napoleón y Garibaldi; Pierce, formado en una historia más científica, lo hubiera hecho mucho menos bien; no había preguntas de fondo, y Axel, aunque inseguro en cuanto a fechas exactas, casi podía anticipar, desde el principio, a cuál de las grandes historias, relativamente escasas, apuntaba la pregunta. Sin embargo, a una audiencia poco instruida, sus conocimientos debieron de parecerle inimaginablemente vastos; tal como le habían parecido, por lo demás, al Pierce de catorce años que veía a su padre en blanco y negro, extrañamente reducido de tamaño, respondiendo con firmeza qué austríaco había sido brevemente emperador de México (a Axel le había encantado la película, pobre, pobrecita Carlota, y los ojos dulces y desesperados de Brian Aherne). En torno del televisor, en Kentucky, todos aplaudieron excepto la madre de Pierce, que se limitó a menear la cabeza sonriendo como si aquello fuese tan sólo otra insondable rareza de su marido, tan sólo otra para perdonar y olvidar. Había llegado hasta la mitad de la pirámide de dinero en premio, cuando le dijeron basta; los productores decidieron que era un bicho demasiado raro para acceder a los premios grandes (aunque durante un rato había divertido, con su cortesía anticuada y su forma de responder, con los ojos en llamas y un tono rimbombante como si respondiera a un desafío). No. No hubo ninguna trampa —a Axel nadie hubiera podido hacerle caer en una trampa—, y desde entonces siempre escenificaría su horror y su vergüenza al descubrir que otros, en ese mismo programa, lo habían sido; sucedió, simplemente, que le formularon una pregunta tan oscura, tan tangencial, tan alejada de los Grandes Temas, que ni aun un especialista lo habría sabido (y se la habían formulado a unos cuantos). A la masa, desde luego, le había parecido una zancadilla no peor que las muchas otras que Axel había sorteado con holgura o más o menos laboriosamente (¿qué canción cantaban las sirenas?, ¿qué nombre adoptó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres?); pero Axel, al oírla, quedó estupefacto en su caja de cristal, sin la menor idea, hasta que el reloj paró de contar.

Lo raro era que Pierce sabía la respuesta.

Había oído cómo la formulaban —en la sala de TV de la academia de Saint Guinefort esa última vez— y escuchó el comienzo del tic tac musical que marcaba el tiempo en que había que dar la respuesta, sincopado con un distante partido de *ping-pong*, en otro lugar del colegio. Sin poder creerlo, había oído desplegarse en su mente la respuesta que valía miles, mientras Axel seguía perplejo. La música cesó, hubo un momento de gracia, pero a Axel no le sirvió de nada. El presentador leyó la respuesta,

la misma que había aparecido en la mente de Pierce; la audiencia reunida en el estudio se condolió, los compañeros de clase de Pierce se volvieron de la pantalla para mirarlo, algunos burlones, otros curiosos, otros lamentando la pasta perdida. Pierce callaba. Axel fue acompañado hasta la salida, luego de ser compadecido por el regocijado presentador, con la abatida cabeza en alto, y una expresión en su rostro, todo perdido menos el honor, que Pierce no olvidaría jamás: si hubiera visto a su padre camino del patíbulo, no hubiera guardado de él un recuerdo más desolador.

Nunca le dijo a su padre que él había sabido la respuesta.

De todas maneras, el dinero que Axel había ganado hasta entonces era casi una fortuna; con el tiempo, parecería una cifra casi trivial, como tantas cifras en dólares de aquellos tiempos; pero había sido suficiente para comprar el bonito aunque algo ruinoso edificio en las afueras de Park Slope en el que Axel vivía y en el que Pierce había nacido. Así, Axel se había convertido en propietario, cosa que aborrecía, pero que lo mantendría, sin demasiado esfuerzo, en los años mal administrados y a veces terribles que le esperaban. Incluso ahora, cuando los alquileres cubrían a duras penas los impuestos y el mínimo de mantenimiento, era para Axel un lugar donde apoyar la cabeza. Así era como se lo decía a Pierce, a menudo con lágrimas en los ojos: al menos un lugar donde apoyar la cabeza.

Esa tarde de Nochebuena, Pierce lo encontró esperándolo a la entrada del edificio, como un vagabundo sin hogar que se hubiera resguardado allí (la comparación era de Axel).

—El timbre no suena —dijo, mientras buscaba a tientas la cerradura—, y Gravely se ha ido a pasar las fiestas con su gente, en la isla. Y yo no quería que estuvieras aquí llamando, pensando que yo no estaba en casa, aunque no sé dónde podría haber ido.

Gravely era el encargado del edificio, un negro muy bondadoso, e incluso dulce, que ya desempeñaba esa función cuando Pierce era pequeño; Axel adoraba a Gravely, y Gravely llamaba a Axel Señor Moffett; encorvado, amable, lento y astuto, era uno de esos personajes casi de ficción que entraran en la vida de Axel como salidos de las viejas películas que él adoraba, y que en cualquier otra parte habían desaparecido de la vida real, si es que en verdad alguna vez la habían habitado. Pierce temía por la suerte de Axel cuando Gravely muriera.

—Dónde podría haber ido, no sé —dijo Axel de nuevo, mientras subía las escaleras—. Dónde podría haber ido, no sé. Oh Pierce. Los sin hogar en una noche como ésta. El hombre sin hogar en esta noche, entre todas las noches. Esta, noche, de todas las noches del año.

En una ocasión, el tío Sam había descrito a Axel como «un poco teatral». Al Pierce de diez años (recién llegado a vivir con Sam) esa expresión no le dijo demasiado; pero después de sopesarla, Pierce pensó que tal vez Sam se refería al hábito de Axel de repetir una y otra vez y casi para sí mismo, una frase que lo impresionaba, como un actor que la ensayara, de una manera y otra, poniendo en ella

emoción o levedad hasta que lo hacía reír o llorar. Mas tarde hallaría otros significados más obvios a la descripción de Sam, pero quizá también fuera verdad lo que decía Sam, que Axel había errado su vocación al no dedicarse al teatro, o al sacerdocio, una de dos.

Cuando Axel abrió la puerta, fueron recibidos por un áspero chillido en latín: «¡*De mortuis nil, scoc, huip!*!». Y a continuación: «¡Cierra el pico, cierra el pico!».

—Es asombroso —dijo Pierce, riendo—. Que tantos loros aprendan a decir «cierra el pico». Me pregunto por qué será.

—*Cuándo* —dijo Axel con una expresión de agobiada paciencia—, cuándo te vas a llevar ese bicho de *aquí* Fuera, fuera de mi *vida*.

—Bueno —dijo Pierce— eso es, en cierto modo, algo que he venido a anunciarte. —Sacó las botellitas de la bolsa de papel empapado por la nieve. En vista de su historia pasada, Axel no tenía bebidas en la casa; sólo bebía cerveza, y un poco de vino en las tabernas. Pero en los cumpleaños y en Nochebuena necesitaba un martini, dos martinis, para rememorar tiempos más festivos, días más felices. Y ya estaba preparándolos, con la coctelera, el hielo, el batidor.

—Ahora la gente los toma *on the rocks* —dijo—. Horrible, horrible. Eso no es un martini. Sin embargo, creo que la pizca de limón es una buena idea. Un toque. Un *toquecito* de limón. De veras, Pierce, habría que devolverlo a la selva. No es justo, se lo ve tan *miserable*. Debería andar revoloteando por la selva, el Amazonas, como un pensamiento verde en una verde fronda; me hace sentir una vieja solterona, victoriana y desaliñada. *Desaliñada*. Cuándo cuándo *cuándo* te lo vas a llevar de aquí. —Ahora se reía—. *Libérate me de esta esclavitud a un pájaro*. —Batía el martini—. Como un pensamiento verde en una verde fronda. Como un pensamiento verde: en una verde fronda. *Libera me domine*.

Pierce, sentado en el sofá descolorido, contemplaba su pájaro y su antiguo hogar. Había adquirido una pátina axeliana, que obliteraba casi todo lo que allí quedara de su propia vida y la de su madre, pese a que muy poco había cambiado. Las paredes no eran de ese marrón chocolate cuando él era chico, pero no creía que Axel hubiera pintado de ese color, lo habían adquirido con el tiempo: ¿este sofá había sido uno azul que él recordaba? los enmarcados jabados de catedrales y el retrato de William Morris fotografiado por Cameron, eran cuadros que, alguna vez, él contemplara largamente. En la alfombra había un dibujo perdido que pertenecía a sus recuerdos. Todo estaba enterrado aquí, como una Troya primitiva, bajo la ordenada mugre, las baratijas, los objetos rescatados de demoliciones, el olor a hombre viejo.

—*Libera me domine* —dijo Axel otra vez, acercándose con la coctelera y dos copas. Pierce tuvo que mondar las rodajitas de limón. Los dedos de Axel, blancos, rechonchos y ahusados no eran aptos para esas tareas, «sin nervios», como decía él; y frotar con ellos las copas y luego escanciar y ofrecer. Fue como una apresurada ceremonia del té. Axel disfrutó de ella enormemente.

—¿Ves estas copas? —dijo. Eran altas y talladas, con pies verdes y aflautados—.

Venecianas. Bueno, no venecianas auténticas, pero *estilo* veneciano. Imitaciones victorianas, supongo, tal vez, posiblemente. —A Pierce le parecían Woolworth, pero él sabía poco de esas cosas—. De mogollón, desde luego. Me las trajeron los muchachos. «Toma, Axel, a ti te gustan estas chucherías, por qué no te las quedas. Caray, nosotros las romperíamos en seguida». Ellos *saben* ¿te das cuenta? Ellos no pueden en realidad apreciar las cosas, pero saben que hay algo, algo que ellos no captan. Belleza. Libros, ellos siempre me traen los libros. «Oye, Axel, qué es esto que encontré». Y era un Rabelais en francés, un pequeño volumen encuadernado, sólo uno de la serie, y yo dije «Sí, Teddy, éste es un gran clásico», en tono bondadoso, grave, preocupado por no herir sensibilidades más primarias que la suya. «Y está en francés, un francés muy antiguo...». «¿Tú lees esas cosas?», me dijo. Y yo dije: «Sí, puedo entenderlo, conozco la jerga...». Bueno, ellos me toman el pelo, son un poco brutos, pero honestos. Feliz, Feliz Navidad, tú sabes cuánto, cuánto significa para mí que hayas venido, Pierce. Pierce, significa mucho. —Suspiró—. Buenos muchachos, brutos pero sin vueltas. Alborotadores. Alborotadores. —Rió para sus adentros, de algún recuerdo privado.

—¿Hacéis algún dinero? —preguntó Pierce—. Siempre se sentía un aguafiestas al interrumpir las efusiones de su padre con preguntas de este tipo, pero al parecer no podía evitarlo. Desconfiaba de ese negocio de recolección de escombros en el que Axel se había metido con una pandilla de brooklynitas que después del trabajo y en los fines de semana desvalijaban las casas y los apartamentos abandonados de sus cañerías de cobre o plomo y de cualquier cosa de valor que pudieran hallar, en connivencia con los encargados de la demolición. Tenían su base de operaciones en un viejo cuartel de bomberos que alquilaban al ayuntamiento, un sitio donde podían estar Ubres de sus mujeres y beber cerveza en cantidades prodigiosas; se habían jurado lealtad uno a otro y a un hombre mayor a quien llamaban el Jefe, un ex oficial de la marina, había colegido Pierce, que dirigía las operaciones —eso sugerían las historias de Axel— en un estilo a mitad de camino entre un campamento de *scouts* y una gavilla de ladrones a lo Villon, aunque Axel insistía en que no había nada ilegal en el asunto. Axel les llevaba los libros; hasta qué punto participaba de la jarana, no lo decía claramente.

—Dinero, bueno, dinero —respondió—. Se necesita dinero para hacer dinero. —Repentinamente se sintió ofendido—. Dinero ¡para qué hablar de *dinero* en un día como éste! En este día entre todos los días del año.

—¡Scuoc! ¡Huid! —dijo el loro de Pierce.

Pierce había notado a menudo esa súbita elevación del nivel de ruido que producía el parloteo de un loro. Axel se levantó pesadamente, copa en mano; el pájaro se deslizó hacia él, furtivo, sobre su percha, espiando alternativamente con uno y otro de sus ojos bolsudos. Había una expresión de dureza en el rostro de Axel y Pierce se preguntó si iría a estrangularlo. Pero Axel se limitó a permanecer de pie, allí, delante del pájaro, y al cabo de un momento empezó a acariciarle distraídamente

la barbilla con el dorso del índice.

—He recibido una postal de Winnie —dijo.

—¿Sí? —dijo Pierce—. Yo también. Da la impresión de estar bien ¿no?

Axel suspiró profundamente.

—Ayer fui a la misa de Medianoche. En San Basilio, te acuerdas, siempre íbamos. Winnie cantaba. Tenía una voz tan pura. —Se apoyó en el manto de la chimenea, la cabeza gacha, los hombros hundidos—. Os mencioné a los dos en mis oraciones. Mi esposa. Mi hijo.

Pierce también bajó los ojos por un momento, y dijo:

—Así que todavía vas. ¿Sigue habiendo tanta gente?

—La misa de los ángeles —dijo Axel.

Axel se las ingeniaba para combinar un ateísmo básico con cierta dosis de religiosidad sentimental y una especial devoción Por la Virgen.

—La música, *Gloria in excelsis Deo*. Winnie podía rozar apenas las notas agudas, tan, tan... sólo rozarlas.

—Bueno, da la impresión de estar bien —dijo Pierce—. Descansada. Tomándose un buen descanso. La tarjeta sin embargo era bastante cómica. Supongo que Dora la habrá elegido.

—Os mencioné a los dos en mis oraciones. A los dos —dijo Axel de nuevo—. Sois todo cuanto tengo ahora, Pierce. Todo cuanto tengo.

Pierce hizo girar en su mano la copa veneciana. Su comentario no había desviado el curso de las reminiscencias cargadas de culpa y pérdida que emergían entre el final del primer martini y el comienzo del segundo; pero Pierce tampoco había esperado que eso sucediera. Era una parte tan inevitable de la Nochebuena como un sombrío pronóstico de decadencia y el profundo deseo de Hacer Todavía Alguna Cosa Buena, eran parte de los cumpleaños, que Axel tomaba también con gran seriedad; del mismo modo en que tomaba sus votos matrimoniales, y su paternidad, y su fracaso en ambos, o lo que él consideraba sus fracasos. Pierce nunca conseguía consolarlo; era difícil, dada la intensidad de los sentimientos de Axel, decirle que lo olvidara, que no importaba demasiado, o sugerirle, cuando Axel abordaba con solemne hidalguía el recuerdo de su esposa, que Winnie (Pierce tenía la absoluta certeza) rara vez pensaba en el asunto, de una u otra manera. Siempre era Sam (y Dora, ahora que Sam había muerto) quien se acordaba de Axel, se acordaba de mandarle postales, se acordaba de que Axel tenía algo que ver con Pierce y además un deber para con él. Winnie, sobre todo, quería descansar. La capacidad de su madre para el descanso había sido enorme —Pierce casi no podía recordarla de otro modo que sentada plácidamente, el dulce rostro abstraído, las manos abandonadas sobre el regazo— pero siempre parecía necesitar un poco más.

Para Winnie, estar en actividad, en cualquier sentido que fuese, era una de esas misteriosas y crónicas enfermedades victorianas que presentan pocos síntomas, pero cuya prevención o tratamiento son tarea de toda una vida. Sólo la había atacado en

serio unas pocas veces, hasta donde Pierce sabía; presumiblemente cuando se casara con Axel, quizá cuando lo había abandonado para irse a vivir con su hermano Sam a la muerte de su esposa; y después de la muerte de Sam, cuando el ataque había sido tan grave como para tener que retirarse, a una casa de reposo, a recobrar su tranquilidad.

Allí había conocido a Dora. Dora había dedicado años a cuidar aun hermano mayor viudo (como suponía que Winnie lo había hecho también, aunque en su caso había sido todo lo contrario), un hermano a quien visitaba casi a diario en su senilidad terminal en la casa de reposo. Su muerte dejó a Dora sin nada que hacer, una situación que ella temía tanto como Winnie deseaba descanso; y entonces se había hecho cargo de la vida de Winnie, con todas las historias fascinantes y parientes colaterales que parecía contener, inclusive Pierce y Axel, y ahora organizaba a Winnie y a su historia, desde una cadena de búngalos que había comprado en Florida con el dinero de la jubilación de ambas. Allí, Winnie parecía, por fin, haber encontrado el reposo.

—Pisanello —dijo Axel, tomando la postal que él y su hijo habían recibido de Florida, y mostrándosela a Pierce—. *Quattrocento*, ¿no? No me parece, sin embargo, que debieran imitar la hoja de oro por medio de estas salpicaduras doradas. A mí eso me parece de muy mal gusto. ¿No podían dejarla al natural? ¿Necesitaban dorar el lirio?

—Pintar el lirio —dijo Pierce.

—¿Pintar el lirio y dorar el oro refinado? ¿Dorar el oro refinado y pintar el lirio? A ver, sírveme otro, Pierce, por favor.

Antes de lanzarse a la nieve fangosa de las calles en dirección al viejo y famoso (y, a los ojos de Pierce, en triste decadencia) restaurante de Brooklyn al que antaño la familia Moffett solía ir en ocasiones especiales, y que ahora servía a Axel y Pierce la cena de Nochebuena, hubo un intercambio de regalos; para Axel, como cada año, alguna prenda o adorno ennoblecido por el nombre de una tienda artesonada de Madison Avenue, o por una marca inglesa o las armas de la familia real; para Pierce, últimamente, siempre algo de mogollón; un libro, este año.

—Te acuerdas de él. Claro —dijo mientras Pierce rompía el envoltorio—. Oh, Dios, yo sí recuerdo cómo te gustaba. Pedías ver las láminas, las bellas láminas... —Axel imitó la expresión de asombro un niño.

—Oh —dijo Pierce—. Hum.

—No la edición original —dijo Axel.

—No importa —dijo Pierce.

—Yo te lo leía.

Era la versión de Sidney Lanier de la leyenda artúrica, en la antigua edición de lujo de Scribner con ilustraciones de N. C. Wyeth. Todo cielos ultramarinos y blancas armaduras de plata. Sí, claro que lo recordaba. Tenía un ejemplar en rústica, con tapas de papel satinado pero no recordaba que le hubiera gustado *especialmente*, como le

habían gustado otros libros; y el abrir este mohoso ejemplar de tapas duras no le produjo ninguna emoción particular; las ilustraciones y el texto sugerían algo remoto, intacto y frío, claro pero no suyo: todo cuanto Pierce pensaba que Axel quería significar con la palabra puro, usada en un sentido absolutamente personal, para expresar algo que a él lo conmovía profundamente y a Pierce nada en absoluto.

—Vaya, gracias —dijo—. Claro que me acuerdo. —No quería encontrar los ojos de Axel, porque temía que pudieran estar llenos de lágrimas. Podía imaginar que, cuando él era pequeño y su padre le leía esas historias, Axel había confundido su silencio y su desconcierto con la misma profunda emoción que a él lo embargaba; pero, en realidad, lo que Pierce recordaba muy vividamente de aquellos cuentos leídos a la hora de dormir, no eran esos caballeros, sino las dramatizaciones de Axel, con minucioso detalle, de los episodios de la serie de Flash Gordon. Ming el Despiadado, los Marcianos de Barro, todo ello, los mejores pasajes de diálogo, repetidos una y otra vez, puntuados por la risa autosatisfecha de Axel, y por el deleite de Pierce; los ojos de su padre relampagueando histriónicamente, su cara rechoncha transmutándose de la resolución heroica a la amenazada pureza, a la malignidad demoníaca, una y otra vez. Eso era lo que Pierce recordaba.

Y sin embargo (miró la última lámina, la capilla refulgente, el misterio que ella encerraba) recordaba, sí, una noche en que este libro fue la lectura a la hora de dormir. La recordaba, aunque era posible que Axel, quien creía recordar hasta el último detalle de la vida de Pierce con él, la hubiera olvidado. Fue la víspera del día en que Pierce y Winnie se marcharon a Kentucky.

Pierce, en pijama, los dientes cepillados, las oraciones recitadas, yacía con las mantas hasta la barbilla, en el ángulo formado por las dos paredes, contra las cuales estaba arrinconada su cara (cuanto más arrinconada mejor, para prevenir la aparición cualquier cosa que hubiera debajo de ella). Axel, en la misma actitud reverente y tierna en que se había manifestado todo ese día, oprimiendo la mano de Pierce y volviendo la cabeza para sollozar de tanto en tanto, durante todos los paseos y las comidas del día (Winnie en casa a sotas para empacar), sacó del anaquel *El rey Arturo para niños*.

—Este libro —dijo Axel—. ¿Quieres un cuento de este libro? ¿El libro de los caballeros?

Pierce asintió, no importaba lo que le pidieran con tal que lo dejaran salir con vida del ritual de aquellos días extraños y solemnes como una misa de Medianoche. Sí, ese libro.

Axel, frotándose la frente, oliendo un poco a licor y a Sensen, abrió el volumen.

—Bueno, aquí hay una historia —dijo—. Una historia de un niño pequeño igual que tú —con una voz que le sonó como un gemido cavernoso—. Como tú, y era un buen chico, como tú. Su nombre era Percival.

Carraspeó para disimular el sollozo que le oprimía la garganta.

—El padre de *sir* Percival era aquel rey, Pellinore de nombre, que tan terrible

batalla librara contra el rey Arturo. El rey Arturo arrastrólo de ciudad en ciudad, y de comarca en comarca, y al fin lo desterró a las florestas solitarias, lejos de las moradas de los hombres, como a una bestia salvaje. Todo aquello fue el comienzo de una inmensa desventura para la dama que antes fuera reina; y un enorme peligro para la vida del pequeño Percival. Ahora bien, Percival era extraordinariamente bello, y su madre lo amaba mas que a todos sus hijos. De ahí que tanto temiera que el niño pudiera morir por causa de tanta tribulación.

»Y un día, el rey Pellinore dijo:

»“Mi bienamada, no me siento ahora, en modo alguno, apto para defenderos a vos y a este pequeño”.

Axel hizo una pausa después de estas palabras, tragó saliva y Por un momento se quedó con los ojos fijos en el vacío; Pierce, mudo de extrañeza, aguardaba. Al fin, Axel prosiguió:

—«Razón por la cual os apartaré de mí durante un tiempo, de modo que podáis permanecer ocultos hasta que este niño haya decidido en años y estatura, hasta que haya alcanzado la edad viril y pueda defenderse por sí mismo.

»“Ahora bien, de todas mis posesiones de otrora, sólo dos me n quedado: un castillo solitario en esta misma floresta (hacia el cual ahora me encamino) y una torre lejana, en un muy desolado confín del mundo, defendido por altas montañas. A ese sitio os enviaré”.

»“Y si este niño, habiendo llegado a hombre en aquella comarca solitaria, resultase débil de cuerpo o medroso de espíritu, haréis de él un clérigo de las Santas Órdenes. Pero si en cambio demostrara ser fuerte y vigoroso, y templado de espíritu, y si deseara acometer empresas de caballería, no le apartaréis de sus deseos y le dejaréis recorrer mundo a su entero albedrío”.

Interrumpió la lectura y cerró con fuerza los ojos, llenos de lágrimas.

—Serás un buen muchacho ¿verdad que sí? —dijo—. Serás un buen muchacho y cuidarás de tu madre, como un buen caballero.

En su rincón, Pierce asintió.

—«Y así —dijo Axel reanudando con dificultad la lectura—, así, el rey Pellinore se encaminó hacia ese castillo solitario donde el rey Arturo lo descubrió y combatió contra él; y la madre de Percival se encaminó a aquella atalaya entre montañas que el rey Pellinore les describiera: una única torre que apuntaba hacia el cielo como un dedo de piedra. Y allí moró con su hijo dieciséis años, años en los que Percival nada conoció del mundo, ni de sus fortunas ni adversidades, sino que creció salvaje y permaneció inocente, igual que un niño pequeño».

»Oh, hijo querido. —Axel se inclinó hacia Pierce como si fuera a hundir la cabeza en el regazo de su hijo, pero no lo hizo; se oprimió la frente con la mano—. Crecerás y serás un hombre fuerte, ¿verdad que sí? Sí, y viril e inocente. Y si deseas acometer empresas de caballería, oh, no dejes que te lo impidan. Oh, no.

Irguió la sufriente cabeza.

—No permitas que te inciten a odiarme —dijo—. A tu padre. No permitas que te inciten a odiar a tu padre.

La histriónica medida, la solemnidad calculada, habían desaparecido; y Pierce, aterrorizado, vio a una persona adulta llorar como un niño.

—Y volverás —sollozó—. Volverás ¿verdad que volverás un día? Volverás.

Pierce no dijo nada; no sabía si esa casa de Kentucky sería en verdad un dedo de piedra en un páramo rodeado de montañas, ni si volvería alguna vez a este castillo solitario. Pero sabía, en cambio, que a él no lo desterraban, sabía que su madre se iba con él, huía con él, y que hermoso no era. Para nada.

Y había vuelto, después de todo. Pero ahora se disponía a partir una vez más.

Durante la cena comunicó sus novedades, empezando por la venta del libro, a una cifra que exageró un tanto. Axel lo celebró con reverentes felicitaciones. Para él no había vocación más sublime que la de escribir; pese a su vasta y azarosa erudición, le resultaba enormemente difícil expresarse sobre el papel o redactar siquiera una carta. Luego, la renuncia al Barnabas. Esta noticia provocó reacciones contradictorias, la docencia ocupaba, en la escala de Axel, un rango apenas inferior a las letras. Pierce le aseguró que si alguna vez tenía que volver, Barnabas estaría más que ansioso por contratarlo de nuevo y que, de cualquier manera, había otras escuelas en otros sitios.

—Otros sitios —dijo Axel—. Bueno, otros *sitios*.

La decisión de abandonar definitivamente Nueva York cayó como un hachazo. Axel la escuchó abatido y consternado, su cara fofa se desencajó horriblemente. En un principio optó por considerarla sólo como una excentricidad, una loca fantasía de su hijo que un amable desdén ayudaría a disipar; era absurdo, si en verdad iba a embarcarse en un libro, abandonar las grandes bibliotecas, las galerías, los archivos de América, y languidecer en un poblacho de provincia (aquí Axel trazó escenas de la vida campestre, inspiradas tal vez en los aguafuertes de Marjorie Main, patanes con largas barbas de chivo desconcertados por la «rudición»). Pero Pierce insistió con la misma dulzura, y al fin Axel se serenó.

—No es que te vea tan seguido ahora —dijo—. Pero ya no te veré nunca.

—Eso no es cierto —dijo Pierce—. Demonios, no es mucho más complicado venir desde allí que desde Manhattan. En tiempo real.

Y en esfuerzo. Volveré. A menudo. Para aprovechar las bibliotecas. No perderemos contacto.

Axel no se consolaba.

—Oh no, Pierce, no. Oh, ¿dónde anda ese camarero? Moselblümchen. Mañana, a prados verdes y pasturas nuevas. Sirve, sirve.

Hay circunstancias en que los excéntricos más egocéntricos toman conciencia de su excentricidad, saben que una serie de conexiones ordinarias entre ellos y el mundo han sido cortadas o nunca han existido. Axel sabía eso. Sabía que sus canales de comunicación eran tenues, y que estaban obstruidos por la estática, y se condolía de su propio aislamiento. El retorno de su hijo a la ciudad, convertido en un adulto que

lo encontraba interesante y ameno, y no ya un niño que se sintiera apabullado e incómodo en su presencia, había sido para Axel un regalo inesperado, inesperado y precioso. Y lo había explotado al máximo, agotando el oído de Pierce en largas y divagantes conversaciones telefónicas, insistiendo en visitas vespertinas a museos y recitales de órgano, sin que lo desanimaran los sucesivos rechazos. Pierce significaba mucho para él: eso decía frecuentemente; menos como hijo —pese a la solemnidad con que asumía el rol, le resultaba imposible mantener durante largo tiempo una actitud paternal— que como un amigo comprensivo, o al menos paciente.

Pierce trataba de ser paciente. Trataba de hacer en su vida un sitio para Axel, una vida en la que Axel encajaba con dificultad. Hallaba una exasperada fascinación en el hecho de que ese hombre extraño —rechoncho, una cabeza más bajo que él, de pies y manos delicados de los que se enorgullecía— fuera su padre; el Axel que Pierce recordaba de cuando era pequeño no era una persona de estas características. Los dos juntos en una salida como ésta, le hacía pensar a Pierce frecuentemente en aquel niño bueno de las revistas de historietas, y en su duende padrino con alas de insecto que fumaba puros y que solía acompañarlo. ¿Cómo era que se llamaba? McFeeley, Gilhooley, nunca se acordaba de preguntárselo a Axel. Él lo sabría, con seguridad.

—Llévame contigo —suplicó Axel, más bien en broma—. Sobre tus espaldas, como el viejo Anquises.

—Puedes visitarme. Estoy seguro de que tendré un cuarto de huéspedes. O al menos un mirador.

—¡Un *mirador*! Un mirador. ¿Y cómo se va a ese lugar, y cómo se vuelve? Hay autobuses, supongo. Autobuses.

—Hay autobuses. Ya la larga compraré un automóvil, me imagino.

—Un *automóvil*.

El único intento de Pierce en su vida adulta en el campo de la ficción había sido un retrato de su padre. Pensaba titularlo: «El hombre que adoraba la Civilización Occidental», y durante un tiempo trabajó en él, pero sus transcripciones de las charlas de Axel en la sobremesa sonaban ficticias, lo hacían parecer un autodidacta poliposo, un farsante, carecían de la pasión y la vehemencia de su padre. Y los detalles extravagantes de su vida, una vez escritos, sonaban inverosímiles, totalmente ficticios —tal como sonaban cuando Axel, puro de corazón y casi incapaz de una falsedad deliberada— se los relataba a Pierce.

Pierce tenía que admitir que el mundo en que vivía Axel era un mundo real, aunque no fuera el suyo. Durante un tiempo, después que Pierce y Winnie se marcharan a Kentucky, y antes de que el dinero de la TV pusiera sus pequeños pies de nuevo en tierra, Axel había pasado algunos años de indigencia, o poco menos, en las calles, vagabundeando; y había habido épocas, después, en las que Axel había caritativamente visitado, o torpemente recaído, sin querer, en un submundo poblado por ex jefes de la Marina, rudos pero nobles de corazón, por actrices de Broadway nonagenarias, que expiraban entre recuerdos en sórdidos hoteluchos, por judíos,

eruditos en librerías polvorientas que percibían bajo los andrajos las verdaderas cualidades de Axel; por curas obreros que él admiraba, viriles y puros, y pegajosos filisteos del Ejército de Salvación, de cuya tierna misericordia (palabras de Axel) había tenido que depender.

—Tierna misericordia —repetía Axel con un dejo de Ming—. Tierna misericordia.

Hasta donde Pierce sabía, todos ellos, y las tramas que representaban, eran exactamente como Axel las describía. Hasta donde Pierce sabía, los hombres del rescate de demolición en el que Axel estaba ahora implicado, se pasaban las manos por el pelo y arrastraban los pies con timidez, como Axel decía que lo hacían; tal vez dijeran realmente cosas tales como «cuando un amigo está caído necesita otro que lo recoja» y en general actuaban como personajes del *Boy's Town*, que no habían crecido demasiado. En todo caso Axel era mucho menos inocente respecto de su ciudad que lo que sugerían a veces los ámbitos oníricos de los que hablaba; menos inocente incluso, en ciertos aspectos, que el propio Pierce. Podía aún escandalizar a su hijo con lo que sucedía de madrugada en las atiendas de los bares de proletarios, frecuentados por policías y bomberos. Pierce había aprendido muchas cosas de Axel en los últimos años, y no sólo en el marco del interés que compartían por la Civilización Occidental; también muchas otras fuera de ella. Y de este modo, aunque el largo y apasionado cortejo de Axel era a menudo exasperante; y aunque casi siempre era imposible tener una verdadera conversación con alguien cuya vehemencia torrencial arrasaba las orillas y desbordaba los canales de cualquier conversación; y aunque todos los amigos y las amantes de Pierce no lo habían podido soportar por más tiempo que el de una breve visita, Axel retenía aún el interés de su hijo. En el fondo Pierce quería sinceramente a su padre y lo encontraba a veces el más extraño de los hombres. Cuando a altas horas de la noche, «exaltado» —como él decía— por el vino, mientras deambulaban por las calles de Brooklyn que conocía y amaba, se ponía a cantar canciones de Thomas Moore con una dulce y clara voz de tenor, Pierce hasta sentía que lo amaba.

—Mañana —dijo Axel en esa Nochebuena transida de recelos—. Mañana, a verdes prados y pasturas nuevas.

—Verdes bosques —dijo Pierce—. Es verdes *bosques*.

—Mañana a verdes *bosques* y pasturas nuevas.

Después de la cena, habían ido andando cogidos del brazo hasta el muelle de Brooklyn Heights, para contemplar Manhattan —última etapa del ritual navideño recientemente incorporado, cada uno de cuyos hitos se había vuelto instantáneamente precioso para Axel. Desde allí, habitualmente, observaban el apartamento del malogrado Hart Crane, ahora propiedad de los Testigos de Jehová, para la anual indignación de Axel; habitualmente Axel improvisaba una disertación sobre el horizonte estropeado por la presencia allá lejos, en el centro de la ciudad, de dos titánicos cartones de cigarrillos que cada año volvían a horrorizarlo. Esta noche

parecía no verlos; había bebido más que de costumbre, Pierce se había sentido incapaz de negarle una segunda botella.

—Oh.

Pierce. Tienes que prometerlo. No me abandonarás.

—Oh, vamos, Axel.

—No debes abandonarme. —Con una horrible voz cavernosa. Y en seguida mitigándola con forzada displicencia—. Tu viejo papá. —Tomó de nuevo el brazo de Pierce—. No abandonarás ahora a tu viejo papá, ¿verdad que no? ¿Verdad que no? Somos colegas ¿verdad, Pierce? Más que padre e hijo. Somos colegas ¿verdad que sí?

—Claro que sí. Por supuesto que sí. Te lo aseguro, no queda tan lejos.

—Y así el joven se irguió —dijo Axel, con un amplio ademán del brazo—, y se envolvió en su manto azul. —Se rió y repitió el ademán, más ampulosamente—. Y se *envolvió en* su manto azul. Mañana a verdes bosques y pasturas nuevas. Oh, acompáñame a casa, Pierce, acompáñame a casa, no está tan lejos, te lo ruego.

Sí, él *quería* a su padre; era una carga, pero Pierce no se sentía a menudo avergonzado o hastiado de él; y sin embargo —se preguntó en el tren de regreso, mientras cruzaba el río hacia Manhattan, ya desatados todos los lazos de pasión con la ciudad— hasta qué punto el hecho de tener un padre como Axel había influido en aquel voto que se sintiera obligado a hacer la noche de su cumpleaños: se preguntó (las manos frías, hundidas en los bolsillos de su gabán, helado el corazón momentáneamente hueco) en qué medida los efectos de esa extraña e incurable herida que de algún modo Axel sufriera tanto tiempo atrás, habían recaído sobre él; y hasta qué punto tendría que ver con la que Pierce sentía ahora abierta y no restañada dentro de él.

—Bueno, mañana a verdes bosques y pasturas nuevas.

Y así, en la primavera, Spofford bajó desde las Colinas Lejanas en su viejo camión; y Pierce y él lo cargaron con el contenido del apartamento, menos tres docenas de cajas de libros enviadas por separado. El camión de Spofford era descubierto, de modo que mientras lo cargaban ambos miraban ansiosamente el cielo, pero el día se mantuvo radiante. Colgaron en el ascensor los lienzos protectores que el encargado insistió en que utilizaran, y en esa celda forrada, dos locos incansables, atareados, subieron y bajaron en compañía del escritorio, la máquina de escribir, la cama, los cuadros, los bibelots y un enorme espejo ornamental, pesado como una lápida, todo lo cual parecía fuera de lugar, un tanto llamativo y avergonzado de estar expuesto allí a la luz del sol primaveral.

Pierce había hecho ya todas sus despedidas; una cena, la víspera, con la Esfinge, la más dispendiosa. Ella había conseguido, dijo, un apartamento diminuto a precio antiguo, uno de los pocos que aún quedaban en un barrio chic, en el centro de la ciudad, donde vivían algunos de sus antiguos clientes; todavía no estaba en condiciones de pagar la electricidad y vivía a la luz de las velas, comía fuera y no quería teléfono. Había empezado a ganarse un poco la vida, frecuentando las tiendas

de ocasión y los mercadillos, adquiriendo chucherías, bufandas estampadas y corbatas pintadas a mano, bisutería, naderías, *art Decó* dijo riendo y encendiendo otro cigarrillo. Los precios que ponía a estos artículos eran inflados para demostrar la infalibilidad de su gusto y la pericia de sus búsquedas; los revendía a sus conocidos, a menudo a aquellos mismos antiguos clientes, cuyos deseos de tales cosas eran tan intensos como repletas sus billeteras.

Una tienda ambulante de antigüedades.

Tal vez (propuso Pierce, en el breve final de la velada, agotado por alguna razón pero impelido a continuar sin duda por la misma razón) podría ver ese pequeño apartamento a la luz de las velas. El suyo era esa noche un caos tal...

No, ella no creía que pudiera. Era un vertedero, un verdadero vertedero; tal vez cuando lo arreglara...

—Ya no estaré aquí para entonces.

—Volverás. Y además yo iré a visitarte.

A Pierce, imaginando sus tacones altos en la acera de su calle, su perfume, a la orilla del Blackbury, le pareció inverosímil. Y sin embargo, quizá no fuera más inverosímil que lo que él mismo había hecho —o estaba a sólo un paso de hacer, lo que estaba a punto de hacer—: mudarse. Una noche reciente, saturada de olores primaverales, había salido a caminar por la plaza de la Universidad y el parque Gramercy, asomándose al parque privado; donde la hierba era verde y los tulipanes empezaban a florecer. Dio la vuelta alrededor del parque observando los altos ventanales de los espaciosos apartamentos que lo flanqueaban, edificios suntuosos que él siempre había codiciado. Tal vez, pensó, si un lugar como éste o como aquel otro fuera mío; una llave de este parque; una renta suficiente como para mantenerlo... entonces, quizá, me quedaría. A pesar de la Esfinge remota, allá en el centro de la ciudad.

—Hazme una oferta —le dijo a la ciudad—. Hazme una oferta.

Pero la ciudad no le hizo ninguna, ni tampoco la Esfinge, tan sólo lo besó entre una nube de humo, y sin lágrimas, y le pidió que escribiera.

Y ahora estaba listo para partir.

De todos modos nunca le había gustado este lugar —pensó, paseando una mirada por el apartamento vacío, desolador sin la vida de Pierce, con los oblongos fantasmas de sus cuadros en las paredes, las pocas cosas buenas y las muchas extrañas que le sucedieran allí, barridas junto a otros detritos o embaladas para la mudanza. Cerró para siempre la puerta. Y pisando fuerte con sus nuevas botas de campo salió, al corredor llevando la última de sus pertenencias, una alta banqueta roja de cocina. La banqueta coronó la pila de objetos en el camión, y con ella balanceándose en la cima, él y Spofford salieron traqueteando de la ciudad; parecerían, supuso Pierce, pioneros huyendo de la sequía. Y a la mañana siguiente Pierce estaba ya en su mirador observando el ir y venir de las luces oscuras y plateadas en el río Blackbury, las manos metidas en las mangas de su suéter y una sonrisa espontánea en su rostro.

Muy bien, dijo, no exactamente en voz alta, dirigiéndose a todos los poderes capaces de concederle tres deseos; venid ahora, venid ahora. Venid ahora, porque he elegido mi destino, me he salvado y desde aquí puedo hacerlo: venid ahora, ahora que puedo mandaros a paseo. Venid ahora, ahora mismo; porque no sabía cuánto más durarían este momento o esta fuerza.

Nueve

Más o menos a la misma hora, Beau Brachman, en la acera de enfrente, salió a su soleado balcón, el primer sol matinal lo bastante cálido como para tentarlo a salir; sobre la pequeña plataforma que había erigido, tendió una estera de oración. Desplazándose con deliberada cautela, pero experimentando muy en su interior algo de la alegría que procura un viaje emprendido después de un largo confinamiento, subió a la plataforma y se sentó en posición de loto. Apoyó las manos sobre las rodillas como sobre un mirador o la barandilla de un barco. Miró a lo lejos, más allá de los tejados del pueblo, y el centelleo del río.

Pensó que sólo haría una breve excursión, ya que había perdido la práctica; sólo para ver, como las marmotas recién salidas de su madriguera, como los halcones que regresaban, para ver que había sido del mundo desde la última vez que tuviera una clara visión de él.

Pasaron veinte minutos, veinte minutos medidos por el reloj escondido en la panza de una tetera, en un estante de la cocina del albergue Lejanas de Val, veinte minutos en el Longines automático con pulsera de lagarto de Boney Rasmussen.

Girando con precaución sobre su estera no demasiado estable, miró desde lo alto al Beau que abandonara en el balcón todavía firmemente sentado sobre la estera de oración. Cambió entonces de rumbo y contempló las montañas del Noroeste que desde su balcón que miraba al río nunca podía ver: el Monte Merrow, arropado en sus bosques de abedules; el Monte Whirligig, con un castillo amurallado en la cima; el Monte Randa, el más imponente de todos. Girando un poco más en esa dirección, Beau vio el monumento en su cumbre semejante al cuerno de un unicornio.

Más arriba. Los valles de las Lejanas, respunteados de ríos y senderos, pálidos a la luz del sol primaveral, los caminos todavía empolvados de las arenas y la sal del invierno, y las praderas de tierra rojiza y sin vida. Unos pocos animales pastando dispersos: allá iba —notó, sin extrañeza— la gran camioneta Bison de Rosie Mucho traqueteando en dirección al pueblo para una entrevista con un abogado o un juez; y allá, un poco más sorprendente, el escarabajo de Val, recién emergido de su crisálida, a punto de toparse con Rosie en el puente de Bella Vista. Otra docena de camiones y coches fueron apareciendo a medida que tomaba altura, un pequeño convertible rojo, una destartada furgoneta de reparto, Beau alzó los ojos: estaba sobrevolando las colinas.

Aquí, en las alturas, el aire era más límpido, la cúpula del cielo se oscurecía hasta un azul cobalto, como el cielo diáfano que corona un desierto, y las reticuladas cadenas de montañas se perfilaban ante él, claras y nítidas. El Monte Merrow, donde vivían los ricos en casas de cristal, sobre laderas escarpadas, abiertas al abismo; el Monte Whirligig, más alto y ahora en movimiento —así lo vio Beau al aproximarse— como un juguete mecánico. El castillo de la cima aparecía y desaparecía, como si fuera bidimensional, invisible de perfil, visible de frente, visible, invisible.

Bidimensional o no, había una zona de sombra en su interior, como si en esa oscuridad se estuviera forzando un nacimiento, el de un bulbo fuera de estación, el de un feto que fuera dolorosamente articulado, miembro por miembro, en la oscuridad. Beau sintió una intensa repugnancia. ¿Qué era eso? Tan lejos de la tierra, Beau aprehendía no tanto imágenes como sentidos y significados, simetrías y discordancias, y cuanto más se alejaba, cuanto más se oscurecía el aire, más intensamente los percibía: como si estuviera quedándose progresivamente ciego, y el significado, cual un sabor o un olor, se hiciera mucho más intenso para sus sentidos.

El Monte Randa, ahora, su frente calva, su cara arrugada, su barba de árboles que esperaban pacientemente reverdecer. Los halcones aleteaban inquietos, en el aire turbulento, alrededor de sus pómulos cortados a pico. En las laderas, Beau vio subiendo cuesta arriba, por una senda escarpada como un antiguo desgarró, a un peregrino atontado por la fatiga y desesperado por llegar a la cima: hacia la cual el propio Beau ascendía plácidamente en espiral, remontándose por encima del vuelo de los halcones. La cima. Y —mientras las montañas dirigían hacia él sus sorprendidas miradas, y el cielo reparaba en su presencia— Beau se precipitaba veloz hacia el Monumento.

Que era, o parecía ser, a medida que Beau se acercaba a él un pedestal de piedra atiborrado de signos en bajorrelieve; y sobre el pedestal un elefante también de piedra, inelegante y fornido, que levantó la trompa e inclinó el grueso cuello para mirar de soslayo a Beau, que se acercaba; y sobre el lomo del elefante, un obelisco con jeroglíficos tallados, pájaros, bestias, cosas. ¡Robusto el elefante! Mientras Beau lo rodeaba, el obelisco se balanceó debajo de él, un puntero, un gnomon; Beau siguió flotando hasta que el Monumento quedó inmóvil, y entonces, con un vértigo delicioso, se sintió despedido de su estera.

Su pie desnudo, seguro, extendido, tocó la punta del obelisco; la rodilla se le dobló; con toda su fuerza Beau saltó hacia arriba, el elefante y el obelisco se balancearon y tambalearon detrás de él casi a punto de caer. Beau se lanzó como una flecha a través del cielo crepuscular.

Las estrellas eran ya visibles, y él ya era visible para ellas.

Su salto hacia el vacío había imprimido a Beau una aceleración de escape y ahora se desplazaba a una velocidad constante; pero no había o no parecía haber un infinito para que Beau viajara en él. La inmensidad se transformaba en esferas concéntricas, como las bambalinas y los telones de un anticuado escenario, que lo contenían y restringían su vuelo. Había esferas de aire y de fuego, y más allá de ellas, las esferas de los siete arcontes; yendo y viniendo como caballos de carrera mecánicos en sus pistas. Y más allá, tomados de la mano como esos muñequitos recortados en papel, doce enormes figuras rodeaban los cielos sin fondo y sin cima, los Eones, seis debajo del horizonte, seis por encima, los seis que lo vieran saltar y que ahora lo contemplaban desde arriba; y sus miradas no eran benévolas.

Heimarmene. La eterna sucesión de los engranajes del cielo.

Beau sabía que los cielos no acababan en ellos, que había mas allá esferas de cuya existencia ni ellas mismas tenían noticia y no podían imaginar, cada una de ellas extensa como una vida y conteniendo vidas enteras de trabajo y transhumancia y risas y lágrimas que era preciso atravesar para llegar a la siguiente. Beau absorbería cada una de ellas al atravesarlas, creciendo, expandiéndose en busca de su propia infinitud, hasta que la encontrara al fin yendo hacia ella por el mismo camino.

Sin embargo, ni siquiera había llegado aún a la primera esfera de fuego, donde vaya a saber qué cosas lo esperaban. Ya no se desplazaba veloz por el espacio, y ahora tan sólo flotaba, súbitamente pesado, presa de vértigo.

¿Y de miedo? Sí, también de miedo.

Existía un nombre para cada una de aquellas potestades a cuya vera él debía pasar, y para las esferas que ellas configuraban, los Eones que las componían, los sufrimientos que causaban (todo una misma cosa); tan pronto como Beau recordara el nombre de la primera y tuviera voz para pronunciarlo, empezaría a cruzar.

Pero no ahora. Había empezado a caer, el peso de su corazón, que golpeaba sus costillas de hierro, lo empujaba hacia abajo.

Que golpeaba. No, no era su corazón. Beau cayó hacia atrás desde el aire por encima de las montañas, del obelisco y el elefante socarrón, y dando una vuelta de carnero cayó sobre su estera de oración en el balcón de la calle de los Arces. Alguien golpeaba a su puerta.

—Beau.

Entró en la habitación y vio a Rosie Mucho, que se asomaba a la puerta, con un cómico mohín de azorada intrusión.

—Beau ¿estás levantado?

—Entra, Rosie.

—Oh, Beau, perdóname... Estabas... Estabas...

—¿Qué pasa, Rosie? ¿Quieres dejar a Sam? De acuerdo, aunque hoy no le tocaba venir.

Algún día, pensó, algún día: algún día cruzarás la frontera y ya nunca más necesitarás volver, en vez de regresar, vas y vas. De un reino a otro reino, cada uno diferente. Eternamente.

—Es algo así como un caso de emergencia —dijo Rosie, entrando en la habitación; y Sam, con las mejillas encendidas por el aire, entró aferrada a los pantalones de su madre.

—Está bien —dijo Beau—. Descansa, descansa ¿quieres té?

—No puedo. —Se acercó a Beau y lo llevó a un rincón fuera del alcance del oído de Sam, que ahora se había detenido para arrodillarse delante de un receloso gato atigrado hecho un ovillo sobre la alfombra—. La cosa es que tengo que ir a Cascadia, al tribunal. Mike y yo ¿te imaginas qué descaro? Es culpa de él que tengamos que ir; y hace apenas una hora me llama para decirme que no puede, que no tiene coche. Tengo que ir a recogerlo —su rostro denotaba una profunda incredulidad—. ¿Te das

cuenta?

—Calma, calma. En este momento estás saliendo fuera de tu cuerpo. Te hará bien.

Ella cerró los ojos, se tomó los codos con las manos; respiró hondo; abrió los ojos como si despertara de un largo sueño y en un mundo distinto: todo para serenarse.

—Está bien —dijo—. Es un poco disparatado.

Beau, con un golpecito, le descruzó con dulzura los brazos y la tomó en los suyos, estrechándola contra su pecho. De improviso, las lágrimas irrumpieron absurdamente en los ojos de Rosie, provocadas como un acto reflejo por el gesto de Beau. Pasado un momento, Beau la soltó.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo ella, turbada y a la vez agradecida—. Hasta luego.

La cabeza ensortijada de Sam, como una pequeña estación de radar, giró en seguimiento de la cabeza de su madre, que apartándose de Beau, se agachó para besarla, se irguió otra vez para marcharse.

—Volveré pronto, Sam. Pórtate bien. —Las lágrimas que Sam había estado conteniendo durante un rato estallaron al fin, pero Rosie desaparecía ya, escaleras abajo.

Recogió a Mike en la entrada de La Cueva de las Roscas, tocando con insistencia varias veces la bocina para llamar su atención. Desde que Rosie lo viera por última vez en el juzgado, Mike se había afeitado el bigote, pero ella prefirió no darse por enterada. Mike subió a la camioneta y cerró la pesada puerta de un tirón; saludó a Rosie, con un aire a la vez modoso y satisfecho de sí mismo.

—El gato que se comió al canario —dijo ella.

—Yo nunca he comprendido —dijo él, con su sonrisa presuntuosa— lo que significa esa frase.

—Antes que nada quería decirte —dijo Rosie—, que de verdad estoy muy fastidiada contigo por esto. —Dio media vuelta para enfilar en la otra dirección, la autopista y Cascadia—. No puedo menos que pensar que lo haces a propósito.

—Es que tengo un propósito —dijo Mike ahora con un tono mas grave—. Claro que tengo un propósito. No creo que sea eso lo que quieres decir. Pero al menos podrías suponer que tengo algún motivo mejor que el de molestarte, simplemente.

Desde que habían firmado el acuerdo de separación (un documento bastante simple, cuya existencia sin embargo, perturbaba profundamente a Rosie), Mike no había hecho más que buscarle defectos, modificarlo, agregarle cláusulas. Solía dar vueltas y vueltas a una u otra condición o cláusula y con frecuencia (a altas horas de la noche), llamaba a Rosie para discutir las; largos monólogos divagantes, no hostiles, acerca del matrimonio y la justicia y sus propios sentimientos. Cuando Rosie se negaba a hablar con él, la hacía llamar por su abogado —su abogado era una mujercita de huesos pequeños, ojos grises y expresión feroz que intimidaba a Rosie y que al parecer estaba dispuesta a hacer por Mike cualquier cosa; y a la larga este tira y afloja había adquirido tales proporciones, que ahora el acuerdo debía ser revisado

de nuevo por el Juez.

—Era importante para mí —dijo Rosie— yo también soy una persona, Rosie...

—No quiero hablar de eso, Michael. Allan me dijo que no hablara de cosas contigo, y yo no voy a hablar de cosas.

El vehículo salió de las Jambas a la autopista del Sur, para internarse por las carreteras que iban a Cascadia, sede del juzgado de la región.

Y sin embargo, probablemente fuera cierto que no lo hacía Para molestarla, pensó Rosie; él estaba más metido en esto que ella; sus necesidades, lo que él sentía que era lo justo para él, lo Preocupaban más que a ella. Allan Buttermann le decía que las suyas deberían preocuparla tanto como a él, pero no lo hacían; para Rosie el mero hecho de tener que negociar por las cosas, el dinero, los derechos, hacía que nada de eso valiera la pena; cuanto más Polenta fuera esa negociación, menos valdría la pena. Ceder los bienes requería menos negociación que luchar por conservarlos, y a no ser por Allan, ella lo habría cedido todo, y asunto terminado.

—Bueno, y cómo estás entonces, en general —preguntó Mike—. Si es que esto se puede preguntar.

—Perfectamente —dijo ella, con recelo.

—¿Estás haciendo algo? —No la miraba a ella, miraba por la ventanilla como si buscara algo, como los actores de TV cuando viajan en coche, para llenar el tiempo mientras recitan sus parlamentos.

—Sabes que estoy trabajando para Boney. En la Fundación, a jornada completa.

—No me refería a eso —dijo Mike—. Cuando estabas conmigo siempre tenías montones de proyectos. Pintabas.

—No pintaba.

—O cosas por el estilo, tal vez ahora estés demasiado ocupada.

Los moteles y restaurantes de la franja de Cascadia habían aparecido, la geometría amebiana de sus letreros y terrazas. La Correduría. Los Brazos de Morfeo. El Volcano.

—En realidad —dijo Rosie—, he estado pensando en un cuadro.

—¿De veras?

—Uno bien grande. Mucho trabajo.

—¿Sí?

—Es un cuadro —dijo ella, improvisando— de las Valkirias. ¿Es así como se llaman las guerreras que transportan a los soldados muertos?

—Hum, sí. Valkirias.

—Bueno. De ellas, pero no en la batalla. Después. Las Valkirias, ya sin armas, reposando al final de la jornada, quitándose las armaduras.

Mike había empezado a sonreír, mirándola de soslayo, interesado.

—Mujeres corpulentas —dijo Rosie— pero no en pose. No dramáticas. Ordinarias. Un poco doloridas tal vez, agachadas, desatándose los cómo se llamen de los tobillos. Montones de armaduras alrededor, como equipos de fútbol.

—Vestuario de mujeres.

—Algo así, pero no en broma. Realista. —Nunca hasta ese momento había pensado en ese tema, acababa de ocurrírsele, pero ahora podía verlo con gran vividez; el apagado resplandor de los colores de Rembrandt, una oscura tierra de nadie; grandes cuerpos relucientes de mujeres comunes, conversando, observándose ociosamente los magullones, los rostros como los que aparecen en las Cándidas instantáneas, cargados de pensamientos secretos—. ¿Quiénes eran?

—Me gusta —dijo Mike—. Una ojeada al vestuario de las mujeres. Algo que siempre me ha atraído.

—No es eso —dijo Rosie—. No lo que tú estás pensando.

—¿No? ¿Entonces qué estarían haciendo?

—Están *allí*, simplemente —dijo Rosie—. Están cansadas.

Mike seguía sonriendo ante el cuadro imaginado por él. Rosie experimentaba una ligera irritación familiar, la impaciencia de ser mal entendida, especialmente por la omnívora calentura de Mike.

—Y tú ¿cómo estás tú? —preguntó ella, devolviendo el golpe—. ¿Cómo está Vampira?

—Rosie.

—¿Y qué? ¿No os vais a casar cuando todo esto haya terminado?

—Éste no es un tema de discusión. —Volvió a mirar por la ventanilla acariciándose el sitio donde estuviera el bigote. Pobre tipo, pensó Rosie, mirándolo de soslayo, atrapado en las redes del amor.

Alguna vez, Mike le había contado que al principio, cuando empezara a estudiar Psicología, se hablaba aún de un «período de latencia» en los varones; algo que a él lo había intrigado, puesto que nunca había pasado por un período de latencia: siempre, toda su vida —dijo— había estado ansioso por meterse entre las piernas de las chicas, o que las chicas se metieran entre las suyas; había pasado toda su infancia intentándolo.

Curioso en un psicólogo, pensaba Rosie, esa irreflexiva proyección de sus deseos sobre el mundo, esa proyección de que Mike era capaz. Sus deseos eran a veces — con mucha frecuencia— frustrados, y ello le causaba dolor (y elaborar el dolor era lo que Mike llamaba Crecimiento y Madurez); a veces, decía, se sentía incluso a merced de sus deseos, y mucho mejor sin ellos; pero de todos modos los tomaba como simples datos, así como el valor que otorgaban a lo que él deseaba. Nunca tomaba en cuenta el hecho de que el deseo podía inducirlo a error en la elección del objeto; él podía decir que sí, pero no era verdad.

Ésa era una de las razones del absurdo trío en el que Mike la había embaucado a ella, a ella y a una asesora legal de Los Leños, con quien Mike se había encandilado: el indudable valor que Mike le atribuía, su noche famosa, tan difícil de rehusarle, como a un chiquillo diligente que quiere barrer tu vereda o rastrillar tu jardín.

—Es posible que las cosas no te salgan tan bien —dijo ella, repentinamente seria

—. Ya sé que ella es tu tipo, ese tipo misterioso de mujer morena.

—En realidad ella es muy lista —dijo Mike. Alzó la barbilla, un gesto rápido para aflojar el cuello de su camisa, un indicio de que hablaba en serio de sí mismo y de sus proyectos—. Está haciendo investigaciones para mí. Aplicando el Método. La Climateria. Aplicando los parámetros a vidas elegidas al azar. Ha descubierto cosas interesantes, es muy voluntariosa.

Ésa había sido la otra razón, desde luego; Rose, su buena voluntad, su abstraída y mansa aquiescencia. Mike la confundía con calentura, porque él quería que lo fuese. Pero era fantasmal. La mirada de algún modo ausente, nunca del todo atenta a lo que acontecía.

Al principio, la noche aquella no significó nada para Rosie, o eso le pareció, al menos; apenas la sorpresa de lo bien que habían ido las cosas, la poca resaca que dejaran. Aquella noche, ella se había desprendido de algo, ahora lo veía. Se había apartado, había dado media vuelta, y empezado a alejarse. Y aunque creyó al principio que sólo se alejaba de Mike y sus necesidades, de su matrimonio, de Stonykill, desde entonces había continuado alejándose, siempre más lejos, más lejos tal vez de lo que ella misma creía, siempre más lejos de, nunca hacia.

Un estremecimiento inmenso, irreprimito le sacudió los hombros.

—¿Qué? —dijo Mike.

—Nada —dijo ella—. Alguien acaba de caminar sobre mi tumba.

La Bison alcanzó la cresta de la última estribación de las Lejanas, y el carril que conducía hacia Cascadia se desplegó a través del valle, las gasolineras, los restaurantes en miniatura y los aparcamientos repletos de coches: un batiburrillo de juguetes multicolores; el surco de la carretera que los separaba se perdía en la vieja ciudad gris, desde aquí casi un paisaje del *Cinquecento*, los barrios populosos y los ennegrecidos campanarios, la cúpula del Palacio de Justicia.

Si alguna vez quisiera endurecer la negociación, pensó Rosie, si necesitara hacerlo, podía esgrimir esa historia contra él; llamara Rose al estrado y hacer que Allan la obligara a declarar lo que Mike y ella hacían juntos. Porque ella, Rosie, había sido una madre separada ejemplar, en realidad, dadas las circunstancias, no había tenido verdaderas tentaciones: se había portado bien. Había prescindido desde esa noche del último verano, la fiesta a la orilla del río, la fiesta de la Luna llena: cuando Spofford la había empujado al tenderete de perros calientes, y se había acostado con ella sobre su vieja manta navaja, mientras afuera continuaban los rumores de la fiesta.

En sus sucesivas comparecencias junto a Allan Butterman ante el Tribunal, y en los arbitrajes, Rosie había comprendido por qué Allan parecía siempre abrumado por emociones intensas, apenas contenidas. En tales circunstancias a Rosie la inundaba una multitud de sentimientos contradictorios y variables, incapaz de evitarlos o mitigarlos: furia cuando Mike mentía, triunfo cuando Allan respondía eficazmente, culpa, turbación, odio, ninguno de los cuales le gustaba sentir. Aquellas audiencias no

le parecían a ella negociaciones sino un horrendo ritual oscuro en una cárcel de Piranesi, un castigo impuesto para poder luego salir en libertad: podrías irte si eres capaz de soportar esto, si puedes caminar sobre estas ascuas, bañarte en esta hirviente sangre de toro. Allan, quien con seguridad no sentía nada de todo esto, probablemente sólo lo absorbía del exceso de los vapores de sus clientes y de aquellos con quienes trataba.

—No sé cómo los jueces pueden decidir —le dijo a Allan durante una pausa (Mike cuchicheaba con su abogada en el rincón opuesto)—. ¿Cómo saben si lo que deciden es lo justo?

—No lo saben —dijo Allan, estirando las piernas, cruzando los pequeños pies calzados de negro—. Un juez que conozco me confesó cierta vez que en verdad eso le preocupaba, el hecho de no saber. Y no me sorprendió en absoluto lo que me dijo. Él tenía plena conciencia, dijo, de que no sabía nada más que lo que exponían las partes. El marido y la mujer se comportan ambos de la mejor lanera; el crío, endomingado. De haber vivido con ellos puerta con puerta, habría sabido mucho más. Pero él tiene que tomar su decisión basándose en lo que sí sabe, aun cuando ello no sea, ni de lejos, la historia completa, ni siquiera la verdadera historia; y aun cuando su decisión vaya a afectar a los interesados para toda la vida.

Rosie sintió un terrible pavor, como una ráfaga de viento frío. Quizá había cometido un error al decidir como lo hiciera tan instantáneamente quedarse con Sam. Cuando quizá fuera Mike quien, en realidad y después de todo, la quería más. Por un momento, un abismo pareció abrirse dentro de ella, desde donde le era difícil escuchar a Allan.

—Lo único que lo reconfortaba —dijo Allan— era su absoluta certeza de que, si dictaba una sentencia equivocada, todos acabarían por comparecer una vez más. Y otra. Hasta que toda la historia íntegra y verdadera saliera a la luz. —Miró a Rosie de soslayo—. Quien sabe —dijo.

Había intentado convencer a Mike de que fuera su abogadita quien lo llevara de vuelta a casa, pero él arguyó (¿no se cansaría nunca?) que a lo mejor tendría que esperar varias horas hasta que ella resolviera sus diversos asuntos en el juzgado, y que parecía poco razonable no compartir el mismo viaje en la que fuera, hasta hacía muy poco, su camioneta.

Puede que estuviera cansado. Subió al asiento trasero empujando los rotos libros para colorear, las galochas y mapas y vasitos de helado, las latas vacías de aceite, y se tendió. Su cuerpo era de los que se adormecen con el suave traqueteo del coche y el ruido de un motor. Ni siquiera se despertó cuando Rosie viró hacia un paisaje pintoresco y detuvo la camioneta en punto muerto.

Mi castillo, pensó. Era informe y cómico visto así, tan de cerca, un ramillete de chimeneas dispuestas al azar, envuelto en la sórdida palidez del invierno, igual que el resto del mundo. El Butterman. No suyo, en realidad, no, desde luego; por mucho que lo hubiera acariciado en lo profundo de su alma, como al castillo de una alegoría, que

representara todo lo suyo. Todo lo que era suyo.

Si se escabullera ahora abriendo la puerta sin despertar a Mike, podría saltar el parapeto y descender hasta la orilla del río. Allí podría encontrar un bote, un bote a remo, olvidado al azar, volcado sobre la playa, los remos junto a él; y zarpar a través del río, arrugado como seda gris, y llegar a las rocas de Butterman. Y entonces.

Absurdo, pensó: como si ese edificio estuviera lo bastante lejos como para huir y ocultarse en él. La encontrarían tras una búsqueda y la traerían de vuelta y la obligarían a continuar con la vida que llevaba o fingía llevar. Era verdad que hacía tiempo que Rosie no pintaba, pero no porque hubiera estado muy ocupada; sucedía que, de algún modo, había empezado a dudar de ella misma como pintora: no de su talento ni de su habilidad necesariamente, sólo de sus razones para hacerlo; no sabía bien por qué ella, o quienquiera que fuese, pintaba. Mi arte, mi pintura.

Era como la camioneta y los bonos de ahorro y las cuotas de préstamos por los que Mike quería negociar: uno tenía que saber por qué hacía las cosas para que todo le saliera bien, de lo contrario más valía no hacerlas.

Mike sabía. Mike sabía lo que era suyo y las cosas que quería y lo que amaba; y si Rosie estaba segura de que lo que Mike más amaba en el mundo era Mike —de que él estaba cometiendo un simple error como un gatito que le pega a su imagen en el espejo— bueno, quizás eso fuera lo que en realidad es el amor, una ilusión, pero una ilusión sin la cual la vida no podría continuar, como la percepción del color o de las tres dimensiones, y Mike la tenía y ella la había perdido.

No, eso no podía ser.

No podía ser y sin embargo, ella había empezado a sentirse alarmada con las manos en el volante, con Mike respirando rítmicamente detrás de ella.

Mi pintura. Buscó en su interior la tibieza que le había procurado aquella extraña visión de las Valkirias, que al parecer ya no existía. Sam, no, no Sam. Mi trabajo, entonces. Mi perro. Mi coche. Era como si al nombrar todas esas cosas se estuviera dirigiendo a un vacío, a un triste y temeroso deseo sin objeto, a una nada, sí, una nada sentada al lado de ella y que devoraba todo lo que ella ponía entre ella y su nada.

Mi perro Nada.

Puso el coche en marcha, y la respiración de Mike se alteró junto con la del motor; lo llevó dormido hasta la autopista y penetró en el torrente de vehículos que volvían a casa, a las Lejanas, lo mismo que ella. En el espejo lateral, mientras ascendía la colina, divisó el castillo de Butterman, que retrocedía rápidamente hacia el sur y se empequeñecía en la distancia.

III - FRATES

Uno

En el verdeplata de un lluvioso abril bajaron a Glastonbury siguiendo los largos caminos rectos, el señor Talbot a lomo de un jamelgo prestado, el doctor Dee en su yegua moteada, una manta de piel de cabra aceitada sobre los hombros, un amplio chapeo, como de campesino, en la cabeza, y su hijo Arturo a las ancas. Las nubes tenues se arracimaban y se dispersaban, la lluvia ligera era fresca, casi tibia. En el trayecto, el doctor señalaba un muro de piedra, una viejísima iglesia; les mostraba cómo corrían las carreteras romanas, claras y rectas, y cómo otro camino, mucho más antiguo que éste, iba dejando atrás pueblos, y mercados, y cementerios, oculto ahora y perdido, pero más directo que cualquiera de los que jamás construyeran los romanos. A lo largo y abajo de esta verde Inglaterra, yacía otra comarca, una comarca hecha de tiempo, tan vieja como joven era esta primavera: replegada por el tiempo como las replegadas colinas, se remontaba casi hasta el diluvio, cuando los hombres de estas tierras no sabían de artes ni de retóricas y sólo se cubrían con pieles.

—Mil años después de aquel diluvio —dijo el doctor Dee— y veinte o treinta después de la caída de Troya, llegó aquí, a esta isla septentrional, aquel Brutus albano.

—¿Ese mismo Bruto de Troya? —preguntó el señor Talbot.

—Ese, sí. Y él, que había salvado a Troya de los griegos (aunque más tarde la reconquistaron) halló a nuestros antepasados sumidos en la ignorancia, pero inteligentes y ávidos de aprender. Y él, Bruto, fue más tarde su rey, el primero de cuantos hubo en la historia de esta isla.

—Y Arturo era de su mismo linaje —dijo Arturo Dee, que conocía la historia y cuanto de ella le concernía.

—Lo era, sí. Podéis comprobarlo en sus armas: tres coronas de oro en un campo de azur, que eran las armas de su primer reino de Logres, cuartelado con el escudo de armas de Troya cuya descripción podéis leer en Virgilio.

—¿Y los sajones? —preguntó el señor Talbot.

—No, ellos eran oriundos de Germania. Arturo era una espina en el ojo de los sajones. Él era un britano, de la estirpe de Brutus. Y esta tierra, su tierra, no podía ser gobernada con justicia ni por un sajón ni por un danés, ni por un francés, hasta el día en que Arturo regresara: hasta que de nuevo accediera al trono un galés de nuestra sangre.

—Yeso fue lo que acaeció —dijo Arturo.

—Yeso fue lo que acaeció, cuando Enrique fue coronado. Y esa nieta suya que ahora ocupa el trono, si Arturo pudiera ser mujer ella sería él.

Cabalaron un rato en silencio.

—Hay quienes negarían la existencia de Arturo —dijo el doctor Dee.

—Allá ellos, padre —dijo Arturo, la mejilla contra la espalda del doctor, cobijándose bajo el ala de su sombrero.

—Que consulten a San Jerónimo —dijo el doctor Dee—, quien alababa a Etico por haber afirmado que las islas de Albión, ésta y la de Irlanda, deberían llamarse islas *Brutannicae* y no *Brittanicae*. Y el viejo Tritemio dice que el imperio de Arturo abarcaba veinte reinos.

—Pero en ese entonces los reinos no eran tan vastos —dijo el señor Talbot.

—No lo eran, no. Mas por la fuerza de las armas, este Arturo conquistó también las islas de Islandia y Groenlandia y Estotilandia. Las cuales deberían estar ahora, por derecho, bajo el imperio de nuestra soberana, todas ellas en el *mare Brittanico*, entre Bretania y Atlantis y hasta el Polo Norte.

Arturo Dee soltó una carcajada.

—Y así se lo he manifestado yo al señor Hakluyt Y así se lo he recordado a Su Majestad.

Arturo Dee rió de nuevo, una risa de triunfo y se abrazó con más fuerza a su padre, de modo que también el doctor se echó a reír; y los tres continuaron cabalgando, riendo cara al sol que en ese momento despuntó sólo para volver a ocultarse.

Al anochecer llegaron a una casa a la vera del camino; una mujer vieja estaba en la puerta, al abrigo de la lluvia que goteaba de los aleros, con las manos bajo el delantal. Y había narcisos y prímulas en su jardín; había una madreselva que trepaba por el muro, y hasta flores que se abrían en la mohosa paja del tejado como en un vergel. La mujer saludó a los peregrinos con una sonrisa.

—Buenos días te dé Dios, Gammer —dijo el doctor Dee inclinándose en una reverencia desde su montura—. ¿Cómo te trata la fortuna?

—Tan bien como Vuestra Señoría quiera imaginar.

—Veo que has agregado un nuevo poste a tu cerca.

—Vuestra Señoría puede ver lo que nadie ve.

—¿Puedes dar posada a tres viajeros y ofrecerles algo de comer? Uno de ellos es un muchacho.

—Puedo hacerlo —dijo ella—. Puedo ofrecerles pan blanco y pan moreno. Y queso y cerveza nueva; y una cama toda para ellos.

—Desde Upton-on-Severn hasta Glastonbury —dijo el señor Talbot— hay una línea recta.

—Sí —dijo el doctor Dee.

Una única antorcha trémula goteaba junto a la cama. Arturo dormía. El doctor Dee y su vidente estaban sentados muy juntos en el borde de la cama, hablando en voz baja para no despertar al muchacho.

—Esa línea recta —dijo el señor Talbot— no puede verse sino desde cierta altura en el aire. Durante un trecho hay un camino que la demarca, y luego un seto. Pasará por debajo de una iglesia o de la cruz de un mercado; y luego un camino correrá nuevamente por ella. Pero sólo desde lo alto podrá verse cómo corre, nítida, recta, como rasgada sobre la tierra.

—Sí.

—Tuve la impresión de que él me izaba —dijo el señor Talbot—. Y me sentí desfallecer. Y vi esa línea, la vi desde la altura.

—Un sueño —dijo el doctor Dee.

—No parecía sueño. Él me llevaba sobre su espalda. De aspecto era... era como un perro o un lobo; tenía una cabeza peluda, y zarpas peludas, con uñas pardas. Pero su figura no pude verla bien, porque parecía envuelta en un hábito como de monje, de una tela pesada. De la que yo me agarré cuando él levantó el vuelo.

El señor Talbot, que observaba el rostro del doctor Dee, creyó leer en él un pensamiento. Dijo:

—Si es un espíritu bueno o no, lo ignoro. Ha estado largo tiempo cerca de mí, no siempre bajo el mismo aspecto. Yo no lo invoqué. Que es el mismo, en diferentes formas, lo sé porque su rostro siempre se muestra bondadoso.

El doctor Dee no dijo nada.

—Esa línea nos llevaba en su camino —prosiguió el señor Talbot—. Como si fuera una acequia por la que rueda un guijarro, o una cañada por la que se persigue a un venado. Esa línea recta. Tan raudo se desplazaba él sobre ella, que su larga túnica parda restallaba tras de él como una bandera en el viento. Y entonces me pareció sentir el olor del mar.

Allá abajo, cambiantes y luminosos a la luz del mediodía, se deslizaban los verdes páramos marinos de Somerset (¿Había sido un sueño? ¿Lo había sido? Palpó el tarrito de piedra oculto en su jubón) y entonces, acercándose a medida que descendían hacia la tierra —y Talbot sintió que le subía una náusea a la garganta—, una colina baja y yerma y una torre, una abadía y una iglesia ruinosa. Aquel de cuya túnica iba asido el señor Talbot, extendió su mano peluda, y mientras señalaba aquí y allá, al sur, al este, al oeste, fueron haciéndose visibles unas figuras que emergían de la tierra, figuras que yacían sobre la tierra, que estaban hechas de tierra, hechas de las elevaciones y los repliegues de las colinas, de las grietas de los caminos sumergidos, las líneas de las antiguas murallas, de los ríos y torrentes: un círculo de grandes seres, hombres, bestias, criaturas, con bosques por cabellera y rocas rutilantes por ojos o por dientes; un círculo de figuras tocándose, todas mirando hacia Poniente. Por momentos, alguna desaparecía, se desvanecía en huertos y campiñas y luego volvía a aparecer: cordero, león, gavilla de trigo.

—Sí —dijo el doctor Dee—. Cordero. León. Gavilla de trigo. ¿Que otras?

—No sé. Peces. Un rey. No alcanzaba a ver.

Describiendo una lenta espiral descendente, como un halcón en caza, aquel que lo transportaba bajó hacia la capilla de la abadía. Uno por uno, los inmensos personajes se replegaron hádala tierra, como si volvieran a dormirse, y ya no fue posible discernirlos.

—Entonces él me lo mostró. En la vieja abadía. El sitio donde yo debía cavar.

—¿Y cavasteis, entonces?

El señor Talbot se frotó la frente como para despertar la memoria.

—Creo que no lo hice. Él... yo me desvanecí. No recuerdo nada, él me sacó de allí y al despertar estaba de nuevo en casa.

—O despertasteis sin haber nunca partido —dijo el doctor Dee.

El señor Talbot miró de reojo a Arturo, y luego se inclinó muy cerca del oído de Dee, y le habló en tono apremiante.

—Si fue un sueño, fue un sueño revelador. Porque más tarde, ese día, hice a pie el mismo camino. Y allí estaba la iglesia, tal como me fuera señalada. Allí estaba el sitio donde yo debía cavar, allí donde se alzaban dos pirámides. A no ser por unos picapedreros que trabajaban allí, todo era igual, idéntico. Aguardé hasta la caída de la noche. Ya la luz de la luna, cavé. Y encontré la cámara, y en ella el libro.

El doctor Dee no decía nada, ni miraba al señor Talbot. Se estudiaba las manos, apoyadas sobre las rodillas. Luego se levantó» y de un pellizco apagó la vela.

—Mañana sabremos más —dijo—. Habremos llegado a la abadía antes del mediodía.

Muy pasada la medianoche, el señor Talbot se despertó, olvidado de dónde se hallaba, caminando aún por la orilla del Támesis con su libro debajo del brazo, sintiéndose perseguido en una noche tormentosa, y viendo una barca oscura y un barquero que espumando las aguas remaba en dirección a él. Permaneció acostar, con los ojos abiertos, rememorando. El rostro de Arturo yacía muy cerca del suyo, los ojos de largas pestañas a medias abiertos, toas su espíritu muy lejos de allí, el señor Talbot podía notar por su respiración, tan regular, que no parecía ser la del muchacho. Del otro lado, envuelto en su amplia capa, el doctor Dee dormía aneando sordamente.

Por la mirilla del bajo ventanuco se filtraba una luz débil. La lluvia repiqueteaba al caer de los aleros. Talbot pensaba en Gales, adonde una vez había huido para esconderse cuando era un muchacho. Recordaba cómo se había escondido en las montañas y vivido en soledad muchos largos meses; cómo se había construido una cabaña de pieles y ramas como los hombres primitivos de antaño, donde se sentaba a escuchar el repiqueteo de la lluvia que caía de las hojas. Después de mucho meditar había modelado una vasija de arcilla y la había cocido en un fuego de leña y carbón. Ahora sabía lo que tenía que hacer.

Un poco más tarde volvió a despertarse y permaneció tendido y en vela hasta el amanecer, sintiéndose puro y limpio por dentro, más que nunca en su vida, como si su corazón estuviera transmutándose en oro. ¿Habría realmente estado en Gales alguna vez? Pensó en lo que había visto y hecho allí, en la lluvia que azotaba las pétreas caras de las montañas, en la mina, en el fuego. Sentía en su interior dos estanques bien definidos, uno de sombra y el otro de luz: ahora de éste ahora de aquél, él podría ir sacando un poco de cada cosa, y no había cosa alguna que no pudiera hacerse con la mezcla.

Después de la Disolución, en los tiempos del rey Enrique, la abadía de

Glastonbury y sus feudos, sus bosques, sus ríos y sus prados, fueron escriturados a favor de diversos señores e hidalgos, vendidos por ellos y revendidos. Todo cuanto la iglesia y sus edificios poseían de algún valor, techos y desagües de plomo, ornamentos, vitrales, todo fue saqueado, los libros y manuscritos tirados o quemados o vendidos por carradas a librereros o a fabricantes de papel. La ruda y el diente de león crecían en las naves a la intemperie, las violetas, entre las piedras derrumbadas; el humo de las fogatas de los vagabundos que buscaban albergue bajo las ruinas de la capilla y de la casa capitular ennegrecía los muros. Los nuevos propietarios se servían de la inmensa catedral como de una suerte de cantera; por una suma de dinero, cualquiera podía llevarse alguna de esas piedras labradas.

—Quienes venden estas piedras no saben lo que hacen —dijo el doctor Dee, cuando el pequeño grupo hubo entrado en el recinto de la abadía—. No saben lo que hacen.

Extendió la mano para acariciar un águila de piedra, allí derrumbada, con un libro de piedra entre las garras, la hierba verde crecía brillante en derredor.

—Aquí se alzaba la iglesia más antigua de esta isla —dijo—. Aquí llegó ese santo varón de Arimatea, con ese cáliz que desde entonces nadie ha vuelto a ver. Aquí, aunque se desconoce en qué lugar está enterrado Patricio, y sabe Dios qué otros insignes esqueletos. Dunstan de Canterbury, en un sepulcro sólo conocido por los monjes de este lugar; y ahora, puesto que ellos han sido expulsados, por nadie conocido. Y Edgar, aquel monarca pacífico y providente.

—Y Arturo —dijo Arturo.

—En un gran sarcófago, no de plomo ni de piedra sino de roble, un roble ahuecado, allí lo hallaron; su tibia más grande que tu tibia y tu fémur juntos. Había gigantes en estas tierras en aquel entonces. Y su esposa con él, un rizo dorado fue encontrado en su tumba, pero un monje lo tocó y se deshizo en polvo.

—Ginebra —dijo Arturo. Bajo la tenue lluvia que no había cesado de caer en toda la mañana, el joven tiritaba.

—¿Es aquí? —preguntó el doctor Dee al señor Talbot—, ¿aquí es donde cavasteis?

Dos obeliscos se alzaban junto el antiguo sendero que iba hasta la abadía, Dod Lane. El señor Talbot, abrazándose, entró en el camposanto.

—No sé —dijo—. No parece él mismo ahora. No puedo estar seguro.

—Ya lo veremos —dijo el doctor.

Y así, durante toda esa tarde, escalaron los monumentos cubiertos de hierba, y exploraron entre las piedras rotas, y descendieron a criptas repletas de desechos, ahuyentando a un tejón de su madriguera, en tanto el señor Talbot, con un dedo en los labios y la mirada ausente, intentaba rehacer el viaje, o resonar el sueño que una vez lo condujera a ese lugar; hasta que al fin, empapados y exhaustos, buscaron refugio en la capilla de María, bajo un resto de techo no desmoronado. Allí acamparon y encendieron una fogata sobre las piedras del suelo, y comieron el pan y el queso que

habían traído del mesón.

—Tengo que hacer un viaje —díjoles entonces el doctor Dee—. Un corto viaje. Si no regreso antes de la caída de la noche, o poco después, no estaré aquí hasta la mañana. Entonces proseguiremos la búsqueda.

Se levantó, tomó su báculo y su sombrero de fieltro; se aseguró de que el abrigo de su hijo estaba seco por dentro, y de que había un sirio seco para que el joven durmiera junto al fuego, y una capa para que se envolviera; y le dio su bendición.

—Vigilad bien —le dijo al señor Talbot—. Pensad bien en dónde habremos de buscar.

Cuando el doctor se hubo alejado, eligiendo cuidadosamente su camino entre las piedras mojadas, el señor Talbot se sentó al lado de Arturo, junto al fuego. El muchacho se había quedado en silencio, un poco desazonado por la partida de su padre.

—¿Buscamos? —sugirió el señor Talbot.

—No.

Durante un rato permanecieron sentados, las manos dentro de las mangas, contemplando las trémulas llamas de la hoguera.

—Te contaré un secreto —dijo el señor Talbot. Arturo abrió bien los ojos—. Mi nombre no es Talbot...

—¿Y cuál es, entonces?

El señor Talbot no dijo nada más. Echó una astilla en el fuego; estaba húmeda, crepitaba y humeaba.

—Ya sé lo que ese libro dice —dijo de pronto—. Dice cómo hay que proceder para hacer oro. Sé que es eso lo que dice, aunque yo no pueda leerlo.

—¿Y cómo se hace el oro? —preguntó Arturo.

—El oro crece —dijo el señor Talbot—. En el profundo corazón de las montañas, allá donde más antigua es la tierra, allá está el oro. De modo que, para hallarlo, cavas minas profundas. Pero no debes nunca sacar de allí todo el oro; no debes hacerlo, porque sacarás la semilla del oro, de la cual crece. Igual que con los frutos, sólo debes quitar lo que está maduro, y dejar el resto hasta que madure. Y madurará, lenta, lentamente, las piedras de la montaña, las arcillas que hay en ella, crecen hasta trocarse en oro; se transmutan en oro.

—¿De veras?

—En Gales —dijo el señor Talbot—. En Gales, cuando estuve en las montañas, supe que el oro crecía alrededor de mí, bajo la tierra; en las profundidades. Me parecía oírlo crecer. —¿Oírlo?

—Algún día, dentro de mil años, de mil milenios, todas las piedras se habrán convertido en oro.

—Para ese entonces habrá llegado el fin del mundo —dijo Arturo.

—Tal vez sí. Pero nosotros podemos enseñarle al oro a crecer más deprisa, si sabemos cómo. Podemos ayudar, como las comadronas, a que el oro nazca de aquello

que lo contiene, podemos hacerlo nacer.

Arturo no respondió. La lluvia había empezado a amainar, y las nubes una vez más a abrirse y cambiar de forma; brilló el sol. Glastonbury no era oro sino plata.

—Voy a mear —dijo el señor Talbot.

Se alejó de la pequeña hoguera y se internó en la larga y verde nave de la capilla, y allí reflexionó durante largo rato. Pegado a la pared bajó hacia el santuario deteniéndose para escrutar las capillas laterales. Cuando llegó al santuario y al sitio donde antaño estuviera el altar, miró hacia atrás. Ya no alcanzaba a ver la fogata. Sacó de su jubón un pequeño tarro de piedra, perfectamente sellado con cera. Buscó en torno un lugar. Vio un estrecho tramo de escalera que descendía bajo una arcada esculpida; cuando bajó, descubrió que el camino estaba casi totalmente obstruido por piedras desmoronadas, excepto en una estrecha abertura, apenas suficiente para que él pudiera introducir la mitad de su cuerpo, mas no para que se arrastrara al interior. Le pareció oír un rumor de agua, como si allí dentro brotara un manantial. Cerró los ojos, vio el rostro canino de una criatura sonriente; dejó caer el tarro en el vacío.

Mañana, con el doctor, allí lo encontrarían tal como él encontrara su libro, y la historia podría continuar.

En la cima de la elevada colina calva llamada el Tor de Glastonbury se alza una torre semejante a un dedo de piedra, la torre de San Miguel. Al pie de la colina, en el valle que se extiende hacia el oeste hasta la colina del Cáliz, brota un manantial, el Manantial Sagrado. El sendero que asciende hasta el Tor pasa por este manantial. El doctor Dee, camino de la cumbre, se detuvo junto a él. Cámaras de piedra maciza, que revelan la herramienta con que fueran labradas, la circundan; cámaras construidas —suponía el doctor Dee— por los romanos, o acaso antes, por los druidas.

Eran hombres nobles y sabios los druidas, y de la misma raza que el doctor, aunque en su arrogancia negaran a Cristo y combatieran a sus discípulos. Se contaban leyendas acerca de esas piedras que formaban un círculo en el llano de Salisbury; las habían traído —se decía— desde Irlanda, por el aire, como una bandada de pájaros, y las habían instalado en la llanura. El doctor Dee sabía que cuando San Patricio los interrogó y les preguntó quién había creado el mundo, los druidas respondieron: los druidas lo crearon.

Descendió por el musgoso sendero que conducía a las cámaras del manantial. Cuando llegó al oscuro portal, apoyó una mano en la piedra, y escuchó durante un rato el sonido del agua; luego entró. Arriba, en algún lugar de la colina del Cáliz, nacía el torrente que alimentaba a este manantial; nacía, según la leyenda, en ése mismo sitio en que José de Arimatea enterrara el cáliz del que había bebido Nuestro Señor en su Última Cena. El Cáliz, *calix*, *cráter*, del que la colina recibiera su nombre. A menos que ese cáliz que le daba nombre fuese la colina misma, un cáliz volcado sobre la tierra, vertiendo sobre ella su líquido aguavino. El doctor Dee miró

de cerca esas piedras estriadas y empapadas de rojo por las que corría el agua. Manantial de Sangre era el otro nombre de esa fuente.

Allí él bebió y oró, y reanudó la marcha. El camino dejaba atrás el primaveral abrigo de los árboles, y proseguía, moroso, jalonando el Tor en una espiral ascendente. El cielo empezaba a clarear y una brisa áspera rozaba las mejillas del doctor. A medida que ascendía veía extenderse a lo lejos, cada vez más lejos, hasta el mar, las tierras bajas. Por encima de esas tierras bajas se alzaban la colina Cadbury, y la colina Cáliz, y la colina Weary-all, cual una ballena que arqueara en el aire su inmenso lomo, y ésta que él escalaba ahora. El doctor Dee sabía que, en tiempos remotos, todas ellas habían sido islas; las tierras bajas se hallaban sumergidas en el mar. Glastonbury mismo había sido una isla, Avalón, la isla de las Manzanas. A este Tor podía llegarse en barca; Weary-all era la isla donde José desembarcó por vez primera, y clavó su báculo en la tierra. Y allí brotó la zarza, el Zarzal que año tras año florece en las Navidades, El doctor Dee lo había visto, el santo Zarzal, todo cubierto de flores blancas en la Natividad de Cristo, porque ya muchas veces había escalado estas colinas, y descrito sus reliquias y medido la tierra circundante. La corografía era otra de sus artes; la medición y descripción de una parcela de tierra, y su contenido y su geometría. Sólo que no existía porción de tierra que fuese semejante a esta en la que él se hallaba ahora, ninguna de la que él tuviera conocimiento. Respirando fuerte y apoyándose en su báculo, el doctor Dee trepaba. El camino en espiral se acercaba a la cima, y mientras avanzaba, las tierras bajas y las colinas circundantes empezaban a despertar.

El León que el señor Talbot había visto ya no era visible desde el Tor, echado como estaba en la ladera de las colinas opuestas a Somerton; pero ahora el doctor podía divisar a Virgo, allá en el este, realzada por la pincelada negra y plata del río Cary —Virgo, al igual que su reina, ostentando su cetro y los amplios paños de sus faldas. Más al este, el Escorpión enroscado junto al río Brue; el aguijón de su cola, un pico de piedra centelleante.

Un momento después despertó el Centauro, que también era Hércules, héroe y corcel, formado por las colinas Pennard, o formándolas él, o ambas cosas; la aguja del campanario de la iglesia de Pennard, la flecha de su arco; y más al norte la Cabra, y la antigua fortificación que llamaban Ponters Ball conformaba los cuernos de esa Cabra. Siempre avanzando en el mismo sentido del Sol prosiguió contorneando el cono del Tor. Figura por figura las Doce aparecieron, comenzando por el Carnero en Wilton y Street, con la espiga en su lomo ahora verde, que en tiempo de cosecha se trocaría en dorado vellón. Todo alrededor de los dos Peces unidos por la cola: uno de ellos la gran ballena de la colina Weary-all, el otro recostado sobre la aldea de Street, su ojo redondo, el viejo y redondo camposanto de la villa. Una inmensa Natividad que nadie que no supiera que estaba allí podría ver jamás (ni aun desde la cima del Tor) aunque podría ser divisado —quizá— por alguien que lo sobrevolara como aquel halcón, y mirara hacia abajo.

Si no había sido un sueño ¿quién lo habría transportado?

El doctor Dee había llegado al recinto de la torre. En aquellas alturas el viento ululaba, un viento refrescante que tironeaba de la barba del doctor y del ruedo de su capa. Ahora la tierra se extendía, abierta, todo alrededor; y en el centro mismo, cual un gnomon, se encontraba el doctor y avizoraba los contornos de Logres.

Los reinos habían sido más pequeños en aquellos tiempos; no obstante, cuando el mar anegó las tierras bajas y cubrió las arenas entre las islas y las elevaciones que formaban aquellas figuras, las figuras del universo estelar, Arturo y sus caballeros habían tenido estos lugares, reino sobre reino, comarca tras comarca para sus danzas. Porque un reino es todos los reinos: una colina, un camino, un bosque oscuro; un castillo al que llegar, un puente peligroso que cruzar.

Avalón era la isla a donde Arturo fue desterrado para morir o dormir: y sin embargo la misma isla era Camelot, donde él reinara. Y Avalón era también la isla de Percival, la que heredara de su padre el rey Pelles, que allí había sentado sus reales: así lo decían ciertos libros antiguos. De allí había partido Percival en busca del Santo Grial: ese Grial que era a veces un cáliz, a veces una piedra, a veces una fuente, y que no era otro que el cáliz que el santo José trajera a esta isla septentrional, y del que aún manaba el agua buena: la había vertido en las manos del doctor esa misma mañana.

Junto a la torre de San Miguel, el doctor Dee se sentó y se envolvió en su capa. Las nubes que se elevaban desde el mar Severn, semejantes a criaturas aladas, le mostraron una franja blanca y una línea gris que era su propia tierra de Gales, lejana, en el oeste, el oeste hacia donde partieran los druidas llevándose el pasado.

No había un solo Grial, había, o hubo, o habrá, no un Grial sino cinco Griales para la búsqueda de cinco Percivales. Había Griales de tierra, de agua, de fuego, de aire: había una piedra, una capa, un *cráter* o caldera, y el cántaro que lleva Acuario que es un signo de aire. Y uno más, el Grial de la quintaesencia. A menos que ese Grial no sea en realidad el cáliz de los siete anillos del cielo, el que contiene todas las cosas, el que era contenido dentro de todas las cosas, ese cáliz del cual, quiéralo o no, toda alma ha de beber. Pensó: ¿es el universo una sola cosa? ¿Y está todo él contenido en cada una de sus partes?

Años atrás, muchos años atrás, él había descubierto algo que podía ser el símbolo de esa cosa única que es el universo. Lo había dibujado con regla y compás y durante un año había concentrado su atención en observar si crecía, si empezaba a atraer hacia él, como una piedra imán, más y más de aquello de que el mundo está hecho: fuego, aire, tierra, agua; números, estrellas, almas. Cuanto más lo observaba, más lo veía crecer. Se convirtió en un glifo, semejante a los Glifos Sagrados de *Agypto* que encierran un saber inexpresable de cualquier otro modo, palabras demasiado largas de pronunciar. Llevaba con él su signo, como una mujer preñada lleva a su hijo, hasta que cierta semana, en Amberes (él era un fuego de sabiduría esa semana, una zarza ardiente), lo había confiado a un libro pequeño, y vomitado todo cuanto sabía acerca de él, y escrito sin saber lo que escribía, hasta quedar vacío.

Él lo había escrito. Lo había hecho componer e imprimir.

Y quizás ese símbolo que creara fuese el símbolo de esa cosa única que es el Universo. Pero ahora era un inviolable sello de secretos. Ya no estaba en él, y él ya no sabía lo que representaba, no comprendía ese libro que él mismo había escrito.

Tal vez pudiera saberlo una vez más, y comprenderlo. Tal vez, ahora. *Que ninguna respuesta le sea ocultada*. El halcón que se cernía en el aire, mirando hacia abajo, empezó a descender en un largo giro. El sol se ponía en el mar: el doctor Dee casi podía oírlo sisear.

Recorrer Logres como el sol recorre el año; buscar el círculo de la creación y encontrar en un castillo que es el tuyo el Grial buscado durante tanto tiempo, que durante tanto tiempo has ansiado encontrar, que te pertenece. En la Alta Historia que el doctor había leído en la antigua lengua, el nombre del rey Percival está construido así: *Par lui fet*: hecho por él mismo.

Y el cáliz que Percival buscaba, herido, en el castillo de su padre herido, ¿qué era sino ese cáliz del Aquatero, Acuario que el doctor Dee ahora contemplaba en el templo estelar, extendido allí abajo, en el condado de Somerset?

Y aunque podía ser que estas figuras de tierra (ahora ensombrecidas, cerrando ya de sueño los grandes ojos) hubieran sido fraguadas sólo aquí y por manos de hechiceros, aún así, esas estrellas resplandecen por doquier; y por lo tanto ha de haber, en cada sitio, un templo astral impreso sobre círculos de tierra, grandes o pequeños. Y dentro de cada uno de esos círculos ha de hallarse escondido un Grial.

El doctor Dee alzó los ojos hacia él firmamento cuyas estrellas ataban ahora veladas por nubes.

—Decidme —pidió—, decidme ¿es el Universo una sola cosa? ¿Lo es, después de todo?

Los ángeles lo vieron, los que ordenan ese cielo, al que él dirigió su pregunta: lo vieron porque este anillo de tierra es un sitio donde ellos se detienen a menudo para escrutar como en un espejo o como por el ojo de una cerradura. Y al oír su pregunta sonrieron; y uno de ellos volvió de pronto la cabeza para mirar, y luego otro; porque un rumor los perturbó, un rumor, de pasos lejanos y débiles, los pasos de alguien que, desde atrás, se iba acercando.

Dos

En una mañana de abril, Pierce Moffett salió de su apartamento y bajó por la calle de los Arces en dirección al pueblo. En los jardines del camino los dueños de la casa estaban cavando, plantando, despojando las matas de su vestido invernal y cortándoles la hirsuta cabellera. Algunos se volvían para verlo pasar y casi todos lo saludaban.

—¡Buenos días! —respondía Pierce, efusivamente, feliz de que la gente lo saludara de ese modo, como si, de vuelta de los rigores de un planeta pétreo, reencontrara de pronto la natural comunicación entre la tierra y el hombre. Aquellas buenas gentes no podían imaginar lo insólito que le resultaba que personas desconocidas le desearan los buenos días en la calle. Los bendijo, bendijo los grandes traseros que sobresalían cuando ellos se encorvaban sobre sus arriates y macetas, bendijo los setos y las flores amarillo-limón de sus arbustos que empezaban a brotar en primavera, cómo era que se llamaban ¿no era forsythia?

Tenía tantas cosas que aprender, o reaprender, los nombres de las plantas y las flores y el tiempo de floración, los saludos usuales entre los ciudadanos y las usuales respuestas; las calles y los callejones del pueblo, sus tiendas, sus costumbres, su historia. Pierce suspiró hondamente. *Tan lleno está de cosas este mundo curioso, pensó que podemos sentirnos como reyes dichosos.*

Como reyes dichosos. Había dejado la calle de los Arces para tomar la del Río, (habrían meditado largo tiempo las familias fundadoras antes de elegir para sus calles esos nombres sencillos, obvios, Arce, Río, Colina) y luego bajó hasta donde la calle del Río se cruza con la del Puente y los edificios notables del pueblo miraban al rápido río pardo y al claro cielo primaveral. Allí en la esquina entró en un pequeño comercio cuyo letrero de latón rojo y blanco rezaba: «De todo un poco». Pidió un paquete del tabaco barato que fumaba, y advirtió que había revistas y dulces, chicles, cigarrillos, una buena selección, en una alta estantería de madera, incluyendo uno o dos periódicos de lo más abstrusos, a los que Pierce había supuesto que ahora tendría que suscribirse, pero no. Vagabundeó al azar hacia el fondo de la larga tienda en penumbra. Había una pequeña fuente de soda con una tapadera de mármol auténtico y tres o cuatro taburetes, hizo girar uno con la mano, al pasar, y el taburete gruñó como suelen hacerlo esos taburetes. Había un aviso adosado junto a las pilas de periódicos del día, advirtiendo que quienes quisieran un ejemplar del *New York Times* dominical, debían anotarse con antelación.

Bueno.

Hacía tiempo que Pierce había cesado de adquirir ese inmenso fajo de letra impresa; se había convencido de que lo que confería al domingo ese carácter peculiar que tenía para él —un carácter que conservaba en todas las estaciones, y en toda suerte de clima, una cualidad vaga y agobiante, jaquecosa— no era Jehová, clamando respeto por su día y envenenándolo incluso, para los no creyentes, no era eso en

absoluto, sino una especie de gas que emanaba del mismísimo *Times* dominical, un gas con ese olor acre de la tinta de imprenta, un gas narcotizante, nauseabundo. Y en verdad, los síntomas parecieron aliviarse al menos en parte, cuando empezó a dejar de comprarlo. Aunque tal vez aquí, en el campo, sus efectos pudieran neutralizarse. ¿Y qué diablos se podía hacer un domingo? Tal vez tuviera que empezar a ir a la iglesia.

Un poco más hacia el fondo (la tienda era más larga y estaba más llena de cosas de lo que parecía desde la calle) había exhibieres de papelería y útiles escolares, plumas y lápices, cinta engolada, cola y pilas de andadores largos del mismo amarillo que pellas flores que acababa de ver. Había también cintas para máquina de escribir, y frasquitos de pintura blanca para despintar errores: había gomas de borrar, en forma de rombo y de roseta. En verdad, todos los utensilios necesarios para su nuevo oficio, y todo parecía de la mejor calidad y recién desempacado.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —preguntó la señora del mostrador, cuyas gafas gatunas estaban provistas de una cadena de cuentas que le colgaba a la espalda y se balanceaba cuando ella giraba la cabeza.

—No, sólo miraba. —De una hilera de libros de contabilidad de diferentes tamaños sacó uno alto y delgado, con los cantos y el lomo encuadernados en cuero o cuerina marrón, y la palabra registro impresa en altas letras dentadas sobre la tapa dura y gris. ¿Sería posible que aún siguieran fabricándose modelos tan antiguos? Tal vez sólo para llevar la contabilidad de negocios como éste. El canto era marmolado y el precio sorprendentemente alto.

Decidió comprarlo para escribir en él la crónica de su nueva vida en el campo. No estaba tan seguro de su prosa como debía estarlo ahora que su vida iba a depender de ella, y había oído decir que llevar un diario era una forma de mantener afiladas las herramientas. Además sería bueno tener algo que hacer cuando los largos crepúsculos se eternizaran en las calles de Jambas de Blackbury.

Una vez fuera, a la pálida luz del sol, miró calle arriba y calle abajo, hacia el puente del río Sombra (estrecho y de piedra) y hacia el puente del Blackbury, del otro lado, (ancho y de hierro negro). Más allá del puente, las aguas rutilaban y temblaban. Entrecerrando los ojos Pierce creyó ver las aguas distintas de los dos ríos confluyentes —frías unas y claras, lentas y opacas las otras—, una ilusión, sin duda. Justo detrás de él, al volverse, se hallaba la biblioteca. Perfecto.

Era una especie de mezcla de estilo rústico y románico, el menos adecuado por cierto para las necesidades de un edificio público; una buena porción de él servía para sostener una cúpula enorme e inútil. En una baldosa encastrada en la pared del vestíbulo de pizarra fósil, había una hoja y posiblemente la huella de un animal. El interior era fresco y luminoso, esa cúpula, al menos, dejaba entrar a sus anchas la luz del sol; las alas y las galerías de extraño diseño cada una tenían una función; era un lugar agradable. Otra mujer de cierta edad con las gafas colgando de una cadeneta (al parecer esas mujeres iban a ser importantes para su nueva vida; una lo había atendido

ya en el Banco) presidía el mostrador central. Solicitaría una credencial, aunque sólo fuera para divertirse un poco; pues allí, cerca de la puerta, para aquellos que no querían internarse más, o no se atrevían a hacerlo, había una hilera de los *best-sellers* más recientes, volúmenes de colores vivos envueltos en celofán como cajas de bombones.

Uno de esos libros era *El carro de Faetón*, cuyo tremendo éxito podía augurar, pensaba Julie, el éxito del suyo. Pierce lo cogió. Una faja de papel, debajo del celofán, aseguraba que era *el libro de la semana*, cosa que a ningún autor le agradaría dijieran del suyo, aunque fuese verdad.

Él conocía el libro, por supuesto, su contenido resumido podía leerse en las gacetillas y sus premisas eran inevitables en los programas literarios de la televisión. Alguna vez en tiempos remotos, astronaves venidas de allende la tierra habían aterrizado en nuestro planeta, e inteligencias alienígenas habían habitado entre nosotros; y no sólo eran responsables de la mayor parte de los titánicos e inexplicables monumentos de la prehistoria (Stonehenge, etc.), sino que habían dejado también rastros de su visita en el corpus de los mitos universales, y hasta sus retratos en muros rupestres y tumbas. Una curiosa forma de euhemerismo. Los antiguos dioses, no eran dioses, no, absurdo; lo que sí eran, en realidad, eran seres del espacio exterior.

También a muchos de sus estudiantes les había encantado esta explicación de la historia.

Abrió el libro por la mitad. Había una foto de un Tor desnudo, coronado por una torre. *¿El «faro» de Glastonbury?*, preguntaba la leyenda. *El trazado a través de toda Britania de las legendarias líneas ley converge en Avalon (pág. 195)*, Pierce buscó esa página.

«El hecho de que líneas rectas, cartografiables, de enorme longitud, atraviesan las islas británicas, uniendo entre sí iglesias, menhires, picos de montaña y “lugares” sagrados de toda especie, fue establecido por los investigadores en la década de los años veinte». A Pierce siempre le causaban gracia los «investigadores» y «estudiosos» de libros como éste; los lectores imaginarían científicos interesados, posiblemente con túnicas de laboratorio, y no la Caterva de chiflados y excéntricos que en realidad compilaban esta suerte de «investigación». «Al mismo tiempo, en los campos que circundan Glastonbury, se descubrieron gigantescas figuras astrales, formando un círculo de muchas millas de diámetro e *imposible de percibir excepto desde el aire*. ¿Para qué fines podía servir el “Templo estelar de Glastonbury”? ¿Una suerte de mapa astral, para guía de los visitantes que llegaran por otras rutas que la tierra y el mar...?».

Santo Dios, pensó Pierce, cerrando de golpe el libro y volviéndolo a insertar en la hilera. Templos astrales y líneas ley, ovnis y gigantes formados por el paisaje ¿no se daban cuenta de que lo que en verdad era real, permanentemente asombroso, era la capacidad humana de seguir descubriendo cosas como éstas? Dadle a uno de esos

buscadores un mapa de Pensilvania o Nueva Jersey o las Lejanas, y descubrirá «Líneas ley»; dejad que los seres humanos miren hacia arriba el tiempo suficiente en una noche estrellada, y verán rostros que los observan desde el firmamento.

Eso es lo interesante, *ésa* es la cuestión: no por qué hay líneas ley, sino por qué la gente las encuentra; no qué planes tenían para con nosotros aquellos seres de otros mundos, sino por qué pensamos que ha existido siempre, de alguna manera, un plan.

Julie entendería esto. Debería entenderlo. Tenía que entenderlo.

Se encaminó hacia el atrio central (irritado, excitado, viendo en su imaginación, como desde una altura, colinas verdes y ríos azules). La novela, la biografía, la ciencia ramificada. Significados. A su entender el ser humano tenía cinco necesidades fundamentales: alimento, cobijo y vestido si eso no era cobijo, sexo y amor si es que eran cosas diferentes. Sentido. Un hombre que no ha encontrado un sentido puede agostarse y perecer tan ciertamente como si se lo privara de agua o de alimento.

Caminando al azar, se había internado entre las estanterías de Ficción, paseando la mirada por esas cosas que en general no valían la pena; por alguna razón, le parecían más tristes que la ciencia y la filosofía que dejara de lado. Un poco más adelante, una mujer joven sacó uno de esos libros, echó una ojeada entre las páginas, sonrió y se lo llevó; qué, se preguntó Pierce. Norton. Norris. Nofzinger. *El lejano recodo del camino*, por Helen Niblick. Mitchel, bueno, éste, por supuesto, en numerosos ejemplares. Mackenzie, Macauley, MacDonald. Ros Lockridge, Joseph Lincoln.

Y ¡vaya! ¡Mira por dónde!

Cuando, por mera curiosidad, había ido a buscarlo a la biblioteca de Nueva York más próxima a su casa, no había encontrado uno solo; y aquí los había por docenas; o una docena por lo menos. Las Obras Completas. ¡Mira tú por dónde!

Ahí estaba *Manzanas mordidas*, ¿no era ése sobre Shakespeare? y aquí *El libro de los cien capítulos*, que lo había aterrorizado y fascinado en su adolescencia. Y muchos más que él no había leído, o no recordaba haber leído. Pero por qué, se preguntó, una biblioteca pequeña como ésta tendría todos esos libros. Kraft, al fin y al cabo, nunca había sido un Shellabarger o un Costain. Rozó uno o dos lomos, sacó un volumen, recordando la intensa ansiedad que la llegada de alguno de ellos despertaba en él cuando aparecía en la caja mensual de la biblioteca pública; cómo se instalaba para disfrutarlo como para una comilona, acompañado de leche y bizcochos.

Quizá también en alguno de éstos, como en el libro sobre Bruno, había encontrado material; claro que debió de encontrarlo, el material que le sirviera para inventar su *Ægypto*. Aunque estaba convencido de que cualquier cosa que hubiera encontrado en ellos no habría hecho más que confirmar la existencia de ese país; y que su descubrimiento de *Ægypto* era anterior a su descubrimiento de Kraft. Estaba segurísimo.

Ya propósito, ¿cómo había descubierto a Kraft?

Un día, uno de esos libros había venido en la caja, en respuesta aun pedido suyo,

o de Sam, o de Winnie, aunque Winnie prefería otro tipo de evasiones. ¿Qué había pedido él?, *Relatos Históricos*. ¿Eso era lo que le había traído a Kraft? ¿Y cuál había sido el primero que recibió? ¿Fue Bruno, u otra de esas ficciones, lo que le indujeran a pedir otras? ¿Las había pedido, o habían llegado, simplemente?

Colocó de nuevo en el estante el que había sacado.

Cuando tuviese una credencial.

Había otros tesoros que Pierce descubriría. Este edificio-pastel estaba relleno y aderezado de cosas buenas. El DNB. El Cambridge Modern History. La Enciclopedia Católica, una vieja edición, repleta de rarezas, de las que las nuevas ediciones se avergonzaban o que preferían no incluir, un campo excelente donde ramonear. Y había una multitud de antiguos infolio, con grabados grandes y lujosos, y álbumes de láminas, atlas botánicos en varios volúmenes, y libros sobre pájaros encuadernados en piel, los veraneantes ricos de otras épocas habrían donado esos tesoros a su biblioteca comarcal. Los altos anaqueles que circundaban la sala de lectura estaban repletos de ellos. Pierce se había detenido a la entrada de este salón agradable (mesas de madera clara, lámparas verdes, retratos oscuros) cuando, en el extremo opuesto, una mujer, arrodillada hasta entonces frente a una estantería se levantó con un grueso volumen entre los brazos y se volvió para mirar a Pierce; o más bien volvió hacia él, sin ver, sus ojos oscuros y fue a sentarse, con el libro, ante una mesa en la que había otros libros y papeles desparramados.

¿Podría ser? Desde luego aquella noche había sido oscura y breve, y meses atrás. Y sería extraño que casi la primera persona con que se encontrara en el pueblo fuese una de aquellas dos o tres que ya había conocido. Sin embargo parecía ella. Siguió mirándola y, cuando ella lo volvió a mirar, él sonrió, pero ella no dio señales de reconocimiento.

Tenía que ser ella.

Dio la vuelta entera a la sala y se detuvo cerca de su mesa. Además del libro —era un diccionario biográfico, abierto en Emerson— ella estaba provista de papel milimetrado, y lápices, y una calculadora; al parecer estaba trazando curvas de alguna especie, uno de cuyos ejes estaba jalonado en años.

—Hola —dijo él. Ella alzó los ojos y lo miró, un gesto amable para enfrentar a un posiblemente fastidioso y obviamente varón desconocido.

—¿Señora Mucho? —dijo él.

La expresión cambió.

—No —dijo ella.

—Perdón —dijo él—. Mi nombre es Pierce, estoy seguro de que nos conocemos.

—Yo creo que no.

—Su nombre es...

—Mi nombre es Ryder.

Santo Cielo.

—Oh.

—Yo no lo recuerdo.

—Perdón, perdón —dijo él—. En realidad soy nuevo en el pueblo. Es que se parece mucho a alguien que conozco.

—Lo siento —dijo ella, su rostro ahora definitivamente cerrado, como si hubiera decidido que le estaba tomando el pelo, o tratando de abordarla, y que ya era suficiente.

—Bueno —dijo Pierce—. Una equivocación.

—Ajá —dijo ella.

Él se inclinó levemente, a modo de despedida, y se alejó con prestancia, para que no lo tomaran por un ligón. En cierto sentido no se le parecía en nada; o por lo menos no a la imagen que él conservaba de ella, y que el tiempo, sin duda, había alterado y retocado sensiblemente. Y sin embargo, esa cascada de pelo oscuro que le caía por la espalda, él la había visto retorcer para escurrir el agua del río.

Mientras tramitaba su credencial con la señora del escritorio, la miró por encima del hombro, y la sorprendió observándolo; y volver a enfrascarse, no instantáneamente, en su libro, o en lo que fuera la tarea que estaba realizando.

Podía ser, desde luego —pensó mientras subía la colina de regreso a casa—, que el «Señora Mucho» con que la saludara, un tanto desenfadado, no le hubiera hecho ninguna gracia, y hubiera decidido cortar por lo sano. Ryder— ¿era ése el nombre que dijo?—, tal vez su nombre de soltera, por el que quería que ahora la llamaran.

O podía ser —era una idea que ya otras veces se le había ocurrido, casi siempre cuando llamaba a alguna de sus amantes por el nombre de otra, cosa que él y todos los hombres hacían y que nunca había oído en labios de una mujer—, podía ser que hubiera sólo una mujer que aparecía en su vida una y otra vez bajo diferentes formas y con diferentes nombres, disfrazada de ella misma.

En ciel un dieu, en terre une déesse. Y hete aquí que ahora aparecía otra vez.

No porque fuera demasiado significativo desde luego. Él había pronunciado su voto y tenía por delante un largo año de trabajo. Cuando llegó al n.º 21, una vetusta furgoneta color chocolate descargaba cajas y cajas de libros, los suyos, que llegaban con considerable demora, pero bueno, llegaban al fin.

—Tú no eres de este mundo —dijo Beau Brachman.

—¿No? —preguntó Pierce.

—No. En el jardincillo de Beau, Pierce tomaba el sol en compañía de su vecino. De momento, la hierba era de un verde tierno, y de las yemas de todos los arcos de la calle de los Arces, brotaban emergiendo laboriosamente hojitas bebé de un verde amarillento. El problema de cómo crecían esas hojas, pequeñas pero perfectas como piedras preciosas, transformándose en hojas de forma idéntica pero mucho más grandes, un problema que Pierce dejara de lado sin resolver cierto día de abril varios años atrás, le volvía a la mente. Intercalados entre las hojas, había racimos de esas semillas aladas que tienen los arcos, que podías ponerte, recordó, sobre el pecho del lado izquierdo como si fuera la insignia de un aviador, o separarlas con delicadeza y

calzártelas sobre la nariz. O ambas cosas. Por qué no.

—Aunque lo hayas olvidado en realidad eres de otra parte —dijo Beau—. Éste no es tu mundo, aunque aparente serlo. Este cosmos. Llegas a él, venido de muy lejos; atontado por la larga travesía, has olvidado por completo que estabas de viaje. En el momento de partir eras un cuerpo astral, pero durante el viaje la realidad te ha ido cubriendo, vistiéndote de sustancia como de un capote. En el interior sigue estando el cuerpo astral. Pero ahora envuelto y dormido.

—Uh hù —dijo Pierce—. Y tú, entonces ¿de dónde eres tú, de dónde has venido?

—¿Vidas atrás? —dijo Beau.

—Vidas atrás. En el principio.

—Bueno, supongamos —dijo Beau— que nosotros, nosotros almas, vinimos del espacio exterior. De las estrellas. Supongamos que nos hemos perdido en el camino; y nos hemos detenido aquí, adoptando una forma adecuada al bajo nivel de evolución de este planeta. Y supongamos que hemos vivido aquí tanto tiempo de esa forma, que hemos perdido la memoria.

—Hum. —Esas estrellas, pensó Pierce, debían de ser las mismas que aquellas de donde vinieron, en el Carro de Faetón, los bondadosos alienígenas, los que enseñaron las artes a los hombres.

—Pero allá, ellos sí recuerdan —dijo Beau, como si estuviera improvisando—. Ellos piensan en nosotros, y esperan que nosotros recordemos y regresemos. Y es posible, incluso, que envíen mensajes, mensajes que puedan ser oídos por nuestro cuerpo astral.

—Que está dormido.

—Ese es el mensaje —dijo Beau—. Despertad.

Un pequeño coche deportivo rojo acababa de doblar la última esquina de la calle de los Arces y avanzaba hacia la casa de Beau.

—Pero más allá de todas esas estrellas está Dios en esta historia —dijo Beau—. Y por muy lejos que lleguemos en nuestro viaje de regreso, no llegaremos a nuestro verdadero hogar hasta que no hayamos llegado a Dios. De donde hemos partido.

El coche pasó de largo por el jardín donde Beau y Pierce conversaban, y en seguida se detuvo bruscamente. Del asiento del acompañante, salió una niña de dos o tres años que corrió hacia Beau, ofreciéndole ya la muñeca que llevaba y llamándolo a gritos. Luz de sol en su pelo dorado, los ojos claros llenos de vida, se le antojó a Pierce singularmente hermosa. Detrás de ella, emergiendo con dificultad del asiento bajo y cóncavo del coche miniatura, emergió un hombre moreno y macizo que llamó a la niña:

—¡Sam!

—Hola Sam. Hola Mike —dijo Beau apaciblemente, sin levantarse del tocón en el que estaba sentado al sol.

—Hola —saludó el hombre austero llamado Mike, que parecía abrumado de problemas o preocupaciones—. Su madre pasará luego a recogerla. Eh, Sam, hasta

luego. —Esto último con un dejo de reproche a la niña, que ya estaba trepando a las rodillas de Beau. Sumisamente ella bajó de un salto de los brazos de Beau para acudir a recibir el beso; mientras lo recibía, la mirada recelosa de su padre se posó en Pierce, y saludó evasivamente con la cabeza—. Hasta luego, Sam. Mami vendrá más tarde.

—Más tarde —repitió Sam. Del coche rojo había salido una mujer alta, con una espesa cabellera oscura; estaba empujando hacia atrás la capota de lona. Primer día templado del año. Su mirada, también evasiva, se posó de soslayo, por un instante, en el jardín, la niña, Mike, Beau. Pierce.

Su marido soltó a la niña y corrió hasta donde ella luchaba con el coche, quizá no convertible, al fin y al cabo.

—Su nombre —aventuró Pierce—. Es Mike Mucho.

—Ajá —dijo Beau.

Con un gesto brusco, Mike tomó a su cargo la cuestión de la Capota y ella se la cedió. Su mirada recayó una vez más como al azar en Pierce sin dar señales de reconocimiento.

Que un rayo me parta si no es *idéntica* a la mujer de la biblioteca. ¿Ryder? Ryder. Que me cuelguen si no. Su confusión había sido comprensible, más que eso, había sido casi necesaria.

—Y ella se llama Rosie —le dijo a Beau, en el momento en que la mujer, con una sacudida de la oscura cabellera, se volvía y se insertaba ágilmente en el asiento del conductor.

—En todo caso, Rose, creo —dijo Beau.

El coche de juguete, ahora descubierta, arrancó y partió, mientras el brazo de Mike Mucho se extendía posesivamente sobre el respaldo del asiento de su esposa. Todavía buenos amigos, al parecer.

—De modo que tú no perteneces a este mundo —dijo Beau, mientras con un juego de manos profesional levantaba a la niña en vilo y la sentaba sobre sus hombros—. Sólo parece pertenecer a él, nunca puedes decir «Éste es el mundo al que pertenezco». A lo sumo puedes decir «Éste lugar es como si lo fuera». Este día. Este lugar. Éste es como si fuera el lugar al que yo pertenezco.

De ser así (y Pierce no creía en absoluto que lo fuera, porque esa herejía, la que Beau proponía, él la conocía, y ahora conocía también a Beau) Pierce tendría entonces que decir: Éste lugar se parece, se parece *muchísimo* al lugar al que yo pertenezco.

—Entremos —dijo Beau—. Tomemos un té.

—No gracias —dijo Pierce—. Vuelvo a mis libros. —La niña, llevada a la casa en andas, volvió la cabeza, primero a la izquierda y luego a la derecha, mirando a Pierce con franca curiosidad.

¿De dónde había sacado ella esos ricitos de oro?

Encima de la cama de Pierce, encuadrados en dos hileras de dos, los cuatro volúmenes de los *Estudios históricos*, de Frank Walker Barr, mostraban el cuadro

completo que había sido cortado en cuartos para ilustrar las cubiertas. Lo que representaba, sin embargo, era imprevisible: aquí un hombre presentando un suplicatorio ante unos lictores; allí un mendicante cubierto de harapos que llega al atrio de un templo clásico; sombrías criaturas miltonianas, con alas de murciélago, en fuga por el aire, una legión de ángeles, o en todo caso de damas altas y nobles, con vestiduras flotantes y provistas de alas pesadas, alas gris torcaz, subiendo hacia una oscuridad en el centro del cuadro, donde confluían las cuatro esquinas de los libros.

Libros del Urogallo. «Su» editor. Ojalá, pensó, si alguna vez terminara su libro, y si en realidad fuera publicado, ojalá el diseñador que proyectara estos volúmenes se compenetrara profundamente con el suyo... sí, sí.

Los recogió, recogió este cuerpo del tiempo, y lo alineó en un estante que corría a lo largo de la pared de la izquierda; con un quejido se inclinó sobre otra caja repleta de libros, y con su cortaplumas rasgó la cinta adhesiva que la sellaba. Con un quejido, porque la espalda y los miembros le dolían aún a consecuencia del imprevisto ejercicio de empujar muebles y de llevar las cajas escalera arriba, además de los tablones para los anaqueles, que había instalado a lo largo de las paredes del cuarto principal de su apartamento, biblioteca, alcoba y taller, todo en uno. Había esperado contar con la ayuda de Spofford para los estantes, pero no pudo dar con él, y los había confeccionado él mismo, malhumorado y de prisa y por supuesto no a la perfección. Además, era ya evidente que no habría en ellos espacio para todos aquellos libros.

Cogió dos grandes puñados, y echó una ojeada a los lomos. Sus libros habían sido acomodados en esas cajas por tamaño, no por contenido, y éstos eran todos chiquitines, un libro de cocina, algunas viejas agendas de bolsillo, el libro de misa de su infancia (*Nuestro misal dominical*), una Biblia pequeña, varios volúmenes de Shakespeare en la edición de Yale y el *Monas hieroglyphica* de John Dee. Éstos los descargó negligentemente en un estante, apartando sólo el Dee para colocarlo con los otros de su misma naturaleza, en la pared de la izquierda: un libro pequeño y delgado, encuadernado en rojo, con el signo, la Mónada, estampado en la cubierta, e impreso una vez más en la portada, reproducido, en esta edición barata, del original de 1564:



En su libro, él tendría que aclarar algunas cosas acerca de este símbolo —de cómo fue creado, y de las grandes esperanzas que el doctor Dee cifraba en él, y sus ulteriores raras reapariciones en historia de Ægypto—. Tendría que aventurar una forma de explicación además. Y el poder que un símbolo como éste en un tiempo pareció encarnar, una combinación geométrica o un anillo-enigma universal, suma de una docena de diferentes glifos elementales, planetarios, matemáticos, un sello de

silencio y una promesa de revelación.

Para ello, naturalmente, tendría que empezar por comprenderlo él mismo, y sentir su poder; y la verdad era que no lo comprendía. Y él no era el único; el erudito que tradujera el volumen se había sentido obligado a interpolar, en el gnómico y hermético latín de Dee, algunas conjeturas en cuanto al sentido:

Todos se verán obligados a admitir [como un hecho] extremadamente raro que (para la memoria imperecedera de los hombres) esta [obra] esté sellada con mi sello londinense de Hermes, de manera que no haya ni siquiera un solo punto superfluo, y que ni un solo punto pueda faltar [en ella], a fin de significar aquellas cosas que hemos dicho (y cosas aún mucho más grandes).

Dio vuelta a la página. Una advertencia: Algunos hombres podrán extraviarse en el «laberinto» del pensamiento de Dee, «torturar sus mentes de manera inimaginable [y] descuidar sus asuntos cotidianos», otros «impostores y meros espectros de hombre» negarán tajantemente las verdades aquí contenidas. Hum.

Lo que a él, Pierce, le gustaría para su libro sería una portada barroca como ésta: un portal grabado, a la vez austero y burlesco, con pilares, dintel, y basamentos, todos con sus inscripciones y emblemas, Tierra, Aire, Fuego, Agua, citas en latín y griego en banderas ondulantes, Mercurio con el casco y los pies alados, llevándose el dedo a los labios. Por encima de la dedicatoria (¡al emperador Maximiliano!) había una divisa:

Qui non intellegit, aut taceat aut discat.

Lo cual quería decir, veamos:

Quien no comprenda que calle o aprenda.

A ver ¿cuál era su caso? Podía ser, desde luego, que entrara en las dos categorías: estúpido e impostor, que no supiera nada y dijera mucho. Cerró el *Monas hieroglyphica* y lo deslizó con los otros libros que debería frecuentar, sus Fuentes Secundarias: el Bruno de Kraft, Barr en sus cuatro gruesos volúmenes, los seis más voluminosos aún de Thomdike; el viejo libro de texto de astronomía de Earl, el diccionario de Lewis y Short, y un diccionario de ángeles; con docenas de otros, en el anaquel de la izquierda, la lógica de cuya asociación por el momento sólo Pierce podía discernir. Que los demás aprendan o callen.

¿Y tenía él alguien a quien dedicarlo? No, no tenía. Aunque se le ocurrió, por primera vez en ese instante, qué regalo único podía significar una dedicatoria; tan generosa, y halagadora, y gratuita por añadidura.

Lo que su libro *podía* contener (pensó, retrocediendo unos pasos y contemplando con los brazos cruzados los lomos de su colección, algunos colocados boca abajo) era algo así como una nota del autor.

Sí. Una nota del Autor. *Este libro, más aún que la mayor parte de los Ubros, no,*

como lo son la mayoría de los libros, también este libro es —y más aún que la mayoría— un libro hecho de otros libros. El autor desea reconocer. De cuya inagotable y profunda erudición, de cuyas audaces especulaciones, de cuya... Esta fantasía en torno a sus temas.

Una disculpa, tal vez, anticipada, por el uso que se proponía hacer de ellos, y las compañías que les haría frecuentar.

Dio media vuelta y abrió otra caja. Estaba llena de libros voluminosos: un gran diccionario y un gran libro ilustrado sobre relojes, algunos volúmenes de su *Británica de 1939* heredada a la muerte de Sam, un imponente Shakespeare y una enorme Biblia.

Esta última (Douai), pesada en sus manos, lo tentó a probar un sortilegio.

La puso sobre la cama, la abrió, palpó la densa escritura, y con los ojos cerrados pasó rápidamente las páginas. Se detuvo. Con los ojos siempre cerrados puso un dedo sobre un texto y lo miró con tutela. Isaías:

Con alegría partiréis, y en paz seréis llevados; montañas y colinas prorrumpirán ante vosotros en gritos de alegría y todos los árboles del campo aplaudirán.

Tres

Al igual que todos los libros de Fellowes Kraft, la breve autobiografía que Boney le había dado a leer a Rosie traía un epígrafe. Esta vez era una cita de *Trabajos de amar perdidos*:

*¡Bienvenida la amarga copa de la prosperidad!
quizá la aflicción vuelva algún día a sonreímos;
pero hasta entonces
ten paciencia, tristeza.*

Lo cual, si se pensaba en lo que en realidad decía, parecía mas bien una especie de juego de palabras; aunque tal vez, pensó Rosie, fuera la fuente mas que la cita misma lo significativo, porque un tema importante en el libro era la búsqueda del Amigo Ideal y los sucesivos desengaños, traiciones, perjurios y rupturas que la búsqueda había entrañado, todo ello descrito no obstante con tanta delicadeza que Rosie se preguntó si acaso Kraft habría ignorado su verdadera naturaleza, y si en verdad buscaría, en plena inocencia, tan sólo un amigo, y si la malpensada era ella.

Si era ambiguo al hablar del Amigo Ideal, era en cambio franco en materia de regalías y del negocio literario. Daba un detall minucioso de cuánto dinero le había reportado cada libro, lo cu a Rosie le resultó esclarecedor; lo suficiente para subsistir, al parecer, pero no para vivir con holgura. También había dinero de la familia, aunque Kraft se mostraba un poco más reservado a ese respecto; y estaba además, la Fundación. Ciertamente, con los derechos de autor no habría podido comprar la casa de Stonykill, ni costear la agitada vida que llevaba, los viajes que narraba y emprendía sin descanso, siempre lleno de esperanza, iluminados por el arte o la arquitectura que descubría a su paso, pero que siempre le dejaban un amargo sabor de cenizas: y eso a causa de los Amigos, pensó Rosie, Nikos y Antonio y el Barón y Cyril y Helmut. Insertas en el libro, había fotografías borrosas de uno o dos de estos hombres, en marcos impresos con nombre, lugar y fecha; en realidad, aparte del antiguo retrato de una mujer alegre y aniñada, con una capelina y un vestido de verano —su madre—, aquéllas eran todas las ilustraciones.

No, una más: Kraft y otros dos hombres jóvenes, en una suerte de camión en un camino de montaña, con un castillo de libro de cuentos blanco y desvaído a lo lejos, valle abajo. Kraft y quienesquiera que fuesen esos otros vestían ropas rústicas, pantalones cortos de cuero y suéters. Al pie, una nota que intrigó a Rosie: *De expedición por las Montañas Gigantes, 1935*. No había encontrado en el texto nada que aludiera a esa expedición, y ella no tenía ni la más remota idea de dónde podían quedar las Montañas Gigantes. El país de las hadas, quizás.

Aunque, a decir verdad, no estaba leyéndolo en secuencia natural. Lo tenía encima de su escritorio (una mesa de juego que había instalado en un rincón del

estudio de Boney, donde trabajaba), y lo abría al azar de tanto en tanto cada vez que el trabajo la aburría o no sabía cómo continuar; el hecho de leerlo o simplemente de mirarlo, le parecía lo bastante relacionado con su tarea como para llenar los huecos de un día de trabajo. Lo estaba leyendo una mañana de fines de mayo, aunque no era un día laborable sino un sábado, sentada en la silla de Boney, con los pies cruzados sobre el escritorio. Boney en cambio estaba en el parque, encorvado sobre una pelota de cróquet, empuñando un mazo. Césped de un verde intenso, orgullo de viejos jardineros, pelota y mazo a franjas azules. Rosie podía verlo cuando alzaba los ojos del libro: practicando.

«Nuestros nidos, por muy hermosos que los hagamos serán nidos vacíos», leyó; y Rosie creyó saber a quiénes se refería ese *nosotros*. «Inevitablemente, seremos solitarios, como pelotas que, lanzadas a través de un vasto prado, chocan con otras de tanto en tanto, y son chocadas por ellas. Debemos celebrar esos choques, y conservar alto nuestro valor y nuestro ánimo; y no olvidar a aquellos a quiénes hemos amado, no, y orar porque nuestras memorias nos sean recompensadas con un lugar, por poco visitado que sea, en sus corazones».

Hum. Rosie se dio cuenta de pronto de que, hoy en día, todo el mundo, no, muchas personas vivían como había vivido Kraft, como habían vivido siempre los homosexuales; colisiones breves, azarosas, entre amantes a quienes no había forma de retener, salvo por el tiempo que pudieras conservar sus manos entre las tuyas. Y después ¿qué? Después, recordarlos, y mantenerse en contacto: amigos. Tal vez hubiera una enseñanza en ello, o una insinuación: la manera de no acabar con las manos totalmente vacías, si ésa era la forma en que uno tenía que vivir.

Dejó pasar entre los dedos, hasta las finales, las cremosas páginas del libro. En el parque, Boney balanceó hábilmente el mazo, como un péndulo, delante de él, y enderezó las encorvadas rodillas. Sam, encantada, correteando a través del césped, interceptó la carrera de la pelota que Boney había echado a rodar. Boney levantó un dedo admonitor, Sam, pelota en mano, alzó los ojos para escuchar, pero al fin decidió llevársela de todos modos, chillando de contento.

«En Venecia, en la bóveda de la iglesia de San Pantalón, se encuentra una de las obras de arte más extraordinarias que he visto en mi vida. Es una pintura barroca, ejecutada en perspectiva *trompe l'oeil*, por un tal Fumiani, de cuya existencia no he podido encontrar ningún otro rastro. La obra ocupa todo el techo y sus artesones, como si fuera una enorme pintura de caballete; ha de narrar sin duda la historia del santo, aunque cuál es esa historia nunca lo he sabido. Pese al convincente salto hacia arriba de la perspectiva, no posee la evanescente ligereza de un Tiépolo; tiene un claroscuro alucinante, y los personajes nítidos y sólidamente modelados, los pilares, los tramos de escaleras, los tronos, trípodes, y el humo del incienso son tan reales que su magnitud y el rápido alejamiento del observador es vertiginoso. Lo más sorprendente de todo es que, si se exceptúa una legión de ángeles, en el centro, no hay en ella ningún significado obviamente religioso: ni Virgen ni Cristo, ni Dios ni

Paloma, ni cruz ni aureolas, nada. Nada más que esas enormes figuras antiguas, asociadas en una historia más que narrando la historia; meditando, juzgando, esperando, viendo, solas. La legión de ángeles asciende no hacia una divinidad, sino hacia un centro vacío, un cielo de nubes blancas.

»Poco antes de acabar esta inmensa obra, Fumiani, al parecer, se cayó del andamio y se mató. Imaginadlo.

»Vi por primera vez la cúpula de San Pantalón (¿San Pantalón? ¿La iglesia del viejo loco?) en 1930, cuando estaba en Europa escribiendo mi primer libro, *El Viaje de Bruno*. He vuelto a Venecia muchas veces desde entonces, y ese techo de Fumiani ha sido una de las cosas que me ha incitado a volver. Si pudiera —si no tuviera la sensación de que la tinta de esta vieja Waterman empieza a secarse— intentaría un libro más, un libro semejante a ese techo; un libro compuesto de grupos ambiguos pero claros, grandes soledades que miran y desvían la mirada; un libro solemne, y sombríamente brillante y jubiloso en su realización; como es jubiloso ese techo en el inmenso truco de su perspectiva; un libro vacío, e infinito en su centro. Un libro que cerrara el ciclo de mi vida como Bruno lo abriera. Un libro que, antes de terminarlo, pudiera morirme».

Rosie se estremeció al leer esta frase. Ella sabía sin embargo que esos pensamientos macabros habían sido un tanto prematuros; después de estas memorias había escrito por lo menos un libro más, ¿*Bajo el signo de Saturno o Anochece en la llanura?* Ella lo había leído, y no parecía muy distinto de los otros; uno más. Estas memorias, pensó, habían sido escritas más cerca del umbral de la vejez que de la sombra de la muerte.

Sin embargo, al parecer, nunca había encontrado el Amigo Ideal; los trabajos de amor, perdidos.

Cerró el libro y bajó los pies del escritorio. No era un día laborable, pero tenía montones de cosas que hacer; porque era el día del torneo estival de cróquet y de inauguración de la temporada, un acontecimiento social de singular relieve, y aquí, en Arcadia, en el parque detrás del estudio, se jugaba hoy el primer partido.

No acudirían todos los jugadores de primera línea; algunos eran veraneantes que aún no habían abierto sus casas, otros estatuí ocupados plantando sus tomates. Rosie suponía que Beau y los otros vendrían. Allan Butterman había sido invitado. Esperaba que también fuera Spofford, a quien ella no veía oficialmente desde hacía un tiempo y que tenía (eso había dicho él) un proyecto para discutir con ella y con Boney.

Un proyecto. Se ajustó los cordones de las zapatillas y, aunque sabía que no era correcto hacer eso, abrió el ventanal y saltó por encima del alféizar al parque llamando a su hija para el almuerzo.

Tampoco Pierce había visto mucho a Spofford desde su llegada, en esta época del año Spofford estaba ocupado con su tierra, y tenía pocas razones para bajar a las Jambas. Y Pierce se las apañaba solo, consciente ya de que, como recién llegado, era

objeto de cierto interés.

Había entablado una buena relación con Beau y con las mujeres de su casa, y en la casa de Beau había conocido, entre otros, a Val; por lo demás parecía probable que pronto contaría en este pueblecito con un círculo de relaciones más amplio que el que jamás tuviera en la gran ciudad, donde a la larga había llegado a convertirse en una especie de recluso, y del cual, de todos modos, la mayor parte de las personas que le interesaban habían escapado una por una, como a la larga lo hiciera también él.

Como lo hiciera también él. Un sábado estaba sentado en un sillón mullido junto a su ventana abierta, aspirando la fragancia de las lilas (las pesadas ramas cargadas de flores de un arbusto grande y añoso caían a plomo sobre la cerca de madera y alambre que separaba el terreno de su edificio del de sus vecinos) y escuchando el canto de los pájaros. Mientras esperaba que Val lo llamase desde la puerta, porque iría con ella y Beau a jugar nada menos que al cróquet, escribía en su registro:

«La persistencia del pensamiento mágico en este vecindario es extraordinaria. Mi vecino Beau me explicaba ayer todo lo concerniente a los distintos caracteres planetarios que pueden tener las personas; mercurial, jovial, saturnino, marcial, etc. Y cómo atraer las influencias planetarias benéficas a fin de contrarrestar las maléficas. Talismanes. Sellos. Y no lo está obteniendo de ninguna búsqueda erudita, de ningún libro antiguo, le es naturalmente accesible. Son sin embargo las mismas fórmulas que por sus propios medios elaboró Marcilio Reino quinientos años atrás. ¿Cómo?».

Se puso el lápiz entre los dientes como la daga de un pirata y se levantó con esfuerzo; fue a la estantería de la izquierda, buscó entre los libros, sacó uno y lo fue hojeando mientras se dejaba caer de nuevo en el sillón.

«Val —escribió— es nuestra astróloga, y al parecer un personaje sumamente importante en estos aldeaños, como debió de serlo el médico-astrólogo o la mujer experta en hechizos y otras artes en cualquier aldea isabelina. El otro día, estuvo explicando en La Cueva de las Roscarlas cualidades o los contenidos de las doce casas del Horóscopo. Yo le pregunté cómo había llegado a las descripciones que posee; no tenía ninguna respuesta; ha estudiado, dice, pero lo que ha estudiado parece ser más que nada revistas; y ha meditado y sentido —experiencia, dice ella, más que cualquier otra cosa—; pero he aquí que sus descripciones coinciden con las de Robert Fludd en su Astrología de alrededor de 1620».

Abrió el libro que había puesto en el brazo del sillón para copiar de él.

«Val dice que *Vita* es la vida, la personalidad psicológica y física. Fludd dice: vida, personalidad, aspecto físico, e infancia. *Lucrumes* posesiones, dinero, ocupaciones, dice Val; Fludd dice bienes, riquezas y casa (pero Val dice que también es inicios, primeros pasos, lo que uno hace con lo que recibe en *Vita*). *Fratres*, dice Val, no significa tan sólo hermanos y hermanas, significa relaciones familiares y comunicaciones de toda especie; y más aún, también es amistad: tu círculo, en fin. Fludd dice —había perdido el renglón y tuvo que buscarlo— hermanos y hermanas, amistad, fe, y religión, y viajes».

Bueno, tal vez no tan exactamente idénticos como él había imaginado. ¿Cómo era que entraban los viajes bajo *Fratres*? Siguiendo la lista, *Pietas*, en la casa novena, figuraba como «travesía» en la descripción de Fludd. ¿Había alguna diferencia entre «viajes» y «travesías»? *Mors*, la casa ocho, había dicho Val, no es tan sólo muerte, es llegar a ver la vida desde la perspectiva más vasta, la perspectiva cósmica. La descripción de Fludd decía: «muerte, trabajo, tristeza, enfermedades heredadas, años postreros». En general las descripciones de Val eran *más simpáticas* que las del mago del siglo XVII, más meliorativas, siempre concibiendo las dificultades y los obstáculos como crecimiento y lucha en un plano más elevado.

Pero ¿por qué, al fin y al cabo, las casas tenían esas características y no otras? ¿Y por qué en ese orden? Val podía explicarlas como una serie, una expansión acumulativa a partir de la infancia y de las preocupaciones personales, a través de la socialización y la familia, hacia la conciencia cósmica, una historia en doce capítulos: pero no era eso lo que Pierce preguntaba. Cualquier secuencia de doce nociones podía, probablemente, ser *interpretada* de manera satisfactoria, sobre todo de ese modo esotérico, anagógico; pero eso no las *explicaba*. Se lo había preguntado a Val en La Cueva de las Roscas: ¿por qué la Muerte aparece en la casa octava y no en la última? ¿Por qué la octava y no la séptima o la novena? ¿Y *Lucrurn* merecía en verdad su sitio inmediatamente después de *Vita*? ¿Y por qué las doce culminaban no en la expansión más sublime, o en el más tenebroso de los finales, sino en *Carcer*, la Prisión?

Beau Brachman había estado escuchando aquella discusión con una sonrisita irónica, como quien sabe más y calla, mientras Pierce hacía preguntas y Val formulaba nociones riéndose de su propia torpeza para hilvanar razonamientos lógicos.

—*Carcer* —dijo Val—, sufrimiento. ¿Sí? Y miedo y restricción; pero el destino individual es ver, y llegar a *ver eso*.

—¿Ver qué?

—Que tu destino individual, en este momento, es algo que tienes que abandonar, del que tienes que salir en la muerte para unirse con el universo. Es *comprender* eso. —Miró a Beau—. ¿Correcto?

Pero Beau no decía nada, tan sólo sonreía, y Pierce había empezado a sospechar que esa sonrisa no era más que la forma de su boca, la curva de sus delicados labios de sátiro, nada que reflejase su mirada o su pensamiento.

En fin, ¿y qué era lo que ponía Fludd en la última casa? «Enemigos ocultos, impostores, personas celosas, malos pensamientos, grandes animales».

¿Grandes animales?

Pierce tuvo una inspiración súbita. Se abrió de golpe en su mente como un capullo, y al instante comenzó a echar pétalos, a desplegarse como una flor en cámara lenta, mientras buscaba a tientas el lápiz que había dejado sobre la mesa.

«Organiza el libro de acuerdo con las doce casas —escribió—, cada casa un

capítulo o una secuencia. En algún momento cuenta la historia de cómo surgieron las doce casas, de cómo su significado fue cambiando con el correr del tiempo, pero reserva esto para más tarde; deja que el lector medite, *¿Vita? ¿Lucrum? ¿Qué es todo eso?*, etc.». Oyó que abajo alguien abría la puerta de entrada. «En *Vita*, narra cómo llegaste a esta investigación. Barr. Infancia. Etc.».

—Hola, guapo. —La voz ronca de Val llegó desde el pie de la escalera.

—Está bien, ya voy.

Su lápiz revoloteó por encima de la página. *Lucrum*, hum. Pero *Fratres* la compañía de pensadores, historiadores, magos, entonces y ahora. Y el viaje de Bruno. Se levantó, dejando a un lado el diario pero todavía escribiendo.

En *Mors*, a las tres cuartas partes del camino, Bruno sería quemado. Pero después su legado —*Ægypto*, la infinitud— se expandiría a través de *Pietas*, *Regnum*, *Benefacta*.

Carcer al final. *Carcer*. Los nueve años de Bruno en una celda pequeña como el baño de Pierce. Nueve años para retractarse, y nunca lo hizo.

¿Por qué al final nos encarcelan?

Bajó unos peldaños, taconeando, volvió a subir para buscar su tabaco, cerillas, las gafas de sol que había adquirido en Bella Vista el verano anterior. Y volvió a salir y bajar hasta donde Val, los brazos en jarras, lo esperaba con simulada impaciencia. No echó llave a la puerta, no la había cerrado con llave desde que llegara a este pueblecito; en un instante había roto con diez años de hábitos urbanos como si nunca hubiese vivido en la ciudad y ya nunca más fuera a recuperarlos.

Como algunas partidas del torneo estival de cróquet se disputaban en los patios traseros de las casas de campo del norte, rocosos, llenos de tocones y juguetes extraviados, el juego había adquirido un carácter especial, y hasta algunas reglas propias; una especie de cróquet de obstáculos en el que algunos jugadores descollaban, Spofford entre ellos. Pero en la mesa de billar que era el parque de Arcadia, el cróquet se jugaba de acuerdo con una geometría más estricta; los participantes eran en general personas de cierta edad y los jugadores más jóvenes se sentían un poco intimidados por la albura del atuendo de Boney, por la jarra de limonada y la bandeja de plata con galletitas que llevaba la señora Pisky, Pierce, apeándose del escarabajo de Val, y viendo la partida más allá de los rosales ya en su apogeo, aperaba casi que le pondrían en las manos un flamenco, para que hiciera rodar erizos bajo los arcos de un juego de naipes.

Rosie Rasmussen lo vio cruzar el parque en compañía de Beau y de Val, un hombre alto y feo que vestía una camisa de punto y sostenía con extraña delicadeza la diminuta colilla de un cigarrillo. Sabía quién era porque Spofford y Val se lo habían descrito, pero era la primera vez que lo veía; el hombre nuevo del condado.

Y Pierce la vio a ella, adoptando una pose, mazo en mano, ofreciéndole a él, a Beau, y a Val, el parque en derredor, las flores y el día. Una mujer alta y esbelta,

jovial, con una mata de rizado pelo rojo y ese upo de facciones bien delineadas, un tanto caballunas, que le permitirían conservar muchos años su lozanía juvenil. No su tipo, sin embargo. La vio cargar el mazo al hombro y cruzar el parque en dirección a él. Un súbito estallido de risas y apenadas protestas entre los jugadores vestidos de blanco, ya cercanos al poste; Val soltó su risotada festiva; Rosie y Pierce se estrecharon la mano.

—Hola. Yo soy Rosie Rasmussen.

—Pierce Moffett.

—Eso es —dijo ella, como si él hubiese acertado al decir su nombre—. Bienvenido a las Lejanas.

Val saludó con un hola a las personas que conocía, y en seguida empezó a cuchichear al oído de Beau sus historias. Rosie señaló el campo de cróquet.

—¿Juegas a esto? —le preguntó.

—Hum —respondió él—, bueno he jugado una o dos veces. Ni siquiera estoy seguro de conocer las reglas.

—Yo te enseñaré —dijo Rosie—. No pueden ser más simples.

Caminaron en dirección al poste. Pierce alzó los ojos hacia las grises alturas de Arcadia, los aleros profundos y excesivamente ornamentados y la amplia terraza, con su mobiliario de mimbre haciendo juego. Había, sabía él, muchas casas viejas de esa misma edad y de esas dimensiones, acurrucadas en las colinas y los valles de las Lejanas, residencias de verano finiseculares, modestas en aquel entonces, hoy en día fabulosas. El verano anterior, durante un paseo, Spofford le había señalado en algún lugar el camino que conducía a una casa grande que pertenecía dijo al tío de su Rosie. En algún lugar. Con el tiempo, pensó Pierce, la geografía del condado acabaría por acomodarse en su mente, con sus arcos, sus postes, los senderos que la entrecruzaban.

—Así que fue Spofford quien te indujo a venir a vivir aquí, ¿no? —preguntó Rosie.

—Algo así —dijo Pierce—. En gran parte. Y la suerte. ¿Conoces a Spofford?

—Y muy bien —dijo ella, sonriendo, bajando los ojos hacia la pelota que estaba golpeteando para ponerla en su lugar—. ¿Y qué tal te sabe la nueva vida?

Pierce, con las suaves brisas de mayo en el pelo y la camisa, con las colinas verde *chartreuse* y las cambiantes nubes a la vista, pensó un momento antes de responder.

—Te diré una cosa —dijo—. Si yo hubiera formulado tres deseos pensaría que uno de ellos me ha sido otorgado, el de haberme traído a este lugar, el de haberme sacado de la ciudad.

Rosie se rió de la tonta extravagancia de la idea.

—Bueno, pero te quedan dos más.

—De esos —dijo Pierce—, yo sé cómo ocuparme.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. —Le resumió brevemente sus teorías y conclusiones en materia de deseos, los preparativos que había hecho, las trampas que había previsto.

—Caramba, lo tienes todo bien calculado.

—Por supuesto —dijo Pierce—. Hay que estar preparado.

—¿Y qué te hace pensar que necesitas prepararte? Quiero decir, ¿qué vas a hacer para obtener esos deseos?

—No estoy seguro de que haya que hacer algo —dijo Pierce—. Ni de que haya que *merecerlos*. Te son ofrecidos. Sale tu número. Compras una vieja lámpara en un puesto en una feria. El pez mágico pica tu anzuelo.

—¿De veras?

—Claro. Las posibilidades son escasas, lo reconozco, pero aun así ¿por qué no tomarse la molestia de estar preparado? Lo mismo que esos cupones de las revistas que siempre mandas para ganar un premio, aunque la posibilidad sea una en millones.

—Yo nunca los mando —dijo Rosie.

—Bueno, en realidad yo tampoco —dijo Pierce.

La cara se le arrugó en una sonrisa asimétrica. Rosie se echó a reír, intrigada por su fantástica y divertida seriedad. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta, cuarenta? Manos grandes, notó; grandes pies.

—Muy bien, empiezas en la estaca —dijo, señalándosela—. ¿Qué color quieres ser?

—Me es indiferente.

—Spofford me dijo que estabas escribiendo un libro.

—Es lo que intento hacer.

—¿Y te lo pagan?

—No mucho. Algo.

—Pues qué bien. ¿Y de qué trata?

Pierce repasó rápidamente las varias descripciones que había imaginado para cada tipo de interlocutor.

—De magia e historia —dijo—. De la magia en la historia, y además de la historia de la magia, los magos.

—Hum. Interesante. Historia. ¿Y de cuándo?

—Bueno, el Renacimiento y un poco después. La época de Shakespeare.

—Los magos de aquel entonces. Hum —dijo Rosie—. ¿Como John Dee?

La miró sorprendido.

—Bueno sí —dijo—, entre otros. Y ¿cómo es que conoces ese nombre?

—He leído una novela acerca de él. ¿Eres historiador?

—Enseñaba historia —dijo Pierce, no queriendo atribuirse esa más importante jerarquía—. ¿Qué novela?

—Una novela histórica. —Se rió de la obviedad de la respuesta—. Por supuesto. De Fellowes Kraft Vivía cerca de aquí, y escribió esos libros.

Como la de un relámpago, la luz del entendimiento había empezado a cruzar por el rostro de Pierce, una comprensión inmensa, que iba mucho más allá del mero hecho de saber de dónde conocía ella al viejo doctor Dee. Rosie recordó súbitamente

haber divisado a alguien parecido a él en su última visita a la biblioteca.

—Sí, nuestro famoso escritor local. Su casa está en Stonykill.

—Pues mira por donde —dijo Pierce.

—¿Has oído hablar de él? En realidad, no era tan famoso.

—Creo que he leído casi todos sus libros. Hace mucho tiempo.

—¡Oh! —dijo Rosie mirando a Pierce mientras experimentaba una sensación muy semejante a la que tenía cuando concebía un cuadro: la sensación de que una cantidad de cosas diversas se combinaban y amalgamaban en una imagen plásticamente representable—. ¿Hay alguna posibilidad de que necesites un trabajo? Un trabajo temporal, y de pocas horas, quiero decir.

—Yo... —dijo Pierce.

—¿Y es verdad que eras profesor de una universidad en los cursos superiores?

Pierce le resumió su *curriculum*.

—Oye —dijo ella—. Espérame aquí, ¿quieres? Un segundo.

Él le indicó con un gesto que no tenía prisa por ir a ningún otro sitio. La vio alejarse a pasos lentos, a través del prado, abstraída, detenerse casi de golpe, más abstraída aún, y luego, resuelta, avanzar rápidamente hacia un grupo de jugadores vestidos de blanco.

Pierce trató de practicar unos golpes y luego se apoyó en el mazo, lleno de vida en la plenitud del día. Ahora, de aquellas flores amarillas que a su llegada a las Lejanas había visto en su momento de eclosión, no quedaba ninguna: una mata que crecía cerca del camino de entrada sólo conservaba algunas hojas verdes y en el suelo, en la base, una lluvia de pétalos caídos. Entretanto las lilas, blancas y malvas habían florecido, y también ellas empezaban a marchitarse; pero ahora en los rosales los pimpollos se abrían exuberantes. Y era suyo, todo suyo, sí, para él todo ese despliegue.

Por primera vez en años y años *no se lo estaba perdiendo*, por primera vez ¿desde cuándo? Desde los patios ajardinados y los claustros de Noate, por lo menos.

Su terruño y también el de Fellowes Kraft; y si *aquello* era en cierto modo un augurio, debía suponer que era un buen augurio, aunque aún no estaba habituado a considerar su vida en esos términos. El calor de la simple alegría era todo cuanto de momento podía sentir y de lo único que estaba seguro era de su asombro.

Un trabajo. Vio a Rosie ir hacia él, a paso rápido, el rostro radiante.

—Boney piensa que es una idea realmente fantástica —dijo, tomando a Pierce por el brazo—. Y también resultará fantástica para ti, lo sé. Acompáñame a verlo.

—¿Boney?

—Boney Rasmussen. El dueño de esta casa.

—Tu padre.

—Mi tío.

—Ajá.

—Quizá los tíos ricos abundaran por estos contornos, como en las viejas novelas.

—¿Y el trabajo?

—Bueno, escucha —dijo ella—. Ante todo, si quieres, hazme un favor. Se trata de Fellowes Kraft. Habrá un trabajo en eso estoy segura.

—Ajá.

Iban en dirección a un hombre frágil, encorvado, y al parecer muy viejo, que los esperaba apoyado en su mazo al lado de la limonada.

—Dios. Qué alivio haberte encontrado —dijo Rosie.

—¿Sí?

El viejo, a lo lejos, levantó la mano a guisa de saludo, y Pierce alzó la suya mientras cruzaba el terciopelo del prado, sintiendo al mismo tiempo que trasponía el umbral de un pórtico invisible: un pórtico del cual, una vez traspuesto, no habría retorno. No sabía por qué, ni hacia dónde iba, pero sabía que era así, porque era una sensación que ya había experimentado antes.

Cuatro

La primera vez que Rosie la había visto, en marzo, viento y lluvia, se sintió hostilizada, rechazada; era como la casa de un ermitaño o de un hechicero, solitaria en un collado boscoso, al final de un largo camino de entrada de tierra, casi una carretera, que zigzagueaba a través de campos desnudos y pedregosos. Y era además una de esas casas que, a la mirada de ciertos ojos, cierta noche parecen tener una cara: los ojos encapotados de un par de ventanas con postigos cerrados, una a cada lado de la nariz y la boca de una puerta y su montante, una barbilla de peldaños curvos, unos mostachos de hirsuta balsamina. Rosie recordó una frase del poema «El reino del sueño de la muerte», del que ésta parecía ser la atalaya o la cabaña del guardián. Y en el fondo, más allá de los pinos oscuros que gesticulaban impenetrables se alzaban las colinas.

Cuando Pierce la vio por primera vez, el tiempo había cambiado, y era simplemente una casita falso Tudor, estuco, ladrillo y ladera, más bien poco convincente; los aleros eran profundos, redondeados como si fueran de paja, —pero en realidad eran de tejas de papel alquitranado; las chimeneas rosa viejo, los numerosos sombreretes, las ventanas de parteluz y los rosales trepadores en emparrados, todo ello decía 1920 y no 1520. Los pinos, sin embargo, allá en los fondos siempre en sombra, y los ojos de la casa todavía ciegos.

Lo que Pierce tenía que hacer era entrar en esa casa con Rosie y ver lo que podría ver; hacer una evaluación general, o algo así, Rosie no estaba demasiado segura, pero sí lo estaba de no tener ni la competencia necesaria ni el deseo de hacerlo todo sola. Ése era el favor. Poner en orden lo que encontraran, catalogarlo quizá, decidir si vender o no los libros y el resto de las cosas, si valían la pena —ése era el trabajo. Si él estaba dispuesto a hacerlo.

—Mientras haya luz de día —dijo Rosie—. Sólo para echar un vistazo.

Y así, al atardecer (finalizado, con Pierce a duras penas último, el partido de cróquet) treparon a la Bison con un par de botellas de cerveza rescatadas de las ofrendas para la fiesta, y partieron a toda marcha; Val los despedía a gritos con comentarios irónicos, Rosie saludaba a todos agitando los brazos, y los perros, en el compartimento trasero, ladraban triunfantes.

—Lo he ido postergando y postergando durante tanto tiempo —dijo Rosie, cobijando las botellas entre sus muslos—. ¿De veras no tenías ningún otro plan?

—Ninguno —dijo Pierce. El enorme vehículo rodaba con estruendo cuesta abajo, ocupando como siempre más de la mitad que le correspondía de la carretera—. ¿No es lo habitual tener un espejo para mirar atrás? —Señaló un grumo de pegamento en el parabrisas, donde no había espejo alguno.

—Ya te habituarás a nuestras rarezas —dijo Rosie. Le sonrió de soslayo—. ¿Así que piensas quedarte? ¿No? ¿Establecerte aquí, eh? Casarte tal vez.

—Ja, ja —dijo él—. ¿Tú estás casada?

—No —dijo ella, no del todo sincera.

Había decidido no volver a mencionar a Spofford. No porque la hubiera ofendido el hecho de que, al fin, no apareciera para jugar al cróquet, ni llamara para justificarse. No. Simplemente había decidido que no lo haría. Ninguna razón. Ningún plan.

—Fue una historia más bien triste, supongo —dijo, mientras atravesaban el pueblo de Stonykill—. Boney dice que, al final, se había quedado casi completamente sordo. Y muy pobre. Era un hombrecito animoso y en realidad nunca se vino del todo abajo, pero el brillo de su traje de luces empezó a desgastarse. Así es como yo imagino las cosas.

—Hum —dijo Pierce, viendo pasar Stonykill: un centro industrial, casi despoblado, una fábrica en ruinas, muros sin techo, perforados por ventanas ojivales que, con el detalle gótico de la chimenea y la torre del reloj, sugerían una ruinoso abadía, también poco convincente.

—Solía bajar a pie hasta el pueblo a encargarse de sus provisiones —dijo Rosie, señalando un almacén de ramos generales—. Y a comprar una botella y los periódicos. Con *Scotty*.

—¿*Scotty*?

—El perro. —Había salido de la carretera y ahora subían una cuesta empinada—. Lo más triste fue cuando se le murió el perro. Casi lo mata también a él, de pena. Creo que eso fue lo más triste que le sucedió en su vida. Quizá cuando su madre... ¡Oh! Ay, ay. —Había apretado a fondo el servofreno, lanzando a Pierce contra el tablero. Estirando el cuello, para atisbar entre las cabezas de los perros, que también se habían precipitado hacia adelante, retrocedió en medio de una lluvia de pedregullo, hasta el ancho portón de aluminio asegurado a viejos pilares de piedra que cerraba la entrada—. Me pasé un poco. Pero aquí estamos.

No había podido encontrar la llave del candado del portón, de modo que tuvieron que ir andando hasta la casa por el largo sendero polvoriento. En vuelo hacia los pinos, graznaban los grajos. El curso del oriplata atardecer de verano —tiempo de aprovechamiento de luz solar— parecía haberse detenido como si fuese a durar eternamente.

—¿Quieres ver la tumba de *Scotty*? —preguntó ella—. Está por aquí, en el fondo.

—Creía que nunca habías estado aquí.

—Vine una vez. Miré por las ventanas. Pero no me atreví a entrar.

Rodearon la casa, silenciosa y atenta, hasta llegar a los fondos, porque la llave de que Rosie disponía era la de la puerta de la cocina, una puerta de dos batientes horizontales, con una arcada redonda.

—Oye, no sabes cuánto te lo agradezco —dijo, luchando con la cerradura herrumbrada.

—No te preocupes —dijo él—. Es interesante. Y estoy seguro de que encontraré algún favor para pedirte a cambio.

—Cuando quieras —dijo ella, y la llave giró.

—Clases de conducir. —No era su tipo, no. Pero al menos, no estaba casada y no era la novia de su único amigo en el condado.

—Seguro —dijo ella—. Puedes conducir a la vuelta. —Abrió la puerta, y entraron en la helada cocina—. Bueno —dijo Rosie, cuando hubo cerrado la puerta. Sintió el impulso de tomar la mano de Pierce, una seguridad en el silencio—. Bueno.

La casa, cerrada durante tanto tiempo a cal y canto, olía a moho, a la guarida de un animal salvaje, y la débil luz que se filtraba por las ventanas emplomadas la hacía parecerse aún más a una caverna. Un solterón había vivido aquí, un solterón en tiempos puntilloso en su cuidado personal y el de su entorno pero que había acabado por dejarse estar, acostumbrándose, con el tiempo, a la desidia, y a la larga incapaz siquiera de percibirla. El mobiliario era de buena calidad, y bien elegido, pero estaba sucio y un poco deteriorado, una lámpara reparada con esparadrapo, un paraguas invertido para sostener un cenicero al lado del gran sillón. El animal que aquí tuvo su guarida se había apoltronado en ese sillón que aún conservaba su forma; esa huella pálida en la alfombra, desde el sillón hasta el Magnavox y el bargeño de los licores, había sido trazada por sus pies empantufados. En presencia de toda esa intimidad, Pierce se sintió casi un intruso.

—Libros —dijo Rosie.

Los había por todas partes, libros en altas estanterías, libros apilados en los rincones, encima de las sillas y al lado de ellas, libros abiertos sobre otros libros abiertos; atlas, enciclopedias, novelas con cubiertas de colores brillantes, grandes álbumes de arte de papel satinado. Pierce eligió el sendero de menor resistencia, el que abriera Kraft por entre las islas y arrecifes de libros, hacia un gabinete de cristal que contenía más libros.

Lo abrió con una llave que estaba en la cerradura.

—Deberíamos ser sistemáticos, supongo —dijo—. Más sistemáticos.

Varias de las cosas contenidas en esta vitrina estaban cuidadosamente envueltas en esas bolsas de plástico en que se guardan las reliquias. Una de ellas parecía contener las páginas de un manuscrito medieval. Una etiqueta mecanografiada rezaba pica trix. Pierce cerró la puerta, súbitamente intimidado; los libros más queridos de un hombre.

—Bueno —dijo Rosie. La aprehensión que la había sobrecogido al entrar la había abandonado; empezaba a sentirse curiosamente a gusto aquí, en la casa de aquel hombre extraño, con este desconocido. El ver a Pierce tocando los libros de la vitrina le había hecho pensar que acababa de presentar a dos hombres que no podían ser otra cosa que amigos—. ¿Quieres curiosear un poco por aquí abajo? Yo iré arriba.

—De acuerdo.

Durante un rato permaneció a solas en la salita. Había quemaduras de cigarrillo —pero ¿por qué?—, a todo lo largo del antepecho de la ventana, junto a la mecedora. La casa entera parecía oscurecida por el humo, como esas cabañas comunales de los

mohawk. Se dio vuelta. El sendero tomaba ese rumbo, a través del diseño asimétrico y excéntrico que el arquitecto había esperado resultara pintoresco, y conducía a un cuarto pequeño, sorprendentemente pequeño, en los fondos de la casa, cuyo uso parecía obvio, y en cuyo umbral Pierce se detuvo aún más intimidado que antes. Estaba atestado como un gallinero, y equipado con calculada minucia. Apenas si había sitio suficiente para el escritorio, ni siquiera un escritorio sino una ancha superficie empotrada, no con mucha eficiencia, debajo de las ventanas de parteluz. Y entre ventana y ventana, algunos altos anaqueles; y dos gabinetes de acero gris, con unos rótulos que a Pierce le resultaron ininteligibles. Había un viejo calentador eléctrico, un cenicero de pie, de vestíbulo de hotel, una lámpara de oficina con brazo extensible, que podía alargarse para iluminar esa Remington negra.

Allí se habría sentado él; a través de esas ventanas contemplaría el día. Se calaría las gafas que, por ser demasiado vanidoso, no usaba en otros sitios, encendería el decimotercer cigarrillo del día, y lo dejaría en el cenicero... Pondría en la máquina una hoja de papel... Una hoja de *este* papel: aquí, al alcance de la mano, había una caja de una resma de ese ordinario papel amarillo que sin duda utilizaba para los primeros borradores. *Esfinge*. Pierce la abrió. La tapa se adhirió a la base a causa del vacío creado por el tirón; estaba casi llena de papel, pero no de papel en blanco.

Eran un texto mecanografiado, páginas sin numerar, pero aparentemente consecutivas, el borrador de una novela. Con ambas manos, como quien saca un pastel del horno, o un bebé de su cuna, Pierce levantó la pila y la depositó sobre el escritorio. Fuera de la casa, en el anochecer, un perro ladró. ¿Scotty?

No había una portada pero la primera página tenía algo que acaso fuera un epígrafe:

Descubro que soy el Caballero Parsifal.

Parsifal descubre que su gesta en busca del Grial es la gesta en busca del Grial de todos los hombres. En ese instante el Grial está naciendo, fruto de un laborioso parto en todo el mundo al mismo tiempo. Con un inmenso quejido el mundo despierta por un momento de su letargo, para expulsar el Grial como una piedra; todo ha terminado; Parsifal olvida lo que al partir se proponía hacer, yo olvido que soy Parsifal, el mundo gira otra vez y vuelve a dormirse, y yo desaparezco.

Este texto era atribuido, al pie (mediante un rápido trazo a lápiz, como una idea tardía o una ocurrencia repentina) a Novalis. A Pierce le parecía extraño. Levantó la reseca hoja amarilla, frágil, los cantos ya parduscos. La segunda página se titulaba «Prólogo en el Cielo», y las primeras palabras eran las siguientes:

Había ángeles en el cristal, dos cuatro seis, entrando uno detrás de otro siempre sitio para uno más; se cogían del brazo o enlazaban las manos por detrás de la espalda y miraban a los dos mortales que los observaban. Todos iban vestidos de verde y ostentaban lazos o guirnaldas de flores y hojas verdes en las sueltas

cabelleras; en los ojos el resplandor de una extraña alegría, y los nombres de todos ellos comenzaban con la letra A.

Arriba, una puerta se cerró con un ruido sordo, y Pierce levantó la cabeza, los pies de Rosie cruzaban y recruzaban la habitación de la planta alta, fisgoneando, Pierce ojeó rápidamente unas páginas más del voluminoso montón y encontró el capítulo uno:

Hubo una vez un tiempo en el que el mundo no era como nosotros hoy lo conocemos. Tenía una historia diferente y un futuro diferente. Y también diferentes eran las leyes que lo gobernaban...

Al pie de esa página había un nombre y una fecha que Pierce conocía; y una vivencia de su infancia volvió a él, cuándo, dónde, esa suave oleada de memoria física, innominada, que un olor o un sonido pueden despertar.

Acercó la dura silla de Fellowes Kraft y se sentó en ella; apoyó el codo sobre el escritorio y la mejilla en la palma de la mano, y empezó a leer.

Cinco

Hubo una vez un tiempo en el que el mundo no era como nosotros hoy lo conocemos, un tiempo en el que funcionaba de una manera diferente; tenía una historia diferente y un futuro diferente. Su carne y sus huesos mismos, las leyes físicas que lo gobernaban, eran distintas que las que nosotros conocemos.

Cada vez que el mundo transita de lo que ha sido a lo que habrá de ser, adquiriendo así un pasado diferente y un diferente futuro, hay un brevísimo instante en el que todos los universos posibles, toda posible extensión del Ser en el espacio y en el tiempo, están detenidos en suspenso ante el umbral del devenir, antes de que todos, salvo uno de ellos, vuelvan una vez más a la inexistencia; y el mundo es como es, y no como era, y todos los que en él habitan olvidan que pudo ser, o ha sido alguna vez distinto de como es ahora.

Y en el instante mismo en que el mundo transita de lo-que-ha-sido a lo-que-habrá-de-ser, y todas las posibilidades aparecen por un momento apenas a la luz y a ninguna de ellas se ha elegido aún, todas las otras cesuras de tiempo similares (porque ha habido varias) pueden también tornarse visibles: tal como los meandros del camino ascendente de montaña, de pronto, pueden tornársele oíbles a alguien que la escala, en el mismo momento en que su automóvil se balancea distante en el ápice de la curva que está tomando, y ve de dónde ha venido, y divisa allá abajo, a lo lejos, un sedán azul que también va ascendiendo.

Ésta es la historia de uno de esos momentos, y de aquellos hombres y mujeres y otros que lo reconocieron. Ahora ellos están muertos, o dormidos, o no figuran en la historia que el mundo ha llegado a tener; y ese momento aparece, a nuestros ojos, muy distinto de como lo veían ellos. Yo abro hoy un libro, una historia de aquellos tiempos, y lo que me dice no me sorprende. Por muy equivocada que haya sido la concepción que ellos tenían de su mundo (y al parecer incluso delirante, pues lo poblaban de dioses y de monstruos, de comarcas inexistentes con historias imaginarias, de metales, plantas y animales fantásticos, dotados de poderes también imaginarios), en realidad habitaron en el mismo mundo en el que habito yo: tenía estos animales y estas plantas que yo conozco, este sol y estas estrellas, y no otros.

Y sin embargo, entre las páginas de mi libro de historia, en sus intersticios, atisbo yo la sombra de otra historia y de otro mundo, simétrico a él, y a la vez tan diferente de él como el sueño lo es de la vigilia.

Este mundo; esta historia.

En el año 1564, un joven napolitano de la antigua ciudad de Nola, cometiendo el gran error de su vida, ingresó en el monasterio dominico de San Domenico Maggiore, en Nápoles. No fue, claro está, una decisión puramente suya; como su padre era un soldado en retiro, sin tierras ni fortuna, y el muchacho era brillante, (eso decía el cura de la parroquia) y un tanto díscolo, en verdad, no quedaba para él

otro camino que la iglesia. Pero la de los dominicos, pese a ser la orden más grande y poderosa del reino de Nápoles, no era la orden adecuada para este muchacho. Tal vez, si hubiese entrado en una orden más modesta, menos poderosa, alguna industriosa congregación de franciscanos menores, o la más tolerante de los benedictinos, o incluso en un monasterio de clausura capuchino, se le habría permitido disfrutar de la paz necesaria para soñar sus sueños. De haber escogido la Compañía de Jesús, los jesuitas habrían encontrado la forma de aprovechar, para sus propios fines, su soberbia, sus extrañas dotes y hasta su repugnancia por la cristiandad; la Compañía habría sabido cómo hacerlo.

Pero los dominicos, esa orden de frailes predicadores, que se había arrogado la misión de mantener puras la Iglesia y sus doctrinas; los dominicos que, haciendo un juego de palabras, se daban a sí mismos el nombre de *Domini canes*, las jaurías del Señor, lebreles blanquinegros ansiosos por cercar y abatir a su presa, la herejía, no, no era la orden adecuada para encarcelar al joven Filippo Bruno, quien recibió el nombre de Giordano cuando vistió el hábito blanco y negro. La orden no alentaba el pensamiento independiente; jamás habría de perdonar que el joven nolano les volviera la espalda para llevar por el mundo sus herejías; y al final, lo tendrían para siempre en su poder, amarrado a una pira, en Roma.

Mas allí está, por ahora, en el monasterio de San Domenico, recorriendo a paso lento la nave diestra de la iglesia, esquivando a holgazanes y sicarios, interrumpiendo encuentros de amor furtivos. En cada capilla lateral se detiene, en cada nicho de estatua, cada sección arquitectónica, y permanece, largo rato, delante de ella, largo rato, pensativo, antes de pasar a la siguiente. Pero ¿qué está haciendo?

Está memorizando pieza por pieza la iglesia de San Domenico, a fin de utilizarla como depósito o archivo secreto para recordar otras cosas.

Más de cien años atrás habíase iniciado la confección de libros por medio de la nueva *ars artificialiter scribendi*, el arte de escribir artificialmente, la imprenta. Miles de libros han sido impresos ya. Pero en los grandes monasterios de los dominicos la era del escriba, la era del manuscrito, la era de la memoria no ha terminado aún. No cesan de aparecer manuales impresos sobre la forma de predicar sermones, breviarios y libros de homilías, y exégesis de las Escrituras para uso de los sacerdotes, pero la orden de los Frailes Predicadores continúa iniciando a sus novicios en los misterios de las artes de la memoria, antiguas como el pensamiento.

Elige un edificio público espacioso e intrincado —una iglesia, por ejemplo— y apréndelo de memoria, cada altar lateral, cada capilla, cada nicho para estatua y cada ojiva. Marca cada quinta parte de ese ámbito, en tu imaginación, con una mano; marca cada décima parte de ese espacio con una X. Tu casa de la memoria ya está preparada. Para usarla, para recordar, por ejemplo, el contenido de un sermón que has de pronunciar, o un manuscrito de derecho canónico, o el breviario de un confesor, con los pecados y sus correspondientes castigos, debes proyectar en tu mente

imágenes vividas que representen las distintas ideas que deseas recordar. Aristóteles dice claramente, y Santo Tomás lo reitera, que las *similitudines corporales* estimulan la memoria más fácilmente que las nociones desnudas. De tal modo, si tu sermón versa sobre los Siete Pecados Capitales, encárnalos en personajes horribles y malvados que muestren los signos distintivos de su condición (de la boca de la envidia sale, en vez de lengua, una víbora repugnante; los ojos de la cólera lanzan llamaradas rojas, y está armada hasta los dientes). A continuación sitúa a tus personajes en los lugares que les corresponden, en orden, alrededor de la iglesia o la plaza o el palacio que tienes en la memoria, y a medida que hables, cada uno de ellos, por turno, te exhortará. Ahora habla de mí, ahora habla de mí.

Así fue cómo los escolásticos elaboraron y enriquecieron un recurso retórico mencionado brevemente por Cicerón y Quintiliano; y en la época en que el Hermano Giordano se dedicaba a aprender de memoria la iglesia de San Domenico, ni siquiera sus espacios infinitamente desplegados resultaban suficientes para contener lo que él quería recordar. La patrística, la teología moral, los *summulae logicae*, la hagiografía, el contenido de compendios, enciclopedias y bestiarios, la misma historia en mil versiones diferentes: la pasión frailería de coleccionar, disecar, dividir y multiplicar nociones, llenaban a rebosar las catedrales de la memoria, del mismo modo que las de piedra desbordaban de gárgolas, santos de cristal, pasiones, pilas de bautismo, tumbas y Juicios Finales.

Y cuanto más se acrecentaba la cantidad de cosas para memorizar, más se expandían, dividían y multiplicaban los medios para evocarlas. El Hermano Giordano aprendía de memoria nuevas reglas de memoria. Memorizó un sistema para recordar no tan sólo nociones e ideas, sino las palabras mismas del texto, sustituyendo unas palabras por otras: así, la imagen mental de una ciudad (*Roma*) le recuerda al orador que a continuación debe hablar del amor (*amor*); más aún: había reglas para recordar, no las palabras, sino las *letras* de las palabras, una imagen para cada letra, cierta similitud corporal; de modo que la palabra *Nola* estaba constituida en la mente del nolano por un arco, una piedra de molino, una azada y un compás; y la palabra *indivisibilitate*, por un revoltijo de trastos viejos en un desván. Giordano descubrió que podía hacer esos trucos con facilidad; compuso un alfabeto de pájaros, *ánsar*, el ganso para la A, *bubo*, el búho, para la B, y así sucesivamente; y lo elaboró hasta que pudo conseguir que la frase *In principio erat Verbum* revoloteara y se posara sobre sus hombros como una bandada de pájaros. La única dificultad con que tropezó fue la de cómo expulsar las cosas que antes pusiera en cada sitio, y liberar la iglesia de San Domenico Maggiore de sus pájaros, azadas, palas, escaleras, figuras alegóricas con serpientes por lenguas, capitanes gesticulantes, anclas, espadas, santos y bestias.

—¿Es lícito, entonces, cuando ya no te quedan sitios que llenar, construir nuevos sitios en la imaginación, adosados a aquellos otros?

—Lo es, Frater Jordanus, si procedes de forma correcta. Debes imaginar una línea que corra de oeste a este, y sobre ella erigirás torres imaginarias, para utilizarlas

como casas de memoria. Las torres pueden multiplicarse tantas veces como tú quieras, si las modificas, si las haces girar hacia este lado y el otro, *persursum*, *deorsum*, *anteorsum*, *dextrorsum*, *sinistrorsum*... —Las manos del hermano instructor torneaban y hacían rotar una torre imaginaria.

—Sí —dijo Giordano—. Sí.

—Pero eso sí —dijo el hermano instructor alzando un dedo—: sólo deberás usar esas torres para ejercitar y fortalecer la memoria. ¿Has oído? No para recordar. ¿Me escuchas, frater Jordanus?

Mas ya una línea de torres imaginarias había comenzado a extenderse hacia el oeste, desde la puerta de San Domenico: torres muy semejantes a las que el Hermano Giordano recordaba de su infancia nolana. Cada año, en Nola, para honrar al patrono de la ciudad, San Paulino, en su fiesta onomástica, las diversas cofradías construían y desplegaban altas torres de madera y batán y lona, llamadas *guglie*: construcciones de numerosos pisos, con balcones y cúpulas, provistas de ventanas y aberturas grandes y pequeñas, que mostraban escenas de la vida del santo o de la Pasión, o de romances, o de la vida de la Virgen. Pintadas por dentro y por fuera, esas *guglie* estaban recamadas de querubines rosados, estrellas, zodíacos, emblemas, exhortos, cruces y rosarios, perros y gatos. El día de San Paulino, las *guglie* se exhibían a la multitud, y luego —el momento más maravilloso— cada *guglie* era levantada en andas por treinta jóvenes robustos, quienes no sólo las paseaban por las calles Populosas y engalanadas, sino que, al llegar a la plaza de la iglesia, las hacían bailar. Los mocetones, gruñendo y alentándose a gritos los uno a los otros, las hacían inclinarse, saludar, girar y girar al compás de la música: danzar una con otra en medio de la gente que danzaba en torno de ellas, mientras las escenas delirantes aparecían y desaparecían de las ventanas y puertas, mientras las torres giraban, y daban vueltas a derecha y a izquierda saludando, inclinándose, *persursum*, *deorsum*, *dextrorsum*, *sinistrorsum*.

Y sin embargo —solía pensar Bruno, viendo por el estrecho ventanuco de su celda una pálida franja de anochecer, una sola estrella encendida— ni siquiera una línea infinita de *guglie* que corriera de este a oeste y que cambiara constantemente alcanzaría para contener todo cuanto él había visto y pensado en su corta vida, que a él se le antojaba tan infinitamente larga como si nunca hubiera tenido un comienzo. Ni aún cada una de las hojas cuya sombra lo rozara, ni cada una de las uvas que había triturado contra su paladar; ni cada piedra, cada voz, estrella, perro, rosa. Sólo memorizando el universo entero, sólo plasmándolas en un universo de imágenes, podrían recordarse todas las cosas del universo.

—¿Es lícito utilizar los espacios del firmamento, quiero decir, el zodíaco y sus casas, las mansiones de la luna, para los fines de la memoria? ¿Y las imágenes de las estrellas como imágenes para recordar las cosas?

—No lo es, Frater Jordanus.

—Pero Cicerón, en su segunda retórica, dice que en tiempos remotos...

—No es lícito, frater Jordanus. Expandir y ejercitar la memoria mediante artificios es una noble tarea; buscar ayuda en las estrellas no es para los de tu condición. Tú no comprendes ni a Cicerón ni a las estrellas. Y por este *pero* cumplirás penitencia de rodillas, una larga penitencia.

Además de aprender a escribir interiormente con imágenes, de la forma por la que eran famosos los dominicos, el Hermano Giordano también aprendió a escribir con pluma y tinta; a escribir con una ágil y menuda letra de copista, un latín frailuno, no rozado por el *umanismo*, un latín aprendido en los libros que le daban para leer. Leyó a Alberto Magno y leyó a Santo Tomás, los grandes doctores eruditos de su orden; adosó su propia catedral interior a la catedral, dividida en ábside, nave, coro, partes y partes de partes, de la *Summa theologica* de Santo Tomás. Gracias a Tomás conoció a aquel a quien Tomás llamaba simplemente el Filósofo, Aristóteles. Aristóteles: un cúmulo de manuscritos pringosos por el uso, copiados y recopiados, glosados e interpolados y que se habían vuelto casi ininteligibles debido a la acrescencia de pequeños errores.

Todas las cosas buscan las esferas que les son propias. Lo que es pesado, como las piedras y la tierra, busca el centro del universo, que es lo más pesado; las cosas más ligeras, como el aire y el mego, saltan hacia arriba, hacia sus esferas, que son más ligeras.

La esfera más recóndita y pesada es la tierra, y le sigue la esfera del agua, que asciende como rocío y desciende como lluvia. Las siguientes son las esferas del aire y el fuego, y a continuación, la esfera de la luna. Todo cambio, toda decadencia y corrupción, todo nacimiento y muerte, tiene lugar en las esferas de los elementos, debajo de la esfera de la luna; más allá de la luna se extienden las regiones inmutables. Aquello que no sufre cambio alguno es más perfecto que lo que está sujeto a cambio; los planetas son materia perfecta, incomparable a nada que nosotros conozcamos, engarzados en perfectas esferas de cristal que al girar marcan el tiempo. Estas siete esferas se hallan contenidas dentro de una octava, la esfera de cristal, en cuyo interior están engastadas las estrellas. Y ésta, a su vez, está contenida dentro de la esfera suprema, la esfera que al girar hace girar todas las demás: la *Primum Mobile*, a su vez movida por el dedo de Dios. Porque nada se mueve a menos que alguien lo mueva.

Mejilla en mano, en la biblioteca, rodeado por los frailes, que cabeceaban somnolientos, el Hermano Giordano, como un hombre que construye un barco dentro de una botella, ensamblaba en su interior los cielos y la tierra de Aristóteles. *Se supone que el tiempo es el movimiento de la Esfera porque los movimientos son medidos por ella y el tiempo es medido por este movimiento.* ¿Cómo? En torno de él, los hermanos bisbiseaban, leyendo sus libros, una docena de voces leyendo una docena de textos, zumbando como avispas estúpidas. *Esto explica también el dicho popular de que los asuntos humanos forman un círculo y que hay un círculo en todas las demás cosas que tienen un movimiento natural y nacen y mueren.*

Bruno suspiró, un sabor plomizo en su mente como el del bochornoso día de verano. ¿Por qué es mejor la inmutabilidad que el cambio? La vida es cambio, y la vida es mejor que la muerte. El fluido de esferas perfectas era semejante al mundo que muestran los pintores, en el cual simulan que a unas pocas leguas por encima de las montañas pasa una luna semejante a un melón, y como chispas, pasan las estrellas y que por encima de ellas Dios se inclina, a través de las esferas, para escudriñar. Era un universo demasiado pequeño, demasiado precario; un arcón vado, con precintos de hierro.

Pero había otros libros.

Como tantas otras bibliotecas monásticas, la de San Domenico era una especie de basural de los escritos de un milenio; nadie sabía todo lo que el monasterio contenía, ni qué había sido de todo cuanto los monjes copiaran, compraran, escribieran, comentaran, desecharan y coleccionaran en el correr de los siglos. El viejo bibliotecario, Fra' Benedetto, guardaba en su cabeza un largo catálogo, que podía recordar porque lo había compuesto en rima; pero había libros que no figuraban en él, porque no rimaban. Había un Palacio de la Memoria en el cual todas las categorías de libros, y todas las subdivisiones de esas categorías tenían un sitio, pero hacía tiempo que había sido llenado hasta el tope, y clausurado y abandonado. Había también un inventario escrito en el cual se registraba cada libro adquirido; y si uno sabía cuándo había sido adquirido el libro, podía hallarlo en él. A menos, claro está, que hubiera sido encuadernado junto con otro, o con otros varios; pues, de ordinario, sólo el *incipit* del primero figuraba en el catálogo. Los otros se perdían.

De este modo, dentro de la biblioteca, que Fra' Benedetto, el prior y el abad conocían, había crecido otra biblioteca que quienes leían de ella no catalogaban y no querían que se catalogase. Fra' Benedetto sabía que poseía la *Summa theologiae* de Alberto Magno y su libro *Del Sueño y la Vigilia*, ignoraba que tenía el *Libro de los secretos* de Alberto Magno y su *Tratado sobre la alquimia*. Pero Fra' Giordano lo sabía. Fra' Benedetto sabía que poseía la *Esfera* de Sacrobosco, porque toda institución erudita debía tenerla, era el texto universal de la astronomía aristotélica. Tenía de ella varias copias manuscritas, así como algunos textos impresos. No sabía que, junto con uno de los manuscritos, se hallaba el *Comentario sobre la Esfera*, de Ceceo de Ascoli, a quien la Iglesia había quemado por hereje unos doscientos años atrás.

Él no lo sabía, pero Fra' Giordano sí. Fra' Giordano leyó el comentario de Ceceo encerrado en la letrina, paladeándolo como si se tratara de un vino de ambrosía. Las estrellas alteran los cuatro elementos, y a través de los elementos nuestros cuerpos y a través de nuestros cuerpos nuestras almas: en las estrellas están dadas las Razones del Mundo; y el horóscopo de Jesús fue trazado a su nacimiento por Dios, afín de que sufriera el destino que tuvo. Bajo ciertas constelaciones y conjunciones propicias, nacen hombres divinos, Moisés, Simón el Mago, Merlín, Hermes el Tres-Veces-Grande (Giordano leía esta diversidad de nombres con un intenso estremecimiento de

asombro; ¡que pudieran figurar, en una misma lista como personas de igual condición!). Infinidad de espíritus, buenos y malos, llenan los cielos en constante movimiento, cruzando el zodiaco en todas direcciones; los fundadores de las nuevas religiones nacen de ellos, de los íncubos y súcubos que habitan en los coluros, las franjas que separan los solsticios de los equinoccios.

Esas esferas perfectas contendrían, al parecer, una atareada muchedumbre.

En la biblioteca, el Hermano Giordano leía los libros que un doctor en Teología debía leer; leía a los Padres, leía a Gerónimo, y a Ambrosio y a San Agustín y a Tomás de Aquino; los mascaba y los rumiaba como come papel una cabra, y los excretaba en *examenes y recitaciones*.

En la letrina, leyó a Ceceo. Leyó el libro de Salomón sobre las *Sombras de las Ideas*. Leyó a Marsilio Ficino, *De vita coelitis comparando*, sobre cómo atraer a la tierra la vida de los cielos por medio de talismanes y encantamientos. La letrina era la biblioteca secreta de San Domenico; allí los libros eran leídos y pasados de mano en mano, allí eran escondidos, allí eran canjeados por otros. Giordano era su bibliotecario. Conocía y recordaba cada libro, qué sitio ocupaba en los anaqueles de Fra' Benedetto, quiénes lo habían pedido y qué contenían. En su vasto y creciente Palacio de la Memoria, el Firmamento entero en miniatura no ocupaba casi ningún lugar.

Sus hermanos se maravillaban de la memoria de Giordano y murmuraban en secreto sobre cómo la habría adquirido; Giordano los dejaba murmurar. Adictos a las habladurías y a las salchichas, nunca se atreverían a utilizar las estrellas. Pero Giordano sí.

Mientras tanto, el enorme sol ardía en el cielo azul, azul: los cruceros de placer y algunos galeones de guerra se deslizaban por la bahía, la bahía de azur moteada por las crestas plateadas de las pequeñas olas. El virrey español (porque el reino de Nápoles era una posesión de la corona española) paseaba por la ciudad vestido de negro español, en su calesín negro; si en su camino se cruzaba con el Santo Sacramento llevado por las calles para un enfermo o un moribundo, el virrey se apeaba y se unía a la procesión, siguiéndola humildemente hasta su destino. Año tras año la sangre coagulada de San Genaro, que se conservaba en la catedral, se licuaba y fluía, como recién derramada, en el día de su fiesta onomástica; y el pueblo y los sacerdotes y el cardenal y el virrey lloraban y gemían a gritos, o contenían la respiración llenos de un temor reverente. Algunos años la sangre tardaba en licuarse y el populacho, apiñado en la catedral, se ponía irascible y se armaba alguna gresca.

Siempre había tumultos; siempre estaban los pobres, hacinados en las altas casas cerradas de los arrabales portuarios, en los angostos callejones repletos de basura, donde los niños crecían como la mala hierba, descuidados, salvajes y numerosos. Mendigaban con persistencia, robaban con astucia; se reían por igual de los *pulcinelle* en los tablados cercanos a la Piazza del Castello y de los extravagantes adioses de un bandolero, a punto de ser ahorcado en la Piazza del Mercato. Durante el día, los

mendigos yacían desnudos en los muelles; por la noche, las pescaderas bailaban la tarantela en los lisos tejados de las cabañas que circundaban la bahía, a la luz de la luna.

La luna arrancaba de la tierra lágrimas húmedas, atrayéndolas hada arriba, en virtud de su propia naturaleza, también en virtud de su acción, en los pantanos de los estuarios del río y en las fosas marinas, se generaban sapos, cangrejos y caracolas. En las noches de luna llena, los perros de toda la ciudad alzaban hacia ella el morro y aullaban. Y cuando su estrella, Sirio, aparecía con el sol, enloquecían, y los matadores de perros salían entonces a capturarlos.

En los bosques de árboles muertos, en las vísceras de los perros muertos, generábanse gusanos; de las entrañas de los leones muertos nacían abejas, o eso se decía, aunque pocos eran los que habían visto un león muerto. Las crines de los caballos al caer en un abrevadero se transformaban en serpientes, y de tanto en tanto podía verse alguna en el comienzo de la mutación: una crin que empezaba a sacudirse sinuosamente en medio de otras, que aún flotaban quietas. El sol resplandecía, y los heliotropos, en el jardín del Pizzofalcone, alzaban los rostros hacia él; y en el bestiario del virrey, el león vivo rugía haciendo alarde de su fuerza y su orgullo. La luna atraía a las ranas, el sol atraía a los heliotropos; la piedra imán atraía al hierro, y Saturno en ascendente tironeaba sin piedad del cerebro del hombre melancólico.

Todo estaba vivo, todo vivo, desde el fondo del mar y a través del aire hasta la bóveda del cielo, las estrellas alteraban los cuatro elementos, y los elementos el cuerpo, y el cuerpo el alma. El Hermano Giordano cantó su primera misa en Campagna, en la iglesia de San Bartolomeo, recitando el *Hoc est enim corpus meum* inclinado sobre la redonda hogaza que sostenía entre los dedos ungidos, y al calor de su aliento también el Pan estaba vivo. Los herejes del norte decían que no, que no estaba vivo, mas era obvio que sí lo estaba: al tragarlo, sintió cómo le calentaba el pecho el aliento de vida de su pequeña llama. Claro que estaba vivo, porque no había nada que no lo estuviera.

Así creció el nolano, de mancebo a hombre, de sacerdote a teólogo; así las estrellas alteraban el mundo cambiante; así la memoria que él se construyera se fue llenando de tesoros, demasiados tesoros, incalculables, pero suyos, todos suyos. Y en las noches de Capítulo, después de la cena, el Hermano Giordano maravillaba a sus cofrades con proezas que parecían más que humanas. Les hacía leer en voz alta versos de Dante, elegidos al azar, aquí y allá, en uno u otro canto; y después, a la noche siguiente, los recitaba todos en el orden en que le fueran leídos o de atrás para delante o empezando desde la mitad. Les pedía que nombraran objetos humildes, frutos, utensilios, animales o prendas de vestir; con el correr de los meses y los años la lista llegó a incluir centenares y centenares de objetos, y sin embargo él podía recordarla íntegra, o cualquier porción de ella, en cualquier orden, comenzando por cualquier parte: los hermanos (que habían tomado nota de todos), seguían la lista con la mirada mientras Giordano, las manos cruzadas sobre el regazo, los ojos

ligeramente bizcos, nombraba cada objeto, como si lo paladeara, deleitándose mientras lo recibía de la mano del bondadoso que asomado a la ventana de su torre se inclinaba para proponer: azada, pala, compás; perro, rosa, piedra.

Su fama cundía. En un comienzo, sólo entre los dominicos, orgullosos de esa antigua arte a cuya custodia y práctica debían en gran medida su renombre; pero más tarde también en el mundo entero. La fama de Giordano llegó a oídos de la *Academia Secretorum Naturae*, la Escuela de los Secretos de la Naturaleza, y del insigne mago de Nápoles que la presidía: Gianbattista della Porta.

Cuando tenía apenas quince años, este Della Porta había publicado una enorme enciclopedia de magia natural; luego había caído en desgracia con la Iglesia, Pablo IV había puesto los ojos en él, y las cosas hubieran podido acabar mal; a la larga fue exonerado, pero ahora, con firmeza, mantenía la mirada por debajo de la esfera lunar y practicaba tan sólo la más blanca de las magias blancas y oía misa a diario, por si acaso.

Era un hombre feo, de cara perruna y cabeza de huevo, oscuro de tez y de expresión brutal; una gruesa vena le latía en la sien. En compensación, su voz era dulce y melodiosa, y sus modales exquisitos. Con extrema afabilidad guió al joven monje, receloso y tenso de timidez, a través de los salones públicos de la Academia, decorada con alegorías de las ciencias, hasta una cámara privada donde, a la hora de la cena, los académicos se reclinaban a la antigua usanza, vestidos con túnicas blancas y hojas de vid en los cabellos.

Ellos no se rieron, ni lo miraron boquiabiertos mientras el nolano ejecutaba sus proezas; lo observaron pensativos e hicieron preguntas, y lo sometieron a pruebas difíciles. Uno de ellos había preparado una lista de largas palabras sin sentido, casi idénticas —*veriami, veriavi, vemivari, amiava*—, treinta o más. Giordano las dividió en partes, y encontró para cada parte una clave visual: pájaros (*avi*), amantes (*ami*), un libro de verdades (*veri*), un manojo de tallos (*rami*); y luego, las manos cruzadas sobre el regazo, los ojos bizcos perdidos en la lejanía (porque las escenas que fraguara con las claves desfilaban ahora ante su ojo interno), las recitó una por una, y de nuevo, y de distinta forma. Una muchacha ofrecía a su amante una paloma blanca en una jaula de varillas, y el joven la vendía por un libro. Y todo ello acontecía en la Piazza de la Iglesia de Nola, en el bochornoso mes de agosto; podía ver la mirada tímida de la muchacha, oler el cuero resquebrajado del libro, sentir bajo sus dedos los rápidos latidos del corazón del pájaro: años más tarde soñaría a veces con estas figuras y las escenas que componían, la muchacha, el pájaro, el mancebo, el libro, las varillas. Hizo todo cuanto le pidieron, y más aún —sonriendo al final, inclinándose hacia adelante para ver el asombro en sus rostros—; y más tarde, cuando los comensales se hubieron retirado y él quedó frente a una copa de vino, en compañía del horrible mago, habló de cómo hacía lo que hacía.

—Lugares, e imágenes proyectadas en ellos. Sí —dijo Della Porta, quien había escrito una breve *Ars reminiscendi* que contenía todas las reglas usuales.

—Sí —dijo Fra' Giordano—. La iglesia de San Domenico Maggiore, y los claustros, y la plaza frente a ella, pero eso no es suficiente.

—Pueden usarse lugares imaginarios.

—Sí, yo lo hago.

—Y pueden usarse en ellos imágenes tomadas de nuestros pintores. De Miguel Ángel. Rafael. Los divinos. Imágenes del bien y del mal. De la fortaleza, la virtud, la pasión. Vivifican la imaginación.

Fra' Giordano, que no había visto esas pinturas, no dijo nada, pero ya los meros nombres evocaban pinturas en su mente y hasta encontraba en ella una pared donde colgarlas.

—También uso los astros —dijo—. Las doce casas. Y sus moradores. Son ayudas poderosas.

Las pupilas de Della Porta se contrajeron.

—Eso podría ser lícito —dijo con cautela.

—Pero no son suficientes —dijo Giordano—. Incluso ahora, las figuras a veces se vuelven confusas para mí. Demasiado escasas para realizar tantas cosas, para desempeñar tantos papeles. Como una comedia para la que faltan actores, y los mismos aparecen una y otra y otra vez, con diferente ropaje y peluca diferente.

—Podéis usar las imágenes de *Ægypto* —dijo Della Porta, abrazándose las rodillas con las manos peludas y alzando los ojos—. Los jeroglíficos.

—Jeroglíficos...

—Eso es lícito. Hasta ahí es lícito, por lo menos.

El monje lo miraba con tanta fijeza que Della Porta se sintió casi obligado a continuar. En su sabiduría, ellos, los egipcianos, creaban imágenes multiformes, un hombre con cabeza de perro, un babuino con alas; Mas no eran tan estúpidos como para adorar tales monstruosidades. No. En sus imágenes ocultaban verdades que sólo los sabios podrían descubrir. El babuino es el Hombre, el Mono de la Naturaleza, el que reproduce por imitación los efectos de la Naturaleza, pero cuyas alas lo transportan por encima del plano material, a medida que su mente atraviesa las apariencias.

El monje, los ojos siempre fijos en él, callaba.

—Una mosca —dijo Della Porta—. Significa insolencia. Porque por más que uno la ahuyente, siempre vuelve. ¿Os dais cuenta? Y con esas imágenes, eslabonándolas, ellos crearon un lenguaje. Un lenguaje no de palabras, sino de similitudes corporales, como las imágenes de nuestra memoria. ¿Lo entendéis? En ese libro de Horapollo hay siete docenas de ellas explicadas. Jeroglíficos.

La biblioteca de San Domenico no tenía el libro de Horapollo, o Fra' Giordano ignoraba que lo tuviera. Sentía, en lo más profundo de su ser, lo había sentido desde que Della Porta hablara de los jeroglíficos, un ansia insondable, misteriosa.

—¿Qué otros libros? —preguntó.

El mago se apartó ligeramente del monje, que se inclinaba hacia él con una

intensidad que a Della Porta le desagradaba.

—Leed a Hermes —dijo—. Hermes, quien dio a Ægypto sus leyes y sus letras. Se hace tarde, mi joven amigo.

—Marsilio Ficino —dijo Giordano—. Él tradujo las obras de ese Hermes.

—Sí.

—También Marsilio conocía las imágenes. ¿Fue Hermes quien lo instruyó? Las imágenes de las estrellas, para atraer hacia él su poder.

—Eso no es lícito —dijo el mago, poniéndose súbitamente de pie.

—Él las forjaba tan sólo en su mente.

—No es lícito, y es peligroso —dijo el mago, y tomando a Fra' Giordano por el hombro lo levantó de la silla y lo condujo hacia la puerta de la estancia.

—Pero... —dijo Giordano.

—Vuestra memoria es un don de Dios —dijo Della Porta, casi en un susurro al oído del monje, mientras, tomándolo de un brazo, lo conducía hacia la salida—. Vuestra memoria es un don de Dios, y la habéis perfeccionado prodigiosamente por medio de las artes naturales. Daos por satisfecho.

—Pero las estrellas —dijo Giordano—. Ceceo dice...

Dos lacayos habían abierto la puerta de dos batientes que daba a la Piazza. Della Porta empujó a Giordano al exterior.

—A Ceceo lo quemaron en la hoguera —dijo—. ¿Me oís? A Ceceo lo quemaron. Buenas noches. Dios os guarde.

*

Pero ¿por qué era ilícito dejar atrás lo acaecido, y avanzar hacia las causas? Una vez que hayas instalado a Venus en tu mente para representar el Amor —Venus con su paloma y su rama verde—, el Amor iluminará tu espíritu con su propio resplandor, porque Venus es amor; sitúala en su propio signo de Virgo y el Amor se derramará a través de todas las esferas, cálido, vivo, vivificante, el Amor por dentro y por fuera.

La magia natural, como era la de Della Porta, permitía discernir a Venus en aquellas cosas del mundo más impregnadas de sus cualidades: sus esmeraldas, sus prímulas, sus palomas; sus perfumes, hierbas, colores, sonidos. Venus y el venusismo se expandían por el universo, una cualidad semejante a una luz o a un aroma; los hombres doctos y los sabios, y los hacedores de milagros, sabían cómo rastrearla y cómo utilizarla, y ello era lícito. Pero tallar —en tu mente o en una esmeralda— una imagen de Venus, paloma, rama verde, pechos lozanos; o cantar en su propio modo lidio un canto de alabanza a Venus; o quemar delante de tu imagen un manojo de su romero... peligroso. ¿Y por qué?

¿Por qué? preguntaba Bruno a la nada, enarcadas las honestas cejas, extendidas las palmas y razonable. Pero él sabía por qué.

Crear una imagen, o un símbolo; recitar un encantamiento; pronunciar un

nombre: no era simplemente, aunque se hiciera con habilidad, manipular las cosas de la tierra. Era dirigirse a una persona, a una inteligencia; pues sólo una persona podía comprender tales cosas. Era invocar a los seres que habitan más allá de las estrellas, a esas criaturas incontables y arteras que, según decía Ceceo, acechaban desde allá. Invocarlas equivaldría a poner a aquel que lo intentara en peligro mortal.

Haz, por medio de tus cánticos, que Venus repare en ti, que abra los ojos almendrados y sonría, y podrá consumirte. La Iglesia no estaba ya tan convencida como antaño de que las poderosas criaturas que pueblan las esferas fueran todas demonios. Podían ser ángeles o demonios, ni buenos ni malos. Pero estaba segura de que requerir sus favores era idolatría, y que intentar conjurarlas y doblegarlas era locura.

Ésa era la respuesta. Bruno lo sabía, pero no le importaba.

Había empezado a congregarse en torno de él a un grupo de monjes, más jóvenes, o más exaltados, una hermandad de devotos y acólitos a quienes todo el mundo llamaba sus *giordanisti*, como si Giordano fuera el jefe de una gavilla de bandoleros. Se sentaban alrededor de él, y hablaban en voz alta, y decían cosas extravagantes o, en silencio, escuchaban disertar al nolano; hacían recados para él, se metían en dificultades junto con él, difundían su fama. Cuando Giordano provocó la ira del prior con su decisión de limpiar de imágenes su celda, estatuas de yeso, rosarios bendecidos, madonnas, y conservar tan sólo un crucifijo, los *giordanisti* hicieron, o hablaron de hacer, la misma cosa. El prior, incapaz de comprender sospechó que Giordano profesaba herejías nórdicas, *luteranismo*, iconoclasia; pero los *giordanisti*, mejor informados, se reían. Giordano acosó al bibliotecario, e hizo que también los *giordanisti* lo acosaran para que adquiriese los libros de Hermes que Marsilio Ficino había traducido; pero Benedetto no quiso ni oír hablar de ello. Idolatría. Paganismo. ¿Pero acaso Tomás de Aquino y Lactancio no habían alabado a Hermes? ¿No decían que había predicado un Dios único y vaticinado la encarnación? Benedetto hacía oídos sordos.

Cuando sus monjes partían de viaje, Giordano les daba listas de libros para buscar, y a veces los conseguían, prestados, comprados o robados: Horapollo, sobre los jeroglíficos, Iámblico, acerca de los misterios de Ægypto, *El asno de oro*, de Apuleyo. Yen la letrina, cierto día de invierno, un joven hermano, temblando de angustia o de frío, o de ambas cosas, sacó de bajo su hábito y entregó a Giordano un grueso manuscrito cosido, sin cubierta ni encuadernación, escrito con una letra menuda e intrincada y llena de abreviaturas.

—El *Picatrix* —dijo el muchacho—. Es un gran pecado.

—Será mí pecado. Dámelo.

¡El *Picatrix*! El más negro de los libros negros de la Antigüedad; sobre las intenciones del que fuera sorprendido estudiándolo no podía haber ninguna duda; no había manera de que un doctor en teología pudiera defenderse, como hubiera podido hacerlo si lo sorprendieran con Horapollo e incluso con Apuleyo. Conservar ese libro

era una locura y Giordano no lo conservó mucho tiempo; cada página que memorizaba era rota en pedacitos y destruida para siempre.

El hombre es un mundo pequeño en el que se reflejan el vasto mundo y los cielos; por medio de su *mens* el hombre sabio puede elevarse más allá de las estrellas, así lo dice Hermes el Tres-Veces-Grande.

El espíritu desciende de la materia primordial que es Dios, y penetra en la materia terrenal, donde reside; las diferentes formas que adopta la materia reflejan la naturaleza del *spiritus* que ha entrado en ella. El mago es aquel que puede captar y guiar el influjo del *spiritus*, y por lo tanto hacer, con la materia, lo que él desea. ¿Cómo?

Creando talismanes, como lo sugiriera Marsilio: sólo aquí, en este texto, había instrucciones precisas, qué materiales había que emplear, qué hora del día era la más propicia, qué día del mes, qué mes del calendario zodiacal; qué encantamientos, qué invocaciones y luces había que usar; qué perfumes y cantos atraerían mejora las Razones del Mundo, los Semhamaforos, puro espíritu, que llenan el universo. Había largas listas de imágenes que podían usarse en los talismanes, y el Hermano Giordano, que no tenía los materiales para construirlos, ni el plomo para Saturno, ni el estaño para Júpiter, podía de todos modos proyectarlas, interiormente, y para siempre.

Una imagen de Saturno: la figura de un hombre, vestido de negro, erguido sobre un dragón, que sostiene una hoz en la mano derecha y una lanza en la izquierda.

Una imagen de Júpiter: la figura de un hombre con cara de león y pies de pájaro, montado en un dragón con siete cabezas, sosteniendo una flecha con la mano derecha.

Mejores aún, y más potentes, eran las largas listas de imágenes de los treinta y seis dioses del Tiempo, innominados, vividos, acerca de los cuales Giordano había leído en Orígenes y en las alusiones de Horapollo: Los *horoscopi*, los dioses de las horas conocidos en Ægypto, y olvidados o ignorados por las edades posteriores. Se les daba también el nombre de *decanos*, porque cada uno regía diez grados del zodiaco, tres decanos para cada uno de los doce signos. Las imágenes de los treinta y seis, decía el *Picatrix*, habían sido forjadas por el propio Hermes, del mismo modo que había creado los jeroglíficos y la lengua de Ægypto; Giordano casi no necesitó memorizarlos, saltaban de la tupida página a su cerebro y allí ocupaban sus sitios, allí donde siempre pertenecieron, aunque él no lo había sabido.

Primer decano de Aries: un hombre enorme de piel oscura con los ojos rojos, vestido de blanco y con una espada en la mano.

Segundo decano: una mujer vestida de verde a la que le falta una pierna.

Tercer decano: un hombre vestido de rojo que sostiene una esfera dorada...

Bruno se embebía de este cóncave fantástico como de un alimento, como de un licor ardiente, y casi tan pronto como penetraban en él, empezaba a soñar con ellos y sus poderes. ¿Quién era, quién, ese Hermes que los había descubierto?

Entre los caldeos hay perfectísimos maestros en este arte y ellos afirman que Hermes fue el primero en construir imágenes de las cuales se servía para regular el curso del Nilo en previsión de los movimientos lunares. Este hombre construyó, asimismo, un templo dedicado al Sol y conocía el modo de ocultarse a la vista de todos, de tal forma que nadie pudiese verlo a pesar de que se hallara en él. Por otra parte, también fue él quien construyó en Ægypto oriental una Ciudad de doce millas de longitud, dentro de la cual erigió un castillo con cuatro puertas en cada uno de sus cuatro lados. Sobre la puerta oriental colocó la figura de un Águila; sobre la puerta occidental, la figura de un Toro; sobre la puerta sur, la figura de un León; y sobre la puerta norte, la figura de un Perro. Dentro de tales imágenes introdujo espíritus parlantes, de tal forma que nadie podía pasar a través de las puertas de la Ciudad sin recabar su permiso. Plantó árboles en la Ciudad y en medio de todos ellos crecía uno de proporciones enormes que producía los frutos de toda generación. En la parte más alta del castillo hizo alzar una torre de treinta codos de altura sobre la cual colocó un faro cuyo color cambiaba cada día durante el transcurso de la semana, para volver a empezar el ciclo con el primero de los colores, y que servía para iluminar la Ciudad. Cerca de la Ciudad existían abundantes aguas muy ricas en peces de diversas especies. Alrededor de la villa colocó imágenes cinceladas y las dispuso de tal forma que, gracias a sus poderes, los habitantes pudieran conservarse virtuosos y alejados de todo mal y pecado. El nombre de la Ciudad era Adocentyn.

El nombre de la ciudad era Adocentyn.

Pierce empujó hacia atrás la silla rodante y, con la página (;Adocentyn!) todavía en la mano, salió de la habitación. Luego volvió a entrar y la puso de nuevo en su sitio. Volvió a salir, se perdió en la maraña de la casita, entró en una segunda sala idéntica a la primera y, en un momento de confusión, pensó que sólo había imaginado esa biblioteca acristalada con su llave y su contenido, porque no se la veía por ninguna parte; se orientó; entró en la primera sala, abrió la biblioteca, y sacó de ella el sobre de plástico rotulado PICATRIX.

Era absurdo pero el corazón le latía con violencia; las gruesas páginas de pergamino que sacó de un tirón, cubiertas de arriba abajo de dobles columnas manuscritas, contenían un texto en letras negras, ininteligibles para él, latín frailer o abreviado o cifrado, supuso. Volvió a guardarlo en la vitrina, la cerró con llave y cruzó la casa hasta el vestíbulo y la escalera, llamando a Rosie.

—Aquí arriba.

—He encontrado algo —dijo él, mientras subía la escalera—. ¿Rosie?

Hacia el fondo de un corredor, en lo alto de la escalera, un corredor con paredes cubiertas de aguafuertes enmarcados, personas lugares y cosas, en tal profusión que

el empapelado descolorido era casi invisible detrás de ellos. Llegó a la puerta de una alcoba.

Ella estaba de espaldas, en la penumbra, en el aire enrarecido, las celosías bajas hacían noche en la habitación, una alcoba ajena. Pierce se sintió repentinamente atrapado en las redes de una terrible paradoja, un equívoco, un enigma, un palíndromo. Rosie se volvió; la escasa luz que había en la habitación se concentró en sus ojos.

—Sábanas de satén —dijo, señalando con su botella la gran cama—. Compruébalo.

Seis

—Es una novela —le dijo Pierce a Boney Rasmussen—. Inconclusa, creo; termina, al parecer, con una serie de apuntes e ideas para escenas ulteriores.

—¿Ya lo ha leído todo? —El día lluvioso, fuera de la biblioteca, era tan plateado, el centelleo del nuevo verdor tan diverso, que creaba en el interior una penumbra vaga, y Boney, detrás de su escritorio, resultaba difícil de ver.

—No —dijo Pierce—. No. Apenas lo he empezado. Pero no quisimos moverlo. —Como un corpus delicti—. Así que interrumpí la lectura ayer cuando cayó la noche. Boney guardó silencio.

—Rosie está segurísima de que no es un borrador de alguna de las que él ya había publicado. Es totalmente nueva. Boney seguía callado.

—Es... —empezó a decir Pierce, y se detuvo; no estaba seguro de que debiera hacer la declaración, o la revelación, que se proponía hacer, o revelar, en el momento de entrar en el estudio; pero al fin dijo—: En realidad, es un hallazgo muy extraño, muy sorprendente, y una rarísima coincidencia. —Luego él también guardó silencio, y los dos permanecieron sentados, en medio del tic y el tac de las gotas de lluvia, como bajo un sortilegio, Boney absorto en pensamientos que Pierce no podía imaginar, y él mismo sin poder salir del inmenso asombro que le causaba lo que le estaba aconteciendo. Adocentyn.

—Yo —dijo, por fin—, estoy preparando un libro.

—Rosie me lo ha dicho.

—Bueno, lo curioso del caso —prosiguió— es que las cosas y las personas de este libro son cosas y personajes sobre los que he estado pensando y estudiando durante largo tiempo, aunque desde un punto de vista totalmente distinto. El doctor John Dee, por ejemplo, el matemático inglés. Giordano Bruno.

—Él ya antes había escrito sobre ellos.

—Sí, pero no de esta misma manera.

—¿Qué manera?

Pierce cruzó las piernas y se tomó las rodillas con los dedos entrelazados.

—Este libro comienza —dijo— con John Dee conversando con los ángeles. Bueno, y en verdad, Dee dejó abundantes testimonios sobre las supuestas sesiones que celebraba con una persona llamada Talbot o Kelly, quien pretendía ver ángeles en una especie de bola de cristal. Bien. Sólo que en este libro de Kraft, los ve realmente, y habla con ellos.

Boney continuaba inmóvil. Pero Pierce había empezado a percibir en él un interés creciente.

—Luego viene un capítulo sobre Bruno —dijo Pierce—. Y todos los datos biográficos son correctos, creo, y también el entorno. Sólo las *razones* de cuanto acontece no son las mismas que daríamos hoy.

—¿No?

—No.

—¿Y qué razones, entonces?

—Es como si —dijo Pierce—. Como si en este libro hubiera ángeles, pero no leyes de la física; como si la teurgia pudiera actuar, y ganar batallas; y también la oración. Y la magia.

—Magia —dijo Boney.

—Está Glastonbury en este libro —dijo Pierce—. Y un Grial. El libro podría tratar de un Grial, oculto de alguna manera en la historia.

Pasando al azar las páginas, con la misma horrorizada fascinación que sentiría tal vez si le fuera dado hojear la historia de su vida futura, había atisbado el nombre de Kepler, y el de Brahe; había vislumbrado reyes, papas y emperadores, batallas famosas, castillos, puertos y tratados: pero también había visto la Ciudad del Sol, y a los hermanos de la Rosa; el Hombre Rojo y el León Verde; el Ángel Madimi, la Muerte del Beso, un gólem, una varita mágica, doce mínimos del mejor oro en el fondo del *cráter*.

—¿Y su libro? —preguntó Boney—. ¿Igual?

—No, no es igual. Éste es de ficción. El mío no.

—Pero trata de las mismas cosas, de ese mismo período.

—Sí.

Y acaso no fuera tan diferente, no, no tan diferente. El de Kraft iba a ser el vino puro, sin diluir: nada de sutilezas de matización, nada de no-se-diría-que, ni un solo hace-pensar, nada de como-si. Nada. Sólo ese extraordinario teatrillo colorido de la ahistoria.

—Entonces habrá podido ver —dijo Boney, con voz pausada— si hay en ese libro algo sobre un elixir. No medicinal, exactamente, pero...

—Conozco el concepto —dijo Pierce.

—¿Algo acerca de eso?

Pierce meneó la cabeza.

—No hasta ahora.

Boney se levantó, y apoyándose con los nudillos para ayudarse en el borde de su escritorio, fue hasta la ventana.

—Sandy sabía mucho —dijo—. Bromeaba sin cesar, y uno nunca sabía cuándo hablaba en serio. Sabía tantas cosas que uno estaba seguro de que siempre, por detrás de las bromas, había algo, algo que él sabía. Pero no lo decía.

»Decía. Solía decir: Mira, si alguna vez, en otros tiempos, el mundo hubiera sido un lugar distinto del que es ahora. El mundo entero, quiero decir; todo; bueno, es difícil de expresar; de tal forma que funcionara de una manera diferente, no como lo hace ahora.

Pierce contuvo el aliento para poder oír la vieja voz gastada.

—Yen algún lugar de este mundo nuevo que es el nuestro —prosiguió Boney— quedarán, comoquiera, donde fuera, algunos pequeños fragmentos de ese mundo

perdido. Algunos fragmentos que conserven un algo del poder que antes tuvieron, en los tiempos en que las cosas eran diferentes. Una joya, por ejemplo, un elixir.

Se volvió para mirar a Pierce y le sonrió. El Monstruo Fabuloso. Así lo había llamado Rosie.

—¿No sería extraordinario?, solía decir. Si fuera así, ¿no sería algo extraordinario?

—Hay cosas como ésas —dijo Pierce—. Cuernos de unicornios. Gemas mágicas. Sirenas momificadas.

—Sandy solía decir: cosas que no sobrevivieron al cambio. Pero en algún lugar, en alguna parte, quedar algo podría. Oculto, ¿se da cuenta? O no oculto, sólo inadvertido; oculto a ojos vistas. Una piedra. Un polvo. Un elixir de vida. —Al estar de pie su figura se había hundido levemente (o eso le pareció a Pierce) como si la columna vertebral se le estuviera derritiendo poco a poco—. Hablaba en broma, supongo. Estoy seguro. Y sin embargo, una vez, en las Montañas Gigantes...

No dijo nada más. Al fin, Boney se apartó de la ventana y trepó de nuevo a su sillón.

—¿Es un buen libro, entonces?

—Apenas he empezado a leerlo. Los primeros capítulos. Bruno. John Dee en Glastonbury. Supongo que Dee y Bruno acabarán por conocerse. Dudo que lo hicieran, pero sin duda hubieran podido.

—Tal vez usted debiera terminarlo —dijo Boney—. Terminar de escribirlo, quiero decir.

—Jajá —dijo Pierce—. No es mi cuerda.

Boney reflexionó.

—O preparar la edición. Para una posible publicación.

—Estoy seguro de que, por lo menos, me gustará leerlo.

—También a mí me gustaría, pero ahora eso está un poco fuera de mi alcance —dijo Boney—. Y no estoy seguro de que lo reconocería si lo viera allí. Pero usted... Usted...

Por la puerta abierta entró, rebotando, una pelota de goma, una pelota grande a franjas blancas y rojas, y estrellas blancas sobre un fondo azul. Rebotó dos veces, rodó y se detuvo, vivida, sobre la alfombra.

—¿Tiene algún título? —preguntó Boney.

—No hay ninguna portada —dijo Pierce.

Él creía saber, sin embargo, qué título habría pensado ponerle el autor, qué título, como editor, estaría tentado de ponerle. Pensó; no sólo hay más de una historia del mundo, una para cada uno de nosotros, los que la estudiamos; hay más de una para cada uno de nosotros, hay tantas como deseemos o necesitemos, tantas como nuestras mentes y nuestros corazones insaciables puedan concebir.

Rosie asomó la cabeza por la puerta.

—¿Listo? —preguntó.

—No voy a entrar contigo por ahora —le dijo a Pierce, mientras enfilaban hacia Stonykill.

—¿No?

—No, tengo que violar otro domicilio. Y algunos recados. Te dejaré allí y volveré.

Bajo la lluvia, Stonykill parecía abatida, indefensa, desdichada.

Alguien de pie junto a las bombas de gasolina de la pequeña tienda, bajo el toldo un tanto vencido, secaba las gotas de lluvia de sus gafas.

—De todos modos —dijo Rosie—, tú sabes lo que estás buscando.

Yo no lo sé.

—Tal vez sí —dijo Pierce—, tal vez no.

La camioneta se deslizó y se detuvo delante del cercado portón del camino de entrada; por un momento permanecieron los dos en silencio, mirando a través de los cristales moteados por la lluvia, la casa cerrada, el oscuro pinar.

—¿Sabes? —dijo Rosie—. En su autobiografía, Kraft dice que quería escribir un último libro. —¿Sí?

—Dice: un libro que antes de terminarlo, yo pudiera morir.

—¿Y cuándo —preguntó Pierce—, cuándo fue que murió?

—Hace unos seis años, creo. Alrededor de 1970.

—Oh. Hum.

—¿Por qué?

—Por nada, en realidad. Sólo estaba pensando en este libro, en su gestación. Supongo que habrá trabajado en él durante algún tiempo. Y luego lo abandonó. Sólo pensaba, nada más.

Rosie extrajo de su llavero la llave de la cocina de Kraft y la entregó a Pierce; Pierce abrió la gran puerta de la furgoneta y sacó el paraguas negro que había hecho reír a Rosie cuando lo vio con él; y Pierce, después de replicarle que lo extraño era que nadie usara paraguas en aquel lugar, había echado a correr bajo la lluvia a cabeza descubierta, una cuestión de orgullo al parecer.

—Hasta luego.

—No tardaré —dijo Rosie.

El paraguas se abrió de golpe.

—Automático —dijo Pierce.

Lo vio saltar con sus piernas largas por encima del portón y avanzar por el sendero esquivando los charcos. Con su impermeable de ciudad arrugado y deslucido.

Ayer hubiera podido tenerlo, allí, sobre las sábanas de satén de Fellowes Kraft; pero, por alguna razón, él parecía demasiado azorado para participar. Y Rosie no había forzado la situación. Miró para atrás lo mejor que pudo, luego al frente, y dio una amplia y torpe vuelta en U.

—Hasta luego, Pierce.

Lo que le había pasado era que, al estar allí con él en la penumbra de la alcoba, se

había dado cuenta, de repente, de que no se acordaba de por qué una hacía esas cosas, seducir a la gente, meterse entre sus calzoncillos. Lo había olvidado; se había borrado de su memoria. Así que desistió.

No obstante, aún podía tenerlo, claro. No fue una ola cálida, sino una frialdad pavorosa lo que la recorrió de sólo pensarlo; había abierto el grifo equivocado.

La casa en la que había vivido con Mike quedaba del otro lado del extenso municipio de Stonykill, el sector más nuevo: una serie de amplias terrazas sin árboles, a merced de los vientos, sobre las cuales se edificaban casas de dos plantas y media, todas iguales excepto que algunas eran como imágenes en espejo de las otras, invertidas de izquierda a derecha; y otras con el frente mirando al fondo, para crear una ilusión de variedad. Lo cual las hacía parecer, a los ojos de Rosie, caprichosamente dispuestas, como al azar, dispersas en la ladera de la colina, con sus esperanzados abedules jóvenes apenas amarrados al suelo. Como si ninguna supiera que se estaban construyendo otras alrededor. Las calles que serpean entre esas casas se llaman Abeto, Ciclamor y Acebo; pero al barrio mismo siempre lo han llamado, tal vez en memoria de alguna aldea hoy desaparecida, Labrador.

Rosie se acercó a la casa a paso lento, pronta para volverse atrás si había un coche o coches en el camino de entrada. No los había. Se había acostumbrado, cosa que siempre se reprochaba, a entrar en la casa sólo cuando Mike estaba ausente, para buscar algo que ella o Sam necesitaban, cosas que nunca había recuperado, cosas cuya entrega o restitución no quería negociar con Mike. Al principio había creído que nada de eso era importante, pero ahora de vez en cuando, al filo de los meses, recordaba esto, o descubría que necesitaba aquello, y la imagen de la cosa se le aparecía en el lugar preciso en que se hallaba en la casa de Stonykill; entonces, furtivamente, iba a buscarla.

Aunque, a decir verdad, esas visitas no eran tan furtivas; ella siempre subía por la escalera del garaje, y esa puerta nunca estaba cerrada con llave.

Se preguntó si Mike notaría el saqueo. Nunca lo mencionó.

Luego de aparcar en la calle Ciclamor, sacó del bolsillo su pequeña lista. Había una piedra dura en su pecho, el frío plomo que le pesara en él todo el día; en realidad toda la primavera.

Espejo r. v.

Ratones/globos

Pelikan

PAC

Se había apañado sin el espejo retrovisor durante nueve meses, pero pronto tendría que llevar la camioneta a la inspección, y no estaba segura de sortear el examen sin él. Su pluma Pelikan de dibujo (podía verla) se hallaba sobre el alféizar de la ventana del mirador, detrás de la TV; había estado escribiendo cartas con ella el

año anterior, una noche de verano.

Volvió a guardar la lista en el bolsillo. El libro sobre la familia de ratones que se va de viaje en globo: había tardado en comprender qué quería decir Sam con eso de lobo-gatón, hasta que recordó ese libro de cuentos que nunca fuera devuelto, dado por perdido, y ya pagado, a la biblioteca. Extraño que Sam se acordara de él después de tanto tiempo; sin duda a causa del festival aerostático que se realizaría mañana en Skytop; y de la ridícula promesa que Mike le hiciera a Sam, en los últimos tiempos le prometía cualquier cosa. Un paseo en globo. En todo caso, tenía que rescatar el libro. Tenía que hacerlo.

Las píldoras anticonceptivas, una provisión para tres meses que había conseguido el día antes de abandonar a Mike y esta casa, estaban en el botiquín al lado del lavabo, donde también se hallaba el talco para bebé, las doce cajas de pañuelos de papel que Mike había sustraído de Los Leños, el popurrí de flores secas y hierbas aromáticas que preparaba el herbolario de las Jambas.

Allí estarían todavía, estaba segura. Mike vivía en aquella casa como una ardilla o como un cavernícola, una criatura incapaz de pensar cómo podía alterar sus circunstancias para volverlas a su favor. Nada en la casa había cambiado desde el otro verano; en su última irrupción, su viejo camión seguía colgado de la puerta del armario. También las píldoras estarían aún allí. Rosie había dejado de tomarlas al mes siguiente de mudarse; ahora pensaba que debía volver a ellas, y las pequeñas motas rosadas eran espantosamente caras, y además necesitaría una nueva receta si no recuperaba estas que ya había pagado; y mientras titubeaba en el húmedo garaje que olía a cemento, no pudo recordar para qué las quería.

Allí, en el garaje estaba el triciclo de Sam, que a veces viajaba con ella y a veces quedaba en la casa; y la bicicleta de Mike, de diez velocidades, no tan utilizada ahora como lo fuera en las llanuras de Indiana. El cuerpo de ciclista que él, en un tiempo, había tenido, muslos gruesos y espalda combada, le complacía más a él que a ella. La piedra fría pesaba detrás de su esternón. El rastrillo para el Otoño; la cortadora de césped para el verano; la pala para la nieve de los inviernos. Rosie no recordaba ya por qué había sentido esa necesidad imperiosa de alejarse de todo esto, porqué se había metido en tantas dificultades para cortar esos vínculos; no lo recordaba, como tampoco podía recordar por qué razón, en un tiempo, había hecho todo lo posible por crearlos.

Trabajos de amor perdidos.

Había olvidado el porqué, como si le hubieran extirpado el corazón, y con él todo cuanto ella sabía acerca de esas cosas. ¿Qué hace que las personas se amen las unas a las otras? ¿Por qué se toman ese trabajo? ¿Por qué los hijos aman a sus padres y los padres a los hijos? ¿Por qué los hombres aman a sus esposas y las mujeres a los hombres? ¿Qué quería decir eso de: me saca de quicio, pero igual lo quiero?

Ella debió de saberlo alguna vez. Porque el amor la había inducido a hacer montones de cosas y a crearse un sinfín de problemas. Lo había sabido en un tiempo,

casi recordaba que alguna vez lo supo; recordaba haberse llevado bien con Mike y con Sam, y que ese llevarse bien se nutría de amor; amor, ése era el requisito para llevarse bien. En un tiempo ella lo había sabido y ahora no; y el hecho de no saberlo parecía indicar que, en realidad, ni ella ni nadie lo sabía, que todo el mundo lo fingía, lo forzaba, incluso Spofford, incluso Sam; y para qué tomarse todo ese trabajo. En el sitio que antes ocupara su corazón sólo quedaban un olvido helado y una oscura ignorancia. Y a esa puerta llamaban ahora esas cosas cotidianas, esos utensilios y juguetes inocentes; su perro Nada, el nombre de la piedra en su pecho.

Nadie podía vivir mucho tiempo de esa manera, desde luego; no se podía vivir en semejante ignorancia; tendría que recordar, alguna vez; estaba segura de que lo haría, porque aún le quedaba camino por recorrer, el crecimiento de Sam, la muerte de Boney y la de su madre, y finalmente la suya propia: y no podía pasar por aquello si no recordaba el porqué de todo ese trabajo.

Lo recordaría. Estaba segura de que lo recordaría. *Seguro que lo recordarás*, se dijo a sí misma y se dio una palmada en el pecho: *claro que sí*.

Al pie de la escalera que subía hasta la cocina, un tramo de peldaños sin pasamanos y de madera desnuda que aún mostraba las marcas de la carpintería, se detuvo, indecisa; como con la certeza de que algo le ocurriría en la escalera, un accidente, o de que la puerta, contrariamente a lo habitual, estaría cerrada. Permaneció allí largo rato mirando hacia arriba, y luego volvió a salir a la tibia lluvia primaveral.

—¿Y qué tal van las cosas? —le preguntó a Pierce, desde la puerta del estudio de Fellowes Kraft, mientras se secaba las mejillas—. ¿En qué anda Bruno?

—En camino para ver al Papa —dijo Pierce.

Siete

Dos postillones de llamativa vestimenta abrían la marcha del carruaje, que avanzaba zarandeándose por los malos caminos de las afueras de Nápoles. Los carreteros los injuriaban, y los campesinos se descubrían y se persignaban. Y el fraile de hábito blanco y negro, sentado frente a él, en un latín con acento romano, le salmodiaba el consabido ritual de la visita, cuánto tiempo debía permanecer con el Papa *Sanctissimus* lo llamaba, como con afectuosa indulgencia, qué debía hacer y decir Giordano, a quiénes debía hablar y a quiénes no.

Sanctissimus os presentará su anillo, y vos sólo deberéis acercaros a él, mas no besarlo. El anillo de Pedro se desgastaría hasta convertirse en nada si todos aquellos que acuden a ver al *Sanctissimus* posaran sus labios en él. *Sanctissimus* os recibirá por la tarde entre Nonas y Vísperas, después de su colación. Su comida es frugalísima. Es tan abstemio como piadoso. Deberéis dirigiros a él en voz alta y clara, pues Su oído ya no es lo que era...

El carruaje se detuvo en los monasterios dominicos de Gaeta y Latina, los caballos exhaustos y sudorosos; en el calor sofocante, Giordano permaneció largo tiempo despierto, hilvanando *los* tramos ya cumplidos de su viaje, el más largo de su vida, y añadiendo los lugares, caminos, santuarios, iglesias y palacios que había visto a las moradas napolitanas de su memoria: nuevos rayos de la rueda del mundo que había construido, centrados en la iglesia de San Domenico. No había amanecido aún, cuando volvieron a ponerse en marcha, para viajar en las horas frescas del día, y antes de que los bandoleros —eso decía el fraile que lo acompañaba— se despertasen.

La fama de Giordano se había difundido hasta el más vasto círculo que se pudiera imaginar: más dilatado, en todo caso, que el que los monjes de Nápoles podían imaginar. Cuando el abad fue a su celda para decirle que el Papa había oído hablar del joven de la memoria prodigiosa, que deseaba saber más, y que *enviaba un carruaje desde Roma para que lo condujera al Vaticano*, su voz se había convertido en un murmullo de admiración y solemnidad.

El primer pensamiento de Giordano había recaído, sin razón, en Ceceo de Ascoli. Había pensado; le hablaré de Ceceo. Le diré: si lo que Ceceo dijo acerca de las estrellas es verdad, si el universo es como él pensaba que era, no pudo ser un hereje ¿no? La verdad jamás podrá ser herejía. Se cometió un error con él; era evidente que, de uno u otro modo, se había cometido un terrible error.

El carruaje se deslizaba veloz por la antigua Vía Apia, mientras el fraile cabeceaba de sueño y los ojos de Giordano devoraban las tumbas, las ruinas, las iglesias a lo largo de esa carretera increíblemente recta y pavimentada. El carruaje entró por la puerta de San Sebastiano y, dejando atrás las gigantescas ruinas de los baños y los circos se zambulló en el populoso corazón de Roma. En el puente del Tíber, el fraile le señaló el Castel Sant'Angelo, que fuera edificado para servir de mausoleo al emperador Adriano, convertido ahora en la atalaya y las mazmorras del

papado. Un ángel con una espada se erguía en lo alto, móvil en la rutilante claridad del mediodía.

Ni siquiera a las puertas del Palacio Vaticano se detuvo el carruaje, siguió camino para hacer alto sólo al llegar a un jardín de piedra dorada y verdes álamos, manantiales y galerías y silencio.

—Venid —dijo el fraile—. Lavaos y reponed fuerzas. *Sanctissimus* está tomando su colación.

A partir de ese día, aquel jardín (era el Cortile del Balvedere que hiciera construir Julio II) significaría Jardín para Giordano Bruno. Aquel tramo de escaleras significaría Escaleras. Estas *stantze* en las que ahora entraba, de un brillo sombrío en el día radiante, eran las antecámaras y cámaras de una mente, una mente pensante, memoriosa.

—Estas son las *stanze que* pintó Raffaello. He aquí «El triunfo de la Iglesia». San Pedro, San Esteban. Aquino, de nuestra orden. Seguidme.

—¿Y quiénes son éstos?

—Filósofos. Mirad con mayor detenimiento. ¿No veis allí a Platón, con su barba, a Aristóteles, a Pitágoras? Seguidme.

El fraile tironeó de la manga de Giordano, pero el joven monje, maravillado, se demoraba. La muchedumbre pintada en las escaleras de ese edificio frío, aquellos hombres de largas túnicas que portaban tablillas, parecían inquietos o parpadeaban, miraban a Giordano, sonreían, y tornaban a su quietud y a su plática.

El fraile lo dejó al cuidado de otros dominicos, secretarios de los cardenales dominicos del círculo más íntimo del Papa. Éstos miraban a Giordano de arriba abajo, y le hacían preguntas. Y Giordano empezaba a comprender por qué lo habían traído aquí.

Alrededor del trono de Pedro, los celos y recelos que tienden a enardecer y a dividir a los más diligentes servidores de Cristo eran, por entonces, de una desusada violencia, y Giordano no sería sino un mísero peón en el ajedrez de influencias y prestigio que se jugaba, bajo cuerda, entre los *Dominicanes* y la negra Compañía de Jesús. La fama de que gozaban los jesuitas obedecía, en gran medida, al hecho de que hubieran adoptado, dondequiera que fuesen, el Nuevo Saber, y hubieran puesto al servicio de la Iglesia sus éxitos y hallazgos en todas sus universidades y academias. Los dominicos querían hacer gala de algún saber que les fuera propio, y recordar a Pío, que al fin y al cabo era también un dominico (aunque no siempre parecía tan consciente de ello como debiera), que sus lebreles blanquinegros custodiaban un tesoro tan precioso como cualquier Nuevo Saber: el arte de la memoria, que a tan alto grado de perfección llevara la orden. Al *Sanctissimus* le divertiría comprobar la agilidad que ese arte había conferido a la mente de un dominico. Y se instruiría en él, además.

Una vez que Giordano se hubo aseado y alimentado el cardenal Rebiba lo condujo de regreso a las *stanze* de Raffaello, y lo presentó a la diminuta pasa de uva

que era Pío V, Vicario de Cristo sobre la faz de la Tierra. Allí vivía Él, en aquellas estancias, bajo esas pinturas, rodeado de estos monjes. Estaba sentado en una silla entre almohadones. Era tan pequeño que Sus chinelas de raso blanco no llegaban al suelo, y un monje se apresuró a deslizar un escabel debajo de ellas.

Giordano mostró sus habilidades. Recitó el salmo *Fundamenta* en hebreo, después de oírlo leer en voz alta, una sola vez; nombró cada tumba de la Vía Apia, en el orden en que las viera pasar. Intentó el juego de *amiavi-amaveri-veravama*, pero *Sanctissimus* no pudo comprender en qué consistía y tuvo que abandonarlo prontamente.

—De jóvenes, Nos estudiamos este arte —díjole el Papa a Rebiba, quien asintió alentadoramente. Ya Giordano—: Hoy en día no Nos es en absoluto necesario. Ya veis que aquí, a Nuestro alrededor, hay multitud de secretarios que recuerdan para Nos todo cuanto Nos necesitamos recordar. Tal vez, algún día, vos seréis uno de ellos.

Sacudió la cabeza, sonriendo con dulzura, y dijo:

—Continuad.

El artista de la memoria, interrogado por Rebiba, casi mudo de timidez, olvidado de Ceceo, hizo una reseña de su práctica en el arte, de cómo había construido sus palacios y proyectado las imágenes que usaba para recordar; nada dijo acerca de las estrellas ni de los *horóscopo* pero explicó cómo podían ser utilizados los jeroglíficos de *Ægypto*, esos signos inventados por Hermes.

—¿Es éste aquel Hermes que dio a los egipcianos sus leyes y sus letras? —inquirió el Papa.

—Lo es —respondió Giordano.

—¿Y aquel que en sus escritos hablaba de un Verbo divino; Hijo de Dios, creador del mundo, pese a que vivió muchas generaciones antes de Nuestro Salvador?

—Yo no he leído sus obras —dijo Giordano.

—Venid a ver —dijo *Sanctissimus*—. Venid conmigo.

Seguido por Rebiba y un enjambre de monjes, el Papa se encaminó a la más espaciosa de las *stanze*, la *Stanza della Segnatura*, donde acostumbraba firmar los decretos de la corte eclesiástica, y se detuvo con Giordano al pie de la pintura de la encolumnada basílica, Platón, luz de sol, verdad.

—Mirad allá arriba —dijo el Papa—, al lado del hombre con el diagrama, que es Pitágoras. ¿Quién es el que viste de blanco?

—No lo sé —dijo Giordano.

—Nadie lo sabe —dijo el Papa—. He ahí Platón, Pitágoras. Epicuro (que está en el infierno) con su corona de hojas de vid. ¿Podría ser éste Hermes, el de blanco?

Giordano alzó los ojos hacia el personaje que el Papa le señalaba.

—No lo sé —dijo.

El Papa echó a andar a través de la atestada estancia, habitada por los insignes muertos, y Giordano lo siguió.

—Ptolomeo —dijo Él, señalando—. Con una corona, pues fue rey en Ægypto. ¿No fue también ese Hermes un rey en Ægypto? Y mirad allí: Homero. Y Virgilio. Mas ¿quiénes son aquéllos? Éstos, con armadura.

El cardenal Rebiba los observaba con amargura y asombro, el viejecito y el monje que, con su cuello de toro y su rígida apostura más parecía un bandolero o un luchador que un filósofo. Los veía estudiar esas figuras que a él mismo nunca le despertaran ninguna curiosidad. Ya la tarde se hacía noche, y había tomado un curso inútil para sus designios: el napolitano, en vez de deslumbrar con su arte, estaba proclamando su ignorancia.

—Aquí, en estas estancias Nos habitamos —dijo *Sanctissimus*—. También ellos. Nos ignoramos quiénes son, y qué pudo traerlos hasta aquí. Bien.

Extendió la mano del anillo, y Giordano se prosternó; y como le fuera instruido, aproximó los labios a la piedra que lucía en su dedo, mas no la besó, al tiempo que el Papa la retiraba.

—Ahora Nos debemos tornar a Nuestros quehaceres. ¿Hay algo que podáis necesitar? Pedidlo a Nos.

—Desearía —dijo Giordano— leer los escritos de ese Hermes.

—¿Es lícito? —dijo el Papa, y se volvió hacia Rebiba—. ¿Lo es?

Rebiba, ruborizándose, hizo un gesto ambiguo.

—Si es lícito —dijo el Papa—, podéis. Id abajo; en Nuestra biblioteca Nos tenemos incontables libros. Hermes, *et hoc genus omne*.

Dispuesto ya a retirarse, el Papa dio media vuelta, alzó la mano y un secretario voló hacia él.

—El *Index librorum prohibitorum* —dijo, mientras el secretario escribía—. Es necesario revisarlo. Nos ordenaremos una *congregatio* de Nuestros cardenales. Deben deliberar acerca de esto. Se han cometido demasiadas negligencias.

Abandonó la estancia, dejando de rodillas a Giordano y los otros, y al ruborizado Rebiba indinado en profunda reverencia.

—Id —dijo Rebiba a Giordano—. La biblioteca está abajo. Habéis resultado peor que inútil.

En pos de Rebiba, cuando salió, como atrapados en el furioso crujido de la seda de sus púrpuras, marchó el resto de los sacerdotes, secretarios, guardias y sirvientes que habían llenado las habitaciones. Sólo quedó uno, de pie junto a la puerta del fondo, un muchacho joven y sonriente en quien Giordano no reparara antes, de rubios cabellos, los brazos cruzados sobre el pecho. Sin palabras, encorvando un dedo, indicó a Giordano que lo siguiera. Bajó con paso grácil la estrecha escalerilla, que al cabo de un largo rato desembocó en una serie de habitaciones en desuso, todas pintadas, vacías e iluminadas por la claridad del día.

—Mirad —dijo el muchacho—, mirad esa pared, debajo del zodíaco. ¿Quién sostiene el libro? Hermes.

Giordano miró. Una esfera armillar que representaba el Firmamento flotaba por

encima de la cabeza de un hombre de rostro afable que platicaba con otros, egipcianos, tal vez, en un jardín.

—Pinturrichio lo pintó —dijo el muchacho—. Venid. Veréis de nuevo a Hermes en la última estancia. —Cruzaron varias cámaras, una de apóstoles reconocibles al instante por los emblemas que ostentaban, las llaves de Pedro, el libro de Mateo, la cruz de Andrés; y una de Artes —Astrología y Medicina, y Geometría y Gramática—, todas ellas representadas allí casi del mismo modo en que lo estaban en las salas del palacio de la memoria que Giordano llevaba en su mente—. ¿A quién veis allí? —dijo el muchacho conduciendo a Giordano hacia la última estancia—. ¿Quién está en esa pared?

—Mercurio —dijo Giordano.

—Que también es Hermes.

Un hombre joven, con el mismo rostro afable que el del que había visto bajo el firmamento armillar: con una cimitarra estaba derribando una figura grotesca a la que le crecían ojos no sólo en la cabeza sino en todo el cuerpo, en los pómulos, los brazos, los muslos. Detrás de los dos, una plácida vaca miraba la escena: lo. Transformada en vaca por Juno, fue puesta bajo la custodia de Argos, el de los mil ojos, pero Argos fue asesinado por Mercurio, e lo huyó Ægypto.

—Mirad —dijo el muchacho—. Ægypto.

Alo largo de los frisos, todo alrededor de la estancia, veíanse pirámides, toros, jeroglíficos, Isis, Osiris.

—Fue Alejandro Sexto quien ordenó construir estas habitaciones —dijo el joven—. Su signo era el Toro; estudió la magia; conoció a Marsilio, y lo amó. También amaba las riquezas. Fue un hombre muy malvado.

Sus ojos claros, risueños, guiaron a Giordano hacia otra pared, una rema en su trono, no Nuestra Señora; un profeta de larga barba, a un lado del trono, y el mismo hombre de rostro fuerte y afable, del otro lado, pensativo, sonriendo vagamente.

—La reina Isis —dijo el muchacho—. Que en un tiempo fue Io. Y Mercurio, que bajó a Ægypto y dio a los egipcianos sus leyes y sus letras. El otro hombre es Moisés, que también vivió por entonces.

—Sí —dijo Giordano. Miró los ojos claros, sabios y soñadores de Mercurio en el cuadro, y luego los claros ojos risueños del muchacho rubio, y un extraño escalofrío le recorrió la espalda.

—Venid —dijo el mancebo—. Abajo.

Entraron en una capilla pequeñísima y desharrapada y al final de un tramo de escaleras en caracol desembocaron en una cámara cuyo olor Giordano reconoció al instante. Libros.

—La llaman la *Floreria*. Sentaos.

Había una ancha mesa vieja y rayada, sobre la cual se proyectaba la luz de una ventana alta; y delante de ella, un banco. Giordano se sentó.

Con el paso de los años, poco en verdad recordaría Giordano de lo que hiciera en ese lugar, ni aun cuántos días había permanecido. Le llevaban comida, de tanto en tanto, hasta su mesa; le tendieron un jergón, en un corredor, entre pilas de libros que esperaban para ser encuadernados, y allí dormía algunas veces. Y el mancebo sonriente iba y venía y ponía libros delante de él, y los retiraba y traía más. Era él también quien le traía los platos de comida y quien le tiraba del pelo cuando Giordano se quedaba dormido sobre las páginas abiertas.

¿Había habido otros allí? Los hubo sin duda, otros, eruditos, bibliotecarios, estudiantes saqueando inocentemente los tesoros del Papa: algunos de los rostros que, desde entonces, su imaginación atribuiría a los interlocutores de los diálogos de Hermes, el Tres Veces Grande, han de haber sido los de los lectores que allí había visto pero no podía recordar. Lo único que recordaba era lo que había leído.

Eran grandes volúmenes en infolio, casi centenarios, la versión latina realizada por Marsilio Reino, de los originales griegos (traducidos a su vez del egipcio): encuadernados en blanco y oro, impresos en una clara y sonriente tipografía romana. *Pimander Hermetis Trismegisti*. Comenzó por el reverente comentario de Ficino:

*En la época en que nació Moisés, florecía Atlas
el astrólogo, hermano del físico Prometeo y tío materno
de Mercurio el viejo, cuyo sobrino fue Mercurio Trismegisto.*

Leyó cómo *Pimander*, la Mente de Dios, se presentó ante este Mercurio-Hermes y le explicó los orígenes del universo: y era un relato curiosamente semejante al de Moisés en el Génesis, pero a la vez distinto, pues en él el Hombre no era plasmado con arcilla sino que existía antes que todas las cosas, era a la vez hijo y hermano de la Mente Divina, y partícipe de su poder creador, partícipe, con los siete arcontes —los planetas— de la naturaleza celestial. De hecho, un Dios también él, hasta que, al enamorarse de la Creación que ayudara a modelar, el Hombre cayó, y mezcló su sustancia con la materia de la Naturaleza: y se tornó terrenal, esclavo del amor y del sueño, y sometido al *Heimarmene* y a las Esferas.

Ya las alturas deberá retornar a través de esas Esferas, tomando de cada uno de los siete arcontes los poderes que perdiera en su caída, y abandonando las sucesivas envolturas de materia que lo cubrieran; hasta que, llegado a la esfera ogdoádica, recobre su verdadera naturaleza y entone himnos de alabanza a su Padre:

Santo es Dios, Padre de todas las cosas, anterior al primer principio; Santo es Dios, y santos son sus designios, que sus diversas Potestades ejecutan;

Santo eres Tú, de quien la Naturaleza toda es imagen... Tú, de quien nada pueden decir las palabras, ni lengua alguna puede mentar, de quien tan sólo el silencio puede dar testimonio, acepta ofrendas puras de palabras de un corazón y un alma que a Ti se elevan.

¿Qué clase de viaje era ése, cómo se hacía, cómo se adquirirían los poderes necesarios para que un hombre, o su espíritu, pudiera llegar tan lejos? Giordano leyó las palabras de Pimander dedicadas a Hermes:

Todos los seres están en Dios, pero no como cosas colocadas en un determinado lugar, como tampoco lo están en la facultad incorpórea de la representación juzga esto basándote en tu experiencia. Pide a tu alma que se traslade a la India, que atraviese el océano, y lo conseguirás en un momento. Pídele que vuele hasta el cielo y verás cómo no tiene necesidad de alas ni ningún obstáculo se cruzará en su camino. Y si quieres dar la vuelta al universo para contemplar qué hay más allá —en el caso de que exista algo más allá del mundo—, puedes hacerlo.

Observa, pues, cuál es tu poder y la velocidad que posees. Así es cómo debes concebir a Dios. Todo aquello que es, Él lo condene en sí mismo como pensamiento, el mundo, él mismo, el Todo. Por lo tanto, si no te haces igual a Dios, no podrás comprenderlo, ya que toda cosa sólo es inteligible por otra similar a ella.

Elévate hasta alcanzar una grandeza por encima de toda medida, libérate de tu cuerpo de un salto, pasa por encima de todo tiempo, hasta la Eternidad y entonces comprenderás a Dios. Convéncete de que nada es imposible para ti, piensa que eres inmortal y que estás en condiciones de comprenderlo todo, todas las artes, todas las ciencias, la naturaleza de todo ser viviente. Asciende hasta situarte por encima de la más alta cumbre, desciende por debajo de la profundidad más abismal. Experimenta en tu interior todas las sensaciones de aquello que ha sido creado, del fuego y del agua, de lo húmedo y lo seco, lo frío y lo caliente, imaginando que estás en todas partes, sobre la tierra, en el mar, en las guaridas de los animales. Imagínate que aún no has nacido, que te encuentras en el seno materno, que eres adolescente, que estás viejo, muerto, más allá de la muerte. Si consigues abarcar con tu pensamiento todas las cosas en su conjunto, tiempos, espacios, sustancias, cualidades, cantidades, podrás comprender a Dios.

Todo, todo lo contenido en el interior de la mente pensante, al igual que todas las cosas que Bruno había visto o hecho en su vida, todas las herramientas, pájaros, prendas de vestir, potes y cacharros en las listas de los hermanos de Nápoles, todo estaba contenido —separado, hallable, discernible— dentro del circular palacio de memoria de su cráneo. Él sabía. Sabía.

No digas más que Dios es invisible. No hables así, porque ¿qué hay de más manifiesto que Dios? Él ha creado todo, sólo para que tú puedas verlo a través de sus criaturas; es el poder milagroso de Dios manifestarse en cada ser. Nada es invisible, ni siquiera las cosas incorpóreas. La mente se hace visible en el acto de pensar; Dios, en el acto de crear.

Giordano leía, el corazón le palpitaba lento y fuerte. Leía con la apacible seguridad y la intensa satisfacción de un niño que mama el alimento que sabe necesario. Él había estado en lo cierto, en lo cierto, en lo cierto desde el principio.

Hermes, convertido en sacerdote y rey, enseñaba a otros lo que la Mente le enseñara. Ahí estaban los diálogos con su hijo Tat, y otro, extenso, entre él y su discípulo Asclepio, a quien explicaba la ya íntegramente formulada religión de Ægypto y su culto. Dios dispensa vida a todas las cosas por la intercesión de las estrellas; ha creado un segundo Dios, el sol, un intermediario a través de quien la luz divina se derrama sobre todas las cosas; y a continuación los Horóscopos sobre los cuales Giordano ya había leído, los *decanos* responsables de la persistencia a través de la infinita diversidad y del cambio incesante, de las Razones del Mundo; cambiando ellas mismas de forma, sin cesar, cual las imágenes talismánicas de Picatrix, pero persistiendo de todos modos. Y el nombre del Dios principal de estos dioses era Pantomorfo u «omniformo». Giordano reía a carcajadas.

Y hay además otros dioses cuyos poderes y funciones están distribuidos entre todas las cosas que existen...

El libro de Asclepio narraba cómo los sacerdotes de Ægypto podían hacer descender demonios de las estrellas, y obligarlos a alojarse en las estatuas zoomórficas de piedra que los sacerdotes hicieran construir y a través de las cuales hablaban, profetizaban y revelaban secretos. También sabían aquellos sacerdotes cómo la divinidad impregnaba el mundo inferior, qué animales y plantas eran regidos por qué estrellas, qué olores, piedras, qué música los demonios no podían resistir.

Todo ese saber ahora perdido, todo aquel cielo-tierra omniforme, perdido; como si la esfera armillar con la que Pinturichio había aureolado las cabezas de Hermes y de los egipcianos hubiera sido pulverizada, diseminada; y sólo sus ruinas aparecieran ahora al azar para desconcierto de esta tardía Edad de Bronce, sobreviviendo sólo en rumores, cuentos corruptos, brujerías, fragmentos. Picatrix.

Mas ¿cómo perdido, por qué, por qué perdido?

Llegará un tiempo en el que se pondrá de manifiesto que los honores rendidos a la divinidad piadosamente y a través de asiduas prácticas por los egipcianos han sido en vano. Los dioses, dejando la tierra, volverán al cielo y abandonarán Ægypto. Esta tierra, en un tiempo patria de la religión, se verá privada de sus dioses y sumida en un estado de indigencia. Los extranjeros se volcarán sobre este país, y no sólo ya no se preocuparán más de la observancia de los ritos religiosos, sino que, cosa aún más penosa, tales prácticas caerán bajo el rigor de falsas leyes que, con la amenaza de castigos, prohibirán a todo hombre cualquier acto de piedad o de culto dirigido a los dioses. Entonces, esta santísima tierra, patria de los templos y de los santuarios, se cubrirá de tumbas y muertos. Oh Ægypto, Ægypto, tan sólo quedarán fábulas de

tu religión, y tus hijos, con el paso del tiempo, olvidarán tus creencias. Nada sobrevivirá para guardar memoria de tus piadosas obras, salvo las palabras esculpidas en la piedra.

Giordano leía y lloraba al leer. *Él sabía*, cómo había perecido la antigua religión; él sabía qué extranjeros habían llegado allí para suplantar sus devociones. Cuando todos los antiguos dioses huyeran para ocultar sus cabezas, cuando las mujeres lloraban la muerte del dios Pan. Cuando el Cristo cuyos colores vestía Giordano, y de quien era soldado, los expulsara a todos, a todos excepto él mismo y a su Padre y a la emanación de los dos, que completan la Trinidad. Una maraña de triple Divinidad, demasiado celosa para aceptar cualquier misterio que no fuese su propio misterio.

¿Te hace llorar Asclepio? Cosas mucho peores habrán de acontecer. Cuando esto suceda los hombres por hastío dejarán de pensar que el mundo es digno de su respeto y adoración. Éste es el más grande de todos los bienes, esta totalidad que es de todo lo mejor, tanto del pasado como del futuro, correrá el riesgo de perecer los hombres lo considerarán como una carga inútil y lo despreciarán, esta incomparable obra de Dios, esta gloriosa estructura, una creación construida por una infinita diversidad de formas... se preferirá la oscuridad a la luz, la muerte a la vida y nadie elevará ya la mirada a los cielos... Los dioses se separarán de los hombres —¡qué tristeza!— y sólo quedarán los ángeles del mal... Entonces la tierra perderá su equilibrio, el mar no sostendrá los navíos, el cielo no estará cuajado de estrellas... Los frutos de la tierra se pudrirán, el suelo dejará de ser fértil, el aire mismo se impregnará de una densa tristeza. Así será la vejez del mundo.

¡Sí! Los ojos velados por las lágrimas, la nariz moqueando, la frente apoyada en su mano, Giordano apenas distinguía las palabras. No. Ellos no habían sido desterrados; habían partido por voluntad propia, asqueados por aquellos advenedizos que escarnecían y abominaban de su sabiduría y sus poderes, esos dones gratuitos concedidos a los hombres, que ahora les habían sido arrebatados. Mas, si por voluntad propia habíanse marchado, un día, entonces, podían retornar; podían ser inducidos a retornar. ¡Sí, ellos regresarían!

Éste será el renacer del mundo; un renacimiento de todas las cosas buenas, una santa y solemne restauración de todo el vasto mundo, impuesta al correr del tiempo... por la voluntad de Dios.

Y mientras leía, los veía volver. Los hombres semejantes a dioses, o los dioses semejantes a hombres, que son los genuinos herederos y partícipes del poder restaurador de Dios; veía el aire túrgido despejarse, veía huir las criaturas de la noche, romper el alba.

Y si ese tiempo había estado por llegar durante todos estos siglos pasados ¿por qué no podía estar llegando ahora, ahora mismo? Ahora que ese antiguo saber había sido devuelto al hombre, y moldeado en estas letras, impreso en estas páginas. ¿Por qué no ahora?

—Ahora —dijo una voz dulce a sus espaldas, y el muchacho que le había traído el libro, se sentó a su lado en el banco—. Ahora escuchad con atención y no os alarméis.

Bruno apoyó la mano sobre la página, para marcar el renglón, para detener por un momento el saber que de ella fluía.

—¿Qué pasa?

—Hay noticias de Nápoles. Se ha iniciado un proceso contra vos en el Santo Oficio. No volváis.

—¿Cómo sabéis vos eso?

—Vais a ser procesado por herejía. Ya ha sido notificado al Santo Oficio de aquí. Ciento treinta artículos de herejía.

—Nada podrá probarse.

—¿Alguna vez olvidasteis libros en la letrina? —dijo el muchacho, como a la ventura.

Giordano se echó a reír.

—Han encontrado escritos en la letrina —dijo el muchacho—. Erasmo. Los comentarios sobre Jerónimo.

—¿Erasmo? ¿Nada más terrible?

—Escuchad —dijo el muchacho—. Ellos han preparado esto con tiempo y astucia. Será duro para vos. Lo tienen todo dispuesto, el interrogatorio, los testigos, la prueba.

—Ellos son hombres —dijo Bruno—. Ellos razonan, escucharán. Deberán escuchar.

—Creedme, Hermano. No podéis volver.

En la fría y alta estancia no quedaba nadie más que Bruno y el rubio joven que aún sonreía, las manos cruzadas displicentemente sobre el regazo. Una llama encendió la seca yesca del corazón de Bruno, y éste ardió de dolor.

—El Papa —dijo—. Hablaré con él. Él dijo que yo, Él... Él...

El rostro del muchacho no se inmutó. Se limitó a esperar que Bruno callase su balbuceo desesperanzado. Luego dijo:

—Quedaos aquí hasta que oscurezca, luego salid por esa puerta, la pequeña puerta del fondo. Seguid por el corredor, subid la escalera, allí me reuniré con vos.

Se levantó.

—Al anoecer —dijo; y sonrió a Bruno, una sonrisa de complicidad, como por una travesura que él y Giordano compartieran; sólo que Giordano no la conocía, y los cortos vellos de la nuca se le erizaron, y el escroto se le puso tenso. El muchacho dio media vuelta, y salió.

Giordano volvió a mirar la página, donde aún descansaba su mano. La larga luz de la tarde empezaba a abandonar la estancia.

Ese día, los dioses que antaño gobernaban sobre la tierra serán restaurados e instalados en una ciudad situada en los confines de Ægypto, una ciudad orientada

según la dirección del sol poniente, y sobre la que se precipitará, por tierra y por mar, la totalidad de la raza de los mortales.

Leyó hasta que no pudo distinguir Isa palabras. Para entonces, había leído ya todo cuanto en su vida leería de este texto, y la noche había caído. Se levantó. Pensó: mañana es seis de agosto, la Transfiguración. Cruzó la larga sala abovedada, dejó atrás las mesas de los eruditos alineadas al pie de las ventanas azul noche y abrió la puerta pequeña y pesada.

En la oscuridad, sus pies buscaron a tientas los empinados escalones; llegó al rellano, donde una lámpara ardía, iluminando el recodo. El muchacho rubio estaba sentado en un escalón, y lo esperaba. Tenía un hatillo sobre el regazo.

—Quitaos ese hábito —dijo en voz baja—, y poneos estas ropas.

Bruno miró al muchacho, y luego el atado que le tendía.

—¿Qué?

—De prisa —dijo el joven—. Daos prisa.

Por un instante la piedra maciza pareció oscilar bajo sus pies, como si el edificio estuviera desmoronándose. Temblando ligeramente se quitó el hábito blanco y negro y las bastas prendas interiores. El atado contenía calzas, botas, jubón, camisa, todo dentro de una capa. El muchacho permanecía sentado en el peldaño superior, barbilla en mano, y observaba al monje debatirse con esas prendas desconocidas, tratando de anudar las puntas con dedos temblorosos. La capa, por último, larga y con capucha. Yun cinto con una faltriquera, y una pequeña daga. La faltriquera era pesada.

—Escuchad —dijo el muchacho, incorporándose—. Ahora escuchad y recordad cuanto os diga.

Hablaba con voz dulce y clara, cruzando un dedo índice contra el otro cuando mencionaba un nombre, o levantándolo admonitor. Trazó el itinerario de Giordano, las calles y portales y suburbios, los caminos del norte, los pueblos y ciudades; Giordano, vestido con ropas ajenas, lo oía todo, y no lo olvidaría.

—Un doctor y su familia, allí —dijo el muchacho—. Preguntadles, ellos saben. Ellos os ayudarán.

—Mas cómo, cómo...

El joven sonrió y dijo;

—También ellos son *giordanisti*. A su manera.

Por un momento se rió viendo a Giordano sin su hábito, le asentó la capa sobre los hombros, levantó la lámpara y, a su lumbre, encabezó la marcha por una escalera de caracol, hasta un corredor estrecho y por él hasta una puerta de dos batientes.

—Ahora —dijo.

Apoyó la lámpara en el suelo; asió las argollas de la puerta, las hizo girar y la puerta se abrió. Giordano Bruno se encontró frente a una plazoleta empedrada y desierta; una fuente gorgoteaba en el centro; vio antorchas a lo lejos en un callejón, y oyó risas estridentes. El aire de la noche en su rostro. La libertad. Por un momento, permaneció inmóvil, mirando.

—Idos —dijo el muchacho.

—Pero. Pero.

—Fuera —dijo el muchacho, y apoyó su bota blanda contra el trasero encalzonado de Bruno y lo empujó; y las puertas se cerraron ruidosas detrás de él.

Ocho

No era un mundo pequeño: era inmenso, como ensanchado hasta la desmesura por los pasos infinitesimales de un hombre que anduviera a pie, o por un hombre a lomo de mula, o llevado en una litera, o incluso a horcajadas de un caballo veloz. El largo camino proseguía interminable, una huella a veces borrosa, casi perdida en pantanos o montañas, pero que al fin volvía siempre a aparecer. ¿De qué lado queda Viterbo? ¿Siena? Otro río que vadear, un bosque para cruzar (los ojos abiertos de par en par, mirando a uno y otro lado, los nudillos cerrados sobre la empuñadura de la daga) siempre una nueva ciudad amurallada adonde ir; Siena, Vitello, Cecino; a un fatigado caminante se le antoja la misma ciudad, repetida una y otra vez, como ese único grabado diminuto que en las geografías significa indistintamente Nüremberg, Wittemburg, París, Colonia: una cúpula, otra cúpula, un castillo, una voluta de humo, un pórtico, un pequeño viajero aturdido y maravillado.

Fue hacia el norte al principio, todos los herejes italianos iban al norte; en el último de sus hitos romanos anudó el primero de sus hitos toscanos, en el último de sus hitos toscanos el primero de los genoveses. Seguía las instrucciones que le dieran e iba pasando así de una a otra casa de familia, de un refugio al siguiente, nunca sin ayuda, y sin que lo asombrara en demasía su buena fortuna: nunca había sabido cómo era el mundo más allá de Nola y de Nápoles, y no lo sorprendía hallar en él los generosos benefactores que encontraba.

Caminaba durante días y días para ahorrar su dinero, y las nuevas calzas que vestía le rozaban los muslos hasta casi hacerlo llorar de irritación y dolor. Lo único que hicieron los monjes a favor del mundo alguna vez, fue inventar una vestimenta razonable para el hombre, y nadie salvo ellos la usaba.

No se atrevió a tomar un barco, y someterse al escrutinio de los aduaneros hasta que llegó a la nueva ciudad de Livorno: porque Livorno era puerto libre, y todas las nacionalidades gozaban allí de plena libertad. Giordano bajó a través de la ciudad hasta los muelles, mirando a uno y otro lado, maravillándose de los frontispicios pintados de las casas que exhibían las victorias de San Stefano sobre los turcos, los episodios sucediéndose de la fachada de una casa a la siguiente.

Un puerto libre. Libre. En sus tiendas y candelерías, los judíos ejercían su comercio sin la infamante insignia amarilla; a la hora del cenit, un hombre tocado con un turbante se asomaba a un pequeño minarete y entonaba una larga oración ininteligible: pues hasta a los otomanos se les permitía tener una mezquita para sus fieles. Pero en el mercado los capitanes de barco de numerosas naciones se reunían a regatear el precio de los galeotes que allí se exhibían para la venta; porque Livorno era también el gran mercado de esclavos del mundo cristiano y, al paso de Bruno, moros, negros, turcos, griegos, una humanidad bárbara y tumultuosa (algunos durmiendo, otros gimiendo en sus cadenas) era comprada y vendida. Siguiendo el mapa mental que le había trazado el rubio joven del Vaticano, dio con el muelle

preciso, pronunció el nombre indicado y, casi incapaz de no llorar a gritos de asombro, de júbilo y temor, fue conducido a una larga y estrecha faluca que estaba a punto de hacerse a la mar: *Avanti, signor. Avanti.*

La faluca remontó, veloz, la costa, haciendo frecuentes escalas para cargar y descargar una infinita variedad de mercancías, cascos de aceites y vino, muebles, fardos de lienzo, sacas de cartas, pasajeros, una jaula de arrullantes palomas. (Años después, en la cárcel, Bruno pasaría a veces el tiempo tratando de reconstruir la lista completa, los cascos, las cajas, la gente, los puertos). Los quejumbrosos galeotes parecían idiotizados por el ritmo de sus remos, cegados por el sol; a mediodía, la nave hizo escala en un puerto sin nombre, y los remeros se durmieron en sus puestos, a la sombra de las velas latinas; sus cuerpos, de colores diversos, brillaban de sudor.

Giordano Bruno, nolano, apoyó la cabeza sobre su morral, y no durmió.

Genova, una ciudad de palacios e iglesias, orgullosa y alegre. Subió desde el puerto, a lo largo de avenidas flanqueadas de palacios, palacios a medio construir, o reconstruidos a medias, distintos todos. Iba tomando las calles, las derechas e izquierdas que guardaba en la memoria; encontró un portal abovedado que daba a los jardines de un palazzo, cruzó una geométrica plaza de juegos, avanzó entre filas de oscuras bestias de topiario (centauro, esfinge) hasta una gruta donde canturreaba el agua; allí encontró al hombre a quien lo habían encomendado, el dueño de esos jardines, que estaba supervisando la instalación de una obra hidráulica en el interior de la gruta.

A este hombre le dijo la frase que había aprendido de memoria, una breve cortesía sin sentido, pero extraña. El rostro del hombre no se inmutó, pero tendió su mano a Bruno.

—Sí —dijo—. Sí. Ya veo. Bienvenido.

Condujo a Bruno por el interior de la húmeda y fría caracola de la gruta, recamada de piedras relucientes, trocitos de espejo, conchillas, cristales. Una estatua de plomo había sido instalada en lo alto del estanque de mármol; los obreros trajinaban con los tubos que entraban y salían de ella, pero el dios no reparaba en ellos, sólo miraba a Giordano desde su altura, las arqueadas cejas desdeñosas y sapientes, cruzadas las patas de macho cabrío.

—Pan —dijo el jardinero.

—Sí.

—Y con el agua, que sube por estas tuberías y que circula por *aquí*, y luego por *aquí*, Pan hará sonar sus flautas. La siringa.

Miró intensamente a Bruno con aquellos ojos cenicientos, claros en su curtido rostro de hortelano.

—*Magia naturalis*, —dijo, sonriendo como su Pan.

—Sí —dijo Bruno.

Los artesanos abrieron los grifos; un aullido espectral resonó en la gruta. Bruno se estremeció. El acuatecto le tomó la muñeca, y Bruno vio que llevaba en la recia

mano morena un anillo de oro, un anillo de sello con una curiosa figura grabada.

—Ahora, venid —dijo—. Venid a mi albergue y decidme qué necesitáis.

Durante algunos días fue alojado y alimentado en Genova; luego fue confiado a la familia de un doctor, en la ciudad genovesa de Noli, y se consiguió para él un puesto en la pequeña y desastrada *accademia*, pronunciando conferencias para que instruyera a quien deseara escucharlo sobre la *Esfera* de Sacrobosco.

—¿Habéis viajado mucho? —preguntóle durante la cena el doctor que lo había acogido.

—No.

—Ah.

El doctor le alcanzó el vino.

—Debería decir sí —dijo Giordano—. He viajado infinitamente. En mi mente.

—Ajá —dijo el doctor, sin una sonrisa—. En vuestra mente.

Sus clases de astronomía al principio eran más bien elementales, geometría esférica, los coluros y ecuadores, Giordano no se sentía demasiado a gusto con esos temas. Luego empezó a explayarse sobre Ceceo, y el número y el nivel de quienes asistían a escucharlo se elevó, su fama cundía. Sólo unos pocos meses habían pasado, cuando el doctor fue a verlo en su pequeña alcoba, y le dijo que sería mejor que prosiguiera su viaje.

—¿Por qué?

—El viajar enriquece —dijo el doctor—. El viajar no sólo con la mente.

—Pero.

—Habéis llamado la atención —dijo el doctor—. Nuestra pequeña ciudad no suele caer bajo la mirada del Santo Oficio, mas vos habéis atraído su atención.

—Sólo he dicho la verdad —dijo Giordano, poniéndose de pie—. La verdad.

El doctor alzó una mano para serenarlo.

—Será mejor que partáis después de que se haya puesto la luna. A esa hora vendré a despertaros.

Otra vez un patio dormido, otra vez un morral lleno de pan, una bolsa con dinero, un libro. La noche. Una frontera que cruzar. Era un mundo plagado de peligros; y a todos ellos se hallaba expuesto un joven peregrino, con un hábito de monje en el morral y una cabeza rebotante de ideas, no habituado a callar.

No podía ir hacia el sur. Y en el norte, en el español reino de Milán, la Inquisición estaba en plena actividad, y el soldado español, el *tercio*, montaba guardia —sonriente y muy probablemente ebrio— en todos los caminos que Giordano podía tomar. Giordano había conocido al *tercio* toda su vida; se había reído de él en las *commedie* de su antigua ciudad: el *Capitano Sangre-y-Fuego*; *El Cocodrilo*, el eterno soldado pendenciero, arrogante y colérico, sólo leal a un honor hispano incomprensible para el resto del mundo y a una Iglesia Católica cuyos preceptos morales Bruno desdeñaba. Matar, a los herejes —y a sus servidores e hijos, si fuera

necesario, y los bueyes y gansos para su subsistencia— era la razón de la vida del *tercio*; y además de eso, beber, y mentir, y desfogarse con las mujeres. Las muchachas milanesas no salían de sus casas, cerradas a cal y canto, ni siquiera para ir a la misa.

De modo que el *signar* Bruno (con la nueva espada en el flanco) se encaminó hacia el oeste, bordeando las fronteras milanesas, y llegó a Turín, en el reino de Saboya: que era tan Habsburgo como Milán, pero al menos no español, habiendo caído bajo el dominio del Sacro Imperio Romano cuando el viejo rey Carlos partiera en dos su vasta herencia, mitad para Felipe de España, mitad para Maximiliano de Austria. En Turín, Giordano enseñó gramática Latina a los niños, hasta que no pudo soportarlo más; entonces empacó sus libros, sus papeles, su hábito, y adelantándose un paso a los padres que le habían pagado las clases por anticipado, consiguió una plaza en un carguero que transportaba madera alpina y que se dirigía, aguas abajo, hacia el Po. El Po iba al este hacia Venecia. Y allí fue Bruno.

Se hubiera dicho que en aquellos años medio mundo estaba de mudanza, puesto en fuga por el otro medio. De escaque en escaque, los *tercios* cruzaban y recruzaban el tablero de ajedrez de las posesiones de los Habsburgo, acantonándose en las casas de familia de Nápoles y Milán; saqueando los almacenes de los mercaderes protestantes de Amberes (que empacaban sus bienes en baúles y huían rumbo a Amsterdam y Ginebra); reclutados por la Armada y embarcados con destino al Nuevo Mundo, asesinando indios, que no tenían alma, y buscando El Dorado en Guinea y Brasil; combatiendo con los turcos en Transilvania y Creta, manteniendo abiertas las puertas de un corredor hispano desde Sicilia hasta el Báltico, poniendo en fuga como a liebres a los pobladores de todo lugar por donde pasaban.

Pero había otros ejércitos en marcha que tampoco reconocían fronteras, ni las geográficas ni las del corazón humano; fuerzas que, del mismo modo, no admitían ningún compromiso; no podían ni siquiera concebirlo.

—Salen de Ginebra con libros ocultos en el doble fondo de sus arcones —dijo el pasajero enjuto sentado junto a Giordano sobre los troncos—. Llegan a una ciudad y nunca se dan a conocer. Son mercaderes, agentes, orfebres, impresores. Empiezan por atraer a los otros con una prédica secreta: un padre de familia que trae consigo a su esposa, a sus hijos, a sus sirvientes. De esta forma se establecen numerosas congregaciones pequeñas como las celdas de las abejas, conectadas entre sí pero aisladas una de otra, si una es descubierta y desmantelada, no tiene importancia: las demás se mantienen intactas. Sólo conocen los nombres de quienes conviven con ellos, de modo que en la tortura no pueden arrancarles los nombres de otros. Y así van medrando en secreto, como gusanos en el corazón de un fruto, hasta que un día son suficientemente numerosos; entonces salen a la luz, el fruto estalla para mostrar la bullente masa que contiene. La ciudad cae en su poder. Exactamente así.

—¿Cómo es que sabéis tanto acerca de ellos? —le preguntó Giordano, irritado.

—En Francia —respondió el hombre enjuto— los hugonotes, que es otro de los nombres que ellos usan, están ahora debatiendo si se justifica que los creyentes den muerte a un monarca que los oprime. *Matar a un monarca*. ¿Y por qué no al Papa, entonces? ¿Y por qué no, otra vez, al propio Jesucristo?

—Hura —dijo Giordano.

Fingió dormir. Las riberas, tumultuosas de gentes y carruajes, pasaban a su vera, o él a la vera de ellas. Más tarde vio al hombre enjuto sacar de entre sus ropas y abrir un libro negro, que Giordano reconoció; sus labios se movían al leer, y su mano, de tanto en tanto, trazaba una cruz sobre su pecho.

Eran soldados, sí, y también en movimiento: la Compañía de Jesús, soldados leales a ninguna corona, a ningún obispo, a ningún territorio; tampoco ellos, como los ginebrinos, creían que la Iglesia de Cristo pudiera ser divisible, y en todo resquicio, desde Escocia hasta Macao, allí estaban ellos. Ellos eran capaces de apuñalar a un monarca, Giordano estaba seguro: o de pagar a alguien para que lo apuñalara. Eran capaces, sí. Ya lo habían hecho.

En Venecia volvió a encontrar ayuda: un nombre que conocía lo condujo a otro nombre, y ése a un erudito, que tenía un cuarto disponible. Allí había una academia, donde él podría enseñar, dinero para libros.

Disertó sobre el *Ars memoriae* e hizo correr la voz de que había huido de un monasterio dominico; su orden gozaba desde antiguo de la fama de dominar las poderosas artes de la memoria. A sus estudiantes de la academia les parecía —como les parecería a muchos otros en adelante— que poseía un secreto que podía impartir, un secreto que le había costado no poco conocer, si ellos estaban dispuestos a escucharlo en silencio y con paciencia. Atraía vastos auditorios, no siempre favorables. Perdió —abandonó, repudió, en contados momentos maravillosos— su antigua virginidad, a bordo de una góndola entoldada que se mecía sobre el Adriático, una noche de otoño.

Sus poderes continuaban creciendo. Si le ofrecían una moneda falsa —no un ducado de plata, sino vidrio fundido plateado con mercurio— sus dedos reconocían la diferencia. Mercurio, tramposo y ladrón, locuaz y risueño, su propio Hermes, su contacto quemaba; la plata, el metal de la luna, era líquido y frío. Si recurría a Venus, si soplaba sobre Venus en su interior como quien aviva una brasa, eran otros sus poderes: las mujeres se volvían para mirarlo, los hombres le cedían el paso, no había en él titubeo alguno cuando era preciso musitar palabras en una oreja pequeña y rosada, a la hora de quitarse las máscaras, negra y festoneada la de ella, blanca y narilarga la suya.

(Descubrió, después de tales batallas, mientras yacía, sosegado y radiante al lado de una mujer dormida, que algo se liberaba dentro de él. Durante unos minutos o una hora, percibió el contenido apretado de su conciencia en movimiento: fluían a la par lo semejante con lo semejante, fila sobre fila, como los distintos escuadrones de un ejército, caballería e infantería, artillería, piqueros, fusileros: cada cuerpo con sus

llamativos birretes y guerreras, todos al mando de los distintos capitanes que él les asignara, las Razones del Mundo; y como general, el dios Omniformo. Y pensaba entonces: existe en el universo una sola cosa, y esa cosa es el Devenir. El interminable, intemporal e incesante Devenir, la generación infinita ramificándose de las ideas que habitan en la mente de Dios y proyectando esas brillantes sombras movedizas en su propia alma —y coloreadas, todas coloreadas, porque si en su alma las sombras no eran coloreadas, entonces, nada lo es—. En un agrazo veneciano, la última noche de la festividad del Redentore, escuchando la suave respiración junto a él y el distante rumor de las juergas. Observando las pulsaciones en su interior y el centelleo de las crestas de plata de las pequeñas olas del mar en su incesante Devenir).

Venecia, bajo la lluvia, navegaba en sus inmensas lagunas cual un Arca de Noé (así la describió en un soneto) transportando a bordo todas las especies, una pareja de cada una. Venecia era indulgente: aquí un hombre podía vivir, y pensar. En los tenderetes de libros que rodeaban la *picaza* San Marco, en medio de los tiznados almanaques y libros de profecías, panfletos y *novelle*, descubría obras que conocía de nombre desde hacía mucho tiempo, pero que nunca había visto en forma de libro. Iámblico sobre los Misterios. Agrippa, *De occulta philosophia*. Aquí estaban los delirantes himnos de Orfeo al Sol, que se cantaban en la joven edad del mundo. Allí estaba el *Ars magna* de Ramón Llull, un arte de la memoria semejante al suyo, mas no idéntico al suyo; lo observó con interés, las ramificaciones de sus árboles, las escaleras ascendentes, las ruedas dentro de ruedas.

¿Quiénes estaban publicando nuevamente todas esas cosas? ¿Cómo sabían que él las necesitaba? ¿Por qué veía libros como éstos en las imprentas y en los anaqueles de los generosos doctores y eruditos que le daban albergue? Alzó los ojos de la página para ver al librero, acodado sobre el dorso de su arcón de libros, las mejillas entre las manos, sonriéndole. Llevaba en el dedo una sortija de oro, una sortija con el mismo curioso grabado que el jardinero de Genova:



Viendo a Bruno desconcertado y vacilante, el librero puso delante de él un grueso volumen impreso en Alemania, cosido pero no encuadernado, protegido por cubiertas de pergamino. Lo abrió en la página de la portada.

—Cosmografía —dijo el librero.

El libro era *De la revolución, de los orbes celestes*, y su autor era Nicolás Copérnico, de Polonia.

Copérnico. Ése era otro nombre que Giordano conocía, un personaje ridiculizado

en las aulas de su escuela napolitana, el hombre que para explicar los movimientos celestes había puesto a la sólida Tierra a girar y tambalearse alrededor de las esferas. A Giordano se le había antojado un personaje casi imaginario, pero aquí estaba su libro. Nüremberg, A.D. 1547. Dedicado al Papa. Giordano empezó a volver las grandes páginas.

Saturno, la primera de las estrellas errantes, completa su ciclo en treinta años. La sigue Júpiter, que cumple una revolución duodecenal. Luego Marte, que da una vuelta entera cada dos años. El cuarto lugar (como hemos dicho) lo ocupa la revolución anual de la Tierra, que lleva consigo, como epiciclo, el círculo orbital de la Luna.

Bruno había empezado a experimentar una sensación muy extraña. Era como si a medida que leía las posiciones que Copérnico atribuía a cada planeta, esos mismos planetas de la esfera celeste que él guardaba en su interior (y sus dioses y espíritus tutelares) fueran abriendo los ojos y desplazándose a los sitios que les correspondían. Y luego la Tierra y cuanto ella contenía, desplazándose a su vez.

En el quinto lugar Venus, que completa su revolución en siete meses y medio. El sexto y último lugar lo ocupa Mercurio, que da una vuelta entera en ochenta y ocho días. Pero en el centro de todo descansa el Sol.

Como si, obedeciendo a una señal, todas las *guglie* de su sistema memorístico se hubieran erguido y puesto en movimiento —un movimiento que siempre habían tenido potencialmente, un movimiento sin el cual estarían dormidas o detenidas como un reloj sin cuerda—. Giordano se echó a reír. Desde la *picaza* centelleante, más allá de la arcada, una bandada de palomas se remontó en vuelo, flameando repentinamente como una bandera agitada por el viento: la visión de la plaza se desmenuzó en un instante en mil partículas volátiles, cuerpos flotantes lanzados a través de la oscura arcada, de nuevo hacia la luz, incitando a otros a volar.

Alas. Se ha remontado el vuelo.

¿Y si fuera así? ¿Y si realmente fuera así?

—Copérnico dice —susurró el librero—, dice que no es un nuevo saber lo que ha descubierto. Es un saber antiguo que él ha vuelto a sacar a la luz. Pitágoras. Zoroastro. Ægypto. Eso dice.

Y quién colocaría la lámpara de éste, el más magnífico de los templos, en cualquier otro lugar, quién podría encontrar mejor sitio para ella que allí desde donde puede iluminar a un mismo tiempo todo cuanto existe. Es por ello que algunos, no sin razón, la han llamado la Linterna del Mundo, otros la Mente, otros el Timonel. Y Trismegisto la llama «Dios visible».

El librero había apoyado suavemente las manos sobre el libro, para retirarlo, pero

Giordano se resistía a devolverlo.

—No tengo dinero ahora —dijo—. Pero.

—Sin dinero no hay Cosmografía.

Giordano le dio el nombre y la dirección de la casa donde se alojaba.

—Enviadlo allí —dijo—. Os será pagado, os lo prometo, os...

El librero sonrió.

—Conozco al hombre —dijo—. Llévdselo. Con mis respetos. Lo cargaré en su cuenta.

Soltó el libro.

¿Qué glifo era ese que usaba?

Giordano llevó consigo a Copérnico por las calles lluviosas, abrigándolo bajo su capa como si fuera un bebé.

En la primavera supo que la Inquisición veneciana, tan lenta para actuar, había puesto al fin sus ojos en él. Los espías habían denunciado sus clases y sus alardes. El librero de la *piazza* cerró su tienda. Para entonces, el viejo hábito dominico de Giordano constituía un disfraz mejor que las calzas y la espada de *signore*; de modo que el doctor le cortó el pelo, lo instaló en su propia góndola, en el muelle, y le deseó suerte. Hacia el este, sólo los turcos. Frater Jordanus cobijó las manos en las mangas y partió una vez más rumbo al oeste.

—Pierce —dijo Rosie—. Tengo que irme.

*

Pierce, agigantado, fantasmal en el estudio minúsculo de Kraft, dio una media vuelta en la silla giratoria, como alguien sorprendido en falta.

—¿Ya?

—Tengo bocas que alimentar —dijo ella. Él la miraba fijo, aunque tal vez sin verla. Apoyada en el quicio de la puerta, abrazando un montón de papeles de Kraft, cartas de tiempos pasados para que Boney las examinara, Rosie se preguntó si sería una expresión como ésa la que ella tenía cuando le interrumpían de golpe en las lecturas con que se evadía. Ese aire ausente, desolado, ciego.

—¿De acuerdo?

—¿Cómo?

—Si estás cerca de un punto y aparte o algo así —dijo ella—. Pronto.

—Sí —dijo él—. Sí. —Y reanudó la lectura. Una pequeña pila de hojas a su izquierda, una grande a su derecha. Apoyó la barbilla en el hueco de la mano y suspiró.

—Ha dejado de llover —dijo Rosie.

Mientras Pierce leía, su antiguo profesor Frank Walker Barr, en Noate, de pie delante de su seminario para estudiantes del último curso de Historia de la Historia,

sin interrumpir su disertación, abría las ventanas del aula; porque la lluvia que había cesado en las Lejanas había cesado también aquí y el sol resplandecía.

—¿Qué es, entonces, lo que otorga sentido a los relatos históricos? —preguntó por última vez en el semestre—. ¿Cuál es la diferencia entre una historia y un mero recuento de hechos, nombres y acontecimientos? —Había cogido del rincón la larga vara de roble con un gancho de bronce en el extremo y ahora lo insertaba en las arandelas de bronce expresamente dispuestas en el marco de las ventanas para hacerlas bajar. Muchos recordaban a sus maestros de la escuela primaria ocupados en la misma operación en aulas pretéritas, y observaban a Barr con interés.

»Lo que podríamos hacer, para concluir —prosiguió Barr—, es tratar de imaginar cómo emerge el sentido en otros tipos de relatos o narraciones. —El gancho se insertó en el agujero de la última ventana que miraba al oeste—. A mí me parece que lo que otorga un sentido a los cuentos populares o a las leyendas (estamos pensando en algo así como *Nibelungen lied* o la *Mort d'Arthur*), no es tanto el desarrollo lógico como la repetición temática, las mismas ideas o acontecimientos, o incluso los mismos objetos, recurriendo, en distintas circunstancias; o diferentes objetos, en circunstancias similares.

La ventana que trataba de bajar volvió a abrirse, dando paso a una multitud de brisas que habían estado pujando por entrar.

—Un héroe se pone en camino —dijo Barr, sin volverse hacia sus alumnos, de frente al patio deslumbrante y al aire—. En busca de un tesoro, o para liberar a su amada, o para tomar posesión de un castillo o encontrar un jardín. Cada incidente, cada aventura que le sale al paso en su gesta, es el tesoro o la bienamada, el castillo o el jardín, repetidos en diferentes formas, como un juego de cajas chinas, cada una de ellas sin embargo igual de grande o no más pequeña que todas las demás. Las historias intercaladas que le hacen escuchar sólo le narran de otra manera su propia historia. Esta pauta continúa hasta que emerge una especie de certeza, una seguridad de que la historia ha sido relatada el suficiente número de veces como para que parezca al fin que ha sido realmente narrada. Y en los antiguos romances, a menudo la historia se interrumpe precisamente entonces o pasa a otros temas.

»Trama, desarrollo lógico, conclusiones preparadas por introducciones, o implícitas en las premisas de una historia, el desenlace lógico como vehículo del significado, todo cuanto es posterior, no necesariamente posterior en el tiempo, sino que pertenece a una especie posterior y más sofisticada de literatura. Hay ejemplos interesantes de obras intermedias, como *The Faerie Queene*, obras que postulan una trama titánica, una simetría de estructura casi matemática, y nunca la concluyen: no necesitan concluirla nunca, porque son en lo profundo obras de la antigua especie, y el modelo ya ha *emergido* en ellas a satisfacción, el sabor ya está allí.

»Ahora bien ¿tiene todo esto alguna utilidad para nosotros? ¿Es el sentido, en la historia, algo así como la solución de una ecuación, o un sabor repetido? ¿Ha de ser resuelto, o saboreado?

Giró hasta quedar de frente a ellos.

—¿Es todo esto una parábola? ¿No habré hecho yo otra cosa que repetir nuestro seminario, de distinta manera?

El aire del aula había sido desplazado ahora por las brisas saturadas de junio, cualquier cosa que fuesen, algo más pesado que el calor, el olor o el vapor. Era el último día de clase.

—¿No? —dijo, observando las caras apacibles, ya ausentes, y tampoco eso era de extrañar—. ¿Sí? ¿No? ¿Tal vez?

Nueve

Al alejarse de Turín hacia el oeste y el norte, los caminos se encaramaban en las montañas, trepando rápidamente en dirección a los pasos del Pequeño San Bernardo y el monte Cenis; y desde la Piazza del Castello se desovillaba, cuesta arriba, una interminable caravana de carretas, carretones, mulas y hombres, que transportaban correo, noticias, joyas y dinero en metálico (bien escondidos en las alforjas, o cosidos a los forros de los jubones de los mercaderes, no declarados en las posadas y aduanas), y artículos de lujo del comercio levantino y asiático, lo suficientemente valiosos para que el cruce de frontera resultara rentable: plumas de avestruz, drogas, sedas, orfebrería. Los proscritos, los fugitivos y los espías, los frailes y la gente del pueblo, cruzaban los Alpes a pie; los señores eran transportados en literas, protegidos por un séquito de rechinante soldadesca.

El camino elegido, rumbo a la alta Saboya, subía en exuberantes praderas consteladas de flores y se internaba por fin en una floresta de oscuros abetos; a la vera de ríos ahora turbulentos y peligrosos; entre amenazantes barrancos donde aún se hundía la nieve. Nieve: Giordano recogió un puñado y se lo llevó a los labios. Oyó que alguien decía que, por beber continuamente el agua del deshielo, los nativos de aquellas montañas —los hombres fornidos y retacones y las mujeres de largos brazos, cuyas cabañas se sostenían a duras penas en las puntas de los riscos, cuyas ovejas danzaban de escarpa en escarpa— contraían a menudo esa enfermedad repugnante, el bocio.

Giordano suponía que esas montañas debían de ser también la morada de las brujas, las brujas que con tan implacable ferocidad perseguían sus hermanos dominicos; las historias de los cazadores de brujas, de sus riesgos y sus triunfos, era la comidilla de los conventos dominicos. En el fondo de esas profundas quebradas, tal vez; en aquellas negras bocas de cavernas; en aquellas chozas, bajo esos techos cómicamente cubiertos de espesa nieve, un soplo del humo oscuro de sus chimeneas. Pensó que acaso debiera ir en su busca, y convivir con ellas. Levantar vientos, y volar. Un viento áspero y racheado se levantó en ese instante, y algunos copos de nieve revolotearon en él como si fueran ascuas.

Esa misma noche, en la fría celda para huéspedes que le asignaron en un hospicio dominico del Val Susa, permaneció despierto hasta casi el amanecer, entre Maitines y Prima, recordando Nola.

El Hermano Teófilo le había dicho que la Tierra no era plana como un plato, sino redonda como una naranja; parecía natural que Teófilo supiera esto, redondo como él mismo era. Giordano lo escuchaba; observaba cómo el fraile dibujaba, con la punta carbonizada de una vara, el círculo del mundo y los contornos de las tierras que había en él, un *mappamundi*, y con eso le bastaba. Teófilo no sabía que el mundo redondo que Giordano había concebido al instante, y al que había asentido cuando Teófilo lo dibujaba, era una esfera hueca, y contenía las tierras y las gentes, las montañas y los

ríos y el aire, del mismo modo que una naranja contiene su pulpa; a los ojos del niño, lo que Teófilo había dibujado no era otra cosa que la superficie exterior, moteada como un huevo de perdiz, la visión que Dios tenía. Dentro estaba la tierra que nosotros vemos. En la mitad inferior se extendían los campos y los viñedos, las montañas trepaban por las paredes curvas; el cielo era el interior de la cúpula, en el que estaban engarzados el sol y las estrellas.

Bruno reía, recordando; enlazó las manos por detrás de la cabeza.

Cuando Teófilo comprendió por fin qué clase de mundo había imaginado Giordano, comenzó la batalla. El mundo de Giordano era tan redondo como el de Teófilo, y parecía más lógico; era a su entender tan obvio, tan real, que tardó algún tiempo en darse cuenta de por qué se reía Teófilo, y por qué luego se sulfuraba; y cuando por fin lo comprendió, las dificultades le parecieron abrumadoras: ¿qué retenía dentro de la corteza la luz y el aire? ¿Cómo podíamos vivir nosotros suspendidos en la nada? ¿Por qué la gente de las antípodas no se caía y seguía cayendo eternamente? Era absurdo.

Entonces, un día glorioso, cuando comía una naranja entre los despojos invernales del jardín, dio vuelta —una sensación como de nudillos que crujen o de ojos que bizquean recorrió todo su ser—, dio vuelta al mundo, de dentro hacia fuera, como la corteza de la naranja que estaba mondando; y las montañas todas y los ríos, los viñedos y las alquerías y las iglesias, se dieron vuelta con él. El sol y las estrellas volaron a lo alto, para llenar la nada en que habitaba Dios. El mundo estaba fuera de sí mismo. El mundo era redondo.

Suavemente, a través del hospicio de Susa la grave campana resonó llamando a Prima.

Aquello, esa sensación del mundo volviéndose de dentro hacia fuera, como la corteza de una naranja, era lo que había experimentado aquel día, de pie bajo la lluvia, en Venecia, frente al tenderete del librero de la extraña sortija: eso era lo que le había hecho reír.

Si él ponía en movimiento el centro del universo ¿qué sucedía entonces con su circunferencia? Si volvía las esferas exteriores hacia dentro ¿qué sucedía con las esferas? En el centro del antiguo Universo había estado la Tierra, en el centro de la Tierra él, en su centro las esferas celestiales que él había construido dentro de él, en el centro de éstas...

Si daba vuelta de dentro hacia fuera al pequeño universo que había construido en su interior ¿qué sucedería entonces con el que estaba fuera de él?

Oyó las sandalias del postulante, cuya tarea consistía en despertar a los monjes para la oración. Las sandalias se aproximaron a su celda, el postulante llamó a su puerta y siguió camino, golpeando en cada puerta: *Oremus, fratres*.

Todavía nevaba en el aire primaveral cuando la caravana a la que Giordano se había incorporado reanudó su ascenso a través de Novalese, hasta el monte Genis. Los viajeros que descendían de la cumbre se deslizaban en trineos, un fornido *marron*

tirando adelante con una correa en bandolera, y otro atrás con un bastón alpino para timonear; por el resbaladizo sendero volaban los trineos, los *marrones* estoicos, los extranjeros envueltos en pieles con los ojos dilatados de terror. Durante todo el día la nieve siguió desmadejándose desde las cumbres; los carretones, empantanados, empezaban a obstruir la senda, las pequeñas mulas tercas hundidas en la nieve hasta las corvas. Giordano, aterrorizado y exultante, sentía diluirse en ella sus sentidos.

La caravana hizo por fin un alto en una aldea de carreteros a corta distancia del Paso. Expertamente, los aldeanos hicieron sitio entre ellos para todos los viajeros, cada recoveco podía alojar a un durmiente; los animales fueron encerrados en los establos y los carretones cubiertos con lonas. Giordano pagó un alto precio por un tazón de leche, pan y una parcela de jergón relleno de crujientes hojas de haya, no lejos de donde ardía el fuego.

Era noche aún, cuando despertó en medio de los roncadores. La posada era una cueva sin luz. Giordano salió con dificultad de la pila en la que estaba escondido, y recogió de un tirón una manta de pieles; la envolvió alrededor de su cuerpo por encima de su hábito de monje y —esquivando, contorneando y a veces pisando a perros y niños que dormían en el suelo— encontró una puerta para salir.

El aire era prodigioso, tan sereno como si fuera un puro cristal, corrosivo en su nariz y su garganta. La tormenta había pasado y el cielo estaba claro, más claro de lo que él había imaginado que pudiera estar: era como estar levitando en las alturas, lejos de la tierra, y dentro de la esfera del aire mismo. Su aliento cálido flotaba delante de su rostro en una nubécula. Se ciñó al cuerpo la sotana y dos pieles, y salió al patio; sus pies envueltos en harapos dejaban tras de él agujeros negros como charcas en la nieve a la luz de las estrellas.

Pero si Copérnico tenía razón ¿había en verdad una esfera de aire flotando por encima de la Tierra? La antigua Tierra de Aristóteles, negra, espesa y degradada, amontonada en el fondo de la creación dentro de esferas más puras de agua, aire, fuego. Todo cuanto era más ligero —chispas, almas— se elevaba. Pero Copérnico decía que la Tierra misma se elevaba, más ligera que el aire, y salía a navegar, entonces, ¿hacia qué lado es arriba?

El corazón no le cabía en el pecho. En el cielo sin luna, las estrellas y los planetas miraban hacia abajo, o desviaban la mirada, y brillaban. Brillaban. Ahí estaba la gran silla de Casiopea. La Lira. El Dragón. La Osa, de pie sobre su cola, mirando hacia la estrella Boreal alrededor de la cual giraban los cielos. Sólo que no giraban. La octava esfera de estrellas sólo parecía girar porque la tierra daba una vuelta entera una vez al día girando sobre su dedo gordo como un *arlecchino*.

Tal vez no hubiera una octava esfera.

Con un sonido de no-ser, una especie de inspiración profunda que reverberó en un tintineo de cristales, la octava esfera dejó de existir. Las estrellas, liberadas, se alejaron veloces de la tierra, y unas de otras; las más pequeñas (que se alejaban más veloces aún) tal vez no fueran más pequeñas: sólo estarían más distantes. ¡Sí! Y acaso

habría —¡tenía que haber!— otras demasiado lejanas para que se las pudiera siquiera divisar.

Su corazón, henchido de la fría luz de las estrellas, parecía a punto de estallar. La Vía Láctea, ese polvo que parecía de nieve, podía no ser más que otras estrellas, demasiado lejanas para que el ojo pudiera distinguir una de otra, así como la bruma azul de un viñedo lejano, no es sino la totalidad de los henchidos pámpanos de la uva vistos a la vez a la distancia. Pero ¿a qué distancia?

¿Qué podía demarcar el límite? ¿Qué razón podía haber para que no fueran infinitas?

Infinitas, decía Lucrecio, quien no pudo imaginar ninguna razón. Un círculo decía El Cusano: un círculo cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna.

No. El Cusano sólo había dicho eso respecto de Dios. Era él, Giordano Bruno, quien lo decía ahora de la creación de Dios, la sombra de Dios que era el Universo. Porque si las estrellas no eran infinitas, Dios no era Dios.

Para él, la mirada vuelta hacía lo alto, no sólo era claro, tan claro como el aire de la noche; era obvio, como si lo hubiese sabido siempre, y nunca lo hubiera expresado en voz alta. Infinito. Sentía que esa infinitud llamaba a las puertas de su corazón y de sus ojos, y que otra infinitud le respondía dentro de él, porque si el universo exterior era infinito, también debía de serlo el alojado en su interior. Infinito. Movié los pies helados en la nieve, y regresó al hostel. Los pequeños pónes coceaban en sus corrales, resoplando nubes blancas, las hirsutas melenas empolvadas de escarcha. En las ventanas del hostel titilaban las bujías, y un humo sarroso salpicado de chispas se elevaba desde la chimenea; alguien se reía en el interior. Despertaos.

El paso de montaña no quedaba lejos de la aldea. El cielo apenas empezaba a palidecer, las estrellas más tenues, o las más lejanas, habían desaparecido ya cuando la caravana comenzó a ascender, bamboleándose por el sendero que conducía a la cima. Las inmensas manchas de oscuridad sin estrellas a ambos lados del camino no eran cielo, sino las montañas, que se perfilaban, repentinamente claras como si despertaran de un sueño y se levantaran. Entre ellas, en el azul, se encendieron los luceros del alba. Mercurio. Venus. Empapado hasta las rodillas de nieve derretida, Giordano trepaba hacia ellas.

También la Tierra era una estrella como lo eran ellas, y los seres brillantes que las habitaban, no era una piedra lo que veían al mirarla sino otra estrella como ellas, rutilante a la luz del sol. Giordano las saludó: Hermano. Hermana. Un canturreo extraño, insonoro, parecía llenar sus oídos y todo su ser, como si el alba misma quisiera despuntar con una música continua, irreversible. La estrella que Bruno tripulaba derivaba sin ton ni son en dirección al sol, con todos a bordo, los imperturbables carreteros enanos, las sillas, los animales y hombres; Bruno reía, reía del impulso que había sentido de dejarse caer y aferrarse con manos y rodillas a la esfera, surcando el firmamento como una exhalación.

Infinitas.

Te haces igual a las estrellas si sabes que tu madre Tierra también es una estrella; te elevas a través de las esferas, no abandonando la tierra, sino navegándola: sabiendo que ella navega.

En las blancas y erguidas cabezas de los picos brillaba el sol, pero la nieve del Paso todavía era azul. A Giordano le habían enseñado que en las montañas más altas el aire es eternamente sereno, pero aquí los vientos del amanecer zarandeaban los pliegues de sus túnicas, y desde las cimas rutilantes, celajes de nieve flameaban lentamente, como banderas. Cada pico tenía su nombre, y el jadeante carretero que trepaba al lado de Giordano los nombraba, señalándolos. Ellos también navegaban.

Fuera de la vista del amanecer, la caravana se deslizaba y tambaleaba a través de la rugiente garganta del Paso y cruzándose con una multitud que avanzaba en sentido contrario, a empujones como en un callejón de ciudad. Luego desembocaron en un pedriscal, un sendero en brusca pendiente. Habían cruzado la cordillera. El cielo era inmenso y azul, pero las lejanas comarcas que Bruno contemplaba se veían aún dormidas y serenas, montañas replegadas una sobre otra, el resto de sus vidas. El sendero que conducía a ellas —el corazón le subió a la boca al discernirlo— atravesaba las laderas de las montañas zigzagueando como un látigo; allá abajo, lejos, muy lejos, se divisaban los recodos que aún tendrían que sortear, y los viajeros que ascendían penosamente. A lo largo de la uña del sendero de plata que bordeaba el precipicio, un pastor hacía pasar en fila sus ovejas una por una.

La Tierra giró, viró como un trirreme, de proa hacia el este; y el sol salió, centella gigantesca, Dios visible. Bruno, paralizado de estupor, con aquel canturreo en sus oídos, el corazón en la garganta, sintió su sonrisa sobre su mejilla.

Hermes decía: hazte igual a Dios. Y Bruno sentía también su sonrisa, como la del Sol. Hazte igual a Dios: infinito. Y Bruno había sido infinito mientras leía aún esas palabras y anhelaba comprenderlas.

La tierra ofrendaba sus valles al sol. Los viajeros, con sus bártulos a cuestas, las mejillas encendidas, riendo de alivio y aprensión, iniciaron el descenso.

Había amanecido.

A la mañana siguiente, Bruno llegó al monasterio dominico de Chambery, en Francia: era el Hermano Teófilo cazador de brujas de Nápoles. Mientras se presentaba al sorprendido prior, en el jardín del convento, bañado por el sol, la Tierra se inclinó bruscamente hacia el norte, y las piedras del suelo se elevaron hasta encontrar su mirada anochecida. Se despertó en la enfermería, donde pasó la Semana Santa con el ojo cubierto por un esparadrapo, la cabeza y el corazón vacíos, silencioso y fatigado como si él con sus propias manos hubiera movido el sol. No podía tomar más alimento que caldo y la Hostia; dormía mucho y cuando dormía soñaba con *Ægypto*.

Ellos *estaban* regresando, tal como él los había visto regresar: estaban regresando ahora. El nuevo sol de Copérnico era la señal de ese retorno; quizá Copérnico no lo

supiera, pero Giordano Bruno lo sabía y ahora lo pregonaría como un gallo gritón en el mundo entero. Ha amanecido.

Una vez reanudado su camino, Bruno ya rara vez dejaría de viajar: pero incluso cuando transitaba por las antiguas sendas y las altas carreteras de Europa, también caminaba por Ægypto, entre sus templos pintados, al centelleo de sus arenas, bajo la oscuridad azul de sus cielos. Durmiendo y soñando, trabajando y amando, avanzaba hacia una ciudad edificada al este o al oeste de Ægypto, en la región del sol naciente o del poniente, una ciudad cuyo nombre él conocía.

Aquellos que por doquier lo amparaban —en París, en Wittemberg, en Praga— aquellos *giordanisti* que lo protegían, lo vestían o imprimían sus libros; aquellos que le conseguían entrevistas con los grandes; que lo alimentaban; que lo escondían: parecían a menudo, además, reconocerlo, o recordarlo de algún otro tiempo o lugar, o haberlo conocido alguna vez y luego olvidado, u olvidado que era él quien volvería y no otro: *Oh sí ya sé* (tendiéndole lentamente las manos, sus ojos indagándolo). *Sí ahora os reconozco sí sí adelante adelante.*

Dejó la casa de Chambéry y tan pronto como se repuso, hastiado hasta la locura de la pingosa estupidez de los monjes, lo interminable de sus charlas como rezos y de sus rezos como chácharas. En 1579 llegó a Ginebra. Allí obtuvo la protección de un noble napolitano, el Márchese de Vico, quien le rogó que por amor de Dios se quitara esos hábitos blanquinegros, y le compró ropas nuevas; pero Bruno desdeñó con una chanza el calvinismo del Márchese, en aras del cual éste había renunciado a todos sus bienes. Se inscribió en la Universidad bajo el nombre de Filippus, y allí empezó a leer a los Reformistas con una mezcla de diversión y desdén. Qué pobreza. En un aula repleta de autómatas que hacían tic tac, relojes planetarios, máquinas lunares, escuchó a un individuo escuálido como una marioneta disertar acerca de cómo intentaba construir una máquina, un autómata que en su geometría reprodujera tan exactamente el funcionamiento del universo que, cuando algo aconteciera en éste, un fenómeno idéntico se produciría en el modelo, aunque se manifestara de forma diferente: otro universo, en realidad, sólo que más pequeño, como la imagen en un espejo.

Pero Giordano sabía que esa máquina, ese modelo, ya existía: el nombre de esa máquina era Hombre.

Los ginebrinos no simpatizaban con él, ni él con ellos. El Márchese intercedió en su favor cuando por insultar al afamado teólogo Antoine de la Faye tuvo que comparecer ante el Consistorio Teológico, hombres vestidos de negro, cortos de entendederas; no fue procesado, pero sí expulsado de la ciudad, bajó por el Ródano. Basta ya de la Ciudad de Calvino.

Lyon era una plaza importante en el comercio de libros, pero allí él no podía ganarse la vida, un viento frío parecía estar soplando a través del mundo del saber; o en todo caso, eso sentía Giordano. Puso pies en polvorosa. En Toulouse tuvo mejor suerte; fue admitido en la Universidad (gracias a la ayuda de buenos consejeros, y

dispuesto, sólo momentáneamente, a decir y hacer lo que le aconsejaran) y durante un año y medio enseñó filosofía y la Esfera.

En los meses apacibles que pasó en el Languedoc empezó a modelar, en forma de dioses y diosas, lo que aprendiera hasta entonces; no sólo los grandes dioses planetarios y sus *horoscopi*, sino también dioses menores, Pan y Vertumnio y Jano y ese otro que se tambalea ebrio sobre su asno, Sileno. En esos dioses menores, silenciosos y pálidos, cuando los alineaba en su interior como antiguas estatuas a lo largo de una vía de Roma, practicaría la magia aegypciana, los nutriría de sus propias riquezas, pondría rubor en sus mejillas y los haría hablar. ¿No había dicho Hermes, acaso, que había dioses, una multitud de dioses distribuidos a través de todas las cosas que existen? De ser así, también tendrían que estar distribuidos en el interior de su propio universo sombra, los pequeños dioses del infinito devenir.

Toulouse era una ciudad hugonota y ese año los ejércitos de la Liga Católica avanzaban hacia sus murallas; había tumultos en las calles y vandalismo en la Universidad, Bruno siguió de largo.

En 1582 estaba en París, la ciudad más grande de Europa, pero no tan grande como para que no cupiera dentro de los muros de su ciudad interior. Disertó en la Universidad, polemizando con pedantes, aristotélicos, discípulos de Petrus Ramus; publicó por fin su enorme libro, un Arte de la Memoria que, a quienquiera que se atreviese a escudriñarlo se revelaría como una obra de *magia* implacable y terriblemente poderosa: le dio incluso un título tomado de un libro de Salomón que él había ocultado tiempo atrás en la letrina: *De umbris idearum*. De las Sombras de las Ideas.

Ahora su universo giraba como el otro universo, el exterior a in el mismo universo. Así, si él decidía que algo aconteciera mundo interior, entonces... Bruno reía, reía, no podía parar de reír: ¿acaso no había desplazado al sol de su esfera? No había nada imaginable que él no pudiera hacer si se lo proponía.

El rey oyó hablar de él y lo invitó al Louvre y abrió intrigado el libro de Bruno sobre sus rodillas; fue agasajado con una copa de vino con la Reina Madre, y la Reina Madre lo reunió con su astrólogo y hechicero, cuyo nombre era Notre Dame o Nostradamus. Bruno pensó que el hombre era un farsante, y un imbécil, pero le preguntó: ¿En qué país serán sepultados mis huesos? Y la respuesta de Nostradamus fue: en ningún país.

En ningún país era una buena respuesta. Tal vez él seguiría derivando hacia afuera, eternamente, timoneando la tierra como si fuera un navío, no moriría nunca.

Al final de la primavera de 1583, como parte del séquito del nuevo embajador de Francia en Inglaterra, Bruno se hizo a la mar desde Calais, con sus libros y sus sistemas, y su saber; con una faltriquera repleta de *louis d'or*; con una misión del rey grabada en su infinita memoria. El embajador inglés en París le escribió a Walsingham: *El doctor Jordano Bruno Nolano, profesor de filosofía, cuya religión yo no puedo encomiar, tiene la intención de pasar a Inglaterra. Pero ¿qué religión era la*

suya?

El navío izó velas, Bruno subió a cubierta, el contra maestre silbó, soltaron las amarras. Por primera vez Bruno perdió de vista la tierra, y con ella sintió que algo se desprendía de él, algo que nunca más volvería a encontrar. Dondequiera que fuese desde aquí, ya nunca más habría de volver. Eolo cantaba en las jarcias, una espuma helada le salpicaba el rostro. La tripulación trepó a los mástiles, el capitán se durmió en su cabina, con el vientre hinchado y a barlovento, como las velas de su embarcación, el pequeño navío surcaba penosamente los mares despiadados, cargado de animales, personas y mercancías, un guacamayo mejicano rojo blasfemaba, furioso, en la escotilla del castillo de proa.

—Y un fuego encendido en los penoles —dijo el señor Talbot—. Un fuego de San Telmo, una llama a la derecha, una a la izquierda. Castor y Pólux, los Gemelos.

—*Spes próxima* —dijo el doctor Dee.

El ángel que les mostraba este navío en el interior de la bola de cristal (era una niña risueña y voluble, y se llamaba Madimi) hizo que el vidente inclinara la cabeza, acercándola al cristal y al navío y al hombre aferrado con fuerza a la proa.

—Él —dijo el señor Talbot.

—Él, sí —dijo el ángel—. *Aquel de quien os he hablado.*

—¿No puede hablar más claro? —dijo el doctor Dee—. Preguntadle.

—*Aquel de quien os he hablado* —dijo el ángel Madimi—. *El Jonás que el pez escupió, el tizón que será arrancado de la hoguera, la piedra rechazada por los constructores, y que será la piedra angular de la casa, la última casa que ha quedado en pie. Nuestro adorp, nuestro dragón volando en el oeste, nuestro Mercurio filosófico. Nuestro Grial de la quintaesencia, nuestra sal cranii humani, porque si la sal ha perdido su sabor ¿dónde y con quesera salada? Nuestra bella rosa. Nuestro Bruin invernando en su madriguera. Nuestro señor Jordán Brozan cuya religión yo no puedo encomiar. Ha robado él fuego de los cielos y hay esferas donde no es querido. Y ahora viene a esta casa, aunque él no lo sabe; él no habrá de volver por donde ha venido; y ya nada volverá a ser nunca como antes era.*

Diez

La única manera de aquilatar la experiencia del festival semianual auspiciado por la Sociedad Aerostática de las Lejanas, y que se celebra en la Cabaña Skytop, en las alturas del monte Merrow, es estar en pie antes del alba y llegar a la pista de despegue lo bastante temprano para poder presenciar las primeras ascensiones, puesto que la levitación de esas naves más ligeras que el aire, improbable en el mejor de los casos, es más posible al amanecer y al crepúsculo, cuando la atmósfera está todavía fresca y en calma.

Así pues, tiritando en el frío de la madrugada, Pierce Moffett, sentado en los escalones de su portal, esperaba que se encendieran las luces en la casa de enfrente y que saliera Beau Brachman, más o menos dispuesto para esta aventura, pero pensando en la caja gris con las hojas de papel amarillo que dejara sobre el escritorio de Fellowes Kraft, en Stonykill, a varias millas de distancia. Y que parecía irradiar en su mente un fulgor velado, como un sol embozado.

Quizá por haber leído tan poca literatura de ficción en los últimos años, nada sino aquello que describía —o al menos pretendía describir— la realidad, sentía ahora en su pecho esa tibieza misteriosa, esa complacencia en alguna región profunda de su ser que durante largo tiempo no había conocido satisfacción alguna; esa visión del contenido del libro como de montañas al amanecer perdiéndose cadena tras cadena en una pálida lejanía, todas nuevas, todas distintas, todas por explorar y sin embargo a la vez ya conocidas. Y sin embargo, qué idea tan simple, qué metáfora; de todas, sí, la más reveladora: que alguna vez, en algún tiempo, el mundo fuera realmente diferente, diferente de como es ahora.

Y Bruno, el precursor, el mensajero del futuro, convencido de que la era por venir traería consigo más magia, no menos como aquellos que ahora, en la época del propio Pierce, proclamaban el advenimiento de la nueva era.

Bruno, mejilla en mano, sentado a la mesa de John Dee, dibujando con un trozo de tiza los círculos del universo porvenir, la revolución de los orbes celestiales. Antaño no era así, pero ahora lo es. Y de ahora en adelante así habrá de ser.

Dee, sin embargo. Dee, prevenido por sus ángeles, ellos mismos destinados a perecer, no se deja engañar, él depondrá la varita mágica y su globo (vacío), suponía Pierce, como Próspero ahogará sus libros. Ahora, todo ha terminado.

Un inmenso temblor, pero ¿por qué?, lo sacudió y lo hizo sonreír.

¿Y si fuera verdad?

El inmenso cuerpo del tiempo se despierta de tanto en tanto de su sueño, mueve sus pesados miembros, los dispone de otra manera, gruñe, y vuelve a dormirse. Hum. Y después nada es nunca más como ha sido.

Recordó cómo, cierta vez, en St. Guinefort, mientras mataba el tiempo en la sala de lectura con un volumen de la Enciclopedia Católica, se había topado, por casualidad, con una opinión condenada de Orígenes, que este mundo que nosotros

conocemos, en el que Adán pecó, el que Cristo había venido a redimir y al que Él en la Gloria de la batalla final retornará —a este mundo, una vez que sea enrollado como un pergamino, le sucederá otro en el cual nada de todo esto volverá a acontecer; y a ese mundo, llegado a su fin, le seguirá otro; y así hasta el infinito— y Pierce al leer eso, había experimentado por un momento la más pura sensación de alivio, una bocanada de algo semejante a la libertad, ante la idea de que en verdad pudiera ser así...

Que real, literal, verdaderamente pudiera ser así. Se rió. La más grande de todas las historias secretas, la que contenía y explicaba todas las historias secretas existentes, y explicaba, además, por qué eran secretas. Lió un cigarrillo y lo encendió, áspero al paladar en ayunas al amanecer; y vislumbró un corolario.

Si entonces había sido uno de esos momentos, ahora tenía que ser otro. Sí. Y para que él pudiera sustentar esa idea, el mundo tenía que estar precisamente ahora otra vez en un momento de transformación porque es únicamente en esos momentos de cambio —cuando no sólo aparecen a la vista todos los futuros posibles sino también todos los posibles pasados—, cuando los momentos de cambio anteriores se hacen visibles, y el tiempo despierta y se frota los ojos: *Oh, ya veo, ya recuerdo*. ¿No era eso lo que en realidad estaba diciéndole, o más bien sugiriéndole Kraft a su lector? Entonces fue un momento, ahora es otro.

Ahora, la década blanca acaba de pasar; los chicos en la búsqueda, los días en que un mundo cerrado como el de Dante se había abierto y la Tierra inmóvil había echado a andar, rotando sobre su eje y girando en su órbita; y Pierce se había encontrado en una repentina encrucijada, cuando la noche palidece y los vientos del alba se levantan. Y este libro de Kraft gestándose, página amarilla por página amarilla, un libro que en nada se parecía a cuantos había escrito hasta entonces.

Pierce recordó a Julie sentada en la cama de su antiguo apartamento, el narguile en el suelo a sus pies, pintándose estrellas en las uñas: *Tiene muchísimo sentido*.

Ahora el cielo estaba claro, y en la fachada de la casa de Beau, en la acera de enfrente, se habían encendido unos recuadros de amarilla luz artificial. Un perro ladró. La puerta enrejada de Beau se cerró con un golpe y Pierce se levantó de su asiento glacial. Y si fuera *así*.

Julie no se caería de espaldas, no quedaría estupefacta, si él le dijera que el libro que estaba escribiendo para ella iba a proclamar que *era así*. El libro de Kraft era, al fin y al cabo, sólo una novela, una metáfora; pero qué pasaría si el suyo pudiera, en verdad, aducir pruebas de que era así. Dios. Un mundo más perdido que la Atlántida, vislumbrado de nuevo bajo las aguas del mar, reencontrado, sus tesoros descritos. Su fortuna asegurada y también la de Julie.

Rió de nuevo a carcajadas. Basta por ahora, se aconsejó; sé cauto. Aún se reía quedamente cuando entró en el patio de Beau y sus vecinas, intrigadas, le sonrieron.

—Hola, hola —dijo, y se dispuso a ayudar a acomodar cestas de *picnic* y niños en el coche de Beau, un amplio Python abollado que no siempre funcionaba.

—¿Listo? ¿Listo? —le dijo uno de los chicos, terriblemente excitado.

—Listo —dijo Pierce subiendo al automóvil. Le parecía curioso que mientras él había estado fuera del mundo de los viajes en automóvil, la naturaleza de los carricoches hubiese cambiado. Este no era un Nash achacoso como el de Sam, ni un viejo De Soto veloz; este Python era uno de esos automóviles de línea estilizada semejantes a depredadores de... bueno, del pasado reciente; un coche del nuevo tipo de coches, y sin embargo no, ya era viejo, una chatarra, tenía ese olor a aceite quemado y a tapicería mohosa, y hasta la manta escocesa en el asiento de atrás. Curioso.

Frente a la Cueva de las Roscas, a la luz amarillenta de las farolas, había dos o tres camionetas aparcadas, pero por lo demás el pueblo, en silencio, parecía extrañamente insustancial, la mañana y el río en torno de él, tan llenos de vida, tan reales y fragantes. Salieron por la carretera del río Sombra e iniciaron el ascenso; y hasta el niño sobreexcitado, sentado en las rodillas de Pierce, se sosegó ante la blanca exhalación del río y los pinos fantasmales y el viento húmedo que penetraba en el automóvil.

Pero si fuera así, seguía pensando Pierce, o tal vez sólo diciéndolo en su corazón, *si fuera así: que el mundo pudiera ser, que haya sido en otros tiempos distinto de como es* y cuanto más lo pensaba o lo sentía, más claro veía —sin ninguna sorpresa— que desde hacía mucho tiempo él había supuesto que era así. Siempre: sí, él nunca había creído, en verdad, que la Historia rebosara detrás de él, en ese mismo río de tiempo en que flotaba él, que todas aquellas gentes y lugares y cosas, coloreadas como los nueve dígitos, existieron en verdad, alguna vez en el mundo en que él vivía su propia existencia, donde el agua corría y maduraban las manzanas. Nunca. Fuera lo que fuese lo que se contara a sí mismo, o a sus alumnos o a sus maestros, lo que en realidad buscaba en aquellos fragmentos de tiempo pasado que recogía y estudiaba con tanta diligencia y cuidado era la confirmación de esa certeza que ansiaba descubrir: que las cosas no están obligadas a ser como son.

El último deseo: el único deseo, en realidad. Que las cosas pudieran ser, no como son, sino de otra manera. No mejores, o no mejores en todos los sentidos; un poco más generosas, quizá, más llenas de esto y aquello, pero en lo esencial sólo diferentes. Nuevas. Que yo, Pierce Moffett, pueda saber que alguna vez el mundo había sido como fue y que ya no es así; que yo pueda saber que fue rehecho alguna vez y por tanto pueda serlo una vez más, todo nuevo, todo distinto. Entonces, tal vez, mi corazón se liberaría al fin del peso de esta angustia.

—Oh, mirad —dijo la mujer que iba en el asiento del acompañante—. Oh mirad. Allá va uno.

La niebla se había disipado y el cielo aparecía límpido; el globo levitaba suspendido, en el aire, no lejos de allí, donde no había estado antes, insolente en su improbabilidad: un globo azul inverosímil con una franja anaranjada, una estrella blanca y una barquilla de mimbre llena de gente. El Python viró bruscamente en un

recodo, y todas las cabezas dentro de él, excepto la del conductor, se volvieron para mirar el globo, que parecía mirarlos a su vez desde su altura como una divinidad. *Deus ex machina*.

Una llamarada brotó en él, con un ruido que sonó como el largo suspiro de un dragón, y el globo se elevó suavemente en el cielo cada vez más claro. Había amanecido.

La granja Skytop había sido, en un tiempo, una verdadera granja; después, durante algunos años, fue una colonia de vacaciones, y hoy en día es un coto privado. El pabellón principal abre ahora sólo de tanto en tanto, para una comida después de una partida de caza, un festival aerostático. Está situado en lo alto de una larga manta de prados multicolores que se extiende hasta las estribaciones del monte Merrow, y abarca un amplio círculo panorámico de las Lejanas.

Cuando llegó la tropilla de Jambas, el aparcamiento estaba colmado, y Beau tuvo que dejar el Python lejos del campo de vuelo. Cruzando el parque, Pierce reparó en la presencia del camión de Spofford y de un pequeño Asp rojo que se parecía muchísimo al coche con el que había visto forcejear a Mike Mucho y su ex esposa.

—Unas cuantas personas conocidas por aquí —le dijo a Beau.

—Oh, claro —dijo Beau—. Claro que sí.

Una mañana bochornosa sucedía ahora al frío amanecer. Los aeronautas —que habían pernoctado allí en riendas de campaña y casas rodantes, o albergados dentro de los remolques de sus aeróstatos— ya estaban en pie y en plena actividad tomando café en los puestos ambulantes, levantando la cremallera de sus monos, controlando sus equipos. Algunos ya habían despegado, otros globos empezaban a brotar de la gramilla, tumescentes y en lenta erección. Todo un campo de globos aerostáticos en levitación hacía que uno se sintiera cómicamente ingrávigo, más ligero que el aire, capaz de levitar, y el niño que tironeaba de la mano de Pierce saltaba ahora tratando de imitarlos. Pierce también se rió, no pudo evitarlo, cuando de pronto otro se levantó del suelo, la tierra, no súbita sino serenamente, y trotó por el aire a través del prado.

—Me imaginé que estarías aquí —dijo alguien a su lado mientras él, boquiabierto, contemplaba el globo.

—Spofford —dijo Pierce—. Vi tu camión. Eh. ¿Dónde has estado?

—Por ahí —dijo Spofford apaciblemente.

—Bueno, caramba —dijo Pierce—, caramba. Hubieras podido ir a visitarme.

—Bueno. Lo mismo digo. Por lo general estoy arriba, en casa.

—Te olvidas de que no sé conducir —dijo Pierce.

—Ah, de veras —dijo Spofford, mirándolo con una sonrisa más amplia aún, como si todavía disfrutara de una jugarreta que le hubiese hecho a Pierce algún tiempo atrás. Le tendió un libro que llevaba escondido detrás de la espalda—. Te he traído esto —dijo—. Por si te encontraba aquí. Lo dejaste el año pasado.

Era las *Soledades* de Góngora, los rebuscados poemas bucólicos que Pierce nunca había rescatado de la cabaña de Spofford. Tomó el libro; una fecunda cadena de

momentos pretéritos se forjó dentro de él eslabón por eslabón, y recordó cómo y por qué estaba ahora aquí.

—Gracias —dijo.

—Les eché una ojeada —dijo Spofford—. Interesante, pero abstrusos.

—Bueno —dijo Pierce—. No son para leer; quiero decir, quiero decir...

—Uno de esos pastores había sido soldado —prosiguió Spofford.

—¿Sí?

Spofford volvió a coger el libro y lo abrió.

Cuando el que ves sayal fue limpio acero.

—¿Lo he entendido bien?

—Supongo.

—Combatió una vez en una batalla, en esa misma montaña por la que ahora guía al náufrago, ¿no? Una vez, mucho tiempo antes. Mira:

Yacen ahora, y sus desnudas piedras

visten piadosas yedras;

que a ruinas y a estragos

sabe el tiempo hacer verdes halagos.

Devolvió el libro.

—Interesante —dijo. Sus ojos se entrecerraron contra la luz del sol, la mirada perdida mas allá de las Lejanas—. Recuerdo lo rápido que reapareció la jungla.

—Hum. —Pierce se puso el libro bajo el brazo un poco avergonzado, avergonzado de que su antiguo alumno pudiera encontrar verdadera sustancia en la palabra escrita, por mucho que el autor hubiera preferido que no se la buscara.

Avanzaron juntos a través del gentío apiñado en los contornos del campo, donde casi todos los globos estaban ya inflados y dispuestos, una heráldica de losanges, burelas, chevrones y escudos de colores estridentes, como pabellones de caballeros apostados en el campo del torneo, enorme sin embargo, estandarte, jinete y cabalgadura todo en uno.

—Es curioso —dijo Pierce. Retribuyó, agitando la mano, el saludo de un hombre moreno, de pantalón corto; un abogado, pensó, a quien había conocido jugando al cróquet—. Al principio, cuando vine a vivir aquí, temí que no hubiera muchas personas para conocer. Supuse que haría frecuentes viajes a la ciudad para, para...

—Ir de juerga.

—Para distraerme. Y sin embargo no lo he hecho. Y ahora que estoy conociendo gente, veo que en realidad hay montones. Y gente buena además. Interesante. Cada día conozco más. Me sorprende.

—Sí. —Spofford levantó su mano morena y la agitó saludando a alguien.

—Y mira ahora —dijo Pierce—, este campo se está llenando de personas que ya

he conocido o que por lo menos he visto. Las mismas. Creo que ya me han presentado a una quinta parte, y a muchos otros los conozco de vista.

—Uhu.

—Pronto se me acabarán. No son infinitos como en la ciudad; pronto los habré conocido a todos.

—Ja —dijo Spofford—. Espera hasta que te hayas casado con una o dos, y hayas tenido hijos con otra, y que la madre de tus hijos sea la amante del antiguo marido de tu ex esposa. Etc. *Entonces* habrás acabado con ellos y será hora de que te vayas con la música a otra parte.

—¿Sí?

—Bueno, es que no te quedará mucho margen para maniobrar —dijo Spofford—. Ellos creen saberlo todo de ti, y lo que ellos han decidido que eres, eso tendrás que ser. Pueblo chico ¿sabes?

Pierce creía saberlo. El pueblo en el que había crecido era, en muchos aspectos, mucho más pequeño que cualquiera de los de esta región, más pequeño por estar más alejado, en tiempo y espacio, de la Posibilidad. Allá el carácter era destino: el borracho del pueblo, el implacable dueño de la mina y su hijo degenerado, el predicador hipócrita y el médico bondadoso. Y las simples fábulas morales representadas una y otra vez por este escueto elenco, como una película. De exhibición continua.

Esta mañana, sin embargo, aquí en las Lejanas, no le parecía que esa especie de determinismo de pueblo chico pudiera tener una incidencia tan negativa, tan desafortunada. Claro que él había escapado de allí lo antes posible y se había lanzado al ancho mundo en busca de espacio para crecer y aire para respirar; y sin embargo en la ciudad no había hecho más que languidecer, no había crecido sino que se había encogido hasta caer, con el tiempo, en una extraña forma de invisibilidad. Casi ninguna de las personas que conociera allí, conocía a ninguna otra que él hubiera conocido, y de este modo, a cada nueva relación, Pierce podía presentar una personalidad distinta y parcial, un carácter *ad hoc* especialmente adaptado a las circunstancias (bar, librería, Brooklyn), pero demasiado frágil como para soportar a más de una sola persona por vez, o dos a lo sumo. Una cierta libertad, esa cambiante vida de *dandy*, pero una libertad inconsistente, insustancial.

Ahora, las cosas serían diferentes. Durante mucho tiempo había vivido en solitario, como una bola de billar, pese a las carambolas de eso que llaman amor; pero tal vez ahora pudiera empezar entablar vínculos reales. Tal vez. De qué naturaleza, no podía saberlo: porque no dependería de él. Quienquiera que él llegara a ser, con el correr del tiempo, a los ojos de estas gentes, cualquiera que fuese el *exemplum* que la comedia comunal requiriese de él, y él pudiera encarnar de manera plausible, ellos participarían en la decisión.

Un papel que representar. De acuerdo. Muy bien.

—Allí —le dijo a Spofford—, por ejemplo, de pie junto a la cesta de ese globo,

está Mike Mucho.

Spofford miró en esa dirección.

—Es cierto. Bueno, en realidad no me lo han presentado, pero lo conozco, sé quién es. —Y alguien con quien Pierce ya había tenido encuentros, en más de un sentido. Q.E.D. Una tibieza misteriosamente fraternal le subió al pecho—. Y allí con él está su esposa, Rosie.

La cabeza de Spofford giró bruscamente hacia el globo negro y acto seguido de nuevo hacia Pierce.

—No, no es ella.

—¿No?

—No.

—Entonces debe de ser la otra —dijo Pierce—. Pero se parece muchísimo a su esposa.

—No. Para nada —dijo Spofford.

Bueno, ella estaba lejos y además había que hacer concesiones, pensó Pierce, a los ojos del amor. A los suyos, se parecía muchísimo a Rosie Mucho.

—Se llama Ryder, Rose Ryder —dijo Spofford.

¿Ryder también era Rose? Un nombre popular en estos contornos; con ésta eran tres que conocía. Las rosas florecían en abundancia en este suelo.

—Ella y yo —dijo Spofford— tuvimos un asuntito hace bastante tiempo, hace mucho tiempo. Y mira ahora.

Mike ayudaba a Rose Ryder a subir a la barquilla.

—¿Te das cuenta de lo que quiero decir? —dijo Spofford, cruzando las manos en la espalda, y dándose vuelta—. ¿Lo estás viendo?

Podía ser, pensó Pierce, que Mike Mucho fuera otro como él: sólo una mujer, la misma mujer con diferentes disfraces, bajo distintos nombres y en el caso de Mike, casi el mismo nombre.

—Y allí, además —dijo, señalando en otra dirección, hacia el prado—. Otro ejemplo.

—Sí —dijo Spofford.

—Esa mujer es mi nueva jefe —dijo Pierce—. Y también se llama Rosie.

—Rosalind —dijo Spofford—. Sí, me he enterado. Estás trabajando para la Fundación.

—¿Lo sabías?

Rosie Rasmussen los saludó a los dos con la mano; iba en pos de una niña de dos o tres años que parecía llevada por una prisa loca.

—La conoces, supongo.

—Sí —dijo Spofford—. Os presenté. ¿No? Tal vez no con ese nombre. —Empezó a volverla cabeza en dirección al globo negro, en el campo de vuelo detrás de él, pero pareció cambiar de idea—. Sé que te he hablado de ella, mis planes y todo. Rosie, Rosie Mucho. —Echó a correr a través del prado hacia donde la niña de los

rizos de oro trepaba penosamente. Pierce no lo siguió. Giró en parte la cabeza en dirección a la Rose que estaba detrás de él, Ryder; pero cambiando de idea, la volvió nuevamente hacia la Rosie que tenía delante.

—Está un poquito chiflada —le dijo Rosie a Spofford. Los dos, al unísono alcanzaron a Sam. La niña, atrapada hasta las rodillas por las matas espinosas, se agitaba con desesperación.

—Papi no se va a ir sin ti, cariño, no te aflijas —le dijo Rosie.

Spofford, sonriendo, alzó a la llorosa Sam hasta sus hombros, desde donde ella continuó tendiendo histriónicamente los brazos hacia su padre.

—¿Así que vas a dar un paseo en globo, eh, Sam? —le preguntó.

—Es increíble —dijo Rosie—. No puede pensar en ninguna otra cosa. Yo estaría cagada de miedo.

Spofford soltó una carcajada, que tuvo el efecto de calmar a Sam.

—Oye —dijo, entonces—. Perdona lo del torneo.

—No importa, está bien. —Pierce Moffett, solemne, la saludó agitando una mano desde la ladera de la colina—. ¿Y cuál es ese famoso proyecto? Dijiste que tenías un proyecto.

—Tiene que ver con las ovejas —dijo Spofford—. Te lo explicaré más tarde. He hablado con Boney. Le ha parecido bien.

Cuando Rosie llegó al lado de Pierce, él, con las manos hundidas en los bolsillos, mirándola con extrañeza, parecía aún más aturdido que el otro día en la habitación de Kraft.

—Hola —lo saludó—. Todavía no conoces a mi hija Sam ¿verdad? Samantha. Di hola, cariño. Oh, no te pongas a llorar otra vez.

Pierce miró a Sam, a bordo de Spofford. Tal vez el estar aturdido era su modo de ser o su humor habitual: daba la impresión de alguien que se despierta en una cama que no es la suya y se pregunta cómo ha llegado allí. Una cama agradable, un cuarto desconocido. Un aire casi enternecedor.

—Y qué —dijo ella—. ¿Volvemos mañana? ¿A casa del viejo Kraft?

Pierce se limitaba a estudiarla como si estuviera sordo; al cabo dijo:

—Sí. Sí. Si puedo.

—He hablado un poco más con Boney —dijo Rosie—. Está muy interesado, sabes, en... lo que escás haciendo.

—Eso me pareció —dijo Pierce.

—Dice que deberías pedir una subvención. De la Fundación Rasmussen. —De pronto se sintió ridícula, un personaje de la televisión alterando la vida de un inocente—. Me dijo que no te deje escapar.

—¿Ah sí?

—De veras, hay dinero en eso.

Ahora, desde el globo, impaciente en la ladera, y tirando de los amarres, Mike llamaba a Rosie. Spofford iba ya en dirección a él, llevándole a su hija.

—Oye —dijo Pierce, cuando quedaron solos—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí. —Por un momento, Pierce pareció indeciso, la mirada perdida en la colina, como confundido—. El hombre que está en el globo ¿es tu ex marido?

—Sí, en realidad desde hoy; desde hoy.

—¿Y la mujer que está con él en el globo es su esposa actual?

—¿Rose? No, sólo una amiga.

—Ajá.

—Yo soy su ex y única, hasta ahora.

El gran globo negro, mucho más grande si se miraba desde abajo su vacío interior, se balanceó en la brisa, como uno de esos payasos inflables que se usan en las prácticas de boxeo; las condiciones atmosféricas más propicias para el vuelo habían pasado. Spofford había entregado su hija a Mike. Y Sam, ahora aferrada a su padre, con las manos y las rodillas, parecía menos segura de sus ganas de volar.

—Bien, bien —gritó el capitán, un hombre delgado de tez curtida, con las manos enguantadas en manoplas, como un maquinista de los viejos tiempos. Organizó a los espectadores, inclusive a Pierce y a Spofford, los altos, en una tripulación de tierra que debía retener la barquilla y afirmarla hasta que él diera la orden.

—Michael —dijo Rosie—. ¿Recibiste tu carta, hoy?

—Sí.

—Yo recibí la mía. Hoy.

—Está bien, Rosie, está bien.

Con su mano enguantada, el aeronauta tiró de la cuerda de su quemador, como si fuera el silbato de vapor de un barco o la campanilla de un tranvía, pero la respuesta sonó brutal, como un bufido. La barquilla se elevó girando, más ligera que el aire, y al girar dejó a la mujer llamada Rose justo delante de donde estaba Pierce preparado para sujetar su amarra.

—Hola. —A pesar de la hora, ella tenía en la mano una botella de cerveza.

—Hola —dijo Pierce—. Hola Rose.

—Me he acordado de ti. Al fin.

El terrible rugido se oyó otra vez, el globo se elevó, Pierce sujetó la amarra; la mujer, Rose, cerró los ojos y la boca, como si alguien la abrazara desde atrás, y los abrió de nuevo cuando el ruido cesó.

—La fiesta en el río —dijo ella—. El bote.

—Sí.

—La botellita.

—Eso es.

La marca de fábrica de este globo estaba impresa en un marbete cosido al reborde de lona de la barquilla. Era un Cuervo.

—Ibas a dedicarte a la cría de ovejas. —Otra vez aquel brillo glacial había vuelto a cubrirle los ojos, de eso no podía haber ningún error.

—¿Vives aquí, ahora?

—En las Jambas de Blackbury. —La barquilla había empezado a desplazarse por el campo. Pierce y el resto de la gente la seguían.

—Te veré por allí —dijo ella—. Voy a menudo a la biblioteca.

—Yo también —dijo Pierce.

—¿De veras?

Él corría ahora a la par del Cuervo; Rose lo miraba desde arriba, y se reía:

—De acuerdo —dijo.

—Adiós —gritó Rosie Rasmussen—. Adiós, adiós. Tente fuerte.

Uno por uno, los miembros de la tripulación de tierra fueron soltando las amarras, los más bajos, primero, los altos después; sin saber por qué razón continuaron corriendo detrás del globo a medida que éste se elevaba. El quemador rugió. Las leyes de la física, como en una travesura, arrebataron e izaron de golpe, fuera del alcance, el globo vasto y tenso.

—Al fin —dijo Rosie, casi sin aliento. Miró a Pierce, y luego a Spofford, y Pierce vio en su mirada algo así como una resignación, una sombra de miedo a la resignación, o creyó verlo.

—Creo que iré a buscar un café —dijo Pierce.

—Me he dado cuenta de una cosa —le dijo Spofford a Rosie, mientras miraban el globo que se empequeñecía al ganar altura—. Me he dado cuenta de que una mujer que ama a un hombre lo llama a menudo por su nombre verdadero.

—¿Cómo?

—Mientras el resto del mundo puede llamar a un tipo Bob o Dave, la mujer que lo ama lo llamará Robert David. Michael. —Seguía mirando al cielo.

—¿Y eso qué supones que quiere decir?

—Sí tú no lo sabes —dijo Spofford—, entonces, muy probablemente no quiere decir nada.

—Hum. —Rosie cruzó los brazos sobre el pecho. Podía ver que Samantha, en la cesta de mimbre, no sacaba la cabeza del hueco del cuello de su padre; Mike, riendo, le tiraba de los rizos.

—¿Qué carta es ésa? —dijo Spofford—, ésa que los dos recibisteis. Era...

—Del juzgado. El divorcio. Dice que ya *está* asentado, y que tenemos una sentencia *nisi*.

—Oh. —Spofford dio un corto paso en dirección a ella y enlazó las manos detrás de la espalda; estudió el cielo—. Oh.

—Sí. —*Un nuevo comienzo*, decía Allan en la carta afectuosa y cortés que había adjuntado a la notificación, pero Rosie no tenía idea de que eso pudiera significar un comienzo. No un final sino un comienzo; o El Comienzo, como en *Manzanas mordidas*: El comienzo encordado como un sarcasmo, la mitad en blanco de la última página, el resto de su vida.

Para ella misma no parecía tan nefasto. Podría apañarse de alguna manera, pensó, un camello, una nave del desierto, sin rumbo fijo. Pero para la hija que tan

irreflexivamente había tomado a su cargo, sólo podía proyectar un futuro imaginario, lúgubre y sin amor, protegida o mejor dicho atendida por una mujer que había olvidado, si alguna vez lo supo, qué era el Amor, qué era lo que la gente quería o necesitaba para poder vivir; una especie de alienígena, una Madre de Otro Mundo.

Tal vez debiera morir. Antes de que todos los demás se dieran cuenta, Spofford, Boney. Sam podría entonces venerar su memoria, recordar los momentos felices, sin descubrir jamás su secreto.

—Una sentencia *nisi* —dijo Spofford, como paladeando la frase—. ¿Y eso es, digamos, una sentencia definitiva?

—No exactamente. —Sin que pareciera haberse movido, el globo estaba ya más lejos, más pequeño aún en la distancia.

—Es una sentencia *nisi*. *Nisi* es en latín. Significa salvo que.

—Salvo que ¿qué?

—Salvo un montón de cosas. Salvo nada en realidad. Es una simple formalidad. Hay que esperar seis meses para obtener los papeles definitivos. Eso es todo.

—Eso me recuerda un cuento que leí no sé dónde —dijo Spofford. Seguía estudiando el cielo pero como si no viera nada en él—. De un tipo a quien un rey iba a hacerlo decapitar. Lo habían pillado haciendo de las suyas con la esposa del rey. Y él dice: Esperad un minuto; si me perdonáis la vida por seis meses, en ese lapso puedo enseñarle a hablar a vuestro caballo. Garantizado.

Quizá, pensó Rosie, deberían subir al coche y perseguir al globo. Podía perderse, caerse en el Blackbury, no volver nunca más.

—El rey dice: Por qué no. Tienes seis meses. Y encierra al hombre en el establo, con el caballo. En realidad es un cuento muy viejo. Entonces la esposa del rey va a ver al hombre y le pregunta: ¿Cómo pudiste hacer una promesa tan descabellada? No podrás cumplirla ¿verdad? Y el hombre responde: Espera, en seis meses pueden suceder muchas cosas, el rey puede enfermarse y morir; puede cambiar de parecer. Puede morir el caballo; yo puedo morir, y a lo mejor el caballo...

—Oh, Dios —dijo Rosie y asió el brazo de Spofford.

Por algún capricho del aire, el globo había descendido bruscamente antes que el quemador lo volviera a elevar. Rosie tuvo un arranque de furia ciega contra ellos, por el peligro que corrían, por lo lejos que estaban de ella.

—Perdona —dijo, reparando de pronto con cuánta paciencia Spofford esperaba que ella le volviera a prestar atención—. ¿No estabas contando un cuento?

—No tiene importancia —dijo él, con una sonrisa.

—Perdona —repitió y las lágrimas se le agolparon, dolorosas, en la garganta. Quería decirle que lo lamentaba, que en realidad todo cuanto quería hacer era desandar el camino por el que había venido, pero que ya no había retorno posible; fuera lo que fuese lo que hubiera al otro lado de esto, y ella ni siquiera sabía si había algo al otro lado, ésa era la única dirección que podía tomar, y a solas.

¿Hasta dónde puede uno internarse en un bosque? La vieja adivinanza de la

escuela primaria. La respuesta es: hasta la mitad. A partir de allí empiezas a salir. Pero ¿cómo sabría ella en qué momento había llegado a la mitad? Hasta tanto lo supiera, cada paso era sólo más lejos: cada paso un comienzo.

—Perdona —dijo otra vez, palmeó el recio hombro de Spofford, y desvió la mirada.

En realidad, es más simple de este modo, supuso Pierce, ninguna multiplicación innecesaria de entidades. Y sin embargo, durante mucho tiempo seguiría sintiendo la presencia de otra, una más por lo menos; una que no era ninguna de aquellas dos, o que era ambas, o una u otra con una historia diferente. Ninguna reconsideración de los hechos podría jamás borrarla del todo.

La esposa de Mike y novia de Spofford: una. La novia de Mike y compañera de bote de Pierce: dos. Todas las demás no eran sino la una o la otra bajo distinto aspecto, estrellas matutinas y vespertinas, luna llena y luna creciente.

Debía de haberse equivocado sin duda, al suponer que Rosie se le había insinuado, Rosie Rasmussen, Rosie Mucho, en la alcoba de Fellowes Kraft, que él, que él y ella... No, una equivocación. Era sólo su Adán que empezaba a impacientarse; un hombre ciego, cuyas falsas percepciones Pierce tendría que acostumbrarse a enmendar.

Y si él, imprudente, hubiera, hubiera... y la mujer de Spofford, además. (¿Sería exacto eso? Era exacto). Sintió una ardiente oleada de cómica vergüenza, de una culpa dos veces eludida involuntariamente y soltó una carcajada. Si esa gente entre la cual vivía ahora —esa gente sensata y feliz, apacible como el día y como la pradera— iba a seguir engañándolo de ese modo, como artistas que cambian de vestuario con increíble celeridad, entonces él se había equivocado por cierto al decirle a Spofford que pronto los conocería a todos.

Ya era pleno día, y hacía calor. Buscó un café, lo llevó a una mesa cercana al tenderete de los refrescos, se sentó debajo de un parasol a rayas, y abrió las *Soledades* que Spofford le devolviera esa mañana.

La *Soledad Primera*. Era del año la estación florida. Empezaba con un naufragio y terminaba con una boda; como muchos buenos romances, pensó Pierce, como más de uno de Shakespeare.

No el suyo, sin embargo. La terrible, asombrosa sospecha de que real, verdaderamente pudiera ser así, se instaló como con un golpe súbito en una región recóndita de su ser. Era así. Lenta, cautelosamente, cruzó las piernas, y dejó que las páginas de las *Soledades* se cerraran en abanico.

El celibato, —incluso el más estricto celibato de corazón y de propósitos que Pierce se había impuesto— no significaba necesariamente castidad. Probablemente no, pensó, no, dada la campaña electoral que aparentemente tenía lugar, en secreto, en torno de él—. Alzó los ojos. Todo el campo de vuelo —todas las naves aptas, al menos— se habían elevado ya. Flotaban en el aire a distancias diversas, globos grandes y pequeños, como una clase ilustrativa sobre la tercera dimensión. Allá, con

las siluetas demasiado pequeñas para que se pudiera divisarlas, flotaba el negro, el Cuervo.

Tendría que ser muy cuidadoso, eso era todo; conociéndose como se conocía, sabiendo cómo era.

Había otras historias, de todos modos, pensó. La del náufrago, el hombre desnudo e indigente que, gracias a su ingenio y buena voluntad, (tal vez también a sus protectores mágicos), se abre camino, y al cabo de numerosas aventuras llega a ser rey del país sin rey en que la marea lo ha depositado.

Y luego, a la larga, se hace otra vez a la mar.

Vistas desde allá arriba, desde el Cuervo, las gentes y las cosas de aquí abajo también habían cobrado, con la distancia, un aspecto ilustrativo: ese aspecto nítido, como de juguetería, que adquieren, cuando se los contempla desde un avión, los automóviles, en miniatura deslizándose en silencio, los parques y las casas, pulcros y de apariencia artificial. Relatividad. Rose Ryder miró hacia abajo, las manos ligeramente apoyadas en el mimbres cubierto de lona, los pies apoyados también ligeramente en la nada entre ella y la tierra.

Había visto a Pierce alejarse del sitio en que Rosie Mucho y Spofford permanecían juntos, pero no qué dirección había tomado. Pensó que lo saludaría si lo veía mirar para arriba. No, no lo haría.

Pierce Moffett, nombre curioso, áspero y suave a la vez.

Sam lloraba más fuerte cada vez que se encendía el quemador del globo, chillando en el hueco del hombro de su padre. Por lo demás, estaba rígida, y Mike no conseguía que alzara la cabeza para mirar.

—¿Ves el hospital? —dijo—. ¿Ves dónde trabaja papi? Oh, Sam.

Si alguna vez ella fuera a tener un hijo, si alguna vez fuera a quedar embarazada, había decidido Rose, nunca se lo diría al padre. Él nunca vería a la criatura que nacería en secreto; él nunca se enteraría de su existencia. Se imaginaba asimismo, años más tarde, hablando con él, el padre de la criatura, en la mesa de un restaurante, charlando de cualquier cosa, del pasado; y la criatura en otra parte, jugando, creciendo. En secreto.

El aeronauta, a su lado, encendió de nuevo el quemador; el ruido sacudió a Rose como un golpe, hizo que algo profundo vibrara en su interior. La tierra se alejaba. De acuerdo con la ciencia de la climateria, cuyo método Rose había aplicado a su vida, este día azul era el primero de su nuevo año de tránsito ascendente, hacia la meseta de los veintiocho: y pese a las recomendaciones de Mike, que sostenía que la climateria no era profecía. Rose estaba segura, segura, segurísima, de que éste iba a ser un buen año para ella. Un cambio para mejor. Podía sentirlo, como la brusca certeza de la llama del quemador, en la raíz de su ser.

—Mira, Sam, Rose no tiene miedo. Rosie quiere verte ¿ves?

Los Leños dieron vuelta un recodo de su montaña y desaparecieron. El tapiz verde *chartreuse* de las Lejanas que, respunteado de plata por el Blackbury, se

prolongaba hacia el oeste y el sur, le parecían a Rose Ryder, a la luz de la mañana, los dedos entrelazados de un par de manos pacientes apoyadas en el torso de la inmensa tierra.

Aquél fue el último día de la primavera, pues contados son en las Lejanas los días primaverales; y a la semana siguiente Spofford bajó con su rebaño por los atajos y entrecortados senderos que llevan a Arcadia. *Trashumando*, ésa era la palabra en que pensaba al andar, una palabra que había aprendido de Pierce, un palabra que significaba la migración de los pueblos pastores de las tierras invernales a las estivales tierras de pastoreo; porque eso, o algo como eso, consideraba estar haciendo.

El plan tenía para él varias ventajas, y ventajas también para Boney Rasmussen, ventajas que Spofford había puesto ampliamente de relieve cuando se lo expuso a Boney. Sus campos, que, debido a los estrictos presupuestos de los últimos años, corrían el riesgo de convertirse en bosques, se mantendrían cultivados y cuidados (y desde luego fertilizados gratuitamente): «pezuñas de oro, señor Rasmussen», había dicho Spofford, ilustrando con sus dos índices la invalorable manera en que las ovejas hundían sus propias boñigas en el suelo. Ése era el aspecto pintoresco. Y una parte del producto eventual, además, cuidadosamente envuelto en papel de carnicero, conservado en hielo seco en los frigoríficos de Cascadia. Toda carne es hierba.

Lo que Spofford ganaría en la transacción, dijo, era, ante todo, campos de pastoreo más vastos y más lozanos. Y un granero en buenas condiciones, sus propios establos artesanales deberían ser derribados y reconstruidos para alojar nuevas crías; y la ayuda (ocasional) de Rosie, a quien —Spofford estaba seguro— le gustaría la actividad y la posibilidad de adiestrar a sus dos perros antes de que fueran demasiado viejos y perezosos para aprender a ganarse el sustento.

—Bueno, eso desde luego tendrá usted que preguntárselo a *ella* —dijo Boney.

—Oh, eso pienso hacer —dijo Spofford—. Eso pienso.

En realidad, al conocer el proyecto, Rosie no había parecido tan complacida, ni de lejos como Sam; insinuó que tenía mucho que hacer, y que no le gustaba que le ofrecieran una participación que ella no había solicitado. Pero eso a Spofford no le había sorprendido. Hasta lo había previsto cuando concibió el plan, en mayo, una noche de insomnio, la primera en que su ventana había permanecido abierta hasta el alba.

De modo que recorrió el perímetro de los prados traseros de Arcadia y comprobó que los muros de roja piedra arenisca, aunque desmoronados en algunas partes, eran todos a prueba de ovejas, y cercó el círculo que le asignaran con alambre electrificado y poco visible; y una verde mañana arrió hasta allí a su intrigado y quejoso rebaño, a través de un espacioso portal esculpido (uvas y caras) que ya nadie utilizaba. Spofford había conseguido un trabajo en el norte, la carpintería de una hilera de casas de veraneo a orillas del lago Níquel, y pasaría cada mañana y cada anochecer cerca de la entrada de Boney; no le costaría nada echar una ojeada y controlar.

Las ovejas no tardaron en tranquilizarse. La hierba era dulce bajo los robles de Arcadia, serenos también, cada árbol en su estanque de sombra, una multitud de solemnes eminencias irguiéndose a respetuosa distancia una de otra, Spofford, alzando la cabeza, los contemplaba.

Para ser un verdadero pastor clásico, le había dicho Pierce, tendrías que comer bellotas y estar enamorado.

—Bueno, un pan *hecho* con bellotas —le dijo Pierce—. Supongo que no la nuez misma.

—Hum —dijo Spofford, seguro de que le estaba tomando el pelo—. Bellotas.

Las ovejas, tímidas invitadas a una gran comilona, erraban por el prado, también él erraba. La casa ocre y con todos sus ángulos apareció a la vista, arropada entre los tejos y los rododendros; sus torres vacías, techada de tejas onduladas rosadas y azules. Era una de esas casas que por alguna razón su madre llamaba siempre la casa de La Bella Durmiente.

La casa que él mismo estaba edificando allá arriba, en el luminoso huerto de la montaña, sería diferente, no una casa secreta; llana y fácil de comprender a primera vista. Este verano los cimientos, el terreno desbrozado, puntuado y cercado. Tendría la luz del largo atardecer para trabajar en ella.

Él *no* sabía nada del amor. Lo que la gente entendía por «enamorarse» siempre lo había confundido e irritado; «echarse a volar» era lo que al parecer querían decir. Lo que él sabía al respecto era algo distinto, algo que cobraba existencia poco a poco, un *quid pro quo*; no dar un paso a menos que hubiese camino suficiente donde poner el pie, pero tomar cuanto camino apareciese a la vista, eso era todo.

Encontró un buen árbol para descansar a su sombra, con la casa a la vista y allí se sentó y cruzó sus botines de lona. Él seguiría en pie, erguido sobre sus cuatro patas, y vería a dónde lo conducían. Tiene que resultar. Sacó su vieja Kohner y sopló el polvo que se había acumulado en los intersticios, buscando con su oído mental una melodía.

En ese mismo momento, cuando el sol, en su eterno periplo, cruzaba el meridiano, Pierce Moffett, en la casa de Fellowes Kraft en Stonykill, dio vuelta a la última página de lo que había escrito Kraft, sobre la pila que tenía a su derecha y se reclinó en la dura silla (¿cómo pudo Kraft pasar tantas horas sentado en ella?), delante del escritorio.

Encendió un cigarrillo, pero permaneció sentado e inmóvil con él en la mano, mientras el humo se desenroscaba en una cinta continua y múltiple, como el calor que de las entrañas le subía al pecho. Ahora sabía que su vida entera hasta ese momento, la religión en que había nacido, las historias que había aprendido e inventado y narrado, la educación que había recibido o esquivado, los libros de algún modo escogidos para que leyera, su gusto por la historia y las fechas coloreadas con que él la había enriquecido, las drogas que había ingerido, los pensamientos que había pensado, todo ello lo había preparado no para escribir Un libro, como él había supuesto, no, sino para leer uno. Este libro. Esto era lo que él en un tiempo había

esperado y anhelado encontrar en cada uno de los libros que abría, que cada libro fuera el libro que él necesitaba, su propio libro.

Porque este libro *no* era diferente del suyo, también inconcluso (ni siquiera empezado, en realidad); en realidad su propia vida parecía igual, el libro no escrito, inescrible, de toda su vida vivida, sólo que en otra edición, y con el mismo título por añadidura. Un título equívoco, había dicho Julie, y difícil de clasificar.

Contempló el tambaleante montón de páginas, todas boca abajo, leídas, pero no concluidas para él. ¿Para qué público —se preguntó— había pensado Kraft que estaba escribiendo? ¿Quiénes supuso él que querrían leer semejante historia? Nadie tal vez y ésa es quizá la razón por la cual permanece aún sobre este escritorio, inconclusa, inédita, en espera de su único lector ideal.

Porque el libro, considerado como tal, como novela, no era por cierto un *buen libro*, pensó Pierce; era un romance filosófico, remoto y extravagante, sin el verdadero sabor de la vida que en realidad debió de prevalecer en el mundo, como había realmente acontecido si uno se refería a *este* mundo, este único mundo en el cual, metáforas aparte, todos nosotros hemos vivido real y únicamente. Los personajes eran fantasmas hambrientos, sin esa saludable contundencia de la vida misma que Pierce recordaba de otras obras de Kraft como *Manzanas mordidas*, o aquella otra sobre Wallenstein. Las docenas de figuras históricas, ninguna excepto las menos significativas, hasta donde Pierce podía juzgar, eran fabricadas, los incidentes reales, grandes y pequeños en que ellos en verdad participaran, reducidos todos a un cuento de invierno, las motivaciones imaginarias que aquí se atribuían a sus actos; los dolores de parto y las angustias de muerte de las eras del mundo, las agonías de los potentes magos, la obra de los demonios, de las lágrimas de Cristo, de las prepotentes estrellas.

No no no, le había dicho a Julie no, esos rosacruces preservando secretas sus historias, transmitiéndolas a través de las edades codificadas en libros secretos que significan lo contrario de lo que dicen, trabajando para alterar la vida de los imperios, acechando detrás de los tronos de los reyes y los papas-despierta: las sociedades secretas, los masones, los *illuminati*, no han tenido un poder real en la historia. ¿No te das cuenta?, había dicho él, la verdad es tanto más interesante: las sociedades secretas no han tenido poder en la historia, pero la creencia de que las sociedades secretas han tenido poder en la historia, sí ha tenido poder en la historia.

Y sin embargo. Y sin embargo.

Terminar de escribirlo. Huh. A diferencia de la Historia, las historias necesitan finales; las páginas de notas al final del manuscrito de Kraft llevaban la narración más y más lejos, acumulando más años y libros y personajes —calculó Pierce de una ojeada— como para llenar otros dos, otros tres volúmenes, sin llegar a un final.

Pero Pierce podía imaginar un final; podía, sí. Podía imaginar que después de que hubiera tenido lugar el gran cambio: un diluvio universal, un huracán de diferencia que arrasara con todo el viejo mundo, una tempestad en la que convergieran la Guerra

de los Treinta Años, los *tercios*, Wallenstein, el fuego y la espada; la Razón, Descartes, Peter Ramus, Bacon y también la Sinrazón, las brujas ardiendo en sus hogueras; después de que todo hubiera sido barrido una vez más y desaparecido en lo irrecuperable, los hermanos rosacruces en fuga, la Piedra, el Cáliz, la Cruz, la Rosa, todo barrido como hojas al viento, él podía imaginar que, bajo un cielo fuliginoso e impenetrable (el alba a punto de romper, pero en otra parte; y otro tiempo que el allí y el entonces) ellos, los héroes de esa Era, que para entonces ya serían imaginarios, serían reunidos uno a uno por un anciano de barba blanca como la leche y con una estrella en la frente. Convocados. Venid, venid ahora, pues nuestro tiempo es pasado. Uno a uno, desde los talleres y las cavernas de Praga y los jardines filosóficos de Heidelberg, desde las celdas y los palacios de Roma y París y Londres. Ahora todo es pasado. ¿Y a dónde podrán ir ellos entonces? El viento se levanta con el amanecer; ellos suben a bordo de ese navío impaciente en su anclaje, cuyos velámenes se están abombando ya, el signo de Cáncer pintado en ellas. Hacen rumbo hacia otra parte, una ciudad blanca en el Oriente más remoto, un país nuevamente sin nombre. Se hacen a la mar.

Con una horrible y súbita certeza, Pierce supo que iba a llorar.

Santo Dios, pensó, cuando el acceso hubo pasado, Santo Dios, de qué región de su interior le había sido arrancado inesperadamente, como por una mano. Se secó los ojos en los hombros de su camisa, el izquierdo, el derecho, y miró por la ventana del parteluz, el pecho todavía trémulo. Allá fuera, Rosie Rasmussen y su hija se ocupaban del descuidado jardín de Kraft. También Sam estaba llorando.

Por qué tengo que vivir en dos mundos, preguntó Pierce, por qué. Somos todos o sólo unos pocos los que siempre vivimos en dos mundos, un mundo fuera de nosotros, real pero extraño, y un mundo interior que tiene sentido y que nos arranca lágrimas de reconocimiento cuando penetramos en él. Se levantó. Acomodó la pila de páginas que legara el difunto Kraft, y la insertó de nuevo en su caja.

No era verdad. Claro que no. Porque si este momento era un momento en que podía ser verdad, también este momento estaba transcurriendo velozmente; y cuando hubiera pasado, toda esta historia de Kraft no sólo ya no sería posible sino que no había sido posible jamás. No habría forma, si el mundo continuaba girando, estas historias contenidas una dentro de otra; una por una se deslizaban de nuevo en la mera ficción —el falso Egipto de Hermes, y el falso Hermes de Bruno; el falso Bruno de Kraft; la falsa historia del mundo de Pierce, las puertas que una vez se abrieran de golpe, se cerraban también de golpe a lo largo del corredor, que conducía hacia los siglos coloreados.

La brecha se cerraba; quizás este año fuera el último en que pudiera percibírsela; este mes el último mes; y una vez que se cerrara no habría ya mensajero alguno a quien uno pudiera creer. *Yo sólo he escapado para decíroslo*, porque también el mensajero sería una ficción, una idea loca, una fantasía.

El momento del cambio, el momento de Pierce, el momento mismo no iba a

sobrevivir al cambio, eso era todo. Se retraía con todo lo demás en el mundo ordinario, este único mundo, ese mundo real que ahora retrocedería infinitamente, todo a la vez, igual a sí mismo.

Sí.

Salvo que, de ahora en adelante, no a menudo pero sí de vez en cuando, aquellos que hubiesen pasado por ese momento podrían experimentar la aguda sensación de que sus vidas están partidas en dos, y de que sus infancias, en el lejano extremo, yacen no sólo en el pasado sino también en otro mundo: una certeza melancólica, para la cual no puede aducirse, ni siquiera imaginarse prueba alguna, que las cosas contenidas en ella, la naranja Nehi y las zapatillas sucias, la misa cantada y el texto de geografía y la revista de historietas, las ciudades y los pueblos, los perros, estrellas, piedras y rosas, no tienen ninguna semejanza con las que condene el mundo de hoy.

Pierce salió del estudio, atravesó la casa oscura y emergió a la luz del mediodía. Continua, imperceptible, a la velocidad de un segundo por segundo, el mundo pasaba de lo que había sido a lo que iba a ser. Rosie se levantó el ala de su sombrero de sol para ver a Pierce, que salía de la casa a largos trancos, y Sam dejó de llorar Spofford, en Arcadia, levantó el instrumento que sostenía en sus palmas, para tocar.

—Listo —gritó Pierce—. Terminado.

—Nosotras también —dijo Rosie; y levantó, para que él pudiera ver, el botín que habían recogido en el jardín de Kraft, grandes brazadas de flores que de otro modo se hubieran marchitado a solas, amapolas y rosas exuberantes, margaritas, lirios y glicinas.